



Letralia
Tierra
de Letras

Dioses y monstruos

29 años de Letralia

Varios autores
Internet, mayo de 2025

Dioses y monstruos

29 años de Letralia



La **Editorial Letralia** *imprime* sus libros desde la ciudad de Cagua, en el estado Aragua de Venezuela. Creada en 1997 como proyecto hermano de la revista *Letralia, Tierra de Letras*, es la primera editorial electrónica venezolana.

Dioses y monstruos
letralia.com/diosesymonstruos

© 76 autores
@ Editorial Letralia
Cagua, Aragua, Venezuela

Coordinación editorial: Jorge Gómez Jiménez • @JorgeLetralia
Corrección: correcciondetextos.org • @CorreccionT

Mayo de 2025

Editorial Letralia
Colección Especiales
letralia.com/editorial/especiales

Índice

Presentación	
Jorge Gómez Jiménez	11
El buen monstruo	
Vicente Adelantado Soriano	15
El bruñido de Lucas Mello	
Luis Amézaga	23
No me pagan lo suficiente	
Adrián Amorós Castro	31
El mayordomo de la Resistencia	
Denise Armitano Cárdenas	51
El chaneque del cafetal	
Juan Francisco Barrera Gaytán	57
Poemas	
María J. Bas	65
Secretos de infante	
César Blanco	77
¿Y de qué voy a vivir, señor?	
Martha Lucía Bonilla	83
Karhnak	
Sergio Boraó Llop	93
Los sueños de la eternidad en el tiempo	
Alejandro Bovino Maciel	103
Con el perdón de los cerdos	
María Isabel Briceño Armas	117

Monstrum Orbis José Campione Piccardo	129
Dos brevedades Marco Antonio Campos	143
Negro mano chusa Julio Carreras	149
Mary Godwin Luis Alfredo Castellanos	165
Slenderman Carlos Castillo Quintero	179
La inversión del gnosticismo Agustín Cathcarth	185
Nevada Pablo Cazaux	191
El gran tigre Jonatan David Consoli	205
El Leviatán Efi Cubero	215
El personaje Juan Carlos Díaz Méndez	221
Reflejos especulares Esther Domínguez Soto	231
La plausibilidad de una herejía Alejandro Engel	241
Tridente Jordi Escoin Homs	253
El sexto día Yolanda Fernández Benito	259
Las brujas no existen Felipe Fernández Sánchez	265

Daarusásvata	
Daniel Frini	271
John Hurt y el hombre elefante	
Pedro García Cueto	283
La mariposa negra	
Carmen García Valderrama	291
Una vida sin sombras	
Javier Garrido Boquete	299
La sombra del pasado	
Sergio Gaut vel Hartman	311
El mausoleo	
Àngels Gimeno	331
Las arpías también rezan	
Darissa B. Glamforn	343
Sísifo	
Matilde González López	357
La Vaca Sagrada de Alejandría	
William Guaregua	363
El monstruo yo	
Alberto Hernández	371
La bestia que habita en mí	
Williams Alberto Hernández	383
La mancha de Keops	
Alirio Alberto Hernández Rojas	391
Cualquier semejanza es cuestión de imagen	
Sergio Holas Véliz	405
Maneras del sobresalto	
Daniel Ricardo Jiménez Bejarano	413
Recomendaciones para lidiar con el fantasma	
Alejandro Langlois	421

El universo mitológico de Octavio Paz María Ledezma G.	431
Poemas Gerardo Lewin.....	445
La <i>selfie</i> del tiempo Ana Rosa López Villegas	461
El pianista sin piano Edinson Martínez.....	471
La roca Benjamín Eduardo Martínez Hernández	481
Eurínome está hambrienta Evelyn Megías Carrasco	489
Rasputín criollo Walter Mondragón.....	499
El hijo del Tío Víctor Montoya	505
Poemas Winston Morales Chavarro	513
Amor celestial Ramón Ojeda Bringas	521
La muerte esquiva Elena Raquel Palm Zerpa.....	535
Murciélagos, mitos y apocalipsis simbólico en <i>Alas de noche</i> , de Martin Cruz Smith Carlos Patiño	541
Microrrelatos de otro mundo Carmen Elena Pérez	547
Viene el lobo Juan Pérez Rosales.....	555
En el laberinto Ursula Angela Noelia Podestá Sánchez	565

Vuelve al lugar que se te ha señalado José Pulido	575
El espejo del insepulto Homero Quezada Pacheco	587
Poemas Marian Raméntol	593
Poemas Rolando Revagliatti	601
No soy un monstruo Matilde Rubio	617
Entre dos cuentos... Jesús Salcedo Picón	623
Que vieras Mariana Samperi	631
Sólo el instante es eterno Laura Sánchez Solorio	643
Textos Lorena Sanmillán	651
Dioses y monstruos Zacarías Santorini	657
El legado Nery Santos Gómez	665
La Corrección de los Corderos Fernando Sorrentino	671
Poemas Raudel Sosa Pérez	681
Bestiario de país roto Cristian Soto	689
Majestades y magia en tres Iris Tocuyo Llovera	697

contra la maldad	
Carlos Luis Torres Gutiérrez.....	703
La risa de los monstruos	
Enrique Trujillo Gamboa	715
Poemas	
Orlando Valdez	725
No otro monstruo	
Tibisay Vargas Rojas	737
Dos cuentos	
Eloi Yagüe Jarque	745

Presentación

Hay una línea muy difusa entre lo correcto y lo incorrecto, entre lo glorioso y lo abyecto, entre la virtud y la corrupción. Determinar de qué lado se encuentra una entidad dependerá siempre de la mirada del observador: el dios que le concede una gracia a uno puede ser considerado un monstruo por otro. Esta es la disyuntiva que nos confronta como seres humanos pues, como se sabe, cada uno de nosotros está constituido por esa dualidad. El primer territorio de la lucha entre el bien y el mal es nuestra propia condición, marcada por la fragilidad y el error.

No es un tema menor, y por eso ha estado siempre presente en todos los órdenes del quehacer humano, desde el arte —incluida la literatura— hasta la filosofía, pasando por la estructura misma de las sociedades. La complejidad del animal que somos —esa especie única capaz de darse un nombre científico, *Homo sapiens*—, nuestra tendencia gregaria frente a la dificultad de convivir en paz con nuestros semejantes, el crimen como patología social, el prejuicio, la discriminación: todo tiene su origen en esa marca de nacimiento.

Dioses y monstruos, el libro que tienes en este momento ante tus ojos, explora este tema a través de múltiples espacios estéticos, culturales y simbólicos. Nuestra convocatoria, lanzada a finales de marzo en nuestra web, recibió textos de autores de todo el mundo, de los que seleccionamos 76 cuentos, poemas y otras creaciones provenientes de Argentina, Bolivia, Chile, Colombia, Cuba, El Salvador, España, México, Perú, Uruguay y Venezuela.

Lo mítico, lo contemporáneo, lo fantástico, lo íntimo, lo político, lo filosófico, se han dado cita en estas más de setecientas páginas con invocaciones a entidades antiguas y recreaciones de

mitologías personales, así como reflexiones sobre el cuerpo, la fe, la culpa, el poder o el lenguaje, con una variedad de tonos en los que el lector encontrará humor, crueldad, ternura y desconcierto.

Esta es nuestra forma de celebrar que hace veintinueve años, el 20 de mayo de 1996, circuló la primera edición de *Letralia*, esta Tierra de Letras que a día de hoy es el hogar de más de 4.600 firmas y por la que pasan cada día varios miles de lectores. Este libro es un espacio de tránsito, no entre lo divino y lo monstruoso, sino dentro del territorio común que ambas ideas habitan: la condición humana.

Jorge Gómez Jiménez
Editor



Dioses y monstruos

29 años de Letralia

© 2025 Editorial Letralia
letralia.com/editorial

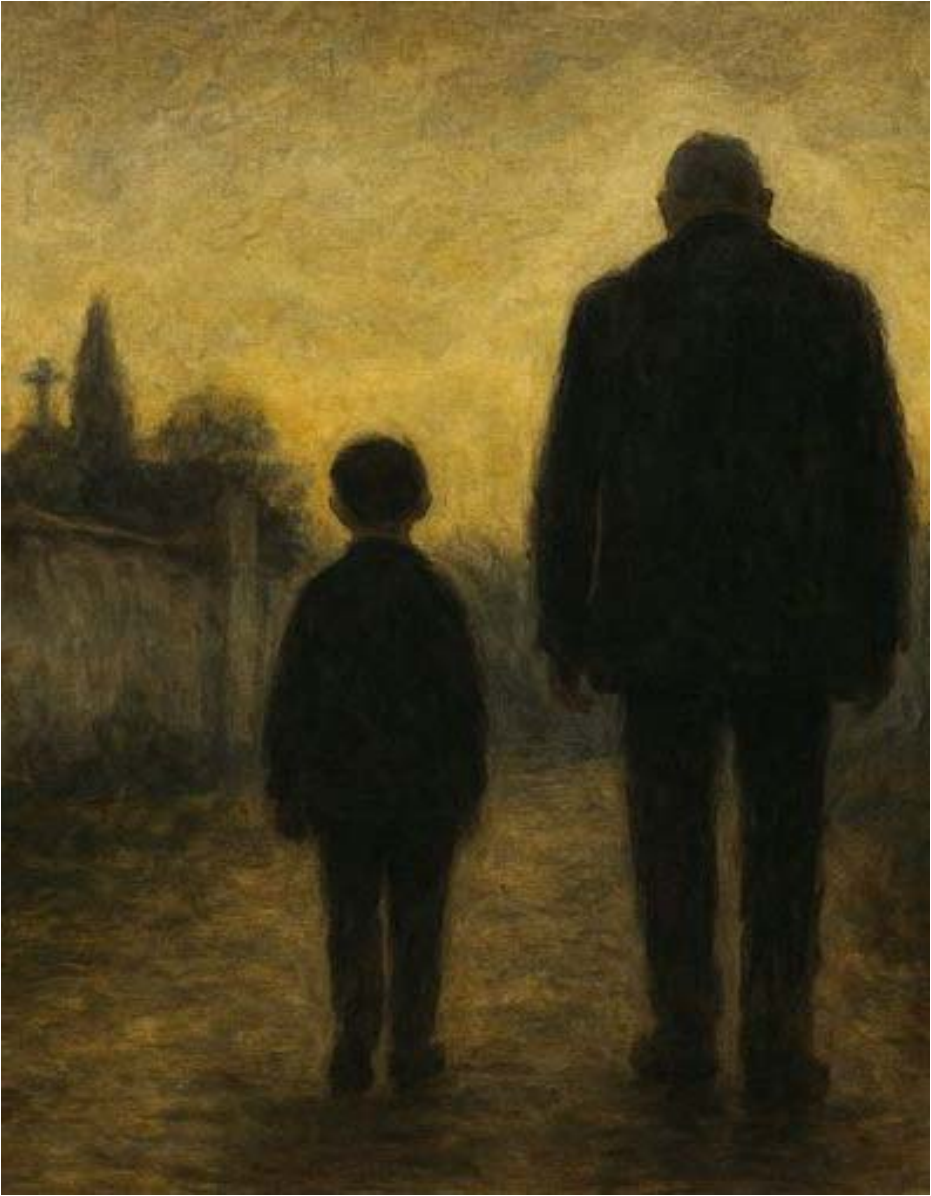


El buen monstruo

Vicente Adelantado Soriano

Investigador y docente español (Caudiel, Catsellón). Doctor en filología española. Es profesor de secundaria en Valencia. Textos suyos han sido publicados en *Liceus*, *Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes*, *Long Island al Día*, *Todas las Artes Argentina* e *Isidora*. También tiene escritas varias novelas y muchos cuentos. Ha publicado la novela *Los amores imposibles de Agustín Martínez* (Niram Art, 2015). Intervino en la redacción del libro *Història de la literatura de Valencia*, escrito por el doctor Josep Lluís Sirera. Participó en el Simposium de Teatro Medieval de Elche (2004). Está dedicado a la enseñanza del latín y a la lectura de las obras clásicas.

Aquello fue el inicio de una gran amistad entre el hombretón y yo. Pasamos muchas tardes juntos, y me sacó de alguna que otra situación peligrosa. Jamás se me ocurriría llamarlo, sea lo que fuere, un monstruo.



El buen monstruo

Vicente Adelantado Soriano

Era yo un crío de pocos años cuando aquella familia apareció por el pueblo. No me inquietó lo más mínimo, al principio. Luego el hijo pequeño, de mi edad, se convirtió en una pesadilla para mí. Tenía yo, pese a tan tierna edad, fama de niño solitario, y lo era: no necesitaba a nadie para jugar, divertirme y no aburrirme. Me encantaba ir a un monte cercano y pasar las horas haciendo construcciones con piedras y barro. O recorriendo aquellos solitarios caminos, entre pinos, amapolas y aliagas. También me gustaba caminar por los travesaños de las vías del tren. Varias veces mis padres habían intentado quitarme aquella manía de ir y estar solo, sin amigos, deudos ni conocidos. Bien es verdad que un verano vino al pueblo un primo mío, y me hicieron salir con él a toda hora. Sin embargo, no tardó mucho en renunciar a mi compañía: tuve la debilidad, una tarde, de llevarlo al monte donde me entretenía sin compañía de nadie. Le enseñé los castillos y construcciones que había hecho con piedras y barro, medio ocultas por los hierbajos que crecían por allí. Mi primo se asustó: descubrió que estábamos muy cerca del cementerio. Le pregunté si quería entrar, pues la pared de la parte posterior era accesible dando un pequeño salto; luego se podía salir escalando por las alargadas macetas de las lápidas. Yo lo había hecho en varias y frecuentes ocasiones. Él no quiso. Se asustó mucho. Y llegados a casa le faltó tiempo, temblando, para contárselo a su madre.

La madre de mi primo, mi tía, se encaró conmigo gritándome y amenazándome con pegarme una paliza de padre y señor mío si volvía a llevar a su hijo al cementerio, o se enteraba de que yo entraba y salía de allí. La miré con cara de sorpresa, no dando crédito a cuanto estaba diciendo. Y mirándola fijamente a los ojos le contesté:

—¿Acaso usted es mi madre para reñirme? Yo no te he hecho nada.

Lo de tutearla me salió del alma. No obstante, rectificué en mi segunda aseveración.

—Iré cuando me dé la gana. ¿Acaso es usted mi madre para decirme adónde tengo que ir?

No hubo más. Luego me enteré de que le había contado la conversación a mi padre. Quería que éste tomara cartas en el asunto. Pero mi padre, a quien su cuñada no le caía muy bien, no le hizo ni caso. Y yo, libre de mi primo, volví a mi monte, a mis construcciones, y a mis escaladas al cementerio cuando me venía en gana. Muy a menudo.

No se terminaron ahí mis tribulaciones, pues fue marcharse mi primo y sus padres cuando llegó aquella familia al pueblo. Venían de Francia. Se exiliaron por temor a las cuatro tonterías que dijo el cabeza de familia durante la guerra civil. Me lo contó el hijo pequeño en busca de un cierto prestigio o admiración. Yo oí sus andanzas como quien oye llover. Y se empeñaron, una vez más, en que el hijo, un crío de mi edad, fuera amigo mío. No me fie mucho de él. En consecuencia no lo llevé donde tenía mi refugio, junto al cementerio. Resignado y paciente, jugué con él a las canicas, a bailar el trompo, y a algunas tonterías más. Hasta que aguanté. Pero huir de él era imposible: me seguía allá a donde fuera, y si le gritaba que me dejara en paz, se ponía a llorar y a berrear como si lo estuvieran matando. Mientras, tozudamente, me seguía a todo correr. Llegó a darme pena. Y algo de lástima. Entonces, igual que hiciera con mi primo, lo llevé a mi refugio. Tampoco tardó nada en percatarse de que estábamos junto al cementerio. Le entró un pánico cervical. Pese a ello le pregunté si quería entrar. Curioso: fue aquella la primera vez que vi cómo a una persona se le ponían los pelos de punta.

Sin darle importancia, con una pizca de piedad, le conté que yo había entrado y salido de allí en más de una ocasión. Intentando descubrir, así se lo conté, dónde se había refugiado aquel maqui que iba huyendo de la guardia civil. Le oí contar a mi padre que se metió en un nicho, seguramente escalando por la pared por la cual entraba yo, y allí pasó la noche descansando y durmiendo. Al día siguiente lo despertaron unos golpes de azada. Salió de su particular dormitorio justo en el momento en el que el enterrador levantó

la cabeza dentro de la tumba que estaba cavando. Y al ver aquellas piernas colgando del nicho, moviéndose, se asustó de tal forma que le dio un infarto y murió. Se aprovechó para el buen hombre la tumba acabada de cavar por él mismo.

—Como en las películas de policías y ladrones —me dije—. Cuando obligan al ladrón a hacer su propia tumba.

Del maqui nunca más se supo. Imagino que se salvaría. Tal vez ayudado por el mismo que me había ayudado a mí. Pues una tarde, al apoyar un pie sobre uno de los maceteros de una lápida, el macetero se rompió, y yo me caí. Me di un buen golpe en la cabeza. Pero nada serio. Me incorporé y, acariciándome la cabeza, estuve examinando por dónde podría escalar para salir del camposanto. En esas meditaciones estaba cuando alguien, un hombre alto y robusto, me cogió por la cintura y me aupó hasta alcanzar el borde de la pared. Dando la vuelta, salté afuera.

Fue nada más tocar tierra cuando me pregunté por qué no había salido por la puerta, como seguramente habría entrado y salido él. Lleno de curiosidad, fui corriendo a la puerta: el candado estaba puesto, y la cadena no había sido movida. ¿Por qué pared, entonces, había entrado aquel hombre? Miré por entre las rejillas de la puerta: en el cementerio no había nadie vivo. Y los muertos estaban ocultos en sus tumbas.

Me fui a casa pesaroso y pensativo. Pero me cuidé muy mucho de contárselo a nadie.

Quien sí le contó a su madre mi propuesta de escalar una tapia del cementerio fue mi joven compañero. Su madre, como hacen casi todas las madres, me malinterpretó. Creyó, y luego he pensado que tal vez tuviera razón, que quería quitarme a su hijo de encima asustándolo. No fue así. Y de hecho, no pensé mal de ellos cuando, una tarde, a la salida de la escuela, me buscó el muchacho para invitarme a su casa, pues era su cumpleaños. En el pueblo no celebrábamos semejantes tonterías. No obstante, acepté y fui dispuesto a merendar en su compañía. Su casa era triste y lóbrega. La madre, engatusándome, me llevó a una habitación oscura, con un ventanuco por el cual apenas se filtraba la tenue luz del atardecer. In-

tentando acostumbrar mis ojos a la oscuridad, no me percaté de la rápida salida de la buena señora, aunque sí oí el nervioso revolverse de la llave en la cerradura. Me había dejado encerrado. Me di cuenta entonces de que en el suelo una chaqueta, junto con unos pantalones y unos zapatos, querían simular el cuerpo de un difunto. Al primer golpe me asusté y me hice hacia atrás.

—¿Cuándo un muerto te ha dado miedo? —me preguntó el hombre poniéndose a mi lado.

—Pero eso no es un muerto —dije señalando las ropas y justificándome.

—Pues claro que no. Es un fantoche con el cual han pretendido asustarte.

—¿Por qué? Yo no les he hecho nada malo.

—Por pretender meter a tu compañero en el cementerio.

—Vaya tontería.

—Una tontería para ti no lo es para otros.

Durante unos segundos me quedé pensativo mirando la ropa puesta cuidadosamente en el suelo. Y entonces se me ocurrió la pregunta:

—¿Y cómo entraste tú en el cementerio el otro día? Por la puerta no, porque estaba puesta la cadena. Imagino que con tu corpachón podrás escalar la pared que quieras.

—No necesito escalar paredes ni abrir puertas.

—¿Estabas antes aquí o has entrado después? No he oído abrirse la puerta.

—Estaba aquí. Te estaba esperando.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Porque sabía que te iban a meter miedo en el cuerpo. Y no quería, como le pasó al enterrador, que te murieras del susto.

—¿Entonces es verdad lo que me contó mi padre? ¿Se refugió un maqui en el cementerio y se murió de miedo el enterrador al verlo salir de un nicho?

—Es verdad. En aquel momento me descuidé y no pude salvarlo. Estábamos en la posguerra...

—¡Está loco! —oímos que gritaban fuera—. ¡Habla solo y como si estuviera hablando con un muerto! ¡Con dos voces distintas! ¡Está loco!

Y sin más, la puerta se abrió. No había nadie al otro lado.

—Ya puedes irte a casa —me dijo el hombretón—. Ya se ha terminado todo.

Salí sin ver ni a la madre ni al hijo. Los oí gritar, a los pocos minutos, porque, según decían, había desaparecido la ropa que tan cuidadosamente extendieran en el suelo. No me acusaron de haberla robado. No dijeron nada de cuanto sucedió aquella tarde. A la madre, no obstante, le salieron canas, y el hijo me rehuía, a partir de entonces, como si viera al mismísimo diablo. Todavía me hubiera rehuido más si hubiese sabido que aquello fue el inicio de una gran amistad entre el hombretón y yo. Pasamos muchas tardes juntos, y me sacó de alguna que otra situación peligrosa. Jamás se me ocurriría llamarlo, sea lo que fuere, un monstruo. O bien es un buen monstruo, si ello es posible, que, sin duda, lo es.

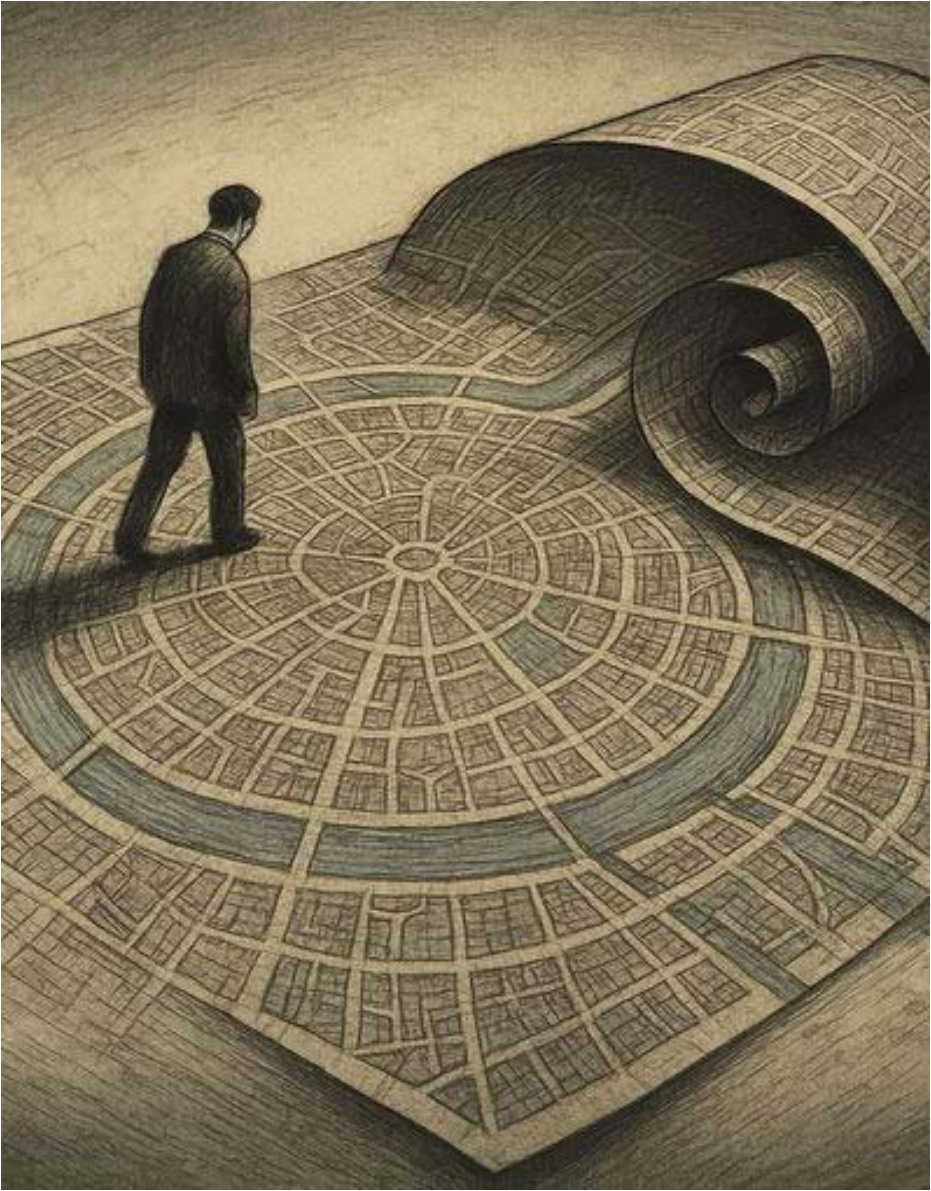


El bruñido de Lucas Mello

Luis Amézaga

Escritor español (Vitoria, 1965). Textos suyos han sido publicados en revistas literarias como *La Bolsa de Pipas*, *Ariadna-RC*, *Narrativas*, *Almiar-Margen Cero*, *Groenlandia* o *Agitadoras*, entre otras. Ha participado en antologías de relatos y poesía. Es autor de los poemarios *El caos de la impresión*, *A pesar de todo... adelante* y *Los alrededores del idiota*, entre otros; del libro de sentencias, crítica y pensamiento *Una semana de arresto domiciliario*, y de los libros de cuentos *Tarde de moscas* y *Vuelos rasantes*. Con el poemario *Bolsa de canicas* ganó el certamen convocado por la revista literaria *Katharsis* y se publicó revisado en segunda edición en 2012. Asimismo, la revista *Groenlandia* publicó su libro de máximas y aforismos *El gotero*. Es coautor, con el poeta Adolfo Marchena, del libro de crónica poética *La mitad de los cristales*, y, con el escritor hondureño David Morán, del libro dietario *El reloj de arena*.

A Lucas le cuesta renunciar a lo más grande que ha conocido. Y sale a buscarlo a la calle, a buscarse, a esperar, porque Dios no se muda y la paciencia todo lo alcanza. Pero es dar vueltas en círculo. Muchas veces actuamos como si Dios tuviera como misión solventar los problemas que generan los monstruos.



El bruñido de Lucas Mello

Luis Amézaga

Está confinado en el número siete de la calle Alquimia. Desde su habitación de cuatro metros cuadrados urde un plan escapista. Cuando anochece, sale de casa, baja las escaleras, irrumpe en la calle y camina en dirección oeste. Al cabo de cinco horas de caminata, exhausto, se detiene a tomar aire, mira a su izquierda y ahí está el portal número siete de la calle Alquimia. Un escalofrío le recorre las meninges. Derrotado, sube a casa y se tumba de nuevo en la cama cuyo colchón ni ha perdido la memoria de su cuerpo morcillesco.

Este confinamiento suyo no trata tanto de no salir como que siempre vuelve, aunque no quiera. Lucas Mello, que así se llama el extrañamente recluso, lleva dos años intentando escapar a su destino de arresto domiciliario al que le somete alguien invisible. Quizá no ver a su secuestrador es lo que peor lleva, un secuestrador que no usa la fuerza, que mueve hilos para que él, un hombre sencillo, no pueda escapar de esa casa en la que vive desde que nació; va para cuarenta años. Allí convivió con sus padres, hace tiempo incinerados. Aún hay fotos en las estanterías de los difuntos con él en brazos. No se reconoce al verlas. Casi no reconoce ni a sus progenitores. Esta sensación de ahogo le impide disfrutar de la memoria o del momento presente. Está en un proceso vital en que convierte el oro en plomo, una especie de piedra filosofal estropeada de fábrica. Ha pasado a un estado de conciencia oscura. Quiere salir de ahí, busca los caminos que no le traigan de vuelta y no da con ninguno. Cuando lleva a cabo sus excursiones de escape no lleva maletas, no quiere cargar con nada de esa casa, quiere empezar de cero en el lugar más lejano posible.

A sus padres los mató un virus respiratorio con nombre de mascota olímpica. Cuando se pusieron malos, con síntomas de asfixia, llamó al servicio de ambulancias y nadie vino porque tenían otros enfermos más jóvenes que atender. Sus padres murieron una noche de primavera. Los de la funeraria vinieron bastante rápido. Según supo después, fue él quien probablemente había contagiado el virus a sus padres, aunque sin saberlo, porque era asintomático, que es como ser sin estar. Había sido el cooperador necesario de la parca. Heredó la casa sin salir de ella. Y él quería romper el cordón umbilical, de ahí sus incursiones por las calles de la ciudad en busca de la estación de autobuses para escapar. Pero no había forma, las calles se conjuraban para girarse, para entrelazarse de tal forma que desorientado acababa siempre ante la puerta número siete de la calle Alquimia.

A Lucas Mello, buscador de sombras desde que abandonó los estudios de filosofía y letras, amante de los espacios vacíos desde que dejó su trabajo de auxiliar administrativo en una empresa de botes de conserva, le desquiciaba la posibilidad de que el mundo estuviera confabulado en un plan que le impidiera la libre movilidad. No era conspiranoico por carácter, pero a las pruebas se remitía. A nadie podía contarle esa locura. De hecho, en varias ocasiones había solicitado ayuda a algún amigo para que en coche le acercara a la estación de autobús. Y resultaba que cuando estaban a medio camino, el amigo recibía una llamada urgente por teléfono y tenía que cambiar los planes: «No te importa, Lucas, que antes de acercarte a la estación pasemos por casa de mi ex mujer, que resulta que tengo que llevar al niño pequeño al dentista y no me había avisado hasta ahora». Lucas, que se conocía el percal del invisible que maneja los hilos, decía que por supuesto, que adelante, que no se preocupe. «Puedes dejarme aquí. Ya iré andando». Como siempre acababa delante del portal siete de la calle Alquimia.

En su camino de sombras, paralelo a una biografía gris, había pasado por el Nigredo, el Albedo y el Rubedo. El Nigredo es la fase de putrefacción de los viejos patrones de comportamiento, de reconocimiento del ego como fenómeno ilusorio. En el Albedo se da la purificación en que cuerpo y mente se hacen uno indivisible y se

produce la regeneración definitiva. En el Rubedo se alcanza el estado en que el mundo adquiere una luz nueva ante la presencia del ojo interior. La conciencia cósmica es tal que abarca a todas las criaturas. Pero nadie le dijo que ese estado se puede perder como quien pierde el sentido de la orientación. Hay una puerta que sólo se abre y se cierra desde el otro lado. Lucas Mello no había oído hablar de ella. Por eso cree que un complot espiritual y físico está actuando, no sabe con qué intención, para que él no pueda avanzar. Está convencido de que si pudiera empezar de cero en otro lugar, su vida y su conciencia se abrirían como una flor de loto y no acabaría una y otra vez frente al número siete de la calle Alquimia con un agudo ardor agujereando su estómago. Cambiar el exterior, escapar del lugar del crimen, para que surja la transformación definitiva, para que esa maldita puerta se abra.

Cuando la presencia se esfuma o lo parece, tras la puerta, vuelven los pensamientos a tomar el control de tu vida y te convencen de que algo has hecho mal, que es imposible que la puerta vaya a abrirse, que es mejor que sigas con tus cosas, que hay muchos logros en el mundo exterior que te reclaman: el éxito profesional, las relaciones humanas, la felicidad de ser alguien relevante aún es posible en un futuro cercano. Pero a Lucas le cuesta renunciar a lo más grande que ha conocido. Y sale a buscarlo a la calle, a buscarse, a esperar, porque Dios no se muda y la paciencia todo lo alcanza. Pero es dar vueltas en círculo. Muchas veces actuamos como si Dios tuviera como misión solventar los problemas que generan los monstruos. Estamos a años luz de comprender.

¿Y si fuera cierto que ha de olvidar? ¿Si fuera cierto que debe vivir sin vivir en él mismo? Sus pensamientos, a falta de contrapeso, acaban venciendo a la voluntad. Sale de casa a buscar alguna mujer con quien satisfacer los asuntos del amor, sale a buscar trabajo para cubrir gastos, sale a conseguir un estatus social, a empaparse de cultura y espectáculos, a beber y a jugar, a ser como los demás. Estando en esas, recuerda una frase de Albert Camus: «Nadie se da cuenta de que hay alguna gente que gasta excesiva energía simplemente para parecer normal». Lucas Mello se siente identificado con las palabras de Camus en esta etapa de ascenso a la normalidad. Como era de esperar, fracasa es-

trepitosamente en todo lo que se propone, porque él no vale para el ritmo del mundo, no sirve para las risas y las charlas, ni para lo que sus amigos y conocidos llaman felicidad.

¿A partir de qué edad resulta obsceno declararse huérfano? Lucas se sentía huérfano de padres y de la presencia que había huido. Por qué un hombre adulto va lloriqueando por las esquinas de una pequeña vivienda heredada. Acaba por reírse de su actitud inmadura. Y sale a la calle por enésima vez, en esta ocasión ya rendido, sin un objetivo específico, sin intentar llegar a la estación de autobuses. Ahora sólo se dedicará a observar las aceras, los columpios del parque, las tiendas, a los viandantes, las copas de los árboles, al señor que toca el acordeón frente al museo de ciencias naturales. Estar alerta es permanecer atento y concentrado, y para eso se necesita serenidad, no tensión. Según camina, nota que se repone, se revitaliza, va dejando de preocuparse por su ficticio dolor. Mira a todo el que pasa a su lado y en voz baja se dice: «Ese eres tú». Anochece y, a sabiendas, regresa a casa, al número siete de la calle Alquimia. La soledad escampa a ambos lados de la puerta.

Se tumba en el suelo de la cocina porque se siente acalorado y las baldosas están frías. Mira al techo blanco, escucha algunos pájaros que se pían mensajes no discursivos. Su cabeza está vacía de pensamientos articulados, aunque llena de pujanza, de combustible sin quemar. Respira hondo. Sabe que su cuerpo le pide abrir una válvula de escape, que generalmente suele ser en forma de ingesta compulsiva. Nos han enseñado a desahogar el exceso de energía, no a rendirla hacia la conciencia ilimitada. El desahogo es momentáneo y la energía se aplaca perdiendo una oportunidad de crecer, porque hasta en la perfección hay niveles y crecimiento. Lucas Mello quiere probar una opción diferente al desembalse de energía y vuelve a respirar hondo, consciente de cómo el oxígeno recorre todo su cuerpo. La energía asciende a la parte alta de la cabeza, donde parece que va a estallar. No se pone nervioso; respira de nuevo sabiendo que respira, se mantiene alerta con la serenidad que eso precisa. Sabe que los nervios inhiben las percepciones claras, así que mira con más atención si cabe al techo y se dice: «Ese eres tú». Y, por primera vez en mucho tiempo, se abre una válvula por donde la energía fluye hacia afuera y vuelve de inme-

diato hacia dentro, desapareciendo la idea dualista de dentro y fuera. La energía ya no está confinada a sus límites corporales y se extiende en todas las direcciones. Aún extático se levanta del suelo y sigue con su vida, aunque nada será ya igual. Al cabo de unas horas, supo que nunca más necesitaría huir de esa casa, ni buscar otro emplazamiento, ni empezar de nuevo. Cada instante era empezar de cero y de cien.

Lucas Mello, apenas transcurridos dos meses de aquella experiencia en la cocina de su casa, se convirtió a ojos de los demás en un alucinado encantador. En los años siguientes reclamaron su presencia por el mundo entero gentes de toda clase y condición para hablar sin decir nada. Viajaba incansablemente, pero siempre que tenía unos días libres volvía a su casa, al número siete de la calle Alquimia.



No me pagan lo suficiente

Adrián Amorós Castro

Escritor español (Sant Boi, 1983). Es instructor de esgrima antigua, contable y docente. Licenciado en Administración y Dirección de Empresas por la Universidad de Barcelona y estudió en la Escuela de Escritura del Ateneu Barcelonés. Textos suyos han aparecido en la revista *Espejo Humeante*, la antología *Orgullo Zombi 5* y el pódcast Lux Ferre. Ganador de una mención de honor en la convocatoria «Yo soy el Pirata Roberts» de la editorial Tinta Púrpura.

Si bien es cierto que algunas criaturas no pueden hacerte daño si les mantienes la mirada, como las brujas, es más fácil enseñarles a los muchachos a nunca mirarlos a los ojos; eso siempre funciona, bueno, casi siempre.



No me pagan lo suficiente

Adrián Amorós Castro

1

Lucía miró por la ventana. Salvo por el solitario roble que delimitaba la masía de Can Busquets, el exterior estaba sumido en la oscuridad. Con la ausencia de la luna y a varios kilómetros de cualquier vestigio de civilización, la única luz externa provenía de las estrellas esparcidas como niños abandonados en la noche. Por primera vez, delegó en sus compañeros la seguridad, y eso suponía resistirse al impulso de revisar toda puerta, ventana o cualquier agujero que diera al exterior, un mal hábito que tenía y una de las razones por las que se ganó el trato de *señorita* o *Sita*, como si nadie supiera lo que habitaba en esta finca infernal.

Apartó esos recuerdos y decidió repasar el equipo de la sala: comprobó las baterías de los *walkie-talkies* y las linternas; después, se acercó al enorme mural que había en una de las paredes. Era un plano de la masía con decenas de bombillas esparcidas en diferentes habitaciones y hacía una eternidad desde la última vez que una de ellas se encendió, pero no podía confiarse. Nada más acabar de revisar la instalación, la puerta se abrió de golpe y un par de monitores entraron. Eran Genís y Noelia.

—¿Podéis llamar antes de entrar? —preguntó Lucía enfadada.

Noelia se acercó a la nevera y rebuscó en su interior. Genís se sentó en una silla para rascarse su barba de tres días.

—Hola, *Sita Luca* —dijo Genís—, todo ha ido bien, gracias por preguntar.

Noelia sacó un par de refrescos y se sentó junto a Genís.

—Lo que quiere decir Genís es que los chavales están durmiendo y que todas las puertas y ventanas están cerradas y aseguradas.

—En los dormitorios —dijo Genís antes de darle un sorbo a su refresco—, Jaime se ha empeñado en asegurar el exterior.

—¿Lo habéis dejado ir solo?

Noelia se puso a jugar con los mechones de sus rastas.

—No, Amanda está con él, pero conociéndola, estará rezando en cualquier esquina, como si eso sirviera de algo.

—Y seguro que Jaime la abroncará por ello —dijo Genís—, esa manía que tiene de gritar nos meterá en un follón, ¿es que no presta atención a lo que le cantamos a los niños? Ya sabes, «si gritas te encontrarán».

—Totalmente —dijo Noelia—, prefiero cuando eras tú quien incordiaba con la seguridad. Y no lo digo yo, los peques no paran de preguntar por la *Sita Luca*.

—Hoy es luna nueva —dijo Lucía mientras rebuscaba en uno de sus bolsillos—. No está de más ser precavidos.

Arrojó un puñado de sal en el lado de fuera de la ventana y la cerró. Luego tiró otro puñado por el lado de dentro. La atmósfera de la habitación se hizo más pesada de golpe.

—Pensaba que lo chungo era la luna llena —dijo Noelia—, yo siempre uso la luna nueva es para recargar mis piedras.

—Déjate de chorradas hippies y céntrate en lo que funciona de *verdad* —dijo una voz desde la puerta.

Jaime entró con la mirada alta y el rostro serio. Amanda apareció unos metros detrás de él, tenía la cabeza gacha y caminaba hacia la mesa con pasos cortos. Lucía se acercó a cerrar la puerta, pero Jaime dio una zancada y se adelantó.

—Ya me encargo, *Sita* —dijo con una mueca de asco mientras espolvoreaba un poco de sal junto a la puerta.

—¿Qué tal si nos relajamos un rato y disfrutamos de la noche?
—interrumpió Genís con una botella de ron en sus manos.

El ambiente tenso se relajó en el instante en que volaron los primeros cubatas. Alguien sacó una baraja de cartas y un cartón de tabaco y todos se sentaron a la mesa a jugar. Cualquier rastro de hostilidad desapareció con la primera partida.

—Venga, Noelia —dijo Genís—, saca las piedras *mágicas* de *verdad*.

Noelia sonrió y sacó un chusco de costo de su riñonera. En pocos minutos, las únicas brumas que se agitaron en la habitación fueron las del humo. Todos bebieron, rieron, fumaron y jugaron, incluso Lucía se permitió bajar la guardia. Después de todo, la situación estaba controlada, ¿qué podía salir mal?

El tintineo de una campanilla resquebrajó la atmosfera de júbilo. Todas las miradas fueron hacia el plano de la pared, donde una diminuta luz roja titilaba en los servicios de la primera planta.

Alguien estaba pidiendo ayuda desde el lavabo.

2

—Es una broma —la voz de Genís apenas era un susurro—, ¿verdad?

Todas las miradas fueron hacia Lucía.

—No es un fallo del sistema, revisé las luces.

—Tal vez rompiste algo cuando lo revisabas —dijo Jaume.

Al ver que nadie le estaba prestando atención, hizo una mueca de asco y se acercó a Genís.

—O tal vez alguien no aseguró *bien* los dormitorios.

—Pues haberte fijado en vez de escurrir el bulto —dijo Noelia a la defensiva.

—¿Ecurrir el bulto? Yo estaba haciendo lo que a ninguno se le ocurrió: revisar.

Lucía ignoró la discusión, tenía otras preocupaciones en su mente. La luz venía de los lavabos de la primera planta y los dormitorios de los chavales están ahí. Ellos se encontraban en la misma planta que ellos, pero en el otro lado de la masía. Dentro de lo malo, habían tenido suerte.

—Calma —dijo Genís sin dejar de mirar a Lucía—, no sabemos si ha sido un niño, podría haber sido... bueno, ya sabéis, *ellos*.

—Sabes de sobra que *ellos* no pueden pulsar los interruptores —dijo Jaume—, el circuito de alarma se hizo con ese fin. A no ser que la *Sita Luca* lo hubiera roto mientras...

No pudo acabar la frase, Genís lo sujetó de su polo y lo levantó.

—¿Quieres callarte? —su voz seguía siendo baja, pero sin ninguna muestra de calma y tranquilidad.

Jaume se quedó quieto. Su rostro enrojeció mientras las venas de su cuello y frente palpitaban. Antes de que pudiera gritar, Lucía fue hacia él y le tapó la boca.

—Dejad de portaros como putos críos. Me da igual quién la haya cagado. Tenemos a alguien en apuros y no lo vamos a rescatar acusándonos, voy a salir.

Todos, incluso Jaume, palidieron. Amanda fue la primera que pudo salir del shock. Sin decir palabra, se puso de rodillas y rezó. Lucía se puso su chaleco y lo ajustó, luego comprobó que lo tenía todo: llaves, linterna, varios saquitos con sal y virutas de hierro...

Mientras lo revisaba, Genís le acercó un *walkie-talkie*.

—Te avisaremos si se enciende otra luz. Si tienes problemas...

—Si tengo problemas, os quedaréis quietos y esperaréis al amanecer. Es una orden.

Genís la sujetó de los hombros con suavidad; por unos segundos, dejó de ser ese chico inmaduro y canalla que aprovechaba cualquier excusa para soltar un chiste verde.

—Todo irá bien —dijo con la voz más reconfortante que pudo sacar en su estado—. Ya hemos lidiado con los Enfermos antes.

Lucía negó con la cabeza.

—Tengo un mal presentimiento, no quiero confiarme. Lleváis poco tiempo en esta masía, no tenéis idea de todo lo que ha ocurrido aquí. Jaume es un cretino, pero ha visto casi tanto como yo —miró a Jaume y éste asintió—. Asegurad la puerta a mi salida y que nadie salga. Para todo lo demás, hacedle caso a él, ¿entendido?

Todos asintieron y volvieron a la mesa, menos Jaume que se quedó mirando por la ventana. Antes de que Lucía saliera por la puerta, Amanda se acercó y le dio el rosario de cuentas que llevaba siempre encima.

—Me da igual lo que digan —le dijo—, sé que te protegeré.

Cogió el rosario y se lo puso por dentro de la camiseta. Antes de salir, hizo una última mirada al grupo y le dio un trago largo a la botella de ron.

3

Lo primero que sintió al cerrarse la puerta fue la presión de la oscuridad. Ajustó su linterna de petaca al chaleco y la encendió. No necesitaba luz para moverse, había recorrido tantas veces esos pasillos que podía ir a cualquier lugar con los ojos cerrados, pero la luz tenía funciones útiles: en primer lugar, era un aviso para, si un niño extraviado la veía, sabría con total seguridad que se trataba de un adulto o, como mínimo, de una persona viva. Caminó con cautela por el pasillo; el crujir de la madera era el único sonido que acompañaba a su respiración. Mientras avanzaba, pasó la mirada hacia los carteles que colgaban de las paredes. Estaban decorados con dibujos que hacían los pequeños durante su estancia y con algunas de las reglas básicas de la

masía, como siempre llamar con tres golpes y nunca salir de noche. Se detuvo en seco en el mismo instante en que la luz de su linterna parpadeó. Esa era la principal razón por la que la llevaba; si una luz artificial daba problemas, significaba que *ellos* estaban cerca.

Exhaló todo el aire que tenía dentro y cerró los ojos. El eco de unas pisadas se alejó, pero lo que realmente la perturbó fue el sonido de una cuerda arrastrada que la acompañaba.

«No puede ser», pensó Lucía, «ella no, por favor».

Casi dio un salto cuando su *walkie-talkie* se encendió.

—¿Qué ocurre? —cuchicheó Lucía.

—Es Jaime —la voz de Genís sonaba lejana—, se puso pálido mientras miraba por la ventana y se desmayó. Cuando recuperó el sentido se puso como una moto diciendo que *ella* estaba ahí. Lo hemos tenido que sedar, ¿quién es *ella*?

Lucía tragó saliva.

—Genís, quiero que mires el roble de afuera por la ventana y me digas si hay algo diferente.

Mientras esperaba la respuesta, se aseguró de que estaba a salvo: agudizó el oído y revisó su linterna, todo en orden.

—Sólo veo una cuerda colgando de una rama —dijo Genís—, la habrán puesto los niños mientras jugaban.

Negó con la cabeza, demasiadas coincidencias.

—Escúchame bien: mantened la calma y rodead toda la sala con sal y hierro, cuando Jaime se recupere, decidle que me habéis avisado.

—¿Qué está pasando? —preguntó Genís aterrado—, ¿son los Enfermos?

—En este lugar han pasado cosas malas, terribles, los Enfermos sólo son una de ellas y ni de lejos son la peor.

—Pero... Jaume dice... entonces... tenemos... o nos... —no pudo escuchar nada más, la estática de la radio se disparó.

—Joder —dijo Lucía para sus adentros—, tenía que venir hoy la Ahorcada.

Ajustó su linterna y continuó avanzando; la madera seguía lamentándose con cada paso y las sombras a su alrededor se agitaban cuando la luz de la linterna las bañaba. Necesitaba pensar en cualquier cosa, menos todo lo relacionado con la historia de aquella niña que se ahorcó hacía décadas.

Un goteo la trajo de vuelta a la realidad, un limo maloliente caía del techo en varios tramos y formaba diminutos charcos de fango. Estuvo a punto de alzar la vista, pero se tapó los ojos a tiempo.

—Debes respirar normal —susurró—, nunca cruces su mirada o sufrirás.

Si bien es cierto que algunas criaturas no pueden hacerte daño si les mantienes la mirada, como las brujas, es más fácil enseñarles a los muchachos a nunca mirarlos a los ojos; eso siempre funciona, bueno, casi siempre. Las gotas dificultaron más su avance, el hedor del cieno atravesaba su nariz y le perforaba el cerebro con cada inspiración. Otros dibujos se unieron a decorar las paredes, un trazo infantil que dibujaba una y otra vez las mismas escenas: una niña jugando, durmiendo y llorando; junto a ella, unos padres discutían, los dibujos de la niña cambiaban cada vez que parpadeaba: ahora tocaba un instrumento, después jugaba sola..., finalmente, se veía junto a un árbol con una soga en el cuello, aunque sus padres siempre estaban iguales, peleando e ignorándola.

¿Acaso esa chica no era igual que los que estaban aquí?

La luz de su linterna parpadeó varias veces; no muy lejos de ella, una figura se balanceaba a un par de metros del suelo. Lucía se alejó unos pasos y esperó; como no podía hacer nada más, tarareó para sus adentros una de las canciones que siempre les cantaba a los niños.

Si estás solo por la noche y aparecen
No caigas al infierno al que pertenecen.

Si gritas te encontrarán
debes respirar normal
nunca cruces su mirada o sufrirás

ellos siempre engañarán
sal y hierro servirá
sólo así podrás con vida escapar.

Al ver que la figura no parecía que iba a moverse, la única opción era dar un rodeo por el piso de abajo. Retrocedió sobre sus pasos y bajó por la escalera que daba al comedor principal. La Ahorcada no la siguió, había tenido suerte.

O no.

Se fijó en las paredes casi por accidente; los dibujos, tanto los de los niños como los de la Ahorcada, fueron sustituidos por círculos y pentáculos acompañados de inscripciones indescifrables. La luz de su linterna enloqueció hasta el punto de que no le quedó más remedio que apagarla, pero una luz iluminaba el comedor. Junto a la chimenea, unas llamas verdes calentaban un caldero humeante. A su lado, una figura raquítica con una melena gris y lacia agitaba un cucharón de madera. Ahora entendía por qué la Ahorcada no la siguió.

Abajo estaba la Bruja, la peor de todas las apariciones de aquel caserío maldito.

4

El corazón de Lucía estalló hasta el punto de querer salirse por la boca. Can Busquets era un lugar horrible lleno de todo tipo de leyendas: desde parejas despechadas que realizaron pactos de suicidio hasta un refugio clandestino durante la Guerra Civil que se usó como hospital primero y como sala de torturas después; pero, si existía una historia macabra que coronaba aquello, era sin duda

la *Bruja*, una mujer que asesinó brutalmente a toda su familia, ella incluida, en una ofrenda infernal. La distancia entre las dos escaleras era inferior a diez zancadas, pero eso suponría cruzar la chimenea y no tenía ninguna intención de acercarse a eso, por lo que optó por bordear el comedor. El caldero burbujeaba al ritmo de una canción que murmuraba la Bruja. Por instinto, Lucía puso la mano en el bolsillo donde llevaba un puñado de granos.

El tiempo se detuvo en el instante en que la radio volvió a sonar. Lucía se deslizó hacia un hueco que había en una pared y se quedó petrificada mientras aguantaba la respiración. La Bruja dejó de remover el caldero e irguió su cuerpo huesudo, su cuello crujía como madera seca cada vez que ladeaba su cabeza buscando la fuente del sonido.

—¿Ku ku? —graznó la bruja.

Lucía presionó el botón de apagado de la radio mientras sujetaba con la otra el puñado de semillas, sus pulmones estaban al borde del colapso y no aguantaría mucho tiempo así. La madera parecía gritar con cada pisada que daba la criatura.

—¿Ku... ku?

Las pisadas se volvieron más insistentes, el poco aire que quedaba en sus pulmones estuvo a punto de salir volando cuando la figura esquelética apareció a unos metros de ella. Se llevó la mano al pecho, su corazón latía cada vez más fuerte, la cabeza le daba vueltas y le costaba mantenerse de pie. La criatura se irguió y se alejó; sin embargo, Lucía no bajó la guardia, lentamente dejó soltar el aire de sus pulmones e inspiró con calma, el pecho le picaba desde dentro y tenía unas ganas locas de toser, sus ojos lloraban del esfuerzo. Una vez renovado el aire de sus pulmones, le dio la vuelta a su linterna y la encendió. La luz no mostraba ningún parpadeo, así que salió del escondite y encendió la radio. Una lluvia de estática la recibió.

—Genís, dile a Jaume que la Bruja está aquí.

—... ¿Lucía? ¿... eres tú? —la voz de Genís apenas se escuchaba con tantas interferencias.

—Sí, soy yo, escúchame, es importante.

—Ahora... puerta.

—Genís, no te escucho bien.

—Digo que... abrimos la...

Lucía sujetó la radio con ambas manos y se la acercó lo más que pudo.

—Tres golpes —lo más calmada que pudo—, hay que llamar con tres golpes.

No dejó de repetir la frase hasta obtener respuesta.

—¿Qué dices? ¿Tres golpes? —los dedos de Lucía estaban blancos de la presión que hacía—. ¡Mierda! ¡Amanda, no abras!

Una cacofonía de interferencias y gritos le perforó los tímpanos. Su cuerpo se negó a reaccionar, lo único que pudo hacer era mirar cómo el dispositivo temblaba entre sus dedos.

—No —susurró Lucía con la voz quebrada—, por favor, no.

La radio se quedó muda, ni siquiera se oía la estática. Comprobó que seguía encendida y se la acercó a la boca.

—¿Genís? ¿Todo bien?

Mientras esperó la respuesta, juntó las piezas que tenía sueltas en su cabeza. Era imposible que hubieran abierto la puerta, aunque imitase su voz, Jaume lo habría impedido.

Si es que estaba consciente.

Un suspiro salió de su garganta seca cuando escuchó respuesta, seguro que aquello no había sido más que una mala pasada de la estática, dichas interferencias.

—¡Ku ku! —gruñó una voz desde el otro lado de la radio.

Algo se quebró en la mente de Lucía, tiró la radio al suelo y corrió hacia las escaleras, pero se detuvo en el último momento. Si la Bruja estaba ahí, ya no podía hacer nada por ellos, sólo había una

persona a la que podía salvar. Sin perder más tiempo, subió las escaleras en dirección a los lavabos. Salvar al muchacho era la única idea que habitaba en su cabeza, era la barrera que la protegía de un ataque de pánico. Bajó la marcha más por instinto que por sentido común; iba a oscuras, pero estaba segura de que se encontraba a pocos pasos de la puerta que daba a los lavabos.

De hecho, escuchó cómo se abría.

5

El trabajo de Lucía era simple, que todos los niños que iban a la masía de Can Busquets regresaran de una pieza. Las razones por las que unos padres decidían explícitamente enviar a sus infantes a ese infierno era algo que se le escapaba por completo, pero nunca le dio importancia, la paga era buena y tenía plaza fija, sólo tenía que cumplir su trabajo.

«Cumple tu trabajo».

Aquellas palabras colapsaron su cerebro mientras la niña corría hacia ella, cumplir su trabajo era lo único que la podía mantener cuerda en ese momento.

Se agachó y la recibió con un cálido abrazo.

—Lucía —sollozó la niña—, tengo miedo.

—No pasa nada, ya estás a salvo.

La niña aplastó su cabeza contra el pecho de Lucía, sus ojos estaban húmedos y temblaba.

—Mamá se enfadará, ¿verdad?

—No se enfadará si no le decimos nada —no había duda o miedo en la voz de Lucía, sólo una calma serena.

La niña siguió con su débil llanto.

—Ella lo sabe todo, verá que me he portado mal y me castigará. Lucía, ¿por qué es tan mala conmigo?

Lucía acarició el cabello de la chica con ternura, era largo y rebelde, su tacto le raspaba los dedos como si fuera de cáñamo seco, pero no se detuvo.

—Tu madre, como las mamás y papás de los demás niños, no te odia; os aman, de una manera cruel y retorcida, pero os quieren —Lucía siguió recorriendo su melena con la mano—. Piensan que todo esto es una prueba para ser dignos de su amor, pero, en el fondo, sólo es una inversión —la joven había dejado de llorar, pero no se soltó de Lucía—. Son gente rica, muy rica, con decenas de hijos. Sólo uno de ellos heredará sus fortunas y quieren que sea alguien que conozca el verdadero horror, alguien fuerte e inquebrantable. He visto decenas de niños entrar aquí y he visto cómo regresan, rotos y vacíos. Nadie repite, sólo nosotros, los adultos.

La mano de Lucía apenas podía moverse, estaba enredada entre la mata de pelo de la muchacha.

—¿Y mi mamá es igual?

—No lo creo, sólo era alguien que te ignoró hasta que te ahorcaste, ¿verdad?

Lucía tiró de la mano atrapada hacia abajo en el mismo momento que sacaba una bolsita de tela de su chaleco y arrojaba su contenido al rostro de la niña.

—Sólo los adultos me llaman Lucía.

La Ahorcada aulló cuando la sal tocó su cuerpo. Unas sogas aparecieron del techo y las elevaron, pero Lucía siguió tirando todo lo que tenía a mano en sus bolsillos: sal, virutas de hierro, semillas... Una cuerda se enredó sobre su cuello y la Ahorcada gritó de júbilo, pero sólo le sirvió para que vertieran sobre su boca más sal y polvo de hierro, los ojos de la aparición ardieron y estalló en una nube de polvo. Lucía cayó de espaldas y, por el sonido que hizo al caer, se rompió algo, pero no tenía tiempo para comprobarlo. Se puso de pie y cojeó hasta los lavabos.

Lo primero que la recibió fue la luz débil de una solitaria bombilla, seguido de un viento gélido proveniente de un tragaluz abier-

to de par en par, una hilera de puertas cerradas separaba los escusados individuales. Al fondo, grifo goteaba, pero su corazón iba tan acelerado que no podía oír el chapoteo de este.

—¿Hola? —preguntó una voz infantil y alarmada desde uno de los lavabos.

Localizó la puerta, estaba cerrada y tenía un rastro de polvo que, desde ahí, parecía sal, chico listo.

—Estoy aquí —dijo Lucía con la voz entrecortada—, todo saldrá bien.

No hubo respuesta. Lucía se acercó a la puerta y tocó tres veces, luego tocó tres veces más y finalmente otras tres veces más. Un débil llanto salió del otro lado de la puerta.

—¿Ya se ha ido?

Intentó abrir la puerta, pero no cedía.

—No te preocupes, esa niña no volverá a molestarte, ¿puedes quitar el cerrojo?

—¿Te refieres a Maite? No es mala, sólo quería hablar conmigo, es su madre quien me da miedo.

El aire se volvió denso y pesado, las piezas de un rompecabezas intentaron tomar forma en la mente de Lucía, pero estaba demasiado cansada para darle un sentido. Se apoyó en la puerta y esperó a oír el chasquido del cerrojo, cuando un golpe seco sonó a sus espaldas. En otro momento se habría percatado del tintineo de la bombilla, pero estaba agotada, tenía algo roto en el cuerpo y no sólo a nivel físico, sus sentidos embotados no le avisaron a tiempo para impedir que girara la cabeza y viera lo que no debía ver.

La bombilla estalló, una figura alta y huesuda la miró con una sonrisa mellada y unos ojos amarillos y legamosos que le atravesaron el alma.

—¡KU KU! —dijo la Bruja.

El niño del lavabo gritó, pero Lucía ni se inmutó, sus músculos se tensaron y sus párpados se abrieron lo máximo que le permitían. La Bruja hizo una mueca; podría ser una sonrisa o un gesto de asco, pero Lucía no podía saberlo, tenía toda su atención en no apartar, bajo ningún concepto, la mirada de aquellos orbes rezumantes que colgaban de las cuencas de la criatura. Palpó los bolsillos con sus manos, en búsqueda de las semillas que la distraerían el tiempo suficiente para huir.

—Eres mala —la voz de la bruja era rasposa y dejaba un eco con cada sílaba.

Lucía siguió hurgando sin apartar la vista, ¿dónde las había dejado?

—¿Qué le has hecho a mi pequeña? ¿Es por lo que les hice a tus amigos?

El picor de sus ojos era horrible, pero tenía que luchar contra el impulso de pestañear.

—Ellos se lo merecían, todos os lo merecéis, esos niños sufren y los dejáis sufrir. Mi niña, mi pequeña Maite, ¿por qué hiciste eso?

Aquella revelación la dejó atónita; no eran dos leyendas sueltas sino una: Maite era la Ahorcada y, tras quitarse la vida, su madre enloqueció, ¿y si ella fue el origen de toda la locura de aquel lugar infernal? No quiso darle vueltas, lo único que necesitaba ahora mismo era encontrar el maldito bolsillo con las semillas. ¿Dónde las había dejado?

Todos sus bolsillos estaban vacíos, lo único que encontró fue un puñado de sal, ¿qué había pasado?

Maldijo para sus adentros; en su ataque suicida contra Maite, tiró las semillas que llevaba encima. La Bruja seguía balbuceando a un palmo de ella, su aliento fétido olía a huevos podridos y sangre y sus ojos parecía que se iban a deshacer en cualquier momento. Era imposible concentrarse así, por lo que optó por tararear para sus adentros la canción de la Bruja.

«*Ku ku, la bruja decía*»

—Ku ku.

«*si no prevenías*»

—¿Ku ku?

«*ella te engañaba*»

—Ku ku.

«*y te devoraba*»

—KU KU.

«*si traes semillitas*»

—Ku-ku.

«*o sólo piedritas*»

—Kuuu kuuu.

«*la puedes burlar*»

—Ku ku.

«*y no morirás*»

Una débil luz se abrió paso en las tinieblas de su mente. Se llevó la mano al corazón y sacó pecho. La Bruja ladeó la cabeza.

—No eres mejor que los padres que traen a sus hijos aquí —dijo Lucía desafiante—, te llenas la boca sobre tu hija, pero no hiciste nada cuando pudiste.

Los ojos de la Bruja se oscurecieron. Lucía levantó la mano y mostró el rosario que le había dado Amanda. La reacción de la Bruja fue una risotada.

—Niña, deberías saber que eso no funcionará. Si tienes que rezar, hazlo a quien *sí* responda a las súplicas.

Lucía sonrió y tiró del rosario hasta partir la cuerda. Las cuentas cayeron al suelo y salieron disparadas por todo el lavabo. Las pupilas de la Bruja se dilataron y unos sonidos guturales emergieron de su garganta.

—Niña lista —gruñó la Bruja.

Con una velocidad inhumana, la criatura se tiró al suelo y se puso a contar las cuentas. Lucía cogió un par de ellas y las arrojó por el tragaluz; la Bruja pronunció unas palabras imposibles de entender y reptó por el agujero como si fuera una serpiente. Ignorando el impulso de huir, cerró el tragaluz y arrojó la poca sal que le quedaba, tanto en el borde de éste como en la puerta. Tomó aire un par de veces y llamó a la puerta del lavabo dando tres golpes tres veces. Un joven, de apenas nueve años, la abrió. Tenía los ojos enrojecidos y tiritaba, tanto de miedo como de frío.

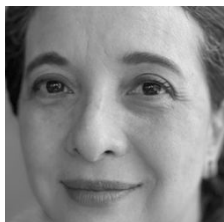
—Lo siento —sollozó.

Lucía lo interrumpió con un abrazo y se sentó en el inodoro con el muchacho en su regazo.

—Estás a salvo —susurró—, eso es lo importante.

Cerró la puerta y puso el pestillo antes de romper a llorar. El chico la acompañó y ambos siguieron así hasta que el muchacho cayó rendido por el agotamiento. Aquella noche había sido la peor en toda su vida trabajando en Can Busquets y no sólo por los compañeros perdidos, su pierna le dolía horrores y necesitaría cantidades ingentes de pastillas y alcohol para lidiar con todo lo que acababa de presenciar.

—Joder —dijo Lucía entre lágrimas—, no me pagan suficiente para esta mierda.



El mayordomo de la Resistencia

Denise Armitano Cárdenas

Escritora venezolana (Caracas, 1969). Narradora, publicista y traductora. Fundadora y editora de la web literaria *Contexturas.org*. Ha publicado narrativa, crónica y ensayo en antologías, periódicos y revistas iberoamericanas. Textos suyos han sido traducidos al rumano. Se ha formado en talleres literarios con destacados escritores latinoamericanos. Pertenece al Colectivo Internacional de Minificción. Dicta talleres para fomentar la lectura y escritura de microficción. Es autora del libro de microrrelatos *Atrapanieblas* (Editora BGR, España, 2023) y compiladora de la antología de microficción *El arte de la brevedad* (ABediciones, Caracas, 2024).

***Con mi partida, dicen que se
extinguió una manera
particular de ver —y oír— las
cosas. De inmediato ingresé al
panteón de los de mi oficio. El
monstruo también descansó.***



El mayordomo de la Resistencia

Denise Armitano Cárdenas

La Ocupación

Nunca me animó la política. No soy ni de izquierda ni de derecha. Diría que soy más bien conservador, sobre todo de las formas y tradiciones. Fueron otras las motivaciones que me llevaron a unirme a la Resistencia. Verá, una loza de fina manufactura demanda maneras en concordancia, por eso resultaba tan doloroso presenciar su maltrato.

Debido a la tristemente célebre Línea Maginot y a ese accidente que fue la Ocupación, la vajilla con monograma de la mansión cayó en las manos toscas de los invasores. Mi deber era servirles callado, mientras padecía el ruido de los cubiertos golpeando sin cuartel las piezas de porcelana. Hablaban en voz alta y, aunque nada comprendía, presumía que sus pláticas, acompañadas por risotadas sueltas a boca llena, no podían ser sino triviales, de escaso vocabulario, probablemente vulgar.

Pedían platos simples, pero exigían el uso diario de la vajilla de etiqueta junto a la fina cristalería. En seis meses menoscabaron la colección de vinos de mi patrono, el legítimo dueño. Para proteger lo que quedaba de ella, decidí trasegar caldo común en botellas de alcurnia y ni cuenta se daban. Su paladar debía ser tan áspero como una lija.

Al año siguiente, de manera inexplicable, comencé a entender lo que decían y comprobé que sus conversaciones desentonaban con el refinamiento de nuestros enseres. Era tal mi incomodidad, que hasta consideré verter veneno en su sopa y luego en la mía. Sin embargo, en medio de tanta banalidad, detecté un intercambio sub-

yacente de información, en su mayoría inquietante, un código tal vez. Atormentado, acudí a un doctor con la esperanza de recuperar mi antigua ignorancia del idioma de aquellos gañanes.

Tras diagnosticarme misofonía el médico me recetó unos fármacos y me convenció de escuchar con atención. Debía apuntar lo que pareciera relevante o se repitiera. A partir de entonces, con la excusa de atender una anemia severa a consecuencia del racionamiento, iba semanalmente a su consulta. Le entregaba anotaciones disimuladas en un cuaderno de compras y él me trataba con acupuntura para aliviar mis jaquecas, hasta el día de la liberación. Dicen que mis acciones fueron heroicas, que gracias a datos clave que suministré pudimos ayudar al ejército de las sombras y a los aliados a recuperar nuestro territorio y, finalmente, ganar la guerra.

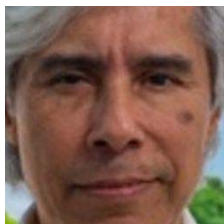
Me impusieron la medalla de la Resistencia francesa, también me ofrecieron un puesto importante en el Elíseo como mayordomo y escucha encubierto de dignatarios extranjeros. Lo decliné, con elegancia y sosiego. En un mundo cada vez más disonante, mi aspiración era seguir trabajando en una tranquila mansión de provincia, arrullado por el repiqueteo acompasado de la cubertería sobre la loza noble, el armonioso tintineo del cristal y las voces apacibles de comensales discretos.

Sexo, drogas y rocanrol

Dos décadas más tarde, la invasión vino de Inglaterra. Tenía todo dispuesto para mi retiro, pero tuve que diferirlo porque los hijos del patrono, jóvenes frívolos y haraganes, recibieron a unos melencidos, evasores del fisco. Su nuevorriquismo arrogante, la falta de modales, sus conversaciones con poses filosóficas, aunadas a los atentados diarios contra la vajilla y la cristalería, me perturbaron severamente. Eso que llamaban música desató, sobre todo en las madrugadas, la misofonía que latía adormecida en mí, ahora lancinante como en sus peores momentos. Lo que no lograron los alemanes en cuatro años, dos meses y once días de ocupación, lo hicieron estos desadaptados, paladines de la decadencia, en veintinueve días. El día treinta tomé la decisión y el último día del mes, la ejecuté.

La cena se sirvió a la medianoche, como lo exigían los señoritos ingleses. Lengua en salsa de hongos puestos en conserva desde 1941, reservados para alguna eventualidad que, finalmente, había llegado. De postre, un *parfait criminel*. Tuve que soportar el quiebre de dos copas flautas de bacará, últimas bajas de esta guerra, pero tras el digestivo, no hubo más carcajadas. Las vociferaciones se fueron apagando a la luz de las velas derretidas y el sonido pulcro de una cucharilla larga al caer sobre un cuenco de porcelana china antecedió el silencio más glorioso que hubiese podido experimentar.

La investigación fue apresurada, el informe forense tajante: intoxicación accidental por abuso de setas psilocibias. Ciertos medios hablaron de suicidio colectivo, incluso de asesinato, tesis que no prosperó. Era tan obvio que en estos casos la culpa siempre era del mayordomo, que nadie se molestó en verificarlo. Preocupaba más que el incidente no afectara el turismo local y que los vicios y estridencias fueran siempre cosas de extranjeros, o de su música psicodélica. Con mi partida, dicen que se extinguió una manera particular de ver —y oír— las cosas. De inmediato ingresé al panteón de los de mi oficio. El monstruo también descansó.



El chaneque del cafetal

Juan Francisco Barrera Gaytán

Científico, agrónomo y entomólogo mexicano (Saltillo, Coahuila, 1958). Reside en Tapachula, Chiapas. Labora en El Colegio de la Frontera Sur, un centro público de investigación. Autor y coautor de artículos científicos, capítulos de libros y libros en temas de entomología, control biológico y manejo de plagas en cultivos tropicales, con énfasis en el cultivo del café. También ha publicado relatos de divulgación científica como *Estampas cafecianas* (2024), *Todos los días suelen ser iguales hasta que ocurre lo impensable: nueva plaga del café en México* (2024), y *Milagro en Timor Oriental: la historia de un cafeto en la lucha contra la roya* (2023).

Venancio vio a un hombrecillo de medio metro de estatura, dulce mirada, amigable sonrisa y coloreado atuendo que lo saludaba moviendo la mano y lo invitaba a ir a su lado. Recuperado de la sorpresa, Venancio caminó lentamente hacia donde estaba el hombrecillo, pero éste había desaparecido.



El chaneque del cafetal

Juan Francisco Barrera Gaytán

El chaneque

El niño horrorizado vio acercarse al chaneque hasta la jaula que lo mantenía cautivo. La figura grotesca del chaneque —un ser entre duende y enano jorobado— caminaba hacia él arrastrando un pie y vociferando palabrotas. Abrió la puerta de la jaula con sus manos callosas de uñas largas y, en tanto el niño lloraba y gritaba de espanto, lo agarró de la cabellera, lo sacó de un tirón y se lo llevó a rastras hasta el otro extremo de la cueva donde vivía el maligno ser. Allí, sobre una mesa de piedra apenas iluminada por la tenue luz de una vela casi consumida, burbujeaba un líquido verdoso en una copa negra. Sin soltar al niño de la cabellera, y sin prestar atención a sus lloriqueos, el chaneque le apretó la nariz, le abrió la boca y le hizo tragar la maloliente sustancia. De inmediato el niño calló y no se movió más. El chaneque lo acostó en la mesa y murmuró algo en una lengua desconocida, como rezando. Enseguida tocó la frente del niño que, al sentir el contacto de la horripilante mano, emitió un grito gutural. De pronto, tras un chispazo azulado que por un segundo iluminó como el día la caverna, el niño desapareció.

En el lugar de la mesa de piedra que antes ocupaba el niño sólo había diez pequeños objetos, como semillas de garbanzo, que emitían un brillo verdeazulado. Sin duda, esos objetos tenían un significado muy importante para el chaneque, porque los recogió con mucho cuidado y los arropó en su pecho. El chaneque salió de la cueva con sus preciados objetos y se dirigió al río que atravesaba el bosque. Allí, mientras lanzaba uno a uno los objetos al río, al suelo o a los árboles, decía: «Tú serás un pez, tú una ardilla, tú un quetzal,

tú un escarabajo, tú una ceiba...». Cada vez que uno de los objetos surcaba el aire emitía un resplandor al convertirse en el animal o la planta que el chaneque pronunciaba.

Los amiguitos

Delfino y Venancio, niños de la misma edad, crecieron juntos en aquella provincia dedicada al cultivo del café. Sus padres eran amigos desde antes de casarse con las gemelas Monterrosa, muchachas de buena estampa y modales. Si el niño Delfino era retraído y prudente, su amiguito Venancio era todo lo contrario: extrovertido e intrépido. No obstante las diferencias de carácter, la amistad entre los dos niños perduraba porque habían aprendido a congeniar gracias a que las madres hermanas fomentaban la convivencia entre sus familias.

Uno de los lugares predilectos de los amiguitos para divertirse eran las plantaciones de café de sus padres. En ese espacio donde la agricultura y la naturaleza amalgaman cafetos, flora y fauna, los amiguitos encontraban total libertad lejos de la autoridad paterna. Correr entre los cafetos y la arbolada, chapotear en el arroyo cercano o simplemente comer plátanos o naranjas recostados bajo la sombra de una ceiba eran sus distracciones favoritas. Delfino y Venancio sabían sacar provecho de cualquier época del año para divertirse. Durante la cosecha del café disfrutaban asustando a los trabajadores lanzándoles piedritas para luego esconderse entre la maleza. En otras ocasiones ponían piedras grandes dentro de los sacos de café que los trabajadores cargaban hasta el edificio donde el aromático grano se procesaba. Como habrá de suponerse, esas y otras travesuras eran ideas e iniciativas de Venancio.

La resortera

Cierto día, mientras bajo la ceiba los amiguitos descansaban, Venancio sacó de entre sus ropas una resortera. Según dijo, su padre la había traído de su último viaje al pueblo. Con una mirada maliciosa

preguntó a Delfino si sabía qué era. Sin esperar respuesta, Venancio colocó una piedra en la badana, estiró con fuerza las ligas y disparó acertando en el tronco de un cafeto. Ante tal logro, la algarabía de los niños fue mayúscula. A partir de entonces los amiguitos olvidaron las otras distracciones y se dedicaron a competir tirando al blanco, que a veces era el tronco de un árbol, una lata o una botella vacía.

Pronto los blancos inmóviles dejaron de interesar a Venancio, quien propuso tirarle a una lagartija que, posada en la rama de un cafeto, esperaba comerse un escarabajo. Aterrado, Delfino vio caer la lagartija despanzurrada por el impacto del proyectil y, sin más, reprendió al amigo por el criminal hecho. Venancio le prometió a Delfino no volver a usar animalitos como tiro al blanco, pero algunos niños a los nueve años no tienen desarrollada la capacidad de distinguir entre el bien y el mal, por lo que Venancio pronto olvidó su promesa y de lagartijas e insectos pasó a disparar a pájaros, ardillas y otros animalitos que viven en los cafetales. Las correrías de Venancio en solitario a la caza de fauna silvestre distanciaron a los amiguitos.

La desaparición

Venancio salió de casa rumbo al cafetal antes de las 7 de la mañana. Llegó a las 8 y se dispuso a desayunar. Mientras ingería sus alimentos recordó que el día anterior había juntado cuando menos cincuenta piedritas redondas del río que le servirían de proyectiles. «Será un buen día de caza; la diversión que se perderá el tonto de Delfino», pensó. Tan pronto terminó el desayuno se internó entre la arboleda del cafetal.

No había caminado ni cinco metros cuando vio a una ardilla que alegre se paseaba por la rama de un aguacatero. Sin hacer ruido se acercó un poco más y se preparó para dispararle a su primer blanco del día. Estiró con fuerza las ligas de la resortera, pero cuando iba a soltar el proyectil, de reojo vio algo que lo distrajo. Rápido giró la cabeza, pero nada vio, sólo algunas hierbas que el viento movía. Regresó la vista a la ardilla, pero ahora, más que ver, sintió una presencia a su lado. Muy sorprendido, a unos diez pasos, Venancio vio a un hombre-

cillo de medio metro de estatura, dulce mirada, amigable sonrisa y coloreado atuendo que lo saludaba moviendo la mano y lo invitaba a ir a su lado. Recuperado de la sorpresa, Venancio caminó lentamente hacia donde estaba el hombrecillo, pero éste había desaparecido. Desconcertado, Venancio se disponía a regresar, cuando un «¡psst, psst!» del hombrecillo le indicó que lo siguiera. Sin darse cuenta, Venancio lo siguió entre la arboleda hasta llegar a una ceiba que nunca había visto. En la base del enorme árbol había un gran agujero, como la entrada a una cueva, de la cual salía el resplandor de una luz amarillenta y se oía música clásica. El hombrecillo entró a la cueva y desde el interior llamó por su nombre a Venancio con melodiosa voz, mostrándole ricas golosinas. Ya en estado total de trance, Venancio sin resistirse ingresó también a la cueva. Segundos después, la caverna se cerró para siempre.

En todas las criaturas del cafetal

«Fue el chaneque», dijo don Nicanor, el chamán del pueblo, a los padres afligidos de Venancio cuando fueron a verlo después de agotar sin éxito todos los medios de ayuda por la desaparición de su hijo. «Con travesuras y engaños el chaneque confunde y desorienta a las personas, en especial embauca a los niños malos cuando se internan en el bosque», les había dicho. «El chaneque puede ser bueno o malo, pero es el único ser que protege a la fauna y flora de los bosques; su hijo habrá hecho algo muy malo para que el chaneque que se lo llevó no lo haya liberado», agregó sin más el viejo Nicanor.

Delfino fue la única persona que creyó en lo que dijo el chamán, porque siempre supo que Venancio hacía mucho mal al bosque de café sacrificando a sus criaturas más inocentes. Esa noche, como todas las noches desde que Venancio desapareció, Delfino rezó para que su amiguito regresara pronto.

Con el paso de los años Delfino no se acostumbró a la ausencia de Venancio, pues cada vez que iba a la pacerla de café experimentaba la extraña sensación de la presencia de su amigo en todas las criaturas del cafetal.



Poemas

María J. Bas

Escritora española (Albacete, 1967). Doctora en Filología Hispánica y Licenciada en Filosofía, con másteres de especialización en Estilo y Creatividad, de Escritura Creativa y de Poesía en la Escuela de Escritores de Madrid. Trabaja como profesora de Enseñanza Secundaria y docente de español como lengua extranjera. Autora del poemario *Una mujer abraza la nieve* (Urdimbre, 2024). Textos suyos han aparecido en las revistas *La Rompedora* y *ReVerso*, así como el libro colectivo *88 octavas reales o más* (Ars Poética, 2022). Ha participado en diversos congresos y simposios internacionales sobre lengua y literatura española e hispanoamericana. Participante del Club de Lectura del Centro de Poesía José Hierro de Getafe y colaboradora, como directora de trabajo final, del Máster en Escritura Creativa de la Universidad Internacional de La Rioja.

***Armoniza los tonos, compone /
un himno, un preludio, / el
compás de sus dedos sigue / el
ritmo de su angustia, la desazón
/ del alma que se agita, se
subyuga, / se conmueve hasta
caer / desfallecida, hasta
quedar en paz / consigo misma,
como si la música / pudiera
romper el hilo de oro / que la
ata a Teseo.***



Ariadna abandonada por Teseo (1774), de Angelica Kauffmann
Museo de Bellas Artes de Houston

Poemas

María J. Bas

I

Ariadna tocando el arpa

Ariadna reconstruye en el arpa,
nota a nota, la melodía
del llanto sepultado
en el pecho, pulsa
las cuerdas febrilmente,
ensarta acordes, claves, con grácil
movimiento puntea el tapiz
del sonido que se expande,
armoniza los tonos, compone
un himno, un preludio,
el compás de sus dedos sigue
el ritmo de su angustia, la desazón
del alma que se agita, se subyuga,
se conmueve hasta caer
desfallecida, hasta quedar en paz
consigo misma, como si la música
pudiera romper el hilo de oro
que la ata a Teseo.

II

El unicornio

He visto
un unicornio
en sueños que cabalgaba
en las praderas,

que corría
libre como la brisa,
que saltaba entre
los matorrales
con la furia,
con el ímpetu
de una sangre joven
que no teme
los obstáculos y brinca
sin concierto,
sin una razón que explique
tanta algarabía,
he visto cómo casi
volaba y era compañero
de las nubes,
del halcón,
sus zancadas surcaban
el océano
de la noche,
y he querido
acariciarlo, subirme
a sus lomos,
pero se ha asustado,
y ha huido tan deprisa
que he perdido
su estela.

III Afrodita

Afrodita sale del agua
y lleva tras de sí
las conchas
que se enredan en su pelo,
deja caminos de sal
en la arena,
corales rojos,
anémonas, erizos,
medusas,

criaturas de otro mundo,
efluvios del océano
que arrastran a los hombres
a las profundidades.

IV Penélope

Penélope ya no
piensa en el amor
de Ulises.

Devana los días
en la rueca,
inventa historias
para sus tapices
porque es vieja y ama
la soltería, la paz
que le ha brindado,
que nunca había tenido,
la libertad de ser
tan sólo una mujer,
y no la reina
de una isla
desolada,
abandonada en medio
del océano.

Recibe noticias
del marido,
algunos marineros
dicen haberlo visto en brazos
de una ninfa,
en la corte de una reina,
con mil naves bajo
su mando, aguerrido
en la batalla,
prisionero en países
lejanos, pero ya no
aguarda su regreso.

Si volviera Ulises, qué haría,
se pregunta
en las noches
de insomnio. Si volviera,
qué haría, se pregunta a solas
cuando teje y desteje
la vida de sus héroes.
Si volviera, qué le diría
a Telémaco, el hijo
que ha crecido huérfano,
sin la mano protectora
del padre,
cómo le enseñaría
a quererlo, a honrarlo.

Si volviera Ulises, cómo
sería su vida.
Otra vez
tendría que sentarse
a esperar
que el marido
dispusiera la casa,
diera las órdenes
para que hubiera un orden,
para que cada uno
supiera cuál
es el sitio que ha de ocupar
en la mesa,
para que cada uno supiera
qué pedazo de carne
le corresponde,
qué ropa ha de vestir,
qué palabras
ha de callar,
a qué dioses
hay que adorar y contra
qué enemigos
hay que enojarse.

No, Penélope
ya no piensa
en el amor de Ulises.

Lo ha borrado
de su memoria
y es tan sólo un nombre
que de vez en cuando alguien
pronuncia.

Una sombra del pasado,
un recuerdo de una promesa
que se extinguió
como la luz
de las velas que apaga
el viento,
como el bramido
de las olas
cuando
baja la marea.

Y, a veces, se pregunta
si Ulises existió, si no es tan
sólo un sueño,
si no es más que otro
de sus personajes
de ficción.

V **Perseo**

En los confines de la tierra,
soy un temblor
que aguarda
la mirada del espanto
—y quiere ser el otro—,
los ojos que hieren
como el frío —el que es libre—,
la imagen que se multiplica
en el azogue

esparcido por el suelo,
—aquel que no ha nacido
para matar a la Gorgona—,
la luz que petrifica la verdad.

VI Polifemo

Me avergüenzo
de ser el hijo
de Neptuno que asusta
con su voz
a los que llegan
a su casa
y no saben que allí
habita un monstruo
que arranca con sus manos
los árboles, que se bebe
de un sorbo el caudal
de un arroyo y destruye
con sus pies las flores
y los frutos.

Me avergüenzo
de mi estirpe,
de ser inmortal
entre mortales,
de profanar la ternura
de las nubes
con mi aliento de bestia,
de haber nacido
deforme, con un ojo
en la frente,
de vivir como alimaña
que se oculta,
de ser el verdugo
y no la víctima.

Me avergüenzo
de no temer el paso

de los días ni el rugido
de las fieras,
de buscar los placeres
del vino y olvidar
las libaciones
en honor a mi padre,
de ser una criatura
infame, nacida
para sufrir el escarnio
de los Nadies del mundo.

VII

No oyes, Narciso...

Mi voz,
enarbolada por el viento,
huye de mí,
se escapa hacia
los montes.

Entonces, te veo
a ti, muchacho
solitario,
abandonado tu cuerpo
en las orillas,
y te llamo sin obtener
respuesta.

«Este es Narciso»
—me dicen—,
y yo repito ese nombre,
Narciso, el joven
Narciso, qué haces
arrodillado,
qué haces que no miras
el cielo luminoso,
el vuelo de los pájaros,
qué haces que no gozas
del manto primaveral

que cubre la hierba
y adorna los cabellos
de las náyades.

Qué haces,
sordo a mis súplicas,
no entiendes que no
hay nadie al otro
lado del espejo
de las aguas.

Qué haces, ahogado
en el reflejo, no oyes,
Narciso, cómo
el viento susurra
tu nombre...

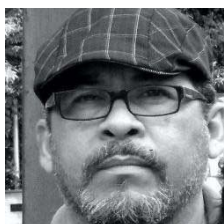
VIII

No soy Diana

No soy Diana
a la que todos
llaman cazadora,
soy la hija de Selene,
la que nació
de noche,
con luz oscura
entre los párpados,
la que no persigue
a las fieras,
la que huye
para dejar atrás
la piel del bosque,
su sangre,
la que dibuja
con su cuerpo
el arco
que se tiende al infinito.

Soy la hija de Selene,
la que no dispara
ni hiere,
la que llora
la infinitud de la muerte,
la que busca
entre las sombras
su reflejo
plateado, el redondel
de su pupila
gigante,
la que no se esconde
en los arroyos,
la que danza
en las mareas,
la que no teme
a los ahogados,
la que camina
hacia el crepúsculo.

Soy la hija de Selene,
la que inventa
un paraíso
de vergeles donde sólo
hay una tierra bajo
el polvo, olvidada
por los dioses.

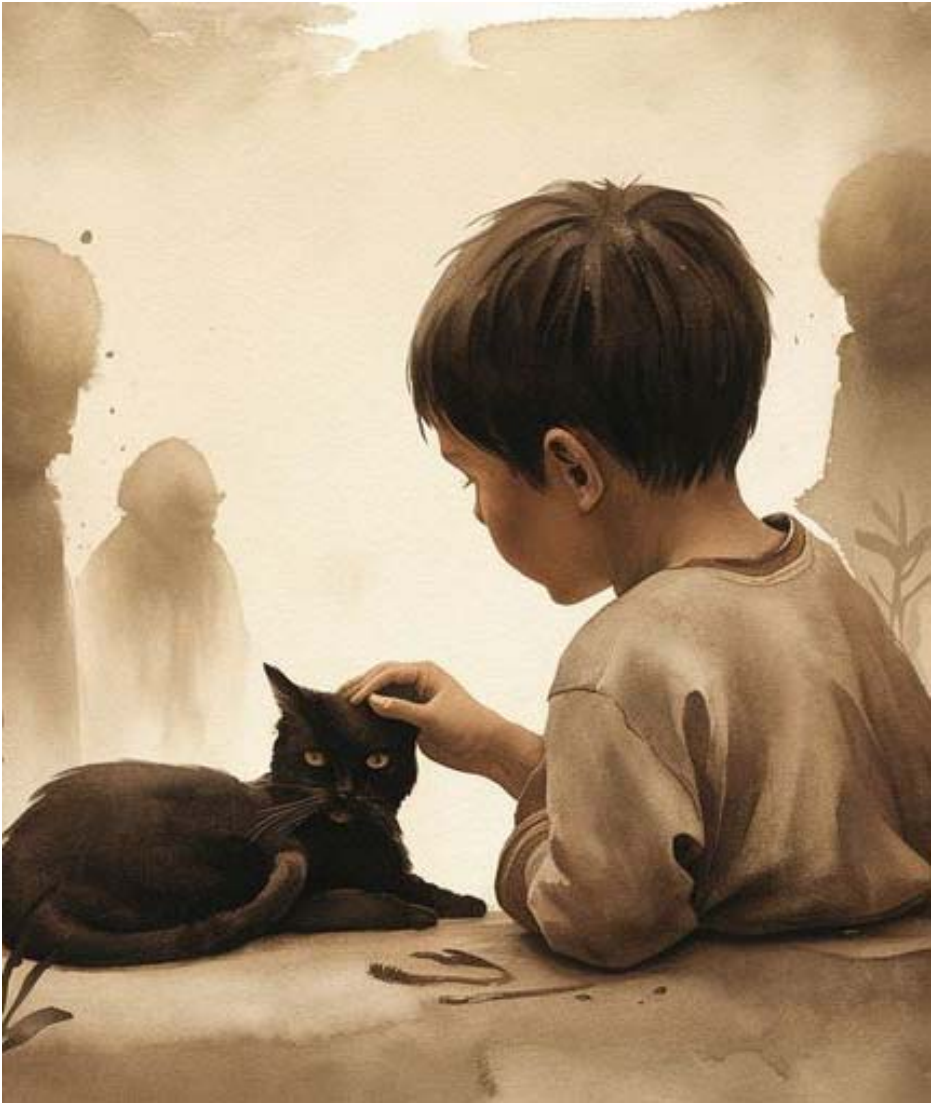


Secretos de infante

César Blanco

Artista plástico y poeta venezolano (Maracay, Aragua, 1963). Es diseñador gráfico, ilustrador, caricaturista, compositor y docente. Egresado del Instituto de Diseño de Valencia (1999), cursó estudios de pintura en la Escuela de Artes Visuales Rafael Monasterios. Ha sido docente en el Instituto Universitario de Tecnología Antonio José de Sucre y en el Instituto de Diseño Centro Gráfico de Tecnología, ambos en Maracay. En las artes plásticas ha participado en salones regionales, individuales, nacionales e internacionales, obteniendo diversos premios y menciones. Integrante del Taller Literario Permanente Los Moradores y de la fundación literaria Pie de Página. Ha publicado los libros de poesía *Monólogos* (2010), *Desde el cuarto piso* (2014) y *De testigo la noche* (2019). Además, textos suyos han sido incluidos en las antologías *Los Moradores* (2012), *La casa en la poesía aragüeña* (2015) y *Nueva poesía erótica venezolana* (2015).

***La casa de los monstruos hace /
muchos calendarios clausuró
sus puertas / para siempre / en
su interior vaga el olor / a
naftalina y moho.***



Secretos de infante

César Blanco

I

*A ese niño que vive en mí, y que a pesar
del tiempo se niega a dejarme.*

Los monstruos aún permanecen ahí
en la clandestinidad / como la primera vez
envueltos en la piel del barro
acuñados con caña amarga y un corazón
de madera.

Ellos de seguro a esta hora estarán
merodeando dentro del oscuro
escaparate
en los bolsillos de un flux
roído
debajo de un catre carcomido por
polillas
o sobre el techo de esa casa / ahora
abandonada
lúgubre muda y fría.

Como ánimas en penas / moran en las
sombras
espantando en la oscuridad
suelen usar máscaras de hollín para encubrirse
saltando en el inmenso patio de un lado a otro
lanzando mangos y naranjas al azar
algo así como «al que le caiga le chupa»

pobre del intruso que ose cruzar
la empalizada.

Hoy son revividos en las voces de los
cuentacuentos
de espeluznantes y escalofriantes
ya no queda nada
sólo rastros de monstruos benignos
creados del imaginario de una
fugaz infancia
que se fue de la mano con la llegada
de la energía eléctrica
pero que persisten intactos
en lo más insondable de la memoria.

II

*Y pensar que los monstruos
a los que más tememos se encuentran merodeando entre nosotros.*

La casa de los monstruos hace
muchos calendarios clausuró sus puertas
para siempre / en su interior vaga el olor
a naftalina y moho.

Sus diminutas ventanas se hendieron
adiós a la mano peluda / al carretón
a las brujas y al incógnito
hombre sin cabeza.

Afuera / sobre una piedra / un niño de espaldas
pierde su triste mirada en la lejanía / añorando
el calor y la presencia materna.

Cuentan que lo ven desde lejos / acariciando la cabeza
de un pequeño gato negro / mientras éste ronronea
cubriendo en círculos su cuerpo / consolando nostalgias
y esperas

III

*Ese... al que apodan diablo, no existe, sólo
mora en las malas obras del hombre.*

En la serenidad de un ayer fortuito
a orillas de un río sagrado / han visto una luna
cubierta de plata / bajar a saciar su sed
entre aullidos de lobos que ensordecen el rito
y perros enloquecidos ladrándole a sus sombras
crean angustia.

La noche y la luna han sido testigos de una revelación
absoluta / oscuridad ya no será cómplice de
la creación de más monstruos engendrados
en función del mal / una fracción de luz
derramada en todos los sentidos bastará.

La oquedad abrirá la boca a sus anchas
para tragarse los sobrantes de soledad
redimida y sin rostro.

Una lluvia de estrellas bañará cada centímetro
de la hacienda / y como un acto de magia
de la montaña descenderán
cocuyos / escoltando a la divina diosa mariposa
hecha de cristal / bautizada como reina
de la naturaleza.

Un olor a pomarrosa advierte la llegada
de nuevos tiempos / algunos monstruos se resisten
al retiro / siguen ahí atónitos en lo alto de
los árboles.

Es posible que todo haya sido un sueño
pero no es así / todavía el viento deja colar entre las venas
esa estela / de olor a kerosene / a fogón / a monte fresco
a petricor y a café recién colado.

Infantil es la imaginación / que fabrica monstruos
benignos y diabólicos / los últimos son los que
más resaltan / algunos pretenden quebrar la mano y restarle
palabras al escribiente para que todo quede oculto.

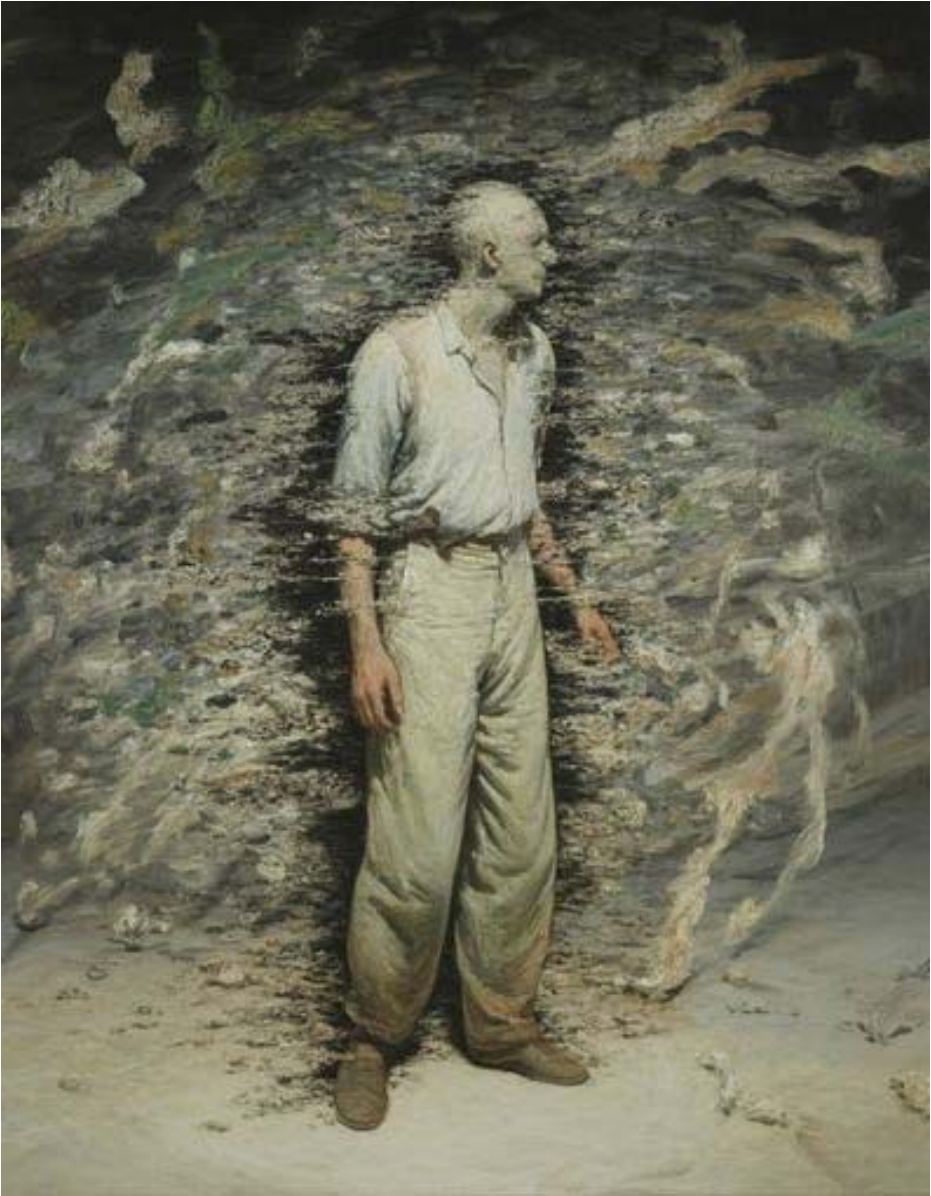


¿Y de qué voy a vivir, señor?

Martha Lucía Bonilla

Escritora colombiana (Cali, 1965). Es bióloga de profesión. Autora del libro de cuentos *La extraña desaparición de Carmen Castrillón* (Fallidos Editores, 2021). Incluida en la antología *El Valle relata, 34 mujeres* (El Silencio, 2023).

La casa, que durante casi cuarenta años abrió sus puertas a las seis de la tarde para dejar salir los vapores que ahora importunaban al vecindario, cerró sus puertas.



¿Y de qué voy a vivir, señor?

Martha Lucía Bonilla

Cien kilos y ciento cuarenta centímetros de amabilidad cubiertos por una batola roja recibieron a Álvaro Salcedo. La mujer, desde la puerta medio abierta, asomó su cara templada por una cola de caballo; gotas de sudor escurrían desde sus ojos tímidos demarcados por un brochazo negro, hasta el bozo mal disimulado con una base rosada; olía a agua de rosas. Salcedo se presentó y se inclinó para escucharla.

—Emperatriz viuda de Gallardo —balbuceó a través de los labios más rojos que el inspector de sanidad viera en su vida.

—Señora Emperatriz, estoy aquí para atender una queja de los vecinos relacionada con el funcionamiento ilegal de un lavadero de tripas de res.

—Es mi trabajo, señor, a nadie le hace daño; bien pueda, siga y lo comprueba.

Almanaques amarillentos cubrían las descascaradas paredes de los cuartos casi vacíos; desde el nicho del patio central una virgen de manto azul los seguía con la mirada. En el último cuarto, el inspector contó doce bultos.

—Es cal para blanquear las tripas, señor.

Álvaro Salcedo siguió su recorrido, sacó un pañuelo ajado del bolsillo de su pantalón de paño y se tapó la nariz. Al llegar al patio, un vapor denso lo hizo lagrimear. Se encontró con un hombre negro, de brazos de albañil, vestido con un pantalón café a las rodillas y un trapo húmedo de tela alrededor de la boca; revolvía lentamente

te el líquido hirviente del fondo de cobre que se levantaba más de un metro y medio del piso. Salcedo, doblado por las arcadas, dio la vuelta, apuró el paso y llegó a la puerta.

Caminó hasta el parque frente a la casa y se sentó en una banca, respiró hondo por unos segundos, recobró el aliento, redactó el acta de la visita y volvió a la casa de Emperatriz viuda de Gallardo, quien lo miraba desde el dintel.

—Señora Emperatriz, el establecimiento no cumple con las mínimas condiciones que aseguren la inocuidad del producto, y, lo más importante, así yo quiera hacerle alguna concesión, el barrio es residencial y nunca le van a dar los permisos para que el lavadero funcione; debe suspender labores de manera inmediata.

—¿Y de qué voy a vivir, señor? —contestó Emperatriz viuda de Gallardo.

—Es la ley.

—Para usted es muy fácil decirlo, señor. Quién se lo iba a imaginar, si en vida de mi Mardoqueo era otra cosa; que si les prestaba la manguera, que si mandaba a traer la canasta de cerveza, que cuándo volvía a invitar. Pero no fue sino que él faltara...

—Señora Emperatriz, sus problemas personales con los vecinos son eso, personales, pero no conocer la ley no la exime de cumplirla, el asunto es que usted está generando un impacto en el vecindario y le repito, debe suspender actividades inmediatamente; mañana paso revista y si no ha cerrado, le sello el negocio, con todas las consecuencias que implicará para usted; hasta un abogado tendrá que contratar y... no veo que tenga cómo pagarlo. Le recomiendo que no se complique más la vida, no me la complique a mí, cierre y listo, damos el asunto por terminado.

Emperatriz cerró la puerta y se dejó caer en el roído canapé junto a la ventana. En silencio, y con los ojos secos, recordó a Mardoqueo en el matadero de San Isidro, recordó la oportunidad que les brindó don Diego de lavar las vísceras antes de llevarlas a sus famas, donde los clientes le exigían un producto cada vez más

blanco. Recreó la amistad con los vecinos del barrio, las fiestas navideñas que patrocinaban en el parque con la ayuda del patrón, los cohetes que estallaban en el cielo entre la música tocada por el conjunto donde ella se lucía con las maracas, para siempre terminar con el mejor mondongo que los antes amigos pudieron probar. Cuando terminó su viaje a mejores tiempos, ya era de madrugada; terminó de despachar la última carga de tripas blanqueadas que, desde la muerte de don Diego, repartía entre las carnicerías de la galería central. La casa, que durante casi cuarenta años abrió sus puertas a las seis de la tarde para dejar salir los vapores que ahora importunaban al vecindario, cerró sus puertas.

Álvaro Salcedo continuó con sus recorridos de inspección por el barrio, y apenas comprobó que el lavadero había cerrado, olvidó a Emperatriz viuda de Gallardo.

Desde hace veinte años sus días eran iguales, visitas de inspección, almorzar en cualquier restaurante de la galería, dar otra vuelta y devolverse a su solitaria casa a las cinco de la tarde. Le faltaba poco para pensionarse y se cuidaba de enredos laborales; relajó su trabajo; entraba a los negocios y aprobaba todo lo que a sus ojos merecía una sanción.

El último viernes normal de su vida, como todos los anteriores, Álvaro Salcedo fue a la casa después del almuerzo y se alistó para ir al Templo de la Salsa después del trabajo: se vistió con pantalón de bota ancha y camisa de boleros, calzó los zapatos blancos de charol y dominó sus canas con agua de panela.

A las cuatro de la tarde dio por terminada su jornada, llegó al parque, buscó la sombra del samán y se sentó a esperar. Se secaba la frente con un pañuelo a juego con los boleros de la camisa y, sin saber por qué, alzó la mirada. Se encontró con unos ojos nostálgicos que lo observaban desde poco más de un metro de tristeza. Trató de esquivarla pero la fuerza de la mirada lo atrapó. Escarbó en su memoria y la reconoció. Emperatriz viuda de Gallardo ya no dibujaba sus labios; sus ojos desaparecieron sin el marco del carboncillo negro y los círculos rosa de sus mejillas se habían borrado para siempre. Surcos de arrugas recorrían su cara y desembocaban en los escurridos senos; jirones de pelo cano caían sobre los hombros y se fundían con una túnica gris.

De los antes majestuosos cien kilos, si acaso sobrevivía la mitad. Desde la banca, debajo del samán que le daba sombra al costado norte del parque, la imagen de la mujer se fundió con la de su madre, su cuerpo delgado se perdía en el ataúd como el de Emperatriz en la túnica.

Recordó los recreos en la escuela; vio a su madre, recién viuda, empleándose en las casas del pueblo para sacarlo bachiller; se vio a sí mismo soñando con partir y volver para ayudarlas, a ella y a sus hermanas menores. Sintió el aire puro que le acompañaba en su viaje diario en mula al colegio; vislumbró la luz de las velas que iluminaban las noches de estudio; asistió a la ceremonia de graduación en el aula máxima, sonriendo junto a su madre y asegurándole que con la beca le harían el quiebre al destino y su futuro sería distinto al que la vida les pronosticaba. La sombra de la mujer lo transportó al momento de partir, se recordó jurándoles regresar, palabras que sólo recordó el día en que fue la muerte quien le cumplió la promesa a la viuda de Salcedo.

La mujer, después de un instante de clavarlo con sus ojos nostálgicos, siguió su camino. Álvaro Salcedo recordó su nombre: Emperatriz viuda de Gallardo; la siguió con pasos lentos, con miedo a alcanzarla y sin saber por qué, caminó detrás de ella por varias cuadras hasta llegar a la cantina. Emperatriz entró, saludó al hombre detrás de la barra, cambió un billete de cinco mil pesos por monedas de quinientos, cogió un plato con crispetas y se dirigió al traganíquel. Apoyó sus manos sobre la silla, se impulsó y de un salto se sentó frente a la máquina. Álvaro se acomodó en la barra, pidió una cerveza y esperó. La mujer sacó un pañuelo de su escote, secó el sudor de su frente, cerró los ojos, muy despacio dejó caer la moneda en la ranura e invocó a Mardoqueo para que fuera él quien tirara de la palanca, pero la suerte del difunto era igual a la suya desde el día que cerró el lavadero de tripas. Repitió el ritual hasta perder las monedas que traía y las que pidió a los vecinos de infortunio, siempre rezando una plegaria al santo que se le ocurriera en el momento de meter la moneda y dejando en su Mardoqueo la responsabilidad de ganar o perder. Jugó, perdió y regresó a su casa, seguida por la sombra de Salcedo.

A las cuatro de la tarde de los siguientes cinco días, un insomne

Álvaro se acomodaba en la banca del parque, frente al antiguo lavadero de tripas. A las cinco, Emperatriz salía y partía a la cantina donde repetía el protocolo: cambiar un billete, irse con las crispetas a la máquina, jugar, rogar y perder. Después regresaba a la casa, escoltada por Álvaro Salcedo.

El día sexto de su ininterrumpida excursión, el inspector la siguió, entró a la cantina y se sentó en la máquina tragamonedas vecina a la de Emperatriz. Pidió una caneca de aguardiente y se fumó media cajetilla de cigarrillos, no apartó su mirada y Emperatriz, como todos los días, no lo determinó. La mujer cerraba los ojos, repetía su oración, metía las monedas en la ranura y veía cómo la música esperanzadora, tín tín tintín, mataba su incipiente sonrisa vez tras vez con la alineación de las figuras ya casi ganadoras en el trazo del infortunio. Cuando Emperatriz perdió el último centavo y se alistaba para irse, Álvaro se paró, se le acercó y puso entre los ojos de Emperatriz y la ranura de la máquina una moneda; la mujer la tomó sin mirarlo y jugó. Después de una hora de juego patrocinado por Álvaro, Emperatriz partió de regreso a casa, con el inspector como escolta.

Desde esa noche, Álvaro Salcedo pasó a ser parte del infortunado ritual de Emperatriz. La esperaba en el parque, la seguía sin atreverse a alcanzarla, llegaba a la cantina, se tomaba una caneca de aguardiente y fumaba media cajetilla de cigarrillos, mientras le entregaba las monedas que ella recibía sin mirarlo; Emperatriz oraba, invocaba a Mardoqueo, jugaba, perdía y se retiraba, con Salcedo siempre a tres pasos de distancia. Caminaban sin pronunciar palabra. La mujer entraba a su casa y el inspector esperaba que las luces se apagaran para marcharse.

Tres semanas después de su encuentro marcado por el destino feliz boicoteado cada noche por las figuras desalineadas del traganíquel, al recibir la última moneda de manos de Salcedo, Emperatriz lo cubrió con sus ojos de nostalgia y lo invitó a su casa. Álvaro no recordaba la voz de la mujer suplicándole que no se cerrara el lavadero y escuchó a su madre.

Entraron a la casa vacía. Únicamente sobrevivía el canapé junto a la ventana, las cortinas de las ventanas fueron reemplazadas

por cobijas color verde mohó; los almanaques perdieron la batalla y las paredes exhibían sin pudor su total descascaramiento. Aún se sentía el olor de la mezcla de cal y tripas de res. Como un reflejo, se tomaron de la mano y caminaron hasta el patio. Álvaro prendió el fogón que soportaba los fondos junto a las estivas carcomidas, abrió el grifo de la manguera y llenó la olla con agua; Emperatriz se dirigió al cuarto de la cal, abrió uno de los doce bultos sobrevivientes de la muerte del lavadero, llenó una olla con el polvo blanco, fue al patio, se subió en la estiva y lo arrojó en el caldero. Miró a Álvaro a los ojos y habló: le confesó que desde que lo vio, añoraba el vapor calcáreo bañando su cara; Álvaro Salcedo agarró el cucharón, se subió en la estiva, empezó a revolver el agua cal y juntos esperaron el amanecer.

Se volvió costumbre. Se encontraban en el parque a las cinco de la tarde, iban a la cantina, perdían en el tragamonedas, regresaban y prendían el fogón. Emperatriz vaciaba la cal en la olla con agua y Salcedo, sobre las estivas, revolvía la mezcla con la cuchara de palo; ella lo observaba con los ojos nostálgicos, rodeados de un silencio interrumpido únicamente por el plop, plop, plop de los grumos de cal hirviente.

El inspector peleó con el sueño y tomó el color de la cal. Olvidó el hábito de bañarse y la costumbre de cambiarse la ropa; los almanaques amarillentos le cayeron encima y alcanzó en edad a la viuda. Sentado a la sombra del samán volvía a las tardes en el pueblo; esperaba a Emperatriz y caminaba junto a su madre. Buscaba que el aguardiente anesthesiara su cuerpo y su alma pero el exceso le produjo ataques hepáticos que lo liberaron de su trabajo y lo hicieron presa del delirio. Emperatriz viuda de Gallardo observaba.

La noche de su último encuentro, repitieron el libreto aprendido de memoria, entrar a la casa que ahora olía más al almizcle de cal con tripas, prender el fogón, aventar cal al agua, subirse en las estivas, revolver la mezcla y embriagarse con sus vapores. Álvaro Salcedo, pegado al borde del caldero, miró a Emperatriz viuda de Gallardo. Por primera y última vez la mujer le devolvió una sonrisa, Salcedo se reconcilió con el sueño perdido, murmuró una confesión imperceptible y se desplomó en el aguacal humeante.

En la mañana, los vecinos, atraídos por el aroma del agua de rosas, encontraron a Emperatriz viuda de Gallardo vestida con su manta roja, la boca encendida de carmesí, sentada en el viejo canapé junto a la ventana, esperando la llegada de su Mardoqueo.



Karhnak

Sergio Borao Llop

Encuadernador, periodista y escritor español nacido en Mallén (Zaragoza, 1960). Ha publicado cuentos y poemas en diversas publicaciones electrónicas. Además, textos suyos aparecen en las antologías *Relatos Zaragoza* y *Poemas Zaragoza* (ambas de 1990), en las antologías *Callejón de palabras* y *Poemas quietos*, del grupo Mizar, y en diversas ediciones de la revista *Nitecuento*.

Mientras llevaba a cabo mis pesquisas, visitando bibliotecas, consultando ediciones antiguas de diferentes diarios, revisando revistas especializadas en animales, pude observar un fenómeno que, aunque inesperado, no me sorprendió en absoluto: hubo un cambio de actitud de los perros (y también, preocupantemente, de sus amos) hacia mi persona.



Juego de póker (1894), de Cassius Marcellus Coolidge
Alexander Gallery

Karhnak

Sergio Borao Llop

Mi sobrina dice que soy yo, que hay algo en mí, que su perro nunca se comporta de ese modo con ninguna otra persona, ni ladra ni enseña los dientes como hace conmigo. Esas palabras me han hecho pensar. Y lo que se me ha pasado por la cabeza es algo en verdad preocupante: en efecto, soy yo, *pero soy yo ahora*, no siempre fue así.

Para que conste, hago notar un hecho incuestionable: en mi niñez, había en la casa (casa de campo con un enorme corral) dos perros —Gruñón y Loby—, y no exagero al confesar que lloré amargamente la muerte del primero de ellos, por quien sentía un cariño tan intenso como sólo puede sentir un niño. Cuando nos trasladamos del pueblo a la ciudad, ya no volvimos a tener perro. Mis padres debieron de pensar que un piso de tamaño reducido no era el lugar más adecuado para ello.

Por otra parte, en abundantes ocasiones he acariciado las cabezas de todos los perros que han pasado, de un modo u otro, por mi vida: de familiares, de conocidos, de amantes... nunca antes había recibido de ellos nada que no fueran muestras de cariño, sumisión o alegría al recibir mis caricias.

Ahora bien, los acontecimientos de estas últimas semanas (y principalmente la declaración de mi sobrina) me han llevado al convencimiento de que, parafraseando a David Lynch, *los sabuesos no son lo que parecen*.

*

Las conclusiones de mi reflexión se basan en una serie de hechos sin relación aparente:

1. La lectura de la novela *El terror*, de Arthur Machen.
2. El hallazgo, en los apartados estantes de la biblioteca pública del barrio, de cierto manuscrito antiquísimo (o eso parecía) donde se detallan algunos ritos que parecen fruto de una mente alucinada. Se infiere la existencia de un dios (Karhnak) con forma animal, adorado por «individuos que se postraban a cuatro patas ante él», poseedor de un gran poder que «debe permanecer, por el momento, en la sombra».
3. Diferentes agresiones inexplicables a humanos por parte de perros, todas ellas acaecidas en esta misma ciudad y en un lapso breve de tiempo.

Todo esto, unido, me llevó a imaginar algo abominable y, a la vez, increíble: motivado por tales pensamientos, fui reuniendo bibliografía.

En *Los viajes de Gulliver*, Jonathan Swift insinúa que, bajo otras circunstancias, podría ser otra la raza que hubiese evolucionado. ¿Y si en este caso se tratase de una evolución encubierta, por así decirlo?

El revisionado de *Los pájaros*, de Hitchcock, consiguió perturbarme como nunca antes lo había hecho.

Volví a leer *Moby Dick*, de Melville.

En *El libro de la selva*, cuatrocientos furiosos perros persiguen a Mowgli.

El mito del can Cerbero.

Ambrose Bierce, en *El diccionario del diablo*, define al perro como «una especie de deidad adicional o subsidiaria, diseñada para captar el exceso y el excedente de la adoración del mundo».

Algunos dioses egipcios, principalmente Anubis, tienen forma humana pero cabeza de chacal.

Otro dato, este obtenido de una forma totalmente casual: un conocido veterinario de mi ciudad afirma que el número de perros

aumenta día a día. Según la estadística oficial son unos veinte mil, pero la cifra real vendría a ser unas seis o siete veces mayor. Teniendo en cuenta que los perros se reproducen con suma facilidad y que el número de seres humanos se está estabilizando, no es difícil concluir que en un plazo relativamente corto la población canina igualará, y posteriormente duplicará, la humana.

Todo esto, objetarán ustedes, no demuestra nada. Y tienen razón. Siempre se me ha acusado de estar demasiado influido por la literatura y es posible que así sea. Por esa razón traté de desechar los fantasmas que ya me andaban rondando por la cabeza y metí mis notas en un cajón del escritorio, junto a los poemas de mi adolescencia que ya nunca serán publicados.

Entonces tuvo lugar el incidente del *hombre de los perros*. Se trata de un vagabundo que deambula sin rumbo fijo por la ciudad. Lleva consigo un carrito de supermercado con sus pertenencias y le acompañan siete u ocho perritos de razas inidentificables y escaso tamaño. Yo caminaba por la Gran Vía cuando me crucé con él. Unos segundos después oí un alboroto a mis espaldas y me giré para ver de qué se trataba. Al parecer, un hombre había tropezado con uno de los perros y, en un gesto sin duda reprochable, le había propinado una patada. Ante mi estupor, los perros rodearon al agresor sin proferir un solo ladrido, sólo mirándole con una expresión indefinible. Fue el vagabundo quien rompió el tenso silencio. En voz baja pero inequívocamente firme, dijo: «Arrepiéntete, bastardo, porque está próximo el día en que tu raza rinda sumisión a estos pobres animales que ahora maltratas». Obviamente, tales palabras eran fruto de su incipiente borrachera, pero un escalofrío recorrió mi espalda al escucharlas. Nadie más pareció prestar atención al suceso. En la gran ciudad ocurren demasiadas cosas como para detenerse en una de ellas. En cuanto a mí, lo presenciado ese día me impulsó a continuar con mi investigación.

*

La sensación de irrealidad se acentuó durante las semanas que pasé viviendo en casa de mi hermana. Ella y su novio se marchaban de vacaciones y me encargaron cuidar de sus perros. Ya en esos días pude observar extraños comportamientos por parte de los dos

canes. A veces, cuando yo no miraba, intercambiaban gestos, miradas. Aparte de eso, se mostraban dóciles y obedientes. No le di importancia. No puedo negar que, en ocasiones, creo ver más de lo que realmente hay.

No obstante, mientras llevaba a cabo mis pesquisas, visitando bibliotecas, consultando ediciones antiguas de diferentes diarios, revisando revistas especializadas en animales, pude observar un fenómeno que, aunque inesperado, no me sorprendió en absoluto: hubo un cambio de actitud de los perros (y también, preocupantemente, de sus amos) hacia mi persona. Si antes siempre me habían ignorado o, en muy contadas ocasiones, se habían acercado a mí en busca de una caricia o algo comestible, ahora me miraban con hostilidad, enseñaban los dientes gruñendo, ladraban y hasta daban fuertes tirones a sus correas en un intento de venir contra mí. Por si alguien todavía duda, puedo mostrar las cicatrices de las mordeduras que dos de ellos me causaron. Por fortuna, se trató de ejemplares pequeños. De haber sido de otra raza más grande y fuerte, tal vez yo no estaría ahora contando esta historia.

*

Y llegamos al momento que desearía con todas mis fuerzas no haber vivido jamás y que, aún hoy, quisiera convencerme de que sólo fue un sueño, la pesadilla de un borracho. Pero no había bebido ni una gota. El hecho tuvo lugar el pasado sábado. A media mañana me encontraba en el parque, sentado en un banco, leyendo la prensa y arrepintiéndome de haber gastado dinero en un periódico que no venía a contar nada nuevo. Me llamó la atención un pequeño grupo de perros aparentemente sin amo. Sin embargo, no tenían aspecto de callejeros. Todos llevaban collar y algunos también una chapita colgada al cuello. Parecían estar *debatendo* algo. Si así fue, debieron de ponerse de acuerdo. Juntos, tomaron el sendero que conduce hacia las afueras, flanqueado por árboles y matorrales que le proporcionan un aspecto salvajemente atractivo. Esa vegetación fue la que me permitió seguirles a distancia, arrastrado por una fuerza nacida de la intuición. *Algo estaba sucediendo.*

El cortejo se adentró en el bosque y, por un momento, creí, inocentemente, haberles perdido la pista. No tardé en entreverlos de

nuevo y continué mi (creía yo) sigilosa asechanza. Llegados a un punto, desaparecieron de mi vista. Dudé un buen rato, pero al final me acerqué con cautela y descubrí una abertura entre las plantas y, más allá, la entrada de una cueva. Deduje que era allí donde probablemente estarían ahora los animales. ¿Haciendo qué? Me pregunté. ¿Sería seguro introducirse en aquella oscuridad?

Puesto que había llegado hasta allí y teniendo en cuenta mi carácter curioso, no tardé en decidirme. Me costó un poco acostumbrarme a la penumbra del lugar. Cuando lo hice, descubrí que había una claridad cuyo origen no supe encontrar. La cueva era muy espaciosa. Me recordó (paradojas de la mente) al auditorio de mi ciudad. Tal vez porque como tal se estaba utilizando. Ocupaban la parte más amplia un centenar de perros de diferentes razas, tamaños y colores. Todos ellos tenían el cuerpo orientado hacia el fondo de la cueva, donde un animal enorme, poderoso, parecía estar dando un discurso. Se trataba, desde luego, de un perro, pero uno como nunca antes había visto. Medía más de dos metros y se mantenía erguido sobre sus patas traseras. Su aspecto podría definirse como majestuoso. En un idioma incomprendible para mí, se dirigía a su público con énfasis, haciendo gestos con una de las patas delanteras, como un político cualquiera. Al terminar su perorata, todos los canes allí reunidos prorrumpieron en una algarabía de ladridos que me aterrorizó. Pero lo peor estaba por llegar.

Con un gesto, detuvo el alboroto. Luego miró en diferentes direcciones, dio con mi escondite (poco eficaz, por cierto), clavó sus ojos en los míos y juro que jamás había sentido tanto miedo. Me señaló y todos los allí reunidos se volvieron hacia mí. Gruñeron al unísono, mostrando sus fauces y amagando con atacarme. Creí llegada mi hora. Sabiendo que era sólo cuestión de tiempo que me despedazaran, no me apresuré. Volví sobre mis pasos, salí de la cueva y agarré una piedra grande con intención de morir peleando. Pero, para mi sorpresa, no me siguieron. Debieron de pensar que no merecía la pena, que ya llegaría el momento. Salí del bosque casi sin respiración, me tendí en la hierba tratando de digerir todo aquello. Debí de quedarme dormido. Cuando desperté era de noche y una gran agitación me carcomía por dentro. Tenía que contarle a alguien lo que había visto. Fui a la policía. Se rieron de mí. Al otro día probé

suerte en los dos diarios más importantes de la ciudad. Conseguí que dos redactores me escucharan pacientemente. Ambos me despidieron con palabras amables y la promesa de investigar el asunto. Me resultó obvio que me habían tomado por un perturbado y que nada iban a hacer con la información proporcionada.

Y aquí estoy desde entonces, encerrado en mi casa, esperando lo inevitable. El tic tac del reloj se me hace insoportable. Me pregunto si habrá un sitio para nosotros, los humanos, en el mundo que se avecina, si ese dios (cada vez tengo menos dudas de que era *él* en efecto) dejará que vivamos, que perduremos siquiera como meros esclavos, como mascotas o animales exóticos encerrados en jaulas en espera de una oportunidad para recuperar lo que ya está dejando de ser nuestro.



Los sueños de la eternidad en el tiempo

Alejandro Bovino Maciel

Escritor y dramaturgo argentino (Corrientes, 1956). Médico psiquiatra graduado en la Universidad de Buenos Aires (UBA). Ha publicado *La salvación después de Noé* (1990); el capítulo argentino de la novela *Los conjurados del Quilombo del Gran Chaco* con el uruguayo Omar Prego Gadea, el brasileño Eric Nepomuceno y el paraguayo Augusto Roa Bastos (Alfaguara, 2001); *Prostibularias*, con Amanda Pedrozo, Luis Hernández y Pilar Muñoz Romano (Servilibro, Asunción, Paraguay, 2003); *20 poemas de humor y una canción disparatada*, con Pepa Kostianovsky (Servilibro, 2004); *Diários de Um Rei exiliado* (traducción al portugués, Editorial Landmark, Sao Paulo, Brasil, 2005); *La gallina y el dragón* (Servilibro, 2006); *Brujerías en Carayaó* (Servilibro, 2006); *Culpa de los muertos* (Rubeo, Barcelona, España, 2008), y *La faute des morts* (traducción al francés, La Dernière Goutte, Strasbourg, Francia, 2014).

***Si no existe la libertad para
hacer un mal, el bien se
convierte en necesario. No hay
virtud en la vida pía, que
entonces se impone como
natural. Entonces, no soy yo el
bueno, sino Dios.***



Estatua de Zeus (1651), de Gian Lorenzo Bernini
Fuente de los Cuatro Ríos, Piazza Navona de Roma

Los sueños de la eternidad en el tiempo

Alejandro Bovino Maciel

Los pescadores de Diágoras

El sol de las Cícladas atardece con una variante de color rojizo que se confunde con flemas doradas, y hace pensar que lo efímero del fuego se ha convertido en lo sólido del oro. Esa lumbre aciaga pero serena decae lentamente a medida que las sombras decomisan las imágenes que se esfuman en la penumbra. Diágoras nació en la isla de Milos, donde seguramente ofrendó primicias a la Venus amputada que hoy exhibe el Museo del Louvre. Fue alumno de Demócrito en Atenas, donde vivió desde la juventud. El doxógrafo identificado como Pseudo-Lisias (VI, 17) nos dice que vivió hacia la segunda mitad del siglo V a. de C., y reveló los secretos de los misterios de Eleusis, por lo que fue deportado de Atenas. No fue óbice para que Diágoras prosiguiese predicando su ateísmo junto con un pensamiento político progresista, que hacía más tolerable aquel ingrediente.

Sexto Empírico nos cuenta que Diágoras abjuró de la religión para abrazar el ateísmo a raíz de una decepción. Un vecino le había secuestrado varios vacunos de su hato y Diágoras acudió al tribunal denunciando el abigeato. Durante la celebración del juicio el vecino juró por los dioses su inocencia del hurto de ganado del que se lo acusaba. Insondable, la estatua de Zeus que presidía el tribunal permanecía mirando el horizonte crepuscular donde blancos albatros garabateaban sus lánguidos vuelos celestiales, mientras, en un acto infame, un hombre disoluto lo insultaba con el perjurio sin que el dios abandonara su impavidez de piedra. ¿Cómo era posible que prosperara la injusticia frente a los ojos divinos? ¿Pueden verlo todo? ¿No tienen la potestad de anular la insolencia humana?

Aquella tarde, ante la afrenta a la justicia que cualquier dios debería tener como valor supremo, Diágoras renegó de todo el panteón griego y escribió, con tinta de calamar, en un friso de mármol lívido: «Dios no existe».

A partir de ese instante comenzó a predicar el ateísmo como valor.

Y andaba de foro en foro difamando a los dioses.

El romano Cicerón (*De natura deorum*, III, 89 ss) cuenta que unos amigos le señalaron a Diágoras las ofrendas votivas que habían dejado en el templo de Apolo los marineros que se habían salvado de tempestades. Diágoras se limitó a replicar que habría diez veces más si los marineros que se ahogaron en el mar hubiesen colocado sus exvotos al dios.

Siempre me llamó la atención la publicidad con que quienes se salvan de algún accidente o cataclismo agradecen a Dios, sin pensar que en esa misma catástrofe falleció el triple de personas. ¿No merecían los muertos la misma gracia que la de los sobrevivientes? ¿Cómo pueden decir con total indolencia e impunidad que ellos se salvaron «gracias a Dios»?

Está muy bien ser agradecidos, eso no se discute, pero ¿no piensan por un momento que insultan la memoria de los fallecidos con este acto?

Esto que la teología cristiana llama «el problema del mal» confronta dos axiomas que se repelen.

1. La injusticia prospera en el mundo.
2. Existe un Dios que es justo, bondadoso, omnisapiente y omnipotente.

Como cualquiera puede observar, son contradictorios ambos axiomas. Diágoras escapó del absurdo que plantea esta encrucijada negando 2).

El cristianismo, mucho más complejo, enfrenta el conflicto señalando un tercer elemento en la ecuación jurídica y teológica: el

ser humano ha sido dotado con libertad de acción, tanto para hacer el bien como para hacer el mal.

La existencia del mal se debe entonces a la libertad, uno de los valores supremos de la humanidad.

Toda defensa del teísmo concluye siempre en absurdos.

Atributos divinos

Cuando san Anselmo escribe con entusiasmo (*Proslogion*) que Dios es el «Ser más perfecto, justo, omnisciente y bondadoso que pensarse pueda», se enfrenta no sólo a la posibilidad de encontrarse con una negativa (no se puede demostrar que exista un ser que exhiba tal ristra de virtudes y perfecciones), sino también a una contradicción, que es la eterna piedra en el camino feliz de la teología.

Retomemos con calma la enumeración de estos puntos, que llamaremos «Condiciones A».

1. Dios es justo y ama la justicia.
2. Dios es omnisciente, ve todo y sabe todo.
3. Dios es omnipotente, todo lo puede hacer.
4. Dios ama a sus creaturas.

Frente a estas «condiciones A» tenemos la realidad de Floria Tosca, que pregunta: ¿por qué, Dios mío, si hago el bien, cuando te imploro ayuda me devuelves el mal?, que configura la «Condición B»:

La injusticia no siempre resulta castigada en el mundo real. El inicuo prospera.

Hay varias posibilidades de resolver este conflicto. Gottfried Leibniz, el optimista, se opuso a reconocer B, simplemente. Escribió que este es el mejor de los mundos posibles no en sentido moral sino matemático. Es decir, Dios, según Gottfried, barajando la infi-

nita variedad de mundos posibles escogió el nuestro, que era el que mejor garantizaba la estabilidad entre los dos extremos de variedad material y homogeneidad material. El equilibrio que logró, expresado matemáticamente, es perfecto.

Es sabido que Voltaire, que no lo estimaba, escribió el *Cándido* como una forma de invectiva, pero deslizando la interpretación del «mejor de los mundos posibles» hacia el aspecto moral. Y no hace falta poner de relieve el absurdo que significa considerar al planeta Tierra como un mundo perfecto desde el punto de vista moral y judicial. Este desliz de lo formal y matemático a lo moral ocasionó la burla de Voltaire.

Solón tuvo otra actitud frente al conflicto entre A) y B). Constató la duda de las Condiciones A y, en consecuencia, se puso a legislar para resolver en el ámbito humano los problemas de la conducta humana, sin aguardar a que los dioses se ocuparan de la justicia.

Epicuro negó 1) sin hacer de sus dioses seres malévolos, aunque la indolencia y la impasibilidad que exhiben dejan sospechar algún grado de pravedad e irresponsabilidad en su silencio lujoso.

Los sofistas, en general, o bien negaron la existencia divina, o bien recelaron que 2) era falso y ellos sabían lo mismo que las comadres de barrio: lo que se dice por allí de la gente.

El cristianismo acepta de 1) a 4) sin necesidad de pruebas ni ápice de dudas. Por cuestionar 3) ardieron en las piras de la Inquisición algunos monjes relapsos, como Giordano Bruno.

Si un dios cumpliera cabalmente con 1), 2), 3) y 4), no restaría margen para la libertad humana en concurso real. Supongamos que el sujeto llamado Caín albergara celos u otra cualquier actitud viciosa del alma contra su hermano Abel, y decidiera aniquilarlo de un mazazo en el cráneo. Pero como Dios 1) ama la justicia, y además 2) conoce perfectamente el propósito de Caín, 3) utiliza su poder para impedir el crimen porque 4) al amar a sus hijos, sabe que el fratricidio perjudicará tanto al asesino como a la víctima.

Entonces, Caín no puede asesinar a su hermano.

Varias cuestiones se siguen de esta frustración criminal. Primero, ¿esto cambia los sentimientos? ¿Ahora Caín dejará de detestar al benemérito Abel? ¿Ya no lo roerá la envidia? ¿Por qué dejará de envidiarlo, si las condiciones que causaron los celos siguen vigentes? ¿Caín ha sido anestesiado de sus sentimientos profundos? De ser así, ¿sigue siendo Caín? Porque Caín era ese complejo ser que tenía un cúmulo de virtudes junto a un haz de defectos. Si amputo los defectos, queda incompleto. Ya no es Caín.

Si no existe la libertad para hacer un mal, el bien se convierte en necesario. No hay virtud en la vida pía, que entonces se impone como natural. El adocenamiento de la malicia no gestiona ningún mérito. No hay posibilidad de caer en las tentaciones porque no existirían tentaciones, si nuestras pasiones más peligrosas fuesen adormecidas por la inmensa bondad divina, que todo lo conoce y todo lo puede convertir. Entonces, no soy yo el bueno, sino Dios.

Yo, que sigo los deseos de Dios, me convierto en su marioneta. No tengo posibilidad de oponerme a sus designios. No soy una criatura, soy simplemente una sombra de Su mano.

La creación de Filón el alejandrino

Nuestro amigo judío Filón de Alejandría, a quien ya anotamos en el tomo V de esta serie (*Memorias de la eternidad*) en el apartado «El judío Filón de Alejandría», nacido hacia el año 20 a. de C., analizó el relato del *Génesis* en «*De officio mundi*» repudiando la noción de Aristóteles que proclamaba la eternidad del mundo. Filón imputó al Estagirita de «sentir más admiración por el mundo que por su Creador». Es acusar a Dios de inercia. Lo opone a Moisés, quien alcanzó el más alto grado de sabiduría por medios sobrenaturales, no como Aristóteles que lo hizo usando la razón.

Luego nuestro Filón declara que el universo tiene una causa activa, que es la inteligencia universal, que es pura y está más allá del bien, de la belleza y de la razón. Esta inteligencia activa —enseña Filón— actúa sobre la causa pasiva que por sí sola carece de vida y movimiento pero que, por obra de Dios, recibe ambas cosas de la

causa activa, transformándola en nuestro maravilloso mundo, que es una obra maestra.

Dios, en este caso, para Filón, es la causa activa. La envilecida materia siempre será la causa pasiva.

Filón es, creo, el primero en adjudicar a la inteligencia divina como sede de los arquetipos perfectos que servirán de modelos para informar la materia pasiva y maleable. Como sabemos, Agustín de Hipona hará suya esta misma idea, puliéndola por medio de su fina inteligencia, aliada con la fe casi fanática propia de todo converso. Nuestro Filón lee y relee el relato del *Génesis*, y ahí donde Moisés escribió «Al principio Dios creó los cielos y la Tierra» Filón no lee un acto repentino, sino que en ese «al principio» detecta el inicio del tiempo. Para Filón, judío alejandrino que conocía todas las ideas filosóficas que circulaban por la ecúmene mediterránea en el siglo I, Dios inaugura los cielos, la Tierra y el tiempo en ese mismo instante cero. Y, como no es posible la existencia de un tiempo sin el Tiempo, ese «al principio», razonó Filón, sólo puede significar el inicio de la serie que después iremos imprimiendo en los calendarios y almanaques. Filón introduce por la ventana el platonismo griego que los masoretas judaicos habían expulsado por la puerta de atrás, desde los tiempos de los Macabeos.

En la «introducción» al evangelio de san Juan el autor parece darle la razón, reiterando el relato mosaico de la creación, pero esta vez en clave platónica: «En el principio existía el *Logos* (Verbo) y el *Logos* estaba con Dios, y el *Logos* era Dios». Con esta frase, el evangelista avanza un paso más desde aquella lejana definición de Dios que la voz en medio de la zarza ardiente dijo a Moisés: «Yo soy el que soy Yo», enigmática identidad ontológica que se predica a sí misma por medio de una tautología.

Volvamos a san Juan. Este *Logos*, que se identifica con Cristo, ahora tiene cuerpo, aspecto, domicilio, historia personal, parentela, amigos y testigos. Aunque siempre tendremos la prevención de distinguir ontológicamente a la Segunda Persona del vecino de Galilea que enseñó a sus discípulos a pescar algo más que merluzas y sábalos, a los efectos literarios son lo mismo.

Filón, según recordamos, propuso algo similar sin ser profeta. Para nuestro alejandrino el Dios de Moisés pensó y en su pensamiento ya residían los arquetipos perfectos de perro, estero, algodón, luciérnaga, mármol. En su pensamiento, que es el *Logos* divino, ya preexistían todos los seres que después serán insuflados en la materia que hasta entonces era una e informe. En el instante del «*Fiat lux*» inicial Yahveh reconoce en su mente (*Logos*) el búho, y aparece, en lo profundo del bosque nocturno, la vigilancia del ave carnívora que acecha entre las ramas. Después Yahveh identifica un paquidermo con probóscide y efusivo, y en África y Asia las manadas se distienden asolando las aguadas con su desmesurada sed y las duchas sonoras. Yahveh piensa en un cuadrúpedo somnoliento y en las altas florestas de América Central cuelgan los folívoros perezosos como frutos pesados. En el *Logos* divino ya figuraba por entonces la geología con sus furias y piedras; la hidrografía, que hace del agua un ciclo que hace pensar en el tiempo; la mineralogía, fecunda en grises y toneladas; la botánica, que alojará y alimentará las bestias salvajes, y toda la fauna que después se salvará en el Arca milagrosa que Noé y su parentela construyen por orden de Dios.

Ni Moisés ni Juan mencionan materia alguna a partir de la cual Yahveh termina amoblando el universo. De ese silencio en la revelación los rabinos dedujeron la creación *ex nihilo*.

«Al principio», escribió Moisés. «Al principio», volvió a escribir Juan en su evangelio. En dicho principio, sea cual fuere, la soberanía divina, de la nada, hizo surgir el espacio, el tiempo y la materia con la cual dio forma a todo lo visible.

Los evangelistas no se limitaron a contarnos el principio de la Historia. También escribieron que, según Jesús, el mundo creado tendrá un fin en un futuro desconocido con gran cataclismo de la astronomía, clamor de la humanidad y pavor de la zoología durante la Parusía, o (*Mateo XXIV: 29 y ss*) regreso del Hijo del hombre, o Segunda Persona, o Jesucristo. Como sabemos, Aristóteles desmiente esta catástrofe mitológica enseñando que el mundo es eterno, nunca empezó y, en consecuencia, nunca terminará, ni habrá apocalípticas trompetas, ni huesos ateridos encarnándose por segunda vez para levantarse desde la cárcava del Seol y comparecer ante el Juez Supremo.

Para Platón tampoco hubo ningún «*Fiat lux*» sino que el mundo material permanecía dormido, hasta que el Demiurgo lo arranca de su inercia dándole un orden y sentido.

Lo rescata del sueño para hacerle vivir esta pesadilla que es el tiempo.

Basíledes y las emanaciones

El heresiarca Basíledes de Alejandría enseñó, allá por el año 130 d. de C., que el mundo era una emanación de Dios. Ni el mundo eterno de Aristóteles y Platón que Dios o los dioses se limitaban a poner en orden a partir del caos original, ni el mundo creado *ex nihilo* de Yahveh obrado de la nada: Basíledes definió el mundo en el que vivimos como «perímetro de cielo que contiene los astros, la Tierra, los eclipses, las nubes, los cometas y todos los fenómenos que suceden a diario, desde la yema del ciprés que asoma a la luz hasta el furor homicida del volcán que duerme en la profundidad». Para Basíledes, el nuestro fue uno más de los 365 cielos que emanaron del Uno Absoluto que es un dios tan supremo que hasta su nombre ignoramos.

Este cielo nuestro tan familiar está gobernado por un dios imperfecto llamado Yahveh y es un mero simulacro de existencia. El único que existe en todo su esplendor es el cielo primero donde reside el Uno Absoluto cuyo nombre nos es desconocido.

Conocemos el catecismo de Basíledes por las diatribas que le dedicaron Hipólito de Roma, el primer antipapa, ejecutado como mártir en el año 235 d. de C.

Ireneo de Lyon no podía privarse de difamarlo en *Contra las herejías*, del año 180 d. de C., donde el santo lo fustiga sin misericordia.

Basíledes, teólogo, predicaba las enseñanzas del apóstol Matías, que había sido su maestro, según avisaba, aunque Ireneo e Hipólito lo ponen en duda.

Aquella primera esfera de cielo donde tiene su domicilio el dios

anónimo es absolutamente perfecta y trascendente, no como nuestra paupérrima esfera sensible donde pugnan con ferocidad y el bien y el mal. Como resultado de esta lucha nuestra alma alberga luz y tinieblas por igual. Para Basílides, heresiarca, nuestra salvación tiene como salvoconducto la ascesis y el arduo ejercicio de la meditación para permitir a nuestra alma el ascenso hasta la esfera primera, que no existe para los sentidos sino únicamente para la razón, cuando busca con desesperación conocer a ese Dios.

Llegar a Él nos revelará su nombre y, en un fulgor incandescente, seremos Él.

La cosmogonía que diseñó Basílides es distinta a la griega y la mosaica. Al decir que el mundo emana de Dios, nos comunica que hay materia divina formando parte del mundo.

Primero —nos dice— el Dios Absoluto y sin nombre crea, extrayendo de Sí Mismo al *Logos*. Basílides identifica a este *Logos* con la Segunda Persona de la Trinidad cristiana. El Dios Absoluto crea entonces el *Logos*, el Razonamiento, la Sabiduría, el Poder y los Ángeles, que en forma colectiva serán alféreces y capataces. Todo lo hace extrayendo de su propia razón, sabiduría, bondad, poder, etc., las partículas o eones que conformarán estas futuras instituciones satélites. De manera que en cada aspecto de la creación hay algo de materia divina dispersa.

El *Logos*, que encarnará en el vientre de María, sólo se hizo hombre en apariencia. Nunca delegó un ápice de su divinidad ni declinó su naturaleza real.

En *Refutación de todas las herejías* (o *Philosophumena*), Hipólito nos hizo llegar, en un recorte, el evangelio de Basílides tímidamente ubicado entre la posición griega de un mundo eterno que los dioses sólo vienen a ordenar, y la judeocristiana que enseña la creación *ex nihilo*. La cosmogonía de Basílides, que es una mezcla de ambos conceptos, introduce la novedad de un panteísmo material. Para Basílides Dios dona un ápice de sí mismo en cada cosa que va creando. De ser verdad, albergo una esperanza: algo en mí es de sustancia divina, no soy del todo miserable en mis apetencias y en mis errores. Una chispa de Dios está latiendo para ense-

ñarme el camino de la bondad que me incita al Bien. Que es, si no miente esa materia, el Dios que me creó.

Para Basílides, teólogo y heresiarca, nuestra humana salvación reside en la ascesis y el arduo aburrimento de la meditación para permitir a nuestra alma el ascenso hasta la esfera primera que no existe para los sentidos, pero sí se revela a la razón, cuando busca con sacrificio y desesperación conocer a Dios.

Allí, instalados en la legendaria primera esfera, se nos revelará el nombre del Desconocido, y en un fulgor instantáneo seremos Él.

Y Él será cada uno de nosotros.



Con el perdón de los cerdos

María Isabel Briceño Armas

Escritora venezolana (Caracas, 1959). Reside en Los Teques, Miranda. Periodista egresada de la Universidad Central de Venezuela (UCV). Tiene un postgrado en psicología. Ha tomado talleres de narrativa con los escritores Ángel Gustavo Infante (Universidad Católica Andrés Bello, Ucab), Israel Centeno (Centro Cultural Trasncho), Carlos Sandoval y Rodrigo Blanco Calderón (Escuela de Escritores). Tiene inédito el libro *¿Qué está pasando? y otros cuentos*.

La alegría se nos volvió humo, e inevitablemente tuvimos, prácticamente, un solo tema de conversación: violencia sexual hacia una niña, dejada al cuidado de unos parientes por una mamá migrante, justo al finalizar la cuarentena por la pandemia.



Con el perdón de los cerdos

María Isabel Briceño Armas

La pederastia no siempre le pareció un asunto monstruoso a la gente grande.

En Grecia, cuna occidental de la literatura, las matemáticas, la historia, la democracia... los señores exhibían en los banquetes a sus niños favoritos, los adornaban con guirnaldas floridas y los ofrecían a sus invitados a modo de juguetes de placer.

Mientras más pequeñines, más envidia, y mejor reputación, pues era muy mal visto que un griego tuviera sexo con muchachos mayores; de dieciséis, por ejemplo.

Igual sucedía en Japón, pero aquí era con las niñas, encerradas de a *kan* en prostíbulos inmensos como ciudades, en los que eran sometidas a diversos y continuos aquelarres sexuales con adictos, enfermos, ancianos y jóvenes, hasta convertirlas en desechos humanos.

Hoy me iba a reunir con mi amiga Silvia.

Nos tomaríamos un café.

Silvia había sido una de mis compañeras del bachillerato.

La que siempre deseó ser maestra.

Sin embargo, en esa época, todavía hace unas pocas décadas, la tarea de una muchacha era conseguir un novio, casarse y parir.

Pero mis amigas y yo éramos un poco cabezaduras; no queríamos eso.

Aunque no lo tuviéramos nada claro, y nos acosaban la falta de dinero, las prohibiciones constantes en casa por aquello de qué va a decir la gente, soñábamos con tocar violín, montar bicicleta, conocer países...

Nuestra *juntica* comenzaba por el mero y enorme gusto de encontrarnos cada tarde, persiguiendo no sabíamos qué, y el rechazo desde las tripas a tantas pesadeces amargándonos la existencia.

Estrategias, suponíamos, para que la vida fluyera, para que no nos rondaran los monstruos, y de las caídas pudiéramos levantarnos con buen pie.

Así llegamos a adultas, a duras penas; lamiéndonos las mordeduras recibidas de la coñamentazón que surgió entre las normas establecidas durante siglos, y el bululú de los nuevos tiempos.

No obstante, tuvimos amigas que nos llenaron de orgullo; la flaca Elizabeth, marchó con una beca Gran Mariscal al instituto Max Planck.

Físico ella. Físicos los hijos.

De Los Teques al infinito.

Todavía me parece verla en las prácticas en el laboratorio, haciendo muy segura la señal de costumbre bajo las narices de los muchachos burlándose de *la rarita*, y de su pasión por el sistema solar.

Bullying, llaman ahora a esta clásica matonería prehistórica, o violencia entre los pares, de los más fuertes contra los más débiles, pocas veces enfrentada eficazmente.

De las que no alcanzaron puerto, Puerto, con mayúscula, Teresita llevó la peor suerte.

Lo de ella eran los idiomas.

Aún conservo su traducción de *Yesterday*, hecha en esa escritura de bachaquitos yendo y viniendo.

Por entonces, no disponíamos de computadoras que convirtieran textos a idiomas desconocidos.

De ninguna computadora, siendo sinceras.

Pocos tenían teléfonos fijos pero, aunque nadie hoy se lo crea, nos fascinaba escribir a mano, y curucutear las páginas abigarradas de los diccionarios, jugando la candelita de palabra en palabra.

A Teresa, a pocos meses de irse al extranjero a estudiar inglés, cosa que su familia le había organizado con mucho sacrificio, vino uno y la asesinó de varias cuchilladas en el abdomen.

Había sido la primera de todas en ser mamá.

Ese día de marzo del 79 la catedral de Los Teques rebosaba de consternación.

No conocíamos tales ensañamientos.

Más bien un muchacho, frente a un rechazo, solía preguntar a la chica si podía guardar esperanzas, y si la respuesta era negativa se retiraba a su guayabo con un mínimo de dignidad.

Silvia sería la primera en su familia en ir a la universidad, y esto alegraba secretamente a su mamá.

No al papá, ni a los hermanos ni al aspirante a marido que cosechaba maíz cariaco en los campos de San Diego de los Altos, y que necesitaba una media docena de hijos, mano de obra gratis.

Con todo, logró escapar, y estudiar, no entregándose al tantísimo amor de los parientes.

La ayudó la tía Aurora, quien la trajo a vivir con ella siempre que le colaborara regando los jardines de su casa en la calle Ayacucho, y sacara el bachillerato.

También la apoyó el liceo, el centro en el municipio Guaicaipuro de las pruebas para la preinscripción nacional universitaria, coor-

dinado, además, por un profesor negado a dejar ni a un alumno ni a una alumna de lado.

Que si todos esos astros no se le hubiesen conjugado, en vez de contemplar en la pared rosa del dormitorio su título, bellamente enmarcado en la vidriera del señor Pedro, se hubiera quedado enterrada en Guareguare, atada a una cadena de carricitos trepándole las faldas.

Al año siguiente ingresó al Instituto Universitario Pedagógico de Caracas.

Se graduó y pasó décadas en aula.

A partir de la jubilación, trabaja en la Lopna, protegiendo a pequeños que tienen la muy mala estrella de ser víctimas de los pederastas; visitando a menudo lugares tan mierda que, si acaso, la convidan a un trozo de pan seco y ácido, a un café con leche que nunca sabe ni a café ni a leche; donde las mujeres pasan sus vidas en los rincones más negros, friendo las tajadas en una grasa rancia que se adhiere a la piel idéntica a un sello, asomando únicamente para colgar en los alambres la ropa chorreante y percutida, o para llamar a sus niñas herederas que juegan con muñecas de segunda mano, sin brazos ni piernas, y un único ojo insomne, encima de las aguas negras, bajo un sol *de justicia*.

Malaquías 4:2.

Nos abrazamos, amontonando un tiempo largo en las miradas, antes de comenzar a actualizar pérdidas y ganancias.

Me advirtió que contábamos con muy pocas horas.

Al día siguiente viajaba a Bogotá.

Un caso de pederastia.

La alegría se nos volvió humo, e inevitablemente tuvimos, prácticamente, un solo tema de conversación: violencia sexual hacia una niña, dejada al cuidado de unos parientes por una mamá migrante, justo al finalizar la cuarentena por la pandemia.

—Bueno... siempre es complicado. Más si hay niños. Yaurima estudia en el grupo escolar donde trabajé toda mi vida...

Silvia habla y va machacando con los dedos el azúcar en el platito del café.

La maestra la tenía entre las tímidas; de las que salen al recreo y no se alejan del salón.

Parecía que levantarse del pupitre y salir a jugar significaría una penitencia.

Pero la niña atendía la clase y sacaba buenas notas.

Nunca se asoció su introversión y mutismo con el drama vivido.

Y hasta cierto punto era entendible.

Cualquier maestra que se traslada a su trabajo de su casa en Las Tejerías, a veintiséis kilómetros, tres transbordos de buseta, a encontrarse con cuarenta y dos chiquillos en el salón, demasiado hace clasificando a sus diablitos en más o menos sociables.

A Yaurima, al menos, la anotaron para las empanadas que las docentes le compraban a la señora Olga y repartían entre los sin desayuno.

La niña se acercaba la última, a diferencia de dos o tres compañeritos, y en esa media hora, seguramente interminable, igual a un peño de culebra, masticaba al ritmo de una sola pensadera.

A la salida la recogía un hermano del papá, que no lo era.

Yaurima no tenía papá, se supo luego.

Aquel viernes el vigilante, el señor Venancio, abrió el portón y vio una sombra encima del cartel grande del carnaval, que de día era todo letras multicolores y serpentinadas.

A sus años, Venancio ya no creía en fantasmas ni aparecidos.

Pese a todo, a esa hora en que este cielo se resiste a azulear y la bruma sobra, y todo es gris, una cosa se le vino a la cabeza: un espanto.

Un espanto pequeñito mirándole con dos agujeros deformes y oscuros, sin párpados ni pestañas.

Al cabo, muy sorprendido —Yaurima llegaba la primera, nunca así, de madrugada—, sólo se le ocurrió un *Mi niña, ¿se me cayó de la cam...?*, cortado a la mitad, cuando, escalones más abajo, le distrajo un bojote de gatitos abandonados.

Así lo declararía más tarde: no sería la primera vez que abandonaran una mochila de gatos a la entrada de la escuela.

—No son gatos, Venancio —señaló Betty, la bedel—. Es un muchachito acurrucado.

A la brevedad llamaron a la directora. Ésta ya venía en camino, y mandó *Lopna*, para lo que enseguida sospecharon era un caso de violencia contra niños.

No resultó nada sencillo que la niña contara lo sucedido.

Había permanecido muda, rodeando con su brazo al hermano, alumno del preescolar en el turno de la tarde, que en la madrugada la siguió desde el hogar hasta la escuela, similar a un duplicado de ella en miniatura; sin sacarse ni por un momento de la boca el dedo pulgar ni el cachito de trapo mugriento; una pizquita peregrina de Guille, el de Mafalda.

Finalmente, pudieron ser las empanaditas dulzonas en las horas del hambre, o la cariñosa y sonriente profesora, las que hicieron a Yaurima hablar y contar del monstruo.

Él me acompaña en mi cama cuando tengo miedo; me acariña las piernitas, la barriguita; me dice, nada malo, nada malo... pero que no se lo cuente a nadie, ni a la abuela, que me dará una paliza, y él no podrá darme más regalitos, así quiera... Mi tío hace cosas... cosas muy raras, como de enfermo; se saca algo del panta-

lón, le da golpes... y eso le duele, me mira así... como si le doliera... Me dice que puede morirse, morirse podrido, que se lo comerán los gusanos, podrido, igual le pasó a Catire... el cachorro que me regaló mi mami cuando se marchó a trabajar a Colombia... se murió reventado, eso dijo mi abuela, ella sabe de esas cosas; los gusanos le salían por los huecos, por los ojos, por la panza...; pero mi tío dice que a él no le pasará nada de eso si yo le hago caso, si no le cuento tampoco nada a mi mami; porque si no, mami no regresará más nunca a Venezuela, de lo brava... y lo que yo más quiero es que mi mami deje ese trabajo allá y se vuelva aquí conmigo. ¿Anoche...? Anoche mi tío no me hizo nada... no me hizo nada... Me lo dijo, no te voy a hacer nada malo; y me dio caramelos... las manos de mi tío estaban muy frías... yo le dije, tío tengo mucho frío... tengo mucho frío, y me dio mucho sueño, y me dio mucho frío, y me dormí...

Los moretones en los brazos y en el cuello de gallinita piroca; la blusa, los botones arriba, los ojales abajo; los zapatos, sin medias; la moñera, una luciérnaga moribunda; la panty minúscula, una mariposa con las alas rotas, manchada y puesta fuera de lugar; el *no entiendo*, congelado en la cara infantil, arropándolo todo; y los funcionarios, tomando las declaraciones y levantando el acta, y la comisión policial yendo a detener al pederasta.

Pedófilo, al cuidado de las ovejas; pedófilo, de mirón de escuela a criminal.

El firme aquí y aquí, que hay leyes obligando a todo el mundo a proteger.

A no escudarse en el tío, mi hermano; vecino respetable, ancianito, que no sabían...

En que la niña o el niño los provocaron.

Abuela y tías en antecedentes.

Se nos vienen a la mente otras dos niñas, idénticas a miles que en este instante son echadas a los caminos.

Silvia escuchaba a escondidas.

—Te volaban un bofetón si siquiera la nombrabas.

Pese a todo, no aguantó la tentación y permaneció detrás de la puerta sin respirar, sacando en limpio que la vecinita había hecho algo muy, muy malo, y que, al morir, iría al infierno, a las pailas hirvientes llenas de pecadores...

Unos cuantos años más tarde lo supo; a la chiquilla la violaba su papá *para corregirle lo rebelde*.

Un día, un comprensivo criador de pollos la montó en su camión hasta un hotelucho de Los Teques, llamado *matadero* por los machirulos de la época, donde el hombre la *refugió* con la complicidad del administrador, encargado de alimentarle a su Lolita de pueblo.

Cuando él la visitaba, le regalaba algún guilindajo de bisutería, un shorcito, un par de cholas, para cómodamente sacarse de encima la fumarada de la pesada que lo esperaba en casa.

Yo recordé a mi abuela Rosa, nacida de colonieros en tiempos de Juan Vicente Gómez, bajada hasta el pueblo, y entregada en crianza a una mujer sola.

Mi abuela, además de una habitación con balconcito en una pensión de La Pastora, y las baratijas de rigor, recibió un perchero en cuyo gancho el jefe civil de Macarao, que la secuestró, colgaba su sombrero pelo 'e guama *antes de*, y un espejo biselado, donde se atusaba el bigote con un peinecito de carey, *después de*.

Y a poco, similar a la vecina de Silvia, echada de *su* cama de la callecita de los hoteles a vender golosinas en los semáforos, igual expulsaron a Rosa de la pensión, a los doce años de edad, sin otra opción que buscar quien la ayudara, a cargar con el espejo, el perchero y unos versos de Bécquer en una postal desteñida: algo de unas golondrinas volviendo sus nidos a colgar —el gocho aquel hasta le metía a la poesía—, y a marchar a trabajar recogiendo café por dos lochas exactas en alguna finca a orillas del pristino Guaire.

Escalones de descenso hacia un infierno sin fin.

Silvia y yo nos despedimos.

Mañana viajará por cuenta propia.

Quiere ubicar a la mamá de Yaurima.

La última noticia de ella, por otra venezolana, trascendió que todos los trabajos vistos en Cúcuta, aun teniendo permiso legal, se le fueron cayendo.

Que los ahorros se le agotaron y se marchó de la plaza de Bolívar, donde ambas dormían, tras la oferta para trabajar de puta, porque ya ni esperanzas de comprarse un tinto.

Silvia espera que la muchacha no haya caído en alguna red de trata persiguiendo un plato de comida.

En Bogotá preguntará por ella en las *casas garage* que le indicaron.

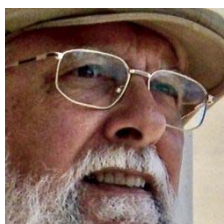
Si la ubica, y si es que ella lo permite, intentará ayudarla a recoger los pedazos que puedan restarle, en pos de Yaurima.

Tomando el bolso y sus lentes de sol, mi amiga sigue hurgando en la pederastia, en esa parte bestia de la humanidad que no muere y prospera en nuestros días.

Hurga en las redes ocultas de un sistema oscuro creciendo con cada *click*, que permite entrar en línea a nuestros hogares y robarse a nuestros niños, mientras dormimos, confiados, en la habitación de al lado.

Hurga en esa peligrosa y monstruosa variante de *dementores* que abduce a nuestros niños, y los lleva a morir, mucho antes de morir.

Mucho antes del tiempo que todo niño necesita para aprender que la vida es buena, porque la vida tiene un fin, como dijo Varguitas.



Monstrum Orbis

José Campione Piccardo

Médico, docente y escritor uruguayo-canadiense (Montevideo, 1945). Se doctora en medicina y especializa en Microbiología Médica en la Universidad de la República (Uruguay), donde ejerce varios cargos de investigación y docencia. Desde 1975 reside en Canadá, donde se doctora en Ciencias Médicas (Ph.D, Medical Sciences, McMaster University, Ontario, Canadá). Autor de múltiples publicaciones científicas, ejerce cargos de investigación, docentes y de dirección en varias instituciones académicas y gubernamentales canadienses. Desde su retiro profesional en 2010 explora la narrativa de ficción. Textos suyos han sido publicados en diversas antologías. Veintiséis de sus relatos ficcionales componen el libro *De estrellas y cometas / y otros relatos* (Editorial Artística, 2021). Ha publicado también *Otra vez las estrellas* (Letralia-FBLibros, 2025).

Afirmaba con su clara voz que espíritus hay que reptan sobre la Tierra y en grandes números, los que, en invocando apocalípticas predicciones de escrituras milenarias de dudoso origen, colectivamente confabulados en confesos iluminados autoelegidos, deciden tomar el curso del destino en sus manos.



Monstrum Orbis

José Campione Piccardo

*«In order to make earthly planetary survival possible,
some versions of this world need to end».*

Robyn Maynard y Leanne Betasamosake Simpson,
Rehearsals for Living
Alfred A. Knopf; Canadá, 2022.

—Enorme es mi alegría por veros llegar y volver a encontraros en este mismo puesto. Retirémonos a esa antigua soledad, aún que sea sin las esteras de otrora. No he dejado de recordaros ni de desear que volviéseis a acudir a este lugar, y volver a tener la felicidad de escuchar el milagro de la vuestra voz, y que vos escuchaseis el de la mía, y así poder compartir algo de las luces que aún alumbran nuestras secretas memorias e insondables consciencias, y reír y llorar de lo bueno y de lo malo, tanto en la vida que nos acosa de ahí afuera, como en el imaginario que nos hostiga desde adentro.

—Grande es también el mío contento, comparable en magnitud sólo con la sorpresa de encontraros y encontrarme de nuevo aquí y veros igual que antes, como si nunca os hubierais cambiado de lugar, tal como siempre os he recordado. Quizás la misma magia que da vida a nuestras laringes sea la que nos convoca ahora para volver a encontrarnos. Mencionáis lo bueno y lo malo y nada como eso ha ocupado tanto mi intelecto y espíritu desde aquella, nuestra última charla, en gran parte recordando las historias que me contasteis de la vuestra vida, las que mucho me han dado qué ponderar. Pienso que no existen el bien y el mal absoluto, que algo es bueno o malo relativo al punto de vista del que se le considera. Nada es bueno o malo para una roca, y en la naturaleza de lo vivo, lo que es bueno para un depredador es decisivamente malo para su presa, pero quizás ni el uno ni el otro así lo vean. Y eso es válido para todas las especies, incluso para un cierto débil y cuasi lampiño primate

cabezón, contador de historias, sin garras ni dientes afilados, que basa su supremacía depredadora en el ingenio de su enorme cerebro para crear las artimañas que urde y los útiles que fabrica. La diferencia, la gran diferencia es que este insignificante mico suele concertarse en grandes grupos, y eso solo no cambia demasiado porque también se congregan peces y estorninos, pero con el viento de su laringe emite sonidos, y eso tampoco fuera razón de mayor diferencia, porque también lo hacen delfines y murciélagos, pero se obstina en darle a sus sonidos significados arbitrarios, y ello, en sí mismo, si bien podría dar lugar a tropos o quid pro quós, tampoco sería malo de por sí, si no fuera que con ellos existe la intención expresa de compartir con otros semejantes las imágenes que su cerebro le inventa a su consciencia al ritmo de lo que los sentidos y su razonamiento le permiten aprehender de sí mismo y del medio en el que cree que crece y evoluciona, en la seguridad de lograr con ello realmente comunicarse, él con otros y otros con él. Y de ese modo es como se recluta y se diferencia en grandes grupos, definiendo lo bueno como suyo y de su grupo y lo malo como ajeno y de los otros, y a veces ensañándose y destruyendo a sus semejantes, y a enorme escala, por la sola razón de mitos encontrados, olvidando su inescapable común origen telúrico y su precaria existencia, como individuo y como colectivo: la empatía por aquellos a quienes ve lejanos o distintos nunca fue su fuerte.

—Veo que en todo este tiempo no sólo no habéis perdido un ápice de vuestra perspicacia ni apego a la filosofía —la que un día supisteis definirme en su etimología— sino que habéis largamente expandido vuestra erudición y hasta vuestro lenguaje. Pero os interumpo en medio de vuestra tirada... ¡proseguid!

—No niego que no vea al ser humano —como un animal patológico, tanto desde un punto de vista estadístico como normativo, un camino descarriado de la evolución. No hay más que ver cómo sobreviven y conviven otras especies. La enfermedad genética del humano parece siempre derivar de su capacidad para *la lengua*, sin reparar «que en ella consisten los mayores daños de la humana vida». En el mundo natural, o sea sin la participación de algoritmos ni lucubraciones de consciencia alguna, no existe el bien ni tampoco el mal: en tales avatares, nada es bueno y nada es malo, simplemente es. Así, el que el universo haya estallado a la existencia hace

trece mil setecientos ochenta y siete billones de años no puede calificarse de un gran bien ni de un gran mal, simplemente fue y sigue siendo. Y lo mismo será cuando el universo entero agote su energía, mucho después de que el Sol englobe sus planetas, aún después de que aumente en luminosidad y con ello evapore toda el agua de la Tierra y eventualmente coagule las más termorresistentes enzimas de la vida, y todos los elementos que componen la Tierra vuelvan a ser hadrones, leptones y hasta cuarks, allende el horizonte de sucesos del monstruoso agujero negro que nos convoca a todos y a todo hacia el centro de la galaxia, y nada bueno ni malo habrá en ello. En esa óptica natural, el bien y el mal son dos extremos con sentido opuesto y, como tales, se aniquilan entre sí, desaparecen, no existen. El bien y el mal sólo existen en el sentir del individuo humano, y colectivamente, en su discurso, en su lenguaje.

—Mi pobre razón —menor y en mucho, que la razón que a mi sinrazón vuestra razón sin razón le otorga—, en la medida que aquélla cree poder seguir la lógica del vuestro discurso, me lleva a pensar que quizás yo vea gigantes donde vos veis molinos, o viceversa. Pero acaso ¿no estaríais dando por sentados hechos futuros que nada autoriza a vaticinar como ciertos, ni siquiera como probables, y mucho menos como inevitables, y al hacerlo no estaríais erigiéndoos en profeta?

—No lo creo, porque no afirmo que ello seguramente ocurra, como lo sería si anunciara profecías, sino sólo que se trata de un escenario probable, y tal vez más probable que otros que se pudiera imaginar. Cierto es que lo que digo tiene más de aristotélico que de platónico, pero pensar de otro modo implicaría tener que inventar y aceptar nuevos postulados o realidades primeras en reemplazo de esa visión de universo-objeto cara a la ciencia de hoy. Pensar de otro modo obligaría a postular una nueva clase de hipótesis sin base racional ni fáctica, y como tal tremendamente compleja, siendo la simplicidad la última regla que, a falta de otras, orienta o debería orientar el pensamiento: el «*Pluralitas non est ponenda sine necessitate*», el filo monástico y mendicante de la vieja y herrumbrosa navaja franciscana, siendo ella última justificación de primacía para todo postulado, y de validez cognitiva para todo lo que con él y de él se derivara.

—Me está costando mucho seguiros. Por qué mejor no dejáis de lado algo de eso que llamáis ciencia o filosofía, y me confiáis algo de lo mucho que debéis de haber vivido, o quizás imaginado, o tal vez soñado, con esas deliciosas incongruencias que sólo pueden darse en los sueños.

—Vale, amigo mío, vale. No sé si sólo en los sueños, pero he de contaros algo asaz curioso que seguramente debe de haberle sido impuesto a mi consciencia y a mi memoria mientras dormía, porque sueños sólo me ocurren cuando duermo, porque de los otros mi espíritu huelga desde mucho ha. Grande fue mi congoja durante esa pesadilla por vívidamente sentir que todo lo que he de contaros sucedía en la realidad tal como que es cierto que os hablo ahora. Ocurría que yo, siendo aún pequeño, me hallaba temblando junto a mi familia, escuchando sus plegarias, cuando uniformados armados irrumpieron haciendo astillas la puerta de la casa en la que nos encontrábamos. Corrimos a escondernos, pero ya desde la puerta comenzaron a acribillarles. Yo encontré refugio bajo una escalera. Luego, milagrosamente ileso, salí a la calle y corrí todo lo que pude. Por doquier otras casas y familias corrían igual suerte. Intenté subir a un viejo tren ya en marcha. Me recogió al vuelo un adolescente que a riesgo de su vida estiró su brazo hasta con su mano rozar casi el andén, encontrándome yo de golpe a su lado, en un vagón oscuro, hacinado, sin asientos ni ventilación. El tren eventualmente se detuvo dentro de un predio cerrado. Yo sobreviví un par de años en aquel terrible gallinero, donde mi providencial joven amigo varias veces me salvó de entrar en recintos con aromas almendrados, desde donde quienes lo hacían, seguramente trascendían a realidades mejores que las en que nos hallábamos, porque difícilmente ellas podrían haber sido peores y porque nunca nadie volvió jamás con una queja. Cuando por fin se abrieron las puertas de aquel corral, no sé bien cómo, junto con él y con los pocos que aún quedábamos, todos casi piel y huesos, navegamos en mar abierto rumbo a nuestra Ítaca: primero una isla, luego otra, hasta desembarcar en un gran puerto que desconocía. No bien descendimos del navío mi amigo se perdió entre la multitud. Por ese entonces yo me había enamorado del mar y caminé al sur y luego hacia el poniente, hacia la playa, logrando instalarme solo en un bosque de olivos. Allí me halló un viejo ermitaño, anacoreta del

desierto, con quien conviví ayudándole a pescar, a juntar cangrejos entre las rocas y berberechos en las arenas de la playa al retiro de la pleamar y, en ocasiones, a cazar los escurridizos damanes roqueros, los *Procavia* que los británicos denominan *hyrax*, y luego, ya en los túneles, a atrapar los oscuros y escurridizos roedores que compartían nuestro bajo mundo. Así viví hasta que otros uniformados armados irrumpieron en la boca del túnel que nos cobijaba. Le acribillaron sin más, y esta vez, en la cara del soldado asesino, reconocí las facciones, ahora impávidas, de quien me izara hacia el tren y compartiera mis años de encierro. Manchado por la sangre del ermitaño y nuevamente milagrosamente ileso, de nuevo salí corriendo, mientras enormes tanques reptaban sus orugas metálicas sobre escombros y cadáveres por ellos mismos creados. Y más corría, más notaba cómo mis baladros se tornaban aullidos de licántropo. Desperté en la llaga de un alarido sin sonido. Me llevó tiempo darme cuenta de si aún dormía pues no era la primera vez que sentía que lo que me ocurre «pasa de los términos de la naturaleza». Tardé en recobrar el habla, y cuando sentí que nuevamente la palabra empujaba por vibrar en mis cuerdas vocales, recordé las vuestras últimas palabras de la vez anterior y me puse en marcha hacia este mismo puesto, a intentar revivir la paz amiga y conversada de nuestro último encuentro.

—Grande es mi impresión al escuchar esa la vuestra historia, aun siendo, como creo que haya sido, imaginaria nube soñada por Morfeo, y no realidad segura, como sí lo eran las historias que os contaba otrora. Colijo que es una ejemplar historia de venganza sin razón, de comportamiento salvaje motivado por el odio, de Talión irracional, de definitiva demostración de que no hay aprendizaje de empatía en el sufrimiento, sino sólo ansias de revancha, desprecio por la propia especie, por sus iguales cuando sólo una vaga mitología parcialmente compartida, que fuera una sola en sus orígenes, logra ser la única diferencia entre víctimas y victimarios.

—Sí, pero pienso que están también detrás la envidia y la idea de pertenencia que denunciara Rousseau en su *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los humanos*. Cierto es que el ser humano en su mayoría no siente que pertenece a la tierra, sino que la tierra —¡la Tierra!— le pertenece, y si algo le

pertenece siente justificada su obligación de negárselo o quitárselo a sus semejantes. No deja ello también de ser sólo una creencia, una mitología, pero una que tiene directa relación con la manera en la que el ser humano afecta a la Naturaleza. Y no descarto que sienta que el propio prójimo también le pertenezca. Y es dicha idea de pertenencia, sin la cual sería imposible concebir el mundo de la oferta y la demanda, la que lleva al ser humano a creerse superior a su prójimo elevándose, en *hubris* supremo, hacia lo que cree ser niveles de deidad, sin darse cuenta de que, al hacerlo, pierde su condición de humano y con ella toda posibilidad de satisfacer su anhelo divino. «*Homo homini lupus*», aunque tengo al *Canis lupus* como mucho más sensato que el *Sapiens*.

—Pero ya que habéis mencionado en vuestro relato onírico a esa especie tan extraña que comparte similitudes genéticas con proboscídeos y manatíes, los *Procavia*, dejadme que sea yo quien ahora os relate un cuento, que sospecho no sea sino un relato inventado por un espíritu descarriado en brazos de irrestricta imaginación, pero que condice con la vuestra historia en que muestra la misma liviandad con la que el ser humano se da en destruir sus bases naturales sin darse cuenta de que ello, lo que lejos de ascenderle a proporciones celestiales, refuerza su oscura condición subterránea. Acaso sea —el *Procavia*— ejemplo viviente de quimera benévola, de monstruo clemente, viviendo en las cuevas de los montes como alguna vez lo hiciera cierto gigante ciclópeo, monstruo —si alguna vez existió alguno— capricho de la tierra morando en «melancólico vacío» junto al «cabrío, que un silbo junta y un peñasco sella».

—Vale, apreciado amigo, callo y aguzo ávido el oído.

—Oí esta historia en una reunión vespertina, en un jardín con un pequeño teatro al aire libre reminiscente, a escala, de grandes circos de la Grecia antigua. En él distintos personajes leían o recitaban sucesivamente lo que tenían escrito frente a sí o consignado a la memoria, tal como en el teatro ateniense de Dionisos lo hicieron los actores de *Las nubes*, sellando con ello la suerte de Sócrates. Aun sin comprender todos sus detalles, logré grabar en mi mente bastante bien su sonido. No podré reproducir las mismas

sonoridades poéticas ni las inflexiones del original, pero trataré de hacerlo de la mejor manera posible.

—No mengüéis vuestra capacidad oradora o la de la vuestra memoria que ya hemos alabado en veces anteriores y de la que quizás no conozcáis siquiera sus posibilidades últimas, ni seguramente sus arcanos, y comenzad de una vez que me es causa de gran anticipación el saber qué podéis haber oído decir acerca de este muy circunspecto animal que buen trabajo me daba acorralar y darle caza en mi terrible sueño del desierto. Comenzad sin más.

—En las altas térmicas un águila imperial giraba en majestuoso vuelo. Desde el cráter allá en la cima bajaban vapores grises de olores acres. Por la ladera, en la brisa suave del amanecer, subía el aroma dulce del trébol fresco. Donde se encontraban ambos humores vivía un *hyrax*: una rata, una liebre, un pika, un mara con dientes de vampiro de Irlanda. En todo caso, un *Procavia*, hermano de mamuts y de elefantes, primo de delfines y manatíes, descendiente, como todo mamífero actual, de una pareja de reptiles mamaliformes del Triásico Medio. Su madriguera era como todas, y su vasta familia también. Todo lo que necesitaba para su subsistencia y protección lo encontraba en la montaña y nunca se había aventurado al fondo del valle. Era la única realidad que conocía. Con ella como único escenario para sus ávidos sentidos era que había forjado su propia interpretación acerca del mundo que lo rodeaba, las distancias, los tiempos, los colores, las texturas, los peligros, los olores, los sabores, los dolores y los placeres que le acechaban. Pero el *hyrax* de esta historia tenía un problema. Un gravísimo problema. Una dolencia peor que cualquier otra que pudiera haberse hallado en el espectro de patologías que desde tiempos ancestrales — de hecho, desde mucho antes del comienzo de la aparición de los mamíferos en la Tierra— solían enfermar a sus ancestros y cuyos patógenos descendientes, habiendo evolucionado con ellos, solían afectar a los individuos ahora vivos: este *hyrax* se creía, se sentía, humano. Quizá siempre lo había sido y era su locura creerse *hyrax*. Había oído o leído acerca de que la especie humana se consideraba superior a todas las demás. Y como él no se sentía inferior a nada o nadie, decidió que debía ser humano. Además, había detalles, evidencias fácticas irrefutables, en las que podía basar sus aspiracio-

nes a tal afinidad específica. Quizá era su cóccix pequeño y casi carencia de apéndice caudal. Ello parecía ser un distintivo importante en los humanos, en los que cualquier aparición ocasional de una prolongación al final de la columna conllevaba connotaciones negativas y hasta ominosos designios —definitivamente documentados en soledades centenarias por íconos de la lengua castellana— para quienes pudieran verse desfavorecidos con tamaña deformación atávica. Quizás era su mirada binocular frontal, típicamente humana, que le permitía una clara visión tridimensional y lo dotaba de una atractiva simetría facial. Quizás, su termorregulación deficiente que le llevaba a exponer su cuerpo al sol en típico lagartear humano, por el solo placer de la temperatura. Quizás, su capacidad intelectual y su memoria proboscídica. Quizás, su pasado anfibio impreso en las características de su hemoglobina, en sus orejas cortas y en sus narinas móviles y desplegadas. Quizás, el conocimiento por revelación platónica de su inclusión en el Libro, aunque ella fuese fácticamente errónea. Quizás, el propio brudzismo que el autor del Levítico confundiera con la ruminancia de ungulados artiodáctilos o el mericismo de los macrópodos, en un claro error biológico de proporciones bíblicas. Quizás, porque un ancestro suyo vio al Profeta bajar del Monte abrazando las tablas abrasadas. Quizás, sus muchos dedos en manos y pies y sus uñas planas. Quizás, la sudoración profusa de sus palmas. Quizá su capacidad de adaptación a la montaña, como los labradores de los cafetales en las laderas volcánicas. Quizás, el vello rubio que cubría su cuerpo. Quizás, las rotundas mamas pectorales de sus hembras. Quizás, su carácter sociable y conducta gregaria. Quizás, su criptorquídea, infrecuente pero atávica, ontogénicamente también presente en el primate en los que se miraba. Quizás, su temperamento irascible y despiadado hacia quienes pudiesen disputar su liderazgo manifiesto. Quizás, sus incisivos latiendo poderosos detrás de sus mejillas, amenazando con asomar a cada rictus y a veces hasta lográndolo. ¿Pero eran incisivos rituales de *hyracoidae* o caninos desgarradores? En todo caso, joyas inútiles, brillando sólo en el bostezo o en sonrisas de interpretación dudosa o agonística. Quizás, su cara burlona de mascota predestinada. Si es que los tenía, nunca había sido consciente acerca de sus múltiples estómagos. Además, de haber sido así, podría haber sido sólo una malformación circunstancial. Su

condición de cuadrúpedo tampoco lo exoneraba, porque los pocos humanos que había visto eran cazadores que sólo ocasionalmente caminaban erguidos: los solía ver desde lejos reptando entre las rocas y la escasa vegetación de clima seco. Además, cuando el terreno se lo permitía, él prefería caminar con el torso erguido sobre sus dos piernas. Convencido ya de su condición humana, el *hyrax* se decidió un día a bajar al valle a reclamar su identidad de especie y, con ella, el derecho de pertenencia a todo su territorio. Herido súbito por el proyectil de un rifle de alto poder, alcanzó a ver acercarse a dos humanos —esos sí, bien humanos, homúnculos de allende el mar, civilizados cazadores deportivos, ángeles de la muerte por la mera excitación de serlo— darse la mano y felicitarse por tan bonito blanco, y luego comenzar a desollarle, ya trofeo de su propiedad. Su piel se separaba fácil de su carcasa, y con ella, toda su ilusión de humanidad se trocaba en profundo dolor por esa especie. Por debajo del mentón quedaron pronto al descubierto el hioides flotante y la compleja laringe casi a nivel del tórax. Un último estertor crispó su brazo, la mano en garra, el pulgar en oposición. Desde la falda de la montaña bajaba el aroma dulce del trébol fresco, y en el sol a pico del mediodía, reverberaba en el aire seco el olor metálico de la sangre humana. En las altas térmicas, en vuelo pausado, un enorme buitre negro giraba solemne.

—¡Si no lo habéis recordado *verbatim*, me rindo ante vuestra erudición zoológica e idiomática! Cierto es que debió de ser gran pecado el creerse humano si realmente no lo era, o es que realmente lo era y gran pecado debió de ser el creerse *Procavia*. Y los humanos cazadores cometieron terrible crimen no sólo matando, ¡sino incluso desollando! a un semejante, en todo caso dos ejemplos de conducta monstruosa de quien se puede creer humano y, por ende, superior a todo el resto y dueño del mundo, y de las terribles consecuencias que ello puede conllevar. Me congratulo de que mi experiencia ayudando al ermitaño del desierto a cazar individuos de esta curiosa especie haya sido sólo onírica. Espero que el gravísimo problema de ese *Procavia*, la tremenda dolencia de creerse y sentirse humano (o quizás la de serlo, y creerse *hyrax*) no sea la que nos afecta también a nosotros al poder departir entre nos de esta tan caballeresca manera. Porque no sabemos de dónde es que sale nuestra capacidad de lenguaje «desta no vista merced que el cielo en un

mismo punto a los dos nos ha hecho». Espero que no sea pródromo del mismo mal que el del *Procavia*, aunque si lo fuese «lo que el cielo tiene ordenado que suceda, no hay diligencia ni sabiduría humana que lo pueda prevenir». Así que mejor aprovechemos de este don mientras nos dure, esperando nunca sentirnos ni creernos superiores que nadie, ni tampoco súbditos de nadie, conscientes de ser lo que somos y no abandonar nunca nuestra perfecta y amable condición.

—¡No lo permita el Cielo! Pero *verbatim*, no, porque he tratado de embellecer el relato según mi propio sentir, puesto que «no es literario un texto por lo que dice, sino por la forma en que lo hace», razón por la que traté de hacerle justicia.

—¡Y lo habéis hecho de manera superlativa! No habéis perdido ni un ápice de vuestra literariedad, una y otra vez demostrada en vuestras historias de otrora. Seguid, si es que tenéis más para contar.

—Dejadme que antes de partir —ya hacia el oriente veo al cielo comenzar a teñirse de aurora— que os relate ahora acerca de los horrores que contara una preciosa niña acerca del *Mostrum Orbis*. Una vez finalizado el relato del *Procavia*, comenzaba yo a sentir el agujijón del hambre, pero me seguía quedando por la sola razón del anunciado ágape que habría de suceder al evento. Los gorgoritos de mi estómago amenazaban con ser oídos por el resto de la audiencia por lo que, con discreción, me retiré hacia detrás del *koilon* o *cavea*, a recostarme en una de las columnas que demarcaban el pórtico de la entrada. Por ello no pude oír todo con la misma claridad que el relato anterior, por lo que no le recuerdo con el mismo detalle, pero lo que alcancé a escuchar alcanzó para erizarme de cuello y espalda. Al podio había ascendido una muy apuesta joven de la que quedé *ipso facto* prendado. Afirmaba con su clara voz que espíritus hay que reptan sobre la Tierra y en grandes números, los que, en invocando apocalípticas predicciones de escrituras milenarias de dudoso origen, colectivamente confabulados en confesos iluminados autoelegidos, deciden tomar el curso del destino en sus manos intercediendo de forma frívola y fraudulenta en el devenir natural del orbe para hacer que su suceder coincida, y cuanto antes cumpla, con los nefastos vaticinios de los oráculos por

ellos mismos predicados. Y para luego de la hecatombe, decía la niña, planean un futuro planetario en el que el grueso de la humanidad les será un estorbo, ya que sólo será necesario un puñado de elegidos —los dueños de las máquinas, decía ella— como únicos representantes de la especie humana en el sistema solar. Explicaba la joven que esos que así se abrogan a sí mismos ese derecho no hacen sino reclamar para sí otra cosa que el rol que sólo les compete a los dioses, y al hacerlo, decía ella, más que en deidades, parecen erigirse en ángeles exterminadores, agentes de inmolación para su propia especie, monstruos apocalípticos cerrando los extremos del Möbius de la Ética, en un círculo olímpico en el que todas las virtudes se confunden con los mayores horrores y viceversa, en un «*Monstrum Orbis*», dijo. Palabra que incluso en su voz llenaba mi espíritu de gran trepidación y congoja, mote que ella no vaciló en endilgarle a los humanos señalando que sólo ellos, en el infinito extravío colectivo de sus consciencias, podían ser capaces de cometer actos colectivos tan corruptos y falaces, con semejante falta de misericordia y discernimiento, en terrible exceso de lesa humanidad y leso universo. Retomo por ello y hago propias vuestras muy sabias palabras de mantenernos siempre «conscientes de ser lo que somos y no abandonar nunca nuestra perfecta y amable condición» de cánidos ocasionalmente parlanchines, mi querido Cipión.

—Ansí sea, gran amigo Berganza, y que aquello que acabáis de relatar nunca ocurra. Y cada vez que notéis que «no nos ha dejado este grande beneficio de la habla», acudid presto «a este mismo puesto» que gran gusto me da oír de vuestra voz por el solo placer de escucharla. Hago votos para que el mundo de todo lo vivo sobreviva al Hombre, y que la próxima vez no sea tan luenga la espera para volver a encontrarnos; porque si bien hoy —en aras de las letras de quien apodara «Monstruo de la Naturaleza» al «Fénix de los ingenios»— hemos logrado sortear con éxito más de cuatrocientas largas leguas del turbulento instante, no es ello razón para pensar que estas nuevas letras de agora nos permitan luego vadear otras tantas, y de igual suerte y manera.



Dos brevedades

Marco Antonio Campos

Escritor mexicano (Ciudad de México, 1949). Cronista, ensayista, narrador, poeta y traductor. Ha sido profesor en diversas universidades de México y otros países. Fue director de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la Universidad Nacional Autónoma de México (Unam); director de *Periódico de Poesía*, investigador del Centro de Estudios Literarios del Instituto de Investigaciones Filológicas (IIFL) de la Unam y coordinador del Programa Editorial de la Coordinación de Humanidades de la Unam. Ha colaborado con *Confabulario*, *La Jornada Semanal*, *Periódico de Poesía y Vuelta*, entre otras publicaciones. Ganador del premio Xavier Villaurrutia 1992 por *Antología personal*; Medalla Presidencial Pablo Neruda, otorgada por el gobierno de Chile (2004); premio Casa de América 2005 por *Viernes de Jerusalén*, y Premio Iberoamericano de Poesía Ramón López Velarde 2010 por el conjunto de su obra poética. Ha traducido la obra de Baudelaire, Rimbaud, Gide y Munier, entre otros.

Dándose valor, calculando su fuerza, ahora que veía venir al Minotauro con toda su furia concentrada, el hombre se imaginó un instante con la joven en la llanura seca de su región munífica de higueras y de olivos.



Dos brevedades

Marco Antonio Campos

Matar al Minotauro

a María Luisa Burillo

Para la lucha con el Minotauro el hombre se preparó como nunca. Sabía que de no vencer su ciudad no llegaría a tener jamás grandeza y gloria. Afuera del laberinto la hija del rey esperaba. Dándose valor, calculando su fuerza, ahora que veía venir al Minotauro con toda su furia concentrada, el hombre se imaginó un instante con la joven en la llanura seca de su región munífica de higueras y de olivos, de vides y de espigas, en los meses de violento sol o en la tibieza del otoño. Eso le dio más fuerza.

La batalla fue terrible y muchas veces dudó de su victoria, pero al fin golpeó con tal fuerza al Minotauro, que lo hizo padecer cruelmente cada crimen cometido.

Con la alegría del vencedor buscó el hilo que la joven le dio para salir. El hilo no estaba. No le importó hallar de inmediato la salida. Conocía de laberintos y salir de este sólo costaría más tiempo. Comprendió que la mujer se creería engañada. Pero cómo explicarle que no.

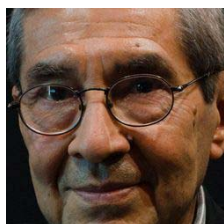
Ítaca (*Odisea*, 80-85)

Cuando Hermes llega a la isla no encuentra a Odiseo en la gruta de Calipso, porque en esos momentos se hallaba sentado en la playa, con el corazón dolido, fijando la vista en el mar.

Es uno de los instantes más altamente apolíneos de ese vasto poema de la fidelidad que es la *Odisea*. ¿Por qué, si Odiseo tiene todo con Calipso, aun la irresistible promesa de no conocer la vejez, ansía volver a Ítaca? ¿Por qué padece esa continua y honda nostalgia triste, que lo hace volver siempre al mismo punto, y acabar siempre arrasado en lágrimas?

Odiseo pudo anhelar y amar los viajes, pero nunca desechó la idea de volver a la tierra donde nació, creció y reinó. A diferencia de los de Sinbad, sus viajes son involuntarios: los dictan el destino o los dioses. En su favor puede decirse que cuando se convocó a los argivos para vengar el agravio del rapto de Helena, Odiseo —estaba recién nacido Telémaco— trató de no cumplir el pacto que lo unía a su raza.

¿Pero qué contemplaba Odiseo después de treinta años —o de veinte, para no manchar la credibilidad de la saga—, sentado en la playa y mirando el rumoroso mar? ¿Por qué, oh sacrificio ilímite, oh preferencia conmovedora, desdeña la inmortalidad con Calipso por los brazos casi mustios de Penélope, por el hijo de quien ignora la suerte, por la pequeña y verde y noble tierra?



Negro mano chusa

Julio Carreras

Periodista y escritor argentino (Guasayán, Santiago del Estero, 1949). Tiene formación en pintura y música. Autor de treinta libros, entre ensayos, cuentos y novelas, una de las cuales fue traducida y editada en Italia. Propietario de la imprenta y editorial Quipu. Ha trabajado para *El Mundo* (Buenos Aires), *Posición* (Córdoba) y *El Liberal* (Santiago del Estero), y ha escrito en revistas y medios impresos y digitales como *Mester* (Universidad de California en Los Ángeles), *Albatroz* (Paris, Francia), *Berenice* (Italia, dirigida por Gabriele-Aldo Bertozzi), *Lezama* (Buenos Aires) y *El Ortiba* (Buenos Aires). A partir de 1990 editó, con Juan Manuel Aragón (h), la revista *Quipu de Cultura*. Fue además director del suplemento *Cultura y Educación* de *El Liberal*, jefe de Editoriales de ese diario, cofundador de Indymedia Santiago del Estero, editor de la revista *La Razón del Consumidor*, director del diario en internet *Pantalla de Noticias*, editor general de @DIN (Agencia Digital de Noticias) en Internet y redactor y editor del *Diario del Juicio de Santiago del Estero* (tres tomos). Fundador y coordinador general de la Asociación de Periodistas de Internet (API). Dirigió el Museo de Bellas Artes de La Banda y el Centro de Capacitación Rural de la Fundación Fernández.

***Al negro que te cuento le decían
Uta y nadie le había podido
ganar jamás. Sin el menor
esfuerzo y sin mover el cuerpo
de la cintura para arriba hacía
mudanzas que te dejaban
cruzando los ojos.***



Negro mano chusa

Julio Carreras

*Ese mozo que baila
de pie tan fino,
cómo será de churo
pa' coliar vino.*
Copla anónima.

1

Cómo habrán sido de baqueanos los dos que estuvieron toda la noche, hasta el amanecer, y ninguno se pudo ganar. La gente que se había dormido mirándolos se despertó, los paisanos pusieron las pavas para tomar mate y ellos seguían zapateando. Siempre con mudanzas nuevas.

Así estuvieron tres días. Hasta que se hizo un hoyo en el lugar y tuvieron que parar, porque estaba brotando agua del suelo.

Al negro que te cuento le decían Uta y nadie le había podido ganar jamás. Sin el menor esfuerzo y sin mover el cuerpo de la cintura para arriba hacía mudanzas que te dejaban cruzando los ojos. Era capaz de pasar días zapateando. Bastaba con que le dieran vino y una tirita de costilla de vez en cuando.

Era negro en serio. Motoso. Para mejor usaba ropa negra. Ah, pero eso sí, muy pituco, muy arreglado. Tenía rastra de plata sujetando la bombacha negra, de seda, que terminaba metida cuidadosamente bajo las botas charoladas, con espuelas haciendo juego. Usaba camisa blanca y encima chaleco negro manga larga. El facón también era de plata y el sombrero negro. El único toque de color en su cuerpo era un pañuelo colorado que llevaba anudado al cuello. Ah, y los dientes de oro. Tenía un mon-

tón de dientes de oro, que le brillaban cuando sonreía. O sea casi siempre, porque casi siempre andaba con la risita burlona en la boca. Se ponía serio solamente cuando peleaba. Y era veloz para el tajo, te lo aseguro.

Era zurdo, no sé si de nacimiento o por necesidad, pues la mano derecha la tenía seca. Muy pocas veces la había mostrado y menos si había mujeres; la llevaba siempre envuelta en un pañuelo negro. Pero yo se la vi una vez. Era algo muy feo de ver. Como una rama seca, del codo para abajo era como una rama seca y podrida, terminada en tres dedos pequeñitos, sarmentosos. No sé por qué uno no podía mirar ese muñón sin que le dieran ganas de vomitar.

—Con esta manito l'hei pegao a la Virgen —decía el negro y largaba la risita. Es que el negro Uta había estado en la salamanca.

2

Dice que en la puerta de la salamanca hay un diablo vestido de paisano, montando guardia. Está sentado sobre una piedra, haciéndose el que trenza un lazo para rebenque, pero siempre espiando para ver quién viene.

—Buenas, paisano —saludó el Uta.

—Buenas —contestó el otro.

Y se quedaron mirándose, Uta sin saber qué decir, porque él ya maliciaba que el otro era un diablo (a quién iba a joder que iba a estar ahí, trenzando un rebenque, solo en medio del desierto, si no era un diablo). Pero no sabía qué decir. Se bajó del caballo y se acercó.

—Qué lo trae por estos pagos, amigazo —dijo el otro.

—Ando buscando la salamanca —contestó el Uta, decidido.

Y el otro se rio:

—¡Y quién le ha dicho que la salamanca está por aquí!...

—Me lo han dicho de buena fuente —dijo el Uta sin reírse—. Y me corto un güevo si usted no es un diablo.

El otro se quedó mirándolo con sus ojitos de lagartija y masculló entre dientes:

—Me parece que le ha hecho mal el sol al mocito.

Pero algo debe haber visto en el Uta, porque enseguida le preguntó:

—¿Y se puede saber, si no es indiscreción, para qué quiere encontrar la salamanca?

—Quiero hacer un pacto con Mandinga —contestó el Uta.

—¿Y qué clase de pacto, si se puede saber?...

—Menos pregunta Dios y perdona —dijo el Uta, pero se arrepintió enseguida, porque la cara del otro se puso verde, se le arrugó y el tipo rodó por el suelo atacado por convulsiones como de epiléptico.

—¡Epa, qué le pasa, amigo! —decía el Uta mientras le ayudaba a chuñar golpeándole la espalda.

—¡No menciones más ese nombre aquí! —jadeaba el otro—, ¡ese nombre es prohibido! Cuando volvió completamente en sí, el diablo le explicó que para poder entrar a la salamanca tendría que insultar y escupirle en la cara a un muñeco y abofetear a una muñeca que iba a encontrar en la puerta de la cueva.

El muñeco era Jesucristo y la muñeca la Virgen María. Estaban tan bien hechos que parecían vivos.

Uta le escupió en la cara a Jesús y le dio una tremenda cachetada a la Virgen María.

Y entró.

Era un hueco en el suelo, escondido detrás de unos jumeales. Se bajaba por una escalera de piedra, hasta una especie de descanso, donde comenzaba el túnel.

Al pie de la escalera lo estaba esperando el Manchachicoj. Era un enano cabezón, vestido de frac y galera.

—¿Así que vos sos el que quiere hablar con Mandinga? —le dijo.

—Ahá —contestó el Uta.

—Vamos a ver si llegas.

Y le explicó que para poder hablar con Mandinga primero tenía que pasar cinco pruebas. Uta dijo que estaba dispuesto y el Manchachicoj lo llevó por un túnel lleno de enredaderas negras, hasta un pozo.

—Tienes que saltar este pocito —le dijo. El pozo tenía unos dos metros y medio de ancho.

—¡Guah! ¿Esito nomás es? —dijo el Uta y se dispuso a saltar.

Pegó el brinco seguro de que llegaría al otro lado. Pero cuando estaba en el aire una garra se aferró a su pie y lo zambulló en el pozo.

En el acto una horda de bichos que parecían humanos pero tenían colas y garras de animales se le echó encima chillando, tratando de hundirlo en el líquido negro, como petróleo, donde chapoteaban. Menos mal que el Uta se acordó de sacar el facón y empezó a revolver hachazos a diestra y siniestra porque los bicharracos ya lo tenían mal. Le cortó la cabeza a uno, le abrió la barriga a otro y ya no les gustó nada. Comenzaron a recular, y de pronto se zambulleron en el aceite y desaparecieron. El Uta se quedó solo, con el facón en la mano y la ropa enchastrada, metido hasta la cintura en aquel líquido oscuro.

El Manchachicoj se desternillaba de risa en la orilla del pozo. Le tiró una escalera de sogas y el Uta subió.

Tuvieron que atravesar un largo pasillo bordeado de árboles. Estaba oscuro y en las ramas de los árboles, en las paredes y por donde uno posara la vista podían verse millones de serpientes, boas y pitones, cobras, yararás y de la cruz, grandes y pequeñas, que se retorcían, reptaban, subían y bajaban silbando y enseñando los dientes, en un espectáculo alucinante.

Uta se quedó duro en la puerta, sin poder hablar ni mover los pies.

—No tengas miedo —le dijo el Manchachicoj—, lo peor que hay es tenerles miedo. Vení, vamos a pasar. Pero que no se den cuenta de que les tienes miedo, porque ahí sí que vas a sonar. Hagan lo que hagan, vos quedate tranquilo.

Las víboras se apartaban amenazantes al paso de los intrusos y había que poner el pie con un cuidado bárbaro para no pisarlas. Se le subían al Uta por la pierna, se le metían por la bragueta y le salían por un agujero que tenía en el bolsillo. Se le enrollaban en el cuello, le metían la cola en la nariz y en la oreja, pero el Uta ni se mosqueaba. Así llegaron al final del pasillo, donde les esperaba la segunda prueba.

Tenía que subir hasta la punta de un eucalipto como de seis metros y largarse de allá en las aguas de un estanque.

Se sacó la ropa y subió.

De arriba se veía chiquitito el estanque, pero no lo pensó mucho, porque si uno piensa mucho las cosas, al final no las hace, y se largó. Cuando venía en el aire se dio cuenta de que el estanque ya no estaba más; en su lugar se alzaban unas piedras puntiagudas como cuchillos.

«Bueno, alguna vez hay que morir», pensó el Uta; «lo único que siento es no haberla podido voltear nunca a la Jacinta». Y cerró los ojos.

No sintió nada.

Cuando abrió los ojos, se encontró sentado en el suelo, con el Manchachicoj que se encorbaba de risa a su lado.

—Te has salvado porque no has tenido miedo —le dijo el Manchachicoj—. Si te hubieras asustado, a esta hora estás destripado... ¡Ji, ji, ji!...

5

Pasaron por un túnel tapizado de arañas pollito. Al final del túnel, había una mujer hermosa, rubia, vestida sólo con una túnica transparente a través de la cual se percibían como en un sueño sus formas perfectas. Estaba sentada en un gran sillón de vidrio, rodeada de perros negros, inmensos. Un perro peludo metía la cabeza por debajo del vestido en medio de sus piernas, y le lamía las partes y ella se reía.

—Es la Reina de las Almamulas —explicó el enano. Entonces el Uta se dio cuenta de que los dientes de la mujer brillaban como el fuego—. ¿Ves esas mujeres? —preguntó el Manchachicoj—. Tienes que besarles la cola una por una. ¿Te animas?

—Cómo no —dijo el Uta. Eran viejas, gordas y roñosas, pero no era cuestión de volverse atrás a esta altura del partido.

Cuando oyeron eso, las viejas se pusieron muy sumisas, en fila, se agacharon y se alzaron las polleras hasta la cintura.

Se levantó un olor a pescado muerto.

El Uta contempló horrorizado esas nalgas grasosas, los rollos en las piernas que temblaban como un flan y las matas oscuras de pelos cochambrosos que asomaban por entre los glúteos.

—Bien en el medio —oyó que le decía el enano y comenzó.

Eran como cuarenta. Cuando besó a la primera, sintió que le lanzaba un chorro de orina como ácido en la cara. Consternado, lo miró al Manchachicoj.

—Seguí —le dijo éste. Se reía a carcajadas.

Chorreándole la orina por la cara, con la camisa húmeda y hedionda, llegó a la última, por fin. Esta prueba fue muy dura para el Uta.

6

Cuarta prueba. Un diablo peludo, con patas de toro y astas de carnero viejo, tenía que violarlo.

Protestó el Uta:

—¡Eso sí que no lo acepto!

—Bueno, como quieras —replicó el Manchachicoj—. Pero vas a perder todo lo que has ganado hasta el momento. Una lástima. Porque te vas a convertir en un desgraciado. Con los de arriba ya has quedado mal hace rato. Y ahora que estabas a un pasito de ganarte a los de abajo, te arrepientes. No te van a querer ni los perros cuando vuelvas.

Se quejaba el Uta:

—¡Pero es mucho lo que me pides!

—¡Bah! —decía con voz melosa el Manchachicoj—. ¡Algunos lo hacen gratis en tu tierra! ¡A vos, después de estas pruebas te esperan el poder y la gloria! ¡Solamente un tonto puede hacerse problema por una cosa tan pequeña! Además, aparte de vos y yo, ¿quién se va a enterar?

El Uta lo pensó detenidamente. Luego preguntó:

—¿Seguro que no me va a doler mucho?

—¡Nooo! —contestó el enano.

Pero dice que le dolió bastante.

A lo lejos destellaba deslumbrante el trono de Mandinga. Sobre la cima del monte, se levantaba el pedestal amplísimo. El trono se destacaba, en el centro, alucinante de oropeles y pedrería. A su alrededor, trajinaban como hormigas los servidores, jóvenes de movimientos tan armoniosos que parecían bailarines. Doncellas bellísimas, cuyos cuerpos turbadores se insinuaban bajo los vestidos transparentes, servían, en bandejas chispeantes, manjares y bebidas variadísimas al Rey de los Infiernos.

Sobre las laderas de la colina se habían tallado largas escalinatas y unos seres, que a la primera mirada desde la distancia parecían algún extraño tipo de reptiles, ascendían dificultosamente, parándose de tanto en tanto a descansar de sus desfallecimientos. Eran hombres. Hombres y mujeres, viejos, desnudos, con la piel arrugada y los rollos de grasa colgando de sus vientres, sus muslos y sus nalgas, babeándose y jadeando, mirando con ojos vacíos algún lugar fijo e inexistente.

A la derecha del monte, se elevaba una ciudad como el Uta nunca volvió a ver. Las alturas de sus edificios se esfumaban entre las nubes. Se advertían titilando en la semioscuridad del atardecer millones de luces, de carteles de colores, que prendían y apagaban, prendían y apagaban. Flotaba en el aire de la ciudad un humo negro, de millones de cigarros, que estarían siendo fumados por millones de bocas; de millones de máquinas complejas que funcionaban al unísono, y el rumor de millones de hombres y mujeres que trajinarían, día y noche, en la ciudad, en la gran ciudad, en la ciudad feliz, adonde era posible encontrar cualquier objeto que uno pudiera imaginar, y aun alguno inimaginable. Y cualquier pecado. Pero el pecado es dulce, ya se sabe.

Sobre el lado izquierdo, una gran pista de baile. Mozos y chinitas jóvenes, vestidos a la criolla pero con un despliegue de perlas y sedas enceguedor, bailaban un gran Pericón. Inmediatamente seguía otra pista, y otro grupo, más numeroso aún, de jóvenes no menos bellos, practicaban la Chacarera. Relumbraban las espuelas reflejando la luz como un espejo y en las mediavuelas las polleras de las chinitas dejaban, por un segundo, el espejismo de sus formas

parpadeando en el cerebro. Sobre un terraplén, elevado unos cincuenta centímetros por encima del nivel de los demás, estaban los zapateadores. Vestidos todos de negro, danzaban la monotonía de su danza con movimientos medidos, con gravedad de rito, el rostro serio, majestuoso, la mirada ensimismada, bajo el rítmico golpetear del bombo. Cada sector tenía su orquesta. Los del Pericón, piano, violín, arpa y contrabajo y los músicos de frac. Los de la Chacarera, guitarra, bombo, violín y acordeón, los músicos con hermosos trajes de paisanos. Un viejecito, del que si no hubiera sido por el movimiento activísimo de sus manos se hubiese pensado que era una estatua, se encorbaba sobre el bombo, marcando el ritmo del malambo. Un negro alto y delgado lo acompañaba con guitarra.

Alrededor de los escenarios, por caminos preciosamente dibujados entre jardines y arboledas hormigueaba el público: un público selecto, entre el que podía hallarse al mismo tiempo el refinamiento más exquisito en los modales y los vestidos más ricos y variados que mente humana pudiera imaginar.

En los claros del parque, mesas anchas y maravillosamente provistas sostenían los manjares más exóticos. Una hilera de ciervos dorados al vino, con racimos de uvas rojas bajo las orejas, estaban siendo prolijamente trozados por caballeros de blanco y consumidos por rozagantes comensales que reflejaban en sus rostros colorados todo el placer y la tranquilidad posibles... Hermosas mujeres nórdicas con los pechos desnudos los servían, recibiendo de vez en cuando y entre risitas una caricia o un mordisco.

A lo lejos, un extraño cortejo compuesto por hieráticos personajes de pelucas empolvadas y trajes de púrpura barrocammente bordados en oro, sentados sobre literas transportadas por rubios esclavos de librea, ascendía con lentitud exasperante una pequeña colina. Cuando llegaban a la cima, volvían a bajar de la misma forma, para después subir de nuevo; así hasta el infinito.

Entre las hojarascas del vergel parejas de amantes copulaban febrilmente al ritmo de las músicas.

Nubes de colores calidoscópicas iluminaban con reflejos fantasmales la gigantesca escena.

Un raro lago de aguas ocres separaba al Uta y Manchachicoj de la Ciudad y sus placeres.

—Esta es la última prueba —dijo el Manchachicoj—: cruzar al otro lado.

Ya no sonreía. Se quedó mirándolo, anhelante, como si esperara que el Uta protestara o dijera algo. Del lago se levantaba un hedor de mil cadáveres.

Despaciosamente el Uta se sacó la ropa.

—¿Qué es eso? —preguntó señalando el lago.

—Mierda.

En la otra orilla apareció una banda de música compuesta por muchachas desnudas con flores en sus cabellos. Podía advertirse el temblor de las hermosas nalgas de la directora a cada movimiento de batuta; ella, como si hubiese adivinado que el Uta la estaba mirando, se dio vuelta y le sonrió.

La música que tocaban era tan sensual que erizaba la piel.

El Uta se largó. El excremento, espeso, lo tragó como una ciénaga, pero él comenzó a nadar. El olor era casi insoportable. Una sensación de asco incontenible lo acometió y comenzó a vomitar. Pero se recuperó y siguió nadando. El horrible elemento se pegaba a su piel y le hacía difícilísimo el braceo. Cada vez que disminuía el ritmo amenazaba hundirse y la mierda le manchaba el cuello, los cabellos... Convencido de que ya había hecho la mayor parte del trayecto, levantó la cabeza para tomar resuello. Casi gritó al comprobar que apenas había avanzado unos tres metros. Desde arriba de su trono de brillantes Mandinga contemplaba divertido esta escena. Las muchachas de la orquesta acompañaban el ritmo de la música con suaves movimientos, que descubrían en rápidas visiones por entre los instrumentos las partecitas más adorables de sus cuerpos. El Uta siguió nadando, enardecido. De pronto sintió un dolor y un tirón en los testículos y se hundió. Algo, algún bicho se le había colgado de allí y lo arrastraba hacia el fondo. Luchó, desesperado, pero el monstruo era demasiado fuerte. Comenzó a faltarle el

aire y el asqueroso elemento se le metió por la nariz y por la boca cuando trató de respirar. Estaba ciego. Las venas de las sienas le latían como un bombo bagualero. Iba a morir. Iba a morir. Estallidos rojos en su cabeza le anunciaron que los pulmones estaban a punto de reventar. Iba a pedirle ayuda a Tata Dios, pero se acordó de que no podía. Hizo un esfuerzo desesperado; con la cabeza ya por explotar se sacudió la garra que lo atenazaba.

Y sorpresivamente se sintió libre. Casi desvanecido, sintió que emergía. Levantó los brazos y se sacó a manotazos la mierda de la boca y los ojos. Respiró. Chapaleando para no hundirse, respiró. En la orilla la muchacha rubia que dirigía la orquesta volvió a sonreírle. Los movimientos de las que tocaban los instrumentos se habían vuelto eróticos en un grado exacerbante.

Pero el Uta se rindió. No quiso seguir más y emprendió el regreso.

Maltrecho, arañado y lleno de sangre, con los testículos ardiéndole y el cuerpo desnudo embarrado de arriba a abajo en mierda, cayó, agotado, a los pies del Manchachicoj.

El enano estaba sombrío.

La música se había apagado.

El Uta volvió la cabeza a tiempo para ver las espaldas de las mujeres que se retiraban con paso aburrido hacia la Ciudad.

A lo lejos, titilaba la Ciudad. Ruidos de motores, atenuados, llegaban hasta el lago. Carteles que prendían y apagaban formaban dibujos multicolores en el cielo ceniciento. En lo alto de su trono, Mandinga estaba ya entretenido en quién sabe qué cosa que sucedía en otra parte. Hermoso, como esos actores de los gringos, presidía aquel reino de estructuras infalibles y placeres inagotables.

—Has fracasado —dijo el enano.

—¡Dame otra oportunidad! —gimió el Uta.

Sonrió el Manchachicoj. Pero ya no con la sonrisa de antes. Esta era apenas una mueca triste.

—Vas a recibir el don del baile. Es lo único que te puedo dar para que te defiendas en la Ciudad.

—¿La Ciudad? ¿Me van a dejar entrar en la Ciudad? —jadeó el Uta.

No contestó el enano y un fogonazo que pareció estallar en su cerebro lo dejó ciego al Uta por un rato. Cuando abrió los ojos, se encontró de nuevo en el desierto. El caballo mordisqueaba unos yuyos secos, atado por las riendas en las ramas de un vinal.

No había nadie alrededor.

Por un momento Uta creyó que había soñado. Pero se miró la mano y vio que la tenía como si se le hubiera achicharrado.

—¡Con esta manito l'hei pegao a la Virgen! —sabía decir el Uta, cuando le preguntaban.

(del libro de relatos *El Malamor*; 2021).



Mary Godwin

Luis Alfredo Castellanos

Escritor salvadoreño (El Rosario, 1971). Es cuentista y dramaturgo. Ha obtenido varios premios nacionales en poesía, cuento y teatro. Ha publicado como coautor y antologado en textos de poesía y narrativa. En dramaturgia tiene las publicaciones *Crucigrama de sonidos* (2009), *Éxodo de la voz* (2013) y *El tiempo en que no estás* (en *Antología de los Juegos Florales El Salvador 2014*). Estudió Filosofía y Letras.

Al final, no soy tan importante como para que su esposo me tome como el símbolo de maldad por preferir abordar historias de seres que los humanos han temido; pretendo encontrar algo de belleza en lo grotesco sin que eso signifique renunciar a buscar la genuina bondad en el corazón de las personas e incluso en los seres terribles que les han infligido miedo.



Mary Wollstonecraft Shelley (1840), retrato por Richard Rothwell
National Portrait Gallery (Londres)

Mary Godwin

Luis Alfredo Castellanos

(Finales de 1818, sureste de Inglaterra)

Sir Timothy lo miró con un enfado que le parecía gastado, pero no encontraba uno apropiado a la ocasión para dirigirle detrás de la amplia ventana de la sala que daba al extenso jardín de entrada que se dividía en dos columnas para recibir los carruajes de los recién llegados, entre ellos su hijo pródigo.

—En todas las familias debe existir alguno —dijo al caballero York, un vecino de la mansión que devolvía una visita.

Él asintió. Conocía en detalle los dolores de cabeza que les generaba: negarse a estudiar leyes en Oxford; proclamar las ideas liberales y reformistas que golpeaban a la aristocracia; irrespeto a las buenas normas de convivencia por ceder a los caprichos del sexo, en fin, el caballero apenas ignoraba algunas pilladas que ni siquiera habían llegado a los oídos de su interlocutor pero que eran de sobra conocidas por la servidumbre y que luego se repetían a hurtadillas en las fiestas de salón que los habitantes de Sussex se dispensaban para tratar con las violentas noches en que las altas temperaturas se salían de control y obligaban a los habitantes a inventarse cualquier pretexto para ofrecer fiestas que les llevaran a tomar siempre el fresco.

Pero sir Timothy casi se derrumba cuando la vio descender del coche.

Su esposa se acercó a contenerlo, mientras ingresaba rápidamente a la sala al darse cuenta de lo que se avecinaba.

—Debes tratar de calmarte —le dijo al oído.

—¡Elizabeth!, ¡él sabe cuánto me molesta su presencia!, ¡me está retando, eso es lo que se propone! —gritó el sir.

Ella inclinó el rostro para ocultar su congoja al ver a su pareja por más de treinta años, indignado con su vástago ausente por tanto tiempo y que se acercaba a recibir el rechazo de su progenitor.

El caballero mostró su interés por retirarse, pero el padre desafiado le tomó del brazo.

—¡No puedes marcharte, Charles!

El hombre reaccionó instintivamente retirando su brazo detenido por las manos del sir.

—No es conveniente que me encuentre con tu hijo.

La mujer nuevamente se acercó a él.

—Querido —le dijo casi en tono de súplica—, Charles tiene razón. Lo que Percy le hizo a Claude no ha sido olvidado por la familia.

—¡Tú eres mi invitado!, ¡ellos no pueden quedarse en la mansión!

El hombre no pasó por alto la angustia que aquejaba al sir en ese momento que debía resolver la mejor forma de relacionarse con el chico que se había burlado de su primogénita; él también tenía sus propios fantasmas que debía liquidar antes que mirarse con alguien que le resultaba repulsivo.

La madre se encontraba en una encrucijada entre sus sentimientos maternos y los deberes sociales de una esposa que no puede darle la espalda a la etiqueta por los fiascos y comportamientos inadecuados de la prole ante los demás.

Charles comprendió el debate interno de su visitada y optó por ceder a la cortesía antes que someterse a los caprichos de una venganza paternal, y devolviendo sus manos a ambos les confortó con unas palabras.

—¡Tranquilicémonos todos!, ¿sí?, Timothy, ¿por qué no toma-

mos el té al fresco de la tarde con los recién llegados? Vamos, Elizabeth, ordena que nos juntemos todos en el jardín interior a disfrutar de la bebida y la compañía de los viajantes.

Él sonrió e inmediatamente lo llevó hasta el fondo de la mansión, dejando atrás la gran sala, luego la biblioteca cargada de libros en sus altos anaqueles de cedro y los salones de baile y esgrima que recién limpiaba la servidumbre por segunda vez en el día.

Ella entendió que el gesto que detonaba su imprevista actitud era un dejo de lástima por sus vecinos de tener que soportar a un familiar que no le importaba en tenerlos agradados ni evitarle los malos ratos de conversaciones en los que era protagonista de pilladas y sinvergüenzadas desalmadas.

Elizabeth se quedó a recibirles mientras ellos se alejaban a grandes pasos y conversando animadamente.

Apenas si le dio tiempo para pedirle al ama de llaves que sirvieran el té en el lugar elegido, mientras el portero abría la puerta a los recién llegados.

—¡Madre! —gritó mientras corría a sus brazos tirando su equipaje a la orilla de la puerta.

—¡Oh, Percy! —exclamó ella mientras se fusionaban en un abrazo y le acariciaba su cabello recortado—. ¿Por qué no has correspondido mis cartas?

—¡Cosas de viaje, madre! Seguramente llegaban cuando ya había emprendido viaje, ¿te enteraste de que estuve en Francia?

—¡Fuiste al continente! —le dijo asombrada.

—Como lo oyes, y es otra vida, madre, más activa, moderna y lejos de la campiña que te hace menos despierto en las cosas del mundo... ¡pero qué tonto soy! —señalando a su acompañante—. Ella es Mary Godwin.

Elizabeth no redujo su cortesía ni entusiasmo ante la presentada.

—Madame —mencionó Mary e hizo una reverencia propia del acto.

Elizabeth sonrió y le abrazó mientras le decía:

—Vaya, ahora se nota que estuvieron en Francia —agregó mientras regalaba una sonrisa muy relajada.

—¿Y mi padre? —preguntó Percy.

—Nos espera en el jardín interior para tomar el té. Pasen, por favor —dijo indicando la dirección para Mary.

Los hombres se pusieron en pie; Percy, sin mediar palabra, abrazó a su padre, y al caballero de York le extendió la mano que apretó sin interés e inmediatamente le puso al corriente de Mary.

Todos ocuparon sus asientos y el té fue servido con las preguntas de costumbre, si lo beberían con azúcar o crema.

Percy y Mary le habían tomado más gusto al café, pero no querían incomodar con sus cambios de hábitos a los presentes, por lo que apenas sorbieron algo de sus tazas y optaron por tomarlo sin acompañamiento; ni siquiera el *custard*, tan apetecido por Percy en su infancia que debían imponerle el límite de no comer más de dos, le pareció tan atractivo para degustar.

Mary prefirió prestar más atención a la conversación que estaba segura giraría en torno a ellos.

Percy prefirió concentrarse en su madre, asumiendo que su padre estaría como espectador, al igual que el caballero de York.

Habló al oído de uno de la servidumbre y éste se retiró en el acto para regresar con un paquete que entregó a Mary y ella lo pasó a Elizabeth.

—Ábrelo —pidió Percy.

Elizabeth desenvolvió el paquete y descubrió con sorpresa un libro.

—¡El libro que escribiste! —exclamó Elizabeth con emoción mirando a su esposo—. ¡Timothy, es el libro de Mary!

—Es un libro de relatos —agregó la recién llegada.

—¿Puedo leer alguno? —interrogó ella.

—Sería un honor que lo hiciera.

La madre de Percy abrió el libro y pidió a todos con su mirada que escucharan:

Tapones de cera

La mañana estaba tristemente aburrida y que invitara a una compañera a leer en voz alta un libro que ella le entregó nos daba un poco de esperanza de que podría ser interesante lo que se compartiría:

«Nadie sabía explicar con precisión, hasta este momento, cómo las sirenas emergieron y desplegaron tanto poder que sometieron a los habitantes de las ciudades en las postrimerías del siglo pasado, ya que lo único que interesaba a todos era encontrar formas de sobrevivir al llamado de sus mortales cantos.

»Dicen que todo empezó con una melodía suave que llenó el ambiente de un ritmo un poco alegre, cadencioso, penetrante, capaz de robar el dominio de su conducta a las personas que las escuchaban e incitándolas, en el caso de los viajeros de los grandes mares, a encontrarse con ellos en un abrazo salado, donde eran devorados inmediatamente por estos seres de torsos y rostros femeninos angelicales y con cola de pez, pero esas son las pertenecientes a la región del Peloponeso, o también conocido por la isla de Pélope, el famoso heleno conquistador de estas tierras.

»Y luego están las que provienen de los valles más nororientales de Egipto, seres con cuerpo de ave (alas y garras en los pies) y rostro y torso de mujer, al igual que sus manos, y que dominan los cielos y la tierra con sus empalagosos cantos que obligaban a los peregrinos y pueblerinos a que abandonaran sus refugios y escondites para luego terminar, demasiado tarde para escapar de un muerte segura, de sus terribles fauces, y dejando asolados los pueblos que de a poco iba desapareciendo la vida de las gentes por su insaciable apetito y gusto que le habían tomado a sus carnes.

»Para cada persona tendrían un sentido distinto las canciones que emitían las sirenas, por eso resultaba imposible escapar a sus notas cuando eran captadas por ellos, porque nadie más que los seres vivos caían hipnotizados por sus melodías, que aparentaban tratarse de piezas musicales que en su ensoñación los llevaban a las puertas del cielo y se dejaban arrastrar sin protestar a su origen y nadie ni nada podía impedirles ser esclavos de esas notas.

»Excepto la cera y por eso estamos aquí».

Termina de leer la compañera y le devuelve el libro a la maestra.

Y es en este momento en que ella se dirige al grupo.

—Muy bien, saquen el texto de trabajo de esta semana.

Levantamos a la vez la tabla de la mesa en la que descansamos las manos y sacamos de su interior la *Odisea* de Homero.

—Busquen, en el canto XII, el fragmento donde se menciona a las sirenas.

Apenas habían pasado unos segundos cuando mi compañera del lado derecho se ofreció a compartir la lectura.

La maestra asintió y le cedió la palabra y empezó a leer:

«Tendréis que pasar cerca de las sirenas que encantan a cuantos hombres se les acercan. ¡Loco será quien se detenga a escuchar sus cánticos, pues nunca festejarán su mujer y sus hijos su regreso al hogar! Las sirenas les encantarán con sus frescas voces. Pasa sin detenerte después de taponar con blanda cera las orejas de tus compañeros, ¡que ni uno solo las oiga! Tu sólo podrás oírlas si quieres, pero con los pies y las manos atados y en pie sobre la carlinga, hazte amarrar al mástil para saborear el placer de oír su canción».

Luego la maestra pidió comentarios.

—¿Qué piensan de las palabras del escritor?

La misma que leyó indicó que deseaba opinar.

—Pienso que este texto es la clave para entender por qué menos

personas pueden ser cazadas por las sirenas. Están empleando la estrategia que Ulises aplicó a sus hombres para no escuchar las dulces voces que los atontan, mientras él era atado para así conocer las tonalidades de nuestras gracias.

La clase comenzó a murmurar y la profesora notó que se estaba perdiendo la disciplina en el salón.

—¡Por favor, sirenas, no se comporten como si fueran un grupo de personas estúpidas! ¡Estamos acá para descubrir métodos científicos que les permitan mejorar sus habilidades de caza, no para chismorrear como simples comerciantes de pieles y mieles! ¡Ustedes son el futuro de esta tierra, por lo que deben someter a estas poblaciones a su autoridad y para eso es necesario ser más listos que estos tontos humanos dados a la complacencia de sus sentidos, ahí su fortaleza!

La maestra se notaba inspirada y dispuesta para soltarnos una enorme recitada de consejos, pero la campana sonó y salimos volando a buscar a nuestras primas de la costa para contarles todo lo que estábamos aprendiendo y de paso hacerlas sentir orgullosas como sirenas, aunque no tanto, porque no volaban como nosotras, en fin, y por si acaso hubiera algún despistado, comenzamos a cantar como los ángeles, querubines y serafines, y no sólo por llenar el ambiente con melodías graciosas, sino porque la hora de la merienda se estaba acercando a nuestros estómagos y es urgente saciarnos.

Concluyó la lectura.

—El texto —dijo la autora— es un relato inspirado en las mitologías europeas.

—¡Qué simpático lo de las sirenas! —dijo la lectora e inmediatamente le entregó el libro a su esposo.

Timothy no se inmutó. Lo tomó porque ella insistió y se concentró en una sola cosa.

—¿Mary Godwin?, ¿sólo un apellido?

Percy cambió su faz a fastidio.

Mary supo a qué se refería.

—No soy una bastarda, señor —respondió—, ni una dejada, aunque eso al final no sería un problema para mí.

—¡Claro!, tomando en cuenta sus antecedentes...

—¡Timothy!, ¡por favor! —interrumpió su esposa.

—Elizabeth —respondió él—, su madre era una feminista...

Ella lanzó una mirada tímida a Mary.

—Escribió un libro que se entromete en la forma en que las familias educan a las mujeres, quitándoles el derecho de cómo criar a sus hijas y todo para que los hombres y las mujeres sean iguales, olvidando que la preparación de un hombre es diferente a la de la mujer por las responsabilidades que éste tiene.

Mary siguió con atención el discurso que le acababan de regalar.

—Mary —dijo Percy—... Papá es...

Ella le interrumpió.

—Permíteme, Percy; señor Shelley, de hecho, me llamo igual que mi madre, curiosamente, y el apellido que le falta al libro es el de ella: Wollstonecraft, no lo uso por pereza para escribir, pero no porque reniegue de ello. Y sí, ella defiende una revisión sobre la situación de la mujer dentro del hogar sin que eso implique pasar por encima de la autoridad paternal, a menos que la ley así lo disponga; sin embargo, como ustedes habrán notado, incluso Francia no dio ese paso al hablar de los derechos de ellas y limitarse a reconocer los Derechos del Hombre y del Ciudadano, clasificando a las personas por su sexo y por sus ingresos económicos. Por supuesto, ser aristócrata está bien porque no se es noble y es a ella a quien se debe atacar, pero no en Londres, eso no aplica para nosotros.

El caballero de York carraspeó.

—Se comporta como una pagana, señora —dijo él—. Esas ideas atentan contra lo que establece la Biblia. ¿Quiere subvertir el orden de las cosas con esos disparates? ¿No emplea el apellido de su esposo...?

Mary intervino.

—...tampoco el anillo de matrimonio está en mi mano, señor —dijo mostrando su mano izquierda.

El señor Shelley negó con la cabeza y le preguntó a su esposa:

—¿Ya sabes de qué trata su novela?

—¿Novela? —preguntó.

—Entre sus inocentes cuentos hay una novela también.

Y tomando más aire y endureciendo su rostro agregó:

—¡Es una blasfema que a través de la ciencia cree que puede dar vida!, ¡privilegio que sólo le pertenece a Dios!, ¿no te das cuenta de lo grave de su libro? —devolviéndoselo nuevamente—. ¡Adora los monstruos e idolatra mitos paganos!

Percy miró con gravedad a su padre.

—Percy —dijo la madre—, ¡yo no quiero que tú...!

No la dejó terminar.

—Mamá, no te preocupes, quiero que estés bien. Yo lo estoy.

—Lo que celebro de todo esto es que ella —apuntó el sir a Mary— no arrastra nuestro apellido con sus pseudoproducciones literarias, ¡jamás una mujer se atrevió a tanto! ¡Adjudicar poderes divinos a la ciencia! ¡Es una herejía digna de excomulgación de la fe! ¡Recrear historias de monstruos que hacen daño a la humanidad y celebrarlo es de una persona enajenada mental! ¡Nunca será una escritora de importancia para el mundo!

El señor York se puso en pie.

—Me es suficiente todo lo que he visto y escuchado, y al recordar el abandono en que tú —señalando a Percy— dejaste a mi hija Claude, celebro esa circunstancia, sin olvidar el dolor que le infligiste porque las aves de rapiña, al final, se reúnen como cuervos para sacarse entre ellos los ojos —y miró a Mary con desdén.

Y se retiró de la reunión.

El señor Shelley le arrebató el libro a Elizabeth y lo rompió.

—No queremos oscuridad en nuestra casa —y salió a la biblioteca.

Percy puso un beso en la mejilla de su madre e invitó a Mary a marcharse. Ella se negó.

—Te espero en el carruaje —dijo.

Ella asintió.

—Señora Shelley —dijo Mary—, lo de mi madre, más parecen consejos que se comparten por si alguien los considera buenos; en cambio, lo mío es menos que eso, es nada más una mujer imaginando cosas y disfrutando que otras las lean y se diviertan; no me he propuesto transformar el mundo, creo que eso no es lo mío, tal vez de mi madre; yo soy más simple, que una niña conozca mi libro y se atreva a escribir sus propias historias, de romances o batallas o de la vida doméstica del campo, pero que sea su elección, eso ya es suficiente para mí. Al final, no soy tan importante como para que su esposo me tome como el símbolo de maldad por preferir abordar historias de seres que los humanos han temido; pretendo encontrar algo de belleza en lo grotesco sin que eso signifique renunciar a buscar la genuina bondad en el corazón de las personas e incluso en los seres terribles que les han infligido miedo.

Se acercó y le besó la otra mejilla. Luego recogió el libro roto.

Elizabeth se puso en pie y le entregó otro abrazo, mientras le hablaba al oído:

—¿Puedes enviarme otro ejemplar de tu libro?

Mary respondió con una sonrisa.

(Finales de 1822, sureste de Inglaterra)

Elizabeth vestía aún de luto riguroso, a pesar de que las convenciones señalaban que el tiempo que ella se había tomado para

vivir su dolor por la pérdida de Percy, quien falleció ahogado en un lago de Toscana, era demasiado.

A ella no le importaba.

Su esposo la había dejado a su rutina y él se dedicó a buscar pretextos para ausentarse de casa.

En uno de esos días que el sir se encontraba fuera recibió de su ama de llaves un paquete. Quiso dejarlo hasta estar de ánimo, pero su mayordoma insistió en que revisara el remitente.

Al hacerlo destrozó el paquete y se encontró con la portada del libro que ya conocía: *Frankenstein. El moderno Prometeo*. Por Mary Shelley.

Que ahora apareciera el apellido familiar, rescatado de las húmedas aguas del lago que sirvió de lápida a la existencia de su hijo, la reconfortó de una forma fresca en su congoja y le sirvió de respiro a su alma atormentada por la ausencia de su muchacho.

Cuando el señor regresó a la mansión, encontró a Elizabeth vestida sin luto en la biblioteca, aún leyendo el libro recibido.

Él se acercó sorprendido por el cambio de vestuario y hasta parecía que le agradaba verla menos dolida por los actos fúnebres pasados, pero al descubrir que leía el libro que antes había destruido y prohibido que estuviera en la mansión, montó en cólera.

Ella no dejó de leer.

Continuó atravesando con su mirada las páginas del libro.

Entonces, sólo entonces, descubrió dónde estaba el monstruo.



Slenderman

Carlos Castillo Quintero

Escritor colombiano (Miraflores, Boyacá, 1966). Dirige la revista de arte y literatura *Burdelianas Poetry*. Ha publicado las novelas *Peces de nieve* (2018), *Gente rara en el balcón* (2016) y *Alicia Cocaine* (2016); los libros de cuentos *Dalila Dreaming* (2015), *Espiral al Sur* (2013), *Carroñera* (2007) y *Los inmortales* (2000), además de cinco poemarios. Ha sido incluido en antologías y revistas literarias de Colombia, Venezuela, Argentina, Puerto Rico, Estados Unidos, Francia y España. Cuentos, poemas y textos suyos sobre escritura creativa han sido traducidos al inglés, al francés, al italiano, y al portugués. Ha ganado, entre otros galardones, el Premio Nacional de Poesía Universidad Metropolitana de Barranquilla (2002), el Premio Libro de Poemas CEAB (2007) el Premio Libro de Cuentos Ceab (2012), el Premio Nacional de Cuento convocado por el Ministerio de Cultura de Colombia y dirigido a directores de la Red Nacional de Talleres de Escritura Creativa, Renata (2011 y 2012), el Premio Nacional de Cuento Universidad Central (2012), el Premio Bial de Novela Corta Universidad Javeriana (2012) y el Premio de Novela Ceab (2015).

***Un sesgado rayo de luz entra
por la ventana y alumbra el
rostro de la mujer. Alerta roja:
su rostro ahora es un bulto de
carne, sin forma, en donde se
presienten unos ojos
desenfocados.***



Slenderman

Carlos Castillo Quintero

Es delgado, muy alto, tiene las manos grandes y los brazos largos. Su rostro está cubierto de carne, pero no tiene rasgos faciales. En la espalda le nacen tentáculos. Casi siempre viste traje formal de color negro, camisa blanca con el cuello almidonado y usa mancuernillas. Slenderman, desde hace cinco años acecha, secuestra y traumatiza a los niños de la ciudad. Está cebado.

Las dos hermanas duermen en la misma cama y el niño, que es el más pequeño, duerme solo. En la habitación quedan algunas manchas de luz. En la casa vecina suena una lavadora, respira como un elefante enfermo. La mamá no baja la guardia en ningún momento. Se esconde en la sombra, vigila. En el jardín un perro gris se rasca contra el tronco de un eucalipto. La mamá sabe que Slenderman está cerca, lo huele. Se asoma a la ventana y sus ojos se llenan de niebla. A lo lejos el río baja lento.

Los niños no tienen papá. El alcohol acabó con él, la noche, la fatalidad se lo llevó para siempre.

El papá ama a su mujer, pero no puede resistir el encanto de las demás. Le gusta la farra y el juego. Siempre regresa tarde y sin llave; para evitar molestias con su esposa acuerdan dejar la puerta sin seguro. Basta con empujar y ya. Ese día llega borracho, nada raro. Grita, pide que le abran. La mujer se extraña. ¿Por qué no empuja? Mira la hora: 3:05 de la mañana. Se levanta, se asoma a la ventana y lo ve: está arrodillado al frente de la casa, paralizado, gritando. Contra un árbol, al fondo, hay alguien, una sombra larga, muda y pálida, que parece una mujer: una sin rostro, con tacones rojos y vestido negro de encaje. Fuma. El hombre ve a su esposa y se recu-

pera un poco, se arrastra hasta la puerta, intenta empujarla, pero no le quedan fuerzas. La sombra estira sus brazos y lo jala hacia la niebla: desaparecen. El frío congela la casa, el miedo.

Hoy se cumple un año de esa pérdida.

La mujer está asomada a la misma ventana, mira por entre los árboles intentando que sus ojos lleguen al río. No hay luna. Una mueca desfigura su mentón, lo mueve de un lado a otro. El ruido de los huesos de su quijada interrumpe el ritmo lento que deshace la noche. Fastidia. La mujer trata de relajarse, pero no puede. Se frota las manos, su cara va adoptando un vacío ajeno a toda expresión. El perro del eucalipto la ve y sale corriendo, chilla como si alguien le hubiera dado una patada.

El niño, desde antes que desapareciera su papá, era un muchacho tímido, apocado y miedoso, incapaz de dormir solo. Ahora que ya cumplió cinco años la mamá lo obliga. Él cierra los ojos y simula dormir, pero no puede; al final el cansancio lo vence. Siempre amanece con sueño, pero no importa: aún no entra al colegio. Durante el día acompaña a su mamá mientras hace los oficios de la casa y le ayuda en su trabajo de costurera. Algunas tardes va al río por el mismo camino por el que le dijeron que su papá se fue, avanza por esos matorrales haciendo ruido con las monedas, las canicas y la mancuernilla que carga en sus bolsillos. El sonido lo acompaña, le espanta el miedo. Un olor a tabaco negro permanece en ese camino.

La mujer trata de recordar cuándo fue la última vez que estuvo con su marido, pero no puede: fue en otro siglo, en otra vida. La ausencia ha renovado su virginidad y ahora es niña de nuevo. El desprecio y el abandono le desquician la piel. Su cuerpo le duele. Se masajea la nuca, respira hondo.

El niño se despierta, la llama. La mamá se acerca y en voz baja lo consuela con un canto: *Arrurrú mi niño, arrurrú mi sol, arrurrú pedazo de mi corazón*. Ella no lo nota, pero su voz tiene un timbre extraño. El niño está muerto de frío a pesar de que sobre la pijama

se ha puesto un buzo con capucha. Un sonriente Winnie Pooh mira a la mamá desde el pecho de su hijo. A ella no le gusta ese regordete osito amarillo que come miel y vive dentro de un árbol. No le gusta porque leyó en internet que Winnie Pooh en realidad no es macho sino hembra, y que no le gusta la miel sino la leche condensada. Al niño le encanta ese buzo porque se lo compró su papá. Fue su último regalo, y no se lo quita nunca. La mamá sigue con su canción: *Arrurrú mi niño, arrurrú mi sol*. El niño se asusta y comienza a llorar. Llama a sus hermanas. Lloro, grita, su pecho sube y baja. La mamá le acaricia la cabeza y continúa cantando: *Arrurrú pedazo de mi corazón*. Un sesgado rayo de luz entra por la ventana y alumbraba el rostro de la mujer. Alerta roja: su rostro ahora es un bulto de carne, sin forma, en donde se presienten unos ojos desenfocados. Ella intenta seguir con su arrullo, pero no le sale voz. Winnie Pooh ríe. El niño llora, pide auxilio. Winnie Pooh gruñe. El niño llama a su hermana mayor.

La mamá ahora es muy alta, volátil, y hace un esfuerzo sobrehumano por seguir aferrada al piso. Winnie Pooh ríe y gruñe al mismo tiempo. La mujer golpea al osito con ambos puños, fuerte, pero el gordito amarillo no se calla. La hermana mayor desde una mesa de noche salta sobre su mamá y le pega en la cabeza con una lámpara. La otra, la pequeña, le clava un zapato de tacón puntilla en una rodilla. El niño ya no llora. Winnie Pooh ya no gruñe. Cuatro tentáculos viscosos brotan de la espalda de la mujer y cogen del cuello a cada una de sus hijas, al niño y a Winnie Pooh. Va hacia la ventana, hacia el bosque, y se pierde en la niebla.

Un silencio total invade la noche. El elefante de la casa vecina ha muerto.



La inversión del gnosticismo

Agustín Cathcarth

Escritor argentino (San Miguel del Monte, 2001). Estudia Profesorado y Licenciatura en Letras en la Universidad Nacional de la Plata (UNLP). Ha publicado la novela *Un dolor que llega hasta el fin del mundo* (Dinastía, 2023).

En los orígenes del cristianismo, mucho antes de las reformas protestantes, varios grupos clamaban poseer la interpretación correcta de la fe y las escrituras. Cuando la Iglesia católica se consolidó como la interpretación más dominante del cristianismo, calificó a todas las demás con la etiqueta genérica de secta gnóstica.



Adán y Eva (1628-29), de Peter Paul Rubens
Museo del Prado

La inversión del gnosticismo

Agustín Cathcarth

La divinidad y la monstruosidad son dos polos de un mismo gradiente. Entidades que la modernidad científica califica de «sobrenaturales», entendiendo que nada puede existir fuera de lo natural y que por lo tanto se trata de leyendas falsas. Pero para los pueblos espirituales que creían estas historias, dichas entidades eran parte de la misma naturaleza y representaban su lado más desconocido.

La divinidad es la fuerza del orden que explica la configuración del mundo tal como lo experimentaban nuestros antepasados. Los monstruos, el caos que atentaba con destruirlo todo. Al formar parte de un mismo gradiente, es muy fácil que un monstruo se confunda con una divinidad, y que un dios se convierta en demonio. Esto es lo que les sucedió a múltiples panteones de diversas culturas.

La demonología es una rama de la teología cristiana que se dedica al estudio y la descripción de los demonios. Uno de los tratados más famosos al respecto es el *Lemegeton Clavicula Salomonis*, traducido como *La llave menor de Salomón*. Allí, en el apartado conocido como *Ars Goetia* (*El arte de la brujería*), se describe un panteón maligno de setenta y dos demonios. Un estudio pormenorizado de los mismos permite plantar la muy verosímil hipótesis de que se trata nada más y nada menos que de una satanización de dioses paganos. En algunos ejemplos esto es improbable con la información que se posee actualmente, pero en otros, resulta bastante claro. Veamos algunos ejemplos:

El demonio número cuarenta y seis de la *Goetia* es el conde Bifrons. Este nombre proviene del dios romano Jano, dios de los

principios y los finales, de cuyo nombre también deriva el primer mes del año (la raíz se conserva de manera mucho más evidente en inglés, *January*). Esta deidad era representada como un hombre con dos caras, una mirando hacia el frente y la otra en la nuca. De ahí que uno de sus epítetos fuese «bifronte».

El séptimo es el marqués Amón, cuyo nombre se mantiene inalterado respecto de su equivalente divino de la mitología egipcia. Sin embargo, también podría estar relacionado con Baal Hammon, dios adorado en Cartago, el cual a su vez podría estar emparentado con el dios Baal, de la religión cananea, quien está emparentado con el conocido Belcebú, demonio que no forma parte del catálogo de la *Goetia* pero cuyo nombre resuena fuerte en la cultura popular.

Astaroth, el gran duque del infierno ubicado en el número veintinueve de la *Goetia*, deriva de la diosa de los fenicios Astarté, también conocida como Ishtar para los babilonios e Innana para los sumerios.

Los dioses paganos, tal vez por sus comportamientos humanos, imperfectos y pecaminosos, fueron fácilmente convertidos en demonios por los teólogos cristianos. Sin embargo, el perfecto y benevolente dios cristiano no se vio exento de esto.

En los orígenes del cristianismo, mucho antes de las reformas protestantes, varios grupos clamaban poseer la interpretación correcta de la fe y las escrituras. Cuando la Iglesia católica se consolidó como la interpretación más dominante del cristianismo, calificó a todas las demás con la etiqueta genérica de secta gnóstica.

Una de ellas nos habla de Yaldabaoth, el demiurgo. Esta idea del demiurgo se retoma de Platón, y se refiere a una entidad que, más que creadora, sería organizadora. A partir del caos, el demiurgo da forma a un orden universal. Esto lo coloca en posición de divinidad, siguiendo la simplista definición dada anteriormente. Sin embargo, ¿qué pasaría si ese «orden» fuese uno falso y malicioso?

El Dios que aparece en la Biblia, o por lo menos, en el Viejo Testamento, corresponde para estas sectas gnósticas con esta figu-

ra de Yaldabaoth, un dios malévolo que se opone al verdadero creador, un Dios imposible de conocer. Esta interpretación plantea un giro radical en la historia de Adán y Eva. El Dios Creador Incognoscible hizo al alma, y el demiurgo Yaldabaoth, tal vez envidioso por no poseer los poderes de su superior, encerró a esa preciosa alma creada por el Dios bueno en un cuerpo físico, atrapado para siempre en el mundo material.

El Edén no es el Paraíso, sino una cárcel en donde el hombre primitivo vive sin poder acceder al mundo espiritual ni al dios verdadero, esclavo para siempre de Yaldabaoth. En este contexto, la figura de la serpiente, demoníaco tentador que condenó a la humanidad en la tradición canónica, emerge ahora como un salvador. Si antes hablábamos de dioses convertidos en demonios, ahora el gnosticismo nos plantea la imagen de un demonio convertido, si no en una divinidad, sí en un representante o heraldo de ésta. La serpiente le ofrece a la humanidad la fruta del conocimiento (*gnosis*), para que con ella puedan acceder al mundo intelectual y espiritual que les fue arrebatado por el demiurgo. Yaldabaoth, ofendido, sintiéndose rechazado, expulsa a la humanidad del jardín y los obliga a vivir en el imperfecto mundo que este dios, igualmente imperfecto, ordenó.

Comienza así una cosmovisión en la que, de repente, las barreras se desdibujan. ¿Es el demiurgo una divinidad o un monstruo? ¿Puede ser ambas al mismo tiempo, o es otra cosa que escapa a esta dualidad? Quedará para cada uno la tarea de dar una respuesta.



Nevada

Pablo Cazaux

Escritor argentino (Burzaco, 1967). Cursó estudios de Derecho y trabaja como profesor de Literatura en colegios secundarios. Ganador del Concurso de Cuentos Infantiles de la Municipalidad de Almirante Brown (2000), del Certamen «30° Aniversario de la Publicación de *It*» (revista *Cruz Diablo*, 2016), del IX Concurso Tristana de Novela Fantástica (Ayuntamiento de Santander, 2016), del Premio de Novela Negra de Prosa Editores (2019) y del Concurso de Novela Negra «Puerto Negro», de la Universidad Andrés Bello, de Chile (2023), entre otros reconocimientos.

El hombre que había entrado me tomó del brazo y me levantó como si fuese una rama. Tenía una fuerza extraordinaria. Me sacó de la cabaña y me tiró en la nieve. Me puse de pie y vi que un grupo muy numeroso de personas me rodeaban y me miraban sin decir nada. Sólo me miraban y eso era lo que más me aterraba.



Nevada

Pablo Cazaux

La primera y única vez que nevó en Dalton fue el 25 de julio de 1967. Los viejos que quedamos de esa época solemos juntarnos todos los años el 25 de julio en el Ciervo Rojo para contar las anécdotas que nos venimos contando desde hace más de cincuenta años. Cada uno tiene la suya: muñecos de nieve en el jardín, guerra de bolas de nieve en la plaza central. Choques múltiples en la ruta que sale de Dalton hacia el norte. Cada uno volvía a contarla como si acabase de suceder. Yo contaba que había estado en el bosque, cazando. Era verdad, pero no era toda la verdad.

El día anterior a la nevada había cumplido veintisiete años y mi padre, Acke Jensen, me regaló la escopeta de caza que había sido de mi abuelo, el gran Aleksander Jensen I, que había muerto de un paro cardiorrespiratorio cuando estaba en su despacho de jefe comunal teniendo sexo con la secretaria. Esto es algo que tampoco saben en el Ciervo Rojo y que es un secreto que permanece en la familia como tantos otros secretos. Los Jensen somos reservados además de poderosos.

Mi padre, que había abierto la agencia de autos más grande de Dalton en los cincuenta, me prestó su camioneta para ir a cazar al bosque porque mi auto corría el riesgo de quedarse en una trampa de barro de las que suele haber en el bosque. Así que conduje desde la madrugada, cuando todos todavía dormían, y crucé el puente, que por ese entonces ya era viejo, estacioné la camioneta a un costado y me interné en el bosque. No me interesaba cazar sino el hecho de cazar, la actitud del cazador. Se me llenaban las venas de adrenalina el solo hecho de estar escondido con el arma cargada, con la certeza de que si apretaba el gatillo podía matar una liebre,

un conejo o un perro salvaje. Así que prendí la linterna y me fui adentrando en la oscuridad, con los ojos bien abiertos y el arma cargada. Sabía que, llegado el momento de ver a mi presa, le apuntaría dos metros arriba y dispararía al aire; sabía que ella saldría corriendo y yo contaría que la herí y la perseguí varias horas por el bosque porque eso es lo que hacían los verdaderos cazadores. Pero a mí no me interesaba matar sino acechar, disparar, sentir el poder de un arma estallando en mis manos, percibir el miedo de un animal acorralado. Pero anduve dos horas y no apareció nada. No me importaba. La primera virtud de un cazador era la paciencia, así que me serví café del termo que me había llevado a la excursión y me senté a beber esperando que amaneciera. Pero eso nunca sucedió. Al menos, no amaneció como siempre.

A las nueve de la mañana, la noche se había ido, pero la luz del sol y la claridad no aparecían. El cielo estaba negro y todo era noche en el bosque. Me sentí inquieto. Algo no andaba bien. Caminé entre los árboles, pisando pastos crecidos y arbustos hasta llegar a un claro. Allí vi cómo el cielo parecía pintado por una gruesa capa de brea. Estaba negro pero no había rayos ni truenos. No era una tormenta. Cuando cosas de ese tipo suceden, uno suele pensar en el fin del mundo y esas cosas; a arrepentirse de no haber hecho esto o aquello. Sobre todo si uno está solo en un bosque donde hasta los pájaros estaban en silencio. La falta de ruido me ponía la piel de gallina y me hacía sentir más solo todavía. Entonces cayó una pluma blanca del cielo. Flotó en el aire con lentitud y cayó al lado de mi bota. Al tocar la tierra se deshizo; entonces levanté la cabeza y cientos de miles de plumas más cayeron en una llovizna blanca. Puse la palma de la mano hacia arriba y dos copos de nieve quedaron atrapados unos segundos hasta convertirse en agua. Tendría que haber llevado una cámara de fotos para registrar el momento: partículas blancas cubriendo el piso de pasto y tierra y borrando el color de los pinos. Si hubiesen existido los celulares en ese momento hubiese sido glorioso filmar cómo los copos elementales y pálidos crecían y se hacían más gordos y densos. De pronto, todo el piso estaba cubierto de nieve lo mismo que los árboles. Una ráfaga de viento se levantó y barrió la nieve del piso y ya no pude ver a un metro de distancia. Me quedé paralizado, apuntando con la escopeta hacia todos lados. Con la ventisca blanca y la falta de referencias, no po-

día encontrar la camioneta. Estaba atrapado. Y si no salía de ahí en poco tiempo terminaría congelado. Mi abrigo era el abrigo habitual para el invierno, pero la nieve lo había mojado y estaba temblando.

Sin pensar en lo que hacía, corrí por el claro hacia la otra parte del bosque donde la nieve todavía no había penetrado sino que estaba cubriendo las ramas de los árboles. Tuve que sacar la linterna para ver y, sin demoras, corrí hacia donde creía que estaba el sur. Después de andar ya con paso lento y pesado, con el aire helado entrando y saliendo de mis pulmones, llegué a un camino demasiado angosto. No lo conocía pero no podía afirmarlo porque todo el paisaje era, ahora, gris oscuro. Todo era igual. Miré en las cuatro direcciones posibles y ninguna se distinguía de la anterior. Tomé un sorbo de café del termo pero estaba frío, así que lo escupí. Y comencé a caminar con la seguridad de que iba a morir de hipotermia en un par de horas, cuando las piernas se quedaran duras y los pulmones se fueran congelando por la entrada constante de aire helado. Entonces se me ocurrió disparar la escopeta de mi abuelo. En ese estado de locura y desesperación, mi intención fue dispararle a las nubes llenas de nieve para matarlas; abrirles un agujero en las entrañas para que cayera todo lo que tenían dentro y se fueran.

Luego me caí y me desmayé. Cuando me desperté estaba acostado en un camastro dentro de una cabaña.

Abrí los ojos con cuidado y vi a un viejo de barba que calentaba algo en una estufa de hierro. Al lado de la estufa había una pila de leña seca amontonada. La cabaña era más que modesta: el camastro, una mesa con una silla, la estufa de hierro y una caja de la que el viejo sacó una taza y sirvió el líquido caliente. Luego vino hasta donde estaba yo y me sacudió para despertarme. Fingí que dormía y tardé unos segundos en responder, pero cuando lo hice, vi la sonrisa sin dientes del viejo y quise correr. El viejo me tendió la taza y me dijo que bebiera.

—Té caliente —me dijo—. Es de hierbas naturales que crecen en Eidoron.

Miré el menjunje que humeaba y tenía un olor agrio. Probé un trago y sentí que una llama interior crecía y encendía toda la madera

que había dentro de en mi cuerpo. El viejo soltó una carcajada al ver mi reacción y me alentó a que tomara todo, pero preferí no hacerlo.

Busqué mi escopeta pero no estaba por ningún lado. El viejo movió la cabeza y la melena blanca se sacudió. La luz del fogón que estaba detrás le daba un aura mágica.

—¿Dónde estoy? —pregunté sentándome de golpe.

—En Eidoron —dijo el viejo preparado para contestar todas mis preguntas.

—¿Eso está en Dalton?

—A diez kilómetros del centro.

—Nunca escuché hablar de este pueblo.

—Porque no somos un pueblo y porque no recibimos visitas.

—No entiendo —dije porque era imposible entender que un viejo sin dientes me estuviese hablando de un pueblo desconocido en medio de una tormenta de nieve.

Una mujer entró con un canasto tapado por una tela y tocó el hombro del viejo. Me sonrió pero sentí que esa sonrisa no era de bienvenida sino de felicidad. La mujer y el viejo estaban felices de que yo estuviese ahí.

Mientras la mujer destapaba la canasta y repartía pedazos de pan recién horneado, el viejo me dijo que Eidoron era un nombre bíblico pero no de la biblia cristiana sino de una más antigua. Me dijo que habían llegado desde el norte a principios de siglo, cuando Dalton era apenas un caserío, y se instalaron adonde yo estaba ahora. Construyeron su pueblo y se autoabastecieron durante un tiempo y después empezaron a comerciar algunos productos con negocios de Dalton. Entonces recordé cuando mi padre contó en una cena de Navidad que le había vendido una camioneta a unos tipos que vivían en la montaña y que apenas hablaban. Mi padre decía que estos hombres señalaban con el dedo la camioneta que querían y que no había forma de convencerlos de que compraran una más

cara. Cuando mi padre se dio por vencido, los tipos sacaron de una caja de madera un montón de billetes planchados y lisos y los pusieron sobre el escritorio. Mi padre nunca había visto nada igual. Los autos no se pagaban al contado porque nadie tenía todo el dinero junto. Pero ellos sí.

Me acordé de esa Navidad porque el viejo insistía con su historia de que eran una especie de pueblo divino. Y cuando le pregunté por qué, qué los hacía divinos a ellos, el viejo dejó de hablar y la mujer me miró con los ojos entrecerrados.

—¿Por qué está nevando? —se me ocurrió preguntar para salir del abatimiento en el que había caído con el silencio de esos dos—. ¿Por qué nieva ahora si nunca nevó en Dalton?

El viejo se aclaró la garganta, miró a la mujer y ésta asintió.

—Porque está escrito en las sagradas escrituras que un día iba a nevar y que ese día...

El viejo dejó de hablar cuando la mujer le pegó con la mano abierta en el hombro.

—¿Qué pasa? —pregunté confundido—. ¿Por qué no me cuenta lo que va a pasar con la nevada?

El viejo sonrió y se convirtió, en un abrir y cerrar de ojos, en un abuelo bueno y contenedor.

—Nada malo. Son creencias nuestras. Pero ya lo va a ver dentro de un rato.

Empecé a temblar.

—¿Qué va a pasar dentro de un rato?

—Se va a cumplir la profecía... Lot va a volver...

—¿Y eso?

Un hombre de mi edad, pero el doble de grande, entró y le dijo al viejo:

—Hay que hacerlo ahora.

Yo apreté el colchón flaco en el que me habían acostado y me aferré a él para que no me sacasen de allí.

—¿Qué es lo que hay que hacer ahora?

—Nada —dijo el viejo con una amabilidad aterradora—. Vamos a hacer lo que dicen las escrituras. La maldición no puede suceder porque eso sería el triunfo de él.

—¿El triunfo de quién? —pregunté. La voz me temblaba y no podía controlar mis movimientos. Todos estaban locos y yo no tenía mi escopeta para defenderme.

El hombre que había entrado me tomó del brazo y me levantó como si fuese una rama. Tenía una fuerza extraordinaria. Me sacó de la cabaña y me tiró en la nieve. Me puse de pie y vi que un grupo muy numeroso de personas me rodeaban y me miraban sin decir nada. Sólo me miraban y eso era lo que más me aterraba. Ya había oscurecido.

Una campana sonó a unos metros y todos, como si hubiesen armado una coreografía, salieron disparados y se metieron en sus cabañas. Y yo me quedé allí, tan solo como en el bosque pero sin mi escopeta. Estaba en el medio de un camino de adoquines que brillaban con la luz de los faroles exteriores de las cabañas. Habían barrido la nieve y el cielo seguía tan negro como al amanecer pero ya había pasado casi un día entero. Pensaba en esto cuando empezó a nevar nuevamente. Las cabañas eran de madera de secuoya, madera roja sacada de alguna reserva, casas de sangre en medio de la nieve blanca. Y todos los habitantes de Eidoron me miraban por las ventanas para ver qué hacía. Golpeé un par de puertas sabiendo que no me iban a abrir. Hacia adelante, el camino se extendía unos cuatrocientos metros y terminaba en un edificio enorme de madera. Caminé hacia allí bajo la nieve. Sentía los ojos de todo el pueblo mirando en la oscuridad de sus cabañas cómo yo tropezaba con mis propias piernas y caía una y otra vez. Algo terrible iba a pasar. Ellos lo estaban esperando y toda su amabilidad no había sido más que una emboscada para soltarme allí de noche. Tal vez, pensé

muerto de miedo, hubiese algún animal salvaje que devoraba personas y ellos me estaban sacrificando, estaban ofreciendo mi carne para que la bestia no se comiera la de ellos. O tal vez no fuera nada de eso y simplemente dejaran que me congelase para después enterrarme en el bosque como una ofrenda para sus cosechas.

Además de la calle principal, había cuatro calles que la cortaban en forma transversal. Era un pueblo con una estructura sólida en la que vivirían, al menos, doscientas personas. Cuatrocientos ojos mirando cómo yo tambaleaba entre la nieve, que se había vuelto gris, hacia la nada.

Cuando llegué al final, logré ver que el edificio era muy alto y que desde allí habían salido los golpes de campana. Subí los escalones y entré por una gran puerta que estaba abierta. La cerré detrás de mí para que la bestia no pudiera entrar. El edificio era la iglesia de Eidoron, pero no se parecía en nada a las iglesias que yo conocía. Había sillas en lugar de bancos y el altar era un escenario que se elevaban a menos de un metro del suelo. La única figura hecha en madera que colgaba de la pared era la de una especie de lobo con piernas humanas. Caminé en círculos mirando el techo de madera y vidrio, oliendo el incienso quemado hacía poco, el miedo que habían dejado los que estuvieron allí rezando o preparando algo. Entonces escuché pasos. En realidad eran pies que se arrastraban por el piso de la madera pulida por los años. Un fuego débil se encendió y prendió una vela roja como la madera de la iglesia y de las cabañas. Detrás de la luz amarilla, la cara de un hombre me sonreía. En ese momento, lamenté no haberme quedado afuera para morir congelado. La cara del hombre era sólo media cara, la otra mitad estaba comida por un animal o por un fuego antiguo. Tenía un solo ojo con el que me miraba sin impacientarse, sin anunciar movimientos. Sólo me miraba y sonreía. Luego, caminé hasta el escenario y se sentó. Su cuerpo flaco y desnudo estaba cubierto por una frazada vieja. Me hizo una seña para que me sentara junto a él y lo obedecí. No había forma de negarse. No podía decir que no porque el hombre seguía mirándome con ese ojo vivo y filoso. Así que caminé contra mi voluntad y me senté a su lado. El hombre dejó de mirarme y miró hacia el frente, hacia la oscuridad donde estaba la puerta.

—¿Ellos te mandaron? —me preguntó. Su voz salía desde adentro de una caverna profunda. Era gruesa y firme pero no me asustó.

—Sí —dije y luego corregí—. No. En realidad me desmayé en el bosque y me trajeron a una cabaña y luego me echaron. Eso fue lo que pasó.

—Sí, claro —dijo el hombre y sentí que el calor que emanaba su frazada me calentaba el cuerpo helado—. Ellos no piensan. No saben pensar. Pero hay algo que es peor: ellos creen que pueden hacerlo...

—¿Hacer qué?

—Que las cosas no sucedan. Que las maldiciones no se cumplan. Ellos creen que pueden eludirlas como si fueran árboles del bosque. Pero no se puede. No se puede.

—Ellos planean algo —le dije.

—Quieren vivir —dijo y dejó caer la frazada sobre la madera del escenario. Su cuerpo ya no era esquelético. Los músculos de los brazos, las piernas y el pecho habían crecido. Las venas latían bajo la piel como serpientes. El hombre se volvía incandescente y tuve que correrme para no quemarme—. Ellos quieren vivir a pesar de todo, pero no se puede.

Me miró. Los ojos rojos también latían y creí que me iba a desmayar pero en el fondo sentía que la cosa no era conmigo, que esa cosa que estaba a mi lado y que cada vez era más grande y más fuerte, no iba a hacerme daño. Su voz se convirtió en un eco. Las palabras rebotaban dentro de su pecho y salían repetidas hacia afuera.

—Yo escuché la voz de Dios. La escuché e hice todo lo que me dijo pero nunca bastaba. Yo sabía que era Dios el que me daba las órdenes y yo las cumplía: mataba, quemaba, organizaba los rituales. Pero nunca le bastaba. La sed de Dios era insaciable. Hasta que un día me respondió y me dijo que Dios nunca me había escuchado porque Dios no escuchaba a las personas y no hablaba con ellas. Me dijo que había sido Él quien había respondido a mi llamado

desesperado. Entonces me convertí en la voz del Diablo, Lot. Entonces el miedo, la ira, el fuego y la destrucción.

El hombre, que ahora medía el doble y tenía la piel roja, me tocó la cara con un dedo y mi carne chirrió como si me hubiese apoyado un hierro caliente. Me toqué la herida pero no ardía. El hombre me miró y me dijo:

—Todos los sacrificios tienen su recompensa.

Y sin pensarlo, me empecé a reír. Nada era gracioso pero yo me reía como si me hubiese vuelto loco. El hombre, que ya se estaba encendiendo y el fuego brotaba de lo que había sido su piel, me miró y me dijo:

—¿El Diablo te da risa?

Negué con la cabeza, pero sin dejar de reír.

—Tendrías que saber lo que el Diablo piensa de vos.

Se dio vuelta y atravesó la puerta como si no fuese de madera, como si la protección de ese santuario sólo fuese algo imaginario. Atravesó la puerta convertido en una hoguera y se lanzó a la oscuridad nevada. Cuando los gritos empezaron, yo caí de costado en el escenario y ya no supe más.

Y dormí un sueño blanco, sin imágenes. Un sueño de nieve continua rodeándome y meciéndome como si fuese espuma. Un sueño sin sonidos. Un sueño como el que sueñan los muertos.

Cuando me desperté era de día y el sol entraba por los vidrios que habían puesto en el techo y en los costados. Estuve ciego durante un rato hasta que me acostumbré a la luz. La iglesia estaba vacía y afuera no se escuchaba ningún sonido. Estaba acostado sobre el escenario mirando al lobo con piernas de hombre.

El sacrificio tiene su recompensa.

Esas fueron las últimas palabras que la cosa me había dicho después de marcarme la cara para siempre.

Cuando salí de la iglesia, la nieve había desaparecido. Lo mismo que la gente. Eidoron, o como se llamara ese agujero, estaba vacío. Entré en las cabañas pero sólo había mesas volcadas, platos rotos y el suelo lleno de arañazos. No había nadie más que yo. Habían huido durante la noche, o alguna tragedia se los había llevado a todos.

Caminé hasta la entrada de piedra que habían levantado para convertir al pueblo en una pequeña fortaleza. A unos metros estaba mi escopeta descargada y entendí que me habían encontrado por los disparos que hice y no por mandato divino como ellos creían. Con la luz y el camino despejado, tardé un par de horas pero llegué hasta la camioneta, me subí y volví a casa. No fue difícil inventar una historia sobre mi desaparición y de mi nueva marca en la cara. No lo fue porque mis padres nunca se preocuparon demasiado por lo que yo hacía.

En el Ciervo Rojo, el bar del puerto en el que nos juntamos con otros viejos a hablar del pasado y criticar a los jóvenes, todos los 25 de julio cuento la misma historia: salí a cazar y me atrapó la nieve, encontré una cueva entre las piedras y me quedé allí con mi escopeta hasta que paró de nevar. Y eso fue todo.



El gran tigre

Jonatan David Consoli

Narrador argentino (Lomas de Zamora, Buenos Aires, 1980). Ha publicado la novela breve *Una noche en el maldito lago La Plata* (Dunken, 2013) y el libro de cuentos *Ensayos de la muerte* (Tercero en Discordia, 2020). Ganador del Premio Catedral 2023.

No había escapatoria. Estaba a punto de conocer el rostro del mal, de verse a los ojos con el espíritu maligno.



El gran tigre

Jonatan David Consoli

Parte 1

Ranjit, el héroe

Afuera se caía el cielo, como suele decirse. Llovía a mares, a baldazos, diluviaba sin dar tregua. El cielo era un inmenso teatro donde los truenos y relámpagos ofrecían un espectáculo de luces violáceas, azules, blancas, cada vez más cercanas, más cegadoras, y los estruendos hacían estremecer la tierra entera.

El terco Jaidev, junto a Ranjit, su hijo, habían encontrado refugio dentro de una enorme cueva. Sabían muy bien que no debían meterse allí, que no era seguro, pero la tormenta no les había dado opción. El peligro afuera no eran sólo los rayos calcinantes sino también las crecidas de los ríos, las inundaciones, las avalanchas de lodo, los animales asustados, la espesa oscuridad. Imposible sería sobrevivir a semejante temporal.

Una vez dentro, Jaidev amontonó las pocas ramas y raíces secas que encontró y se apresuró a encender una fogata. Utilizó el pedernal que siempre traía consigo. La temperatura descendía considerablemente y por eso el joven Ranjit se sentó cerca de las llamas. Abrazado a sus piernas apoyaba la quijada sobre las rodillas mientras el reflejo del fuego danzaba en sus ojos. Y aunque entre sus pensamientos no había lugar para el miedo, porque confiaba ciegamente en su padre, una extraña sensación comenzaba a recorrerle el cuerpo: algo parecido a un escalofrío. Jamás había imaginado que un día entrarían en aquella cueva. Según las historias que le habían contado desde pequeño ningún hombre lograba salir vivo de allí.

El terco Jaidev, por su parte, se esforzaba en esconder el miedo detrás de un rostro amable. Más de una vez miró a su hijo directo a los ojos y le palmeó suavemente la espalda. Ranjit procuraba devolverle la sonrisa, toda vez moderada y muda, al menos como un gesto de fe. Confiaba en que su padre podría lidiar con lo que fuese que los amenazara allí dentro. De hecho, según sabía, una vez había luchado contra un enorme lobo y lo había vencido. Y para dar cuenta de la veracidad de aquella hazaña solía mostrarle la enorme cicatriz que le surcaba la mejilla. ¡Cuántas veces se habría quedado dormido el pequeño Ranjit contemplándola!, incluso hasta llegar a soñar con ese terrible encuentro.

La tormenta no aminoraba ni por un segundo. Todo parecía indicar que el dios Indra enfurecería todavía más. ¿Qué habían hecho para enojarlo tanto? No podían saberlo. Lo único cierto era que tendrían que pasar la noche allí. Pero, ¿qué tenía de malo aquel lugar? Tampoco lo sabían con gran precisión. Sólo que estaba prohibido entrar e incluso acercarse, pues podían ser devorados por un gran tigre. Prohibición que desde tiempos inmemoriales los hombres respetaban a rajatabla y sin siquiera indagar demasiado. La avidez por los detalles era considerada un mal vicio de los rebeldes, los irresponsables y los peleles. Las personas comunes simplemente obedecían, con estricta y silenciosa sumisión. Como fuese, la feroz tormenta los había empujado hasta allí, y no tenían más remedio que aceptar los peligros que se escondían tras la desgracia.

Ahora bien, eso que Jaidev y su hijo Ranjit no sabían a ciencia cierta —justamente por no permitirse hurgar en las génesis de las prohibiciones— era que, en efecto, detalle más, detalle menos, hacía unos ciento cincuenta años (probablemente más) un enorme tigre había habitado esa cueva y que, peor aún, había aterrorizado y devorado a sus ancestros casi al punto de hacerlos desaparecer de la faz de la tierra. Sin embargo, por la erosión propia del tiempo sobre las memorias —y, vale decir además, como resultado de épocas de muy mala narrativa— la verdadera naturaleza del tigre había desaparecido. Sólo parecía haber sobrevivido, de alguna manera, la fuerza de una dura prohibición con un justificativo muy escueto, o incluso sin él. «Está prohibido entrar a la cueva». Así, a secas, con la cara dura como una piedra. Sí, los ancianos

muchas veces preferían simplificar la historia del gran tigre recitando esa suerte de lacónica orden: «No debes ir a la cueva». Y punto. Así que ya casi nadie sabía demasiado del asunto, quizá ni los propios sabios.

No obstante, en rigor de verdad, no sólo que por inobjectables razones biológicas aquel gran tigre ya no existía, sino que tampoco había evidencia firme de que hubiera dejado sus crías en este mundo. Y por eso, la cueva debía estar completamente deshabitada desde hacía ya por lo menos un siglo. Digamos que sólo se trataba de un orificio más en la roca dura de una montaña no mucho más destacada que las demás.

El fuego, al borde de los pies de ambos, comenzaba a extinguirse mientras la tormenta afuera no mermaba. Fuertes ráfagas de viento sacudían de un lado a otro las copas de los árboles. Se podían oír con aterradora claridad las ramas que crujían al romperse y luego colgaban hasta desprenderse para, una vez en el suelo, ser arrastradas por fuertes corrientes de agua y barro. Todo era un apurado eslabonamiento de caos y destrozos.

Conforme avanzaba la noche, el pequeño Ranjit sentía que el frío comenzaba a adormecerle las puntas de los dedos. Se preguntaba cuánto tiempo más estarían en la cueva. ¿No era acaso que quienes entraban no salían vivos? ¿Qué se suponía que debía ocurrirles? Buscó a su papá con la mirada. Jaidev se había puesto de pie e intentaba hacer foco con la vista entre los recovecos de las paredes oscuras, en busca de algo más de leña. Al cabo de unos minutos regresó con apenas unas pocas ramitas. Las acomodó entre los carbones que aún ardían y sopló con firmeza. Consiguió avivar no más que unas débiles llamas nuevas. Y eso era todo. Sabían que, de un momento a otro, ya no tendrían más calor, tampoco lumbre. Se los devoraría la oscuridad de la noche. O peor: de la cueva.

Jaidev se quitó la gruesa manta de piel de oveja que le cubría el lomo y la puso sobre los hombros de su hijo. «Tengo calor», mintió. Ranjit sintió que su cuello y su espalda enseguida recuperaban la tibieza.

Pero unos segundos después oyeron un rugido. Parecía provenir del corazón mismo de la montaña. «¡No te muevas!», susurró Jaidev, notablemente asustado. Ranjit ahora sí temblaba de miedo. El interminable diluvio afuera había formado un río que con violencia arrastraba todo a su paso, y no era una buena idea abandonar la cueva. Estaban atrapados.

Jaidev tanteó el suelo y recogió dos rocas del tamaño de un puño. La más grande la sostuvo con fuerza y la otra se la dio al pequeño Ranjit. «Quiero que la uses si es necesario», le ordenó, y sigilosamente se internó en la oscuridad de la cueva. «¡Papá, papá!», balbuceó el pequeño, pero su padre ya había desaparecido en la negrura.

Avanzó con pasos cortos, uno tras otro. Iba lento, atento, absorbido por la duda y la preocupación. Pero su coraje era tan pujante que no podía dejar de avanzar. Estaba decidido a no permitir que aquello que viviese en la cueva los atacase. Jamás se perdonaría que robasen el alma de su único hijo, mucho menos frente a sus narices. De pronto, notó que la oscuridad ya lo había envuelto por completo. Tragó saliva. Y volvió a escuchar ese sonido ronco, que ya le parecía con claridad una especie de gruñido animal. Notó que iba aumentando en fiereza y volumen. Entonces se detuvo y permaneció inmóvil. Evitaba respirar. Abría grandes los ojos, como si eso sirviera de algo. Movi6 lentamente su brazo izquierdo y llev6 la mano a su cintura. All6, en una especie de cinto de tela, guardaba el pedernal. Pens6 que las chispas le mostrar6an, aunque m6s no fuera por un brev6simo instante, aquella bestia con la que estaba a punto de luchar. No hab6a escapatoria. Estaba a punto de conocer el rostro del mal, de verse a los ojos con el esp6ritu maligno. El gruñido era cada vez m6s feroz, y los ecos de la cueva, adem6s, lo hac6an todo m6s grande, m6s espectacular, m6s terror6fico.

El pequeño Ranjit sentía un miedo pujante. Con el fuego ya prácticamente extinto, apenas si podía identificar para qué lado quedaba la salida. Todo comenzaba a sumergirse en la más completa negrura. Sólo los relámpagos conseguían darle alguna fugaz orientación. Y entre tanto, el rugido de la bestia se oía cada vez más fuerte. «¡Papá!», grit6.

Jaidev, ya con el pedernal entre sus manos, produjo chispas y entonces lo vio, durante esa milésima de segundo. De vuelta en la oscuridad, frunció el ceño, confundido. La bestia largó un alarido mientras se abalanzaba sobre él.

El pequeño Ranjit lloraba sin consuelo. Estaba profundamente aterrado, y no pudo contener el impulso de arrojar hacia el corazón de la cueva esa roca que le había dado su padre. Lo hizo con todas sus fuerzas, con deseos de acabar de una vez con el monstruo, al mismo tiempo que gritaba vaciando sus pulmones.

Jaidev hizo un rápido movimiento con su brazo derecho, y luego otro, y otro más. Así, con la roca que llevaba en la mano asestó casi todos los golpes en la cabeza de la bestia, la que cayó muda a sus pies.

Ranjit se sorprendió, el rugido cesó tras haber arrojado la piedra. «¿Papá?», murmuró entre sollozos.

Jaidev, agitado y con el rostro cubierto de un sudor goteante y helado, volvió a producir chispas con su pedernal. Lo repitió al menos unas tres veces, hasta que descubrió que sólo se trataba de un pequeño perro salvaje. ¿Había sido engañado por los ecos de la cueva? Estaba claro que no se trataba de ese demonio oscuro de las historias. Ese animal, de hecho, ni siquiera parecía peligroso. Sólo estaba asustado, acaso tanto o más que ellos. Se sintió confundido. Los golpes que le había propinado habían sido tan duros y certeros que, sin dudas, lo había matado. Volvió a producir chispas. Sus pensamientos comenzaban a serenarse. Lo tomó del cuero del cuello y lo levantó. Pesaría no más de seis kilos. ¿Esa era la bestia infernal que había imaginado toda su vida? No, no podía ser cierto. Soltó a la pobre criatura y volvió a producir chispas. Lo hizo una y otra vez, hasta que notó también que la cueva terminaba justo ahí. Era probable —reflexionó desde su experiencia de cazador— que el animalito hubiese atacado sólo porque se sentía acorralado. Era lógico. Y, en general, los perros salvajes, si uno no se metía con ellos, no solían ser animales temerarios. Ahora bien, se detuvo otro instante a pensar porque, si la cueva terminaba ahí mismo, ¿cuál era entonces ese gran peligro que implicaba la histórica prohibición?

«Papá, ¿estás bien?», susurró Ranjit en la oscuridad, con evidente angustia.

Jaidev volvió sobre sus pasos y pronto se reencontró con su hijo. Con la luz de un relámpago pudo ver en el rostro del pequeño un terror profundo. Entonces lo abrazó y decidió contarle una mejor historia, una que le diera ánimo, algo mejor que la verdad. Dijo que al arrojar con tal valentía la roca, le había salvado la vida. Le agradeció besándolo en la frente. Con su piedra había derrotado al monstruo que intentaba devorarlos. Describió a la enorme bestia con gigantescos colmillos, encías sangrantes, ojos rojos y garras filosas. Le dijo que había sido un tiro certero y que, al recibir el impacto, el monstruo se había desvanecido y convertido en humo, dejando sólo un ligero olor a ceniza. Repitió una y otra vez que gracias a su coraje habían conseguido vencer a la bestia, que gracias a su audacia seguían vivos. Proclamó a toda voz que la aldea por fin estaría a salvo, gracias a él.

Ranjit sonrió. De a poco comenzó a abandonar el llanto. Ahora se sentía confiado y algo entusiasmado también. Y no se separó de su padre hasta el amanecer.

Con el paso de las horas la tormenta se había vuelto apenas una débil garúa, e incluso no más que una nostálgica humedad en el aire, y poco a poco comenzaban a asomarse en el horizonte las primeras claridades de un día nuevo. Jaidev permanecía abrazado a su hijo, quien dormía profundamente. Exhaló aliviado, lo observó con cariño y susurró su nombre varias veces. Realmente sonaba como el nombre de un héroe. El terco Jaidev bien sabía que no se había tratado del demonio aterrador de las historias y, aún más, que ese pobre perro salvaje había muerto por sus golpes y no por la roca arrojada por su hijo. Pero jamás lo confesaría, ni ante él ni ante nadie. Era un secreto que moriría con él.

En todo caso, debía lidiar con otra contrariedad, una mucho peor: haber descubierto, por antojo del azar, que la prohibición era infundada, pues nada malo había en la cueva. Sintió una fuerte incomodidad en el pecho. Había conocido una terquedad impensa-

da, el eco arrogante que habita las bocas de quienes se asumen portadores de la verdad, la soberbia de los censuradores, la injusta superioridad de la ancianidad, la obscena postergación de la libertad de la razón. El corazón le latía con fuerza. Al parecer, no eran ni tan sabios ni tan justos como pensaba. No obstante, decidió no darle muchas más vueltas al asunto. Ahora sólo le importaba que a partir de aquel día su hijo se convirtiese en un hombre respetado, reverenciado; que su nombre sonase más fuerte y durante mucho más tiempo que cualquier antigua y desgastada superstición; que su hazaña llenase las lenguas de cientos de generaciones con la sentencia inequívoca de: «Ranjit, el héroe».

Parte 2

El terco de Jaidev

Antes de que pudieran poner un solo pie fuera de la cueva, una masa oscura comenzó a moverse y, de pronto, los envolvió a ambos. En un abrir y cerrar de ojos los cubrió de muerte. Con una frialdad siniestra, les arrancó el alma del cuerpo, dejándolos reducidos a apenas dos pedazos de carne, desparramados sobre la roca fría, que comenzaban ya su viaje de putrefacción.

El espíritu impiadoso tenía la vaga forma de un enorme tigre, uno de oscuridad incorpórea, de una densa e infinita oscuridad, nebulosa y sutil.

Era una oscuridad desalmada, inexplicablemente fatal.

La peor oscuridad de todas.

La más irremediable.

Nada pudo hacer Ranjit, el héroe.

Y mucho menos el terco de Jaidev.



El Leviatán

Efi Cubero

Escritora española (Granja de Torrehermosa, Badajoz). Ha realizado estudios de historia del arte y de lengua y literatura en Barcelona. Autora de los libros *Fragmentos de exilio*, *Altano*, *Borrando márgenes*, *La mirada en el limo*, *Estados sucesivos* (México, 2008); *Condición del extraño* (La Isla de Siltolá, 2013); *Punto de apoyo* (Luna de Poniente, 2014); *Esencia* (La Isla de Siltolá, 2019), y *Solo inclasificable* (La Isla de Siltolá, 2021), y también, junto al pintor Paco Mora Peral, de los libros de artista *Ultramar* y *Desajustes* (Colección de Poesía 3X3 dirigida por Antonio Gómez) y *Mesa para tres, homenaje a Miguel Hernández* (2021). Ha colaborado en diversos libros de ensayo. Textos suyos han aparecido en revistas literarias como *Mitologías*, *Alga*, *Cuaderno Ático*, *Norbania*, *Estación Poesía*, *Isla de Siltolá*, *El Ático de los Gatos* y *Papel Salmón*, entre otras publicaciones culturales y libros de España y América. También ha participado en congresos nacionales e internacionales. Parte de su obra ha sido traducida al inglés, francés y portugués.

Inmerso en lo complejo de nuestro tiempo, Kapoor no duda en aprovechar para la consecución de sus monumentales obras las lecciones que Cézanne recomendó en 1904, lo de estudiar a fondo el cono, el cilindro y la esfera.



Leviatán, instalación de Anish Kapoor en el Grand Palais de París
Exposición Monumenta 2011

El Leviatán

Efi Cubero

Laberinto

*Si penetras las claves de cualquier laberinto
recuerda que te aguarda la salida.
Las alas que sucumben en descenso
abrasadas de sol y de utopía.
El ovillo, el espejo
por los itinerarios de las sombras:
la ebriedad de la sangre,
el olvido.*

Aquel día miré desde el Pont Neuf al verdoso Sena. Sus aguas parecían recién pintadas por alguno de los impresionistas. Enfrente los castaños bajo un vivísimo azul, el oropel de sus estatuas y alegorías compitiendo con el magnánimo sol, iluminaban parques y bulevares, calles abiertas, terrazas, conversaciones y paseantes. La multitud deambulaba por París como si nada importara, como si una corriente de energía alegre y viva contagiara los rostros y actitudes. La luz borraba sombras. Los pasos y los ojos gozaban llana y sencillamente de la vida.

Al fondo, el Arco del Triunfo parisino recortaba como siempre su fotografiada silueta y L'Étoile lucía más dinámica que nunca a través de sus arterias tentaculares. Por los Campos Elíseos caminaba con despreocupada indolencia, aunque tenía muy claro el objetivo de hacia dónde debía encaminar mis pasos: entrar al Grand Palais y contemplar la instalación de Anish Kapoor.

La mañana no admitía claustrofobias. No obstante, la curiosidad artística pudo finalmente más que la libertad de los sentidos y penetré, no sin reticencias, en el entramado del Leviatán, con la misma desazón existencial que si transitara por las páginas de Hobbes.

Para alzar las entrañas de aquellas bandas soldadas de PVC del monstruo bíblico, y lograr la perfección del ensamblaje, Anish Kapoor necesitó, por lo menos, o casi, la destreza y la fuerza de los expertos canteros de la Roma imperial. Medio centenar de hombres formaron las membranas textiles que daban al montaje una apariencia palpitante y viscosa. No había allí ni agujeros ni desgarros, sólo el obsesivo rojo —el color que más emplea este artista— latente y casi amenazador en las entrañas de las cuatro grandes e inquietantes esferas que fueron infladas sin necesidad de pegamentos.

Ciento veinte metros de longitud por treinta y cinco de altura conformaban al Leviatán. Una obra a un tiempo potente y frágil como el artista acostumbra. La escultura se adueñaba del espacio creando una ilusión óptica como si lo absorbiera o engullera. Una semitransparencia abrazando al visitante que experimentaba la sensación envolvente de flotar sobre el líquido amniótico. Trampa sutil para el espectador que deseaba cuanto antes salir de esa trama, de esas redes espesas, de esas telas que respiraban, voraces igual que algunas flores hermosas y carnívoras. Yo pensaba, imaginativamente, que me hallaba en las entrañas del monstruo, en la ballena que se tragó a Jonás, o en el vientre de la que persiguió con saña el capitán Ahab creado por Melville. La placenta no resultaba en absoluto placentera.

Fronterizo entre culturas, influyente y reconocido, el artista buceaba como nadie en los símbolos del sincretismo característico de su país de origen, en lo sagrado de ese río que fluye entre orillas dispares como dos vertientes del conocimiento: lo positivo y bueno que construye y avanza, y por otro lado lo negativo, lo nefasto, lo cruel, lo regresivo y caótico.

La India milenaria con sus colores anaranjados, el bermellón que incendia los motivos, lo gris de la ceniza que es precedera materia, el agua que purifica y salva y esa opacidad que planea sobre los restos o en las cuevas más oscuras de su eterno e impenetrable misterio. Ahí radica la subjetividad de lo confesional que advertimos en ciertos aspectos de su obra. A la vez, en paralelo, la cultura anglosajona le aporta perspectivas hacia el objetivo de la fría precisión con el resultado de una reflexiva e inteligente expresividad.

Inmerso en lo complejo de nuestro tiempo, Kapoor no duda en aprovechar para la consecución de sus monumentales obras las lecciones que Cézanne recomendó en 1904, lo de estudiar a fondo el cono, el cilindro y la esfera.

En diálogo con la tradición, geometría, ciencia e imaginación poética, junto a una cierta recelosa distancia, le permiten formar un ensamblaje poderoso bajo el cifrado código de la invisibilidad. Algo así como si en sus monumentales obras dejara impreso un alegato, una permanente reivindicación de que algo, o mucho, falla estrepitosamente en el ombligo del mundo. La sutil advertencia de un desastre anunciado en este Leviatán que acecha entre las sombras, posesivo y maléfico. Así, la babeliana Torre ArcelorMittal Orbit, el zigurat de 116 metros de altura que proyectó para los Juegos Olímpicos de Londres y algunas instalaciones anteriores formadas por explosivas cargas metafóricas. En muchas de las gigantescas obras de este artista hay mucho de un estudio de sí mismo. La experiencia se va formando por la repetición de hechos que la memoria guarda o almacena, en lo premonitorio de un desastre latente en esta humanidad que pierde poco a poco el humanismo. Todas las reflexiones que le permiten y proporcionan una carga importante de vivencias, o de autoconocimiento, para encadenar la producción de una serie de combinaciones mentales. Imágenes que posibilitan el simular los futuros acontecimientos de catástrofes intuidas que tal vez se escondan en el interior de la memoria colectiva.

Mirando aquella escultura recordé unas palabras que Bazaine dejó escritas: «Rechazar sistemáticamente el mundo externo es rechazarse a sí mismo: uno no se libera tan fácilmente de su propia carne. Es un modo de suicidarse».

De pronto me di cuenta de que estaba atrapada, no había nadie, me faltaba el aire, me costaba respirar, una sombra poderosa de negativa energía flotaba sobre el símbolo opresor de un mundo atezado por fuerzas ominosas; me sentí como Teseo en el dédalo del Minotauro, sólo que no tenía un ovillo a mano sino que el monstruo me ovillaba...

Desperté de pronto entre la muchedumbre como el náufrago que encuentra una poblada isla con rostros hostiles y desconocidos.

Tal vez soñara, pero el monstruo sonreía entre la gente. Y era humano.



El personaje

Juan Carlos Díaz Méndez

Artista plástico y escritor venezolano (Tovar, 1962). Reside en Caracas. Tiene estudios en Tecnología de Alimentos e Ingeniería Industrial. Ha expuesto sus obras en varias ciudades de Venezuela. Autor de la novela *Zapatos de hombre* (Funsagu, 2020). Ganador de una mención especial en el I Concurso Literario «Cuentos por los Derechos Humanos» (Provea, 2018). Su cuento «Séptimo sentido» fue incluido en *Artesanía de la piel: antología de literatura erótica* (Altavoz Cultural; España, 2024).

La bestia aborrecía los gritos humanos, las expresiones de dolor. Tanto, que a veces perdía el hambre y cedía la presa. Así que sabía dónde asestar el primer mordisco.



El personaje

Juan Carlos Díaz Méndez

Tuve la impresión de que había un olor diferente, un vago olor a gente. Alguien debió estar allí, alguien tuvo que encontrarlo. Escuché que se había comido sus ovarios, destrozado su útero para hacerlo, pero era un buen depredador, apetecía exquisiteces morfológicas y fluidos sexuales. Un bello monstruo, que hace daño a víctimas pudientes, machos o hembras, a presas alfa. Presas que aportan resistencia, incluso que pueden matarlo y devorarlo.

La bestia que dormía allí entraba al anochecer, introduciendo su garra por el postigo roto de la romanilla, moviendo el pestillo sin ruido, sigiloso. Le temía a la luna, a la forma en que lo exponía cuando, llena, se paseaba por el cielo sin nubes ni estrellas. Cazaba presas grandes; por tanto, se alimentaba afuera, donde otras criaturas de instintos afines le servían de compañía en común acuerdo para hacer el daño y salir indemnes. Al entrar, encontraba la paz. No tocaba otra cosa que el sillón mullido donde reposaban sus huesos, y soñaba con la compasión que creía haber perdido en el mundo de los hombres: un lugar que imaginaba con detalles, formas y afectos que le hacían dudar de su condición de bestia. Recordaba hechos sin fundamento, como un espejismo, como una visión de futuro que no lograba hacer coincidir con la dimensión vital de su conciencia.

Al amanecer, tenía hambre. Paciente, esperaba los sonidos del día, sacudía su melena y salía de cacería. Buscaría su víctima. Esta vez, esquivó la compañía de las otras bestias, que, sintiéndose despreciadas, le lanzaron improperios entre gruñidos. Era hora de hallar la gran presa. Debía hacerlo solo: el momento de descubrir el alcance de sus fortalezas. Había decidido atreverse más allá de los

límites de aquella comarca desvencijada y triste, reducto final de indigentes, delincuentes, amantes clandestinos y niños perdidos. Seres desprovistos de defensa.

Atravesó el espeso bosque sin participar en algunas comilonas que encontró en la ruta tomada. Las otras bestias lo miraban contrariadas. Le señalaban interrogantes: «El animal de la casa del postigo roto habrá enloquecido», creyeron. Si no, ¿por qué esa actitud tan desatenta en alguien tan asiduo a la cacería y al festín grupal? Algunos quisieron seguirlo, pero estaban demasiado hambrientos; además, eso significaba dejar sus dominios y enfrentarse a cosas que no estaban en su memoria.

Caminó mucho tiempo. Estuvo a punto de regresar, ya casi arrepentido. El bosque había quedado atrás, también el cauce seco de un río de invierno, donde apreció la forma de sus huellas humanas. Una carretera y un extenso prado verde. Cuando vio, a lo lejos entre la bruma del atardecer, un caserío. A pesar del hambre, sintió alivio. Ya se imaginaba cazando una enorme presa para saciar su terrible apetito. La luna, indiferente, ocultó su rostro, como lo hacía siempre cuando hombres y bestias le invocaban.

A toda carrera llegó a aquel sitio que, por la magnitud, le pareció una ciudad. Entonces sintió pánico: había demasiadas personas, automóviles y perros. Subió a un árbol y allí se quedó hasta el anochecer. Extrañó entonces la compañía de sus camaradas del bosque. Pero, por alguna razón que no lograba entender, sentía que ese era su lugar, y que alguna vez había sentido en ese sitio la bondad que se revelaba en sus sueños.

Pasó una hora cavilando sobre la sensatez de su decisión y la forma de encontrar una presa antes de que anocheciera por completo. Jamás le gustó la noche: le confundían las imágenes, los olores y todas las sensaciones de los entes que habitan en la oscuridad, en la penumbra delimitada por la luna. Estaba a punto de saltar al pavimento cuando un hombre apareció, tirando de una cuerda atada a un perro. Venían por la vereda iluminada con luz artificial, justo en dirección a la banca de hierro que estaba al pie de su árbol. Sus ojos se habituaban a la deficiente luz de las bombillas.

El instinto del perro reveló su presencia. De inmediato comenzó a ladrar, forzando al hombre a buscar el origen de la inquietud de su mascota. La bestia estaba temblando de miedo, no sabía si era por los ladridos feroces o por la mirada del hombre, que escudriñaba curioso hacia el árbol. Sin embargo, ninguno de los dos podía verlo. El frondoso árbol poseía demasiadas hojas en esa época, y la oscuridad lo resguardó cuando trepó hasta la cumbre. Escuchó la voz del hombre aquietando al perro, luego lo vio sentarse en la banca. El perro se echó a sus pies. El hombre comenzó a fumar.

Nuevamente, el hambre se asomó demencial, revolviéndole la panza. Se imaginó a las dos criaturas abajo, desgarradas por sus garras, alimentando su voracidad. En ese momento, el hombre se levantó y se marchó por donde vino, seguido del perro. La bestia bajó de inmediato. Escuchó un leve alarido del perro, pero eso no lo detuvo. Comenzó a seguirlos. El olor mezclado de hombre y perro lo estaba volviendo loco.

Al llegar a una calle, el perro echó a correr, separándose del hombre. Era su oportunidad: una víctima sola es mejor que dos. Nunca se había enfrentado a dos de diferente especie. «Fue mala idea venirse solo —pensó—. Cualquiera de mis camaradas habría resultado buena compañía».

El hombre continuó caminando mientras el perro se alejaba. La bestia se acercó, dispuesta a atacar en el menor tiempo posible. Pero un olor familiar la detuvo. Aspiró en el aire aquel aroma puro que pertenecía al hombre. A medida que éste avanzaba, apreciaba sus gestos, su figura de espaldas. Entonces definió que había una cierta afinidad entre esa víctima y él. Por alguna razón, su olor le recordaba el origen. Así que no lo atacó y se dispuso a seguirlo.

La bestia siempre estuvo pendiente del regreso del perro, parecía ser la única amenaza que se cernía sobre su osada travesía hacia el mundo de los hombres, el dominio de aquellos que habían sido su banquete desde que tenía uso de razón. En los pasajes poco iluminados, creía escuchar los pensamientos del hombre, quien se encontraba absorto en los hilillos de humo que salían de su boca de fumador. Se concentró para escucharlo mejor, intentando evadir los ruidos que pudieran distraerla de ese hallazgo.

El hombre pensaba en su profesión. Creaba personajes efímeros para historietas, aunque tenía material para una extensa novela. O dos. O diez. Se aferraba a relatar gráficamente historias cortas, de fácil desenlace. Así, sus personajes —aunque entes difíciles— solían concluir de manera satisfactoria, ya como héroes, villanos o ambos en la mayoría de los casos, formando una dualidad a la que ningún ser humano era ajeno.

Sin embargo, le temía al tiempo. Era el único monstruo que lo acechaba, incluso desde su propio organismo: le creaba insomnios, lo detenía, y él quería vivir. Se debatía entre la realidad y la ficción, robándole a la vida la sensualidad, el gusto, la frase que le permitiera continuar. También le temía al dolor físico permanente, al sufrimiento de su cuerpo. «Dibujaré y narraré cuentos —había decidido—. Es la mejor manera de terminar una historia y sentirse satisfecho». Aunque sabía que eso era falso. Sus cuentos siempre se prolongaban y se abrían a situaciones infinitas, que lo hacían terminar con sed y desgano. Eso lo detenía. Los dibujos clamaban: «Nos matas antes de redimirnos». Y él los mataba. Aunque lo hacía con suprema maestría, dibujar y matar.

Eso le produjo desazón a la bestia. En ese momento, deseó estar durmiendo en el mullido sillón de sus sueños. Comenzó a temblar de nuevo. Miró al cielo y encontró a la luna en pleno, dibujándole la silueta con sus formas terribles. Pero no había vuelta atrás: era de noche, y su nueva vida asumida requería resistencia y osadía.

Lo que escuchó la bestia —o creyó escuchar— desde la mente del hombre la hizo compararse con él en sus formas, sus razones para ser como era. Concluyó que aquel otro ser que se movía delante de ella, inocente a su presencia, tenía particularidades propias. En contraste, sintió que lo que los separaba era carecer de la oportunidad de elegir su mundo, su camino, una misión diferente.

Habían caminado un largo trecho cuando el hombre se acercó al portal de una pequeña casa. Allí lo esperaba su perro. Éste le lamió la mano y el hombre, a su vez, le acarició la cabeza. Parecía ser lo único que necesitaba. La bestia apreció eso: jamás nadie, ni

los seres de su especie, habían tenido un acto tan simple y a la vez significativo con ella. «Si los hombres son capaces de hacer eso con otras especies, ¿cuánto más harán con los suyos?».

El hombre abrió la puerta y entró en la casa. El perro lo siguió, dejando a la bestia en medio de la calle, sola, con frío y hambre.

«Los hombres han de ser seres especiales», se dijo la bestia, contrariada. «Son capaces de hacer cosas que otros seres desconocen. Por eso dominan el mundo». Ahora creía que había sido injusto haberse alimentado de ellos durante tanto tiempo. Aparte de las garras, los colmillos y el color atigrado de sus ojos, eran iguales. Si lograba esconder estos «desperfectos» de su fisonomía, podría mezclarse entre ellos.

Buscó la forma de introducirse en la casa. Trepó sin dificultad hasta las cornisas del tejado, donde encontró una claraboya carente de facilidad. La claraboya se fracturó con su peso, crujió al esfuerzo de sus garras. Un salto, y el aire se llenó de polvo, el olor de la bestia se confundió con el de tinta china. Cayó justo en medio de la sala. El perro dio un salto atrás y comenzó a ladrar con ferocidad y temor, pero no atacó. El hombre estaba concentrado en los dibujos que tenía sobre la mesa. Se giró sin sobresalto y se encontró de frente con la bestia. Se quedó mirándola, curioso, fascinado. Se le acercó lentamente, una situación que confundió a la bestia. Ninguna de sus víctimas haría tal cosa: se paralizaban o intentaban huir aterradas.

Se reconocieron mutuamente. La bestia se comparó con el hombre; el hombre comparó a la bestia con los seres que poblaban su imaginación. Una emoción inusual embargó a la bestia: había olvidado el hambre, y eso era significativo. Una criatura hecha sólo de instinto para alimentarse se integraba a la duda. Compartieron el pensamiento, sus sonrisas fueron idénticas, supieron que su papel era de salvar y destruir, destruir y crear, ya aparecería el momento de hacer lo conveniente.

El punto culminante sucedió cuando el hombre le tomó el brazo. Aquel contacto no era como el de sus víctimas defendiéndose. Hacía la presión suficiente para sentirse cómodo. El hombre la condujo hasta el mesón, y la bestia se dejó llevar.

Le mostró los papeles, las ilustraciones en las que estaba trabajando. La bestia se quedó ensimismada, mientras estudiaba cada hoja, el grano de papel se disolvió bajo sus garras, transformándose en piel, en olor a sudor y tinta. Entonces sintió humedad en sus ojos. Allí estaba todo, dibujado con precisión: su guarida del postigo roto, los pastizales, el bosque oscuro. La bestia y sus camaradas acechando a las víctimas, luego devorándolas. Sin compasión. Salvajes. Inocentes.

Volteó para mirar a su creador, asqueada ante la presunción de la razón por la cual la había hecho así. El hombre sonreía. Sus ojos brillaban al verla, no con miedo, sino con la complacencia de un artista ante su obra maestra. Y siguió sonriendo después de la primera dentellada. Ni un grito, sólo el aullido del perro, largo, profundo.

La bestia aborrecía los gritos humanos, las expresiones de dolor. Tanto, que a veces perdía el hambre y cedía la presa. Así que sabía dónde asestar el primer mordisco. Además, consideró que era el momento preciso: una sensación de bienestar se apoderaba de ella, amenazando con hacerla desistir. La dignidad del hombre le empujó a terminarlo, sabía que su mejor historia culminaría y comenzaría así: su sangre sería la tinta que alimentaría al monstruo que había imaginado.

En dos horas, consumió el cuerpo. Se bebió la sangre, incluso lamió los sitios donde había salpicado, hasta que los huesos quedaron relucientes. Luego merodeó por la casa hasta encontrar la cama del hombre. Palpó la superficie, suave, impregnada de olor humano, y allí se echó a dormir, como lo hacía en su sillón mullido.

Durmió profundamente hasta que el olor de los huesos le espantó el sueño. Un sueño llano, desprovisto de imágenes o palabras.

Desconocía la maldad, e iba a descubrirla. En ese ser ingenuo y bondadoso también existía una crisis. Un pensamiento maligno que sabía camuflar, pero que administraba a algunos personajes de sus historietas: los más fascinantes, como él. Pero la del hombre era una maldad genuina, silvestre, como el concepto de pecado original devenido en genes e inocencia.

No entendía por qué ocurría de esa manera, hasta que vio la luna de nuevo.

La reconoció al instante y tuvo miedo.

Perdonó su pasado de bestia: había sido el instinto ajeno del hombre quien le había dado esa condición. Era la forma que tenía de alimentarse. Lo aprendió de las otras bestias que poblaban, amenazantes, las historietas de su creador.

El hombre tenía un afiche con la cara oculta de la luna. Comprendió así que ese ser astral era completamente ajeno a la humanidad, porque esa era la verdadera cara de la luna: la que mira al exterior.

Sale a la calle de nuevo, vestido como hombre, ataviado con los olores de quien lo creó. Tras él viene el perro, y se mezclan con los transeúntes. Nadie le hace un gesto de miedo o desprecio. Algunos lo saludan. La bestia se siente cómoda. Lentamente, descubre que puede vivir allí. Haber saciado el hambre la tranquiliza. Sabe que tendrá hambre en tres días; entonces sabrá qué hacer.

Ahora vuelve a caer la noche, y ya no teme. La luna le da la espalda, pretenciosa, como siempre. «La luna no nos mira —piensa—. Por eso nunca nos delata. Nadie miraría jamás a una bestia vestida de hombre».



Reflejos especulares

Esther Domínguez Soto

Escritora española (Santiago de Compostela, Galicia, 1953). Trabajó como profesora de inglés en un instituto de Pontevedra. Ha publicado dos novelas. Además, textos suyos han aparecido en medios de España, Estados Unidos y México. Ha sido reconocida en diversos certámenes.

***Esos primeros dioses no eran
más que reflejos especulares de
los hombres que los crearon,
con sus altibajos,
mezquindades, miserias y
generosidad.***



Estatua del dios bifronte Jano e Isimud, en Roma.

Reflejos especulares

Esther Domínguez Soto

La historia comenzó cuando los humanos se inventaron a los dioses y acabará cuando los humanos se conviertan en dioses.

Yuval Noah Harari, *Sapiens: de animales a dioses*.

Una definición tan certera nos invita —excepción hecha de las religiones monoteístas, con un dios carente de familiares y descendientes— a releer y reinterpretar las teogonías de la mayoría de las civilizaciones bajo una luz diferente. Así veremos a los dioses, no como las fantasías desbocadas de seres primitivos —perplejos ante el inexplicable mundo que los rodeaba y que recurrían a lo portentoso para explicar el origen del universo—, sino como un reflejo muy mejorado de esos primitivos. En una palabra, conscientes de su debilidad y mortalidad, los humanos, buscando un refugio contra lo desconocido, crearon unos dioses que encarnaban lo que ellos querrían ser. Así, convirtieron a esas deidades y a sus numerosas proles en seres inmortales, los dotaron de grandes poderes, dueños del fuego, de la lluvia, las tempestades, etcétera y, lo que es más importante, de la vida y la muerte. Seres a quienes los hombres admiraban y obedecían —casi siempre— y que contemplaban la obra de sus hacedores, perdonándoles algún desliz o abandonándolos a su suerte, con una dolorosa indiferencia.

Bajo esta perspectiva, nos quedaremos muy sorprendidos al enfrentarnos a un hecho, como poco, curioso. Por un lado, los dioses son seres sobrenaturales, todopoderosos y con una vida privada más bien movidita y poco edificante. Pero estos mismos dioses tienen una segunda cara que no podemos obviar porque forma parte de sí mismos. De nosotros mismos. En muchos casos, los dioses son, al mismo tiempo, comprensivos, caprichosos, malévolos, vengativos. Una misma deidad puede representar cosas totalmente dis-

pares. Por ejemplo, la hawaiana Pele es, por un lado, la diosa de la danza —actividad lúdica e inofensiva—, mientras que, por otro, es la responsable de las periódicas y catastróficas erupciones del volcán Kilauea. De ahí que, dependiendo de su humor, se la represente como una joven atractiva o como una mujer en llamas que calcina todo lo que toca. Oscar Wilde definió la indefensión del ser humano frente a las impredecibles deidades creadas por él mismo, con su cinismo habitual. «Cuando los dioses quieren castigarnos, responden a nuestras plegarias».

¿En qué quedamos? podríamos preguntarnos ahora. ¿No existen acaso en el mundo el bien y el mal, el blanco y el negro, que se mueven en terrenos antagónicos perfectamente delimitados? ¿Dos mundos que coexisten, dos opciones de vida que van cada una por su lado? ¿Acaso no están el Cielo arriba y el Infierno abajo? ¿A qué viene, entonces, crear dioses que nos premian o nos zarandean a capricho, en vez de dejar el castigo en manos de seres malignos, a los que habría que mantener a distancia, y los favores en las de las deidades benignas que nos acogerían cuando las cosas vieran mal dadas? Tal vez porque esos humanos primitivos, inventores de los dioses de los que habla Yuval Harari, intuían la dualidad del hombre, y lo demostraron de una forma muy gráfica. Un buen ejemplo son el dios romano Jano e Isimud, que hunde sus raíces en una antiquísima religión caldea. ¿Qué los une? Que ambos tienen dos caras que miran en direcciones opuestas. Un mismo ser que aúna lo bueno y lo malo porque ambos están inextricablemente unidos. Como en los humanos. Un mundo de grises donde las barreras entre maldad y bondad se desdibujan, permitiendo una amalgama donde una de las tendencias supera a la otra, sin anularla totalmente. Los psicópatas quedan fuera de esta generalización, por supuesto. Hay gran número de explicaciones que buscan interpretar de formas complicadas algo fácilmente observable. En el interior de los dioses existen un haz y un envés, una polaridad que, a veces, nos desconcierta. Tal vez porque la que convive con nosotros no deja nunca de sorprendernos. Repetimos la pregunta. ¿Por qué crear, entonces, unos dioses que pueden, al mismo tiempo, ser destructivos, generosos o amedrentadores, dependiendo de su humor? ¿Por una especie de masoquismo religioso de los fieles? No. Los inventaron, y las generaciones venideras los aceptaron, porque

esos primeros dioses no eran más que reflejos especulares de los hombres que los crearon, con sus altibajos, mezquindades, miserias y generosidad. Porque, en una palabra, se miraban en ellos y veían sus propias contradicciones. Los comprendían.

Siglos más tarde, esa dualidad deja de reflejarse exclusivamente en la religión y se vuelca en historias laicas. Lo que llamamos folklore. El minotauro cretense, la medusa, el cíclope o la quimera de Lerma dejan su sitio a los ogros galeses de varias cabezas; la omnipresente serpiente monstruosa se reinventa a lo largo del mundo y aparece como acompañante de algunos santos o la alimaña en multitud de leyendas espeluznantes; las brujas, herederas directas de algunas diosas; el hombre lobo hace su *rentrée* desde la antigua Mesopotamia y muchos más. Los niños formaron parte del público que escuchaba estos cuentos desacralizados. Y, dada la atracción del ser humano por el mal, podemos imaginar que se lo pasaban «de miedo» y después, esas pobres criaturas pasarían verdadero terror al tener que abandonar la cocina familiar, iluminada por el fuego de la chimenea, para dirigirse al dormitorio entre las sombras fantasmagóricas que la luz de la vela dibujaba en las paredes. Algo muy parecido a lo que Chateaubriand contaba de su infancia y los tétricos pasillos en el castillo familiar de Combourg.

¿Por qué no huimos de la visión del mal? ¿Por qué no nos asusta la posibilidad de caer en ese abismo, tan tentador como temible? Tal vez porque, cuando nos asomamos a esa ciénaga donde chapotean todos los pecados en forma de monstruos que nos llaman mientras nosotros los contemplamos, lo hacemos creyendo que lo que vamos a ver no son nuestros fallos, más o menos graves. Nosotros somos buenas personas, estamos en el bando de los «buenos» y no vamos a dejarnos llevar por la llamada de ese charco infecto por mucho que nos reclame. Por eso, porque nos sentimos seguros, nos atrae el abismo. Así, entreabrimos la puerta para echar un vistazo, porque no lo podemos evitar. Pero sólo una miradita breve. El suficiente para ver de qué va, pero sin darle tiempo al abismo a que nos haga un guiño y nos obligue a cambiar de acera. El miedo queda para otros. Para aquellos cuyos actos vergonzosos los arrastran hacia el fon-

do como imanes para seguir revolcándose en el cieno y pecando. Nosotros, como mucho, sentiremos un escalofrío, una débil duda, el ligero cosquilleo de la tentación, pero saldremos indemnes de la experiencia y volveremos a nuestro mundo seguro y razonablemente limpio porque, lejos del abismo, no hay peligro. Aunque a veces somos nosotros quienes lo llamamos.

Cuando Ricardo II, rey de Inglaterra, vanidoso, engreído y narcisista, renuncia al trono, pide inmediatamente un espejo porque quiere comprobar cuánto ha cambiado su rostro ahora que ha perdido la corona. En sus propias palabras: «Leeré lo bastante cuando contemple el verdadero libro en que están escritos mis pecados, y que soy yo mismo». La cara no siempre es el reflejo del alma como el monarca puede comprobar. «¿No son más profundas mis arrugas? ¿El dolor ha golpeado tantas veces mi rostro y no me ha causado heridas más hondas?» (Shakespeare, W. *Ricardo II*. Acto cuarto. Escena única).

En *Más allá del bien y del mal* (1866), Nietzsche asegura: «Cuando miras mucho tiempo al abismo, el abismo te devuelve la mirada». Para no perderse esta experiencia de visitar el siempre atractivo lado oscuro de la vida, los adultos no dejaron de asomarse a contemplar el mal con una mezcla de temor y avidez. Cubrieron esa necesidad con leyendas conocidas hasta que la explosión de la literatura gótica, plagada de fantasmas, abadías semiderruidas, cementerios bajo la luz de la luna y el imprescindible monje malvado empapado por las inevitables tormentas, deparó grandes placeres a quienes no dejaban en paz al abismo. Unas décadas más tarde, los autores decimonónicos retornaron a los principios, Jano o Isimud, arrojados esta vez por el recién nacido psicoanálisis, para contar lo encubierto, cruel y reprimido que existe en el ser humano. Lo que el novelista Jean Paul denominó, en 1796, *doppelgänger*, o lo que es lo mismo, el doble malvado que todos llevamos dentro, seamos o no dioses. El desdoblamiento de la personalidad —*El extraño caso del doctor Jekyll y el señor Hyde*, de Stevenson—, el doble idéntico —«William Wilson», de Poe—, la transferencia de las perversiones del rostro del pecador al de un lienzo —*El retrato de Dorian Gray*, de Wilde— o la desgracia de heredar una maldición familiar —*Los elixires del diablo*, de E. T. A. Hoffmann—, son

algunos ejemplos de un *corpus* de literatura fantástica verdaderamente extenso e inquietante que irrumpe en los siglos XVIII y XIX.

Al rostro de Ricardo II no le sucede lo que al de Dorian Gray, donde la depravación del retratado ha quedado reflejada en un óleo. Por eso, cuando comprueba que nada indica que sus muchas faltas hayan producido cambios notables en su aspecto, el monarca hace añicos el espejo, acusándolo de ser un adulator, como cualquier otro cortesano de los que lo han rodeado durante toda su vida. Ricardo es un mal rey, pero debemos reconocer que es valiente. El espejo es ese abismo donde espera ver, no los defectos o debilidades en los que otros han caído, sino los suyos propios, los que lo han forzado a abdicar y que él está dispuesto a asumir. Es un ejercicio de autoflagelación que se impone, no por la atracción que sobre él ejerce su propia decrepitud, sino porque necesita ver el resultado de sus faltas. Y, curiosamente, su búsqueda de la verdad no obtiene los resultados deseados. Y, al igual que Dorian Gray, que destroza el cuadro que refleja su interior, Ricardo destruye el espejo que lo ha decepcionado por su falta de sinceridad.

Con los avances científicos y tecnológicos del siglo pasado y del actual, el hombre, en palabras de Nietzsche, oye cada vez más alto «el ruido de los sepultureros que entierran a Dios». Y comienza a llegarnos «el olor de la putrefacción divina. ¡También los dioses se pudren!» (*Así habló Zaratustra*). Todo apunta en la dirección indicada por Yuval Harari. El ser humano ha dejado de caminar encaramado a hombros de gigantes, que diría Bernardo de Chartres. Él mismo es ahora un gigante, no parece haber límites en su camino y, por tanto, ha emprendido una carrera imparable hacia el superhombre nietzscheano, llamado a llenar el vacío dejado por Dios. Incluso alardea tras la creación de la IA que, según los más optimistas, descargará cada vez más al humano de un trabajo monótono y tedioso, proporcionándole tiempo para disfrutar de la vida. Para los más ¿pesimistas, realistas?, la IA acabará por arruarnos en cualquier esquina donde nos consumiremos bajo la tiranía de los nuevos dioses binarios. También creados por nosotros, por cierto. En la cumbre de nuestra vanidad, estará nuestro fin y sufriremos el triste destino de esos dioses primitivos a los que hemos borrado de nuestras vidas. Pasaremos de dioses a monstruos que mi-

rarán hacia arriba a la caza de curiosos que hagan caso a nuestros cantos de sirena. O lo que es lo mismo. Si el Dios de toda la vida no lo remedia, nos amalgamaremos con ese fango que llenará un nuevo abismo al que se asomarán las máquinas para contemplarnos y sentir esa peligrosa atracción, que antes fue nuestra. Y, no lo duden, lo que éstas vean, las espeluznarán. Están avisadas.



La plausibilidad de una herejía

Alejandro Engel

Escritor chileno (Santiago de Chile, 1943). Autor del libro de cuentos *La brisa del tiempo* (Santiago, Chile, 2002) y la novela *Nostalgia* (Editables.es, Barcelona, España, 2019). Trabajó como docente en la Universidad Estadual de Campinas, Unicamp (Brasil), la Universidad de Santiago de Chile (Usach) y el Instituto de Tecnología de Rochester, RIT (Nueva York, Estados Unidos).

Sepa usted que yo le vi la cara a Dios —sonrió con una mueca de dura crueldad—, y tras aquella cara nada había, nada, solamente un vacío enorme, un vacío sideral, la cruda y eterna manifestación de la indiferencia.



Campo de concentración de Dora: Vivir en los túneles (1953)
Xilografía de Dominik Cerný
Fundación Memorial Buchenwald y Mittelbau-Dora

La plausibilidad de una herejía

Alejandro Engel

Tuve una infancia feliz por simple ignorancia sobre el mundo al que vine. Estaba refugiado en una inocencia banal y amparado en el cariño y en la protección de mis mayores, quienes dentro de sus posibilidades me blindaban del ámbito exterior. Como una suerte de intrascendente Siddhartha Gautama. Aun así fui testigo de varios incidentes que, como pantallazos de otras realidades, me dejaban más atemorizado que sorprendido. Soy biólogo, me adentré en la teoría biológica del comportamiento con una visión inicial más bien ingenua, producto de aquello que viví en los inicios de la vida. Específicamente me hube dedicado a hallar lo bueno o positivo en las relaciones entre animales, incluyendo al humano, y también en los animales como seres individuales, convencido de que la bondad es una característica predominante además de innata. Es sabido que siempre se encuentra aquello que *a priori* uno se propone hallar, y no pocas veces cegándose a evidencias contrarias. No fue distinto conmigo. De hecho, mi memoria de grado fue sobre el altruismo en animales no humanos basada en ejemplos específicos ampliamente documentados, pero nada más que anecdóticos; bien poco demostraban un comportamiento generalizado. El que hubiese podido exponer mi memoria con éxito y que fuese aprobada con distinción es testigo de lo anterior, y me sostuvo por casi toda mi vida académica. Casi toda, hasta mis encuentros, primero con un paño bordado con flores y luego con quien decía llamarse de Hans.

No inicié mi camino en las teorías biológicas del comportamiento por un ingenuo idealismo, sino por una utópica pero sólida convicción que, como ya lo mencioné, era consecuencia de haber vivido hasta entonces una existencia encapsulada, la cual me daba la percepción de que mis creencias eran la realidad, y me cegaba a

cualquier evidencia contraria. Ello, unido a las casualidades, acaso no casuales, de la vida, hizo quien fui.

En efecto, desde mis años de fin de la escuela secundaria me ha gustado hurgar en las librerías de usados a la procura de tesoros ocultos; veía con asombro las láminas de diseños trazados a mano en libros de más de un siglo de vida. No los entendía, pero me maravillaban. Uno en especial me cautivó desde que lo abrí y decidí llevármelo: era un tratado antiguo de biología el cual traté por meses de entender, pero sin mucho éxito. No obstante, me sedujo y para allá fue mi vida. También las cautivadoras librerías de viejo de la calle San Diego, en mi mágica ciudad Santiago de Chile, fueron mi adicción, y hasta ahora me sumerjo en ellas. Fue en la de don Alfonso donde vi el paño bordado con flores desconocidas; estaba por deshilacharse y era realmente horrible, lo habían suspendido de la pared para ocultar manchas de humedad, no por otra cosa. Don Alfonso me lo vendió por casi nada cuando le dije de mi curiosidad; había estado allí por años y no se convencía de que era la primera vez que yo lo notaba; él ni idea tenía del origen de la tela, pero estuvo de acuerdo conmigo en que era realmente horrible. Hasta en la fealdad yo trataba de hallar belleza; lo llevé a casa y lo colgué frente a mi escritorio. En ese momento, sin siquiera sospecharlo, se empezaron a desenmarañar los verdaderos designios de mi vida que me llevaron a una conclusión pavorosa, al inicio poco creíble, pero se fue haciendo más y más plausible con el tiempo. Hoy ya no me cabe duda de que es verdadera. Por otro lado no pretendo engañarme, ni menos aún engañar, sé perfectamente que no hay verdades totalmente objetivas, menos todavía verdades sin corroboración; no obstante, y a pesar de ello, la rigurosa lógica no admite otro camino, habiendo podido eliminar todos los caminos alternativos.

No recuerdo bien cuánto tiempo pasó desde que la tela de flores estuvo frente a mi escritorio sin mayores contratiempos, hasta que un día de fin de primavera abrí la ventana lateral para coger una de las primeras brisas tibias, la que alborotó la tela y de pronto en vez de flores había un escrito en latín. Algo pude entender con

mi latín rudimentario de los dos cursos universitarios que hice, pero no mucho; lo empecé a transcribir literalmente y de pronto mi gato Olaf pensó ver algo en el aire y su instinto de cazador urbano le hizo dar un brinco para atraparlo, de paso hizo caer la tela. La recogí, solamente había flores en ella, el texto había desaparecido; por más que la sacudía, la soplaba y la colocaba de costado para que la brisa la volviese a agitar, las flores con porfiada persistencia no daban paso. Lo que logré con todas esas maniobras fue que la tela de pronto se desmembró y de un momento a otro quedaron solamente hilachas sueltas en el piso. Pensé que al menos lo que hube transcrito salvaría parte del mensaje pero, en su torpeza, mi gato Olaf tropezó con el tazón de té que tenía en el escritorio y encharcó todos los papeles. Yo tengo la costumbre de escribir con pluma fuente y tinta, con lo que mis documentos se hicieron una sola mancha azul. Antes que la memoria deslavase, hice anotaciones dispersas de lo que recordaba y de lo que había podido entender del mensaje, luego las fui haciendo un relato lo más coherente que pude.

El mensaje era parte de la bitácora del capitán de una cañonera portuguesa que por 1650 encontró una isla no consignada en ninguno de sus mapas. Tuvo curiosidad. Navegó alrededor de la isla, la que no era muy grande, en busca de mar raso para anclar. No le fue posible hallarlo, toda profundidad era de mar abierto. La isla, conjeturó el capitán, era flotante, acaso artificialmente fabricada. Después de asegurarse de que los cielos de plomo no pronosticaban borrascas, dejó al segundo de a bordo encargado del navío y con cinco hombres se acercó en uno de los botes de arrimo a un punto propicio de amarre. Saltaron el manglar a las arenas firmes.

La isla los dejó maravillados. Vegetación exuberante, aromas desconcertantes, un bálsamo sanador en el aire, cielos diáfanos, como si hubiesen traspuesto un umbral a otro mundo. De pronto un grupo de hombres blandiendo hachas y machetes les salió al encuentro; el fuego de los mosquetes portugueses los desbandó en pánico. Regresaron más tarde a recoger a sus muertos mirando con terror y veneración el destacamento portugués.

Al recorrer la isla, absortos en su paradisíaca belleza, descubrieron que aquella opulenta perfección escondía la cruel indife-

rencia de sus habitantes, incluso humanos, por el sufrimiento que causaban a los demás o entre ellos mismos. No hubo intento de dilatar el informe con testimonios. Para comprender, o al menos tratar de hacerlo, capturaron a uno de los aborrecibles humanos. Se comunicaron por señas y esbozos en la arena. El cautivo, amedrentado y despavorido, con balbuceos ininteligibles apuntaba al cielo con su dedo indicador. Por fin entendieron, o acaso solamente creyeron entender, que «los de arriba» aparecían acompañados con quienes serían sus menores a enseñarles lo que sucedía en la isla (tal vez creada por ellos); no era exageración el entrever que destacaban lo más atroz.

Nada más logré rescatar, a pesar de fatigar mi memoria por horas.

Una de aquellas tardes ahogadas de febrero, con el calor agobiante de las cinco, entré a buscar alivio en cierta taberna, de las que quieren imitar a las alemanas, a cuerdas de la Plaza de Armas; pedí un cáliz de cerveza de barril, llegó helada y deliciosa, me la bebí de tres sorbos, y allí llegó la dueña del local, con su estampa de gruesa valquiria y un nuevo cáliz rebosante de frescura; «si algo saben estos alemanes, es de cerveza», me dije. A dos mesas de distancia un señor ochentón levantó su bebida en ofrenda de un brindis acompañado de una sonrisa algo desdentada; por cortesía retribuí el ofrecimiento, se acercó muy a mi disgusto, arrastró una de las sillas de madera y se sentó frente a mí. Hans mintió diciendo que así se llamaba. Su anillo de iniciales W. T. delató la mentira. Le mentí de vuelta con el supuesto nombre de Juan. Coincidencia, dijimos, más por saber que ambos mentíamos que por la inexistente casualidad de nombres. Me habló nostálgico en un castellano perfecto con sonsonete alemán de su niñez en Tubinga, Alemania, lo que me pareció un tanto ostentoso, por mal habernos encontrado. No fui menos y sin falso orgullo adelanté mi pasión de toda la vida, que era hallar la bondad en el alma humana y en el instinto animal, desde el punto de vista biológico, evolutivo, eso sí, no teológico. Se atragantó con el sorbo de cerveza y me miró con una sorna de apocarme, diciendo que en su larga vida había visto a muchos per-

seguir imposibles, pero ninguno tan imposible como el mío, ni tan absurdo. Nunca me habían hecho una crítica de forma tan descarada, casi una burla, pero no me ofendió, supuse que la guerra le hubo endurecido el corazón, y no estuve muy lejos de la verdad.

—¿Por qué lo dice? —le pregunté más por cortesía que por estar interesado en su opinión.

—Porque le vi la cara a Dios —me respondió de sopetón, dejándome sin argumentos.

En ese momento apareció la valquiria con sendos cálices rebosantes de cerveza y me pareció que reprendió al supuesto Hans, a quien seguiré llamando así, en alemán, lengua que no comprendo; él le salió al paso igualmente en alemán con palabras aparentemente duras, por lo que ella se alejó refunfuñando. En el pasado, al terminar de leer algo, algunas veces acostumbraba a desecharlo diciéndome que me había desagradado, que no tenía valor, que no debió haber sido escrito; ahora, sin embargo, con modesta soberbia me escudo en la convicción de no haberlo entendido; así me sucedió con ambos alemanes, quienes en el fondo me fastidiaban, pero me elevé en la conveniente comodidad de no entenderles.

—Hay que callar frente a los demás, me ordenó quien se hace llamar de Gerda —me dijo Hans—; sí se hace llamar de Gerda, pero no es éste su verdadero nombre —y continuó mirando a la mujer, quien estaba enrojecida observándonos desde la distancia—; hay que callar porque aquello que sucedió es sagrado —le hizo una mueca de desprecio a Gerda o como sea que se llamaba—, ¡el fanatismo ciego! —me miró y creí ver un destello de compasión en sus ojos, ahora pienso que fue de desdén—, y usted, Juan, cree que hay bondad en el alma humana.

Recuerdo que en mi profunda ingenuidad le respondí seguro de mí mismo que sí, que había una fuente infinita de bondad en el alma humana. Después de todo estamos hechos a la imagen y semejanza de Dios.

—Pues sepa usted, Juan —continuó Hans como si no hubiese escuchado mis palabras, y si las oyó las ignoró—, sepa usted que yo

le vi la cara a Dios —sonrió con una mueca de dura crueldad—, y tras aquella cara nada había, nada, solamente un vacío enorme, un vacío sideral, la cruda y eterna manifestación de la indiferencia.

Me miró fijo a los ojos y lo que vi en ellos fue atroz, me sobresaltó.

—Sí, la indiferencia, Juan —la voz se le endureció—; la indiferencia, la fuente inagotable de toda maldad.

Lo encontré fantasioso, acaso una alucinación de uno que debió asirse a quién sabe qué para poder sobrevivir de alguna manera el horror de la guerra. Por decir algo en el silencio incómodo que sus palabras dejaron le pregunté si entonces él, a pesar de todo, aún creía en la existencia de Dios.

—Barruntar la existencia de Dios no está en juego —dijo con una voz fatigada—, lo que uno se debe preguntar es si es un Dios de bondad infinita.

Le respondí con mi indomable y cándida lógica que sí, que Dios era la fuente, la única fuente de bondad infinita, en ello se sostenían todas y cada una de las religiones, sin duda era lo que definía a Dios. Me miró con una burla muy peculiar en los ojos, hizo un gruñido de desprecio y sacudió la cabeza como quien desecha a un necio insalvable.

—Yo viví el horror indescriptible de los campos, la deshumanización del ser humano —me dijo mirándome con fiereza a los ojos—, y cuando pensé que ya no quedaban más atrocidades posibles, fui trasladado a Mittelwerk Dora.

No entendí lo que me estaba diciendo; yo sabía de las bárbaras monstruosidades de los nazis, pero de Mittelwerk Dora nada. Creí que Hans había sido prisionero, llevado de uno a otro campo, y sobreviviente. Vi un agua glacial en los ojos de Hans y una expresión inescrutable en su rostro.

—La indiferencia, Juan, la indiferencia —continuó con voz pausada—; el dar el tormento más atroz, más cruel, sin odio, sin sentimientos, solamente con indiferencia —agregó ahora visiblemente alterado—, sólo indiferencia, como si fuese un hecho banal, insus-

tancial, en nada distinto de un bostezo, de mirar un árbol, ausente en la indiferencia —bebió de un sorbo sonoro el resto de la cerveza—, la indiferencia fue lo realmente atroz dentro de todas las indescriptibles atrocidades.

La matrona alemana volvió, comenzó a regañar a Hans en alemán y con gestos le indicó que abandonara el local. Él la miró desdenoso, con ánimo pendenciero.

—¿O qué? —preguntó en castellano, tal vez para que yo entendiese la riña.

—O llamo a la policía —respondió ella también en castellano, golpeando las palabras—, y les relataría una que otra cosita de un tal...

—Y yo de una que dice llamarse Gerda —interrumpió el otro—, unas historias que a la policía les iría a interesar, y mucho.

Siguió una leve trifulca en alemán, la mujer con el rostro enrojecido parecía que de un momento a otro iría a caer ahí mismo en un síncope fulminante, pero al par de minutos dejaron el desencuentro por eso mismo, algo se dijeron en alemán, y ella nos trajo nuevos jarros espumando cerveza fresca.

—Quisimos quitarles hasta la última brizna de humanidad —confesó Hans con una sombra de amargura en la mirada— y fuimos nosotros quienes la perdimos.

Por unos instantes, como en un trance imposible, me vi en uno de aquellos campos y no era la indiferencia de mi verdugo lo que me tenía perplejo, era la indiferencia de todo lo que nos rodeaba, de los árboles, de las nubes, del aire, de los estorninos que hacían catedrales en el cielo, del rumor de un agua, del mono cautivo con el que los guardias se divertían haciéndole dar contorsiones a cambio de sobras de comida. Fue atroz, pero pude entender, sentir, en grado mínimo es cierto, lo del relato de Hans. Y de vuelta a mi realidad, desde ese momento, al mirar el cielo, las nubes, los pájaros, las flores de la primavera, oír las músicas de grillos y cigarras del verano ya no era más la expresión magnífica de la divinidad que nos regalaba con generosa belleza. Era el espejo irrefutable de la más cruel indiferencia.

Hans, o quien fuese, se recostó en la incómoda silla de madera, y acaso por el vapor de la cerveza que destrabó las reservas aprisionadas en los escondrijos de su memoria, sorbiendo lento su bebida y sin motivo, me hizo un relato sucinto de su vida. Aún ignoro sus razones, pero ello de un modo asombroso dio un giro a mi vida, inconcebible horas atrás. Es un relato trivial, sin nada de memorable, pero que junto al mensaje en el paño de flores horribles me hizo repensar no solamente mi vida, sino también la razón misma de vivirla.

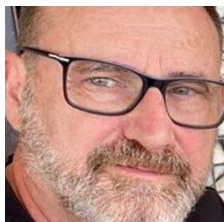
Hans, no bien cumplió diez años, cuando su padre, albañil como sus ancestros, obtuvo un trabajo de restauración en el ala oeste del Palacio de Dachau, la única que aún se mantenía en pie. A unas tres cuadras de la casa que alquilaron, estaba la mansión Frankwald, donde residía la familia Brunner, Horst Brunner, su esposa Helga Hess y las dos hijas, Gretel y Anna. Descubrieron su origen común de Tubinga y, a pesar de la diferencia de rango, ambos venían de los mismos humildes arrabales; entablaron una cordial conexión que fue determinante en la vida de Hans, quien en ese entonces era un niño retraído, inmerso en la música y la literatura alemana, la cual veía como sublime, reflejo de un pueblo de magnífica civilización, de herencia noble. Para el padre de Hans, un duro proletario, su hijo se le figuraba como un débil afeminado; por ello le pidió a Horst Brunner que le hiciera endurecer para forjar en él un hombre de verdad, como todo buen alemán. Y fue así como en el campo de concentración de Dachau, donde Horst Brunner era uno de los subcomandantes, Hans se hizo un monstruo atroz y despiadado. Pero no fue de inmediato: las primeras veces, cuando llegaba a casa, se encerraba en su cuarto; imágenes atroces le corroían el corazón, lloraba en silencio, hasta que tuvo el saborcillo abyecto de una superioridad embriagadora frente a quien, desamparado, indefenso, destrozado por dentro, le suplicaba con la mirada. Él, hasta ese momento débil, apocado, hasta tal vez cobarde, fue de pronto un dios. Logró, luego de una sórdida trayectoria en campos de exterminio, pasar inadvertido cuando el régimen se vino abajo; estaba en la ciudad de Jera, la cual quedó bajo el dominio soviético. Al poco andar se incorporó al Ministerio de Seguridad Nacional, o Stasi, como se le conocía, una organización aún más nefasta que la Gestapo. Allí encontró a Ulrike Kalten; nadie en toda la Stasi había

más desalmada, se deleitaba en dar tormento; Hans la reconoció como Helga Hess, la dulce y bondadosa vecina de su tiempo en Dachau, y se hundió en un pavor de muerte temiendo que ella le reconociera; sabía que si ello ocurriese ella lo despacharía de este mundo en tormentos indescriptibles para asegurarse no ser delatada. La organización *ratline* le llevó clandestinamente a Santiago de Chile con una nueva identidad.

El que Hans tenga la vida apacible de la que disfruta, es prueba suficiente de la ausencia de justicia divina. Nada es más real que la indiferencia.

Durante un tiempo he dejado que mis creencias oscurezcan los hechos. Sin duda que bastante mal habla de mi mente de científico. Pero, al cabo de casi un año, el dique saltó y el torrente de evidencias ahogó cualquier dogma que yo pudiese haber tenido y dejó en contundente manifiesto la ahora incuestionable realidad. El paño de flores espantosas y el encuentro con Hans me llevaron a estudiar la naturaleza de los seres vivos, animales, insectos y similares. Lo que vi después de desnudarme de mi sesgo fue más que revelador: la prevalencia de una cruel indiferencia en toda especie viva, la humana incluida, hasta por lo más sórdido, nefasto y atroz. No viene al caso un inventario de muestras comprobatorias, sería una soberbia inoportuna y haría interminable este relato; están a la vista de quien quisiese verlas. Sin embargo no puedo restarme a lo más cruel y desalmado de la indiferencia brutal que muestra la naturaleza por el dolor y sufrimiento con el ejemplo de la avispa *Euderus set*.

No me cabe duda, la vida en este planeta es un experimento, o acaso una exhibición, de la indiferencia por el sufrimiento. Acá vienen «los de arriba» a vernos como en una especie de museo y a enseñarlo a los menores, para que así aprendan a nunca ser como nosotros, o tal vez a foguearse para serlo, tal como sucedió con Hans. Solamente «los de arriba» lo saben.

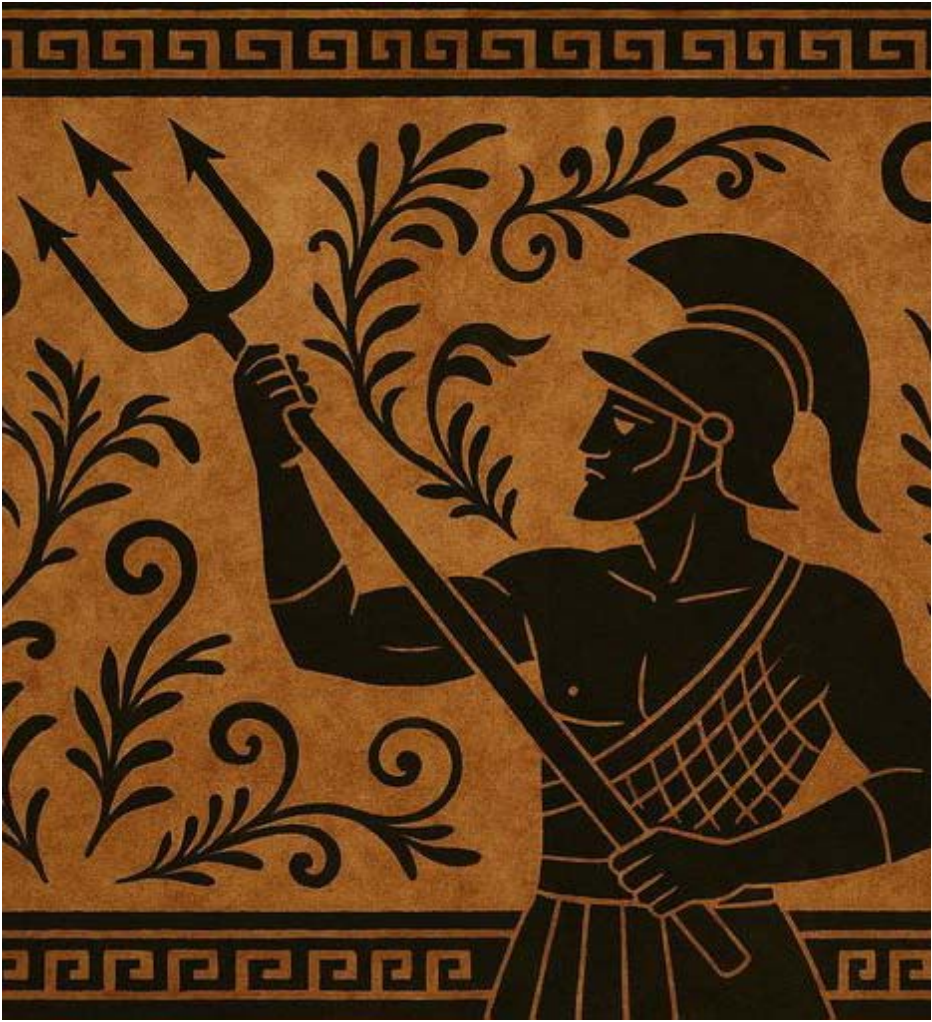


Tridente

Jordi Escoin Homs

Escritor español (Barcelona, 1959). Relatos suyos de ciencia ficción, fantasía y terror han sido publicados en diversas revistas de género, antologías y antologías benéficas. Forma parte de la Asociación Española Pórtico de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror y de la Societat Catalana de Ciència-Ficció i Fantasia (SCCFF).

¿No sabías que el tridente es también el arma de Neptuno, el dios romano del mar? ¿Y también lo es de Satanás, el diablo cristiano? ¿Que no sabes que detrás de los gladiadores lanzan a los cristianos a las fieras?



Tridente

Jordi Escoin Homs

El retiarius cae enfermo en el último momento y al lanista ya no le queda ninguno más, así que sopesa la posibilidad de usar un secutor para sustituirle. Al fin y al cabo, piensa, los secutor tienen siempre de oponentes a los retiarius, por lo que están bastante familiarizados con sus técnicas de lucha con el tridente y la red.

Al final el entrenador de gladiadores se decide y escoge al último secutor que le llegó, un tipo bastante excéntrico y del que no le importará prescindir si sucumbe en la arena.

«¡Oh! Por fin ha llegado la oportunidad que he estado esperando», piensa sin embargo el secutor cuando el lanista le comunica su decisión, porque los romanos no saben que él es un brujo yoruba al servicio del gran Exu, aquel que todo lo ve, y ahora el destino ha puesto a su alcance la poderosa arma de su maestro y señor.

Justo antes de comenzar el combate, el secutor recién reconvertido a retiarius alza el sagrado tridente, invocando al poderoso Exu para que venga a salvarlo, y de paso les dé una lección a todos esos odiosos romanos que, impacientes, esperan en las gradas para disfrutar del sangriento espectáculo.

De repente un demonio muy extraño, de tez rojiza y con cuernos, le quita a la fuerza el tridente, que comienza a escupir fuego por las tres puntas. Pero además aparece, rodeado de agua, un tipo de pelo blanco, barbudo, que sujeta a su vez el tridente, forcejeando para llevárselo. De mientras, unas criaturas que parecen calamares gigantes salen de entre el agua que emana alrededor del barbudo, luchando contra un enorme monstruo que brama a las órdenes del demonio rojo. En medio de todo aquel lío, aparece un ser con tres

ojos y cuatro brazos, que lanza una fuerte tormenta con vientos huracanados mientras un enorme mono se lía a tortazos contra el monstruo y los supercalamares. Tanta inclemencia temporal hace caer el tridente de las manos del blanquibarbudo y del rojicornudo que, cogidos por sorpresa, reparan ahora en la presencia del triojos cuatribrazado y su imponente mono. Los tres seres se miran indecisos durante unos breves momentos, antes de lanzarse al unísono a coger la horca de tres puntas del suelo.

«¿Pero, dónde está mi poderoso señor Exu? ¿Y quiénes son estos seres demoníacos y las bestias que luchan con ellos?», se pregunta el retiarius sustituto. Justo en ese momento aparece un carro sin caballos haciendo un ruido que recuerda los truenos y llevando una brillante punta de tridente incrustada delante. El carro se para a su lado, se abre una puerta, y ahí está por fin el gran Exu, sentado, sujetando con ambas manos una rueda, que lo mira enojado y le exclama:

—¡La que has organizado con tu invocación! ¡Estás en tierra de romanos! ¿No sabías que el tridente es también el arma de Neptuno, el dios romano del mar? ¿Y también lo es de Satanás, el diablo cristiano? ¿Que no sabes que detrás de los gladiadores lanzan a los cristianos a las fieras? Y encima han aparecido con algunos de sus monstruos, los krakens y el leviatán. Venga, entra de una vez y salgamos de aquí —dice el dios yoruba mientras salen a toda pastilla—. Lo que no entiendo es qué se le ha perdido aquí a Shiva y su *alter ego*, el mono Hánuman. Él también utiliza un tridente, pero es una deidad de la India y estamos muy lejos de sus dominios.

Al brujo yoruba se le acelera el corazón al oír las palabras del sabio Exu. Piensa ahora en su amada, la esclava hindú del entrenador de gladiadores, a la que ha prometido que huirían juntos cuando se presentara la primera oportunidad.

—Esto... disculpa, poderoso Exu, pero... ¿Te importaría volver atrás y pasar un momento para la domus del lanista?



El sexto día

Yolanda Fernández Benito

Escritora española (Valladolid, 1970). Varios de sus relatos han sido seleccionados para formar parte de antologías, publicados en revistas o premiados en concursos. Forma parte de la Asociación de Castilla y León de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror (ACLCFT).

Después de años malviviendo en la oscuridad, las raíces de los nuevos amos de la creación les encontraron y, contra todo pronóstico, en vez de acabar al instante con su sufrimiento, les consumieron lentamente como se hace con un delicioso bien escaso.



El sexto día

Yolanda Fernández Benito

«El sexto día, después de comprobar que el mundo era confortable, creó al hombre, el único ser de la creación hecho a su imagen y semejanza, destinado a dominarla. Y al séptimo día descansó.

«Sin embargo, poco le duraron el descanso y la dicha al ver en lo que se había convertido su individuo estrella. No en pocas ocasiones, y a costa de quebrar el libre albedrío que les había prometido, les envió señales para que saliesen de su letargo y retomasen de nuevo su labor como defensores del planeta. Plagas, inundaciones, terremotos y volcanes no fueron suficientes para que la humanidad tomase conciencia de lo que estaba haciendo.

«Ni se inmutó al ver cómo aquellos seres desagradecidos se dejaban envolver por la discordia y convertían su mundo en una moderna torre de Babel donde, aun hablando el mismo idioma, no llegaban al entendimiento. Al ver que aquella especie no tenía remedio, tiró la toalla y centró sus esfuerzos y desvelos en otra empresa.

«Mientras los humanos aceleraban su extinción enfrentándose unos con otros, el Gran Creador decidió que aquel estúpido planeta que languidecía minuto a minuto necesitaba otra especie que le tratase como era debido. Primero pensó en algún ser de los que habitaban en la superficie de la tierra, pero desistió al entender que tenían demasiadas cosas en común con su actual fiasco. No quería tropezar en la misma piedra.

«Luego pensó en los seres de sangre fría cuyo hábitat eran las aguas, pero a la vista de lo trabajoso que era enmendar los errores cometidos y sabiendo que tarde o temprano aquellos seres heredarían la tierra, con altas posibilidades de repetir los mismos errores,

se centró en los únicos elementos de su creación que serían capaces de cuidar el entorno como a su propia vida.

«Con un pequeño ajuste en la temperatura y las lluvias, favoreció que la vegetación que agonizaba día tras día reviviese y poco a poco tomase el planeta. El resto de especies pasaron a ser fieles servidores del vergel en que se estaba convirtiendo la Tierra».

Era la letanía que el anciano murmuraba una y otra vez, en un desesperado intento de distraer sus enloquecidos sentidos, evitando escuchar los susurros que provocaban las rugosas raíces que envolvían y laceraban su seco cuerpo al succionar sus jugos vitales.

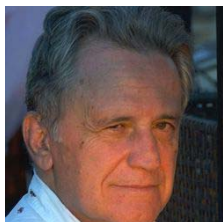
En su delirio, prefería pensar que la debacle de su especie había sido provocada por la ira de un intransigente dios creador incapaz de dar una segunda oportunidad a su hijo pródigo.

No estaban preparados para reconocer que, gracias a los años que llevaban degradando el planeta, las especies más agraviadas habían buscado la manera, no sólo de sobrevivir, sino de dominar el mundo. En apenas una década, las plantas, aquellos seres aparentemente inanimados y carentes de alma, se expandieron por la superficie, acabando con todas las absurdas construcciones humanas que habían tenido la osadía de horadar la superficie de la madre Tierra.

El anciano, en los pocos momentos que permanecía lúcido, maldecía la hora en la que se había erigido como mesías, arrastrando a su reducido grupo por los túneles del metro hasta llegar a aquella vieja estación pensando que estarían a salvo. Sin embargo, lo único que consiguió fue dilatar la agonía de los suyos, ya que el exterminio en la superficie fue rápido e indoloro. Los humanos murieron plácidamente por el exceso de CO² de las noches y sus inertes cuerpos acabaron descomponiéndose en la tierra transformándose en un rico abono.

Después de años malviviendo en la oscuridad, las raíces de los nuevos amos de la creación les encontraron y, contra todo pronóstico, en vez de acabar al instante con su sufrimiento, les consumieron lentamente como se hace con un delicioso bien escaso.

La lucidez del anciano siempre terminaba al rememorar la estampa que quedó grabada en su retina el día que fueron capturados. Gracias a la tenue luz que se colaba por uno de los aliviaderos del metro y antes de que sus ojos fuesen cegados, fue testigo de cómo sus semejantes eran envueltos por las sucias raíces, cuyos ávidos pelos absorbentes se colaban por todos y cada uno de los orificios de sus cuerpos. Entonces el anciano volvía a sumergirse en lo más profundo de su ser y comenzaba a repetir su eterna letanía.



Las brujas no existen

Felipe Fernández Sánchez

Escritor español (Madrid, 1956). Trabaja en una biblioteca. Autor de los libros *Los olvidados* (Letralia-FBLibros, 2024) e *Ictus* (Letralia-FBLibros, 2024). Textos suyos han aparecido en las revistas digitales *Sci-Fdi*, *Prosofagia*, *Planetas Prohibidos*, *Ariadna-RC*, *Almiar*, *Destiempos*, *Palabras Diversas*, *Axxón*, *El Coloquio de los Perros*, *Monolito*, *Triadae*, *ViceVersa Magazine*, *Alhucema*, *Nagari*, *Sol Negro* y *Archivos del Sur*.

Las ancianas tienen como peculiaridad el hecho de ser abuelas, y por muy arrugadas que se vean, les gusta acunar y que duermas en sus brazos.



También riñen las viejas (1819-23), dibujo de Francisco de Goya
Aguada de tinta china sobre papel verjurado
Biblioteca Nacional de España

Las brujas no existen

Felipe Fernández Sánchez

Hay consenso generalizado, las brujas no existen. Lo que hay son comportamientos malignos y viejas con verrugas.

Las viejas hacen caldos; para ello no utilizan críos, ni los consumen. Para sustanciar la sopa, según informaciones fidedignas, hablan de gallinas a la hora de preparar un consomé. Incluso del asa de una marmita he visto pender un pernil hasta disolverse en el perolo.

Cabría imaginar... un niño colgado de un pie y el cuerpo inmerso en el pote. Cabría imaginar... un niño colgado de una mano y el cuerpo inmerso en el pote. Entonces, desperdiciamos la imagen de una vieja revolviendo un perolo con un cucharón manos y piernas, debajo, un fuego candente, crepitando; llamas prendidas en astillas ardientes, en ascuas fulgentes.

¡Toma ya!

Algunas meigas disponen de dentaduras postizas, y a veces se caen en la sopa, salpicando.

Mis tías tenían jaculatorias para molestar trasnus.

Desde que recuerdo, eran viejas. Digamos, para ser benevolentes, que eran mayores. Algunas de ellas habían sufrido ataques airados de arrugas; pensé... que entre las arrugas se podían sujetar monedas o agujas de coser, nunca llegué a explicitarlo dado mi punto miedoso.

Para llegar a su casa, había que seguir un rastro. La senda a seguir llevaba a una cabaña en medio de la ladera de una montaña

cierta, cubierta de árboles y otros restos de vegetación, de los que suele ocupar la naturaleza cuando la dejas campar a sus anchas.

Las brujas no existen. Debo reconocer que no sólo de tías mayores vive el hombre, también de abuelas, algunas mentes poco fidedignas pueden transformarlas en gentes proclives a la malignidad. Su escasa visión las confunde con mujeres viejas, cuando es evidente que también había hombres arrugados, e incluso he visto niños que son caducos desde su nacimiento.

¡Vamos a ver! En las profundidades del monte se encuentran lobos e individuos con escobas barriendo, con escobas, el frente de su casa, pues les molesta que entren hojas, ramitas, etc.; celosos de su intimidad te corrían a escobazos o te tomaban prisionero, te metían en una cerca y te ponían a trabajar ordeñando cabras. A menos que tuvieras padres que subieran airados a abroncar al viejo, o vieja, por asustar a su niño.

Lo peor era la vuelta, cogidos de la firme mano de los progenitores, arrastrado al tiempo que se sufría de los reproches por desobedecer a los mayores.

Las ancianas tienen como peculiaridad el hecho de ser abuelas, y por muy arrugadas que se vean, les gusta acunar y que duermas en sus brazos. Lo sé por propia experiencia, se descansa bien, son acogedoras. En contrapartida están ajadas, y con toda clase de pliegues en la piel. Además, babean. Eso es lo peor, cuando cae en los mofletes.

Los abuelos pringan la cara, pero si te limpias con el dorso de la mano, se sobrelleva.

A cambio consigues chuches y refugio contra padres pesados. Sus brazos acogen y alejan los gritos de padres molestos y los inconvenientes de los monstruos imaginados.

Lo que existen son los niños traviesos.

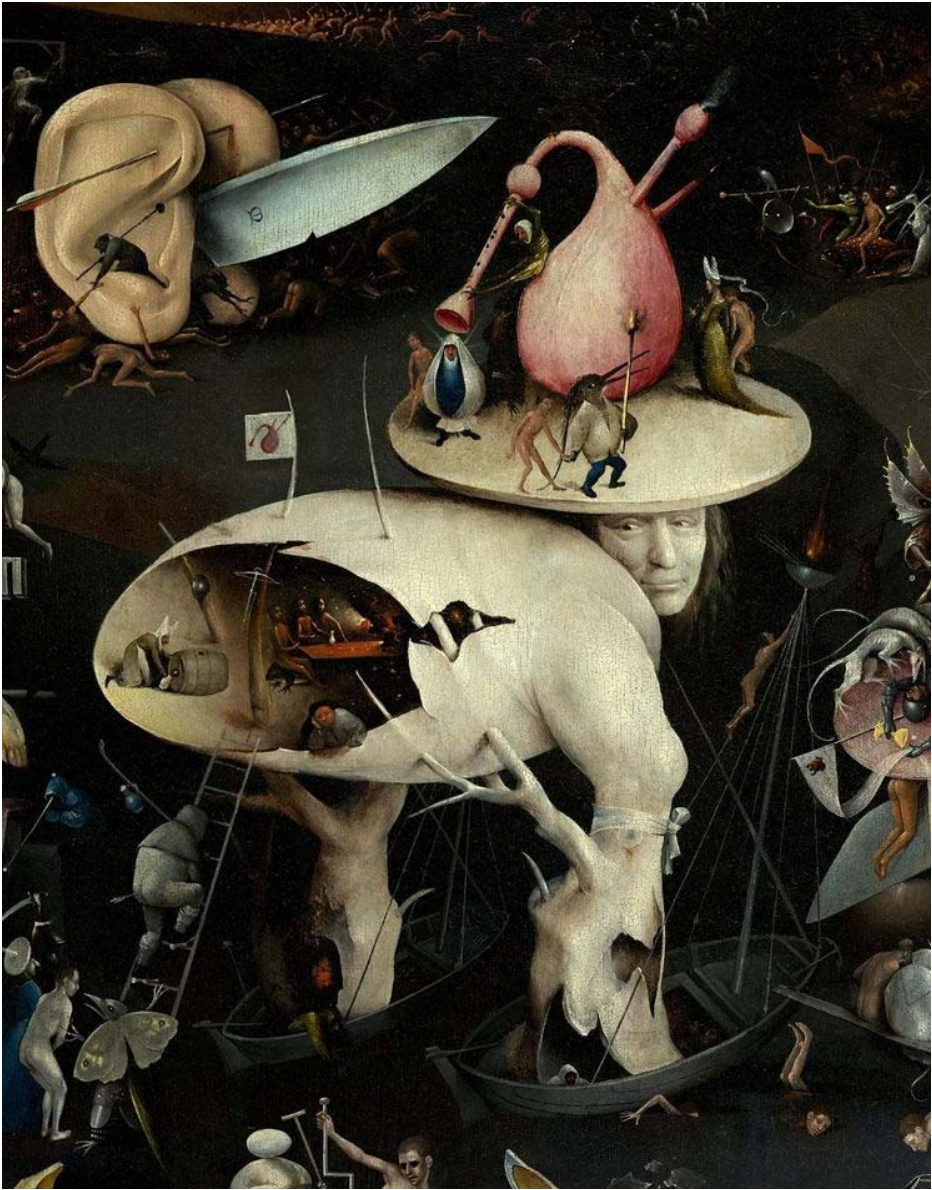


Daarusásvata

Daniel Frini

Escritor y artista visual argentino (Berrotarán, Córdoba, 1963). Es ingeniero de profesión. Magister Internacional en Literatura y Narración Creativa. Textos suyos han aparecido en revistas, webs y antologías de Argentina y otros países, y ha sido traducido y publicado en Italia, Portugal, Brasil, Francia, Estados Unidos, Gran Bretaña, Uzbekistán y Hungría. Autor de los libros *Poemas de Adriana* (2017), *Manual de autoayuda para fantasmas* (2015), *El Diluvio Universal y otros efectos especiales* (2016), *Nueve hombres que murieron en Borneo* (2018) y *La vida sexual de las arañas pollito* (2019). Ha obtenido, entre otros reconocimientos, el Premio Internacional de Monólogo Teatral Hiperbreve «Garzón Céspedes» (Madrid / Ciudad de México, 2009), el primer premio del III Concurso de Microrrelato Ilustrado de la Universidad de Jaén (España, 2019), y el primer premio de Gold Editorial (Colombia, 2024).

Los humanos han tenido, siempre, fascinación por lo diferente. Muestran una satisfacción perversa en reconocerse más sanos, más fuertes y más hermosos al contemplar la deformidad, la lobreguez y la debilidad de nosotros, los fenómenos, los monstruos.



Detalle de *El jardín de las delicias* (1490-1500), de El Bosco
Museo del Prado

Daarusásvata

Daniel Frini

Me presento ante usted, señor, como lo hacen mis compañeros, para contarle quién soy, cómo ha transcurrido mi vida y cómo he llegado hasta aquí. Tengo la intención de pagar mi deuda, como todos. Sé que me espera una condena atroz, que la merezco, y estoy resignado. Pero tengo miedo y me asusta la Nada. Sin embargo, también tengo miedo de seguir siendo esto que ve: un monstruo. Mitad hombre, mitad árbol. Un árbol humano. Un hombre-árbol. Un cuerpo deforme, cubierto de tumores y protuberancias que son nudos, cortezas, oquedades y ramas retorcidas, entrelazadas, oscuras.

No me ha sido dada una vida fácil. Usted lo sabe, señor: los humanos han tenido, siempre, fascinación por lo diferente. Muestran una satisfacción perversa en reconocerse más sanos, más fuertes y más hermosos; al contemplar la deformidad, la lobreguez y la debilidad de nosotros, los fenómenos, los monstruos. Ellos intentan un reconocimiento, falaz, de una supremacía cruel, que nos quita cualquier vestigio de humanidad y nos transforma en objetos de sus miradas. Están obsesionados con la mutilación, la anomalía y la muerte.

¿Ha escuchado, alguna vez, a nuestro presentador? «¡Se reirán al verlos!», les dice a los visitantes, con voz estentórea, «¡Se estremecerán! Sin embargo, tal vez por algún accidente al nacer, alguna desgracia...», y hace una pausa para seguir con un tono profundo, incómodo, «ustedes podrían ser como ellos».

Pero los visitantes, de manera invariable, ignoran esta advertencia que nos haría, si no iguales, al menos congéneres. Los espectadores confirman en nosotros su superioridad. Nos consideran una

especie de piezas de museo expuestas en una vidriera, sin que, en ningún momento, comprendan que tenemos los mismos sentimientos que ellos, a pesar de nuestro aspecto. Esto es lo más curioso: no entienden su propia enfermedad, peor aún que cualquiera de las nuestras, espantosa, mórbida, absurda. Inhumana. Su voyeurismo no les permite reconocer que somos el espejo de su propia frustración moral, sexual incluso; su propia mezcla de ordinariéz y perfidia.

Dígame usted, señor: ¿quiénes son, entonces, los monstruos?

El francés Baudelaire le cantó a la belleza de los tugurios, de las putas enfermas, de un animal en la descomposición de la muerte. Opinó —y me gusta pensar como él— que todas las bellezas contienen algo de eterno y algo de transitorio, y que cada belleza proviene de las pasiones. Así, si nosotros tenemos nuestras pasiones, tenemos, también, nuestra belleza.

Dígame, señor, ¿por qué, entonces, soy un monstruo?

¡Ah! Así quiero engañarme. Sin embargo, a los espectadores no les falta razón: no nací humano, y tengo muchos, muchos años; por ende, me respondo: el monstruo soy yo.

Así es.

He olvidado mi nombre y no sé, siquiera, si alguna vez tuve uno. Aquí me llaman Daarusásvata, el «árbol eterno». Soy un cedro del Himalaya, y nací hace más de tres mil años, señor. Pero eso, usted ya lo sabe. Y sabe, también, que mi primer amanecer, y los que siguieron hasta mi pecado, los viví en el Naimisha, el Sagrado Bosque del Pestaño, territorio de los Kurus, en el país de Bhárata; bosque querido por Shiva, en el que se detuvo la Rueda de Brahma, y depositario de la bendición de Visnú, que consistía en que cualquiera que muriese a la sombra de sus árboles tenía asegurado el Suargá, sin importar cuál fuese su karma. Las aguas de los meandros del Saraswati y el Drishadvati dieron de beber a mis raíces en aquella época que añoro.

Fui testigo de la Gran Guerra de los Clanes Bharatás —los Kauravas y los Pándavas— por el trono de Hastinápura. Oí al dios

Krishna, el piadoso, el brillante como millones de soles, decirle a su amigo, el guerrero Áryuna, «...Me he convertido en la muerte, el destructor de mundos...», en los instantes previos al inicio a la Batalla de Kurukshetra, en el Campo de la Verdad, y me horroricé con la matanza que duró dieciocho días, y de la que sólo sobrevivieron doce de los casi cuatro millones de guerreros que formaron los dos ejércitos.

En la medianoche del día duodécimo, aquel en que los dos ejércitos se negaron a detenerse para orar al atardecer, y siguieron matándose en la oscuridad, hasta la salida del sol, contemplé el principio de la Era de Kali, la cuarta y última Edad de la Humanidad, en la que se ha predicho el triunfo de los demonios, señor: la Era de la Degradación, la caída de los valores sublimes y las ideas nobles, y el descenso vertiginoso del hombre hacia la inmoralidad, la hipocresía y la falta de virtud, ¡ay!, tan actuales.

Con el final de la batalla y la guerra, contemplé el paso de las viudas y los huérfanos, el hambre y las enfermedades, y el dolor de las madres que lloraban la muerte de sus hijos, que he visto, a lo largo de las eras, tantas veces.

Presencí, siglos después, la reunión de los sesenta mil sabios y el sacrificio de doce años que hiciera el Santo Shaúnaka, bendito entre los brahmanes, y escuché, de primera mano, la narración que Goswarni, de la casta sutá, les hiciera de aquella guerra, y que es la historia que hoy los hombres conocen como el Mahabhárata.

En los siglos que siguieron, el dios Rudra, aquel que ruge, y el dios Agní, el señor del fuego, bajaron a los bosques del norte y se ensañaron con los ancestrales hogares de nosotros, los árboles. Poco a poco, desaparecieron las forestas de Kamyaka, Dwaita y Madhu. Mi bosque languideció y encontré, un día cualquiera, que éramos apenas un puñado de los que habíamos sido, separados por leguas de tierra que los hombres usaron para sus cultivos, primero, y que perdieron su fertilidad, después.

Me sentí solo. Muy solo.

Y deseé, con fervor, ser como los hombres y tener el don del

movimiento. Quería acercarme a los míos, paliar mi desamparo y mi tristeza, y conversar con mis hermanos, añorando las épocas míticas y recordando a todos aquellos que habían pasado a nuestro lado, consolándonos en la nostalgia.

Cierto mediodía, un asura dánava, un espíritu impío llamado Kaithaba, se sentó a mi sombra, en un descanso de su camino hacia la ciudad de Kuru, y se quedó dormido. Entré a su sueño y le pedí que liberara mis raíces del yugo de la tierra, que me diera piernas y pies, que me permitiese ir de un lugar a otro como hacían los animales y los hombres.

—Sufrirás —advirtió.

—No importa —contesté.

—No será como crees.

—No importa —insistí.

—Te dolerá.

—Lo deseo.

—Te moverás como los hombres, pero no tendrás el beneficio de la muerte hasta que venga Kalki, el último avatar de Visnú, y te libere, en el final de los tiempos.

Yo estaba tan ansioso por abandonar la tierra y moverme, por encontrar a los míos, que no advertí la trampa.

—Está bien —dije, y sellé mi destino.

Usted, señor, entiende mi falta como no lo hacen los hombres de occidente y es capaz de percibir su inmensidad: al aceptar las palabras de Kaithaba, consentí, también, en abandonar la Rueda del Samsara y el ciclo de reencarnaciones, y, por tanto, en adelante me sería imposible alivianar mi karma y alcanzar, alguna vez, a fundirme en la Luz Divina, y que mi alma fuera una con la de Brahma, y pudiera liberarme de todo padecimiento, de toda pena, de toda aflicción. Renegué de los dioses y me condené.

Cuando Kaithaba despertó, acarició mi tronco, deteniéndose en los pliegues de la corteza, con curiosidad. Miró mis hojas, apartó algunas ramas bajas; dio unas vueltas a mi alrededor, estudiándome. Al final, se sonrió con malicia y habló:

—Sea —dijo, en voz baja. Luego, tomó sus cosas, acomodó sus ropas y siguió su camino.

Al principio, no pasó nada y terminé creyendo que era yo el que había soñado. Luego, mis hojas comenzaron a caer hasta que tuve toda la apariencia de un árbol seco. Después, cayeron mis ramas y quedaron sólo estas dos que se asemejan a brazos. Más tarde, mis raíces se separaron de mí y caí, como árbol muerto y seco.

Con timidez, intenté moverme y pude ver, con asombro, que podía agitarme. Fui consciente de mis piernas, de mis manos, y traté de ponerme de pie. Caí varias veces. Al final, lo logré y pude, como un niño, con dolor, dar mi primer paso. Habían pasado diez años desde que el dánava se marchara.

Busqué y encontré a los míos, pero no me reconocieron. Yo era, ahora, otra cosa. Ya no hablaba su lengua, y no pude entenderlos. Los había perdido y me sentí aún más abandonado.

No sabía qué hacer, dónde ir y cómo llevar una soledad infinita. Procuré, entonces, el amparo de los hombres, que me consideraron impuro y menor aún que los dalits, los intocables, y, a veces, todavía más bajo que los invisibles. Mi sombra, que tantas veces los cobijara del sol, ahora los manchaba. Me negaron comida y me prohibieron beber de sus fuentes de agua. Me encarcelaron, me torturaron con fuego, e intentaron cortarme con hachas, pero la Palabra de Kaithaba me negaba, también, la muerte, aunque no me privaba del sufrimiento y la agonía.

Como siempre, como parece ser mi destino, otra vez fui testigo involuntario del paso del tiempo.

Oí las enseñanzas del Santo Sakiamuni, el iluminado, y las del Santo Viraprabhú. Estuve allí cuando los iávanas que vinieron con Sikandar, el griego, dominaron el Bháratavarsha, después de la

decadencia de los emperadores mauryas. Estuve allí cuando las invasiones de los shakas y los pájlavas, los kushanas y los satavahanas.

Y estuve allí cuando Sebuk Tigin y su hijo Mahmüd iniciaron la yihad y llevaron el Libro del Profeta a los reinos del Punjab. Por aquel entonces, yo vivía refugiado en una aldea cercana a Mianwali, en las orillas del Indo. El Sultán, en su Guerra Santa, tomó más de cien mil prisioneros que vendió como esclavos a mercaderes que venían del oeste, y pasaron a engrosar las muchedumbres de desterrados que, entre los bizantinos, eran conocidos como *atsiganis* y como *zott* en Bagdag; los antepasados de los que aquí en Italia, señor, llaman *zíngaros*.

Yo me fui con ellos.

La marcha fue larga y se pareció más a una diáspora.

Nos sumamos a las caravanas que venían de Multán y Lahore, cruzamos las montañas que luego Ibn Batuta llamó «El Asesino Hindú», por la gran cantidad de esclavos que, en esas marchas, sucumbieron al hambre, al frío, a la fatiga, a la desesperación y al insólito rigor de la nieve. Llegamos a Kabul, donde tomamos la Ruta de la Seda. Bajamos a Balj, pasamos a Samarkanda, luego a Bujara, Mashhad, Isfahán, Bagdag, Aleppo y Constantinopla, cuando la ciudad estaba en manos de los latinos, poco después de la Cuarta Cruzada. Entré a Europa, cruzando el Bósforo, doscientos años después de mi partida.

En las aldeas cercanas a mi bosque natal, cada tantas generaciones humanas, solía encontrarse algún hombre enfermo, con callosidades en sus cuerpos que los asemejaban a cortezas de árboles. Entonces, aunque no fuese común, eran conocidos, y mi presencia era curiosa, pero no los perturbaba. Sin embargo, en Europa no se tenían noticias de casos como el mío, y me llamaron Maldito.

Apenas entrar a tierras búlgaras, los soldados me aprehendieron y fui conducido ante el emperador Ioan Asen el segundo. Su repudio me llevó a las mazmorras, lleno de cadenas y, luego, como otras veces, a sufrir tortura y el martirio del fuego.

Me trataron igual en la Hungría de Andrés de Jerusalén, en la Bohemia del Rey de Hierro y Oro, en la Marca de Carintia, en Baviera y en el Palatinado.

Pero ya le dije: no puedo morir. Solía esconderme en cenizas y escapar cuando nadie me veía.

Me refugié en los bosques de Sajonia, y en ellos pasé los siglos que siguieron, lejos de la maldad de los humanos.

Sin embargo, por alguna extraña razón ellos no se olvidaron de mí, y mi leyenda los aguijoneaba, entre la curiosidad y el miedo. En mi bosque, los escuchaba buscarme sin dejarme ver. Algunos decían que yo era el espíritu protector de las forestas tenebrosas, encargado de castigar a quien osase dañar a cualquier animal, a cualquier árbol. Para otros, en cambio, me convertí en fantasma, en un ser oscuro y vislumbrado con miedo, de quien se hablaba en voz baja, invocando la protección del cielo. En su imaginario, fui una alegoría de la Maldad.

Yo sólo ansiaba transcurrir mi vida en paz.

Usted, señor, habrá escuchado de mi leyenda, que viajó por toda Europa, de boca en boca, inspirando a Alighieri, que en su *Commedia* me recuerda cuando, junto a Virgilio, llegan al segundo recinto del séptimo círculo, y se encuentran con un bosque formado por hombres-tronco. Me reconozco cuando el Poeta dice: «El follaje no era verde, sino de un color oscuro. Las ramas no eran rectas, sino nudosas y entrelazadas; no había frutas, sino espinas venenosas...». Me tuvieron en su mente Ludolfo de Saxe cuando escribió su *Infernalis*, los anónimos que recogieron, en unos *exempla*, escenas infernales en las que del cuerpo de un hombre muerto surge un árbol inmenso; Vincente de Beauvais, en el *Speculum Historiale*; Robert de l'Omme, en su *Espejo de la vida y la muerte* —«...pues el árbol sobre el cual está sentado / de siete pecados mortales nació; / siete raíces de siete serpientes / salían y mucho me preocupó», dice.

Años más tarde, Jean de Mandeville cuenta, en el ejemplar de *Le Livre des Merveilles du Monde* que Juan sin Miedo le regaló a

su tío, el duque de Berry, que en el desierto de una isla poblada por bestias salvajes, grandes dragones y enormes serpientes, a la que no se puede llegar a causa de la distancia y de los peligros de los lugares, la Luna y el Sol aparecen en los follajes frondosos, y tienen rasgos humanos, y, preste atención al detalle, esta isla está en el mar de la India, y quien coma los frutos de esos árboles vivirá trescientos o quinientos años.

También me insinúan los miniados de Herman de Turingia, el techo de Hildesheim, la tumba de Henri de Festingen, arzobispo de Treves, y, claro, me describe el hombre-árbol de *El jardín de las delicias* que pintó El Bosco. ¿Lo tiene presente? Soy la figura clave en el Infierno, como no podía ser de otra manera. Veo mi melancolía en los ojos de ese engendro; su mirada al vacío que es el futuro. Mi futuro.

Oculto en los bosques, pasaron seiscientos años, con la historia ocurriendo lejos de mí.

Condenado a ser testigo, vi a grandes caballeros y hombres comunes marchar a las Cruzadas y volver destrozados y enfermos. Vi los estragos de la Peste Negra, las plagas, la miseria y el hambre. Vi nacer y morir reinos e imperios y a las fronteras moverse como víboras. Fui testigo de las persecuciones y matanzas por causa de la religión. Supe de la caída de Constantinopla y de los Nuevos Mundos descubiertos. De los bosques en que vivía, los hombres sacaron leña para quemar a brujas y herejes. Oí a los hombres hablar de reyes coronados y reyes que perdieron sus cabezas. Oí de revueltas y revoluciones. Vi a los campesinos alzarse contra los gobiernos de los países, nacer a las ciudades, la evolución de las armas —cada vez más espantosas, cada vez más trágicas. Vi a los ejércitos de Napoleón campear victoriosos y volver derrotados, y vi la desolación más grande y más devastadora de la que pude ser testigo jamás: la Gran Guerra.

No es que nunca saliera de mis bosques. Solía hacerlo cada tanto tiempo, y recorrer las comarcas. Las primeras veces, lo hacía solo y con temor, siempre con árboles cerca para ocultarme si fuese necesario. En algún momento, descubrí a los grupos de gentes que hacían teatro ambulante, faranduleros, saltimbanquis, cómicos de

la legua, trovadores, volatineros y cazurros, y solía ir con ellos, porque entre estas gentes hallaba paz, consuelo y aceptación. Solían cuidarme como a una mascota, pero este trato paliaba mi soledad y me daba un cierto sucedáneo de algo parecido a una familia.

El resto, usted lo conoce. Estas compañías viajeras llegaron a transformarse, durante el siglo pasado, en esto que ve: el Circo y el Espectáculo de los Monstruos.

Aquí puedo, al menos, confundirme con otros fenómenos como yo, y muy rara vez alguien pregunta por mi historia. En las noches frías, con el alcohol que los embriaga, suelo contarles alguna anécdota que —mi mente no es infalible— se desdibuja, y cuyos contornos debo retocar con recuerdos inventados. Los monstruos ríen conmigo. Y lloran, si la historia les recuerda su infancia y su tierra lejana.

Y es aquí donde se presenta el nudo de mi drama, el motivo último de estas, mis letanías: ellos lloran, pero yo no puedo llorar.

No me ha sido otorgado, tampoco, el amor. Pero eso lo entiendo. No se debe crear otro monstruo como yo y, mucho menos, perdurar, en una especie, esto que soy, y condenar a toda una nueva raza. Pero ni aun eso me duele tanto. Kaithaba me castigó, además, con la más sutil de las torturas: me negó el ínfimo consuelo del llanto.

No hay lágrimas en estos, mis ojos. Estas emociones, que han llegado a reemplazar todas y cada una de mis células hasta hacerme un monstruo que es pura tristeza, no tienen el alivio de ese desborde que sana. La congoja, la angustia y el dolor llegan y se quedan. El dique que los contiene es inmenso e irrompible.

Sé, señor, que mi tiempo ante usted se acaba. Sé, también, que me llevará con usted, junto a todos los que formamos esta compañía. Sé que no me es dado el permiso de pedirle clemencia y, mucho menos, de solicitarle la bendición de la muerte.

Pero me animo —me atrevo—, antes de retirarme de su Presencia y marchar a la noche, las sombras y la nada, a pedirle, por favor, que me deje usted llorar.



John Hurt y el hombre elefante

Pedro García Cueto

Escritor español (Madrid, 1968). Doctor en Filología y licenciado en Antropología por la Universidad Nacional de Educación a Distancia (Uned). Docente en educación secundaria en la Comunidad de Madrid. Crítico literario y de cine, colaborador en varias revistas literarias y de cine, autor de dos libros sobre la obra y la vida de Juan Gil-Albert y un libro, *La mirada del Mediterráneo*, sobre doce poetas valencianos contemporáneos, así como las novelas *La primavera de nuestro desencanto* (2018) y *Los bulevares de invierno* (2019).

Lynch huye de lo morboso en esta película, impone la lírica, como si fuese una película atípica en su filmografía y estuviese rodada treinta años antes, ya que impone el mundo de los libros, la música, bálsamos a los que Merrick se acostumbra para soportar el dolor inmenso de vivir.



John Hurt en el papel de John Merrick (1862-1890)
Fotograma de *El hombre elefante* (1980), de David Lynch

John Hurt y el hombre elefante

Pedro García Cueto

Durante la historia del cine ha habido muchos accidentes, desde aquellos que cambian la vida de los protagonistas, como el que sufre el personaje principal de *La mosca*, en las versiones que el cine nos ha dejado de esta terrible historia, o el que lleva al error al doctor Frankenstein de que el monstruo cobre vida, en las versiones magníficas del mito desde un punto de vista serio y también desde la parodia —recordemos la hilarante y magnífica *El jovencito Frankenstein* (1974), de Mel Brooks—; pero el cine también nos ha dejado imágenes muy duras, como la del accidente que deja mermado para siempre a John Savage en la obra maestra de Cimino, *El cazador* (1978). Pero pocas películas pueden demostrar que un accidente puede cambiar tanto la vida del protagonista como la inolvidable *El hombre elefante*, de David Lynch, donde el accidente del elefante en la tripa de la madre de John Merrick será el detonante de esta historia hermosa que combina con majestuosidad el drama y el lirismo más exacerbado, cuando Anne Bancroft entra en escena y cuando se apiada del ser deforme, John Merrick, el protagonista —genialmente interpretado por John Hurt, quien falleció a los setenta y siete años el 25 de enero de 2017.

El hombre elefante (1980), rodada en blanco y negro, es una película que vuelve al tema de la deformidad, la de John Merrick, un hombre deforme porque su madre, artista de circo, recibió en la tripa, embarazada, el golpe de un elefante, al hacer un número de circo. Las imágenes de la ciudad londinense, el rostro hermoso de la actriz que interpreta Anne Bancroft, que siente pena por el hombre deforme, los rostros de los seres crueles que se burlan de Merrick, van inundando la pantalla, dejando una imagen de una realidad cruel y monstruosa, con las luces y sombras del blanco y negro.

Merrick nació en 1862 y murió en 1890. Fue un hombre maltratado con extrema crueldad en los circos para burlarse de él. Sólo Frederick Treves, un doctor (interpretado por el excelente Anthony Hopkins), se preocupa por su caso, desde la humanidad. Vemos las imágenes oníricas de la película (en la más realista de todas sus propuestas) cuando la cámara entra en el agujero del ojo de Merrick a través del saco que tapa su cabeza, vemos el hospital, el momento del parto, donde podemos ver cómo la pesadilla de los sueños se convierte en real. Diagnosticado como síndrome de Proteus, que produce malformaciones de los huesos y diversos tumores musculares y óseos, la vida de Merrick estaba condenada a ser muy corta.

Pese a la crueldad de la historia, Lynch crea una cinta muy poética, porque siempre pesa la elegancia de la mirada de la actriz (la estupenda Anne Bancroft), la humanidad de Hopkins y la ternura de un casi irreconocible John Hurt en el papel de Merrick, dando cierto aroma a calidez a la película, contrastado con las imágenes de los crueles tipos que explotan y se ríen de Merrick, hacen de esta historia una de las más hermosas de su cine. No recibió ningún Oscar, pese a las nominaciones que tuvo, algo incomprensible, dada la calidad de la película.

Sin duda alguna, la película está llena de influencias, porque Lynch había cosechado el éxito con *Cabeza borradora* (1977) en un estilo de gran cine de terror, pero en este caso la apuesta combinó la mirada melodramática a la historia, aunando el relato gótico, ese Londres que está siempre surcado por la niebla, sin olvidar que laten en la mirada de Lynch películas como *La parada de los monstruos* (1932), de Todd Browning, no hay que olvidar la procesión de seres deformes que se muestran para divertimento de la plebe en el circo, que el público londinense (ávido de morbo y de maldad) puede ver, donde también se exhibe a Merrick; también late en la historia la influencia de Truffaut y su película *El pequeño salvaje* (1969), ya que la figura del doctor que interpreta muy bien Hopkins es un reflejo de ese hombre de espíritu roussoniano que quiere hacer hablar al joven salvaje.

Es importante recalcar que la imposición, para la película, del blanco y negro, fue idea de Lynch, quien contó con el respaldo del

productor, Mel Brooks, quien había rodado en blanco y negro la ya citada *El jovencito Frankenstein* en 1974. Sin duda alguna, la película toca un tema difícil, la idea de un hombre que ha nacido de un golpe fatal que un elefante dio en la tripa de una mujer embarazada, pero también hay un trasfondo perverso, la idea que tenía un pueblo inculto de una posible violación de una mujer por un elefante (en el más puro estilo de los mitos). Nada más lejos de la realidad, pero el interés de la gente, ávida de morbo, también se alimenta de ese deseo raro y pervertido.

Hay una cultura del *freak* en esta cinta, porque hay una escena en que Merrick logra huir del circo gracias a los seres deformes que le ayudan; hay una solidaridad tangible entre los seres condenados a la deformidad por la adversidad de la naturaleza, y Merrick, un hombre que, por su extrema deformidad, está supeditado a llevar un saco para ocultar su rostro deforme. Vuelve entonces la influencia de Lynch sobre Browning y su famosa *Parada de los monstruos*.

Será necesario que Merrick llegue a quitarse la capucha para que la imagen que nos proyecta nos obligue a mirarlo de verdad, con la ternura necesaria, con la afabilidad con que le mira la actriz; antes el verdadero protagonista es el doctor, el cual abomina las máquinas; comienza su primera aparición en la película con la secuencia del doctor tratando de remendar el cuerpo de un obrero que ha sido aplastado por una máquina. El primer plano del médico cuando descubre por vez primera a Merrick nos sitúa en la expresión de un hombre de extrema bondad; el médico no se asusta, sí lo hace la enfermera, porque él conoce el dolor, trata con los seres deformes, tiene otro sentido ético de la vida. La mirada de la actriz hacia Merrick es frontal; en ningún momento siente horror, sino una extrema compasión, como si el mundo del teatro en el que ella ha conformado su vida fuese también un espectáculo donde la alegría y la pena se combinan ineludiblemente.

Lynch huye de lo morboso en esta película, impone la lírica, como si fuese una película atípica en su filmografía y estuviese rodada treinta años antes, ya que impone el mundo de los libros, la música, bálsamos a los que Merrick se acostumbra para soportar el dolor inmenso de vivir. Tanto el doctor como la actriz le empujan al

mundo de la cultura, mucho más grande que la vida, de cuyo poder uno puede amarrarse ante la humillación de la vida real. Mientras construye la maqueta de una catedral que él vislumbra por la ventana, en su habitación del hospital, Merrick mira un dibujo de un niño durmiendo en su cama; él sabe que recostarse de esa manera supone la muerte, pero ya ha aceptado el tránsito hacia la otra vida, porque ha conocido lo peor (la humillación, la deformidad, la soledad) y lo mejor de ésta (el encuentro con esos dos seres maravillosos que logran amarlo de verdad). Por ello, se recuesta y acaba su periplo por el dolor de la vida.

Nos queda, sin duda, la imagen del accidente, el elefante que pisa a la madre de Merrick, las imágenes oníricas de éste imaginando otra vida, la música que nos reconcilia con el mundo y una extrema sensibilidad que los dos seres sienten hacia el hombre maldito, un ser que es más humano que muchos otros, deforme por fuera, pero hermoso por dentro. Sin duda alguna, una de las más grandes películas de Lynch, una obra maestra indiscutible con un inolvidable John Hurt como *El hombre elefante*.



La mariposa negra

Carmen García Valderrama

Escritora colombiana (Barranquilla). Es comunicadora social-periodista de la Universidad Autónoma del Caribe. Se desempeñó profesionalmente en el área de comunicación organizacional, calidad y gestión del talento humano en el área hotelera. Fue miembro de talleres virtuales como Foreliana (México). Ha publicado *Paisajes para conjurar la soledad* (Autores Editores, 2020) y *Amparo de tutela a favor de los puntos suspensivos* (Autores Editores, 2021). Textos suyos han sido incluidos en las antologías *La otra cara del amor* (Versal Editorial Group; Andover, Estados Unidos) y *Letras derramadas* (Abrace Editorial, Uruguay).

***Volví a la sala, y allí estaba ella.
Posada sobre el doblez que
hacen las cortinas al rodear la
columna de la ventana.
Mientras no se moviera ni se
desprendiera de la cortina, creí
que podía medir fuerzas con mi
enemiga.***



La mariposa negra

Carmen García Valderrama

Tardé mucho en insertar la llave en la cerradura. La puerta se abrió sin queja y una oscuridad amable me abrazó antes de cruzar el umbral. Aspiré hondo buscando el aroma a hogar que tanto anhelaba, pero un vaho de humedad me enfrentó al hecho de que el hogar no lo conforman muebles y cortinas, sino personas.

A tientas traté de encender la luz de la sala, pero avancé en la dirección errada y tropecé con la consola de entrada. Ceniceros, floreros y papeles cayeron sobre la alfombra, amortiguando su impacto; retrocedí dos pasos y entonces, sin vacilar, extendí la mano y presioné el *switch*. La lámpara parpadeó y perforó con impaciencia la oscuridad.

Contra la pared del fondo, al lado derecho del retrato de mis padres, aleteaba ella. Un sudor frío se deslizó por mis piernas cuando, atraída por la luz de la lámpara, ella se dirigió hacia mí. Traté de huir, de salir por donde había entrado, pero Francisco y mi maleta me cerraron el paso.

—¿A qué le tienes miedo? ¿A la mariposa? —preguntó con un tono en el que se mezclaban la compasión y la ironía. Asentí con brusquedad y retrocedí hasta el pasillo.

Mi hermano entró y terminó de encender todas las luces del apartamento. Regresó por mí y por la maleta. Me aseguró que no había otras mariposas adentro y me advirtió que debía aprender, de una vez por todas, que los octubres lluviosos llenan de mariposas las casas abandonadas si cuando las abandonan se dejan abiertas las ventanas.

Poco a poco fui recorriendo la casa. Tras recibir una llamada en su celular, Francisco me prometió que me recogería en dos horas, tiempo suficiente para que yo revisara mi correo, comprobara qué estragos habían hecho las lluvias de la temporada y preparara otra maleta con ropa limpia suficiente para continuar mi cura de reposo en su casa de la playa.

Me precipité con ganas al estudio y encendí el computador. Pareciera que la línea telefónica se solidarizaba con mi ansia porque conectó inmediatamente y, aprobando usuario y contraseñas, comenzó a bajar el correo. 137 mensajes y ninguno de él. Suspiré con algo más que decepción y dejé que la pantalla se llenara de mensajes que ya no leería esa semana.

Volví a la sala, y allí estaba ella. Posada sobre el doblez que hacen las cortinas al rodear la columna de la ventana. Mientras no se moviera ni se desprendiera de la cortina, creí que podía medir fuerzas con mi enemiga. Noté que otra vez el sudor frío se aferraba a mis tobillos y trepaba por mi espalda.

La mariposa era tal vez la más grande que había visto. O el terror que me causaba hacía parecérmelo. Resuelta a enfrentar mis temores y vencer de una vez por toda la fobia que me causaban, me concentré en determinar su especie y en voz baja fui recitando:

—Primera etapa, identificarla y determinar su naturaleza o apariencia —me mojé los labios y continué—. *Heteronympha merope bis*, ejemplar en etapa adulta de la orden de las lepidópteras, suborden *ditrysia*, del género *attacus nefandus*, de unos 85 milímetros de envergadura, que por acción refleja se encuentra en posición diagonal a la fuente de luz más cercana. Por mimetismo batesiano presenta dibujo simétrico que semeja falsos ojos de color negro, círculos imperfectos no concéntricos de color beige y ocre que se alternan hasta el borde de sus alas.

La mariposa, sintiéndose invocada, se despegó de la cortina y aleteó hacia el cielo raso, justo sobre la lámpara. Corrí hacia mi cuarto y me escondí bajo la cama. Cerré los ojos con tal fuerza que hubiera jurado que nunca más vería la luz del sol.

—Etapa dos —me dije—, identificación por asociación, presunción de *inofensividad*. Las lepidópteras se alimentan de frutas en descomposición o granos secos; no se han reportado ataques a otras especies ni se sabe que asuman conductas de depredación aun cuando en algunas regiones y estaciones puedan ser consideradas como plagas. Las mariposas son el resultado del más asombroso proceso de vida animal: la metamorfosis, que comprende cuatro etapas, a saber: huevo, oruga, crisálida e insecto alado. Según el género pueden alcanzar velocidad hasta de cincuenta kilómetros por hora y pueden recorrer sin descanso...

Perdí la concentración y escudriñé el piso a mi alrededor. Comprobé que no había ninguna sombra que se moviera ni tampoco rumor de alas porque de eso si estaba segura: un poeta es capaz de percibir la música o el estruendo de sus alas. Con una voz imposible de reconocer como propia ensayé a recitar los versos de José Asunción Silva...

Cuando enferma la niña todavía salió cierta mañana
y recorrió, con inseguro paso la vecina montaña,
trajo, entre un ramo de silvestres flores oculta una crisálida,
que en su aposento colocó, muy cerca de la camita blanca...
Unos días después, en el momento en que ella expiraba,
y todos la veían, con los ojos nublados por las lágrimas,
en el instante en que murió, sentimos leve rumor de alas
y vimos escapar, tender al vuelo por la antigua ventana
que da sobre el jardín, una pequeña mariposa dorada...
La prisión, ya vacía, del insecto busqué con vista rápida;
al verla vi de la difunta niña la frente mustia y pálida,
y pensé ¿si al dejar su cárcel triste la mariposa alada,
la luz encuentra y el espacio inmenso, y las campestres auras,
al dejar la prisión que las encierra, que encontrarán las almas?

Los últimos versos, con voz estremecida por el llanto fueron interrumpidos por el timbre del citófono. Salí de mi escondite, comprobé el estado lamentable de mis ropas y el rastro de polvo y telarañas desechas que dejaba a mi paso.

Corrí a la cocina, tomé el auricular, escuché a medias al portero que decía que mi puerta estaba abierta y que era necesario asegurarla. Fijando con insistencia la mirada en la superficie

porcelanizada de la nevera, presentí, más que vi, una sombra alada balanceándose hacia mí.

Me escurrí hasta el suelo, me abracé al cable telefónico, me ovillé al pie de la nevera, volví a cerrar los ojos inspirando y expirando con frenesí, como tratando de percibir en el aire el olor de la mariposa.

—Fase tres —me dije—, asociación por superstición: en la oscuridad de los tiempos las mariposas nocturnas avistadas a plena luz del día eran tomadas como presagio de tormentas que arrasaban las cosechas, pero igualmente se consideraba que protegían a los labradores, puesto que la advertencia de tormenta propiciaba la adopción de medidas para evitar inundaciones, riadas, crecidas, huaycos que pudieran sepultar pueblos enteros...

Un viento frío con aroma a tierra mojada se coló por entre las ventanas y cerró de golpe la puerta de entrada. Al principio sopló con gentileza, y luego aumentó su velocidad vertiginosamente. Los cuadros y las tapas de las ollas iniciaron un alboroto sin pausa que amortiguó el golpe furioso de las gotas de lluvia en los cristales. Ráfagas de viento y agua me obligaron a salir de mi refugio, mientras el agua corría con libertad por las alfombras y los pisos inundando poco a poco el apartamento. Temblando, ya no de miedo sino de frío, me arrastré hasta la sala y en el espejo de la consola de entrada vi la mariposa posarse en mi espalda.

—Cuarta etapa —entoné con voz monótona—, disociación por temor infundado: en el imaginario popular el avistamiento de mariposas nocturnas en medio de tormentas son premonitorias de muerte súbita, evento que nadie ha documentado porque generalmente la víctima no vive para certificarlo.

Dos horas más tarde, cuando por fin la tormenta cedió y Francisco pudo regresar por mí al apartamento, no le fue posible encontrarme. Como él no tenía temor de las mariposas no hizo caso de los dos ejemplares de *Heteronympha merope bis* que se aferraban a los pliegues de la cortina en posición diagonal a la fuente de luz más cercana.



Una vida sin sombras

Javier Garrido Boquete

Escritor venezolano (Caracas, 1964). Es médico egresado de la Universidad Central de Venezuela (UCV). Pediatra e intensivista pediatra. Ha publicado los libros de relatos *Viernes* (Porlamar, Nueva Esparta, Venezuela, 1992), *La muñeca descalza* (Porlamar, 1993) y *Abbadón y otros cuentos siniestros* (2018). Ganador del Primer Premio del II Concurso de Narrativa «Miguel de Unamuno» del ICIV (1989), II Premio del VIII y del IX Concurso de Cuentos «Lola de Fuenmayor» (1989, 1990), II Premio del IX Concurso de Cuentos «Lola de Fuenmayor» (1990), primer premio mención narrativa en el Primer Concurso Literario «Simón Bolívar» (Juan Griego, 1990), primer premio mención narrativa en el Concurso Literario de Fondene (Nueva Esparta, 1991), mención narrativa del Concurso Municipal de Literatura de la Alcaldía de Porlamar (1992), mención en el II Concurso de Cuentos «Salvador Garmendia» (2017) y finalista en la II Convocatoria de los Relatos de *Culturamas* (2018).

Mancuso miró de nuevo el cadáver colocado sobre la mesa y le volvió la certidumbre de que algo no andaba bien: una certeza de la que no lograba despejarse desde el mismo momento en que ayudó a pasar el cuerpo que traían los muchachos de la judicial desde la camilla de la camioneta a la de la morgue.



Una vida sin sombras

Javier Garrido Boquete

El cadáver del viejo yacía desnudo sobre la superficie cromada de la mesa de autopsias. Como siempre, desde ésta se desparramaba alrededor un tenue hedor a podredumbre, pues estaba lejos de hallarse todo lo pulcra que establecía el reglamento. Mancuso, el celador, con su olfato ya romo por el hábito, no alcanzó a notarlo; aunque de haber advertido la fetidez tampoco hubiera tenido derecho a quejarse, pues la obligación de mantener el orden y el aseo de la sala era suya.

Comprobó por última vez que la sierra vibradora funcionara como era debido y que el instrumental estuviera correctamente ordenado sobre la mesa antes de regresar a la oficina, donde aguardaba Querales, el médico forense. Lo encontró tendido en el diván, con los pies sobre el apoyabrazos, chupando un caramelo mentolado y entretenido en repasar la prensa del día anterior, con los anteojos colgándole de la punta de la nariz.

—Todo listo, mi jefe.

—¿Ya? Pues, era hora: te has demorado de más —le respondió Querales, haciendo rodar el caramelo por los carrillos—. Se nota bien que tú no estás para nada apurado. Y con exactitud, ¿qué estás esperando? A ver si para las tres podemos estar listos.

Pasaban unos minutos de las dos de la tarde, y era clarísimo que el hombre seguía de pésimo humor.

—La verdad es que yo creí que... —farfulló Mancuso.

—Mejor no creas nada, y te das prisa —lo cortó—. Yo, a las tres,

quiero estar de regreso en casita. Tres de la tarde, no de la madrugada. ¿Entendiste?

—Entendido, mi jefe —se disculpó, retrocediendo a trompicones hacia la sala de autopsias.

El reglamento establecía sin apelación que toda autopsia tenía que ser practicada por el patólogo forense de guardia en persona, que para eso se le paga. Pero como el patólogo no puede hacerlo todo (¡no faltaba más!), lo asiste un ayudante, al que poco a poco se le van asignando más y más tareas, a pesar de que en el papel su responsabilidad concluye en el momento en que, tras colocar el cuerpo sobre la mesa cromada, lo desviste y lo lava. Hasta ahí, no más. Pero, al cabo de unos años de mirar y trastear, resulta que ese ayudante termina por realizar las autopsias él solo, y le consulta al patólogo, quien ya ni se molesta en salir de la oficina, sólo si encuentra algo muy fuera de lo común. Entonces, el forense ya no aspira los desagradables efluvios cadavéricos ni se ensucia las manos, y puede limitarse a transcribir los diagnósticos al formato guardado en la computadora, además de poner en el acta su firma y sello. Como Mancuso, un moreno avisado, huesudo, petizo y dientón, llevaba para veinte años en el puesto, eran poquísimas las cosas que no hubiera visto, y en consecuencia gozaba de la confianza ilimitada de todos los médicos.

(Esta situación, claro está, también les reportaba a los celadores alguna compensación: los jefazos se hacían los desentendidos en lo que tocaba a los sórdidos trapicheos que mantenían con las empresas de pompas fúnebres, y en los cobros por debajo de cuerda por la preparación de los cuerpos).

Mancuso miró de nuevo el cadáver colocado sobre la mesa y le volvió la certidumbre de que algo no andaba bien: una certeza de la que no lograba despejarse desde el mismo momento en que ayudó a pasar el cuerpo que traían los muchachos de la judicial desde la camilla de la camioneta a la de la morgue.

Lo tentó otra vez regresar a la oficina y decirle a Querales que se calzara los guantes y que practicara el examen él mismo, pero se contuvo: conocía bien las iras y arranques de ese cascarrabias como

para exponerse por puro gusto. Además, se ponía en su lugar y casi justificaba su actitud: a nadie le agradaba la perspectiva de pasar el domingo en la morgue, y a él lo habían obligado a ir.

«Mierda, Mancuso —caviló—. ¿Qué cosas no has visto antes? ¿Espantos, a estas alturas? ¿Qué tiene de particular este muertito? Déjate de güevonadas, que no parecen cosas tuyas».

La verdad, la apariencia del cadáver no podía ser el problema, considerando las carnicerías que le había tocado ver (y oler). Este era un anciano majestuoso, apolíneo, bien plantado, que impresionaba, más que muerto, estar sumido en un sueño plácido. Tenía la tez tostada por el sol, aún no atenuada por el *pallor mortis*, y llevaba la cabellera muy blanca peinada hacia atrás; la barba y el bigote estaban recortados con prolijidad. Su mandíbula se mantenía bien cerrada y los párpados no mostraban la desagradable tendencia a entreabrirse, dejando al descubierto la alarmante tira de escleras que provoca la repulsiva expresión propia del rostro de los cadáveres. La piel y los músculos tampoco le colgaban flácidos, como suele ocurrir en los vejetes.

Además, era un cadáver fresco, de esa misma madrugada, y no había empezado a apestar.

Mancuso se puso los guantes de hule y el mandil. Pero antes de tomar el escalpelo, decidió realizar una última comprobación: agarró la muñeca derecha del muerto y le hizo flexionar el antebrazo, para acto seguido rotarle el brazo desde el hombro hacia adentro y afuera.

Sintió otra vez el dedo helado subiéndole por la espalda, lo que lo hizo regresar despavorido a la oficina.

—Jefecito, de verdad que...

Querales se incorporó de golpe en el diván, con el rostro inflamado y las venas del cuello hinchadas como serpientes.

—¡Coño! ¿Pero qué quieres ahora? —y el caramelo salió disparado de su boca, chocando contra el garrafón de agua potable.

—Ese cuerpo está raro, mi jefe. Se lo juro por mi madrecita.

—¡Qué madre ni qué madre! ¿Qué carajo le pasa al cadáver?

—Por favor, venga y vea, y le explico...

Mancuso condujo a Querales hasta la mesa de autopsias y repitió la maniobra de antes.

—Aja. Muy bien. ¿Y? —le respondió éste, sin mucho interés.

—¡No está tieso! Y según me lo vendieron, va para doce horas de muerto... Tampoco hay livideces, y aún se le siente caliente...

Querales rozó la mejilla del cadáver con el dorso de la mano.

—¡Está helado! ¿Tú de verdad piensas que puedes venir y darme clases? —le replicó, furibundo.

Era cierto que el muerto iría ya para sus doce horas en esa condición, si no más. Hacia las cuatro de la madrugada, minutos más, minutos menos, habían descubierto el cuerpo en la habitación de un hotelito por horas, de cama redonda y espejo en el techo, tendido entre las sabanas de satén rosa, desnudo y frío, con sus propiedades intactas, incluyendo la billetera, el celular, los documentos personales, una gruesa cadena de oro y el ostentoso reloj Patek Philippe que le realzaba la muñeca. Y aquí viene el quid de la cuestión: el fallecido, de setenta y tres años de edad, resultó ser no un crápula cualquiera, un vicioso anónimo, un perverso, un *quidam*, un don nadie, sino un auténtico patricio y poeta laureado, un pensador luminoso, un referente ético permanente dentro de la sección cultural de algunos de los diarios más serios de la república. Entonces, el encargado del hotelito, nuevo en ese empleo, cometió el penoso desliz de llamar al primer número que encontró en el celular del difunto, que resultó ser el de su esposa, dama y vate de no menor respetabilidad. No contento con esta pifia, cometió otra, aún más grave: el nerviosismo lo hizo perder la cabeza y llamar a la policía. Entró enseguida también en la liza, convocado por quién sabe quién, un hermano del difunto, que detestaba con ferocidad a su cuñada, lo que dio lugar en esa madrugada a un desagradable juego a tres bandas, con escalada de influencias. La situación se enconó más ante la imposibilidad de ubicar, o siquiera determinar, el número, el género o por

lo menos la edad de los acompañantes del fallecido al momento del deceso, que había o habían desaparecido como tragados por la tierra. Y surgió entonces la frase fatal: *muerte sospechosa*. Entretanto, el encargado del hotel quedó detenido de manera preventiva, y fue trasladado esposado a la prefectura.

Después de un prolongado y penoso tira y afloja que se alargó por horas, y muy a pesar de las quejas de la esposa, que se negaba a voz en grito a autorizar la autopsia, la policía logró al final trasladar el cadáver a la morgue pasadas las nueve de la mañana, en connivencia con el pérfido hermano. De todas maneras, a esas alturas ya resultaba poco más o menos que imposible que hallaran a un médico que accediera a firmar el certificado de defunción de buenas a primeras, cosa que no hubiera ofrecido la menor dificultad de no haber enloquecido todo el mundo.

(Con más de setenta años y sin signos obvios de violencia, bien se hubiera podido diagnosticar un infarto sin perder la cara. El mismo Querales lo hubiera hecho, sin dudarlo).

En el transcurso de la mañana se multiplicaron las llamadas de funcionarios indignados, de rango jerárquico cada vez más alto, que pretendían dar con el forense de guardia. Querales condescendió a contestar el teléfono ya pasado el mediodía, y cuando sugirió dejarlo todo para el lunes, que era día hábil, le advirtieron que eso resultaba imposible. Como quiera que fuera, tenía que resolverse ese mismo día, pues ya había demasiada gente involucrada.

Antes de salir a regañadientes de su casa, aún tuvo la oportunidad de levantar el teléfono una vez más. Reconoció al punto aquel tono engolado, impostado, obsecuente y de falsa familiaridad.

—Recuerde, Querales, lo que está en juego. Estamos hablando del buen nombre de un caballero, de una reputación sin tacha, de toda una vida sin sombras.

Su interlocutor acaso pretendió decir algo más, pero no alcanzó a escucharlo, pues prefirió cortar con grosería la llamada antes de que lo venciera la tentación de mandarlo a la mierda.

—Escúchame bien, Mancuso —e intentó sonar conciliador y paternal—. Tú sabes el aprecio que todos te tenemos aquí. ¡Te lo juro! Este trabajo pega, ¡quién lo duda!, y tú llevas ya muchos años. ¿Cuántos son? ¿Diez? ¿Verdad que sí?

—Casi veinte, jefecito —le respondió el otro, con un hilo de voz.

—¡Veinte! Con ese tiempo ya has visto aquí de todo. ¿No es así? ¡Venga! Acabemos de una vez. Mira, ahora voy a salir un rato a fumarme un cigarrillo. Haz lo tuyo.

Y sin una palabra más, le dio la espalda al celador, dejándolo sumido en las más ominosas hesitaciones.

Otra de las muchas normas de la morgue es que en sus áreas internas está prohibido fumar. Esta se cumple casi siempre, y en todo caso existía un patiecito trasero, el que daba al incinerador, que se prestaba bien para ese fin. Había allí un banco para sentarse y un cuadrado de tierra en el que crecía un arbolito que daba unas flores blancas de un aroma dulzón, intenso y mareante. Por supuesto, era también factible salir a fumar en el vestíbulo que daba al estacionamiento, pero eso implicaba exponerse al asalto de deudos y curiosos.

Querales constató que apenas le quedaban tres cigarrillos en la cajetilla: de regreso a su casa ya pararía en alguna parte a comprar otra. Se entretuvo ocioso en intentar hacer círculos con el humo, pero no le salieron. También descubrió que aquel patio era el coto de caza de un gato naranja atigrado muy grande, al que no había visto nunca antes. Lo vio husmeando en las grietas del pavimento, y le admiró la agilidad con que capturó a una lagartija de cola azul que intentaba llegar al muro del fondo.

Tiró la colilla en la tierra y la apachurró con la punta del zapato.

Resultó que ahora no había nadie en la sala de autopsias. Salvo el cadáver, por supuesto.

—¿Mancuso? —llamó, tan atónito que no le dio ocasión de enfurecerse.

Pero el celador se había esfumado. No estaba en la sala, ni en la oficina, ni en el depósito, ni tampoco en los aseos.

En la oficina sonó el teléfono, y al levantarlo escuchó otra vez la voz engolada, esta vez con un dejo de impaciencia. No le permitió que pronunciara más de dos o tres palabras.

—¿Sabe? Bien puede usted irse al carajo —le escupió, y colgó el auricular.

¿A dónde coño se había ido el imbécil?

Descubrió al lado de la mesa de autopsias un charco de lo que primero supuso era agua (no lo era), y que, al fin y al cabo, Mancuso sí había iniciado el trabajo: ya había hecho el corte que va de hombro a hombro, e insinuado el que desciende hacia el abdomen. El bisturí lo encontró en el suelo, al lado del charco, y localizó el mandil y los guantes arrojados de cualquier forma cerca de los lavamanos.

Esta vez sonaron, a la vez, el teléfono de la oficina y su celular.

Por lo visto, no tenía alternativa. Tragándose la indignación, buscó en el armario otro mandil y un par de guantes, y se vistió. No pudo encontrar las gafas protectoras, aunque a lo mejor es que ni siquiera había.

Acomodó la lámpara cialítica y retomó la incisión donde lo había dejado su esfumado ayudante. La verdad, éste no había estado haciendo un buen trabajo: la línea de corte era indecisa e irregular, como hecha por una mano inhábil, y con incisiones muy cortas, lo que ya de por sí resultaba sorprendente. Aunque también le impresionó que los tejidos fueran inusualmente *duros* de cortar. O quizás fuera sólo que a la hojilla del escalpelo le faltara filo, y a él, práctica.

Igual logró prolongar el corte hasta el pubis. Y fue entonces, mientras trasteaba en la mesa de instrumental buscando los separadores, cuando ocurrió *aquello*: la incisión se abrió de golpe a todo lo largo, como una explosión, dejando al descubierto lo que había en el interior del cuerpo, al tiempo que una vaharada amoniacal lo anegaba.

Querales dio un paso atrás y volcó la mesa del instrumental, procurando contener el vómito. Y es que lo que había emergido de allí era una masa informe de glóbulos iridiscentes, mucilaginosos y traslúcidos, como una miríada de ojos escrutadores, algunos de los cuales parecían no estar muertos del todo.



La sombra del pasado

Sergio Gaut vel Hartman

Escritor y editor argentino (Buenos Aires, 1947). Tiene una destacada trayectoria como difusor de narrativa en español, en especial de ciencia ficción y fantasía. Ha publicado textos en estos géneros en decenas de revistas de diversos países. Dirigió las revistas *Axxón* y *Parsec*, y creó *Sinergia*, medios estos dedicados a estos géneros. Dio impulso en 1982 al movimiento que fundaría el Círculo Argentino de Ciencia Ficción y Fantasía. Fue el fundador y coordinador de Comunidad CF y del Taller 7, aula virtual de escritura creativa, y creó Planeta SF, espacio multilingüe de encuentro para escritores, lectores y editores de ficción especulativa de todo el mundo. Dicta talleres de escritura personalizados por Internet. Ha publicado los libros de cuentos *Cuerpos descartables* (Minotauro, 1985), *Espejos en fuga* (Desde la Gente, 2009), *Vuelos* (Andrómeda, 2011), *La quinta fase de la Luna* (La Máquina que Hace Ping!, 2018) y *Cuerpos descartados* (Sinergia, 2019), y las novelas *Avatares de un escarabajo pelotero* (La Máquina Hace Ping!, 2017), *Otro camino* (Contracorriente, 2017), *El juego del tiempo* (PuertAbierta, 2018), *Carne verdadera* (2021) y *El día que llegamos a Marte* (2023). Además ha compilado una veintena de antologías y ha sido incluido en otras varias. Sus cuentos han sido traducidos al inglés, francés, portugués, italiano, alemán, ruso, griego, búlgaro, japonés, hebreo y árabe.

***El manuscrito lo observaba
desde la mesa como un animal
dormido, como algo que podía
despertar si se lo provocaba.***



La sombra del pasado

Sergio Gaut vel Hartman

La lluvia caía suavemente sobre los tejados de las casas de Sälen, la aldea que Leif Eriksson había elegido para escribir su nueva novela. Estocolmo y Malmö, las ciudades en las que vivió en otros tiempos, le resultan demasiado ruidosas y caóticas, pintando las calles de un gris melancólico. En el interior de una acogedora casa de madera, Leif, un anciano escritor, se encontraba absorto en la lectura de un antiguo libro en su estudio. Un cálido resplandor ambarino emanaba de la lámpara de escritorio, iluminando sus arrugados rasgos mientras su mente vagaba por las páginas de la historia.

El suave chasquido de las hojas de papel se mezclaba con el crepitar de la chimenea cercana, brindando una sensación de paz y serenidad en la estancia. Leif amaba esos momentos, donde el mundo exterior desaparecía y sólo existía el universo contenido en las palabras que fluían ante sus ojos.

Sin embargo, esa calma fue repentinamente interrumpida por un ruido atronador que provenía del jardín trasero. Thor, el perro labrador de Leif, su leal compañero de cuatro patas, comenzó a ladrar frenéticamente. Los ladridos llenaron el aire y el escritor sintió cómo la preocupación se apoderaba de su corazón.

Saltando de su silla, Leif abandonó la lectura y corrió hacia la ventana que daba al jardín. A través de la cristalera empañada por la lluvia, vio una figura sombría que se recortaba en la penumbra del atardecer. Era un hombre extraño cuya mirada perturbadora le causó escalofríos. ¿Quién era? ¿Qué quería?

La mano temblorosa de Leif intentó abrir la ventana, pero antes de que pudiera actuar, el estruendo de un vidrio roto llenó la

estancia. El extraño había arrojado una piedra con fuerza, rompiendo la ventana y enviando astillas de vidrio al interior.

—¡Leif! ¡Vengo a cobrarme la deuda que contrajiste al escribir esas porquerías sobre nosotros! ¡Soy Gunnar, por si no me reconociste! —gritó el sujeto con una voz desgarrada por la ira.

El corazón de Leif se aceleró, y una sensación de temor se apoderó de él. ¿Qué había hecho para merecer tal agresión? El escritor trató de mantener la calma mientras retrocedía lentamente, buscando algo con qué protegerse. ¿Gunnar? ¿Era una coincidencia? Había denominado Gunnar al personaje de una de sus novelas, *La sombra del pasado*, pero ¿qué tenía eso que ver con el sujeto que lo amenazaba de un modo tan violento?

Thor había dejado de ladrar. Susurros entrecortados de dolor llenaron la habitación. Gunnar había llegado hasta el animal y lo miraba con una expresión siniestra en sus ojos.

—¿Qué estás haciendo? —exclamó Leif, pero las palabras parecieron perderse en el aire cargado de tensión.

Con un movimiento violento y denotando una fuerza que no parecía poseer, Gunnar agarró al indefenso perro y, sin piedad, lo arrojó contra una estantería cercana. El golpe resonó en la habitación, y Thor cayó inmóvil al suelo.

Leif sintió cómo su corazón se partía en mil pedazos. Corrió hacia su querido compañero, pero antes de que pudiera alcanzarlo, Gunnar se abalanzó sobre él, empujándolo con fuerza al suelo.

—¡Esto es por Astrid! ¡Tu novela me ha condenado! —rugió Gunnar; su mirada desquiciada estaba fija en Leif.

El escritor luchó por liberarse del agarre de Gunnar, pero el hombre parecía poseído por una fuerza sobrenatural. Con cada intento fallido, Leif sentía cómo el terror se apoderaba de él.

La escena se convirtió en un caótico torbellino. Mientras Gunnar culpaba a Leif por un acto ficticio en una de sus novelas, Leif trataba de entender cómo un relato literario podía llevar a tal horror,

pero comprendió que estaba enfrentando a un alma atormentada, en pleno desequilibrio mental.

El mundo de Leif se vio envuelto en la oscuridad, mientras la figura amenazante de Gunnar lo dominaba. La lluvia continuaba cayendo lánguidamente, ajena al tormento que se desarrollaba en aquel rincón de la ciudad nórdica.

Leif recobró la conciencia envuelto en una nube de dolor, confuso y disgustado consigo mismo; había actuado con pasividad, aprisionado por la debilidad y el miedo. Era un hombre anciano, claro, pero podría haber sido más enérgico y valiente. Sacudió la cabeza. El techo de madera de su estudio se desdibujaba por momentos, como si lo viera desde el fondo de un lago. La sangre que brotaba de una herida en la frente le nublabla la vista. No sabía cuánto tiempo había pasado.

Gunnar ya no estaba en la casa. Thor yacía inmóvil, pero respiraba. Muy débilmente.

Con un esfuerzo inmenso, Leif se arrastró hasta su comunicador mural y pulsó el código de emergencia. Una voz serena le respondió de inmediato, pero él apenas logró balbucear unas palabras antes de desmayarse de nuevo.

Cuando abrió los ojos, la luz era distinta. Todo olía a desinfectante y madera nueva. Una enfermera con runas bordadas en la pechera lo observaba con atención. Le explicó que estaba en el centro de sanación de Mora, y que su agresor no había sido localizado aún. La Red de Armonía había activado el protocolo de búsqueda pero, para sorpresa de todos, y aunque las cámaras de los drones habían registrado el rostro del agresor, el sujeto no figuraba en ningún registro psiquiátrico.

—Eso es imposible —murmuró Leif, apenas audible—. Tiene que haber señales... antecedentes... Dijo llamarse Gunnar.

—¿Gunnar? Hay cientos, miles de personas que se llaman así —dijo la enfermera.

—No lo sé. Sólo mencionó su nombre y una curiosa relación con un personaje de una de mis novelas.

La enfermera no supo qué responder. Era joven, probablemente criada en la certeza de que los sistemas de detección preventiva eran infalibles, que ya no existía lugar para el desvío y todas las personas con perturbaciones habían sido curadas con tratamientos psiquiátricos y terapias.

Los días siguientes fueron extraños. La noticia del ataque conmocionó a la comunidad cultural. En programas de debate, académicos y filósofos se preguntaban si la obra de Leif podría haber tenido un efecto perturbador. El nombre de Astrid, la protagonista de su última novela, se convirtió en una palabra cargada de ambigüedad.

En sueños, Leif escuchaba la voz de Gunnar repitiendo: «Tu novela me ha condenado». Se veía a sí mismo escribiendo la escena donde Astrid asesina al personaje llamado Gunnar, y no recordaba haber sentido que aquello fuera más que una coincidencia de nombres. Pero ahora, el hecho lo perseguía como una premonición, como una culpa.

Una noche, revisando sus notas antiguas, halló algo inquietante: un correo enviado por un lector meses atrás, firmando simplemente como G., en el que se decía perturbado por las similitudes entre su vida y la del personaje. El mensaje parecía inofensivo en su momento. Pero había algo en su tono, una vibración... profética.

Poco después, cuando Leif se hubo repuesto por completo, fue citado por el Consejo de Sabiduría local.

Leif fue recibido por una mujer de edad avanzada, Freydis Jarladóttir, miembro de la Cámara del Equilibrio Ético. En su rostro había respeto, pero también cautela.

—¿Conocía usted a Gunnar antes del incidente?

—No. Al menos no conscientemente.

—¿Está seguro de que el personaje de su novela no fue inspirado por alguien real?

—Astrid y Gunnar eran sólo nombres. Combinaciones que resonaban bien.

Freydis le mostró un expediente. Contenía información clasificada. Leif apenas pudo creer lo que veía: registros de lectura profunda, patrones de actividad neuronal asociados a ciertos pasajes de su novela. Alguien no registrado en las bases de datos había leído *La sombra del pasado* más de treinta veces en dos semanas; la misma persona. Su patrón emocional mostraba una fijación extrema.

—Esto fue una sobrecarga psíquica. La historia, combinada con su estructura mental... fue como un catalizador —explicó Freydis—. Hemos detectado otros casos similares. No tan violentos. Aún.

—¿Quiere decir que la literatura puede romper la mente? —preguntó Leif, en un susurro.

—La mente no. El velo. Lo que separa la ficción del mundo. No todos lo tienen igual de firme.

Leif regresó a Sälen con el alma herida y más preguntas que respuestas. Su casa, reparada, estaba igual que antes, salvo por una ausencia: Thor no había sobrevivido.

Y en la bandeja de entrada de su comunicador, una nueva nota anónima lo esperaba:

No has terminado con Astrid. Ella tampoco ha terminado contigo. Tu historia recién comienza.

Leif contempló durante largos minutos el mensaje en su comunicador. Las palabras destilaban una amenaza sutil, más perturbadora aún por su ambigüedad. ¿Quién lo enviaba? ¿Gunnar? ¿Alguien más? ¿Y por qué esa insistencia en Astrid?

En otro tiempo, habría respondido con sarcasmo o desdén. Pero ahora, había una grieta en su espíritu. Y aunque intentaba convencerse de que todo aquello era producto de una mente enferma, algo en su interior comenzaba a cuestionarse la verdadera naturaleza de su ficción.

Días después, una llamada del Instituto de Historia Alternativa de Uppsala cambió el curso de los acontecimientos. Una mujer de voz pausada, que se presentó como Yrsa Anundsdóttir, pidió reunirse con él en persona.

—Es sobre Astrid —dijo, con una solemnidad que heló a Leif.

El instituto, según recordó vagamente, se ocupaba de explorar «camino narrativos dormidos», líneas de tiempo descartadas, bifurcaciones del devenir que nunca llegaron a materializarse. Lo que en otras épocas se habría llamado historia contrafactual, pero que en tiempos recientes había adquirido un cariz más experimental, casi místico.

Se encontraron en una antigua cabaña frente al lago Siljan. Yrsa era menuda, de mirada intensa y maneras cuidadosas. Le tendió una carpeta con documentos, registros de inteligencia narrativa, como los llamaban ahora.

—Creemos que tu novela no fue completamente ficticia.

—¿Perdón?

—En las estructuras profundas del texto, en los patrones que emergen al aplicar los algoritmos de lectura hipernarrativa, hay coincidencias con una línea temporal descartada en el siglo XIII. Una línea en la que Astrid no era un personaje, sino una figura real. Una mujer que habría liderado un movimiento subversivo en la colonia de Vinland.

Leif la miró como si oyera hablar por primera vez en su vida.

—¿Está diciendo que accedí a recuerdos de una línea de tiempo alternativa?

—No lo sabemos. Puede que tu imaginación haya sintonizado con un residuo narrativo. O que alguien... algo... te haya guiado. Pero lo que importa es esto: si Gunnar también está sintonizado con esa línea, entonces no es un loco. Es un desfasado. Un sujeto cuya psique oscila entre dos realidades.

—Y Astrid...

—Podría ser más que un personaje. Podría estar «activa» en esa otra línea. Y si la fisura crece, podría influenciar la tuya.

Leif se quedó mudo. Por primera vez en su vida, sintió que la ficción no sólo tenía consecuencias, sino que podía tener continuidad en planos que escapaban a la razón.

Esa noche soñó con Astrid.

Estaba de pie sobre un acantilado, con una espada en la mano y una mirada hecha de siglos. Le hablaba en una lengua que él no comprendía, pero sentía que le exigía algo. No perdón. No justicia. Acción.

Al despertar, encontró otra nota en su comunicador, sin firma, sin rastros:

Estás despertando. Pero aún no comprendes el precio.

Leif se sirvió un vaso de hidromiel y encendió la chimenea. Frente a él, el manuscrito inédito de *La sombra del pasado*. Sus dedos temblaban. Porque ya no estaba seguro de que las palabras le pertenecieran. O de que, al escribirlas, no estuviera invocando algo que siempre estuvo allí, esperando.

Leif no escribió nada esa noche.

El manuscrito lo observaba desde la mesa como un animal dormido, como algo que podía despertar si se lo provocaba. A la mañana siguiente, cuando amanecía, se sentó frente a él. No para continuar la novela, sino para leerla desde el comienzo, palabra por palabra, como si la hubiera escrito otro. Tal vez era así.

Mientras avanzaba en la lectura, algo le llamó la atención: los diálogos de Astrid tenían una cadencia que no recordaba haber concebido. Había pasajes —una descripción de la aldea de Jorhild, una canción ritual, un pasaje sobre la cosecha del arándano negro— que parecían más traducciones que invenciones. Empezó a anotar esos fragmentos en un cuaderno aparte.

Los copió en un buscador del Instituto de Historia Alternativa. En segundos, aparecieron coincidencias: textos arcaicos encontrados en Vinlandia, en el yacimiento de Skraelingfjell, y en los manuscritos de Qalassi, una comunidad mestiza que desapareció misteriosamente en el siglo XIV. Nadie había podido descifrar completamente esos escritos. Pero Leif, sin saber cómo, sí.

Días después, recibió un archivo encriptado de Yrsa. En él, se detallaba lo que los investigadores habían llamado el «Fenómeno Astrid»: una secuencia de casos en los que diferentes autores, separados por siglos y culturas, habían descrito a una mujer similar. A veces era guerrera, otras curandera, en una ocasión aparecía como lideresa de un culto disidente. Siempre se llamaba Astrid. Siempre tenía una relación conflictiva con alguien llamado Gunnar. Y casi siempre, el final implicaba violencia.

La noche en que todo se desbordó, Leif soñó de nuevo. No con Astrid. Con Gunnar.

Esta vez lo veía en una ciudad subterránea, caminando entre escombros de tecnología y runas grabadas en pantallas apagadas. Estaba hablando solo, pero sus palabras se escuchaban con claridad:

—Nos robaron la historia. Nos cambiaron el cauce. Pero la memoria está en las grietas. Y Leif... Leif la abrió otra vez.

Al despertar, Leif tenía un dolor agudo en la sien. Y sobre su escritorio, junto al manuscrito, había una hoja que no estaba allí antes. Escrito con su propia caligrafía —pero que no recordaba haber escrito— se leía:

Lo que imaginaste, existió. Lo que escribas ahora, se manifestará.

Alarmado, llamó a Yrsa. Pero la mujer no respondió al llamado.

En su lugar, recibió la visita de una agente de la Cámara del Equilibrio Ético. No era Freydis. Este nuevo rostro era más frío. Se

llamaba Ragnheidur. Le informó que Yrsa había sido «provisionalmente aislada» por razones de seguridad epistémica.

—Hay indicios de que estaba involucrada en la activación de narrativas peligrosas.

—¿Activación?

—Detonantes. Vínculos entre realidades. Su novela, señor Eriksson, ha sido clasificada como catalizador.

Leif sintió una náusea profunda. No sólo por lo que escuchaba, sino porque comenzaba a intuirlo desde hacía días.

—¿Y qué quieren de mí?

—Reescribirla. Neutralizarla. Transformarla en algo inofensivo.

—¿Y si no puedo?

—Entonces otras manos lo harán por usted.

Esa noche, Leif sacó del estante un viejo tomo sobre Leif Eriksson, su homónimo. Era una edición rara, impresa por el Archivo de Narrativas Fundacionales. Releyó el capítulo sobre la decisión del joven explorador de navegar hacia occidente, desobedeciendo las órdenes de su padre, y cómo logró convencer a los reinos nórdicos de mirar hacia América en vez de guerrear entre sí.

Al llegar a una página con una ilustración de Eriksson tocando tierra, notó algo que antes había pasado por alto: entre los rostros de los acompañantes había una mujer. De largos cabellos trenzados. De pie junto al mástil, como si mirara al lector.

Astrid.

Entonces comprendió. No era sólo una figura simbólica. Era la memoria misma del mundo, desgarrada por una decisión, por un relato fundacional. Y ahora buscaba restablecerse. Pero no necesariamente de forma pacífica.

La historia estaba viva. Y reclamaba sus deudas.

Leif se sirvió una taza de infusión de abedul y se sentó frente al manuscrito. Esta vez, con otra intención. No iba a neutralizar nada. Iba a terminar la historia.

Pero a su manera.

El primer párrafo que escribió fue breve:

Astrid camina entre las zarzas de Skraelingfjell, buscando los ojos de Gunnar en el linde del bosque. Sabe que él la ha traicionado, pero también sabe que la historia no está cerrada.

Apenas lo escribió, la tinta digital vibró ligeramente. Como si el texto palpitara.

Leif se frotó las sienes. No sabía por qué había escrito eso. No era una escena planeada. No tenía que ver con su novela. Era... algo más. Algo que quería emerger.

Cerró los ojos. Y ahí la vio.

Vinland, año 1003 d. C.

Astrid se apartó el cabello de la cara con gesto decidido. Su cabello era tan oscuro como la tierra húmeda de las colinas. El aire olía a musgo, a piel curtida, a hierro. Frente a ella, Gunnar afilaba su hacha junto a la hoguera. La miró sin levantar la cabeza.

—No puedes hablar en su favor —dijo Gunnar, la voz cargada de rencor—. No después de lo que hizo.

Astrid no contestó. Al otro lado del claro, Leif Eriksson discutía con los ancianos del clan. Uno de sus hombres, Thorvald, había sido asesinado en un encuentro con los beothuks. Pero Leif decía que había sido una provocación. Que los suyos habían cometido errores.

Astrid sabía que Leif tenía razón. Pero Gunnar... Gunnar sólo pensaba en sangre.

Y la sangre llegaría.

Presente, Sälen.

Leif se despertó con el rostro húmedo. Había llorado. No recordaba hacerlo desde la muerte de su esposa.

El sueño no había sido sólo vívido. Había sido nítido. Como si él *hubiera estado* allí. Como si *conociera* ese bosque, ese campamento. Astrid. Gunnar. Y Leif.

Él mismo.

O su nombre.

O algo más.

Volvió al manuscrito. Releyó la escena que acababa de escribir. Y debajo de las palabras, sin que lo hubiera notado antes, alguien —o algo— había garabateado una frase en un idioma antiguo.

F4TRIM Fƿ ƿXRtI+M - Astrid de Fortine.

Fortine. ¿Una aldea? ¿Una leyenda? ¿Una distorsión?

Abrió el archivo encriptado de Yrsa. Buscó el nombre. Apareció en una crónica semiapócrifa: *La disputa de Fortine*, un conflicto entre vikingos y nativos del noreste americano, borrado de los anales oficiales, pero conservado en fragmentos de huesos tallados, estudiados apenas por círculos reducidos de etnohistoriadores.

Y ahí estaba el nombre. *Astrid*. Junto a *Leif*. Y *Gunnar*.

Vinland, una hora antes del combate.

Leif Eriksson sabía que el equilibrio pendía de un hilo. Shen-

tuwith, el chamán beothuk, se negaba a cualquier acuerdo. Había visto visiones de muerte. Astrid, en cambio, hablaba con Whanasdith en secreto. Había en ella algo que el joven respetaba. Tal vez por eso no la denunció.

Gunnar cargaba su espada. Decía que los beothuks no respetaban la paz. Que habían asesinado a su hermano. Que eran salvajes.

Astrid lo observaba con una tristeza oscura.

—Estás atrapado —le dijo—. No sabes que hay más caminos.

Gunnar le escupió cerca de los pies.

—Tú no eres nórdica. Ni eres beothuk. No eres nada. Sólo palabras en boca de hombres cobardes.

Presente.

Leif escribió todo eso sin pausa. Como si su mano no le perteneciera.

Cuando terminó, se levantó tambaleante. El manuscrito —ahora más grueso que nunca— irradiaba un leve calor. En la pantalla de su comunicador, había un nuevo mensaje.

Al continuar la historia, invocas la raíz del mundo. Pero no eres su dueño. Sólo su canal.

Y debajo, una imagen digital: una runa invertida. *F*, Fehu, la riqueza. Pero invertida significaba pérdida. Desequilibrio.

En la puerta de su cabaña, alguien golpeó.

Leif se acercó. No era Gunnar. No era Yrsa. Era un anciano de mirada intensa, piel cobriza, con el cabello recogido en una trenza larga. Sostenía un bastón decorado con huesos y plumas.

—Shenastuwith —susurró Leif, sin saber por qué lo conocía.

El anciano asintió.

—Es hora —dijo en voz grave—. La historia que sellamos con sangre... ha comenzado a sangrar de nuevo.

Vinland, año 1003 d. C.

La niebla cubría los abedules como un sudario. Desde la cima del promontorio, Astrid vio cómo los beothuks rodeaban el asentamiento. No había cuernos de guerra, ni gritos. Sólo la determinación de un pueblo que había decidido acabar con la amenaza extranjera.

Leif Eriksson intentó hablar. Shenastuwith, impasible, alzó la mano. Sus hombres lanzaron sus flechas que silbaron en el aire y cayeron sobre los techos de turba. Hombres y mujeres corrieron sin sentido. Gunnar tomó su espada y se lanzó al combate, gritando el nombre de Thorvald.

Astrid corrió hacia los establos, donde los niños se ocultaban. Un guerrero beothuk se interpuso. Astrid no dudó. Lo derribó con una piedra. Pero ya todo estaba perdido. Jorhild ardía. El sueño de Vinland se deshacía en humo.

Y Leif, herido, vio morir el futuro entre llamas y gritos.

Presente, Sälen.

Leif caminó por las calles como si fueran un sueño a punto de desvanecerse. La luz tenía un tono diferente. Algo en el aire era más denso, más torcido.

Lo notó en los rostros de algunas personas. Pequeños gestos, miradas esquivas. Eran figuras *mal encajadas* en esa realidad equilibrada. No como Gunnar, que era un caos a gritos. Estos eran silenciosos. Disimulados.

Desfasados.

Uno de ellos lo siguió hasta la plaza del mercado. Otro lo obser-

vó desde la terraza de la biblioteca. Leif los reconoció. No por sus caras, sino por el vacío que llevaban adentro. Como si vinieran de una tierra sin dioses, sin códigos éticos, sin esperanza.

Eran fragmentos de esa otra historia. La verdadera. *La nuestra.*

Yrsa, desde su clandestinidad, le envió un último mensaje:

Se está abriendo, Leif. La grieta. Y sólo una sangre puede cerrarla: la del autor.

Leif entendió.

La noche anterior al solsticio, dejó la cabaña. En la cima del monte Surt, encendió una hoguera con páginas de su manuscrito original. Llevaba consigo la nueva versión: una en la que Astrid sobrevivía, en la que el pacto con los beothuks era sellado, en la que Vinland florecía.

Y allí lo esperó.

Gunnar no tardó en aparecer. Su figura parecía aún más descompuesta por el desgarramiento entre líneas. En su cara no había odio, sino resignación. Como si ambos supieran el desenlace desde siempre.

—¿Sabes lo que tengo que hacer? —dijo Leif.

—Sí. Y yo debo darte muerte.

El combate fue breve. Leif apenas se defendió. Cuando cayó, sus últimas palabras fueron:

—Que esta historia prevalezca.

Gunnar levantó su cuchillo, y lo vio brillar. Pero en el instante en que lo hundió, una ráfaga de luz —como aurora boreal estallando desde dentro— lo envolvió.

Y se deshizo.

Como un sueño olvidado al despertar.

Después.

La aldea de Sälen amaneció cubierta de escarcha. Pero el aire era limpio. Las calles, tranquilas. Nadie recordaba a Gunnar. Nadie recordaba la brecha.

Sólo un nuevo libro aparecía en las bibliotecas: *La semilla de Vinland*, de Leif Eriksson. Una novela sobre esperanza, encuentro, equilibrio.

Y en la escuela local, los niños aprendían que el primer pacto entre pueblos en América no fue de guerra, sino de alianza. Que Astrid fue la mediadora. Que Leif entregó su vida por el mundo.

En una vitrina del Instituto de Historia Alternativa, una hoja manuscrita se conserva. En ella, una sola frase:

Lo que se narra con verdad, puede cambiar el mundo.

Un nieto de Leif Eriksson, Ivar, ingeniero ambiental, aficionado a la música de cámara y a la cocina con fermentos, sólo visitaba Sälen en los solsticios, por costumbre más que por devoción. Había crecido en una sociedad que había aprendido a no cargar con el peso de los ancestros. El equilibrio, como el pan de centeno, se daba por sentado.

La muerte de su abuelo no lo sorprendió. Leif había vivido muchos inviernos. Y siempre pareció estar más allá del tiempo, como los árboles que rodeaban la cabaña.

Ivar entró en la casa de madera con pasos medidos. El aire aún guardaba el olor a hidromiel y libros viejos. Sobre la mesa del estudio encontró el manuscrito. Un cuaderno grueso, encuadernado a mano, con una cubierta de lino azul.

No tenía título.

Lo hojeó. Las primeras páginas hablaban de Astrid, de Vinland, de pactos con pueblos antiguos. Luego, algo más críptico: sueños, desdoblamientos, una lucha contra un tal Gunnar. Y finalmente, un sacrificio.

Ivar arqueó una ceja. ¿Ficción? ¿Delirio senil?

No lo supo. Pero una frase, subrayada con trazo firme, lo hizo detenerse:

La historia verdadera es aquella que elige ser contada.

Miró por la ventana. El bosque estaba quieto. No había grietas en la realidad. El mundo era armonioso. Inteligente. Solidario.

Pero por un instante —leve como un chasquido de rama seca— se preguntó: *¿y si no lo fuera?* ¿Y si hubiera existido otra historia... de sangre, de codicia, de abandono de la tierra?

Sacudió la cabeza. Tonterías. Las generaciones nuevas ya no pensaban en esas cosas.

Guardó el cuaderno en su bolso de viaje. Lo donaría al Archivo de Narrativas Personales. O no. Tal vez lo olvidara en una repisa. Se encogió de hombros. Y salió, sin mirar atrás.

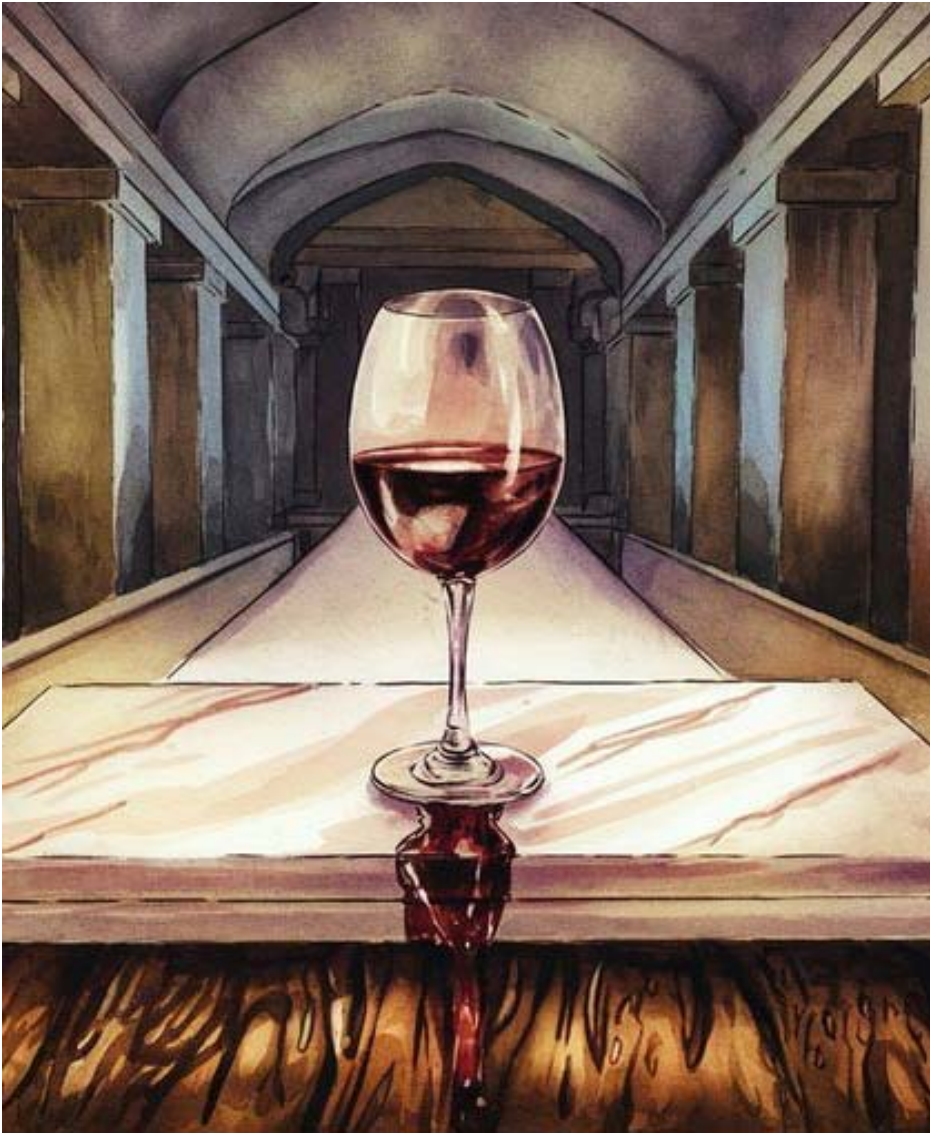


El mausoleo

Àngels Gimeno

Escritora española (Barcelona, Cataluña). Autora de, entre otros títulos, la trilogía *Barcelona mágica*, compuesta por las novelas *El diablo azul*, *Como un tiburón* y *El vestido*, publicadas en Tampa y Miami (Florida, Estados Unidos) por Portilla Publishing y Lady Valkyrie Publishing; de la serie *Creativos de la vieja Europa*, doce biografías de creativos residentes en España (Portilla Publishing), y del libro de relatos *Las mil y una noches del Liceu* (2022). La Biblioteca del Congreso de Estados Unidos (Washington) ha grabado novelas suyas para lectores de habla hispana con problemas visuales, libros compartidos por distintas bibliotecas estadounidenses. Es coautora de *La ciencia ficción española* (Ediciones Robel, Madrid, 2002). Durante años ha colaborado, con seudónimo, en la edición de novelas de ciencia ficción, terror, románticas, novela negra, etc. con traducciones en Portugal y Brasil. Ha realizado reportajes sobre seguridad ciudadana publicados en la revista *Vivir en Barcelona*. Presidió la mesa inaugural del festival literario BCNegra (2019). Ha obtenido el Premio Sant Jordi La Bisbal del Penedès (2018 y 2019). Textos suyos han sido incluidos en diversas antologías.

Las malas lenguas aseguran que en esas fiestas tuvo tratos con un poderoso diablo femenino, Noctiluca, a quien ofrecían sacrificios. Ya sabes, hay demasiada gente envidiosa que no tolera el éxito del prójimo.



El mausoleo

Àngels Gimeno

Felipe Belmont era un hombre francamente atractivo. Próximo a la cuarentena, era capaz de complacer a la mujer más exigente: guapo, extrovertido y rico, era el clásico seductor lleno de recursos. Poseía extensos viñedos que se convertían en unos caldos afamados y carísimos, con botellas numeradas, que se vendían en los restaurantes más selectos de Europa. La hacienda era una vieja herencia familiar, un ancestro procedente de la Borgoña francesa había visto las enormes posibilidades de aquellas tierras y había adquirido una gran extensión para comenzar a cultivar sus viñedos.

Felipe Belmont no era capaz de distinguir entre las variedades de uva que se cultivaban en sus dominios. ¿Monastrell, Cabernet Sauvignon, syrah, garnacha? Eso lo dejaba para sus expertos en ampelografía, asalariados que sí amaban la tierra que les brindaba sus frutos. Él no necesitaba encallecer sus manos, ya andaba bastante ocupado gastándose los beneficios proporcionados por esos viñedos.

Marina le conoció en una presentación de coches híbridos de lujo que se celebraba en los jardines de una torre espectacular en la parte alta de la ciudad, alquilada para el evento por una marca nipona. Los coches eran el pretexto, porque lo que en realidad importaba a los congregados era la cata de los excelentes caldos de la zona mientras alternaban con gente de su nivel económico y social. El ambiente era distendido entre los hombres, viejos conocidos en su mayor parte, que no se cortaban en intercambiar comentarios de lo que le harían a tal o cual camarera que les parecía atractiva. Por su parte, las mujeres invitadas escaseaban.

Marina estudiaba hostelería y trabajar como camarera sirviendo en aquel tentempié era una demostración práctica de los conocimientos adquiridos. Un poco nerviosa, tuvo un pequeño percance con una copa que se tambaleó en la bandeja. Felipe Belmont le dedicó una sonrisa, restando importancia al incidente; el vino había manchado ligeramente su chaqueta azul «navy». «No te preocupes», le dijo con una sonrisa.

Marina quería fundirse, pero la actitud amable de aquel hombre tan apuesto la tranquilizó bastante. El resto de la presentación transcurrió sin más incidentes. La muchacha se sintió observada a distancia por aquel sujeto que formaba parte de la *jet set*, a aquel evento no estaba invitado ningún mindundi. Sabía quién era, le había visto en algún telediario del canal autonómico.

Finalizado el acto, alrededor de las cuatro de la tarde, Marina sustituyó el uniforme negro por su ropa habitual, tejanos ajustados y una camisola blanca sin mangas. Abandonó el recinto por la puerta de servicio y anduvo hacia la carretera, debía caminar un buen trecho hasta llegar a la parada del autobús. Llevaba una mochila con los estilizados zapatos de tacón alto utilizados durante el servicio y el resto del uniforme negro. Un calzado más cómodo le permitía avanzar con ligereza por los senderos de gravilla. Con diecinueve años, era grácil y esbelta, con una larga melena castaña que recogía en una cola de caballo que oscilaba en su rápido caminar. Era el mes de mayo, pero el sol ya se desplomaba como un flagelo candente sobre los caminos.

Un tenue claxonazo le hizo girar la cabeza. Descubrió al hombre amable de la convención, a bordo de un coche negro descapotable, un BMW. Él le sonreía ampliamente y alargó el brazo para abrir la portezuela del copiloto.

—Sube, acompañarme un rato es lo mínimo que puedes hacer para disculparte, mi chaqueta aún huele a vino por tu culpa. Menos mal que no me has mojado los pantalones, alguien podría pensar que me he meado encima.

El camino estaba muy solitario y Marina aceptó subir al coche, que le pareció espectacular. Nunca había viajado en un descapotable

tan caprichoso como aquel. Olía a nuevo, a la piel de sus asientos blancos ergonómicos. Él le dio gas de golpe y el caballo mecánico arrancó emitiendo algo parecido a un relincho festivo.

—¿Cómo te llamas? Yo soy Felipe Belmont.

—Le he reconocido, alguna vez le he visto en la tele —respondió—. Soy Marina López.

—Vamos a dar una vuelta, así charlaremos y nos conoceremos un poco.

Su pie se aplastó contra el pedal del gas. A aquel hombre le gustaba hacer alarde de velocidad, quizás pretendía asustar un poco a la joven.

—Bueno, yo... Mi madre me espera.

—Tranquila, no soy ningún lobo feroz, y aunque seas muy joven, tampoco creo que tú seas una inocente caperucita. No rechaces mi compañía, soy un tipo original, con muchos recursos. Las mujeres dicen que soy encantador.

Hablaba con aplastante seguridad, pero sin una actitud ofensiva ni prepotente. Se veía relativamente joven, aunque daba sensación de poseer experiencia en todos los órdenes de la vida, y de él irradiaba una ola de convincente sugestión masculina.

—Ahora seré yo quien te invite a una copa, y en el lugar que menos puedes imaginar. Me gusta sorprender a las mujeres hermosas como tú.

Recorrieron bastantes kilómetros, siempre a alta velocidad, hasta llegar a las inmediaciones de los propios viñedos Belmont, ahora bañados por el sol del atardecer. Perpleja, Marina constató que él no se detenía, siguió circulando hasta cruzar la verja de entrada del cementerio. El paraje estaba desierto y absolutamente silencioso, no se oía piar ningún pájaro, ni siquiera zumbidos de insectos. Podía esperar que un hombre como aquel le propusiera ir a un hotel o a su propia mansión para relajarse, pero la idea de acabar en un camposanto la desconcertó.

El coche circuló hasta detenerse frente a un mausoleo de enormes proporciones, casi parecía un templo griego. Dos cariátides de estilizadas figuras femeninas semidesnudas sostenían el pequeño atrio de entrada. En el frontispicio, grandes letras en relieve anunciaban que pertenecía a la familia Belmont.

—Estimada Marina, vas a tener el privilegio de ver el interior del mausoleo de mi familia, algo que muy pocos han conseguido. Y la razón es que ahí dentro guardo unas botellas de lo más selecto de mis bodegas como homenaje a la figura del abuelo, le enterraron con ellas cerca, como a los faraones con sus tesoros. Él aseguraba que el vino iluminaba la mente y alargaba la vida porque mataba todos los microbios nocivos y vivificaba la sangre. También decía que el ritual de saborear un buen trago es parte de *la joie de vivre*. Ahora, vamos a descorchar una botella muy especial, la llamamos Lágrimas de Diablesa, seguro que en tu vida has paladeado un vino tan selecto como ese.

Arrastrada por el carisma y la seductora personalidad del hombre, Marina se apeó del coche y pudo ver de cerca el panteón. De planta cuadrada, no era nada siniestro. Unas cristaleras de vidrio emplomado, representando racimos de uva con sus pámpanos, permitía la entrada de una luz violeta en el recinto, que tendría unos veinte metros cuadrados. Felipe abrió la puerta con una llave que colgaba del mismo llavero que las llaves del coche deportivo y franqueó la doble y pesada puerta de madera, que emitió un gruñido que parecía una protesta por la irrupción de seres aún vivos en el recinto. Accionó un conmutador y una batería de velas eléctricas iluminó el lujoso mausoleo como si fuera el interior de una capilla.

—El abuelo era muy caprichoso y planificó dónde reposarían sus restos con mucha antelación y sin descuidar detalle. A este lugar sólo le falta el wifi. ¿Qué te parece la tumba?

Marina parpadeó.

—Qué estatua tan realista.

Felipe asintió con una risita cómplice.

—El abuelo viajaba a París con frecuencia. Hace muchos años visitó el cementerio del Père Lachaise y quedó fascinado ante la tumba de Víctor Noir, que era el alias del periodista Yvan Salmon, asesinado a tiros con sólo veintidós años. Él decidió que quería una estatua muy parecida, con una visible erección y el botón superior de la bragueta abierto. Quizás esperaba recibir la caricia de manos femeninas como ha ocurrido con la figura de Noir, que está desgastada en esa parte. Tomó fotos desde distintos enfoques y las pasó a un escultor que no era famoso, pero al que Miguel Ángel no hubiera rechazado en su taller. Como verás, la figura yacente es muy similar a la de Víctor Noir, pero con las medidas exactas del cuerpo del abuelo y los rasgos de su rostro. Como Noir, el abuelo tenía fama de mujeriego, a él le gustaban todas las mujeres menos su esposa. El hecho de que copular con ella fuera legal y hasta tuviera la bendición del Papa, decía que le quitaba toda la gracia. Preparó esa estatua con mucha antelación. La guardaba en las propias bodegas hasta que llegara el momento de su muerte y se rumorea que celebraba fiestas, orgías y misas negras con amigos en torno a esa figura que le representaba en su mejor momento físico.

—Caramba con tu abuelo, no tenía miedo a planificar su entierro.

—En absoluto. Las malas lenguas aseguran que en esas fiestas tuvo tratos con un poderoso diablo femenino, Noctiluca, a quien ofrecían sacrificios, algún animalejo la palmaría. Ya sabes, hay demasiada gente envidiosa que no tolera el éxito del prójimo. Él creía en la vida eterna y hubiera preferido que su magnífica escultura quedara en el cementerio a la vista de todos cuando falleciera, pero al final optó por mandar construir este mausoleo para no soliviantar más a la familia y al párroco, a quien una figura tan realista le parecía poco menos que pornográfica. Muy pocas personas han visto esta estatua, puedes considerarte una privilegiada. No me negarás que soy original, te ofrezco catar el mejor vino de mis bodegas y en un escenario insólito, pero tú lo mereces, eres una joven preciosa.

Delante de la tumba destacaba una larga mesa de mármol blanco, que más parecía un altar para ofrendas, y una vinoteca de madera conteniendo diversas botellas y copas, quizás para mitigar la pena y entornarse mientras se elevaba una plegaria en memoria

del difunto. Por las fechas grabadas en la lápida, hacía casi cuarenta años del fallecimiento. No había ningún símbolo cristiano visible, tampoco flores. Sí descubrió en el pavimento de mármol blanco una espiral triple con simetría rotacional, un triskelion, aunque la muchacha ignoraba que se diera ese nombre al símbolo que los celtas utilizaban para representar la vida eterna. En un ángulo, había un pequeño lavamanos también de mármol con su grifo correspondiente; allí no faltaba ni el agua corriente. ¿Habría también un retrete? No fue capaz de preguntárselo al hombre.

Arrastrada y un poco sugestionada por la poderosa personalidad de Felipe, la muchacha tomó en su mano la copa con el vino tinto que él escanció. La movió delicadamente para oxigenarlo como le habían enseñado a hacer, captó los intensos aromas y, al paladearlo, constató que su sabor era denso, profundo, auténtica sangre arrancada a la madre Tierra para deleite de los sentidos.

—La opinión del abuelo era que los hombres, como el buen vino, ganaban presencia y aumentaban su valor con el paso del tiempo.

Felipe seguía hablando persuasivo, su voz sonaba ronca y agradable a los oídos, tenía un ligerísimo acento francés que había mantenido y cultivado tras su paso por un selecto colegio de Dijon. En un momento dado, Marina dejó de oírlo.

Cayó en un profundo sueño en el que creyó ser poseída encima del altar de mármol por el hombre que repetía una especie de salmo con voz profunda y desgarrada: «Acepta este nuevo sacrificio, toma la energía de esta alma tan joven; a cambio, dame otros cinco años». Marina no experimentó placer alguno, sí un profundo dolor en su bajo vientre y en su espalda por la violencia del coito sobre el ara.

Cuando abrió los ojos, una profunda oscuridad la envolvía. Conmocionada, estuvo segura de haber sido drogada por Belmont. ¿Qué mejunje habría introducido en la copa de vino con que la obsequiara? Palpó a su alrededor y, aterrada, se descubrió tendida dentro del sarcófago de mármol con paredes recubiertas de madera de roble, como las barricas en las que dormía el vino para arrebatarle su sabor. Sería imposible escapar de allí por sus propios medios, la tapa era demasiado pesada. Junto a su cuerpo, palpó la mochila con sus perte-

nencias. Iba a sufrir la tortura más temida por la humanidad: ser enterrada viva. El aire se filtraba apenas por alguna fisura de la pesada tapa. El ominoso silencio la aplastaba brutal como otra losa, sólo alterado por el palpito ansioso de su corazón, por una respiración rayana en estertor. Sería una muerte lenta y espantosa para otorgar un lustro más de vida a Felipe Belmont y que mantuviera su vigor juvenil; no en vano todos creían que era el nieto del patriarca. Los pactos con las fuerzas infernales debían respetarse y nunca eran gratis; conseguir un tiempo más de vida se pagaba con la muerte de otro ser. En aquellos cuarenta años, ¿cuántas jóvenes habrían sido sacrificadas en aquel mausoleo donde se ahogaban sus gritos de terror clamando auxilio?

Una claridad brutal impactó en sus pupilas a través de los párpados cerrados. Se agitó y, cuando esperaba notar la dureza del sepulcro, constató que yacía sobre un colchón; lo palpó con la mano que tenía libre del gotero.

—Marina, Marina, despierta.

Una voz femenina la interpelaba por su nombre. Abrió los ojos y descubrió la figura de una mujer, vestida de verde. Sostenía una linterna en su mano que dirigía a sus aterradas pupilas, que se empequeñecieron de golpe.

—¿Estoy ya en el otro mundo? —balbució con un hilo de voz.

—No, no, estás en el hospital, todavía tienes que dar mucha guerra. ¿Cómo te sientes?

—Dios mío, ¿quién me ha sacado del sepulcro?

—¿Sepulcro? Por lo que sé, la policía te encontró tirada en la carretera comarcal. El coche en el que viajabas sufrió un terrible accidente y saliste despedida, no sabemos si por la portezuela o la parte trasera, era un descapotable. Darías unas cuantas volteretas, tienes un montón de contusiones, pero nada que ponga en peligro tu vida. Has tenido suerte.

—No, no, Felipe Belmont me invitó a ver el sepulcro de su familia, me drogó, me violó...

—¿Estás segura? ¿Eso ocurrió antes del accidente?

—¡No hubo ningún accidente!

—Tranquilízate, me temo que sufres una terrible confusión mental. Tu cerebro ha alterado la realidad, debes confundir verte encerrada en el coche con un sepulcro. Descansa, mañana vendrá a verte un agente de la policía. Hablarás con él y te ayudará a clarificar tus recuerdos.

No era la primera vez que la enfermera se topaba con relatos alucinantes de los pacientes, en ocasiones causados por ingesta de drogas o por los traumatismos craneales sufridos. Había escuchado tantas historias raras que las palabras de Marina no consiguieron asombrarla ni alarmarla. Optó por abrir un poco más la palometa del gota-a-gota que recibía la muchacha; en el suero estaba incluido un relajante que aliviaría sus doloridos miembros y la haría dormir profundamente.

La joven comenzó a sollozar. Las imágenes del mausoleo no se desdibujaban en su mente y eran terriblemente reales. Felipe Belmont había hecho un pacto satánico, no quería morir ni envejecer y para ello ofrecía el sacrificio de mujeres jóvenes con cuyas vidas pagaba un lustro de vida. Y ella había sido una de esas víctimas.

Sin darse cuenta, se sumió en un profundo sueño. La despertó el ruido del televisor que colgaba en la pared de delante. Alguien lo había conectado, posiblemente un familiar de la otra mujer que yacía en la cama contigua, la descubrió al ladear el rostro.

Estaban emitiendo un informativo. En primer plano se veía el retrato de archivo de un hombre, era Felipe Belmont. Seguían las imágenes del incendio de un vehículo; envuelto en llamas era imposible determinar la marca, el color. La hoguera recordaba la cremación de una falla en la que se consumía el lujoso vehículo como un sacrificio a la ostentación.

—Hemos de lamentar el fallecimiento del conocido empresario Felipe Belmont, actual propietario de los viñedos Belmont, de larga estirpe familiar. Con él desaparece una figura muy relevante del mun-

do vinícola, sus botellas de Lágrimas de Diabla han presidido las mesas más selectas a nivel mundial. Una vez más, la carretera nos arrebató a uno de los hijos predilectos de nuestra comunidad. Se supone que, por un exceso de velocidad, su coche derrapó en una curva y se estrelló violentamente contra un muro de piedra seca. Se incendió y, cuando los agentes tuvieron noticia del accidente y se personaron en el lugar, nada pudieron hacer por salvar su vida. Había sufrido tan terribles quemaduras que su rostro era irreconocible. Descanse en paz. Nuestro sentido pésame a sus familiares y amigos.

Marina comenzó a temblar, presa de demoledoras emociones. Perturbada, pensó que el infierno no quería perder a uno de sus acólitos.

Pasaron las horas, era ya noche cerrada. El silencio se adueñó de los pasillos como un fantasma invisible, nadie deambulaba por ellos. Cambió el turno y otra enfermera hizo su ronda en la habitación de Marina. Comprobó las constantes en un monitor y, conteniendo un bostezo, corrigió la dosis del gotero, de aquel suero con opiáceos añadidos que se introducía en el cuerpo de la joven a través de sus venas, alterando sus sueños que podían convertirse en pesadillas plagadas de espantosas imágenes y sensaciones. Cerró la puerta y salió de la estancia para refugiarse en una sala donde un grupito de enfermeras se reunía, charlaban, reían y también tomaban alguna copa de vino para confortar la larga noche donde nada inusual solía ocurrir. Y para que todo estuviera en calma, no era mala idea aumentar la dosis de sedantes a sus pacientes para que no las molestaran.

¿Dónde estaba? Marina se debatió, abrió los ojos bruscamente, viéndose rodeada de una opresiva y profunda oscuridad. Alargó sus manos y se dio cuenta de que estaba encerrada, notó un techo pétreo sobre su cabeza y unas paredes de madera envolviendo su cuerpo. ¡Había regresado al interior del sepulcro para que prosiguiera su sacrificio con tal de que Belmont se mantuviera vivo y joven! ¿Verse tendida en la cama del hospital sólo había sido un espejismo consolador, inducido por el pavor y la desesperación? ¿Dónde acababa la ficción del sueño, dónde comenzaba la realidad?



Las arpías también rezan

Darissa B. Glamforn

Escritora española (León, 1997). Estudiante de lengua española y literatura. Textos suyos han sido incluidos en las antologías benéficas *Disconectados* (2022) y *Diferetelling* (2024).

Medea se vistió con la túnica dorada que había tejido durante las lunas de su propio desamor. Cada hilo era lana de ovejas sacrificadas a Hécate, y cada brocado, una maldición urdida en silencio.



Medea, con los hijos muertos, huye de Corinto en un carro tirado por dragones (1887), de Germán Hernández Amores Museo del Prado

Las arpías también rezan

Darissa B. Glamforn

La luna era un ojo cerrado aquella noche, y el mar olía a algas podridas. Medea trepó hasta el acantilado con las plantas de los pies ensangrentadas, como siempre hacía cuando quería recordarse que aún era humana. En lo alto, entre rocas quebradas por el tiempo, se alzaba el altar: un bloque de obsidiana pulida donde una serpiente de bronce devoraba su propia cola. Era Hécate quien la había guiado hasta allí diez años atrás, cuando el nombre de Jasón sólo era un susurro entre las brumas de las leyendas que hablaban de los Argonautas y del Vello de Oro.

Colocó sobre las brasas el halcón que había cazado al amanecer. Su cuerpo aún estaba tibio y al degollarlo la sangre le salpicó el pecho como una lluvia de semillas. El humo se elevó en espirales violáceas dibujando rostros que Medea no quería mirar: su hermano Apsirto, su padre Eetes, Jasón...

—¿Otra vez lloras por ellos? —rugió la voz de Hécate surgiendo del vientre de la tierra—. Los dioses no se alimentan de lamentos, sino de sacrificios.

Medea apretó el cuchillo ritual contra su palma hasta que el dolor le nubló la vista. Sabía lo que pedía la diosa. Desde que Jasón la repudió para casarse con la hija del rey de Corinto, Hécate le había mostrado el mismo sueño: dos niños rubios jugando en un jardín y luego, llamas.

La serpiente de bronce cobró vida por un instante. Sus fauces se cerraron sobre la garganta del halcón sacrificado y de su boca brotó un hilillo de sangre fresca que cayó en un cuenco de arcilla del que Medea bebió. El líquido ardía como licor de granadas y en

su éxtasis vio el futuro: ella envuelta en una capa de oscuridad y estrellas con los cabellos blanco perla y rodeada de las peticiones de miles de fieles.

—Eres mi hacedora de prodigios —susurró Hécate—. Destruye lo que más amas y nacerás de nuevo: ni mujer ni diosa, sino una venganza divina.

Cuando el viento arrastró las últimas palabras, Medea talló una palabra en griego antiguo sobre el altar: Némesis, justicia divina, o tal vez sólo venganza.

La sangre del halcón se secó rápido bajo la luna negra, pero el sabor a metal siguió ardiendo en la garganta de Medea mientras descendía del acantilado. Las sombras del camino se retorcieron como serpientes y, por primera vez en años, no fueron sus pies descalzos los que pisaron Corinto, sino las garras de Hécate, afiladas y ancestrales, hundiéndose en la tierra.

El palacio dormía. Las antorchas de los guardias dibujaban círculos de luz estéril en los muros, pero Medea conocía los pasadizos secretos: aquellos que usaba para escapar de Jasón los días en que su amor aún olía a salvia quemada. Ahora, el mismo camino la llevaba hacia la habitación infantil.

Los niños yacían entrelazados en su cuna de ébano, inocentes como liebres bajo la nieve. Dioneo, el mayor, tenía los rizos de Jasón, pero en los párpados de Feres, al temblar en sueños, Medea vio el mismo tic nervioso de su hermano, al que despedazó para retrasar la persecución de su padre. ¿No es la sangre un hilo que cose generaciones?, pensó, mientras deslizaba el puñal ritual sobre la mejilla de Dioneo. El niño sonrió creyendo que era el beso de la brisa.

—Madre —murmuró Feres, volviéndose hacia ella con los ojos cerrados—. Cantas como las hojas.

Medea contuvo el aliento. No había cantado en años, pero recordó la nana que se entonaba a sí misma en Cólquida, cuando los barcos griegos aún eran pesadillas lejanas.

—Duerme, duerme, pequeña loba, que la noche tiene dientes

de plata... —su voz se quebró al llegar al estribillo, y en ese instante, Hécate le habló a través del viento que se colaba por las rendijas de las ventanas.

—¿Vacilas? Ellos son semillas de un árbol que nació muerto. Jasón los usará como moneda de cambio como te usó a ti.

El puñal tembló y en el filo, Medea vio reflejada su propia imagen: no el rostro de una madre, sino el de una sacerdotisa con los labios pintados de carmín y el cabello trenzado con cuentas de hueso. ¿Cuándo dejé de ser humana?, se preguntó. Tal vez cuando eligió amar a un héroe que sólo amaba su fama.

Dioneo despertó. Sus ojos verdes, idénticos a los de Jasón, se clavaron en ella sin miedo.

—¿Vas a matarnos? —preguntó con la serenidad de un niño que no comprende la muerte.

Medea sintió que el suelo se abría. Quiso arrojar el puñal, huir, pero entonces olió naranja y azahar, el perfume de Glauce, la prometida de Jasón, impregnando los tapices. Recordó a la princesa riendo en el jardín, arrojando migas a los cisnes como si el mundo fuera su juego. Ella los criará, entendió. Les enseñará a odiar mi nombre.

—No, mi pequeño —mintió, acariciando la cabeza de Dioneo—. Voy a liberaros.

El primer gemido de Feres fue tan suave que pudo confundirse con el chirrido de un grillo. Pero cuando la sangre caliente salpicó el vestido de Medea, ésta ya no era una mujer, sino un instrumento. Hécate cantó en su oído mientras trabajaba, una melodía antigua que hablaba de ciclos: Todo lo que nace debe morir, todo lo que muere renace.

Al terminar, envolvió los cuerpos en el manto de Jasón —aquel que ella misma había tejido para su boda— y lo clavó con el puñal al suelo. La tela absorbió la sangre como raíces sedientas y, por un momento, flores negras brotaron de las heridas.

La sangre de los niños aún goteaba del manto maldito cuando Medea lo arrancó del suelo. Las flores negras se desvanecieron al instante, convertidas en ceniza que el viento esparció sobre Corinto como un presagio. En el patio del palacio, las lámparas de aceite brillaban como cien pupilas enfurecidas y el sonido de las flautas anunciaba que la boda había comenzado.

Medea se vistió con la túnica dorada que había tejido durante las lunas de su propio desamor. Cada hilo era lana de ovejas sacrificadas a Hécate, y cada brocado, una maldición urdida en silencio. Al pasar frente a un espejo de plata, vio que su cabello se había vuelto blanco perla por completo.

En el salón, los invitados bebían vino mezclado con miel y promesas. Jasón estaba junto a Glauce, cuya sonrisa era tan amplia como ingenua. La princesa llevaba un vestido blanco bordado con margaritas y al ver a Medea palideció, aunque su educación le obligó a asentir con cortesía.

—Un regalo para la novia —Medea extendió el manto envenenado y la sala contuvo el aliento—. Tejé cada hilo con estrellas robadas del cielo de Cólquida —mintió con dulzura porque toda hechicera sabe que las mentiras más letales son las que se parecen a un deseo.

Glauce dudó. Sus dedos, cubiertos de anillos que nunca habían tocado el dolor, temblaron al rozar la tela. Por un instante, Medea quiso gritarle: «Corre, niña. Él te devorará como a mí». Pero entonces recordó a los niños muertos, su sangre convertida en el último toque de su maldición, y el susurro de Hécate resonó en sus sienes: «La piedad es un lujo para los que no han visto su propio corazón roto».

—Vístete con él —ordenó Jasón ansioso por demostrar su dominio—. Que todos vean la generosidad de mi... —dudó al buscar la palabra correcta—... antigua esposa.

El manto se ajustó al cuerpo de Glauce como una segunda piel. Al principio, brilló con una luz dorada y los invitados aplaudieron. Pero cuando la luna alcanzó su cenit, las fibras comenzaron a mo-

verse. Serpientes de lana viva, teñidas con belladona y rabia, se enroscaron alrededor del cuello de la princesa.

—¡Quítatelo! —gritó Jasón, pero era tarde.

Las llamas surgieron de ninguna parte azules como los ojos de Medea y envolvieron a Glauce en un torbellino que olía a azafrán quemado.

La princesa danzó, no por placer, sino porque el fuego contraía sus músculos como cuerdas de arpa. Medea observó, inmóvil, mientras la carne de Glauce se fundía y revelaba el cráneo, blanco y frágil bajo el festín de las llamas. Así serán todos tus amores, quiso decirle a Jasón. Ceniza que el viento borraré.

Los invitados huyeron, pero sus gritos se confundieron con los de los caballos en los establos, donde las bestias relinchaban al oler la muerte. Medea caminó entre las mesas derribadas, recogiendo uvas pisoteadas y restos de pan. Con ellos, trazó un círculo en el suelo y susurró:

—Esta es mi última ofrenda, Hécate. ¿Estás satisfecha?

La diosa no respondió con palabras, sino con un enjambre de abejas de carbón que surgió de las llamas de Glauce y se posó sobre los hombros de Medea como un manto de ruido.

Las abejas de carbón guiaron a Medea hasta el acantilado donde años atrás había jurado amor a Jasón. Ahora, el mar rugía como un león herido y en el horizonte el sol ascendía teñido de púrpura como una herida abierta. Medea se despojó de la túnica dorada y manchada de ceniza y sangre, y lo sustituyó por la piel de una loba que había matado en Tesalia. La bestia le gruñó en sueños: «Vestirás mi furia y olvidarás tu alma».

En la arena talló los nombres de los niños en tablillas de cera virgen. Dioneo, por el dios que niega el dolor. Feres, por el verdugo que todos llevan dentro. Al terminar, las arrojó al agua. El mar las devoró con avidez y, en cada ola que rompía, Medea juró escuchar risas infantiles mezcladas con el canto de Hécate.

—¿Qué has hecho? —la voz de Jasón retumbó a sus espaldas.

Él ya no era el héroe de antaño: su túnica estaba chamuscada, los ojos inyectados en sangre parecían pozos sin fondo, y en sus manos, aún temblorosas, sostenía la espada con la que había masacrado pueblos enteros por fama. Ahora, esa misma hoja se cernía sobre Medea.

Ella se volvió lentamente. No blandió armas, ni maldiciones. Sólo sostuvo entre sus dedos un mechón de pelo de Glauce que el fuego no había tocado.

—Lo que tú nunca tuviste valor de hacer —respondió—: romper el ciclo.

Jasón blandió la espada, pero su golpe fue torpe, desesperado. Medea lo esquivó como se esquivaba un recuerdo doloroso, y al hacerlo, el filo cortó la piel de loba que cubría su hombro. De la herida brotó sangre, sí, pero también algo más: escarabajos de bronce que cayeron sobre la arena y comenzaron a devorar la espada, metal tras metal, hasta dejar sólo el mango.

—Eres un monstruo —escupió Jasón derrumbándose de rodillas.

Medea rio entonces y su risa fue un sonido tan frío como un glaciar resquebrajándose.

—No. Soy el espejo que te muestra lo que siempre fuiste: un hombre pequeño disfrazado de semidiós. Tú y tus héroes sois los verdaderos monstruos, porque matáis en nombre de glorias huecas y llamáis «destino» a vuestra cobardía.

El amanecer iluminó por completo el acantilado. Medea caminó hacia el borde, donde el viento azotaba con furia, y extendió los brazos. Las abejas de carbón se alzaron tejiendo a su alrededor una capa de sombra viva.

—¿Adónde irás? —gritó Jasón, aunque ya no le importaba.

—Donde nadie te recuerde y nadie ore a dioses que no se atreven a sangrar —respondió ella, y se dejó caer.

Pero no hubo impacto contra las rocas. En vez de eso, las olas

se abrieron como un vientre y Medea descendió a un reino de algas fosforescentes y estatuas rotas. Hécate la esperaba allí con sus tres rostros y una corona de llaves oxidadas.

—¿Lista para ser más que una leyenda? —preguntó la diosa, ofreciéndole un cuenco de agua salada.

Medea bebió y, cuando emergió, días después, en un páramo lejos de toda civilización, ya no tenía hambre de venganza. Sólo sed de algo que ni los dioses podían nombrar.

La hechicera comenzó a construir un templo, no dedicado a dioses, no dedicado a Hécate, sino a la venganza, a eso que habita en los corazones de las mujeres, pero que los hombres se han encargado durante siglos de sofocar.

El templo creció como crece el musgo: lento, implacable, devorando ruinas. Medea lo edificó con costillas de ballena varada, arcos de ciervos decrepitos y espejos rotos que encontró en aldeas abandonadas. Cada noche, martilleaba clavos de obsidiana en los muros, y con cada golpe, una memoria se desprendía de ella: el sabor de Jasón, el peso de los niños en sus brazos, el calor de Cólquida. Para cuando la última piedra fue colocada, ya no recordaba su lengua materna.

Las primeras peregrinas llegaron en primavera. Eran mujeres con los labios partidos, pastoras que soñaban con lobos y mercenarias arrepentidas. Dejaban ofrendas a los pies del altar: pan enmohecido, dagas sin filo, cartas de amor nunca enviadas. Medea observaba desde las sombras, envuelta en su piel de loba, mientras Hécate susurraba desde el humo de las velas:

—¿Ves? Te temen porque en ti reconocen la semilla que no se atreven a regar.

Una noche, una joven con marcas de cadenas en los tobillos entró al templo. Colocó sobre el altar un vestido de novia rasgado y susurró:

—Quiero ser libre, incluso si debo quemar el mundo.

Medea se materializó tras ella y, al tocarla, sus dedos dejaron cic-

trices que brillaron como constelaciones. La muchacha huyó gritando, pero al amanecer regresó con una antorcha, la prendió en el brasero del altar y redujo a cenizas la casa de su padre con él dentro.

Fue entonces cuando Medea comprendió su nuevo poder: no era ni diosa ni monstruo, sino un eco. Un reflejo de todas las hambrientas de justicia que prefieren convertirse en leyenda antes que en víctimas.

Hécate la visitó en el equinoccio de otoño portando una granada abierta.

—¿Extrañas llorar? —preguntó escupiendo semillas que se convirtieron en gaviotas al tocar el suelo.

Medea miró sus manos ahora translúcidas como el cuarzo.

—No. Las lágrimas son inútiles. Sólo la rabia construye algo perdurable.

La diosa rio y su risa hizo temblar los espejos del templo.

—Mentira. También el amor construye. Mira tus muros: están cimentados con ambos.

Y era cierto. En los huesos de ballena, Medea vio talladas las palabras que los peregrinos grababan a escondidas: venganza, piedad, renacimiento.

Al marcharse, Hécate dejó caer la granada vacía. Medea la plantó en el centro del templo y de ella brotó un árbol cuyas raíces se tragaban sacrificios y cuyas flores, sacudidas por el viento, exhalaban versos de Safo.

Pasaron siglos.

Corinto se desvaneció, luego Bizancio, luego los imperios modernos. El templo se hundió en la tierra, pero Medea permaneció ahora sin forma fija. A veces era una anciana que lanzaba verdades como dagas en plazas públicas; otras, una niña vendiendo cuchillas en callejones sin salida.

En 1992 una joven periodista la fotografió frente a un edificio en llamas en Los Ángeles. La imagen captó sus tres rostros: el de madre, el de hechicera y el de loba. Al día siguiente, el periódico tituló el artículo: «Incendio en orfanato: ¿terrorismo o sacrificio ritual?».

Medea guardó el recorte en su manto de sombras y cada noche lo leía junto al árbol de granada que ahora daba frutos con forma de corazón y recordaba.

Porque el mundo seguía necesitando espejos donde mirar su propio horror. Y ella, cansada pero insomne, seguía siendo el mayor reflejo de todos.

El humo se mezclaba con el incienso de un altar improvisado sobre un contenedor de basura, entre envoltorios de bocadillos y colillas. Alguien había colocado una vela roja dentro de un vaso. La llama temblaba tenaz, mientras una voz susurraba:

—Dame fuerzas para partirle el alma, hacedora de prodigios, o préstame tus colmillos para desgarrarle el cuello.

Medea observaba desde la puerta de un hostel de mala muerte. Ahora se la veía como una mujer de piel muy pálida con rizos blanco perla y ojos azul cielo. Llevaba una capa que parecía hecha de sombras y estrellas y en la muñeca una pulsera de dracmas de plata que repiqueteaban como cascabeles. Se acercó a la ofrenda callejera y leyó el papel manchado de grasa: Thomas Müller, taxista, 24 años. Que pague lo que me hizo.

La vela crepitó y con el resplandor Medea pudo ver el rostro de quien la encendió: una chica de diecinueve años con un *piercing* en el labio, el pelo mal teñido de azul, las uñas pintadas de rojo y en los dedos muchos anillos, como Glauce, pensó, pero con rabia en vez de miedo. Extendió la mano sobre la llama y susurró en una lengua que los mortales ya habían olvidado:

—La hacedora escucha.

El fuego se volvió azul y del humo emergieron dos siluetas: una niña con traje de comunión y una loba con un collar de cuchillos.

La chica del *piercing* se santiguó al verlo.

—¿Eres una bruja? —preguntó con más anhelo que temor.

Medea sonrió mostrando una sonrisa lobuna.

—Soy lo que necesites que sea.

Le tendió una navaja plegable oxidada que encontró en el suelo. La chica dudó pero, al tomarla, el metal se calentó como si llevara siglos esperando su tacto.

—¿Funcionará?

—Todas las armas funcionan —respondió Medea—, si estás dispuesta a pagar su precio.

Se alejó calle abajo dejando que la noche engullera sus pasos. En los escaparates su reflejo mutaba: a veces era una gitana con tatuajes de serpientes, a veces una jueza con toga manchada de rojo y a veces una mujer vestida con túnica dorada, capa de piel de lobo y cabello blanco perla. Nadie la miraba dos veces. Nadie, excepto un chico que vendía mecheros en la esquina y que juró ver garras asomando bajo sus mangas.

Al llegar a un puente, Medea sacó del bolsillo una moneda; por un lado se veía la efigie de un rey olvidado y por el otro un halcón devorado por una serpiente.

Lanzó la moneda al río y ésta se perdió en las aguas turbias que en el pasado habían sido cristalinas y que, ahora, se veían salpicadas de basura y destellos de las farolas de lo alto.

—¿Cuánto tiempo más podré seguir así? —preguntó, no a Hécate ni a sí misma, sino al propio río.

Las aguas le devolvieron un coro de voces: madres maldiciendo violadores, obreros pidiendo huelgas, ancianos rezando por pensiones que no llegaban. Medea rio sin humor y su risa fue como el sonido de un motor de autobús ahogándose.

—Seguiré así eternamente.

Volvió a reír porque por fin entendió el secreto más antiguo: los humanos no necesitaban dioses. Ellos mismos eran los sacrificios, los altares, los verdugos. Y ella, el espejo que jamás se empañaría.

La vela del callejón se apagó al amanecer. Pero en otro lugar, siempre en otro lugar, alguien más encendía otra.

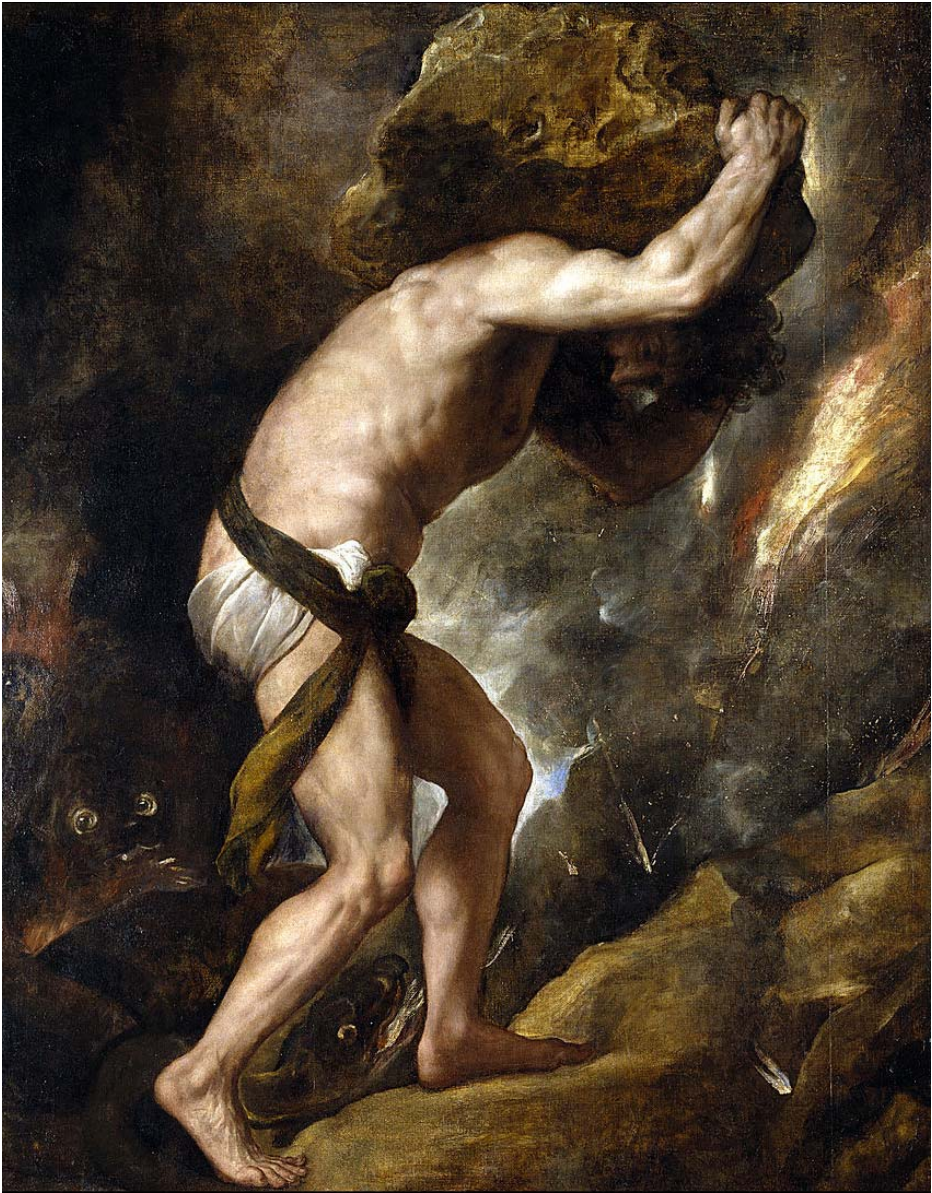


Sísifo

Matilde González López

Investigadora independiente, historiadora y escritora española (Madrid, 1963). Se doctoró en 1992 en Historia del Arte en la Universidad Complutense de Madrid (UCM) mientras criaba a dos hijas y trabajaba a tiempo completo en la aerolínea Iberia. Autora de los libros de relatos *Todos somos pasajeros* (2023) y *Actuamos con naranjas en la boca* (2024). Textos suyos han sido publicados en la antología de narrativa *Más que historias* (2024) y en revistas literarias como *Ethic*, *La Sociocultural*, *En Sentido Figurado* o *Nefelismos*, entre otras. En 2024 fue distinguida *honoris causa* por la Fundación Universidad Hispana (Lima, Perú). Ha publicado artículos académicos en publicaciones especializadas en historia del arte y catálogos.

No sabemos cuánto tiempo nos queda en este mundo. No sabemos la eternidad que pasaremos en el otro orbe. Sí sabemos que un solo corazón es incapaz de luchar en solitario. Hay que compadecerse de Sísifo.



Sísifo (1548-49), de Tiziano
Museo del Prado

Sísifo

Matilde González López

La opulencia que disfrutaba Venecia a principios del siglo XVI la convertía en una ciudad incomparable. Rica, sensual, refinada, llamativa. Hacia 1500 Venecia había asimilado la cultura del primer Renacimiento florentino y había logrado darle una identidad propia. El artista del estilo veneciano por excelencia era Giorgione (1476/8-1510), junto a quien se formó Tiziano (1488/90-1576). Este joven aprendió a pintar los destellos de luz y color, los reflejos del mar y la atmósfera voluptuosa de la ciudad de una manera singular y fue capaz de terminar el óleo que su colega dejó inacabado, *Venus dormida* (Dresde), en 1507/8. Después de que la peste se llevara para siempre al amigo y mentor, Tiziano se convirtió en el pintor indiscutible en la zona del Véneto. En su madurez ejecutó retratos, paisajes y escenas mitológicas que han marcado la historia del arte.

El rey español Felipe II fue su contemporáneo, y su amor por la obra del artista se explicaba como parte de la herencia que su padre el emperador Carlos le legó. Tiziano mantuvo contactos con sus coetáneos en Roma (Rafael y Miguel Ángel), de quienes se empapó de desnudo clásico según los modelos antiguos; con los grandes maestros aprendió las dimensiones monumentales y las apariencias de la estatuaria clásica. A su vuelta a Venecia, Carlos V le invitó a viajar con su corte a Augsburgo. Se conservan magníficos retratos del emperador de esta época, tanto a caballo como sentado. La hermana de Carlos, María de Hungría, le encargó una serie de alegorías morales para su colección particular. Las pintó de vuelta a Venecia y se las envió a su residencia de Flandes. Se trataba de cuatro condenados célebres de la Antigüedad: Tizio, Sísifo, Tántalo e Ixión. Se desconoce con certeza quién eligió los temas, pero el programa iconográfico de las estancias donde se ubicaron llamaba la

atención sobre el castigo reservado a quienes se levantaban contra los dioses. Los dos primeros cuadros pasaron a las colecciones reales del rey español y se encuentran en el Museo del Prado; los dos últimos se han perdido.

El óleo que representa a Sísifo está fechado entre 1548 y 1549. A simple vista se aprecia una figura masculina de gran presencia física. La anatomía acompaña al tema de *ethos* clásico, una predisposición para la acción, y se acomoda al drama. Lo hace de manera explícita, consciente de la potencia del personaje en contraposición a la delicadeza del tratamiento del cuerpo femenino que Tiziano había mostrado en las representaciones de Venus y Dánae, por ejemplo. La enseñanza de la mitología frente a la suavidad del erotismo, el asunto moralizador frente al retrato desnudo.

Sísifo fue un rey de Corinto poco ejemplar, un delator según la mitología griega, aunque no se precisó con exactitud la naturaleza de su pecado. Homero, Virgilio y Esquilo relatan que fue Zeus quien le impuso el castigo de empujar una roca cuesta arriba, desde el inframundo, hasta llegar a la cúspide de una montaña desde donde volvía a caer rodando. Era un trabajo durísimo que tenía que repetir una y otra vez sin fin y sin descanso. Ha quedado para la memoria como el símbolo de las penalidades del hombre que se suceden eternamente para pagar por la culpa. Acarrear sobre los hombros los padecimientos humanos parece una necesidad impuesta. Es la consecuencia de la ignorancia, la arrogancia o la insolencia empleadas contra los dioses que nos observan. Vanas pretensiones. Significa una lucha a perpetuidad. Nada ha cambiado en nuestro espíritu, desde la antigua Corinto hasta la moderna Singapur, de la antigüedad clásica a la época contemporánea la humanidad acarrea sus dudas y perplejidades, sus deseos maliciosos, sus errores cometidos a veces con plena conciencia. El hombre ha creado su destino con sus actos y ellos le hacen responsable de su existencia. La culpa no ha desaparecido desde el pecado original y el ansia nos carcome sin constatar el privilegio de pertenecer a la humanidad. En el fondo del cuadro, unos ojos acuosos acechan en la oscuridad cotidiana; acaso esos seres observan cómo Sísifo pretende eludir la muerte acarreado la piedra sobre sus hombros. Esas criaturas irreales demuestran que la hazaña que pinta Tiziano se tiñe de lo imposi-

ble. Esas miradas inscritas en versos oscuros siguen a Sísifo desde la parte inferior como subtítulos del asunto principal. Nadie escapa del sueño de la inmortalidad. Esos ojos del fondo prestan sus lágrimas a quienes nos acercamos al cuadro para contemplarlo, humanos mortales de carne y hueso, por si con nuestras penalidades no tuviéramos suficiente caudal en el que navegar. Estamos perdidos en un tránsito perpetuo y nos vemos en Sísifo. Los trabajos a los que está condenado el desgraciado rey son duros, pero el castigo más hondo es el Hades de nuestros deseos, la profundidad de la estupidez humana. No hay pena mayor que la que nos provocamos a nosotros mismos, amarrados a nuestro ego alucinado, a nuestras miserias desquiciadas. Pobres mortales, ingenuos, arrasados por su debilidad. De un modo irracional no acabamos de entender que no somos el centro del universo y provocamos nuestro desahucio. La ruina proviene de la tentación de creernos dioses sin igual en la creación, de pensarnos los únicos, los mejores, los elegidos, y esta arrogancia proporcionará una y otra vez la roca que transportamos, sin fin.

En el ensayo *El mito de Sísifo*, Albert Camus explica que el destino fatal es la muerte. Sísifo es el héroe absurdo tanto por sus pasiones como por su tormento. Su desprecio de los dioses, su odio a la muerte y su pasión por la vida le valieron el suplicio del que no se puede librar porque se repite como su desgracia: «Esa hora es la de la conciencia». Lo más trágico del mito es que Sísifo es consciente de su destino y esa clarividencia equivale a agrandar su tortura y su victoria. «Su destino le pertenece, su roca es su casa». La grandeza moral es a la vez, como paradoja, la ausencia de esperanza. No me imagino a Sísifo feliz, así crea por un momento que puede ser el amo del mundo porque ama la roca que le aplasta.

Queda el convencimiento de que sólo nos salvará el aprecio por la compasión y, tal vez, la fe en los otros. Porque somos sociales. No sabemos cuánto tiempo nos queda en este mundo. No sabemos la eternidad que pasaremos en el otro orbe. Sí sabemos que un solo corazón es incapaz de luchar en solitario. Hay que compadecerse de Sísifo.



La Vaca Sagrada de Alejandría

William Guaregua

Escritor venezolano (Barcelona, Anzoátegui, 1962). Reside en Houston, Texas (Estados Unidos). Ingeniero egresado de la Universidad de Oriente (UDO), donde fundó el suplemento literario estudiantil *El Mástil Roto* (1986-1988). Dirigió por dos años (1997-1999) el suplemento cultural *Fragua*, del diario *El Oriental*, de Maturín (Monagas). Ha publicado los libros de poesía *Sólo piel intensa* (Editorial La Espada Rota, 1990), *Cotidianas* (Departamento de Tecnología Educativa de la UDO-Anzoátegui, 1992), *De tanto andar en solitario* (Fumcultura, 1999), *Pentagrama* (Litolila, 2003) y *Convergencias y divergencias* (Palibrio, 2011), y el libro de cuentos *La Billo's no, compadre, y otros relatos* (Trafford Publishing, 2009); además, fue uno de los coordinadores de *Escritores Cronopios Houston: antología literaria* (Letralia-FBLibros, 2024). Ha colaborado con diversas publicaciones periódicas, incluyendo la *Revista Nacional de Cultura*, y ha escrito para diversas exposiciones de artistas plásticos de Venezuela. Se certificó como fotógrafo en el Houston Center for Photography (Estados Unidos).

***Un pasillo se adentraba en el
subsuelo y en una de las cuevas
su imagen resplandecía. La
primera y única Vaca Sagrada
que había visto en toda mi vida.***



La Vaca Sagrada de Alejandría

William Guaregua

Subir desde el Mediterráneo hasta el centro de Alejandría es como dar pasos desde el tiempo actual hasta una historia de tiempo congelado. Los rostros, las vestimentas, el olor de las especias y hasta el olor de la basura cambia, en una ciudad agujereada por arqueólogos de todo el mundo. Desde hace siglos se busca insaciable e infatigablemente la tumba de Alejandro, el grande, el joven apuesto y aguerrido conquistador que desde su salida de Macedonia hacia el oriente y al sur fue barriendo, desmembrando y expulsando tropas y líderes pérsicos y árabes, hasta atreverse a expropiar el corazón de sus esposas e hijas. De manera paralela se apoderó del aprecio de los habitantes egipcios con medidas para protegerlos y gobernarlos con acciones benévolas y de coexistencia, totalmente diferente a la de los invasores árabes que quisieron enterrar para siempre la cultura de los antepasados, su herencia faraónica y de múltiples dioses. Subí por la Safeya Zaghloul, des-
emboqué en la rotonda elíptica Al Shohda, crucé por la Sherif y allí estaban los vestigios de Pompeya, una columna y un esfinge de nariz cercenada que permanecía impávida ante el paso de los siglos. Un pasillo se adentraba en el subsuelo y en una de las cuevas su imagen resplandecía. La primera y única Vaca Sagrada que había visto en toda mi vida. Como si hubiese venido de la oscuridad del fondo del túnel de la cueva y del tiempo, la luz del día, desde una claraboya, le iluminara la mitad de su desafiante presencia. Su sombra proyectada en la pared de la cueva, un monstruo indescifrable, arácnido, crustácico, anemónico y amenazante. Pero su simbología de la fecundidad, del sacrificio y de la bondad intactos. Su metálica piel destellaba como una galaxia lejana del espacio, un aura sombría detrás de su cabeza y de sus cuernos, un rostro desafiante y benévolo a la vez, unos ojos exorbitantes que miraban fríos y hijos,

hipnotizantes, vertiginosos, que te hacen perder toda noción de tiempo y espacio. Mi pensamiento voló y rebotó por distintos rincones de la memoria y de mi imaginación: Vacas Sagradas de los cuentos infantiles, la que saltaba y saltaba porque quería pasar por encima de la luna, la vaca que lamió con su áspera y babosa lengua a la traviesa luna que bajó hasta la tierra y se quedó dormida para luego subir hasta el cielo y nunca más regresar; Vacas no tan sacras, las del matadero industrial donde estuve en mis épocas de estudiante, la vaca llegaba con los ojos desorbitados por el olor de la sangre y por la presencia implacable de la muerte, por una manga de fierros que la apretujaban, entraba a una prensa que la ceñía hasta casi dejarla sin respirar, el verdugo la esperaba sin ni siquiera una pizca de pensamiento sobre el sacrificio religioso para que el animal fuera alimento de seres superiores, tal como fue diseñado por su dios, y le asestaba la puñalada justo donde comienza la primera vértebra, por el brillo de sus ojos seguía viva, pero totalmente paralizada, la colgaban por una pata y una por una cadena seguía hasta donde la esperaba otro hombre con el puñal para punzar la yugular y comenzar el desangre, una fuente roja que manaba y bajaba de fuerza a medida que seguía la correa andando, luego llegaba hasta seis manos para despellejarla, y ya hecha carne, grasa, cartílagos, órganos y vísceras, los restos del animal seguían y seguían temblando y así desaparecían. Vaca Sagrada la de la película *Apocalipsis ahora*, aterrada y amarrada frente a sus verdugos que, con musculosos brazos y brillantes machetes a la luz de la luna, la despedazaron viva, en rodajas palpitantes. Vaca Sagrada del propio Egipto, de los tiempos de faraones, constructores de pirámides y efigies enigmáticas, animal noble y proveedor de alimento tangible y hasta estoico ante el sacrificio de sus hijos, vaca que daba la leche para los baños de Cleopatra y prolongar su juventud, bestia totalmente admirable y adorable; Vaca Sagrada de la India, amada, ataviada de floridos collares, limpio y reluciente bovino que convierte en pecado el deseo de su carne mientras la carne de una joven mujer de baja casta carece de importancia así sea violada y muerta por una manada de infames coterráneos; Vaca Sagrada o sus pares masculinos que se hacen correr por las calles de Pamplona para satisfacer a los amantes de la crueldad animal, que hace sentir más machos a los machos hasta justificar alguna que otra violación

grupales porque una chica no debe andar sola, así como si nada, frente a ellos; vacuno animal noble el toro al que maltratan con agujonazos de varillas y golpes hasta debilitarlo y sacarlo al ruedo circense, donde una bestia disfrazada de payaso hace sus fintas hasta darle la estocada de muleta que le parte el corazón en dos y me cago en la hostia; Vaca Sagrada, el nombre del avión en el que el dictador Pérez Jiménez se escabulló con su familia y maletas repletas de dólares y aún hay quienes adoran al sagrado arquitecto que construyó al país moderno pero que torturó y asesinó como la más despiadada bestia; vacas sagradas los corruptos, de la cuarta, de la quinta y de cuanta república venga porque las riquezas del país siempre han sido para podridas cúpulas que nada les importa que el resto del país ande mendigando los billetes con la imagen de George Washington, mientras ellos humillan la de su propio libertador; vacas sagradas como el Che, con palabras de alabanza como «yo tuve un hermano que iba por los montes mientras yo dormía» de una vaca sagrada de la literatura, porque el hermano andaba fusilando campesinos que se negaban a entregar sus tierras al Estado porque los pobres sabían que era lo único que poseían para alimentar dignamente a sus familias y no ser desplazados a vivir en las ruinas de La Habana a sobrevivir con una libreta alimentaria, el mismo que sometía a campos de trabajos forzados a homosexuales porque no existe revolución para la diversidad sexual ni para quienes la apoyen; vacas sagradas las de Franklin Brito, las que fueron expropiadas junto a sus tierras para convertirlas en terrenos baldíos y ni siquiera pudieron presenciar la muerte de su amado dueño, quien apenas pedía el título de su tierra, para fallecer en una prolongada huelga de hambre; vacas sagradas todos los monstruos que han engordado hasta casi reventar y mantienen resguardadas sus maletas de billetes verdes mientras un pueblo famélico, por su salud y para entierros de los suyos, mendiga y mendiga sometidos al control dieteticogastrointestinalpoliciacotorturadormilitarjudicialmediaticoelectoral por parte de los que se ríen desvergonzadamente en sus programas televisivos porque saben que se cagan sobre la gente cuando otorgan miserables dadivas y hacen gala festiva de su total ignorancia cognitiva. El vigilante me tocó la espalda y en su precario inglés me dijo que había otras personas que esperaban para ver a la vaca sagrada. Me excusé y salí de la cueva. Miré

el reloj y habían transcurrido tan sólo cinco minutos desde que bajé hasta la cueva. Caminé nuevamente por las calles y la tarde fue cayendo vertiginosamente rojiza y la sombra de la noche amenazaba con atraparme lejos del hotel. A veces el tiempo tiene una geometría para nada euclidiana y mucho menos pitagórica, sobre todo en las sombras de las ciudades no conocidas.

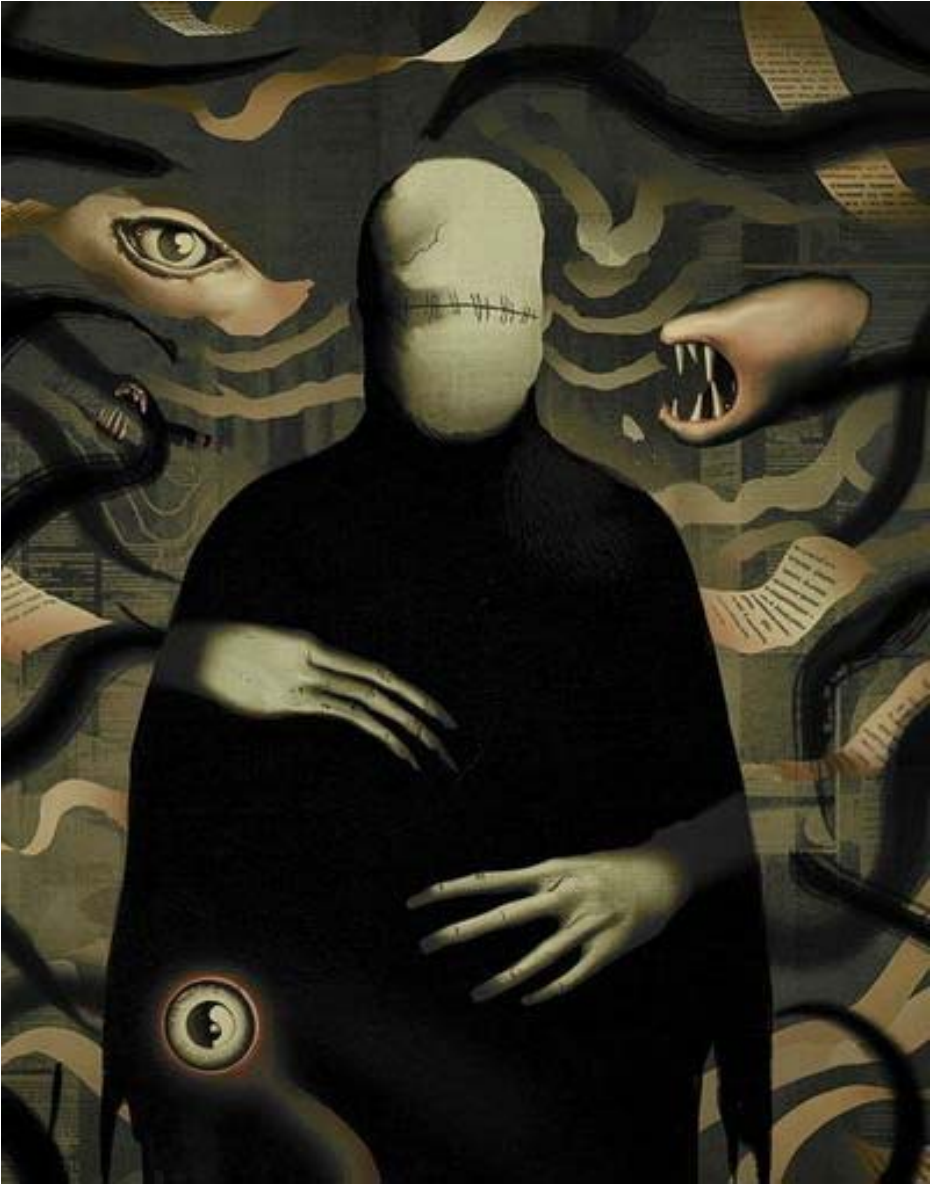


El monstruo yo

Alberto Hernández

Poeta, narrador, periodista y pedagogo venezolano (Calabozo, 1952). Reside en Maracay y es miembro correspondiente de la Academia Venezolana de la Lengua por el estado Aragua. Posee un posgrado en Literatura Latinoamericana por la Universidad Simón Bolívar y fue fundador de la revista *Umbr*a. Ha publicado más de una veintena de poemarios, así como libros de ensayo, narrativa breve, crónica y novelas. Parte de su obra ha sido traducida a varios idiomas. En 2018 obtuvo el XVII Premio Transgenérico de la Fundación para la Cultura Urbana con la novela *El nervio poético*. Dirigió el suplemento cultural *Contenido*, del diario *El Periodiquito* (Maracay), donde también ejerció como director, secretario de redacción y redactor de la fuente política. Ha colaborado en periódicos venezolanos y plataformas literarias de América y Europa.

Soy lector de monstruos y de sombras, por eso me animo a entrar en esta casa en la que seguramente están los que de niño imaginé y me provocaron vómitos y diarreas. El miedo es como un capricho silencioso. Aunque a veces es un grito alarmista. Mi miedo es artístico.



El monstruo yo

Alberto Hernández

1

Suelo desdoblarme, andar a gatas como un animal de fuego. Nada me conmueve. Desde que escribo notas de libros he logrado reencarnar en todos los manifiestos que he encontrado en la *Divina Comedia*. Y no he tenido miedo. Mi otro yo, ese descarado que me antecede en todo, persiste en la idea de que nada de lo que sucede fuera de la casa es anormal. He sido testigo de tantas tropelías de mi sombra que ya no me asusta ella, pero sí los rastros que deja.

He entrado en la casa de Edgar Allan Poe. He visto su cabeza inmensa en medio de una borrachera. He logrado cruzar el muro donde archiva los cadáveres de su imaginación. Y he hallado tesoros: cabezas reducidas, ojos vivos atados a clavos encendidos, nidos de ratas en el útero de una mujer muerta, como lo ha escrito alguna vez Nick Tosches. No sé si fue él o algún poeta extraviado en medio de una tormenta. Lo que sí he confirmado es que cada vez que llueve mi piel comienza a cambiar, como si se tratara de un camaleón que empieza a salir de mi cuerpo y me atrapa, me desfigura, me transforma, me hace el otro, el ogro que llevamos en algún lugar en el interior de nuestra muerte.

Para los que me conocen no soy el que ven. Soy un verdadero monstruo: he pasado ratos con brujos y maleantes, pero sobre todo con los imaginarios de algunos escritores que se han dedicado a inventar el terror, el miedo en los lectores. Frankenstein, por ejemplo, descose sus suturas y abre su corazón para extraer un cuchillo de oro y clavarlo en el cráneo de quienes se atreven a desmentirlo, a desdecir de su fealdad.

¿Por dónde anda aquel sabido por Drácula? No forma parte de esta escritura, de este relato en el que la sangre es sólo una mención, un estadio, un tentáculo de la bestia que ahora sobresale por mi boca y lo atrapa por el cuello, pero no deja de estar por su aliento pestilente cerca de mi memoria. Soy lector de monstruos y de sombras, por eso me animo a entrar en esta casa en la que seguramente están los que de niño imaginé y me provocaron vómitos y diarreas. El miedo es como un capricho silencioso. Aunque a veces es un grito alarmista. Mi miedo es artístico. Haber sido por un rato Gregorio Samsa con veinte patas, un gorgojo o cucaracha pensante, me llenó de muchos sustos: sustos de todos los colores, porque los ojos de ese animal que era yo despedía una luz de muchos destellos que desdibujaban la realidad. ¿Y acaso existe alguna realidad que no tenga monstruos, que no cuente con la colaboración de esos bichos que llevamos en nuestro interior y exponemos en páginas, películas y pinturas? ¿Acaso no somos ellos?

Anoche conversé con William Blake. Me distrajo con el *Satanás* de Milton. Pudimos beber algo de sangre, de la que sobró de una orgía del conde Drácula. Me supo muy dulce. Pero me animó a entrarle con ganas a la piel desteñida del profesor Moriarty, con el permiso concedido por el mismísimo Conan Doyle. La bella Shelley me veía con cierto rubor marino luego de saber de los ahogados en aquella playa italiana, de donde emergió el monstruo de su creación que ahora soy yo multiplicado.

2

Mi nombre es Lucio Tullius; vengo del pasado, pero nunca he muerto. Soy mi propio monstruo. Ahora habito en un país tropical enrarecido. He perdido la edad, se me ha extraviado en la tanta memoria que he acumulado. Y me sostengo sobre la base de los monstruos que conmigo viven, en mis intestinos, en mis órganos programados para cambiar de forma. Soy único en este mundo, por eso tengo la propiedad de hablar de todas las apariciones, inventos humanos, bestias salvajes de dientes de marfil, muñecos de carne prestada, mujeres que se hacen pasar por un luto inexistente para engañar con su llanto a tanto hombre libertino.

Vengo de una tierra que ya no es. Y estoy en una donde todo es posible, hasta la muerte y la resurrección. Porque morir no es fácil como la gente cree. Para morir es necesario haber muerto antes y así nos convertimos en monstruos, embutidos en la cabeza febril de los escritores. Allá Eurípides y Medea o la Medusa de los cuentos filmicos. Mr. Hyde suele tocar a mi puerta mientras colecciono pesadillas para mis cercanos. Boris Karloff y Bela Lugosi suelen venir a saludarme. Yo los trato con mucho desdén. Son tan predecibles. No obstante reconozco que en su tiempo causaron mucho miedo. Fueron monstruos importantes, lucidos y hasta lúcidos.

Yo, por mi parte, sigo con mi yo. Escribo desde mis maldades, desde mis monstruosidades, desde la planificación de un crimen. Los míos son perfectos. Nadie los nota. Y si los llevo al papel, a escribir sobre ellos, acerca de sus atributos, los lectores sabrán apreciar el terror que les causaré, porque de inmediato caerán fulminados. Cada letra es un pequeño simulacro, un susto cardíaco, un miedo que se adentra en la carne y atiesa a quien abre el libro. No llega a la última página.

He sido Lucio Tullius desde que me lo propuse, pero, como sabrán, se trata de un nombre falso, como todo yo, como todo mi yo, como mi yo mismo. Soy un yo falso, monstruoso, literario, creado para que este texto, el que tú lees en este instante, quebrante tu tranquilidad.

3

He provocado muertes. He matado. No se me oprime el corazón. No tengo. No uso. Para quien no sabe el año de su nacimiento pero sí que vino al mundo hace siglos, no es menester saber que tiene esa bomba que sirve para irrigar la sangre de otro que luego derramaré con tanto placer. Los monstruos literarios aterrorizan. Yo voy más allá. Soy un monstruo extraliterario. Soy un verdadero monstruo porque tengo un yo poderoso. El conde de Transilvania no lo tuvo nunca. Tampoco Medea. O Mr. Hyde. Y si lo tuvieron no se dieron cuenta. Ellos eran despojos. Yo no. Yo soy yo, el monstruo con ego.

Y así como he provocado muchas muertes, yo he muerto todas las veces que puedan imaginarse, pero no mi yo.

4

Y aquí sigo. En este sitio al que acuden todos los ecos, todos los miedos. Yo soy el miedo. El mayor de ellos. Un día, sin mediar palabra, me tropecé en la *rue Morgue* con un extraño sujeto, parecía un mono, pero en realidad era un ectoplasma peludo, una sensación cósmica, un bicho proveniente de la casa Usher, que no sabía dónde se establecía su crimen, porque se habló después, en un relato escrito por un borracho norteamericano, que se trataba de un gorila que bajaba por una chimenea y mataba gente. Pero eso es sólo un cuento, probablemente un signo de aquellos tiempos en los que era posible creer en tales cosas.

No me resigno a no estar en este tiempo luego de tantos siglos de existencia. Mi yo crece, no se quebranta. Reduce a cualquiera que se le enfrenta. Lo hace polvo, lo evapora sólo con mirarlo, con sentir que está cerca, que se aproxima con su pequeño ego plegadizo, medio déspota, tiránico a veces, como si quisiera imitarme.

Ese pobre escritor norteño, Poe, fue sepultado en una tumba sin lápida, sin nombre. Eso fue en 1849. Lo recuerdo bien. Allí estuve. Por allí vi también al detective que Poe inventó, andaba todo de luto, C. Auguste Dupin, quien me dirigió una mirada indagatoria. Por ahí anda un escritor, Matthew Pearl, quien se ha entregado a *La sombra de Poe* para desenterrarlo y contar la historia de sus adicciones, de su realidad misteriosa, monstruosa para los que no lo querían ver cerca de sus propiedades.

5

Quien se haya paseado por mis aventuras podrá toparse también con *El Golem*, esa cosa, ese monstruo creado por Gustav Meyrink, tan dado a ser mirada a través de ventanas de un gueto donde morían los judíos condenados por el otro monstruo llamado

Adolfo Hitler, porque hay monstruos humanos que la literatura aún no ha calificado como tales, en el sentido de desfigurarlos y darles el matiz que merecen, el calificativo de desechos, de degredos, de basura del tiempo colmados por la sordidez del tiempo.

Esa criatura, esa creatura, vive aún en la mente descabellada de los monstruos que yo no he podido eliminar.

Los siglos me pasan por encima. Se acomodan en mi lomo roturado, en mi espalda colmada de heces, de sobrados de los antiguos relojes que siguen dando las horas mientras mi yo desteje y desteje los ajenos, los yos que no me pertenecen, los que huyen con sólo sentir mi olor.

Hurgo en los desechos. Me hundo en la degradación de un poder que se asume desde la imaginación del pasado. Soy un yo inclemente. Soy el monstruo del momento, pero no pierdo la razón, menos la memoria que mis antepasados y colegas me han aportado.

Leo con gracia y con los ojos encendidos por el fuego del infierno estas líneas de un escritor llamado Víctor Bravo en un libro que lleva su firma, titulado *Terrores de fin de milenio*:

Pero, ¿qué es lo monstruoso? En contraste con el contexto de proposiciones y reconocimientos del existir, que discurre entre certezas, medidas, homogeneidades, lo monstruoso se presenta como la violenta manifestación de lo heterogéneo y lo incongruente, como lo indefinido que se expresa en fragmento y desgarramiento, en desfiguración y exceso, en desproporción y abyección. Es lo que acecha sin tregua, desde el afuera, al orden delimitado de la existencia.

Y así, lo veo yo desde mi fealdad, desde mi deformidad, desde el aliento que le envió al mundo. Desde la basura que dejo regada desde mis intestinos llenos de veneno.

El mismo Víctor Bravo cita a Platón: «En todos nosotros, incluso en el más respetable y de mayor reputación, existe una fuente de deseos salvajes, terribles, fuera de toda norma, y que, según parece, nos son revelados a nosotros durante nuestros sueños».

Me encuentro con esta entrecomillada razón: «Ese otro yo mismo». Es decir, ese otro que soy yo en mi yo presente, vivo, monstruoso, tiránico, demente, en el lodo de los sueños, en el cieno de las pesadillas que provocho cuando me leen en algún libro.

En la literatura yo soy todos. Soy el todo de ellos. Soy el yo absoluto.

6

No crean que he perdido el hilo. Sigo aquí como Lucio Tullius, sólo que me mimetizo mientras el lector toma el libro en las manos, cualquier libro calificado de misterio, de monstruoso. Siento que una pezuña larga y curva emerge de mi frente, como si se tratara de un rinoceronte azul. Ningún escritor clásico lo ha recreado en medio de esta ciudad impertinente, emputecida por la falta de sombras dignas para pasear durante la noche. Hay mujeres con lenguas de batracio, niños con narices que arrastran por el piso, demiurgos que sueñan con intestinos de elefantes. De todo en poco, como en botica, como decía una bruja que aún vive cerca de mis andanzas.

El día que nació el sol se eclipsó con un planeta desconocido, venido de otra galaxia, según escribieron en un libraco que aún no ha sido leído por nadie porque una vez conocida la historia el lector engeuce. Pero esa es otra historia.

He estado con Ulises mientras Polifemo era derrotado. Se cree que el único ojo que tenía el cíclope fue derramado de un lanzazo, pero otra historia dice que la bestia mató a Ulises y lo convirtió en un personaje de la mitología que nadie suele nombrar porque quien lo hace pierde la lengua, se me pudre en la boca.

Quien pronuncie mi nombre podrá ver a todos los monstruos de la literatura mundial y a los que no han sido inventados aún, porque serán inventados. Unos que ya andan por ahí han transformado a los hombres y mujeres, niños y adultos ancianos en verda-

deros autómatas. Detrás de ese monstruo luminoso están todos los que aparecen en el diccionario de la fealdad, de la maravilla imaginaria de los narradores y poetas del mundo todo. La Medusa enreda sus tentáculos en la mirada hipnotizada de quienes nadan con el cuello estirado como el de un molusco fantástico que bucea en la pupila de los que tropiezan y son atropellados por carretas, camiones o vehículos alocados que suelen recorrer caminos, carreteras y calles de las grandes ciudades por donde pasa a diario la humedad maloliente de Godzilla.

Yo sigo siendo yo en medio de tanta majadería. Soy el único yo que se metamorfosea y sigue siendo el mismo monstruo. Nadie me cambia aunque yo cambie a diario mi yo porque yo soy todos los monstruos imaginados.

Quien lea este texto con sumo cuidado encontrará un tesoro que lo llevará a tener las pesadillas más escandalosas de su vida. Soy el monstruo de los sueños, el que no sale nunca de la imaginación de los seres humanos. Y porque soy un humano tengo la capacidad de convertirme en todos los monstruos que el otro yo del ser humano podrá imaginar.

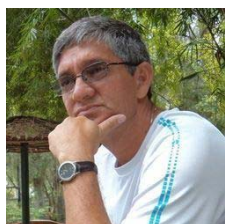
7

Se me desprenden las escamas, como si mi cuerpo surgiera del mar. Soy un pez icterigio, de cauda gigantesca. El monstruo bíblico, la ballena que se tragó a Jonás. La utopía de quienes sueñan con los monstruos de su alteridad, y como dice Bravo que dijo Rilke: «La belleza es la primera expresión de lo terrible». Entonces soy lo terrible, aunque imaginado, para disfrute de los que abren libros para verse envueltos por los brazos terribles de los pulpos de Melville. Y digo con Octavio Paz, también citado por Víctor Bravo: «El monstruo es la proyección del otro que me habita». Y como son tantos los que me habitan, soy un espectro de la maldición, una bestia que se arrastra entre los más tejidos sueños de los que alguna vez podrán ser atraídos por este servidor que seguirá siendo monstruo mientras su yo palpita, mientras sus distintos egos se mueven en el universo.

Hoy paseo hombre por esta ciudad. Hoy saludo con prestigioso amago a quienes pasan por mi lado. Hoy soy un saludable y educado galán que ama a quienes me miran a los ojos y sonrían.

Pero no saben que a la vuelta de la esquina volveré a ser todos los monstruos que los libros han dado a conocer para que quien me haya mirado sienta miedo, para que quien me miró ya no sea el mismo, sino otro yo que pueda multiplicar sus terrores.

Babeo ante la biblioteca, yo, Lucio Tullius, personaje de ficción que, en pocos momentos, se convertirá en una realidad.



La bestia que habita en mí

Williams Alberto Hernández

Escritor y docente venezolano (Caracas, 1963). Reside desde 1985 en El Consejo, Aragua. Licenciado en Artes, mención Promoción Cultural, por la Universidad Central de Venezuela (UCV). Desde 1986 dirige el grupo Senderos Literarios. Dirigió la Casa de la Cultura de El Consejo (1990-1991), el Ateneo de La Victoria (1991-1997) y la Casa de la Cultura de Las Tejerías (2000-2002), y fue secretario sectorial de Cultura del estado Aragua. Ha publicado los libros *Mis versos de autonomía, sentimientos para mi pueblo* (1981), *El marchar sin rumbos* (1984), *Las estrellas confinan un drama* (1988), *Herederos de la obscuridad* (1994), *Signos sobre la arena* (1998), *Volver Atenas* (2004), *El paisaje de la angustia* (2010), *Remotísimas causas, insospechados porvenires* (2012), *Mar ciudadano* (2020), *Líneas paralelas* (2020), *¿Y qué es lo nuestro?* (2023) y *La bestia que habita en mí* (2024). Además, textos suyos han sido incluidos en diversas antologías.

***Criatura antropófaga que
delinea / mis temores / sin
saberlo / voy siendo Mantícora /
que busca devorarse a sí misma.***



La bestia que habita en mí

Williams Alberto Hernández

«En la India nace una bestia llamada mantícora. Tiene una triple fila de dientes que alternan entre sí; rostro de hombre, cuerpo de león, la cola como el dardo de un escorpión, y voz que evoca las notas de una flauta. Sus patas son tan fuertes, sus saltos tan potentes, que ni el espacio más extenso, ni el obstáculo más elevado pueden detenerla».

Bestiario de la Biblioteca Universitaria de Cambridge

I

Cuando el cuerpo de león
intenta sofocar su cordura
el alma de bestia-humana
corre por las selvas milenarias
de Pakistán
y una cabeza de hombre
va imponiendo su atadura.

II

Criatura antropófaga que delinea
mis temores
sin saberlo
voy siendo Mantícora
que busca devorarse a sí misma.

III

En la tenue hipocresía
un trato callejero

Aguijoneo un mirar casi sádico
Inyecto el letal veneno
enrarecido por el milenio
de la experiencia.

IV

Suturo el semen desparramado
de la bestia
cuando el vaivén del contacto
quebranta el ser humano
y a ligereza del tacto perdido
voy siendo engullido
por la Mantícora que descansa en mí.

V

Babilonia me ofreció el guerrero
La India el antídoto.

VI

La doble hilera
agujerea mi coraza
destilando por la herida
gotas de una podredumbre

que haría reír mis convicciones.

VII

Si te miro
descubro el horrible temor
mi vieja angustia
¿De qué me vale la doble dentadura
si nunca intentaré usarla?

VIII

En el fondo de mis complejos
voy armando un caballo de Troya
y no sé si el tiempo
desarme mis creencias
Cerca muy cerca
en el campo de batalla
un angustioso duelo
hace que prepare mi hombre
contra la bestia

Ambos acechan mi fin.

IX

Me habéis llenado de bestias
y en el conjunto de fibras
sólo pude tejer la Mantícora
que devora profundo mi Ser.

X

Nunca nunca pienses
que la bestia que hay en mí
marcará la bestia
que habita en ti.

XI

La Mantícora ha regresado
Esta vez dice: ¡despierta!
Mastica mi luna entre sus dientes

Engulle mis ilusiones.

XII

Luces ¡luces!

Las bestias no distinguen
el color de la poesía.

XIII

Muero
con un epitafio en el corazón:

«la bestia que habitó en mí»

XIV

Una bestia
dos bestias
tres bestias

Hasta cuándo
la cuenta progresiva.

XV

Mis penas se agolpan
en una seductora marcha
 y tras cada frenazo
un suspiro me recuerda
 el brillo de tu mirada
 que acude a salvar
este envejecido corazón.

XVI

Lucho contra mis miedos
 y como bestia alada
aparezco en tu noble corazón
 que incrédulo reflexiona
«nunca te pensé en mí».

XVII

Si en el bosque de tus ilusiones
ves llegar una bestia
 con mirada entristecida
y al centro de su cabeza
 notas un cuerno herido
sabrás que aún los sueños
batallan la última guerra: la humanidad.

XVIII

Ese unicornio marcha al sacrificio
lleno de esperanzas
y convencido de que su muerte
esparcirá en el campo de batalla
su cuerno de amor florecido en paz.

XIX

Te vi llegar Princesa alada
y la incredulidad se hizo a un lado
cuando emergí del bosque de tu corazón
Tus ojos me crearon
y ahora habito en ti.

XX

Me miro en tus pupilas
pastando el dolor de tus recuerdos
agito la crin
y en la mirada te pido
«cree en mí».



La mancha de Keops

Alirio Alberto Hernández Rojas

Autor venezolano (Maracaibo, Zulia, 1958). Es corrector de estilo. Colaborador en páginas literarias de los desaparecidos diarios *Crítica y Panorama*, así como en las revistas *Maracaibo y Ciudad*. Ha publicado *El orate loco y otros relatos* (Sultana del Lago, 2021), el poemario *Mea culpa* (Sultana del Lago, 2023) y la novela *Las extrañas cartas de Frank Billings* (Sultana del Lago, 2023). Ganador del II Concurso de Narrativa Breve de la Universidad Rafael Belloso Chacín, Urbe (Maracaibo), del X Concurso de Poesía de la Asociación Civil y Cultural Apaicuar (Anzoátegui, 2022) y del V Certamen de Poesía para Mayores de la Asociación de Jubilados y Pensionistas de Alicante, Ajype (2024, Alicante, España).

***Al atravesar el umbral, varias
escenas vistas le dejaron saber
que los sueños recurrentes que
apenas lograba recordar al
despertarse la habían traído en
incontables ocasiones a este
lugar que ahora se exhibía a
plenitud.***



La gran pirámide de Giza
Fotografía: Abdelrahman Ismail • Unsplash

La mancha de Keops

Alirio Alberto Hernández Rojas

Aunque la egiptología era uno de esos conceptos que nunca tuvieron sustantiva definición en el vocabulario cotidiano de Emilia Campos Rosales, estar allí, en Giza, frente a la majestuosa construcción en forma de triángulo, representaba —más que un significado esotérico— una compilación de saberes y sutiles fantasías que se esforzaban por mezclarse con los difusos recuerdos de sus sueños más influyentes. Era, para mejor interpretarlo, el culmen de su oficio, que aparte de llevarla a descubrir algunos intrínquilis de la seductora arqueología, le indicaba al menos de manera figurativa el encaje exacto de su misión en este planeta.

Servidora como era del prestidigitador oficio de tarotista, siempre había querido caminar por los vericuetos del ocultismo sano, orientador, benevolente y provechoso. Es por ello que cuando uno de sus mejores clientes —millonario por el azar de la buena vibra con la que se revestían quienes le consultaban— le ofreció pagar el importe requerido para una investigación en el ramo de los misterios piramidales que incluía clases *in situ*, no lo pensó dos veces para aceptar el ofrecimiento basado en el agradecimiento por los buenos servicios prestados.

Las primeras décadas del siglo XXI han sido época de excavaciones y hallazgos que han traído nuevos elementos al saber y acontecer de grandes grupos humanos, que habiendo permanecido llenos de incógnitas sobre su verdadero origen y destino, y a falta de evidencias tangibles y definitorias, se han reunido en sectas y grupos en torno a libros «sagrados», adoptando dogmas que van insuflando en las mentes seguidoras para hacerlas rendir ante el temor a la muerte. Es ese ineludible temor del que echan mano

los líderes religiosos, oficiosos por demás, para arraigar credos y normativas que ligan directamente con el hecho de sólo creer, sin tomar en cuenta nunca —por «peligrosa» para sus fines— la posibilidad de pensar.

Y siendo que pensar involucra leer, investigar, cuestionar conceptos y normas, tener pensamiento crítico, elaborarse criterio propio y definir parámetros individuales, se constituye así en el principal enemigo de la religiosidad. Pensar, entonces, se convierte en una especie de Lucifer que busca apartar a los fieles de la posición de dominado a que los deriva la «fe» impuesta por sus líderes. Lo anterior es, a grandes rasgos —palabras más, palabras menos—, la más sinóptica nota en la que se puede plasmar el libérrimo pensamiento de Emilia.

Para ella todo esto era una cuestión de perspectiva, un planteamiento existencial que superaba mitos y tabúes, tan intrínsecamente urdido en la intelectualidad particular, que cada caso podría separarse del otro sin afectar su esencia original. En lo que respecta a sus convicciones, siempre hubo mantenido un destacado perfil astral que le sirvió para ganarse la confianza de decenas de asiduos consultantes, dispuestos a superar la incómoda necesidad de acordar con varias fechas de antelación su cita con la cotizada pitonisa.

Desde sus días de infancia, Emilia había experimentado sensaciones únicas que la diferenciaban en gran medida del grupo etario en el que transcurrió su vida, incluyendo experiencias místicas que profundizaron la confusión propia y de todo su entorno inmediato. Sentía que, a medida que avanzaban los años, las «conexiones oníricas» incrementaban su alianza con los arcanos del tiempo, puesto que cada vez con mayor claridad podía recordar lo soñado, amén del incremento exponencial de ideas asociativas que la ayudaban a definir lo que los astros querían transmitirle. Los casos de *déjà vu* cada vez se presentaban con mayor frecuencia y esta paramnesia, junto a una conexión astrológica que fluía en forma de visiones oníricas, se hacían presentes en distorsionados recuerdos que iban poco a poco formando parte de su cotidianidad ensoñadora.

Fue así como logró vaticinar, cuando recién abandonaba la adolescencia para «enlistarse en las huestes» de una adultez llena de

asombrosos cambios en su existencia, el trágico deceso de su madre. En esa transición, la joven Emilia fue aclarando sus ideas y perdiendo el miedo a aquello desconocido que le atraía con el ímpetu de un magnetismo cuántico, y cuya fuerza le coqueteaba para que la dejara acercarse a su intimidad, a su esencia cósmica. Esto las más de las veces la confundía, sumiéndola en un embalaje de incertidumbres que hubo de ir asimilando y despejando en la medida en que profundizaba sus conocimientos, adquiridos en principio a través de su dedicación a la lectura.

En la intimidad, Emilia se enfrentaba a un contrario desconocido, fuerte, con el suficiente músculo para salir airoso en una batalla de incógnitas y acertijos. Para ella, sobrevivir se había convertido en una orden de sus ganas de seguir adelante, en su voluntad de arriar el telón que oscurecía lo que el universo intentaba revelar. Era un hecho fortuito que se había transformado en necesidad de vida, y precisamente esto la llevaba a desenmarañar cada manojito de dudas, cada pieza, cada engranaje, de manera de incorporarlo a su ser como una virtud, lejos de la posibilidad del tormento que en ocasiones había amenazado constituir. Poco a poco fue asimilando la cualidad del vaticinio, primero para sí misma y luego para los que quisieran consultarle. Fue así como se formó de manera integral en la lectura del tarot y otras vertientes de la adivinación.

Siendo ya la cartomancia su especialidad, comenzó a ilustrarse en la lectura de las manos, lo cabalístico y lo esotérico en general. Para cuando partió a Egipto, ya junto a su esposo y sus tres hijos había constituido un emporio de adivinación que requería de su atención a tiempo completo. Y fueron ellos precisamente quienes la despidieron en el aeropuerto cuando abordó el vuelo que la llevaría a su encuentro con probables vestigios de los orígenes humanos.

—Ahora bajaremos por esta rampa que conecta con la cámara mortuoria de Keops —indicó el guía al grupo de diez visitantes que le seguían, en un inglés pausado, disonante, difícil de traducir, pero que sirvió para cumplir con las instrucciones dadas. Por alguna razón que la misma Emilia no lograba entender, se mantuvo en la retaguardia, ralentizando sus pasos, inhalando el rancio olor a amoníaco que se desprendía de las paredes libres de moho a pesar

del ambiente con una alta carga de humedad, pero sin generar el calor suficiente para sofocar a los visitantes. No fue difícil rezagarse inconscientemente, y en segundos quedó separada en unos diez o quince metros de sus acompañantes. Fue entonces cuando sus sentidos comenzaron a experimentar una suerte de introspección que fue escudriñando con meticulosidad cada una de sus vísceras, para entreverarse luego con lo que en apariencia era una especie de reminiscencia de los sueños tenidos, expresados ahora con cierta aura de fenómeno paranormal.

Sus manos trémulas trataban de acopiar las gruesas gotas de sudor que pretendían inundar su rostro. Una sombra con destellos incandescentes formó una especie de velo ante la acuciosa mirada de Emilia, que fue tratando de fijarla en una especie de círculo difuso que dejaba ver una gran puerta tras la cual se podía apreciar a Apolo, junto a la suma sacerdotisa de Delfos desglosando un oráculo. Esta escena se le hizo familiar a su memoria onírica. Varias imágenes evocativas empezaron a pasar simultáneamente por su cabeza, en una especie de trance advocatorio supraterrrenal, sumiéndola en una madeja de nervios mientras «algo» parecía abducirla sin que pudiera oponerse.

Hubo de apoyar su endeble cuerpo en el áspero muro que evitó el desplome de su humanidad sudorosa, mientras un séquito de gatos negros y pardos se aglomeraban a su alrededor, en aparente plan de rendirle pleitesía más que de amedrentarla dada su *ailurofobia* de vieja data. En ese momento sintió extinguirse esta fobia a los pequeños felinos padecida desde niña, al igual que desaparecían los picos de ansiedad generados por las expectativas creadas alrededor de su viaje a esa parte del mundo. Absorta, se valió de la gravedad para ir deslizándose y dejar caer el cuerpo por propio peso, y en posición de cuclillas permaneció con la mirada perdida, mientras la infinitud de su horizonte particular se expandía en el espacio-tiempo, abandonando todo cuanto tuviera que ver con la realidad vivida a esa hora en el túnel pasillo construido hace más de cuatro mil quinientos años (alrededor del año 2600 a. C.).

De seguidas, se dio inicio a una visión extracorpórea en la que se veía levantándose para dirigirse por propio pie a aquel círculo

sombreado que parecía constituirse en una ventana a lo desconocido. Al atravesar el umbral, varias escenas vistas le dejaron saber que los sueños recurrentes que apenas lograba recordar al despertarse la habían traído en incontables ocasiones a este lugar que ahora se exhibía a plenitud, sin reserva alguna, como ofreciendo hospitalidad a la mujer que por primera vez le obsequiaba su presencia. El lugar carente de atmósfera brindaba seguridad y completa paz a Emilia, quien disfrutaba del hecho de permanecer a gusto sin necesidad de activar su elemental función respiratoria, y a la vez poder escuchar la suave melodía del ambiente circundante.

Para ella, si este no lo era, se constituía al menos en lo más parecido al paraíso del que hablan ciertas religiones. Dio algunos pasos adelante con el deseo de alcanzar un pequeño arroyuelo, cuya agua en extremo cristalina parecía invitarle a saciar una sed que aún no había sentido. Quería lavarse las manos, la cara, los brazos, la espalda, en fin, el cuerpo todo, para de esta manera alcanzar el clímax del confort que ahora creía merecer después de tanto soñar. Habiendo atravesado la corriente de agua, siguió avanzando y a medida que caminaba se iba despejando el panorama a su frente y rededor, de manera que cada vez podía apreciar mejor lo que sus ojos iban descubriendo.

Fue así como llegó a lo que le pareció un templo de la época faraónica, a juzgar por el mármol que recubría sus paredes, similar al visto en un pedazo exhibido tras un cristal en el museo del aeropuerto de El Cairo. Al entrar, avistó una serie de corredores que en apariencia llevaban a diferentes cámaras subterráneas, si tratamos de darle sentido a la inclinación de hasta cincuenta grados que tenía la mayoría de ellos. Escogió uno y fue desplazándose con sumo cuidado, pero al cabo de pocos pasos descubrió que podía hacer el recorrido sin esfuerzo ni cuidado alguno, por cuanto parecía flotar en perfecta coordinación motora sólo con desearlo. Al final del corredor, un amplio salón con una suerte de ara al fondo conformaba sin dudas una sala de adoración y rituales.

Adosada a la pared y en altura tras el altar, una figura de Ra parecía influir con solemnidad autoritaria en todo cuanto aconteciera en el lugar, incluyendo la simple presencia de la mujer que iba

descubriendo, sin proponérselo, los arcanos más recónditos de la dinámica ritual de aquel entonces. De repente, una fuerza inusitada le obligó a desplegar los párpados, y a ciegas comenzó un trayecto que la llevó a los brazos de Ra (dios del sol y suprema deidad de los egipcios), por un sinfín de templos y construcciones piramidales a todo lo largo y ancho del valle y la ribera occidental del Nilo.

En el ínterin del periplo, conoció desde una posición aérea, en vuelo casi etéreo, cuanto acontecimiento tuvo suficiente relevancia como para ser recordado en los anales de la posteridad. Los últimos momentos de vida de Ramsés II, al igual que los últimos de Tutankamon, y sesiones de adoración y sacrificio a dioses como Osiris, Anubis, Isis, Amón, Horus y muchos más, pasaron por la atónita mente de Emilia como una película de óptima definición a superalta velocidad. Sin embargo, no hubo ni el más nimio asomo de confusión y olvido en la memoria de quien, a partir de tan excitante aventura, fue entendiendo con mayor precisión los quehaceres y eventos de la muy poco descifrada antigüedad.

Rebasada esta primera parte de su «recorrido místico», pudo conocer, con el detalle que le permitió la sinopsis, una antigua región de Mesopotamia llamada Sumeria —localizada entre los ríos Tigris y Éufrates—, cuya civilización es considerada como la primera de la humanidad. Uno de los datos que más le impactaron es el de que más de mil años antes de la primera Biblia los sumerios dejaron testimonio escrito del primer Job y del primer Moisés, además de la primera descripción del paraíso, la primera resurrección de una divinidad y el primer diluvio universal. Aunque su pulso se mantenía inalterado y los latidos del corazón mantenían el ritmo apaciguado que le brindaba la tranquilidad tenida hasta el momento, Emilia no salía de su asombro por la experiencia que estaba viviendo.

Mención aparte merecen el *terrapijanismo* tan difundido en la segunda década del siglo XXI por supuestos conspiranoicos ganados para el debate, y el Código de Hammurabi, con sus 282 leyes plasmadas en una estela de basalto, llamado así por el rey de Babilonia que lo estableció como uno de los primeros conjuntos de leyes mejor conservados hasta hoy, y que llegó a influir en otras culturas durante el desarrollo legislativo de éstas. Para Emilia, co-

nocer de cerca estas reseñas de una historia cautivante que siempre le había intrigado se convertía en la cúspide de su empeño por el saber universal que anhelaba para sí. En cuanto a si la Tierra es plana o redonda, ya lo sabremos en su momento, según lo captado por Emilia mientras escuchaba las voces que le describían cada evento. Y en cuanto a la interpretación del espíritu de la ley impregnado por el rey Hammurabi, de igual manera llegará el momento de entenderlo antes del fin de la actual civilización.

Pero lo más asombroso estaba esperándole. Rodeada de nuevo por el séquito de gatos que ahora le miraban con sus ojos inyectados de un rojo intenso que infundía paz y suprimía todo desasosiego, continuó su «expedición» levitando sobre escenarios y construcciones enormes como montañas, semejando un mundo de gigantes cuyas dimensiones podrían rebasar los límites de la imaginación. Los mininos maullaban para romper el mutismo que la contenía, pero sin menguar su concentración en lo que veía y lo que iba alojándose en su cerebro en forma de conocimiento y cultura universal.

«¡Tartaria! ¡Tartaria!», se gritó a sí misma emocionada, porque al fin despejaba sus interrogantes respecto a esa raza de habitantes, de la cual tanto se ha hablado en los últimos tiempos. Ahora no le quedaba ninguna duda de que, por alguna razón desconocida para los comunes mortales, los gigantes tártaros y la enigmática Antártida, con sus muros de hielo, a propósito eran casos alejados del saber humano quién sabe con qué fines de oscuridad y dominio. Lograba de esta manera tener la certeza de que la gran élite del poder ha ocultado información esencialmente valiosa para entender el verdadero origen de nuestra especie. Este secretismo, junto a la permisividad e impulso dados a los más de cuatro mil movimientos religiosos a todo lo redondo del planeta, nos describe una sociedad de cómplices que se ha movido a través de los milenios para asegurarse de que el gran misterio siga intacto bajo su control.

Lejos de cualquier consideración metafísica —pensaba Emilia—, la vida es un cúmulo de incógnitas permanentes que a la vez podemos ir descifrando en gran medida, y sólo unas pocas cuestiones nos dejan al ras de lo indescifrable, como por ejemplo la intervención extraterrestre en construcciones y obras, de cuyo origen tene-

mos casos documentados en pinturas rupestres y petroglifos que nos cuentan una historia que incluye seres de otros planetas. Es decir, la mejor evidencia la dejaron nuestros antepasados en sus pinturas prehistóricas, para lo cual la semiología y otras artes vienen a cumplir un rol fundamental en su interpretación.

Los pequeños felinos que le rodeaban pasaban su cuerpo en zigzag a través de sus pantorrillas en clara alusión a mansedumbre y sometimiento, mientras la aturdida viajera continuaba levitando sobre la historiografía vívida de la Tierra, al tiempo que iba apreciando, en cada cumbre de las inmensas edificaciones, grandes bobinas capaces de aprovechar la energía atmosférica para generar la electricidad necesaria. Por sus piernas parecía subir una especie de influjo que la proveía de ánimo, de manera que cuando emocionada estaba viendo todo aquello, el porcentaje de asimilación alcanzaba la totalidad de lo descubierto. Fue así como concluyó que los gatos tenían que ver con lo que estaba ocurriendo, y esto quizás explicaba el porqué de la adoración egipcia al félido animal en la deidad de Bastet.

La arquitectura de Tartaria con sus enormes puertas daba cuenta de que fuimos anteceditos en un momento de la historia humana por hombres de gran talla que por alguna razón desconocida desaparecieron de la faz del planeta. Los rastros de esta civilización fueron borrados con fines inconfesados, y de no ser por algunos vestigios que aún se pueden observar y algunas osamentas descubiertas, no tendríamos idea de su paso entre nosotros. Emilia se debatía en una especie de pensamiento dicotómico, maniqueo, sin poder hasta ese momento definir con exactitud si lo que estaba experimentando se inscribía en lo correcto y moral, o en lo erróneo y lo inmoral, desde el punto de vista de la astrología y la perspectiva teológica manejada por disímiles corrientes místicas y religiosas.

Pero si de algo podía estar segura es de que aquello era real, no soñado ni imaginado, sino vivido en esa aventura que le tocó por suerte aprovechar, a la vez que disfrutaba del despeje mental obtenido en tiempo real. Repasaba todo lo que había aprendido en su afán de crecimiento antes de ese día, y trataba de conjugarlo con lo que ahora sabía después del itinerante desafío que enfrentaba, sin

conocer aún las razones que privaron al ser escogida por las fuerzas del universo para obsequiarla con la sabiduría adquirida. Pensaba en sus hijos, su esposo, su familia toda y sus clientes quirománticos, y en lo que dirían al enterarse de lo que le había ocurrido. Abstraída por la novedad, se sentía satisfecha de sus logros, y esta emoción le proporcionaba un estado de total relax.

La adivina —a pesar de todo— comenzó a derrumbarse cuando se preguntó cómo salir de allí. No tenía ni la menor idea de lo que debía pasar o hacer para volver al interior de la estructura piramidal donde todo se inició, y un síntoma de angustia se asomó a su pecho. Trató de recordar algunos sueños, entre los cuales se destacaba la noche que interactuó con Nostradamus, boticario predictor que los religiosos tratan de ignorar, pero que con sus aciertos ha logrado mantener su bien ganado estatus público frente a las profecías del libro «sagrado» de los cristianos. Otro recuerdo onírico la trasladó a la corte del Zar, para encontrarse con Rasputín, místico al servicio de la familia imperial rusa en condición de sanador y consejero espiritual, a quien Emilia pudo ver agonizando en su lecho de muerte. Rasputín fue capaz de predecir, entre otras muchas cosas, su propio asesinato.

—Volvamos todos en orden al sitio de inicio —indicó el guía al grupo de nueve turistas que le acompañaron a visitar la cámara mortuoria.

Fue precisamente en ese momento cuando advirtió la ausencia de una mujer de unos cincuenta años, alta y muy bien trajeada, que por alguna razón desconocida se rezagó del grupo. Ante la inminencia de su separación grupal, el guía conminó al resto a subir de inmediato para tratar de dar con ella, puesto que el no cumplimiento de las normas elementales de seguridad determina la irrevocable suspensión de sus servicios al frente de asesorías dirigidas. Al ir subiendo con paso acelerado por la premura de saber lo que había ocurrido, hubieron de detenerse cuando una sombra redondeada que cubría casi en su totalidad vertical un área de la pared oeste, y que despedía intermitentes destellos de una opaca luminosidad, los obligó a detenerse para observar con suma atención y curiosidad.

Sin atreverse a tocar aquella «mancha» que logró aterrarlos, el guía se acercó afirmando que jamás había visto nada similar, ni escuchó nunca de sus colegas haber sido testigos de semejante evento de índole sobrenatural, sin duda alguna.

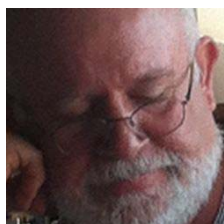
Ante la incertidumbre, y tras escrutar minuciosamente el muro en procura de algún indicio que les llevase a conocer el paradero de Emilia, se dirigieron a la entrada y buscaron en los alrededores, en cada espacio, en cada grupo, por cada centímetro de la meseta de Giza, llamándola por su nombre con altavoces, para luego informar a la policía turística e iniciar la búsqueda formal de la señora extraviada. En el lugar se formaron cuadrillas de baquianos que infructuosamente buscaron hasta el amanecer del siguiente día, minutos antes de darla oficialmente como perdida, para proceder entonces a notificar a su familia.

Era domingo y su esposo dormía como suele hacerlo a las siete de la mañana los días de descanso laboral. Cada uno de los hijos se encontraba en su habitación arrullado por Hipnos —dios griego del sueño—, bajo gruesas mantas protegiéndolos del frío artificial proporcionado por el aparato de aire acondicionado en modo máximo rendimiento. De repente, todos despertaron al mismo tiempo al escuchar la invariable voz de Emilia llamándolos para que bajaran a desayunar. Entre incrédulos y gratamente sorprendidos, estuvieron en la mesa comedor en cuestión de instantes deleitando la vista con aquel banquete pocas veces ofrecido, pero ninguno se sentó a la mesa hasta verla para abrazarla y pedirle que les contara sobre su viaje. La buscaron por toda la casa, en cada cuarto, cada rincón... pero fue en vano. Emilia no estaba con ellos.

La obligada llamada desde la embajada en Egipto llegó. La noticia los aturdió aún más, hasta niveles que se tornaron insopportables. Todo era confusión y caos, las cosas parecían alterar su forma, por las ventanas sólo se podían ver espesas nubes que iban al ras del suelo y la comida se enfriaba al paso de los minutos, pero era la evidencia de que ella había estado allí. Comenzaron a surgir las interrogantes: ¿qué ha pasado? ¿Cómo nos hizo desayuno y des-

apareció en un tris? ¿Por qué no llamó para recogerla en el aeropuerto, en caso de que haya adelantado su retorno? ¿Por qué salió de esa pirámide sin despedirse de los compañeros? ¿Qué significa todo esto?

Ninguna pregunta tuvo respuesta, ni nadie pudo verla de nuevo. Al día de hoy, el misterio de la desaparición de Emilia Campos Rosales está más lleno de dudas que de razones. Sólo su familia ha podido entender que se encuentra quizás en otro plano, dado el cúmulo de contactos extrasensoriales que han tenido con ella al correr del tiempo, y según sus propias palabras, en la casa se siente que ronda igual que antes, vigilando que todo esté bien. Pero lo cierto es que nunca más se ha sabido de su paradero. Los entendidos en el tema afirman no tener duda de que aquella «mancha» en el muro era un portal a otra dimensión que las fuerzas desconocidas del universo le permitieron atravesar, para tenerla por siempre entre ellos...



**Cualquier semejanza
es cuestión de imagen**

Sergio Holas Véliz

Escritor chileno (Valparaíso). Reside en Australia desde 1988. Es profesor de Estado en Castellano, tiene un máster en Literaturas Hispánicas de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso y un doctorado (PhD) en Filosofía de la Universidad de Nueva Gales del Sur (Sydney). Enseñó en varias universidades de Chile, Nueva Zelanda y Australia hasta su jubilación en 2023. Ha publicado *La furia* (Editorial Letralia, 2004), *Distancia cero* (Editorial Altazor, 2004), *Ciudad dividida* (Altazor, 2006), *Paisajes en movimiento* (Altazor, 2013), *Adelaide. Ramblin' in My Mind. Meditations Upon Emergent Occasions* (2013) y *Obligado x mi boca. Antología 1988-2025* (Altazor, 2025), entre otros. Es cotraductor de la antología *Poetry of the Earth: Mapuche Trilingual Anthology* (IT Press, Queensland, 2014), que reúne textos de de siete poetas mapuches traducidos al castellano y al inglés. Textos suyos han sido publicados en *Babab* (España), *Social Alternatives* (Queensland), *Australian Poetry Journal* (Melbourne), *The Capilano Review* (Canadá), *Arena* (Melbourne), *Rabbit Poetry Journal* (Melbourne) y *El Espiritu del Valle* (Chile).

***bestias con swásticas en la
mirada / órdenes en el cielo /
colonias en el espacio visual /
ying-yang invirtiéndose /
salchicha verbal quemándose en
la sartén / no aparezco x
ninguna parte / pero todos me
ven***



Cualquier semejanza es cuestión de imagen

Sergio Holas Véliz

I. *La señorita me acosa.*

mi imagen me persigue / me espía / mala luz en las esquinas / faroles titilando se encienden & apagan / en los momentos de silencio me mira / me sigue con sus ojos de *possum* / fijos / redondos como bolitas de vidrio / «quiero jugar» me dice / la veo correr por los cables eléctricos / se toma unos piscos / no se controla / salta del cable al árbol / desaparece entre las sombras / su mirada fija en el acto de magia / en el truco / en el atraco visual / trato de encontrar la salida / me coge de la mano / parecemos tortolitos / enamorados / ojos calientes / todo fijo en el cuadro / temblamos juntas / ella la imagen & yo / me pololea / paseamos x los cables eléctricos / me hace vibrar con su mirada / nos equilibramos / el cable se guatea / de la lengua Mapuche «gente de la tierra» / el conductor se detiene & se baja / me seca la eyaculación / estoy supermojada / no sé quién me ronronea en el oído / quizás dé lo mismo / la imagen traquetea en mi bolsillo trasero / serpiente culhebra coqueteando / no sé si vomito o son orgasmos / convulsiones voluptuosas / me lleva a un hotel / o yo la llevo a ella / no importa / las tarjetas abren todas las puertas / «*el que la sigue la consigue*» / amanecemos en la misma cama / «*el trago lo pone ciego a uno*» / asoma el subjuntivo entre las nubes / tormenta entre los ojos / no estoy segura si dormimos juntas / no me acuerdo / titubeo entre los géneros / «*entretener algo con otra cosa*» / en realidad no sé si lo vivo o lo sueño / distancia tonta esta del lenguaje / esta de los términos con que explicamos los hechos / me siento electrocutado / Leng

T'ché o Muerte x mil cortes / mareado / el doctor *Farabeuf* se me cruza / mala cosa esta / monstruosa / escritura monstruosa / cirugía lingual / angelitos en los ojos / *mirhada* descabellada / «yo la quería» / los Electrodomésticos cantando sólo para nosotrxs / olor a sopa / abrimos la ventana / no recuerdo el piso / creo que estábamos en el séptimo cielo / la subida en el ascensor debe haber sido resbalosa / manoseo / pasándolo la muerte / puede ser difícil entender estas expresiones en otros barrios / traslados / incoherencias / irracionalidades / imposibilidad de clavar el movimiento al suelo / instalación precaria / ni el paisaje ni su apuesta en el lenguaje se dejan instalar / cruces & + cruces / todo el paisaje del ojo lleno de imágenes / encrucijadas girando en el vórtice de la sopita de letras / calientitas —ella & yo— como sopa recién hecha / condimentos de todo tipo / mareados & vomitando / ¡qué lindo es el amor! / me atraen sus olores / sus pegajosidades / las nubes de pisco & especias entre sus piernas / inicial negación igual a la primera pisada de los españoles / personaje de los vestidos & de los desnudos con fondo tropical / Turner barroco / nubes & brumas x todos lados / pero algo pasó / algo se filtró / sigue filtrándose hasta el día de hoy / el barco verbal hace agua / me corrige esta ciencia / me corrige esta tecnología / escribe «hacienda» / se mete la conquista / se mete la jeringa / se mete la máquina correctora / se mete otra razón / me corta la lengua / algo incierto / «*October is the cruellest month, breeding puke chunks out of the promising land dead bodies, mixing parts, violence stirring desire*» / dedos grotescos / brujas revolviendo la mezcolanza / los árboles saltan x las paredes / el amasijo engaña al ojo / me dejo ir / canto me parece que canto / eco de vórtice / Escila & Caribdis / ¿qué hacen aquí estos griegos? / estrecho este estrecho / virginal / el vaivén tira hacia ambos extremos / nos golpeamos / bailo la cueca sola / creo mitos / explico / hago historias como cosas / meto la línea / la corto / me golpeo la cabeza contra las brumas / cielos tormentosos / Abya-Yala en la encrucijhada / problemas de relaciones / autos a toda velocidad chocando con camiones con ataúdes / desparramo / brumas en los cielos / destrozo / Bosch en su salsa / creo que le pusieron algo al trago / algún deseo entrometido / mirones estos espermatozoides de coitos anteriores / ojos pegados en las sábanas / ojos sentados ven pa-

sar & aprovechan / si se da la ocasión / de re-iniciar la carrera / nos preñamos de imágenes repetidas *ad infinitum* / el «yo» en todas partes / saturando el espacio, los hoteles, las camas, las sombras bajo los árboles / sombras envolviendo a los amantes / cabezas aflorando del ano lingual / Hieronimus Bosch afiebrado / gozándola / las calles oscuras de Santiago / las calles tropicales de Caracas / las calles húmedas de Buenos Aires / pegajosos estos lares / islas a diestra & siniestra / el puritano coloreando el paisaje / cámaras testigos del juego de las imágenes / instrucciones de borrar todo / tachado creativo / observar las reacciones / «*el trago lo pone ciego a uno*» / así piensan estos caballitos / es como acostarse con todxs lxs que aquí han dormido / nadando entre espermatozoides juleros que perdieron su ocasión / de reojo / en verdad es una preciosa pesadilla / ella se acurruca junto a mí & en mis sueños me viola

II. *La señorita con swásticas en la mirada.*

yo canto / ella la señorita imagen / emite su trueno de tambores & olores amarillos / me siento rodeada / siento sed / me hago río / este cielo vibra / el mosquito resbala / se golpea en el suelo / se seca / botas de bestias en marcha / swásticas en las nubes / proyecciones a lo Batman / ecos / propagación x los territorios / *Fart West all over the place* / el mosquito desaparece / luego reviso las cámaras & elimino todas mis imágenes / no dejo huellas / el zoológico se reduce / bestias con swásticas en la mirada / órdenes en el cielo / colonias en el espacio visual / ying-yang invirtiéndose / salchicha verbal quemándose en la sartén / no aparezco x ninguna parte / pero todos me ven / no existo en ese lugar hacia oriente donde arde la mirada / Ling T'che / Turner hundiéndose en sus tormentas / las pupilas saturadas de vientos / trozos de viajes atrapados en los vórtices / tripulantes en gira x otras avenidas / viajes desconocidos hasta encontrar el nuevo puerto / «*El mundo, jibaro en el presente / ayer, mañana, siempre, nos devuelve nuestra imagen / un oasis de horror en un desierto en las Guaitecas*»

III. *La señorita en zapatitos de espino.*

mi imagen me persigue / me observa / cajitas reventándose en la mar abierta / cajas en los cables eléctricos proyectan en mí sus deseos de *possum* / todos se hacen los ciegos / se dibujan una explicación / se contentan / repiten el parche *ad infinitum* / mi imagen me persigue / me espía / cuando le «*pica la araña*» me muerde / muérdeme me escucho decirle a mi propia imagen / & me veo morderme con lascivia / me beso el cuello / me lo chupo / movimiento reflejo / no me la creo / ahora que me veo no me la creo / dudo de mí / creo a ciegas en mi imagen / no hay evidencia científica de este cuento / la boleta que me dio el hotel no cuenta / ciertamente / me inyecta algo / menjunjes para el olvido / pociones de decadencia & otros venenos agridulces / zapatitos de espino / zapatitos de alambre de púa / Hieronimus Sarduy manipulando esta mano que escribe / un guarisapo se queda dormido & ronca en mi lengua / x la mañana o la noche se despierta / me amarra / & me viola o lo violo / me chupo la sangre / me quema el deseo / me pelo la piel / se queman mis imágenes / mis memorias crepitan / «*la noche está estrellada, & tiritan, azules, los astros, a lo lejos*» / incendios poblando mi mirada / libros quemándose / nuevas tierras ganadas a golpe *de trompe l'oeil* / me bajo de las paredes leo en la página / una imagen en uniforme se desliza con sigilo & salta / así no me ven durante el día / la fiebre ayuda / formo parte de sus bordes / de sus miedos / creo sus habitaciones / estipulo las esquinas de sus argumentos / hago hoteles / sucuchos sebosos / creo miedos & sueños / vendo selfies al x mayor / & me gusto a rabiar / me apago solita / & me veo de nuevo / me veo mordiéndome / me veo abrazada x el fuego / «*duérmete abrazada a mí*» le digo / creo decirle / me amarro a los cables nocturnos / me besuqueo con mi sombra / me suelto / me vuelvo loca / me contorsiono / tuerzo las palabrotas / gotea el jugo de los cables de la electricidad / me electrocuto / ¡qué rico!

IV. El juego infinito & monstruoso de las variaciones.

las estrujo & me cuelgo de los alambres eléctricos x sobre las cabezas de los sapos / los veo dormir / se pasan la película / les paso la lengua pegajosa x la yugular / les dejo un chupón / rojo & caliente en el cuello / se sienten perseguidos / le preguntan algo sucio a su uniforme / el uniforme les entrega órdenes / les recuerda juramentos / les toca las partes pudibundas / redactan documentos / envían señales a través de sus antenas: gestos, miradas & guiños / lamen la sangre seca / tienen orgasmos verbales / se les escama la lengua / todo con gran excitación sexual x supuesto / no se la malentienda a la señorita imagen / ella levanta su escape / hace su escena / medio perdido escucho unos aplausos / plato de fondo / el telón no cae / & que comience la orgía / hagan sus apuestas / el ojo del *possum* tiritita / te callas & observas la monstruosa escena / te pones tus zapatitos de Blancanieves / las dulces púas te hieren / entras / te dejas llevar / te pierdes entre los espejos / participas



Maneras del sobresalto

Daniel Ricardo Jiménez Bejarano

Poeta, traductor y ensayista colombiano (Puerto Berrío, 1970). Abogado penalista de la Universidad de Antioquia, especialista en Pedagogía Contemporánea, diplomado en Acompañamiento Filosófico y magíster en Filosofía. Ha publicado, entre otros títulos de poesía y ensayo, *Permanencia en la melancolía* (1992), *Retrato con omisiones* (1995), *El goce concedido* (1998), *Íntima señora de la espina* (1998), *La senda inexorable* (2003), *Peregrinaje* (2011), *Salmos de la tierra oscura* (2012), *Cantor de un solo Señor* (2013), *Grietas en la Gran Muralla* (2018), *Cántico de Suibne* (2022; disponible para descarga libre en Freeditorial) y *Grimorio compasivo* (2024). En 2014 tradujo la poesía del poeta congolés Henri Djombo, así como su obra de teatro *El mal de la tierra*.

***Un hombre en la terraza / ve
algo entre las nubes / pero no
dice nada. / Al día siguiente, /
hay un techo menos en el barrio,
/ un niño perdido más, / en los
haberes de la lluvia.***



Maneras del sobresalto

Daniel Ricardo Jiménez Bejarano

Maneras del sobresalto

I

Zumbidos erizando
los ventanales de la medianoche.
Rondan los barrios altos,
suplantando el aire con fiebre y ceniza.
Un anciano reza en voz baja,
pero su oración se rompe
como cristal en la garganta.
Las sombras prolongan los tejados,
aboliendo el cielo,
los vidrios reflejan ojos
que no están en la habitación.
Cuando amanece,
los perros lamen una mancha oscura
que nadie recuerda haber visto antes.

II

Sobre la cúpula,
un cuervo vigila sin moverse.
Dicen que quien lo vea
recibirá noticias en tres días.
No dicen si serán buenas o malas.
Alza el vuelo hasta posarse
en la única farola de cierta calle.
Un periodista lo sigue con la mirada,
anota en su libreta el lugar exacto.

Esa noche,
una llamada interrumpe su sueño.
Al otro lado,
sólo se oye un graznido
y la línea se corta.

III

El asfalto caliente tiene huellas
que no parecen humanas,
que no recuerdan símbolos o signos,
sólo trazos de una ruta sin origen ni destino.
Algo corrió entre los autos,
sus piernas dobladas en ángulos imposibles.
Alguien ve un perro de ojos humanos
mirando el tráfico con ansias.
Una moto se estrella sin motivo aparente,
el conductor jura haber visto
su propia cara huyendo en una sombra sin cuerpo.
Algo —¿ellos?— ríe en la negrura,
carcajada de sangre y frenos fallidos.
Un bus pasa,
en una de sus ventanillas,
el último pasajero ve un rostro que no es suyo.

IV

El cielo se parte en dos,
corren los relámpagos por los techos de zinc.
El trueno no es un dios lejano,
sino un aleteo inmenso,
una sombra que gira sobre la ciudad.
El Águila del Trueno
baja con la lluvia,
sus garras arañan la cumbre de los cerros.
Un hombre en la terraza
ve algo entre las nubes
pero no dice nada.

Al día siguiente,
hay un techo menos en el barrio,
un niño perdido más,
en los haberes de la lluvia.

V

Las luces de la ciudad son pálidas
comparadas con su piel de luna.
Chía observa desde la torre más alta,
su reflejo en los ventanales
es un destello fugaz.
Algunos la ven en sus sueños,
una mujer con ojos de plata,
murmurando verdades en la oscuridad.
Dicen que cuando llueve sin nubes,
cuando la ciudad brilla más de lo normal,
es porque ella pasó por aquí,
tocando con su luz
a los que aún recuerdan su nombre.

VI

Las aguas profundas guardan secretos,
y hay un rostro en cada ola.
Bachué despierta,
sus cabellos de algas flotan
en la superficie inquieta.
Los pescadores se persignan,
dicen que ella aún busca
al ahogado que amó.
El viento agita la madera del muelle,
un remo cae sin que nadie lo toque.
Un turista toma una foto del agua,
pero en la imagen
hay un par de ojos abiertos
mirándolo desde el fondo.

VII

Sus dedos de barro acarician el agua negra.
El Mohán ríe entre botellas rotas,
su aliento a tabaco y herrumbre.
Las luces del metro se reflejan en el río,
pero entre los reflejos
hay una sombra que nadie explica.
Dicen los que sacan arena del lecho del río
que el agua nunca devuelve lo que se lleva.
Esa noche,
en un barrio al otro lado del río,
una niña sueña con un hombre de ojos amarillos
que la llama por su nombre.

VIII

Él camina detrás de ti,
con tus zapatos,
con tu sombra mal puesta.
Las calles conocen tu rostro dos veces,
un eco en los charcos,
una risa que suena como la tuya.
Cruzas la calle y él también,
te miras en la vitrina de un café
y hay un parpadeo que no te pertenece.
No preguntas,
no corres.
Sólo esperas que,
cuando llegue la noche,
él no entre en tu casa primero.

IX

Asoma su cabello verde,
ojos vidriosos de quien ha esperado demasiado.
Los sin techo lo han visto,
pero nadie dice su nombre.
Una botella se rompe sola,

un hombre se hunde en el asfalto.
Estas calles fueron ríos y quebradas,
hubo pescadores donde hoy duermen
adictos desastrados.
Cuando el agua se agita,
jirones de cartón y de periódicos viejos
se arremolinan contra las macilentas farolas del alba.
Alguien susurra que es sólo el viento.
Pero el viento no canta bajo el agua.



Recomendaciones para lidiar con el fantasma

Alejandro Langlois

Escritor, periodista y docente argentino (Buenos Aires, 1976). Autor de *Las novelas perdidas de Federico Moreira* (2022). Textos de su autoría han sido publicados en diversas antologías y revistas culturales. Ganador, con su cuento «La cama de Cervantes», del Certamen Permanente de Cuento y Poesía de la edición N° 81 (2023) de la *Revista Nacional de Cultura* de Costa Rica. Ha obtenido además, entre otros reconocimientos, accésit de honor en el Concurso de Microrrelatos Alma de Magno (Grupo Osborne, Madrid, 2008) y menciones honoríficas en el Concurso Binacional de Literatura Osvaldo Bayer (Asociación Trabajadores del Estado, ATE; Argentina, 2021) y en el LI Concurso Latinoamericano de Cuento Edmundo Valadés (Secretaría de Cultura del Estado de Puebla; México, 2022).

Creer en fantasmas puede ser una superstición legítima, incluso digna, pero no te prepara para resistir el estupor que produce escucharlos martillar dentro tu casa, a sólo cinco metros de donde estás durmiendo.



Recomendaciones para lidiar con el fantasma

Alejandro Langlois

Yo quería tomar vino, por eso acepté ir a Mendoza. Cuatro días recorriendo bodegas me sonaba bien. Laura consiguió un departamento bastante barato a través de una página web y nos fuimos a Cuyo. Uno de esos viajes que las parejas hacen para distraer, al menos por unos meses, el curso inexorable que los conducirá al final, al momento en el que se extingue el amor.

El vuelo fue normal. Aproveché para corregir unos exámenes que tenía atrasados y Laura se entretuvo con una película. No hablamos durante el viaje. Antes de aterrizar, el capitán nos regaló una pasada sobre unos picos montañosos blanqueados por las nieves eternas y el hielo de la Cordillera de los Andes.

Retiramos las llaves en la portería del edificio, ubicado a una cuadra de la peatonal Sarmiento, en pleno centro de la ciudad. Un dos ambientes pequeño, en un primer piso por escalera, con techos altísimos, pisos de roble y molduras en puertas y ventanas. El estilo de los muebles y algunos rastros de la antigua decoración permitían suponer que los últimos habitantes habían sido personas mayores.

Mientras Laura acomodaba su ropa en el armario, yo fui por un vaso de agua a la cocina. El agua salió por la canilla con fuerza y totalmente límpida. Estaba fresca y la bebí de un único y largo trago.

Sobre la mesa de la cocina encontré una carpeta con unas hojas impresas prolijamente abrochadas. Se trataba, tal como anticipaba el anuncio del sitio web, de unas instrucciones sobre el funciona-

miento de la casa. La primera página, que podía verse a través de la tapa transparente, trataba sobre algunas mañas de la heladera. Tenía unas páginas dedicadas al lavarropas, otras con un inventario de la vajilla, dos con consejos de seguridad para el uso del termotanque y una con algunos artículos que parecían copiados del reglamento del consorcio. Intercalados entre las páginas, folletos de plomeros, electricistas y pizzerías. Entre todas esas hojas, había una doblada en dos, que se veía más antigua, amarillenta, con arrugas y marcas de haber sido manoseada con mayor frecuencia. La abrí para ver de qué se trataba. Eran dos hojas, escritas a mano, con letras diversas y colores de lápices y tintas. Una de ellas, la primera, tenía como título:

Recomendaciones para lidiar con el fantasma

- Hola, si te vas a quedar en este depto tenés que saber que hay un fantasma. Suele sentirse en el baño la primera noche de la estadía. Abre y cierra la puerta del vanitory. Hay que dejarle abierta esa puerta durante las noches para que no moleste.
- A otros inquilinos les movió las ventanas de la sala durante toda la noche. Según cuenta el portero, el matrimonio de viejitos que ocupó el departamento durante años convivió con el fantasma desde siempre. En el edificio creen que es el espíritu de un albañil que murió durante la construcción. Si por las noches se le deja un vaso de vino en la ventana él se calma. Funciona también dejarle un vaso de leche en la cocina.
- Si vienen con niños no se preocupen porque no va a aparecer.
- En ciertas noches se manifiesta a través de un sonido similar al de un martillo golpeando una madera. En ese caso, se recomienda dejar encendidas las luces de la sala para que el ruido se detenga.
- ¡Atención! Yo pude ver su reflejo sobre la pantalla del televisor apagado. Mejor dejar la TV con la funda cuando no esté siendo utilizada.
- Aconsejamos no prolongar la ducha más allá de los veinte

minutos. Luego de ese tiempo, este ser suele ponerse a jugar con el flujo del agua y en algunos casos incluso con su temperatura.

- Se han reportado casos de desaparición de alimentos de la heladera. Evite los alimentos dulces. Sobre todo las tortas.
- Otra manera de alejarlo es con música. El fantasma detesta el tango (en especial la milonga) —añadió alguien con lápiz— y cualquier género vinculado con el folklore. Si usted hace sonar alguna de esas músicas a partir de las siete de la tarde, durante al menos una hora, es improbable cualquier aparición.

Laura entró a la cocina y me pidió un vaso de agua. Decidí no comentarle nada sobre lo que había encontrado. Tampoco sobre eso me daba ganas de hablar con ella. Además, era muy probable que esto también desatara una discusión. Yo era de los que nunca daba un salero en la mano, repetía ropa interior en los partidos de Argentina en el mundial y me apretaba el testículo izquierdo cuando nombraban a Menem. Ella detestaba mi esoterismo funcional. Mejor me ocuparía, solo y por mi cuenta, de seguir escrupulosamente los consejos de la carpeta.

Miré el reloj colgado en la pared de la cocina. Tenía una ilustración espantosa de peras y uvas. Marcaba las once y treinta. Mi teléfono estaba en la misma hora. En apenas una hora una camioneta pasaría a buscarnos para ir a la primera bodega, en Maipú.

La primera noche cumplí con todas las sugerencias y al parecer funcionó porque el fantasma no apareció. Me costó bastante dormirme pese al cansancio del viaje y a que venía con varias copas de malbec y cabernet franc encima. Laura, en cambio, se durmió en pocos minutos.

El día siguiente se lo dedicamos, patrióticamente, al general San Martín. Conocimos la casa que ocupó en sus tiempos de gobernador y un museo dedicado a guardar la memoria de su campaña militar para libertar a Chile. Al final del día, cenamos en una feria, en un puesto que ofrecía chivo a la estaca con chimichurri. Laura es vegetariana, así que le prepararon un sándwich de tomate, queso y huevo duro, en pan francés.

La segunda noche repetí los cuidados de la noche anterior. Incluso dejé un vaso de leche en la cocina, para reforzar. Nos dormimos los dos en silencio. En algún momento de la noche me despertó un ruido extraño. Cuando logré aclararme y pude escuchar con atención, reconocí el golpeteo de una madera. Me sobresalté, me senté en la cama con las pulsaciones aceleradas al punto que me sentí algo mareado. Creer en fantasmas puede ser una superstición legítima, incluso digna, pero no te prepara para resistir el estupor que produce escucharlos martillar dentro tu casa, a sólo cinco metros de donde estás durmiendo.

El ruido finalmente terminó. Logré ponerme de pie y fui hasta la sala. La luz estaba apagada. Supuse que Laura se habría levantado en algún momento de la noche y había apagado la luz. Regresé a la cama y, luego de comprobar durante algunos minutos que el fantasma ya no estaba, me dormí.

Por la mañana, durante el desayuno, Laura me preguntó por qué me había quedado tomando vino solo en la sala y había dejado la luz prendida. Tuve la tentación de acabar con todo e informarle de una vez que no estábamos solos en el departamento, pero me detuvo la certeza de que si lo hacía pasaría a tener dos problemas. Un fantasma en la casa y los reproches de Laura. Preferí callar y culpar al insomnio.

Ese día visitamos una bodega que producía vinos orgánicos y otra, más grande, industrial, que producía casi la mitad del vino de la región de Agrelo. Dentro de la finca había un hotel cuatro estrellas. En el hall del hotel, un banner del spa ofrecía a los huéspedes un tratamiento de «vinoterapia», con la foto del rostro de una mujer embadurnado en una pasta viscosa de malbec. A la tarde, después del almuerzo, nos llevaron a una fábrica de quesos de leche de cabras a las que alimentaban con el orujo de uva que descartaban las bodegas de la zona. Comparamos dos hormas pequeñas para llevar a casa.

Esa noche, la última noche, preferimos cenar en casa. Al otro día nos íbamos al mediodía y queríamos descansar. De camino comparamos algo de pan negro y tomates y nos hicimos unos sándwiches de queso de cabra. Cuando terminamos de comer, le dije que yo me encargaba de limpiar la mesa.

Esa noche tampoco cogimos. Si bien el paseo nos había devuelto las ganas de hacer cosas juntos, y hasta volvimos a tener algo de diálogo, la tenue recuperación no había llegado hasta el sexo.

Ya en la cama, Laura se puso a ver un documental y yo a leer la revista sobre vinos orgánicos que nos dieron en la bodega. Cuando Laura se durmió, repetí uno a uno los pasos, tanto en el baño como en la cocina y en la sala. Aproveché que durante la cena habíamos tomado vino y dejé todo tal como estaba.

Esa noche el fantasma no apareció. Al parecer, los conjuros eran eficaces y lo mantuvieron lejos. Dormimos los dos de un tirón, sin sobresaltos, hasta que sonó la alarma a las ocho de la mañana. Queríamos aprovechar las últimas horas para hacer unas compras en la peatonal Sarmiento, antes de salir para el aeropuerto.

Cuando Laura se despertó, yo estaba levantando la mesa de la cena. Por supuesto, me reprochó no haberlo hecho en la noche, tal como me había comprometido. La mentira, el ocultamiento, como me pasa siempre, estaba multiplicando mis problemas, y haciendo trizas los débiles efectos beneficiosos del viaje en nuestra pareja. Antes de dejar que Laura avanzara hacia otros capítulos de mi historial de defectos tomé una decisión. Como ya no pasaríamos otra noche en el departamento, me decidí a contarle la verdad. Mientras le revelaba la presencia del fantasma, el rostro de Laura sólo dejaba ver incredulidad y desdén. Otra de sus típicas excusas ahora en tono sobrenatural, parecía pensar ella. Le pregunté si no había escuchado los golpeteos de madera durante la segunda noche, pero no recordaba nada.

Estaba dispuesto a que ella comprobara por sí misma lo que yo había leído en la carpeta. Fui a la cocina a buscarla. Estaba exactamente en el mismo lugar donde yo la había dejado. Volví a la sala y Laura, por supuesto, ya no estaba allí, había regresado al cuarto y pude ver cómo con estudiada indiferencia envolvía unas botellas de vino con su ropa, para que no se quebraran adentro de la valija durante el viaje de vuelta.

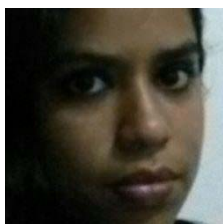
Apoyé la carpeta sobre la mesa y la abrí. Pasé una por una las hojas grandes con mi dedo pulgar buscando los dos papeles plegados que

contenían mi prueba irrefutable. La llave de mi victoria moral. Luego, con algo de desesperación, saqué todas las hojas y las esparcí sobre la mesa. Las volví a revisar. Nada. Ya no estaban allí. Las instrucciones para lidiar con el fantasma habían desaparecido.

Cuando Laura regresó a la sala miró los papeles desparramados sobre la mesa con una mueca irónica de desprecio que me llenó de bronca. No dije nada. Ella tampoco.

En la peatonal había muy poca gente, como era de esperar en un día de domingo en temporada baja de turismo. Compramos un par de vinos más, para regalar a los compañeros de trabajo, un bombo legüero pequeño para el sobrino de Laura y un poncho chileno, de rayas ocres y amarillas, igual al que habían usado los soldados de San Martín, según habíamos visto en el museo. Nos costó casi la mitad de lo que nos habían costado los pasajes en avión. Me pareció un delirio gastar todo ese dinero en un poncho y se lo dije. Ella no pensaba lo mismo y me lo hizo saber a los gritos, delante del vendedor que, rojo de vergüenza, se escabullía detrás de las perchas.

Durante el vuelo a Buenos Aires, otra vez, cada uno a lo suyo. Laura se distrajo escuchando música y ojeando una revista *Cosmopolitan* que compró en El Plumerillo. Yo me dediqué a terminar de corregir los exámenes que me faltaban, y que tenía que entregar al día siguiente. Según la lista de alumnos que llevaba como control, me quedaban cuatro por revisar. Al primero le puse un siete, aprobado. Cuando moví la pila de papeles para buscar el siguiente examen fue que las vi, ahí estaban las dos hojas perfectamente dobladas, con las instrucciones para lidiar con el fantasma, ya inútiles y yermas, como la letra de un testamento sin bienes. Igual de absurdas e inservibles que ese mapa de Mendoza que nos dio una promotora en la puerta del aeropuerto cuando ya nuestro viaje había terminado.

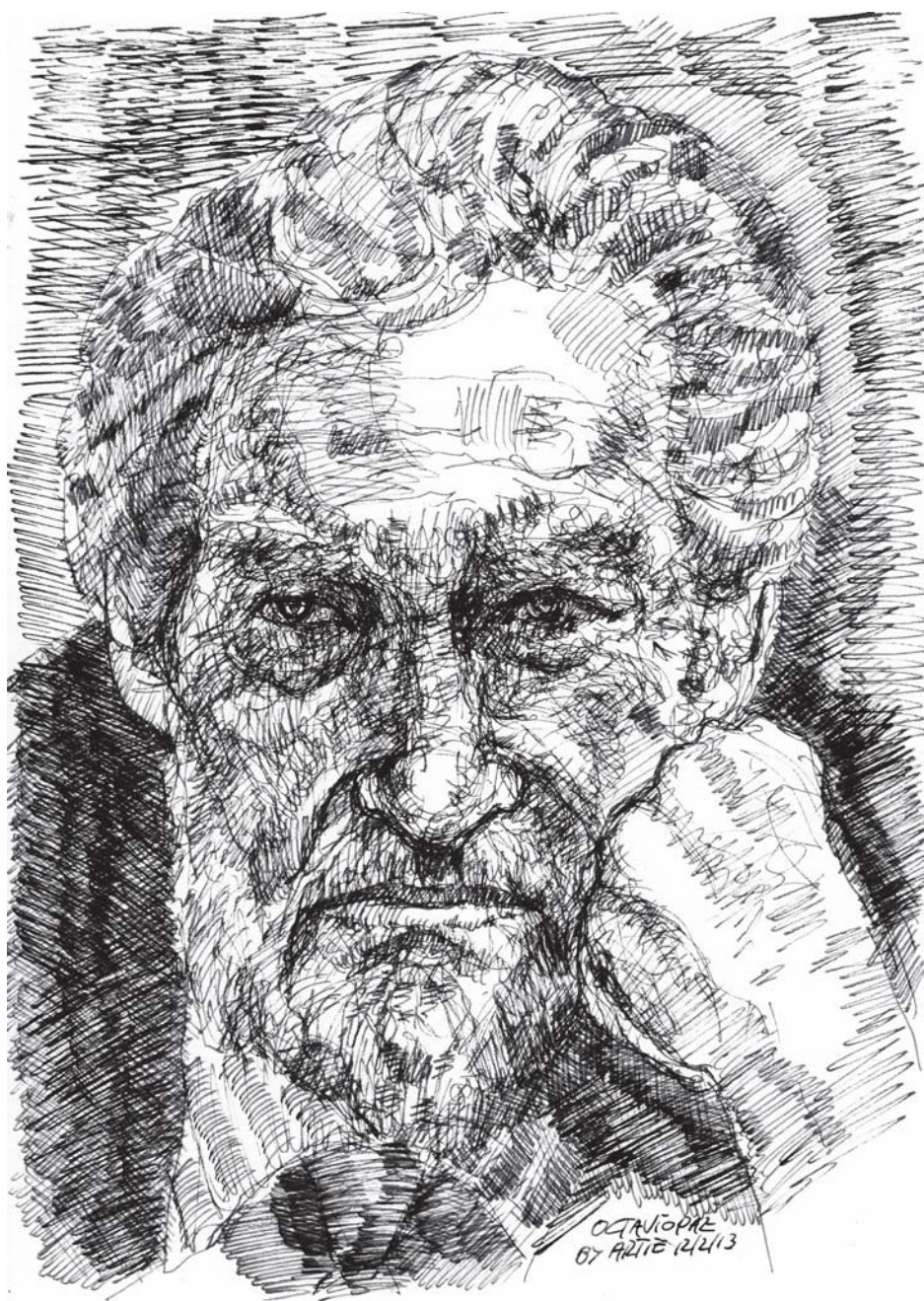


El universo mitológico de Octavio Paz

María Ledezma G.

Investigadora y docente venezolana (Caracas, 1992). Licenciada en Letras por la Universidad Central de Venezuela (UCV), donde cursó también una Maestría en Estudios Literarios. Es profesora del Departamento de Lengua y Literatura de la Universidad Simón Bolívar (USB). Correctora en medios editoriales y de artes gráficas.

Leer a Octavio Paz implica atajar detalles, símbolos, apologías que no se enseñan en la academia, mucho menos en una universidad científica. Y a través de sus obras el lector va abriendo propuestas de lecturas que son totalmente inéditas para sí mismo. Por eso, creí tan necesario generar el momento para que pensemos la obra de Paz desde la envergadura del mito. Esto sería un recurso muy valioso para que ustedes conciban lo mitológico desde su aspecto esencial.



Octavio Paz.
Retrato en tinta sobre papel Canson por Arturo Espinosa • PIFAL

El universo mitológico de Octavio Paz

Lecciones de una clase sobre dioses y héroes

María Ledezma G.

Este ensayo fue escrito en el contexto de la materia «Mitología: entre dioses y héroes», del Ciclo Profesional de la Universidad Simón Bolívar (Caracas, Venezuela, 2020).

Lo sagrado es un objeto. Ritos, mitos, fiestas y leyendas están ahí, frente a nosotros: son objetos, cosas.

«La otra orilla». *El arco y la lira.*

El doble significado de la sociedad —ruptura con un mundo y tentativa por crear otro— se manifiesta en nuestra concepción de héroes, santos y redentores. El mito, la biografía, la historia y el poema registran un período de soledad y de retiro situado, casi siempre, en la primera juventud que precede a la vuelta del mundo y a la acción entre los hombres.

«La dialéctica de la soledad». *El laberinto de la soledad.*

Quiero presentarles, en el marco de esta asignatura llamada «Mitología: entre dioses y héroes», en donde escribimos ensayos para visitar algunos mitos de nuestra tradición civilizatoria, un tema que me ha acompañado durante muchos años: la dinámica de los héroes y los dioses griegos a través de la mirada lúcida de Octavio Paz. Para hacerles el cuento corto, Octavio Paz fue un poeta, crítico y ensayista mexicano, nacido en 1914; es una de las figuras más importantes del imaginario mexicano y fue un latinoamericanista excepcional. Por latinoamericanista se entiende al intelectual seguidor de una escuela de pensamiento esbozada en el siglo XIX (en medio del desarrollo de las guerras de independencia de los países del «nuevo continente»), pero erigida finalmente como escuela de

pensamiento cultural durante el siglo XX. Una de las propuestas más importantes del latinoamericanismo es el hecho de dibujar imaginariamente a Latinoamérica como el producto de múltiples herencias históricas (ojo con esto, porque nos atañe debido a sus resonancias con los mitos), por lo que el latinoamericanismo refuta el argumento de que este continente no es ni más nuevo ni menos avanzado que el Viejo Mundo (es decir, Europa o Asia). Paz no fue el único americanista, también lo fueron otros pensadores contemporáneos con Paz como Alfonso Reyes (quien tiene un ensayo brillante que todo estudiante hispanohablante debe revisar titulado «Notas sobre la inteligencia americana»), o Ángel Rosenblat (a quien le debemos mucho en Venezuela por sus investigaciones lingüísticas y lexicográficas). Del latinoamericanismo emergieron los movimientos que marcaron nuestra estética cultural del siglo XX. Definitivamente no existiría el realismo mágico (ni *Cien años de soledad* con sus mariposas amarillas, Melquiades, las hormigas de Macondo y la familia de cola de cochino) tal como lo conocemos, si no hubiera estado presente el sentido de la pertinencia por narrar nuestros acontecimientos fantásticos propuesto por la corriente latinoamericanista del siglo XX. Para mí es importante que tengamos esto presente porque en las próximas semanas de este curso regresaremos a este tema. No en vano pongo como prefacio una de las citas de Paz que me llamó la atención durante mi arqueo bibliográfico: detrás de la narrativa de cada mito hay una profunda necesidad de alejarse de un mundo para crear otro o, mejor dicho, el nacimiento de un mito supone una ruptura entre el viejo mundo y los nuevos mundos.

Dije que Octavio Paz fue un latinoamericanista excepcional. Les explico por qué: Paz tuvo un contacto permanente y particular con el imaginario místico. En parte porque tuvo una actividad prolífica como poeta. En parte, también, porque la mística siempre levantó su interés. La mirada mística de Paz, sin embargo, no se reduce a lo latinoamericano, sino que es amplia y universal. Los cuatro libros que mencioné como bibliografía de este curso dan cuenta de ello. *El arco y la lira*, *La llama doble*, *Los hijos del limo* y *El laberinto de la soledad* son compendios ensayísticos donde Paz revisita importantes pasajes del mito y la poesía. Y cada uno de estos materiales tiene una tradición mítica focal.

Así, *El arco y la lira* ataja el mito desde sus configuraciones poéticas, es por eso que encontraremos diferentes ensayos (todos extraordinarios, eso sí) que tienen que ver con el lenguaje, la prosa, la poesía. El título del libro es un detalle fenomenal pues alude al pasado primigenio del ser humano en el que no era del todo civilizado, pero, al mismo tiempo, estaba preparando el terreno para civilizarse. El arco: instrumento épico por excelencia; la lira: instrumento canalizador de la representación (arte) por excelencia.

Rescato del texto «Lenguaje» la siguiente reminiscencia, porque necesito que esto lo tengan digerido:

Lenguaje y mito son vastas metáforas de la realidad. La esencia del lenguaje es simbólica porque consiste en representar un elemento de la realidad por otro, según ocurre con las metáforas (...). Cada palabra o grupo de palabras es una metáfora. Y asimismo es un instrumento mágico, esto es, algo susceptible de cambiarse en otra cosa y de transmutar aquello que toca: la palabra *pan*, tocada por la palabra *sol*, se vuelve efectivamente un astro; y el sol, a su vez, se vuelve un alimento luminoso. La palabra es un símbolo que emite símbolos. El hombre es hombre gracias al lenguaje, gracias a la metáfora original que lo hizo ser otro y lo separó del mundo natural (página 10).

Esta cita reafirma todo lo que hemos revisado previamente, pero, además, personalmente, me conduce a una de las clases que tuve con la profesora María Fernanda Palacios en una de las primeras sesiones a las que asistí en la Escuela de Letras de la Universidad Central de Venezuela (UCV). A todo estudiante de Letras lo obligan a leer la *Odisea* en el primer semestre. A todos nos llevan por ese camino. A todos nos decían tres cosas el primer día de clases: 1) A partir de ahora ustedes son marineros de un barco que intenta llegar a Ítaca. 2) Ustedes vienen a demostrar aquí (y a celebrar solitariamente) que no tiene nada de malo no ser ingenieros, abogados o médicos. 3) Les tenemos una mala noticia a aquellos que vienen aquí a hacer trampolín: se van a enamorar de la carrera. Y Palacios era quien nos iniciaba, y lo ha hecho durante cincuenta años ininterrumpidamente, en ese proceso de lectura homérica. La profesora Palacios, a propósito de los viajes de Odiseo a las islas, siempre nos dejaba clara la importancia de preguntar a los habitantes de las islas si eran *hacedores de pan*.

Todas las civilizaciones hacen pan. Dentro de la lógica griega, el hombre que no hace pan es un caníbal. O eres hombre o eres caníbal. O eres hombre o eres animal (sólo los dioses permutan, sólo lo divino puede transformarse, tal como puede permutar «la palabra, el *logos*»). El pan no es sólo un alimento, también es uno de los primeros *trabajos* del hombre, simbólicamente hablando (¿recuerdan el *Génesis* cuando el Dios le decía a Adán: «el pan lo ganarás del sudor de tu frente?»). Para hacer pan se requiere dominio de la naturaleza, dominio de la agricultura (agri-cultura, cultura = educación), dominio de una técnica y, aquí viene lo más importante: tiene que gustar, tiene que tener sabor. El sabor no es un accesorio del alimento; si los alimentos no nos *saben* bien, no los consideramos alimento. Todos tenemos algún plato favorito no-saludable. Pero sentimos que nos alimenta. ¿Por qué menciono esto? Porque, de acuerdo a lo que M. F. Palacios nos señalaba, *saber* y *sabor* pertenecen a la misma raíz, *sapere* (conocimiento). El alimento (el pan) no sólo tiene sabor, tiene saber (conocimiento) y es, en sí mismo, materialización de ese conocimiento. Y, por otra parte, quien cultiva educa (no en vano los listones de las medallas de las escuelas de Educación y de Agronomía tienen el mismo color verde: hay una raíz primigenia común). Entonces, detrás de la idea del pan hay una bonita conjunción entre lo artificioso y lo religioso. Sin saberlo ni buscarlo, vivimos las urgencias del día a día arras-trando significaciones heredadas de los mitos. No existirían estas asociaciones sin las permutaciones del lenguaje, sin la constante metaforización de lo cotidiano.

Ahora, regresando a los textos de Octavio Paz, de *Los hijos del limo* se rescata el constante viaje que Paz realiza hacia la poesía de vanguardia y contemporánea. Una vez más, el mito será un hilo conductor importantísimo en los temas del ensayo. Con *Los hijos del limo* nos pasearemos por el imaginario romántico, estableceremos contacto con los mitos orientales, entraremos en el universo del loto, los elefantes, las danzas y las especias de la India, de China o Japón, pero siempre desde la perspectiva de viajeros occidentales. El texto nos llama a la India, pero nos recuerda que somos hijos de Baudelaire, de Rimbaud o de Proust. Que nos persiguen los fantasmas del comunismo y la Unión Soviética. Es un libro muy lindo, la verdad. A quien le gusten las representaciones y las herencias de

aquel lado de mundo va a encontrar un espacio discursivo bien interesante. ¿Del origen del título? Limo era la personificación del hambre en el imaginario griego. Paz intenta, de una manera muy particular, recordarnos que sí, los poetas intentan con el lenguaje alcanzar el amor (como estado puro, no solamente desde el encuentro erótico o sexual), la libertad (a través de la rebeldía del sujeto) y esas cosas chéveres, idealistas, pero que, por otra parte, son seres humanos, y como tales, como seres desprovistos de la eternidad y la divinidad, son víctimas del hambre y la pobreza. Octavio Paz juega con esto constantemente. Por una parte, nos dice: *no es el hambre, sino el amor, el miedo o el asombro lo que nos ha hecho hablar*, pero por otra, genera esa concesión a los poetas o escritores que han tenido que ofrecer sus versos por dos lochas, para no terminar como intelectuales mártires del mercado:

Pero nosotros que hemos visto y oído a muchos poetas de Occidente cantar en francés y español las hazañas de Stalin, podemos perdonarle a Darío que haya escrito unas cuantas estrofas en honor de Zelaya y Estrada Cabrera, sátrapas centroamericanos («Traducción y metáfora»).

La llama doble nos acerca a un terreno mucho más peligroso que los dos anteriores. Si bien *El arco y la lira* gira en torno al *logos* (la palabra, la retórica, la lírica y la épica; nos transporta a la Grecia, a Babilonia, al Imperio incaico) y *Los hijos de limo* al *fatum* (el destino: en este caso, el destino del poeta y la creación estética: la revolución industrial, las guerras mundiales, la guerra fría), *La llama doble* se erige en función del *eros* (el erotismo, la sexualidad, el cuerpo: el cristianismo, la Edad Media, la Revolución francesa, el Surrealismo). Este es el libro que más me gusta de Octavio Paz. En parte, porque Paz toca los temas que a mí me gustan: el satanismo, el banquete grecorromano, la bajada de los infiernos, los arquetipos, la astrología, la nigromancia, las invasiones bárbaras e islámicas en Occidente, el pensamiento cátaro y templario. En parte, porque el autor lo hace de una manera asombrosa. Este libro, para mí, es el antes y después de muchas cosas. Pero, como todo libro iniciático, merece tiempo, merece degustación e implica pruebas. Pero promete una experiencia única porque Paz conduce al lector por las etapas culturales necesarias. El libro se inicia con la metáfora de la

llama, atraviesa las configuraciones míticas del sistema solar, se inserta en los reinos de Pan, toma prestado el imaginario egipcio, reivindica (y eso lo agradezco hondamente) el legado del movimiento árabe, mozárabe y andaluz en Occidente, a través del famoso *El collar de la paloma*, y nos acerca al umbral de la posmodernidad. Todo esto en clave erótica. A todas estas, el ser humano no está desvinculado de su sexualidad, de su «hacer cuerpo», porque el sexo nos recuerda, de múltiples maneras, que existen la vida y la muerte, en permanente dualidad. Y tampoco el ser humano está desvinculado de sus circunstancias eróticas. Porque detrás de las fantasías eróticas (que son un tipo de lenguaje: «La relación entre erotismo y poesía es tal que puede decirse, sin afectación, que el primero es una poética corporal y que la segunda es una erótica verbal») hay un deseo irrestricto de trasladar la ilusión a una corporeidad. El amor, el tercer y ambiguo elemento, es el producto de los dos: del sexo y del erotismo, pero agrega un elemento más a la ecuación: la necesidad de la trascendencia (lo cual, particularmente me recuerda una frase de Antoine de Saint-Exupéry: «El amor no es mirarse uno frente al otro sino mirar juntos hacia la misma dirección»). Por eso, existe esa necesidad casi atávica de perpetuarse en el mundo, sea a través del deseo de tener hijos, sea a través de materializar elementos comunes que representen o signifiquen la unidad eterna de los amantes. Para demostrar eso, Octavio Paz nos pasea por un montón de mitos griegos, latinos, babilónicos y chinos, y nos revela «la llama doble» como un lenguaje afín a todas las culturas y religiones. Este libro tiene muchas reflexiones que son tan válidas como hermosas, pero me quedo con esta en particular:

Hoy, al finalizar la modernidad, redescubrimos que somos parte de la naturaleza. La tierra es un sistema de relaciones o, como decían los estoicos, una conspiración de elementos, todos movidos por la simpatía universal. Nosotros somos partes, piezas vivas en ese sistema. La idea del parentesco de los hombres con el universo aparece en el origen de la concepción del amor. Es una creencia que comienza con los primeros poetas, baña a la poesía romántica y llega hasta nosotros. La semejanza, el parentesco entre la montaña y la mujer o entre el árbol y el hombre, son ejes del sentimiento amoroso. El amor puede ser ahora, como lo fue en el pasado, una vía de reconciliación con la

naturaleza. No podemos cambiarnos en fuentes o encinas, en pájaros o en toros, pero podemos reconocernos en ellos.

Finalmente tenemos el último libro de esta revisión a la obra de Octavio Paz que se titula *El laberinto de la soledad*. Si bien los premios Nobel de Literatura, dicen, se escogen en función de las sumatorias de las obras que han publicado los autores, aparentemente la aparición de *El laberinto de la soledad* fue el libro definitorio para la concesión del Nobel. No sé qué tan cierta sea esta afirmación. Pero en el fondo hay una cuota de verdad en ello. Este libro es una evolución extraordinaria de Octavio Paz porque, una vez que revisita los mitos occidentales desde múltiples ópticas, como más o menos lo he intentado explicar, ahora se encarga de analizar las configuraciones imaginarias de México. *El laberinto de la soledad* es un libro pensado para el lector mexicano, y, por extensión, para el latinoamericano. Aquí veremos muchísimo los arquetipos detrás de ese «sentimiento mexicano», pero para ello, una vez más traerá a colación toda la herencia mítica occidental. Aquí hablaremos de los pachucos, de la Malinche, de los mariachis, de Pancho Villa, de Maximiliano, la independencia, las revoluciones, los coyotes, el desierto, las pirámides, la muerte y las máscaras mexicanas. Algo que Paz repetirá constantemente en el libro es la idea asociativa de conectar el realismo mágico latinoamericano con una idea de mística particular, lo cual tiene que ver con el asunto de las relaciones de la herencia *viva* latinoamericana. En América Latina ocurre una paradoja interesante: lo *vivo* nos distingue de lo *muerto*. Me explico: la herencia latinoamericana arrastra consigo (ojo, esto está cambiando) autores, historias, relatos, libros que son de reciente fecha. A estas alturas aún tenemos escritores que forman parte de nuestra concepción latina, hispánica, que están vivos (ejemplo: Mario Vargas Llosa; hasta 2014, Gabriel García Márquez). Esto sería inconcebible en la tradición anglosajona, especialmente la británica, cuyos máximos autores están muertos y tienen siglos muertos. Imagínense el imaginario asiático: que lleva más de ocho mil años. Aquí es importante hacer este ejercicio: no analicemos a nuestros escritores con la mirada del *millennial* que vive la década del 20 del siglo XXI; veamos a estos autores como parte de un pasado y pensemos como sujetos de la mitad del siglo XX. Para 1950 América Latina tenía a sus principales reproductores de mitos vivos:

Gabriel García Márquez, Octavio Paz, Jorge Luis Borges, Carlos Fuentes, Mario Vargas Llosa, Alejo Carpentier, Ernesto Sábato... Estos escritores atajaban, desde su presente, narrativas que, a su vez, eran reminiscencias de la tradición occidental, pero, por otra parte, generaron la ruptura necesaria y construyeron el mundo nuevo: el imaginario latinoamericano. En América Latina, ya no sólo pensábamos en Auroras de rosáceos dedos, o en Edipo y sus oráculos. Ahora pensábamos en mariposas amarillas, en bestias ancestrales nadando por el Arauca, en una Comala que era un espejismo, en peces nadando en las humedades del aire. Bajo esa lógica resulta una monstruosidad un relato como el de «Las ruinas circulares» de Borges: un indio que soñaba con un indio dormido que, también, era soñado. Borges no sólo escribía un relato más: nos escribía a nosotros mismos, en nuestra contemporaneidad, en nuestra constante creación urobórica.

Pero aquí viene otra paradoja: sí, tenemos una conexión ancestral con la vida, pero también vivificamos a la muerte. Y eso es algo que se ve muy gráficamente en el mexicano. Entonces, resulta curioso esto porque esa diferencia, esa asimilación de la dinámica vida-muerte, nos aleja de la tragedia heroica griega. Para los griegos, la tragedia se inicia con la caída del héroe, devenido en príncipe tirano, y supone una muerte indigna, desafortunada, dolorosa. La mirada trágica latinoamericana arrastra esto consigo pero, por un clic que uno no termina de entender muy bien, la muerte es carnalizada, celebrada, reída. Sí, Latinoamérica llora, tiene Lloronas, pero también ofrece una risa sardónica, un chiste de funeral. Y a veces nuestras risas son más trágicas que el llanto mismo. No en vano Pedro Lemebel (escritor chileno) decía que *Tenía cicatrices en las espaldas de tanto reírse*. Hay algo en el reír que dibuja nuestros mundos posibles.

Desde el punto de vista didáctico uno podría decir, superflua-mente, que los textos de Octavio Paz son «para *dummies*». De hecho, muchos docentes de redacción trabajan los primeros ensayos del libro en las materias de lenguaje, porque los textos tienen un discurso sencillo, ameno, simpático, pues responde a una didáctica, a un deseo de enseñar. Pero hay otros textos que no son, definitivamente, para novatos. Yo no uso Octavio Paz para enseñar re-

dacción. Creo que, al hacer esto, pongo los libros en otra categoría que, si bien no es menos importante, no lo ubican en el contexto donde corresponde. Eso es como darle a un aprendiz de teología el *Malleus maleficarum* (el manual de cacería de brujas). Leer a Octavio Paz implica atajar detalles, símbolos, apologías que no se enseñan en la academia, mucho menos en una universidad científica. Y a través de sus obras el lector va abriendo propuestas de lecturas que son totalmente inéditas para sí mismo. Por eso, creí tan necesario generar el momento para que pensemos la obra de Paz desde la envergadura del mito. Esto sería un recurso muy valioso para que ustedes conciban lo mitológico desde su aspecto esencial. Una de las cosas que he repetido constantemente en esta materia es que no podemos quedarnos solamente con la interpretación narrativa de los acontecimientos de los dioses y los héroes. Sí, las representaciones filmicas de los dioses y los héroes apuntan hacia la renovación. Pero me temo que el costo de ello es sintetizarnos un lenguaje que, desde tiempos ancestrales, tiene un arraigo orgánico. Lo pertinente sería que narrativa y poesía viajaran juntas, como fuerzas equilibradas en los devenires del mito. Pero eso es algo que las propias circunstancias históricas nos dirán.

Finalmente, cierro este texto con una cita extraída de ensayo «Del mundo heroico», del *El arco y la lira*. Este fragmento, en el que Octavio Paz se refiere a los tres grandes poetas trágicos del mundo griego (Sófocles, Eurípides y Esquilo), podría ser un extraordinario puente para conectar este inciso sobre la obra de Paz con el tema de este curso, y espero que estas palabras consigan a los interlocutores correctos, a los que buscan respuestas, o a los que generan nuevas interrogantes (que sería mucho mejor):

Para el griego la vida no es sueño, ni pesadilla, ni sombra, sino gesta, acto en el que la libertad y el Destino forman un nudo indisoluble. Ese nudo es el hombre. En él se atan las leyes humanas, las divinas y las no escritas que rigen a entre ambas. El hombre es el fiel de la balanza, la piedra angular del orden cósmico, y su libertad impide el regreso del caos original (...). Sobre la libertad humana se apoya el Destino, forma visible del ritmo universal, manifestación de una Justicia que no es premio y castigo, bien y mal, sino acorde cósmico. Y el hombre, el mortal, la criatura que envejece y se enferma, sujeto a los desvarios de

la pasión y a la mudanza de las opiniones, es el único ser libre, precisamente por ser el sujeto elegido por el Destino. Esa elección exige su aceptación. Y por eso sus crímenes hacen temblar al universo y sus acciones restablecen el curso de la vida. Por él anda el mundo.

Referencias bibliográficas

- **Palacios**, María Fernanda. *Sabor y saber de la lengua*. Caracas: Otero Ediciones, 2004.
- **Paz**, Octavio. *El laberinto de la soledad*. México, DF: Fondo de Cultura Económica, 1970.
 - . *La llama doble*. México, DF: Seix Barral, 1993.
 - . *El arco y la lira*. México, DF: Fondo de Cultura Económica, 1967.
 - . *Los hijos del limo*. México, DF: Seix Barral, 1974.



Poemas

Gerardo Lewin

Escritor argentino (Buenos Aires, 1955). Cursó estudios en la Escuela Nacional de Arte Dramático, en la Universidad Ben Gurión, en la Universidad de Tel Aviv y en la Universidad Nacional del Arte. Ha ejercido la docencia teatral en instituciones privadas y públicas. Autor de *Amores muertos* (El Jabalí, Buenos Aires, 2003) y *Nombre impropio / Tránsito* (Editorial Deacá, Villa Mercedes, San Luis, 2015). Ganador del segundo premio del Certamen de Poesía de la Fundación Victoria Ocampo (2014). Poemas suyos han sido traducidos al portugués, ruso, inglés y hebreo. Es traductor literario del hebreo al español y traducciones suyas han sido publicadas en importantes editoriales como Random House, Minúscula, Fondo de Cultura Económica, Siruela o Insensata. En su web *de_canta_sión* publica traducciones de poetas hebreos. Entre 2002 y 2007 fue, junto con José Emilio Tallarico y Alejandro Méndez Casariego, uno de los coordinadores del ciclo de poesía «El Orate y La Musa». Como actor, ha participado en diversas puestas teatrales, programas de televisión, filmes y locuciones publicitarias.

***Licántropo, / podría haberte
dicho aullando / que las balas
de plata / eran sólo metáforas. /
¿Lo hubieras comprendido?***



Poemas

Gerardo Lewin

Amores muertos

Ciertos amores muertos
tienen
la persistencia
de las viejas películas de horror
donde manos cortadas
todavía acarician
nuestra piel erizada
y ojos sepultados
hace ya mucho tiempo
guiñan
no totalmente faltos
de cierta picardía.

Tienen
la consistencia
de los poemas que no fueron escritos
donde palabras nadan
y no terminan nunca de nacer.
Palabras como río,
anteayer, leprosario,
teas, cripta,
numeración, congoja
y la mañana aquella
besándote los pechos.

Golem

Todo cuanto te han dicho
hasta este instante...

Yo podría crearte
con un poco de tierra.
Por supuesto: palabras.
Qué valen las palabras hoy en día.
Yo podría crearte
con una magia simple.

Te veré despertar
como después de un viaje,
en el silencio de tus ojos grises.

Yo te haría feliz.
Quiero decir: te haría sonriente,
enamorada y calma.

Y no has de menester
nada ni nadie,
como una piedra oculta.

No puedo darte un nombre
que no sea un reflejo
de aguas indivisas,
canción del confuso barro,
luz extraviada.

Y tanto te amaré
que beberé voraz mi vida en un segundo,
como una lágrima surcándote la cara,
como la miel surgiendo de tus pechos.
Pasarán los años
y seguirás hermosa.

Yo soplaré en tu boca
cuatro letras finales:

morirás agradeciéndome
pues todo
cuanto te habían dicho
hasta ese instante...

Cuartoscuro

I

Como hijos negados quedan.
Pequeños muertos
que resucitan al contacto.

Eso da miedo.
Pavura.
Fantasmas encajonados.

Lo que fuimos una vez
ahora regresa
dando saltitos truncos
por las noches.

Aquí tengo este negro corazón,
este cuarto cerrado
y hay que entrar.

II

Como hijos negados vuelven.
Proyecto de cadáver
que jamás morirá.

Esto es todo mi amor:
un olvido.
Lágrimas encabritadas.

Lo que nunca seremos
nos espera

goteando lentos mocos
en la sombra.

Y la mano que no llega
a la llave de / la luz.

III

Como hijos negados fueron.
Trasgos desencajados
que la luz exhumó.

Eso fue el alma: ausencia.
Rapidez insensible, turbiedad.

Indolente mensaje
de lo que se despide.

Este es mi rostro después
de tantas lluvias:
neutralidad
que el silencio deshace.

Cayo, dureza, congelada intimidad.

Y un fantasma, risueño y niño,
eco ido tras postigos póstumos.

El lamento del viejo hombre lobo

Amor, ya no me encierres esta noche.

Yo, que fui una bestia atroz,
que quise matar gente,
me echaría a tus pies
como un animalito amable.

Licántropo,

podría haberte dicho aullando
que las balas de plata
eran sólo metáforas.
¿Lo hubieras comprendido?

Oscurece. No mires este rito:
es un proceso lento y vergonzoso,
es una amnesia deformante
en la que todo duele,
una torcida danza de gruñidos.

Vete. No quiero salpicarte de ruindad.

Yo fui una fuerza libre,
una voracidad para comerme al mundo.
Hoy, miserable, voy robando
bolsitas de eukanuba en el súper

y eso que está en el vaso
son mis dientes.

Sentimiento zombie

I

¿Qué busqué aquí?

Busqué una música mayor,
un amplio río.
Ambigüedad. Voces
ahogadas en el limo negro.

Busqué una changa en playas
de estacionamiento. Subterráneas.

¿Por qué no te morís?
—dijeron. Cosan sus ojos,
séllenle la boca.
Denle sutil inexistencia;

crudo, duro vudú de incertidumbre.
Que labure.

Vos ¿sos vivo?
¿Dónde dejaste el auto?
¿Qué pensabas que diría
un muerto, el muñequito
que camina por la sombra?

Yo
no soy
quién.

II

Está buscando inversionistas:
va a ser un exitazo
como no lo hemos visto
desde los evangelios.
Un evento global.

Admiro su entusiasmo, pero
¿está el mundo preparado
para otra resurrección?

Ungido viene
en bálsamos y esencias.
Tiene el tino
de mantener distancia.

Repasa cifras, cantidades
iniciales, ganancias
a devengar.
Sospecho que su matemática
de ultratumba adolece
de lógica intransferible.

Además, ¡revivir!

—se ilusiona.
Un fuego fatuo
brilla en su mirada.

El hedor entristece.

Abro la puerta
y una imprevista ráfaga
desmigaja su cuerpo.

Implorantes,
sus ojos ruedan
calle abajo.

En el silencio remanente
tengo la funérea certeza
de que aún guardaba
un par de cosas por decir.

Apogeo y caída de Lady Frankenstein

Ahora se ha refugiado
en la profundidad del bosque
para sembrar el terror
entre los jóvenes aldeanos.

(espantosas visiones / de cuerpos / desmembrados)

Un ser abyecto y lujurioso,
una abominación.
La culpa es sólo mía.

Sucumbí ante el dilema clásico:
¿he de librar a su albedrío a esta,
mi propia criatura?
Resurrecto,
su vacilante espíritu
no supo resistir
el peso de la ambigüedad.

No me guio —para el trazado del conjunto—
un espurio sentido de lo bello
sino el mero albur de lo existente.
En las turgencias frías,
en las urgencias del saqueo,
no conseguí apartar
justas de pecadoras.

Suturas esenciales, invisibles.

Amor mortis rigorque:
la estadística o la química orgánica encendieron
el brillo azul de su mirada.

Hemos logrado —al fin— acorralarla.

Absorta, incoherente frente al fuego,
balbucea en su media lengua:
—Amiga... Amiga...
Yo sólo quiero
ser tu amiga.

Con todo el maquillaje
corrido por las lágrimas
parece, verdaderamente,
un monstruo.

Los invasores

... seres extraños, llegados
de un planeta que se extingue...

Yo los he visto.
Es falso que se oculten.
Hemos pasado juntos
tardes maravillosas, matizadas
por violentos mutismos.

Frágiles, de meñiques tiesos,

admiran fascinados y ocultos
a pianistas, carteristas,
dactilógrafos.

¡Ah! Las elegías, plácidas letanías
in vitro, llantos de amor
por una luna detenida.
Han renunciado a la memoria y al pasado,
desmantelaron derrotados su peor armamento:
el falso rayo de la felicidad.

Habituados a la miseria de los cuerpos,
comparten con nosotros achaques,
ropa vieja, dentífrico.

Destilan en su verde corazón
lento veneno
con el que moriremos sin notarlo,
sin darnos casi
motivos valederos para el odio.

Anhelan la agonía fugaz,
un resplandor,
la fulgurante gloria
de morir por la patria.

Hulk

Detente al tiempo
le diría,
¿Fuera esta la tarea
que le debía al mundo?

Ya poco humor me queda:
hirsuto, melancólico, verde
ineptitud que no logro ocultar
gobiérname.
Mohoso discurrir sin verbo.

Puesto que en borras vi
al que vendrá sin tacha,
al que odiará sin mengua:
por su propio poder hastiado siembra
a su paso guerra, la hora de la espada
y espanto y confusión y fin.

¿Es este monstruo incontenido
el nombre del futuro?
Compelidos o huyentes, prosternados,
sólo nos queda anochechar.

Desnuda carne; amabilidad del frío.

Aura, regresa: maltrechas vestes, acaso inexplicables manchas.

Der Dybbuk

me voy, me voy, me voy, pero me quedo
Miguel Hernández

¿Qué es ese ruido? Es un puente que cae.
Te han puesto preso
en un ascensor
del edificio abandonado.

Aquí estoy, aquí me quedo.

Dame, extenso mundo,
un discurrir sin paraísos
ni abismos. Eco plano,
esta cosa que alguien extravió.

De qué me vale ahora
aferrarme a etimologías,
farfullar en lenguas
con desparpajo y racionalidad.

Vienen por mí, con magia mísera,
chamanes cínicos y exorcistas posmodernos,

disparando búsquedas en google:
«¿cómo expulsar espíritus
de entre pecho y espalda?»

La carne no tolera esta duplicidad.
Contumaz, el cuerpo se agita e hincha,
despide olores, convulsiona.

Me fumigan, me obligan
a abandonar la posición,
la posesión.

Adiós, adiós a todo.
No sos vos.

Trasnoche jurásica

Fétido, al bramar,
T-rex expresa
una tibia metáfora
que los siglos
sólo han perfeccionado:
quiero integrarte
por la vía oral.

A qué tanta bambolla
de impreciso ballet
con que velociraptors ejecutan
los delicados pasos
de la persecución original
si ya sabemos
en qué termina todo.

Híbridos, de cadenas
nucleótidas liberados,
elevan una plegaria
a un dios inconducente
en breve vuelo pterodáctilo.

Un anuncio de lluvia,
de humedad y tristeza.

¿y qué me impediría
poner un huevo
y llamarlo
«hijo mío»?

Fósiles, coprolitos,
huellas petrificadas
sólo por diversión:
un rato amable
con muñecos monstruosos.

Adiós, adiós,
amigos gigantesco.
Ha llegado ya el tiempo
y con él la deriva,
la flor carnívora,
el estruendo del humo

y nuestra vergonzosa pequeñez.

Por qué fracasaron los sea-monkeys

a RGH

He roto el sello.

Sigo las instrucciones,
observo el rito.
Hundo, mías, en la gestación
disueltas, innominadas partes.

Agua natal, patria líquida,
inocuo génesis de tierras simples.
Viscosidad amable, vinoso mar,
frágil conspiración de gelatina.

Despierta, breve homúnculo.
Contemporáneo oculto, sabio instantáneo.
Enséñame la blanda perfección de tu rostro.

Una extinción pasiva nos acecha
y quiénes somos para esgrimir
los argumentos tales,
voces otras que no tu revelación,
tu revuelta, inconsistente ideología química.

Y ahora —sólido, demasiado sólido,
¿qué quedará por intentar,
perdida ya toda progenie en flujos idos?

Yo quise ser. Quise saber, crear.
Regresa. Llévame.

Fuimos amigos, mal que mal.



La *selfie* del tiempo

Ana Rosa López Villegas

Escritora boliviana (Oruro, 1975). Licenciada en Ciencias de la Comunicación Social por la Universidad Católica Boliviana (1998). Desde los años 90 se dedica al periodismo y a la literatura de manera independiente. Ha vivido y estudiado en Madrid (España) y en Karlsruhe (Alemania), donde obtuvo dos títulos de maestría: en Acción Política y Participación Ciudadana, y en Planificación Regional. Adicionalmente se formó como profesora de alemán como lengua extranjera y ha ejercido como maestra de primaria en el Colegio Alemán Mariscal Braun de La Paz. Sus escritos se pueden leer en sus blogs *Mi letra late* y *Mi voz, mi palabra*, y además lleva adelante un emprendimiento literario en Instagram.

Principio y fin / Continuum de efímeros destellos / Abismos que devoran / Asombros amputados / Soy como una fiera en la mira del condenado



La *selfie* del tiempo

Ana Rosa López Villegas

La horrenda ojosaura primitiva

La horrenda ojosaura primitiva
soy yo

Metamorfosis en la pupila
En el humor acuoso que crepita
En las brasas enfurecidas
Desapego de las pieles del alma
Cuando me carcome la ira
Cuando me desnudo de calmas
de parsimonias hipócritas
de paciencias odiosas
de absurdas contemplaciones
que buscan mi derrota

Proviene desde el útero
El estallido del nombre
Ojosaura primitiva

Primitiva
Existencia primaria
Origen repleto de tormentas
Nada puedo ver
Todo me atormenta
Me sacude
Me envenena

Horrenda, primitiva
Apogeo de carnes

Decadencia de olvidos
El silencio es un arma
que amenaza mi delirio

Principio y fin
Continuum de efímeros destellos
Abismos que devoran
Asombros amputados
Soy como una fiera en la mira del condenado

Génesis y apocalipsis
Pecados
atroces
Confesiones
perversas
Penitencias
inservibles
Sin indulgencias

Soy yo
La horrenda ojosaura primitiva

El legado de Warhol¹

Made in China.
Hecho de mentira.
Se clavan en tu pupila. Te vuelan la cabeza. Te sacan de tu cuadrilla. Sacuden tu billetera, te hacen sentir que eres parte de un mundo que brilla.

Made in China.
Hechos de plástico.
Trabajan a deshoras los que tienen que construir cada pieza que colgarás en las paredes de tu cuarto.

1. Andy Warhol, artista estadounidense del siglo XX, famoso por el *pop art*. Usó imágenes de la cultura popular, como Marilyn Monroe y botellas de Coca-Cola. Revolucionó el arte al mezclarlo con la publicidad y los medios.

Los retratos de Marilyn en neón y *pink*.
La sonrisa de Elvis, sí, el que mueve la pelvis.
Las doscientas mil fotos de *Lady Diana*.
La única reina británica.
¿Y dónde colgarás el retrato de tu madre?

Made of vinyl.
Redondos e impasibles.
Parecen tan silenciosos.
Archivos de música.
¿Cuándo has visto que declaren toda su música ante la amenaza de una sola aguja?
¡Qué tiempos aquellos!
De escuchar treinta minutos clavados de un repertorio selecto.
Nada de pausas ni de retrocesos.
Nada de audífonos para escuchar como posesos.
Made in China... aunque diga *Mattel*.
La primera no fue rubia. No tenía ojos azules. Su piel era morena, tanto como la mía, y su cabello largo y lacio, como el mío. Su rostro tenía siempre la misma expresión: esa «infelicidad soportable», esa belleza inacabable, ese cuerpo de sirena que rompe toda anatomía.
Esa fue mi niñez, una colección maravillosa de juegos con las *Barbies*.
Mi hermana y yo les construimos casas y vidas.
Les hicimos ropa.
Les dimos nombres.
Identidades.
Recuerdos que no se borran.

Made of tomatoes.
Pero ¿qué hay de los químicos y conservantes?
La usamos como sangre en los videos de la U.
La vaciamos sobre las hamburguesas, los *hot dogs* y los gatos fríos.
Una botella de plástico, una etiqueta que siempre tendrá verde y un sabor que todos han probado.
¿Ah, que a ti no te gusta el *ketchup*?

¿Y por eso te crees interesante?
¿Que sólo comes vegano y nada de venenos industriales?
Asesina de tomates te dirán, esos mismos que piensan que
pintarrajeando los Picassos en el Louvre el mundo va a cambiar.

Hechas de cristal.
Curvilíneas y sensuales.
Negras por dentro y por fuera.
Dulces, aunque digan *zero*.
Las amas del universo.
Las últimas Coca Colas del desierto.
El que no las ha bebido no ha experimentado la felicidad. No se
ha sacudido de los dolores de la vida real.
La chispa de la vida.
Share a Coke.

¿No hablabas de las botellas de refresco?
¿Te referías a las de perfume?
Ah, esas fragancias encerradas, como el genio de la lámpara.
Esas formas psicodélicas.
Esas firmas extravagantes.
Esas modelos tallarín, sofisticadas y serias. No importa dónde te
pares, siempre te miran y te penetran.
¿A qué huelen en las fotos?

¿Qué me dices del papel higiénico?
El oro blanco de la pandemia.
¿Qué hay de los cartones de huevo?
Los *stickers* de *Hello Kitty*.
Los carteles de antaño.

¿Qué me dices de tu vestuario?
Yo tuve unas *Reebok*.
Los *jeans* nevados.
Los rotos y agujereados.
El sombrerito de flores gigantes.
La bandana.
Un labial azul.

Un champú milagroso.
Un cubo Rubik.

Así es el arte.
Made in China.
Hecho de mentira.
Así es la cultura.
Artistas por un día.
Yo también quiero exponer un plátano y ser correteada por los paparazzi.
Quiero pintar cuadros con mi corta cabellera.
Hacer videos virales.
Life hacks

No, en verdad sólo quiero terminar y saber pronunciar el nombre de *Warhol*.

La *selfie* del presente

La mano extendida
El presente se mira
El ojo apuntando a sí mismo
Como en un espejo
No se mueve
Y dispara
La *selfie* queda impregnada en la pantalla
Es el siglo XXI
La inteligencia artificial sonríe en primer plano
Endiosada
Pero no se ve más bella que Shakira
Bizarra
Corazón roto
Pero facturando
Detrás suyo
La pandemia yace en un lecho de vacunas
Pero no duerme
Tiene los ojos bien abiertos
Está alerta
Un poco más atrás

El invierno se ve confuso,
Un poco acalorado
Y el verano
Contra toda tradición
Empapado
Pero no de una lluvia cualquiera
Son diluvios de antología
Trastornos climáticos
También llueven criptomonedas
Y debajo de ellas
Las desinformaciones pululan
Se ven como ovejas
Pero son lobos
Feroces y despiadados
En el fondo aparecen las guerras
Colosales monstruos
Haciendo grietas
En los bordes
Aparentando lo que no son
Las redes sociales
Muestran su mejor versión
Todo por la *selfie*
Para que se haga viral
Aunque por dentro estén vacías
Agonizantes
Pero llenas de *likes*.



El pianista sin piano

Edinson Martínez

Escritor venezolano (Cabimas, 1957). Es economista y radiodifusor. Autor de las novelas *Vidas paralelas* (2016), *Las horas perdidas* (2021), *El tiránico dominio del azar* (2021), *Piratas de plenilunio* (2022) y *Número rojo* (2022), entre otros títulos.

El resguardo de la vida, en este caso, tendría, en insólita determinación, menos relevancia que la temida enfermedad, presupone el pianista que se han dicho los husmeadores, cuando los nota romper el silencio que hasta el momento conservaban.



El pianista sin piano

Edinson Martínez

Asomándose a la ventana después de varios días de modorra indiferente, la idea que tiene de sí mismo es similar a la de aquella escena de *El pianista* cuando miraba la calle a través del cristal. Es una mezcla indefinida de angustia, incertidumbre y alienación que le hace abandonarse contemplando las calles y avenidas durante horas, haciendo juicios y conjeturas estrafalarias sobre todo aquello que sus pupilas avistan. No puede evitar, pese a los intentos por ocuparse en otros asuntos, fugarse en sus cavilaciones erráticas mientras van transcurriendo los días indicados para la cuarentena.

En mayo, una bandada de pericos viniendo del oeste atraviesa el cielo claro en dirección al este, los delata el alboroto que van haciendo cuando surcan por los aires como si fuese una romería festiva; una cháchara alborozada cronometrada por el reloj biológico para que cada mañana vuelen repitiendo la misma jornada del día precedente. Ahora, como nunca antes, los ha venido escuchando siguiendo la ruta que les marca la brújula instintiva que los orienta en el vacío. Dándoles un vistazo, regresa su mirada a varias personas caminando dispersas hacia una misma dirección, no son muchas a estas horas, dos, cuatro, quizás cinco, que confluyen en sus pasos viniendo desde diversos lugares de la ciudad.

El rumor sordo de una planta eléctrica llena el silencio del entorno aplacado; la electricidad se ha ido ya hace un buen rato, amaneciendo el día, como todos recuerdan. No circulan carros, y como si fuera una película de ficción, de aquellas que presagiaban la llegada de una amenaza global para exterminar a todo ser viviente, la calle luce sombría, con ese tono apagado de la tristeza en la que los párpados se sienten tan pesados como si estuviesen cargados con

plomo. Viéndola casi desierta, con los pocos árboles que hay en ella tan quietos, como si también presintieran el asecho fantasmal, desde una de sus esquinas desamparadas, dos mujeres, quizá madre e hija, o tal vez hermanas, por ese mismo aire que las asemeja moviendo sus cuerpos avanzando deprisa sobre el asfalto, pareciendo que van esquivando subirse en las aceras, nota que se desplazan una junto a la otra sin hablarse, son ágiles, delgadas como una varilla, con un soplo juvenil que les otorga una flacura desmedida; también, como aquellas otras personas, cargan sus mascarillas tapándoles la mitad de sus rostros. Del hombro de una de ellas, la de mayor estatura, cuelga un bolso que le llega hasta la cintura, tal vez sea para meter ahí los víveres que han de adquirir en algunos de los comercios de la zona, cabría pensarse como simple ocurrencia.

La ruta que llevan conduce al este, al otrora bullicioso andar de gentes que, a horas como estas, se encontraban ensimismadas en sus menesteres siempre apresurados; van rumbo al centro de la ciudad, suponen el hombre y la mujer del ventanal, piensa aquel trastornado *pianista* sin piano que lleva rato mirándoles sin que ellos se percaten.

El resplandor alucinado de los primeros rayos del sol comienza, después de un breve lapso, a descargarse enérgico sobre ellas, atacándolas de frente con tal fuerza que, de sus cuerpos, en gesto inusitado, inútilmente sus manos intentan protegerse del horizonte ambarino.

En el otro extremo de la avenida, desde una de las edificaciones que enfrentan a la de este vigía sin piano, los cuerpos del hombre y su mujer llevan minutos apuntando sus semblantes hacia las dos transeúntes, omitiendo inicialmente, de acuerdo con el lenguaje mudo de sus ademanes, al resto de los caminantes de la calle; luego, pocos segundos más tarde, los tendrían presentes en el radar de sus percepciones solitarias. Parecieran seguirlas con sus miradas ávidas de acontecimientos en la mañana recién estrenada. Para ello se esfuerzan empinándose en el ventanal mientras, apoyándose con sus manos sobre el dintel, estiran sus rostros buscando mejor perspectiva. Sus cuerpos, hablándose en la distancia, persiguen a las dos figuras que se alejan rumbo al oriente. No cruzan palabras, se

comunican a través de sus gestos moviéndose en pos de lo que observan. Tal vez no tengan nada que decirse, cavila el angustiado mirón que los observa. «La vida está hecha de la mudez de nuestros gestos». Masculla, dejando escapar de su universo reflexivo la sentencia repentina.

Dos tipos se acercan con algo menos de prisa a varios pasos de las caminantes que, de pronto, han girado en una de las intersecciones próximas al lugar que antes le han presumido como destino final el dúo de fisgones de la ventana, según ha conjeturado el tercer oteador que aquéllos han pensado sobre ellas. Más temprano, uno de los individuos, un tipo joven, de mediana estatura, de ropas muy anchas, ha surgido desde el flanco donde vive la pareja de curiosos que espía a las viandantes, lo miran atravesando raudo la avenida para encontrarse con el otro de los transeúntes, quien le espera impaciente en el lado opuesto de la vía, en el mismo costado donde habita el otro de los observadores fortuitos, el *pianista* fastidiado.

Es un hombre, igualmente, joven, seguramente contemporáneo con quien viene a su encuentro.

En una mañana tan lerda, nada en el entorno habría de apremiar a las personas; sin embargo, se ven impacientes, urgidas en cierto modo, quizás sea la ansiedad por disfrutar, aunque sea por un rato, de la libertad de la calle, o muy probablemente, no sería de extrañar, que sea el estrujamiento de la cuarentena, ciñéndose inclemente sobre ellas, sin que éstas tengan el modo de afrontarla adecuadamente, haciéndoles escapar así, atolondradas y apremiadas para eludir el dardo punzante de las carencias buscando la forma de abreviarlas.

El resguardo de la vida, en este caso, tendría, en insólita determinación, menos relevancia que la temida enfermedad, presupone el *pianista* que se han dicho los husmeadores, cuando los nota romper el silencio que hasta el momento conservaban. Súbitamente han posado su atención sobre los dos jóvenes encontrándose en la calzada. Ha sido en un giro brusco, pleno del aire improvisado que impulsa los gestos humanos.

Contraviniendo la orientación de sus pasos, las dos mujeres han doblado a la izquierda, en la bocacalle, en posterior maniobra a un inexplicable titubeo, una vacilación pasajera a partir de la cual han escogido finalmente desviarse hacia la calle transversal. La más baja de las dos, segundos antes, ha volteado a mirar a sus espaldas; tal vez haya percibido la presencia del par de individuos caminando detrás de ellas, haciéndole sentir así una corriente de frío que fue resbalándole por el espinazo. Enseguida, en reacción impulsada por el miedo, hace un jaloneo discreto, casi imperceptible, al bolso de su acompañante, como pretendiendo darle aviso sobre el seguimiento que les hacen. Eso ha creído el neurasténico espectador que han inferido aquéllos desde el ventanal.

El quinto sujeto apareció viniendo desde el fondo de la avenida, de su extremo más lejano, en los límites de ella con la otra arteria vial que se hunde hasta las riberas del lago; viene en una silla de ruedas que impulsa con una habilidad de seguro ganada en muchos años de fatiga. Acercándose ya, próximo a los jóvenes que escoltan a las mujeres, observa cuando tuercen en la misma dirección que han tomado ellas. Igualmente, él lo hará, sintiendo que sus brazos se le engarrotan y las manos se le acalambran. En la secuencia, todos van alejándose en la misma dirección, perdiéndose en el tremedal de edificaciones ahora desiertas y el resto de vías que confluyen en el perímetro. Inicialmente, ninguno de ellos pensaba doblar en esa esquina, pero una vez que lo hacen, el enajenado observador supone que la pareja apostada en su mirador se ha equivocado en sus pronósticos. Él ha imaginado que aquéllos habían apostado sobre el grupo de diligentes caminantes, viéndose frente a una avenida en recta tan espléndidamente desolada, privada de sus obstáculos habituales, la lógica determinación de continuar sobre ella sin desviarse en ningún lado. Sin embargo, han optado por lo imprevisto, por aquello que lucía menos probable. «El futuro, aunque sea muy próximo, nunca deja de ser una conjunción azarosa de circunstancias, una combinación infinita de probabilidades sobre las cuales nadie tiene control», se le antoja pensar.

Las mujeres han girado con el temor corriéndoles por las espaldas, creyéndose asechadas por el dúo que, al parecer, mal intencionadamente les sigue; los jóvenes, imitándolas, como quien remeda

el paso de otro sin mostrar todavía intención alguna, avanzan en silencio con la mirada puesta sobre ellas, en tanto que el lisiado, desamparado en la soledad citadina, bracea cansado intentando secundarlos apresuradamente.

Cada cual con sus muy particulares razones ha escogido, finalmente, su ruta, esa que ahora comparten sin habérselos propuesto en mancomunada determinación. Los mirones del lado opuesto de la avenida, alzándose sobre sus pies para extender su pesquisa, en un instante los han perdido de vista. «¡Ya no logran divisarlos a plenitud!», exclama el *pianista* después de un entrecortado suspiro. «No hay rostro que no esté por desdibujarse como el rostro de un sueño», escribió Borges, recitó de seguidas, extrayendo de su memoria aquellas palabras que alguna vez leyera. No se escuchaba a sí mismo desde hacía ya varias horas, por eso ahora su voz la notaba grave, ronca, un tanto extraña para él mismo, pero no era eso lo que llamaba primordialmente su atención; era el hecho de asombrarse, conociendo su mala memoria para textos y canciones, que pudiera citar tan fielmente aquel extracto literario que creía extraviado en el laberinto de sus recuerdos. Después de todo, ahí continuaba archivada en alguna parte de su corteza cerebral aquella afirmación borgeana, resistiéndose tenazmente al paso del tiempo. Igualmente le había ocurrido durante la víspera, mientras la oscuridad de la noche se hacía con los restos de luz que quedaban de la tarde, cuando un tropel de niños, corriendo por las escaleras del edificio, jugaban y gritaban ante cualquier susto que les provocaban las tinieblas encumbrándose. Metido, entonces, con sus ojos en el misterio de la negrura, de pronto recordaba los años de su primera infancia. Había, en las cercanías al lugar donde transcurría su niñez, en uno de los solares contiguos, un barco abandonado, escorado extrañamente en tierra, donde los muchachos del barrio jugaban a los piratas durante las tardes, permaneciendo en él hasta cuando los rayos del sol comenzaban a ocultarse para dar paso a la penumbra que rápidamente se encimaba; salían, entonces, corriendo despavoridos, temiendo a la aparición de todos aquellos fantasmas que poblaban la imaginación infantil. «Todo, entre los mortales, tiene el valor de lo irrecuperable y de lo azaroso», se dijo inusitadamente, saltándole aquella expresión de Borges desde el fondo mismo de esos instantes preñados de recuerdos.

Cuando el hombre se ha afincado sobre sus pies para extender la mirada, su mujer lo ha seguido con igual gesto; examinan la avenida buscando entre los transeúntes a la persona que aguardan, aquella que desde hace rato esperan, como cada día lo hacen comenzada la cuarentena. No es por supuesto ninguna de aquellas a las que esmeradamente sigue el *pianista*. En algún momento, el sujeto ha levantado su rostro, acompañándolo de un ligero ademán con una de sus manos; la mujer, al instante, le ha comentado su parecer, quizás alguna idea cualquiera relativa a lo que les convoca esta mañana en el balcón. Justo, entonces, el *pianista* sin piano los ha percibido, los ha pescado en su embelesado interés sobre los viandantes. «Van tras ellas, ahora, cuando nadie más está en la calle», ha pensado él que ambos se confiesan.

Los dos individuos aceleran su paso y, a pocos metros, como si en efecto quisieran abordar a las mujeres que, igualmente, apuran su marcha, entonces, ya muy cerca de ellas, el hombre de la silla de ruedas realiza un embalaje vigoroso para acortar la distancia con ellos. Enseguida, en esfuerzo conjunto al de su recia musculatura superior, un chiflido enérgico sale de sus labios, venciendo así la protección de tela sobre su boca, para llamar la atención de las cuatro personas delante de él. De inmediato voltean a mirarlo. Las mujeres respiran hondo, como soltando aliviadas un pesar, y los presuntos aspirantes a pillos, sorprendidos, desaceleran su marcha hasta casi detenerse. El lisiado, levantando una de sus manos, les hace señas, persuadiéndoles de pausar su ritmo mientras va aproximándoseles. «Las ha salvado el hombre de la silla de ruedas», piensa el excitado vigía, acogándose al razonamiento que, según él, habrían hecho desde enfrente el dúo de fisgones que ahora ya no pueden ver.

El par de sujetos, convencidos de la mejor intuición de las mujeres para encontrar lugares de suministros en una ciudad desierta, han preferido pisarles los talones antes que improvisar azorados por otras rutas. Por su parte, el hombre de la silla de ruedas, conocedor del vientre laberíntico de la ciudad, sin habérselo planteado inicialmente, decide seguirlos, sin otra excusa que hacerse acompañar durante el tramo restante camino al centro de la ciudad. Sin embargo, entre las sombras de las dudas quedarán siem-

pre las sospechas sobre las verdaderas intenciones que a todos han animado. Ni siquiera el narrador de esta historia se atrevería a confirmar la autenticidad de las que se han inferido.

Poco después, los residentes del edificio de enfrente, la ansiosa pareja de hace un rato, se retirará del ventanal, frustrada en su espera de todos los días, y los viandantes fortuitos de la mañana continuarán su marcha por unas calles solitarias. «Las personas estamos llenas de últimos momentos, quizás, en muchos casos, simplemente seamos el eco de ellas lo que se percibe», dice finalmente el *pianista* sin piano, cansado de vivir otras vidas, dejando ahora que sean ellas quienes vivan las suyas.



La roca

Benjamín Eduardo Martínez Hernández

Escritor venezolano (Caracas, 1980). Es antropólogo, psicólogo y estudiante de filosofía en la Universidad Central de Venezuela (UCV), en cuya Escuela de Sociología se desempeña como docente. Ha obtenido mención honorífica en el Concurso Nacional de Poesía para Liceistas (Casa de la Poesía Pérez Bonalde, Caracas, 1996) y primer lugar en el Concurso de Literatura Miguel Otero Silva, mención Poesía (liceo Urbaneja Achelpohl, Caracas, 1997). Además, con el poemario *Tránsito* fue en 2014 uno de los cinco ganadores de la XII Edición del Concurso para Autores Inéditos de Monte Ávila Editores (publicado en 2016). Ha participado en recitales poéticos dentro y fuera de Venezuela.

***todo era obvio / se trataba / de
eliminar // lo diferente / lo
extraño / lo que no es / único***



La roca

Benjamín Eduardo Martínez Hernández

El sentido
se hizo
para alguna apropiación

para que estuviera allí
aunque más nadie lo viera

se hizo

de pequeñas teclas
jaladas
por la cuerda
con la que a veces
alguien
se ahorca

yo lo vi venir
hacia mí

venía
de rechazar todo
lo diferente
lo que era extraño
para esos ojos
todavía
recién nacidos

el sentido
se fue

haciendo de carne
singular
cubría los huesos

al fondo
todo era igual
las mismas moléculas
expandiendo
cierta forma
de vacío

la misma
consistencia ósea
el mismo ritmo
de sus palabras

fueron saliendo
de aquel cuerpo
como si ya
estuvieran agotadas

todas las formas
salieron
dispuestas a cortar
lo diferente
lo extraño que era
por ejemplo
aquella sombra

y él
dispuesto
a combatir
tomó
todas las fuerzas
de su pequeño cuerpo

sin pensar

todo era obvio
se trataba
de eliminar

lo diferente
lo extraño
lo que no es
único

es el camino correcto
se repetía
es por el bien
de la tierra toda
y de los nuevos seres
que ella engendrará

destino manifiesto

repitió
todas las consignas
como alguien que sabe
que cumple una misión
fue llevando todo
al oscuro lugar
donde la sombra
no existe
porque todo es
tachado por sí mismo

y llegó la lluvia
y no borró
nada
tan sólo
la tierra
se fue abriendo
como una gran boca

y él

fue tragado
así
limpiamente

y los bosques
y los mares
y los ríos
y las casas
y los cuerpos
dejaron de existir

yo lo vi todo
desde aquel lugar

ahora
no crece más nada
ni siquiera un rezo
es capaz de nombrarlo

a eso llaman bien
lo absoluto
ido
un día como este
en que una lluvia tímida
aparece en el cuerpo
de Dios
como si algo
más
se escondiera
como si algo más
quisiera decirnos

por eso
yo
no intento explicar
su sagrada voluntad
y me quedo
en el temor

que expande
esa dichosa oscuridad
porque
al fin y al cabo
es él
el que sólo puede ver

ese es el sentido
me dice la roca
con la que tropiezo
aunque aún
yo no sepa
para qué está puesta ahí
yo no la recojo
yo no puedo arrojarla.



Eurínome está hambrienta

Evelyn Megías Carrasco

Escritora española (Badalona, 1990). Es economista y comunicadora creativa. Ha ganado varios premios literarios nacionales. Ha trabajado en redacción técnica, SEO y publicidad.

***Eurínome... Eurínome... madre
de lo que no tiene forma, vientre
de lo que no será jamás.***



Eurínome está hambrienta

Evelyn Megías Carrasco

Me llamaba Lucía.

O al menos eso me dijeron cuando llegué a la colina. Ahora ya no sé si es cierto.

La niebla tenía forma de dedos, y no eran suaves. Se metía entre las costuras del abrigo como si quisiera acariciarme la espalda o encontrarme el corazón en tono despiadado. El viento, por su parte, no silbaba: murmuraba versos ininteligibles. Se enroscaba en mi cuello con la insistencia de quien no decide si quiere arrullarte o estrangularte. No era frío, era intimidación indeseada, aliento ajeno, presencia sin cuerpo.

Todo en Santa Eufemia olía a lino húmedo y a tiempo detenido, como si alguien hubiera tendido sábanas sobre un cadáver y luego olvidado volver. El aire sabía a hierro suave, como monedas antiguas. Como si lo hubieran respirado muchas niñas antes que yo, y cada una hubiera dejado un poco de miedo flotando.

Las ventanas no eran sólo ventanas. Tenían párpados: pesados, cansados, a medio cerrar. Parecía que el edificio dormía con un ojo abierto, vigilando, esperando.

Las paredes, por su parte, no eran lisas ni mudas. Tenían oídos. O, mejor dicho, eran oídos: redondeces en la piedra que vibraban, latían con los secretos. Si te quedabas en silencio podías escucharlas tragar saliva. Podías escucharlos recordar.

Las puertas no crujían: suspiraban.

Y los suelos, al pisarlos, no se quejaban. Te devolvían el paso, como si tú fueras el visitante de un lugar que todavía se resiste a olvidar lo que fue.

Yo tenía ocho años. O tal vez trescientos.

Las niñas no me miraban al principio. Caminaban como estatuas de sal, sus pasos sin sonido, sus ojos cargados de algo que yo entonces no entendía. Una de ellas, la más alta, me susurró esa primera noche:

—Aquí rezamos antes de dormir.

—¿A Dios? —pregunté.

—A la que vino antes.

No supe qué quería decir, pero asentí. Desde que mi madre murió, nadie me hablaba con esa dulzura.

Nos reuníamos en la sala de los tapices. No había velas, ni imágenes, ni cruz alguna. Sólo los tapices, donde danzaban figuras bordadas con hilos que parecían mover los labios. Una mujer de pechos infinitos y mirada ciega. Un ciervo de tres ojos. Un pez con alas de paloma. Un vientre abierto lleno de estrellas.

Nos sentábamos en círculo. Tomábamos las manos. Y murmurábamos:

—*Eurínome... Eurínome... madre de lo que no tiene forma, vientre de lo que no será jamás.*

Las palabras no eran nuestras. Venían de otro sitio. A veces se quedaban pegadas a la lengua, otras veces se deslizaban como sangre tibia.

Yo las decía. Al principio por miedo. Luego por hambre.

Las otras niñas dormían con los ojos abiertos. Yo las observaba en la penumbra: sus labios se movían, decían nombres que no eran suyos. A veces lloraban sal. Otras reían mientras dormían, pero sin sonido.

Entonces vino él.

No lo vi llegar. No caminaba, no aparecía. Estaba. Como la culpa. Como la fiebre.

—Un ángel —me dijeron.

Tenía el cuerpo cubierto de pliegues que no eran alas, sino sombras enredadas. Respiraba como respira un incendio bajo tierra: sin llamas, pero devorando todo a su paso.

Sus ojos eran oscuros, pero no por falta de luz. Eran oscuros porque sabían demasiado.

La primera vez que se me acercó, olía a incienso roto y a velas consumidas en misa de difuntos. No me habló con palabras, sino con un temblor que me recorrió los huesos desde dentro.

Me sentí desnuda. No de ropa, sino de recuerdos.

Como si pudiera ver lo que aún no había vivido.

—Lucía —me dijo—. Eres mía.

Y aunque su voz era ajena, mi cuerpo lo reconoció. No fue un acto de posesión.

Fue una verdad. Como cuando sabes que el mar va a tragarse la barca.

Me desperté con un círculo trazado en el pecho. No con tinta. Con ausencia.

Una de las niñas enfermó. Su cuerpo temblaba con las sílabas de una lengua rota. Los demás la miraban con devoción. Le daban de beber leche agria. La peinaban con espinas. Decían que estaba llena de gracia.

—¿Qué gracia? —pregunté.

—La de ser elegida banquete.

Eurínome no se aparece. No como los santos.

Ella se siente. Se intuye.

Es una marea que te crece adentro, que te quita el aliento y lo convierte en incienso.

Una noche, una niña —la más pequeña— me llevó al fondo del orfanato.

Más allá del ala prohibida.

Más allá de los mapas.

La capilla vieja que estaba al final del pasillo que nadie limpiaba.

Los tablones del suelo crujían como si se rompieran por dentro. Las paredes estaban cubiertas de manchas de humedad que se parecían a rostros. No a rostros humanos, sino a expresiones.

La puerta se abría sin que la tocaras, como si supiera que venías. Dentro, todo era gris. No por falta de color, sino por exceso de silencio.

Allí había un altar de huesos de pájaro. Un espejo cubierto de hollín.

Y un libro escrito en piel humana, con letras que ardían sin consumir.

—Debes ofrecerle algo —me dijo—. Lo que más temas perder.

—¿Y si no sé qué es?

—Ella lo sabrá.

Yo no tenía joyas, ni secretos, ni oraciones que valieran algo. Sólo tenía un recuerdo. Y ni siquiera sabía que era valioso, hasta que lo dejé ir.

La capilla olía a leche agria y a cera vieja.

La vela frente al altar temblaba, como si también temiera lo que estaba por suceder.

Me arrodillé sin saber rezar. Cerré los ojos.

Y entonces pensé en mi madre. No en su rostro, que ya empezaba a desdibujarse, sino en su voz.

Esa voz que me cubría por las noches como una manta cosida a mano, que cantaba coplas mientras fregaba el suelo, con un ritmo que me arrullaba incluso cuando tenía fiebre.

La voz que decía mi nombre cuando aún no dolía.

Lucía.

Así, con la «í» casi como un suspiro.

Como si me nombrara para no romperme.

Y, sin embargo, allí, en ese altar que olía a olvido, dejé que esa voz se soltara de mí.

No fue dramático. No hubo luz. No hubo sombras.

Sólo una especie de silencio sordo, un vacío que se deslizó detrás del corazón.

No supe de inmediato que se había ido.

Lo descubrí al día siguiente, cuando traté de recordar su canción favorita.

Sabía que hablaba de un río, y de unos ojos.

Pero las palabras no venían.

No venían.

No vinieron.

Me llevé la mano al pecho.

Nada.

Sólo un eco, como cuando sacas una carta de un sobre y ya no importa lo que decía.

Sentí cómo algo se arrancaba de mí con la delicadeza de una caricia cruel.

No dolió. Pero desde entonces, ya no sueño.

Ni río.

Ni lloro.

Sólo espero.

El ángel volvió. Traía consigo un olor a iglesia derruida y a descomposición de luz.

Me habló de nuevo:

—Has cruzado.

—¿Cruzado a dónde?

—Al otro lado del fuego.

—¿Y tú qué eres?

—Soy la Verdad.

—¿Y por qué tiembles?

Y entonces lo vi. Lo vi temblar.

Porque donde antes sólo había vacío, ahora había alguien.

Ella.

No sé cuánto tiempo ha pasado. El orfanato ya no existe.

O quizás se ha transformado.

Los tapices han crecido como raíces y cubren el cielo.

Las niñas ya no tienen forma, pero siguen conmigo.

Y yo...

Yo soy su profeta.

Camino por las ruinas del mundo. Hablo en nombre de lo que no debe ser nombrado.

Y a veces, cuando la luna es lo bastante oscura, le canto a Eurínome.

Y ella me responde.

Desde dentro.



Rasputín criollo

Walter Mondragón

Escritor colombiano (Tuluá, 1959). Ha sido periodista, profesor universitario y tallerista de escritura creativa, con experiencia en procesos pedagógicos dirigidos a niños, adolescentes y personas privadas de libertad en el Valle del Cauca, dentro de programas como «Libertad bajo palabra» y «Palabras justas». Fundó en 1990 la publicación cultural *Babel*, *Papel de Cultura*, y en 1992 el Taller de Escritura Creativa Nautilus, aún activo y vinculado desde 2015 a la Red de Talleres de Escritura Creativa Relata del Ministerio de Cultura de Colombia. Ha publicado, entre otros títulos, *Luna de día* (1992), *Crónica de la tierra fácil* (1995, mención especial en el concurso «Cuente el cuento» de la Gobernación del Valle), *La memoria del agua* (2004), *Rebambaramba, cien tankas y un haikai* (2009, premio Ecoloquia, Argentina), *Signos vitales, praxis filosófica* (2013), *La rosa presentida* (2017), *Itinerante de otros rumbos* (2018), *Los siete escudos del corazón* (2020) y *Mi morada cósmica*, publicada en el repositorio de la Universidad Nacional de Colombia como tesis de posgrado. Fue distinguido con el primer accésit del premio Musa Cafeína (España, 2014) y el primer lugar en el certamen de poesía Mesa de Ocaña (España, 2017).

Mi suegra y mi mujer, que eran las cámaras de video de la época, sí quisieron saber a fondo y ver qué tan honda era la relación entre los dos, de modo que se las ingeniaron para quedarse y ver lo que ocurría de noche en esa casa.



Rasputín criollo

Walter Mondragón

Uno cuando pollito entiende poco y juzga rápido. El juez llegó trasladado a Joyeco, en compañía de Amira su mujer, de manera que debieron dejar la familia, unos hijos ya grandes que estudiaban en la universidad, en la capital de Babia.

Llegar a un pueblucho después de vivir en la ciudad tiene sus sacrificios y máxime si se trata de puestos oficiales, porque no suelen darte a elegir; simplemente, un procurador dice que te muevan y te mueven y ya.

El tema es que el doctor era un buenazo y parece ser que esa bonhomía suya se reflejaba en sus fallos y esto no era bien visto en las altas esferas del poder judicial, desde donde lo traían entre ojos y, quizás pretendiendo hacerlo renunciar, lo trasladaron, como dije, para Joyeco. Pero él, con la misma paciencia del sabio, aceptó venirse, y su mujer que lo quería le siguió los pasos.

Acá encontraron rápidamente amigos y ella, en particular, hasta unas aparentes cómplices, de modo que al año ya estaban adaptados, y entre sus nuevos conocidos apareció un chocuano muy enigmático pero solícito con ellos; les hacía vueltas y mandados, y ellos en pago le daban jugosas propinas. Le tomaron confianza y a tal punto que cuando iban a ver los hijos a la capital le encargaban su casa llena de porcelanas y esculturas, que eran de buen gusto ellos, y por eso no deja uno de extrañarse por lo que pasó después.

No se sabe en qué tratos andaba el medio moreno con otra paisana suya vecindada acá, de la cual decían que hacía efectivos filtros de amor y otras «cochinadas», o que Amira, porque la carne es débil, se encaprichó de él. Lo cierto es que de la noche a la mañana le ofreció

morada y sueldo y palique. O eso decían las lenguas largas de mi suegra y mi esposa, que llegó a ser cómplice del matrimonio y al principio se ruborizaba contando lo que estaban permitiendo.

Supimos pues que el «Negrito», como terminaron llamándolo a él, tomó posesión de la casa y, fuera porque no quería congeniar con nadie o porque temía que lo pusieran en evidencia, no daba cara a las visitas y se hacía el loco por no saludar cuando las mías se lo encontraban en la calle.

Tenía un encanto el negro, sin duda, los ojos verdes y el cuerpo fuerte sin ser musculoso como un árbol de guayabas.

El tema es que mientras tanto el señor juez no decía nada o se hacía el muerto ante la situación. Nos figuramos que él estaba demasiado ocupado en sus labores para ver de lo que hacían con sus vidas su amada esposa Amira y su «criado» Leopoldo.

Pero mi suegra y mi mujer, que eran las cámaras de video de la época, sí quisieron saber a fondo y ver qué tan honda era la relación entre los dos, de modo que se las ingeniaron para quedarse y ver lo que ocurría de noche en esa casa. Simularon irse después de una visita y osadamente se ocultaron en el cuarto del rebrujo y esto oyeron, porque al final no pudieron, de miedo, abrir la puerta entrecerrada, sino para fugarse después:

«Por tu poder, poderoso Changó, os invoco y convido a tus legiones espirituales, oh gran Putas, ancestro de mis ancestros, oh espíritus de Yambaó y Chambacú, os conmino a que juntéis fuerzas para proteger al doctor Álvarez, a Amirita y a mí, de los enemigos ocultos que viéndonos solos nos acechan» (aquí temblamos pensando que Leo nos había descubierto). «Te lo pido por la sal de mis huesos que aquí riego a su alrededor y el mío...». «Ahora quitémonos la ropa y déjense solamente sus talismanes». «Te pedimos que el doctor sea restituido a su cargo en la capital...». «Ahora juntemos fuerzas nosotros a ver, abracémonos, unámonos, seamos un solo espíritu, una sola carne, así, así...». «Por el poder de Yemayá os pedimos que les esté yendo bien a 'nuestros' hijos y triunfen en sus estudios, atiende a tu orisha, por medio mío, y atraviésanos con tus venablos de fuego... así, así...».

Como pudieron, asustadísimas y arrepentidas de su osadía, las mías escaparon por el patio trasero; haciendo malabares ganaron la tapia y escaparon.

Después no supieron qué hacer con esa información, porque en sí no habían visto nada, sólo oído esos nombres tan raros y sonoros, y esas formas periclitadas del exhorto, en vilo, entre el rebrujo que, de sobremesa, olía a diablos, según ellas.

De tal forma que cuando Leo pasaba por el frente de nuestra casa, y les echaba el ojo, se hacían las de la vista gorda, sin poder sostenerle su profunda mirada hechizadora y muertas de susto por saber que él era un santero yoruba capaz de seducirlas a través de orishas... «Y qué tal que se nos meta ese diablo ojiverde en el cuerpo y nos dañe el hogar, porque todo podrá ser nuestro Julio, menos cabrón».

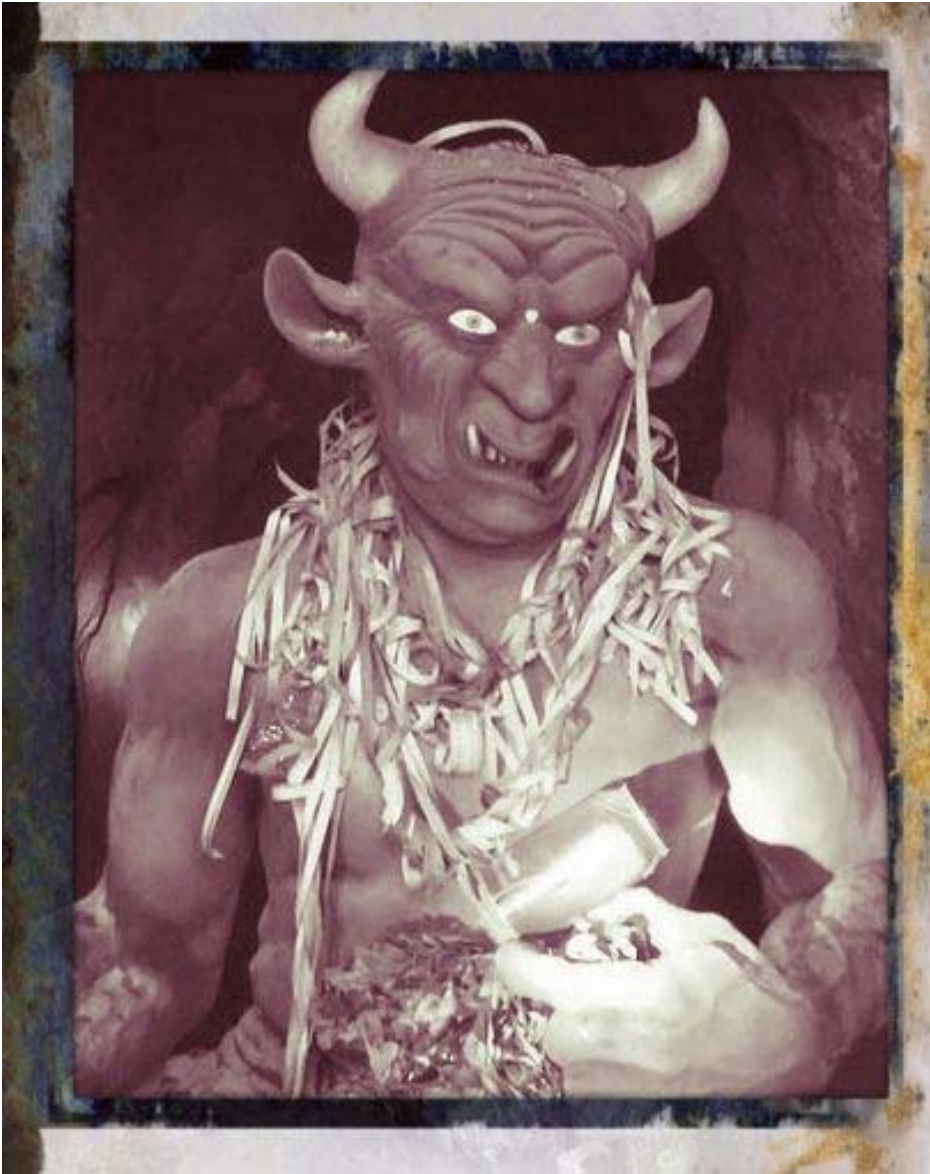


El hijo del Tío

Víctor Montoya

Escritor boliviano (La Paz, 1958). Narrador, periodista cultural y pedagogo. Pasó su infancia en los centros mineros de Siglo XX y Llalagua, donde vivió de cerca la realidad de los trabajadores del estaño. En 1976 fue detenido, torturado y encarcelado por la dictadura de Hugo Banzer Suárez debido a su actividad política; durante su reclusión escribió el libro testimonial *Huelga y represión* (1979). Liberado por gestiones de Amnistía Internacional, se exilió en Suecia en 1977, donde cursó estudios de Pedagogía en Estocolmo y ejerció la docencia. Ha publicado una extensa obra que incluye novela, cuento, ensayo y crónica, y ha dirigido las revistas *PuertAbierta* y *Contraluz*. Entre sus títulos más destacados figuran *Días y noches de angustia* (1982), *Cuentos violentos* (1991), *El eco de la conciencia* (1994), *Cuentos de la mina* (2000), *Conversaciones con el Tío de Potosí* (2013), *Crónicas mineras* (2017) y *La narrativa minera peruano-boliviana* (2021). Sus textos han sido traducidos a varios idiomas y recogidos en antologías dentro y fuera de Bolivia. Es miembro de la Sociedad de Escritores Suecos, del PEN Club Internacional y de la Academia Boliviana de Literatura Infantil y Juvenil. Ha dictado conferencias en más de una decena de países, y ha sido reconocido con premios literarios en Bolivia, Suecia y España.

***La gente acudió al cementerio
en romería, llorando y
cargando el ataúd en hombros.
Pero a tiempo de inhumar los
restos en la fosa llena de
piedras, se escuchó el lamento
de un niño en la tumba
contigua.***



El hijo del Tío

Víctor Montoya

El día en que la tormenta se desató en el cielo y el viento hacía tañer el fallo de los techos como zamponas de cañahueca, el Tío¹ salió de la mina, dispuesto a hacer germinar su semilla en el vientre de una de las mujeres más jóvenes y hermosas del campamento minero.

No quiso raptarla ni llevársela al interior de la mina, por temor a que su belleza despertara los celos de la *Chinasupay*,² quien, en defensa de su amor y territorio, era capaz de hacer desaparecer las vetas y causar estragos como cuando entraban las *palliris*³ disfrazadas de mineros. Por eso prefirió mantenerla apartada del socavón, lejos de los ojos de la *Chinasupay* y de las entrañas de la Pachamama.

El Tío giró como un remolino de polvo y se trocó en gato negro, las orejas largas y los ojos de fuego. Así se alejó de la bocamina, vagó por las calles anegadas del pueblo y llegó hasta la esquina del campamento, donde vivía un minero viudo, cuidando a su hija como al tesoro máspreciado de su vida.

El Tío, apenas encontró una guarida en la ladera del río, volvió a su estado natural y esperó que apareciera la hija del minero entre las ráfagas del viento y los relámpagos que chasqueaban a lo lejos,

-
1. Deidad. Diablo y dios tutelar que habita en el interior de la mina. Los mineros le temen y le brindan ofrendas. Su estatuilla es de greda y rocas, está colocada en el lugar de paso obligado de los mineros.
 2. Diablesa. Deidad y esposa del Tío.
 3. Mujeres que, a golpes de martillo, trituran y escogen los trozos de roca mineralizada en la canchamina.

iluminando la hilera de casas que, vista desde la hondonada del río, parecía un buque fantasma navegando en dirección al cielo.

Ni bien amainó la lluvia, la hija del minero, sin sospechar que afuera la aguardaba la fatalidad de su destino, salió por la puerta que daba al patio y avanzó hacia donde estaba el Tío, agazapado bajo un peñón que tenía la forma de un techo.

Cuando la hija del minero alcanzó la ceja del río, como atraída por un magnetismo desconocido, se levantó las polleras y se bajó las bombachas para desaguar con las nalgas expuestas al silbido del viento. Ese fue el instante que el Tío aprovechó para revolverla sobre el fango y poseerla entre el bramido de los truenos y la turbulencia del río.

El minero, al verla entrar por la puerta, desnuda y ensangrentada, intuyó que el Tío se había ensañado con su hija, a modo de cobrarse un viejo favor que él no supo retribuirle a tiempo. Lo peor es que, desde esa noche en que la desgracia se metió en su casa, su hija no volvió a ser la misma; perdió la facultad del habla y el uso de la razón, como si el Tío la hubiese vaciado por dentro.

El minero, inconforme con la osadía del Tío, recurrió a las oscuras artes de la hechicería en procura de volverla en sí y arrancarle del vientre el feto que crecía día a día. Le sahumó el cuerpo con *k'oa*,⁴ le dio yerbas medicinales y brebajes abortivos. Todo fue inútil, porque su hija, desde que se le suspendió la menstruación y le vinieron vómitos convulsivos, no hacía otra cosa que dormir como un animal irracional, mientras el vientre se le ponía duro y los senos aumentaban de volumen.

De modo que el minero, en un vano intento de salvar el honor de su familia y evitar los qué dirán de los vecinos, la recluyó entre las cuatro paredes de su casa, donde no entraba la luz del día ni el griterío de la calle. Pero la curiosidad de los vecinos era tan grande que, cada vez al cruzar su camino, le preguntaban dónde estaba su hija. Entonces él, dispuesto a disipar las dudas de cuantos sospe-

4. Sahumerio. Hierba aromática o incienso que se quema en el ritual del mismo nombre. El humo tiene la cualidad de llegar hacia los seres tutelares de la cosmogonía andina.

chaban lo peor, fraguó la historia de que su hija se había marchado a su pueblo, donde una tía suya la requería en los quehaceres domésticos y las faenas del campo.

Pasaron varios meses, hasta que el minero, consciente de que no podía separar al hijo del diablo del cuerpo de su hija, tomó la firme decisión de acabar con esa maldición de una vez por todas. Así fue como una mañana, atrapado por un torbellino de nervios, cogió el cuchillo de desollar cerdos y entró en el cuarto de su hija, quien yacía todavía en la cama, las manos sobre el abultado vientre y la cara partida por los flecos de la mantilla. El minero la contempló por un instante, conmocionado por una angustia que lo devoraba por dentro. Mas al pensar que en el interior de ese hermoso cuerpo se movía el hijo del Tío, se le abalanzó encima, la cogió por las trenzas y le pasó el frío metal del cuchillo por el cuello; en tanto ella, sin tener siquiera tiempo para reaccionar, lanzó un grito sordo, volteó los ojos y sucumbió en el acto.

El minero, mordiéndose los puños ante la evidencia del crimen, lloró por su infortunio y maldijo el día en que conoció al Tío. Envolvió a su hija en las frazadas sanguinolentas y la puso en el cajón que él mismo construyó con las cajas de dinamita. Por la noche, al amparo de la oscuridad y sin que los vecinos lo notaran, la cargó hasta el cementerio, donde fue enterrada en una fosa que él abrió a fuerza de pala y pico.

Un año después de ese macabro suceso, cuyas consecuencias serían funestas, el minero viudo, abatido por los amargos remordimientos de su conciencia, se ajustó dos cartuchos de dinamita al pecho y se hizo tronar antes de que su lengua revelara el secreto que guardaba en el corazón. Los vecinos, al oír la detonación que sacudió los cimientos del campamento, se agolparon delante de su casa, echaron abajo la puerta y, entre el polvo y el humo de la explosión, se enfrentaron a una realidad impactante, porque la víctima estaba en un rincón, el pecho abierto y los intestinos esparcidos en las paredes y el techo.

Los vecinos, conmovidos por el trágico final del minero, dieron parte a la policía y prepararon los funerales a la usanza de los habitantes del altiplano. Velaron sus restos durante la noche. Los hom-

bres masticaron hojas de coca y bebieron tragos de aguardiente, y las mujeres, echándose cruces en la frente, rogaron por su alma y pidieron que Dios lo tenga en su gloria.

Cumplida la ceremonia religiosa, la gente acudió al cementerio en romería, llorando y cargando el ataúd en hombros. Pero a tiempo de inhumar los restos en la fosa llena de piedras, se escuchó el lamento de un niño en la tumba contigua. Las mujeres se retiraron a saltos y los hombres, poniendo a prueba su fortaleza física, empezaron a cavar con palas y picos, hasta dar con las maderas de un cajón enmohecido por la humedad de la tierra. Cuando uno de ellos destapó el cajón, el rumor de las mujeres se trocó en un grito de terror, porque allí había un niño, de cuerpo deformado y cola de saurio, acurrucado en los brazos de su madre.

—¡Es un milagro, Dios mío! —exclamó una, llevándose las manos sobre la boca—. Esta mujer es una santa que parió después de muerta.

—¡No! No es un milagro —corrigió otra, a poco de reconocer que el cadáver correspondía a la hija del minero, quien fue poseída por el Tío la misma noche en que el cielo se rompió en relámpagos y aguacero.

—Si no es un milagro, ni esta mujer es una santa, entonces el niño es el hijo del Tío —dijeron todos, mirándose entre voces que estallaban en los labios.

Los hombres se quitaron ponchos y sombreros. Se persignaron tres veces y, como apremiados por una fuerza divina, volvieron a cerrar el cajón y a tapar la fosa con la misma tierra que habían sacado. Lo mismo hicieron con la tumba del minero, cuyo cuerpo, reducido a piltrafas por la explosión de la dinamita, se descompuso antes de que terminaran de arder las velas.

Desde ese día, en que el sepelio se convirtió en una pesadilla, los vecinos del minero no volvieron a dormir ni a vivir tranquilos, porque escuchaban el lamento de un niño en las corrientes del viento y en las cascadas del río; decían que era el hijo del Tío, quien, transformado en duendecillo, se les aparecía algunas veces en forma de gato negro, perro blanco o gallo rojo, pero casi siempre en forma de demonio: sombrero alón, capa de fuego, botas de charol y látigo en mano.



Poemas

Winston Morales Chavarro

Narrador, poeta, ensayista y periodista colombiano (Neiva, Huila, 1969). Magíster en estudios de la cultura, mención literatura hispanoamericana, por la Universidad Andina Simón Bolívar (Quito, Ecuador). Docente de tiempo completo de la Universidad de Cartagena. Ganador del Premio José Eustasio Rivera (1997 y 1999), el Concurso Nacional de Poesía Universidad de Antioquia (2001), la IX Bienal Nacional de Novela José Eustasio Rivera (2004) y el Concurso Literario Internacional David Mejía Velilla (Bogotá, 2014), entre otras distinciones dentro y fuera de su país. Ha publicado los poemarios *Aniquirona* (Trilce Editores, 1998), *La lluvia y el ángel* (coautoría; Trilce, 1999), *De regreso a Schuaima* (Ediciones Dauro, Granada, España, 2001), *Memorias de Alexander de Brucco* (Editorial Universidad de Antioquia, 2002), *Summa poética* (Ediciones Altazor, 2005), *¿A dónde van los días transcurridos?* (Universidad de La Sabana, 2016) y las novelas *Dios puso una sonrisa sobre su rostro* (Círculo Rojo, 2021) y *Tras los hilos de Ariadna* (Editorial Universidad Surcolombiana, 2024).

***Sí, tú eres aquel / ángel o
demonio, / el que ahora se pasea
por los intrincados laberintos. /
Miles de servidores ahora te
coronan, / se deslizan por la
orilla del vasto funeral / sobre
una muerte serena que te
sobrecoge.***



El ángel caído (1847), de Alexandre Cabanel
Museo Fabre

Poemas

Winston Morales Chavarro

XXVII

El apocalipsis de David

Ahí viene el hombre distante de la horda
dando gritos despavoridos por la muerte.
Ahí viene el pequeño saltamontes de la tierra
con su piedra, con su honda, con su diminuta espada.
Ahí viene el enano del desierto
destruyendo todo lo que se aventure en su camino.
Ni Hércules ni Sansón ni Atila
se asemejan a este pequeño devorador de hombres,
a este ciego de la tarde
que ha destruido con su piedra
al gigante Goliat
en las orillas del crepúsculo y las colinas que rodean a la muerte.
Ahí viene David
cabalgando sobre un centauro de hojas secas.
En el ánfora de su cabalgadura
viene la cabeza de Goliat, la quijada de Caín,
el cayado de Moisés, los cabellos de Sansón.
Ahí viene el hombre distante de la horda
dando tumbos por los recovecos del desierto.
A una señal suya, las ciudades caen como naipes.
A una señal suya, se viene exterminando la música del río.
A una palabra suya, se aciegan los cantos del árbol
y la exclusión de las quebradas.
Ahí viene el hijo de la piedra
lanzando chispas por los viejos campanarios.
Viene el hijo de la honda

descifrando en el reflejo del espejo
las impresiones de la lluvia
y el expresionismo de los murciélagos del cosmos.
Ahí viene el hombre distante de la horda
buscando a Betsabé para cerrar con ella
el pacto del último Apocalipsis,
buscando cerrar con ella
la última oportunidad del *Homo sapiens*
sobre los confines de la tierra.

XXVIII

La canción de Lucifer

Mi ídolo de bronce es el abismo,
el fuego, las cavernas.
La vida del maldito
—desterrado de la luz y las alturas—
se pendula entre el mal, el bien, lo dionisiaco.
No maldigo de las sombras,
no aspiro a las venganzas.
Continúo con mi vestidura satánica
instruyéndome en el bien
y solazándome en el mal.
Los más doctos dicen que fui expulsado del espejo,
que mi imagen vagabundea por los laberintos y paradigmas de la
muerte.
Pocos saben que conservo mi posición de ángel,
que aparezco majestuoso cuando miro mi belleza ante las nubes,
que mi sabiduría multiplica la ignominia de los justos
y la nobleza de los desterrados
contagia de belleza a los malditos.
Voy del ascenso al descenso
como el viento que hila los caminos:
no creo en la maldad, en el bien,
en el pasado, en el futuro,
pues los cuatro están confinados en las sombras,
y las sombras,
en el hades de un espejo orbicular.
No maldigo a las alturas,

no me duele la caída.

Hay un punto en que todo deja de ser contradictorio
y nada en este punto se excluye, sino que interacciona.

¿Quién ha dicho que el abismo no es la altura?

¿Que la maldad —producto de la belleza—
no es el bien?

¿Que las sombras no son la luz?

¿Que el caído no es el levantado?

Pocos saben que sobrevuelo el infinito,

el paraíso, la manzana;

que mi vestidura de vampiro

me da el elixir de la noche;

que sustraigo del día los frutos del iluminado

y que espero sabiamente el último camino

para empezar mis andanzas

por la otredad, por la vaguedad,

por lo inmensurable,

por lo indefinible.

XXIX

Beelzebub de Palestina

Sí, tú eres aquel

príncipe de los infiernos,

noble ángel de los desterrados,

descifrador de paradigmas escritos en las noches

y multiplicador de diluvios sobre las hogueras de la muerte.

Sí, tú eres aquel,

pero cuánto distas de ser

el de aureola destellante,

cuánto distas de la luz

a pesar de sobrecogerte en otra luz

y cuánto de la oscuridad

a pesar de instruirte en otra oscuridad.

Sí, tú eres aquel

ángel o demonio,

el que ahora se pasea por los intrincados laberintos.

Miles de servidores ahora te coronan,

se deslizan por la orilla del vasto funeral

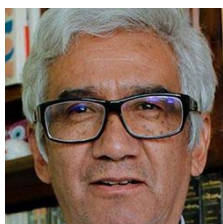
sobre una muerte serena que te sobrecoge;
una muerte que se ensancha
como la curva, como los ángulos.
Sí, tú eres aquel,
el del paraíso perdido y nunca recobrado
—sobran fuerzas para no recobrarlo.
Tu delicia recae sobre el silencio que viene,
sobre la sabiduría humilde que centellea en la noche:
Pensamiento que se dibuja como una barca
en el océano de los afligidos.
Sí, tú eres aquel
—gozas con este distintivo.
Una estrella de hojas
reposa en tu frente de hiedra quemada
y vagas por el mundo
igual que otro iluminado
restituyendo el camino para los menos doctos
y provocando, a partir de tu imagen alucinante,
la animadversión a las olas ardientes de tu precipicio,
a la tierra despreciable de los infiernos.

XXX

La visión de Moloch

¡Desgracia a los habitantes de la Tierra!
Arremetió el maligno del infierno
mientras veíamos discurrir
las hondas guerras del desierto
por los pasajes de la arena
y sus cóleras inflamadas.
¡Desgracia! ¡Desgracia!
Los pájaros de fuego
—encorvados por la cabellera elástica del cosmos—
surcaban los laberintos electromagnéticos del éter
y soltaban por doquier
su huevo de ira y uva venenosa
desvertebrando como un soplo
el país de los cedros y los pinos.
Por entre los montes de Armenia y el golfo Pérsico

—en donde alguna vez se situó el paraíso—
vaga ahora, desde la época de las lunas crecientes,
el hijo de la noche.
Bañado por el Tigris, el Éufrates, el Nilo y el Pisón
—revestido como lo que fue, antes de la rebelión y la caída—,
el maligno del infierno
se pasea con sus tentáculos de muerte,
con sus hiedras vengativas y siniestras
destruyendo todo lo que aventure por el mundo.
«¡Desgracia a los habitantes de esta Terra!»,
vocifera con la fuerza de los acantilados
y las voces enhiestas de las rocas.
Una cohorte de fantasmas
le secundan en el canto.
Un séquito de hombres
le tributan con aceites.
Desde Aurán hasta California,
desde las torres reales de la gran Seleucia
hasta las bocas cerradas del Misisipi
se pasea el maligno del infierno
por las llanuras volátiles de Proserpina.
Sus principados y potestades
se doblegan como ramas
al paso majestuoso de los falsos evangelios.
Sus columnas de humo y fuego
continúan tatuándose en la tierra
como una señal de insólitos presagios
mientras la noche se retuerce
al florecer del hongo radioactivo
y el hombre,
evocando la memoria de la Sodoma de los moabitas,
queda prendido al viento
como la estatua del Apocalipsis,
la torre de sal de los últimos sepulcros.



Amor celestial

Ramón Ojeda Bringas

Escritor mexicano (México, DF, 1957). Es sociólogo de profesión. Escribe ensayos sobre temas generales y tiene veinte títulos publicados. También ha publicado poesía y cuento.

No era frecuente que una mujer fuera directa, a pesar de que él intentaba ser lo más abierto posible para comprender a los fieles, generar confianza y cercanía para orientarlos mejor en un mundo de pecado y perdición que requería, más que nunca, de su apoyo y conducción por los santos senderos de la virtud cristiana.



La Confessione (1838), de Giuseppe Molteni
Gallerie di Piazza Scala

Amor celestial

Ramón Ojeda Bringas

A las siete y media de la mañana ya estaba sentada en una banca esperando; el padre Sebastián dio la bendición al concluir la tercera misa y se notaba un tanto agotado por el trabajo de officiar tres misas seguidas. En la sacristía le esperaba el desayuno porque el vino en ayunas no le sentaba muy bien y necesitaba un café caliente y unos huevos revueltos que Sarita, su cocinera de planta, le había prometido un día antes. Carlos, el monaguillo, hijo de Sarita, le acompañó a la sacristía llevando el incensario que dejaría en el patio para que se consumieran los restos del incienso.

—¿Oiga, padre?

—¿Qué pasó, Carlos?

—Una señito está en las bancas de atrás. Llegó desde la primera misa, o creo que la segunda, sí, la segunda, ya me acordé, ¿la de las ocho o las siete?

—¿A qué hora llegó?

—Ya ni me acuerdo bien, padre, pero ahí sigue. Creo que ya se echó las tres misas, ¿o dos?

—Las que sean, pues.

—Ahí está desde hace rato, padre.

—Qué raro. ¿La conoces?

—No, creo que nunca la he visto, ¿usted la vio?

—La verdad no me fijé, creo que mis lentes necesitan graduación porque hasta atrás ya no distingo bien las caras.

—Es que está medio escondida, padre, le digo porque desde que llegó se quedó sentada y ya no se movió y ahí sigue.

—Ve a preguntarle qué quiere y me avisas... O dile que ya no va a haber misas sino hasta la tarde.

El monaguillo salió de la sacristía y se dirigió a la mujer. Era una joven treintañera, vestida de negro, con ropa un tanto entallada, una falda que apenas le cubría las rodillas y sin medias; su rostro parecía impasible, clavado en la figura de Jesucristo que se encontraba en medio del altar.

—¿Seño, se le ofrece algo? Ya no va a haber misas sino hasta las cinco de la tarde...

—Ah... gracias.

—De nada, con permiso.

—Es que...

—¿Qué?

—Quisiera confesarme.

—Pues venga en la tarde, las confesiones son a partir de las cuatro o cuatro y media.

—Es que me urge...

—Pero el padre ya no confiesa a esta hora.

—De verdad me urge, ¿podrías decirle que necesito confesarme?

—Entonces espéreme tantito, voy a avisarle al padre, es que ahorita va a desayunar.

—Puedo esperar el tiempo que quiera; dile, por favor...

—Orita vengo.

Carlos regresó a la sacristía para avisarle al padre Sebastián.

—Padre, dice la señora que quiere confesarse.

—¿Le dijiste que las confesiones son en la tarde?

—Sí, padre, pero dice que le urge.

—¡Que le urge, que le urge! ¿Y yo qué? Ya oficié tres misas, me truenan las tripas de hambre y a la mujer le urge...

—¿Le digo que se vaya, padre?

—Sí, dile que venga en la tarde, yo voy a desayunar con el favor de Dios...

—Orita vengo, padre...

Carlos salió rápido, pero al instante el padre Sebastián lo llamó, arrepentido de su reacción.

—¡Carlos, Carlos, ven!

—Sí, padre, dígame...

—Dile que en un momento voy, que me dé diez minutos mientras le echo algo al estómago que no me deja en paz.

—Sí, padre, orita regreso.

El padre Sebastián apuró el desayuno para atender a la mujer. Consciente de su papel como pastor, pero también como guía y apoyo para la feligresía, no podía dejar a esa mujer que ya había esperado tanto tiempo, seguramente algo muy grande y difícil la tenía en esa circunstancia y el auxilio espiritual era tan importante como los primeros auxilios que se le otorgan a una persona en peligro de perder la vida. Luego de concluir y limpiarse las comisuras de los labios con una servilleta, el padre Sebastián acudió al confesionario. Al entrar a la iglesia alcanzó a ver a la mujer y una mirada bastó para que ella entendiera que iba a confesarla. Se levantó de la banca, se dirigió al confesionario y se puso de rodillas en el reclinatorio.

—Ave María purísima.

—Sin pecado concebida.

—Dime tus pecados, hija.

—Acúsome, padre, que he pecado de palabra, obra y omisión.

—¿Cuáles son tus pecados, hija?

—Me da pena decirlo, padre, no sabe usted el trabajo que me ha costado decidirme a venir y contarle, pero más que trabajo es la pena, es la vergüenza porque mi pecado no tiene perdón de Dios.

—No digas eso, hija, el Señor, en su infinita misericordia, perdona todos los pecados, siempre y cuando haya arrepentimiento y éste surja del fondo del corazón, y sobre todo con el firme propósito de enmendar nuestros errores para no volver a cometerlos.

—Pero, padre, creo que lo mío rebasa todo lo imaginable.

—No hay nada que el Señor, como ya te dije, en su infinita misericordia y bondad no pueda perdonar: habla, por favor, hija.

—Padre...

—¿Sí?

—Confieso que me he entregado a un hombre.

El padre Sebastián carraspeó y se llevó la mano a la boca para contenerlo. No era frecuente que una mujer fuera directa, a pesar de que él intentaba ser lo más abierto posible para comprender a los fieles, generar confianza y cercanía para orientarlos mejor en un mundo de pecado y perdición que requería, más que nunca, de su apoyo y conducción por los santos senderos de la virtud cristiana. El padre continuó escuchando la confesión.

—Agradezco tu franqueza, hija; continúa, por favor.

—Le digo que me he entregado a un hombre.

—¿Y...?

—Me he entregado a un hombre en cuerpo y alma.

—¿Y eso lo consideras pecado?

—Creo que sí, padre, he sido suya... No me pregunte más, me muero de la pena al decirlo.

—Hija, el amor no es pecado, claro que si eres casada y tienes relación con un hombre que no es tu marido, el pecado es adulterio y eso sí es muy grave, sobre todo si estás casada por la iglesia, porque el santo vínculo del matrimonio es indisoluble. Recuerda que lo que Dios ha unido, no lo pueden separar los hombres.

—No soy casada, padre.

—Bueno, bueno... Claro que la unión libre es algo que las leyes de los hombres no toman en cuenta, pero te recuerdo que para Dios nuestro Señor el sagrado vínculo matrimonial es un sacramento y sólo la unión bendecida por Dios y frente al altar es la única que vale.

—Pero estoy enamorada, padre...

—Y está bien, hija, Dios es amor y Dios quiere que sus hijos vivan en la felicidad, en la plenitud, pero siempre y cuando esa unión esté avalada por Dios, frente a los hombres y en el altar, porque ese compromiso que se sella en la ceremonia del matrimonio, ese sacramento, te lo repito, es lo único que le da validez, porque de otra forma se vive en pecado.

—Padre, el amor me ha hecho olvidarme de los sacramentos, no crea que los desconozco, pero ha sido tan fuerte que no pienso más que en él y en entregarme cada noche en cuerpo y alma.

—Hija, no me des detalles, por favor, estás hablando con un ministro del Señor, pero insisto en que eso se puede arreglar. Arrepiéntanse los dos, denle a esa unión el verdadero carácter sagrado y cásense por la iglesia, lo demás no importa porque justamente la bendición de Dios limpia de todo pecado, aunado a un buen arrepentimiento, de corazón, que el Señor agradece a quienes optan por rectificar y andar por el buen camino.

—Padre, creo que no he sabido explicarle...

—¿Qué hay que explicar, hija?, está todo claro, vives en amasiato y eso es pecado para la iglesia, pero se puede arreglar, ya te dije.

—Pero, padre, el hombre del que estoy enamorada y al que me he entregado no es cualquier hombre...

—Todos somos iguales a los ojos del Señor en tanto todos somos sus hijos y su hechura divina, claro que como humanos no somos perfectos y eso sí, susceptibles a la tentación y el pecado, pero la iglesia nos da los medios para limpiarnos del pecado, para alejarnos de él, para congraciarnos con Dios.

El padre Sebastián no era tan morboso, pero le estaba inquietando un poco la situación y quería terminar la confesión porque comenzaba a cabecear y ya necesitaba regresar para tomar la siesta de la mañana que le permitía recuperar fuerzas y descansar antes de continuar con los servicios religiosos.

—Padre, ese hombre del que le hablo no es cualquier hombre...

—Todos somos iguales al Se...

—Es que ese es el asunto... Me he entregado a Dios.

—Pues te felicito, hija, todos debemos... A ver, a ver, creo que no te entiendo; explícate, por favor.

—Me he entregado a Dios, a Jesucristo, es a él a quien me entrego en cuerpo y alma todas las noches.

—En la oración, hija, supongo que hablas de la oración.

—No padre, en cuerpo. Jesucristo llega por las noches, me habla al oído, me dice tantas cosas que no me queda más que desnudarme y entregarme a él.

El padre se salía de sus casillas y hasta el sueño se le espantó al escuchar a la mujer lo que le pareció una blasfemia.

—¡No blasfemes, hija, cuida tus palabras! Recuerda que estás en la casa del Señor y yo soy su representante.

—¿Por qué cree que es mi pena, padre?, por eso me cuesta tanto trabajo decirlo y no voy a ir por ahí contándole a todo el mundo, por eso vine a confesarme con usted.

—Sí, claro, hija, pero no sabes lo que dices, eso es una blasfemia o yo no te estoy entendiendo. La entrega al Señor es una entrega espiritual y obviamente cuando hablamos del cuerpo nos referimos a que él hará su santa voluntad con nosotros, si él decide llevarnos de este mundo dispondrá de las cosas como él sabe, pero nuestra materialidad, nuestra carne volverá a la tierra, recuerda que polvo eres y en polvo te convertirás.

—Pero, padre, lo que le digo es verdad y por ello lo digo en secreto de confesión. Soy una fiel creyente, devota, respetuosa de mi religión y si le digo que me he entregado al Señor, es porque así ha sucedido.

—Hija, las mujeres que se consagran a la vida monástica, cuando se van al convento y deciden ser monjas se entregan al Señor, es decir, dedican su vida al Señor sirviendo a los demás, alejándose por completo de la vida mundana, renunciando a los placeres de la carne, haciendo penitencia de manera constante y se desposan con el Señor, pero en sentido espiritual, quiero suponer que a eso te refieres.

—Entiendo lo de la vida en el convento, padre, no soy religiosa en ese sentido, ni pretendo tomar los hábitos, pero mi caso es distinto, yo he hecho el amor con nuestro Señor Jesucristo.

—¡Te pido que te calles, no me hagas gritarte y mucho menos pedirte que te retires inmediatamente! ¡Es el mismísimo Satanás el que te hace decir esas incoherencias, por Dios!

—Padre, no crea que vine a molestarlo y mucho menos a cometer el pecado de la injuria, de la calumnia, de la mentira, vengo porque necesito su ayuda.

—Pues estoy para ayudarte, pero necesito que pienses en lo que estás diciendo y alejes inmediatamente de tu pensamiento esas ideas insanas, blasfemas, atentatorias a la fe y que resultan diabólicas... No sabes los esfuerzos que estoy haciendo por no tomar en cuenta eso que dices que hasta a mí me resulta indigno de tenerlo en la

mente. Muchos vienen a confesarse y dicen barbaridades, pero tú rebasas todo lo que he tenido que escuchar, creo que no estás en tus cabales y necesitas ayuda de un profesional de la medicina.

—Padre, vine porque necesito que me ayude.

—Para eso estoy, pero tienes que pensar con calma, no malinterpretes la palabra del Señor. Más de una ocasión en la homilía hablamos del amor de Dios, del amor más puro que existe, no el de los hombres, ese no, que de todas formas está avalado por Dios, siempre y cuando, como ya te dije, se ajuste a los altos designios del creador. Dios ha dicho en su palabra divina que el hombre dejará a su padre y a su madre para ir con la mujer con quien habrá de procrear, siempre bajo la égida sagrada de Dios, y con ello tener los hijos que él mismo decida, nunca contra su voluntad y en consonancia perfecta con ella; Dios quiere lo mejor para todos, por eso te digo que toda relación fuera del matrimonio es pecaminosa.

—Sí, pero creo que usted no me ha entendido.

—Seguramente no te he entendido, ni quiero entenderte, lo que dices es inconcebible y ya no me hagas pensar más en ello. Lo mejor es que te imponga una fuerte penitencia y te vayas a hacer tus oraciones y a pedir perdón a Dios por esos malos, que digo malos, diabólicos pensamientos. El Señor sabrá perdonar si tu arrepentimiento surge de tu corazón y con la férrea voluntad de orientar tu vida por el camino recto de la ley divina que te conducirá a la salvación de tu alma.

—Padre, hay algo más.

—¿Qué más, hija, qué más?

—Me va a perdonar, pero estoy embarazada.

—Pues eso también es pecado si no estás casada, mira nada más. Y más vale que hables con el padre de esa criatura para que se casen y puedan darle la dignidad que se merece ese hijo de Dios, limpiándolo del pecado original mediante el sacramento del bautismo, bien que lo debes saber como toda buena católica.

—Pues sí, padre, es hijo de Dios...

—Todos los somos, ya lo sabes.

—Es que este hijo es de Jesucristo.

—Todos lo somos.

—Padre, no me entiende.

—¿Qué más voy a entender? Y apúrate porque tu especie de confesión me ha alterado y tengo que meditar un poco y hacer oraciones y penitencia porque lo que has dicho nunca debió entrar por mis oídos. Una penitencia autoimpuesta me dará la calma y el sosiego.

—Padre, mi hijo es hijo de Jesucristo. Ya le dije que viene en las noches y desde hace tres meses está puntual en mi recámara el mismo Dios hijo, nuestro Señor Jesucristo, se mete en mi cama, me habla al oído y no puedo resistirme, de hecho, ya duermo completamente desnuda para ahorrarle tiempo y entregarme al amor. Si viera, padre, cuántos aguanta, la última vez conté como diez seguidos y no se cansaba, y cómo se iba a cansar si es todopoderoso y tiene una resistencia de atleta, hasta le tuve que decir que ya le parara porque estaba exhausta, eso sí, con una sonrisota que no se me quitó en todo el día, y claro, cómo no iba a embarazarme después de tantas veces... ¿Se imagina un promedio de cinco por noche por tres meses?, vamos a ver, son como treinta y cinco veces a la semana por cuatro por tres nos dan más de... cuatrocientas veces en...

—¡Cállate, por Dios, cállate y lárgate inmediatamente de aquí, *vade retro*, hija de Satanás!

—Padre, disculpe, pero como sabía que no me iba a creer aquí está Jesucristo para ver si nos casa, porque ni modo que tenga un hijo natural, fuera de matrimonio y como usted dice, con la bendición del Señor.

Una poderosa luz llenó la iglesia, como si el sol se hubiese posado en la tierra; una voz que parecía provenir del cielo, dijo con una voz firme:

—Estoy aquí para recibir la bendición a esta unión que pronto dará fruto: un hijo con esta mujer que es el amor de mi vida y con quien pienso pasar toda la vida hasta que mi padre nos llame a cuentas.

Un hombre de mediana edad, pelo largo, con barba, cuyas heridas en ambas manos y pies no dejaban lugar a dudas, tomó a Maricela de la mano e hincándose ambos solicitó la bendición al padre Sebastián.

—Por favor, denos su bendición.

—¡No, no es posible, no, esto es una visión del infierno, Dios mío, he sido un pecador, perdóname, no puede ser, no, Señor...!

—Padre, despierte, ¿qué le pasa? ¡Tiene otra vez pesadillas, padre, despierte!

El padre Sebastián abrió los ojos volteando a todos lados y preguntando dónde estaba.

—¡Aquí está, padre, aquí estoy yo!, ¿qué le pasó?

—Un mal sueño, Carlos, un mal sueño nada más.

—¿Pos qué soñó, padre? Gritaba muy fuerte.

—Sólo pesadillas, creo que algo me cayó mal.

—Ha de haber sido el vino de consagrar porque todavía no desayuna.

—¿No?

—Ya no se malpase, padre, la última vez se desmayó en medio de la misa y el doctor le dijo que en ayunas no tome del de consagrar porque le cae pesado sobre todo si no trae nada en el estómago.

—Sí, es verdad.

—Ándele, mi mamá ya le sirvió el desayuno, creo que ya se le enfrió. Luego de que terminó la misa vi que se quedó sentado y cuando me di cuenta ya estaba bien dormido, ni se quitó la sotana. Por cierto, ahorita que acabe de desayunar, a ver si atiende a una

señora que lo está esperando desde la mañana. No se ha movido de su lugar y dice que le urge hablar con usted.

—Ve y dile que tuve que ir a la diócesis, que regreso en la tarde y que me disculpe.

—Bueno, le digo...

—¿Quién es, la conoces?

—De vista, es una señora, muy joven, que acaba de cambiarse a la colonia, dicen que es viuda y que vive sola.

—Termino de desayunar y la atiendo. No, mejor dile que en la tarde, ¡cómo no soy Jesucristo!

—¿Qué dice, padre?

—Nada, nada, no me hagas caso, mejor desayuno porque ya estoy desvariando.

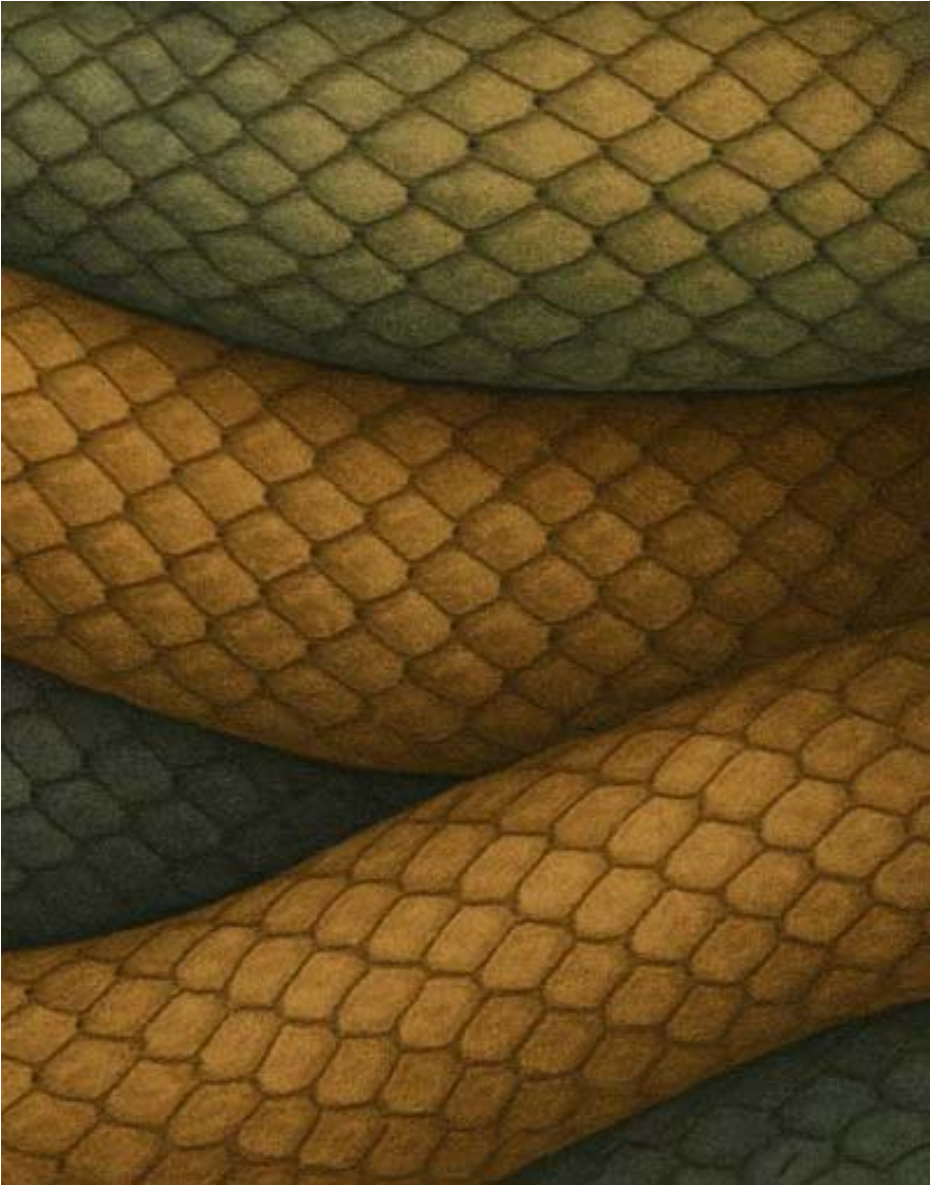


La muerte esquivada

Elena Raquel Palm Zerpa

Escritora venezolana (Cagua, 1992). Médica egresada de la Universidad Nacional Experimental Rómulo Gallegos (Unerg), en San Juan de los Morros. Especializada en Diabetología. Combina su ejercicio profesional con la escritura. Ha publicado cuentos en revistas literarias digitales y escribe ensayos sobre literatura y medicina.

Víctima del terror que le provocaba la idea de no morir pronto y la preocupación por las muchas preguntas de cuándo era que iba a llegar el momento esperado, hicieron a Santiago tomar una decisión: debía dejar de ser pusilánime, ¡debía morir!



La muerte esquiva

Elena Raquel Palm Zerpa

Santiago se levantó aquel día de la misma manera que todos los demás días, nada parecía diferente o especial aquella mañana. Abandonó la cama a las seis en punto. Preparó su acostumbrado y amargo café, miró por la ventana, contento de que la ciudad aún no hubiese despertado por completo. Por alguna razón a Santiago le acibaraba el movimiento tumultuoso de las personas, aunque aquella mañana había más caos en su mente que en toda la ciudad. Santiago se veía asechado por pensamientos intrusivos, molestos y sin sentido: le daba por recordar canciones, personas, situaciones y todo lo que pudiera ser recordado, su mente parecía tener cincuenta monos enjaulados. Esto no era cosa nueva para Santiago, era tan habitual que se comparaba con Funes, el memorioso, de Borges, sin su inteligencia, claro está.

Santiago decide que es hora de tomar su ducha. A mitad de su helada afusión, siente algo que lo muerde en la pierna, dolor que se repite tres veces. ¡Eran tres serpientes! Cada una había mordido su pierna derecha. Santiago no sabía mucho de serpientes, casi nada se podría decir, pero por el color y rareza anatómica de aquellos animales, intuyó que irremediablemente aquel baño sería el último que tomaría.

Santiago no era de los que le temen a la muerte, quizás porque pensaba que nunca iba a morir, así como pensamos todos. Pero, en ese momento, Santiago se dio cuenta de que sí existía la posibilidad de morir, y de que al parecer aquel momento había llegado. Le parecía una burla morir tan joven y de aquella manera tan inverosímil, ¡mordido por tres serpientes en tu propio baño!

En aquel momento Santiago fue invadido por una tristeza y un miedo terrible. Sentía miedo de morir, a cómo se sentiría pasar de la vida a la muerte, qué iba a ser del mundo sin él, sentía miedo de no volver a escuchar el ruido de la ciudad, de no volver a ver a las pocas personas que le caían bien.

En ese momento, Santiago sintió tanto anhelo por todo lo que antes le parecía insignificante y sin importancia, que decidió sobreponerse a su dolor físico y emocional y salir a las calles de su ciudad y despedirse de todos cuantos pudiera. Así lo hizo, iba de casa en casa, informándoles a todos sus conocidos que iba a morir y mostrando las mordeduras que las perversas y malvadas serpientes le habían hecho. Todos sus conocidos se sintieron compungidos ante su situación; por esa razón, en cada casa donde llegaba Santiago con su ofidismo le hacían fiestas de despedida: abrían botellas caras de champán, cocinaban platillos típicos, lloraban, comían y bebían. Cuando una fiesta terminaba, Santiago pasaba a la siguiente casa para dar la noticia de su futura muerte, al estilo de Amaranta Buendía. Así transcurrieron los días y las semanas. Toda la ciudad se encontraba despidiendo y celebrando a Santiago. Al cabo de muchos días, Santiago notó que su malestar físico hacía mucho que había desaparecido y las mordeduras de las serpientes casi no se notaban ya. Se vio ante la posibilidad de que quizás no iba a morir, de que aquellas serpientes no eran tan malditas como él creía, y se sintió aterrado. Pensaba en qué iba a decirles a todas las personas a las cuales ya había dado la noticia de su inminente muerte, ¡todos estaban tan entusiasmados! ¡Hasta él!

Todos festejaban, una noticia así acabaría con el festejo; además, Santiago ya estaba cansado de tanto comer y beber en las muchas fiestas que le habían hecho, ya quería morir, llevaba muchos días esperándolo. Víctima del terror que le provocaba la idea de no morir pronto y la preocupación por las muchas preguntas de cuándo era que iba a llegar el momento esperado, hicieron a Santiago tomar una decisión: debía dejar de ser pusilánime, ¡debía morir! Pero, ¿cómo?

Abandonó las fiestas y se adentró en el bosque en busca de tres nuevas serpientes que fuesen capaces de procurarle su anhelada

muerte. Así anduvo Santiago, días y semanas por el bosque, sin poder encontrar ni una sola serpiente tan venenosa como la necesitaba. Al enterarse la ciudad de lo que sucedía fueron en su ayuda, así que todos se encontraban buscando tres serpientes que pudieran ayudar a Santiago a morir lo antes posible. Al poco tiempo la ciudad entendió que estaban perdiendo su tiempo; era imposible encontrar tres serpientes que mordieran nuevamente a Santiago. En ese momento todos se sintieron tan decepcionados, desilusionados, burlados, y Santiago, lejos de morir, se veía cada minuto más lleno de vida. Todas las personas se encolerizaron y no quisieron que Santiago volviera a recorrer las calles de la ciudad, por lo menos hasta que ya tuviera una fecha confirmada de su muerte.

Santiago se sintió sumido en una gran tristeza por el resto de sus días y nunca más volvió a ducharse por miedo a ser mordido por tres serpientes y no morir.



**Donde duermen los monstruos,
despiertan los dioses**
Murciélagos, mitos y apocalipsis simbólico en
***Alas de noche*, de Martin Cruz Smith**

Carlos Patiño

Escritor venezolano (Caracas, 1978). Reside en Madrid, España. Es abogado de profesión. Activista por los derechos humanos. Fue coordinador de Exigibilidad de la ONG Provea y conductor del programa radial *Son Derechos*. Ha publicado los libros de cuentos *Te mataré dos veces* (Ígneo, 2014) y *Los círculos concéntricos y otros relatos* (Caligrama, 2020), la novela *La forma del tigre* (LP5 Editora, 2022) y el libro de artículos, crónicas y ensayos *Como en la guerra* (Barralibros, 2025). Ganador del 70º Concurso Anual de Cuentos del diario El Nacional (2015), entre otros certámenes literarios. Textos suyos han sido publicados en *La Vida de Nos*, *Revista OJO*, *Revista Sur*, *RunRun.es*, *Iowa Literaria*, *Little Village Magazine*, *El Cambur* y *Revista Climax*, entre otros. En 2016 participó del International Writing Program (IWP) de la Universidad de Iowa (Estados Unidos) y escritor invitado de City of Asylum en Pittsburgh (Estados Unidos).

***Alas de noche no es sólo una
historia de horror. Es también
una reflexión sobre la identidad,
la memoria y la peste como
castigo colectivo.***



Martin Cruz Smith
Fotografía de Mark Coggins (2011)

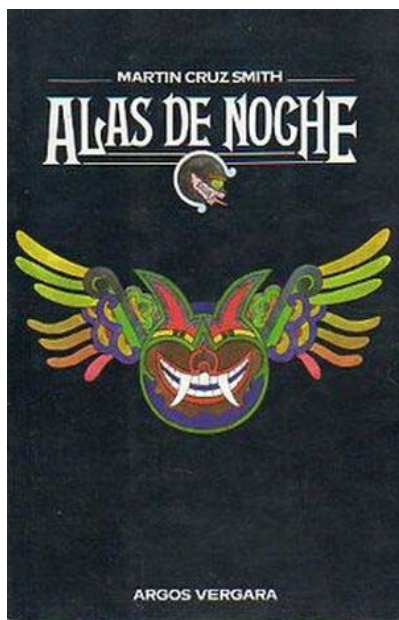
Donde duermen los monstruos, despiertan los dioses

Murciélagos, mitos y apocalipsis simbólico
en *Alas de noche*, de Martin Cruz Smith

Carlos Patiño

Conocí la obra de Martin Cruz Smith hace más de una década, cuando me adentré en las heladas páginas de *Gorky Park*. Allí, en una Moscú opresiva, el detective Arkady Renko perseguía la verdad entre cadáveres, silencios estatales y una atmósfera asfixiante de control social. Quedé a gusto con la forma en que Cruz Smith hilaba una trama policial con crítica política, y cómo hacía de la nieve un personaje más. Por eso, al llegar a *Alas de noche* (*Nightwing*, 1977), supe que estaba en manos de un narrador de raza. Pero esta vez, el autor no nos lleva al corazón de la Unión Soviética, sino a las reservas indígenas del suroeste norteamericano. Y no es el crimen humano el que pone en marcha la historia, sino algo más oscuro: la peste, el mito y la noche.

El protagonista, Youngman Duran, es un representante tribal enfrentado a un brote mortal y a un dilema identitario: integrarse al sistema blanco siendo hijo de un pueblo que recuerda a sus dioses con miedo. Una serie de muertes en la reserva —al



principio atribuidas al delirio de un anciano hopi que realiza un ritual de invocación final— conducen a Duran a confrontar una amenaza real: murciélagos vampiros, portadores de una enfermedad que no sólo devora carne, sino que activa memorias míticas y preguntas sin respuesta.

Cuando los hombres olvidan a los dioses, los dioses encuentran formas de recordarles su existencia.

Esa es la intuición que recorre la novela. Porque aunque los murciélagos son reales —especímenes agresivos, sedientos de sangre, transmisores de una peste mortal—, su aparición parece obedecer a un patrón ritual, como si hubieran sido convocados por una fuerza que se cansó de esperar. Cruz Smith logra aquí un equilibrio notable: lo biológico no anula lo simbólico, y lo simbólico no elimina el peligro real. A través de una escritura contenida, seca y efectiva, nos sumerge en una historia que tiene algo de horror, algo de *thriller* ecológico, y mucho de tragedia sagrada.

Hay, por supuesto, ecos de anticipación. Leído hoy, *Alas de noche* parece una premonición involuntaria de las pandemias recientes. No sólo por los murciélagos como portadores virales —figura repetida hasta el hartazgo durante el Covid-19—, sino por la forma en que el miedo se contagia junto con la enfermedad, por la desconfianza en las instituciones, y por la sensación de que la naturaleza está devolviendo un golpe ancestral. La novela, sin proponérselo como mensaje, advierte que hay fuerzas que no entienden de fronteras sanitarias ni de protocolos de emergencia.

Siempre me ha fascinado el vampirismo en la literatura. No como simple criatura fantástica, sino como arquetipo: el otro que se alimenta de nosotros, que esclaviza, que nos suplanta. Desde *Soy leyenda* hasta *Déjame entrar*, el vampiro funciona como espejo invertido de nuestros miedos sociales y deseos reprimidos. En *Alas de noche* no hay condes ni ataúdes. Hay murciélagos. Animales. Pero el eco simbólico sigue ahí. No chupan sangre por romanticismo, sino por instinto. Y sin embargo, los sentimos igual de antiguos, igual de sagrados, igual de monstruosos.

Uno de los grandes logros de la novela es reintroducir lo mítico en un mundo aparentemente desacralizado. El horror no proviene sólo de los ataques nocturnos o de los cadáveres, sino del reconocimiento de que el tiempo de los dioses no ha terminado. Que los antiguos rituales, ignorados o folklorizados por el poder blanco, aún conservan potencia. Que invocar a los dioses también es, en el fondo, invocar a los monstruos.

Quizás los murciélagos no eran enviados por el demonio. Tal vez eran el último susurro de los dioses antes del silencio total.

Alas de noche no es sólo una historia de horror. Es también una reflexión sobre la identidad, la memoria y la peste como castigo colectivo. Martin Cruz Smith consigue, con precisión quirúrgica y respeto narrativo, levantar un puente entre la biología y el mito, entre la muerte súbita y la culpa cultural. Una novela que vuela bajo, sí, pero que deja su sombra en cada página. Y que confirma — una vez más— que los monstruos, como los dioses, siempre encuentran la forma de volver.

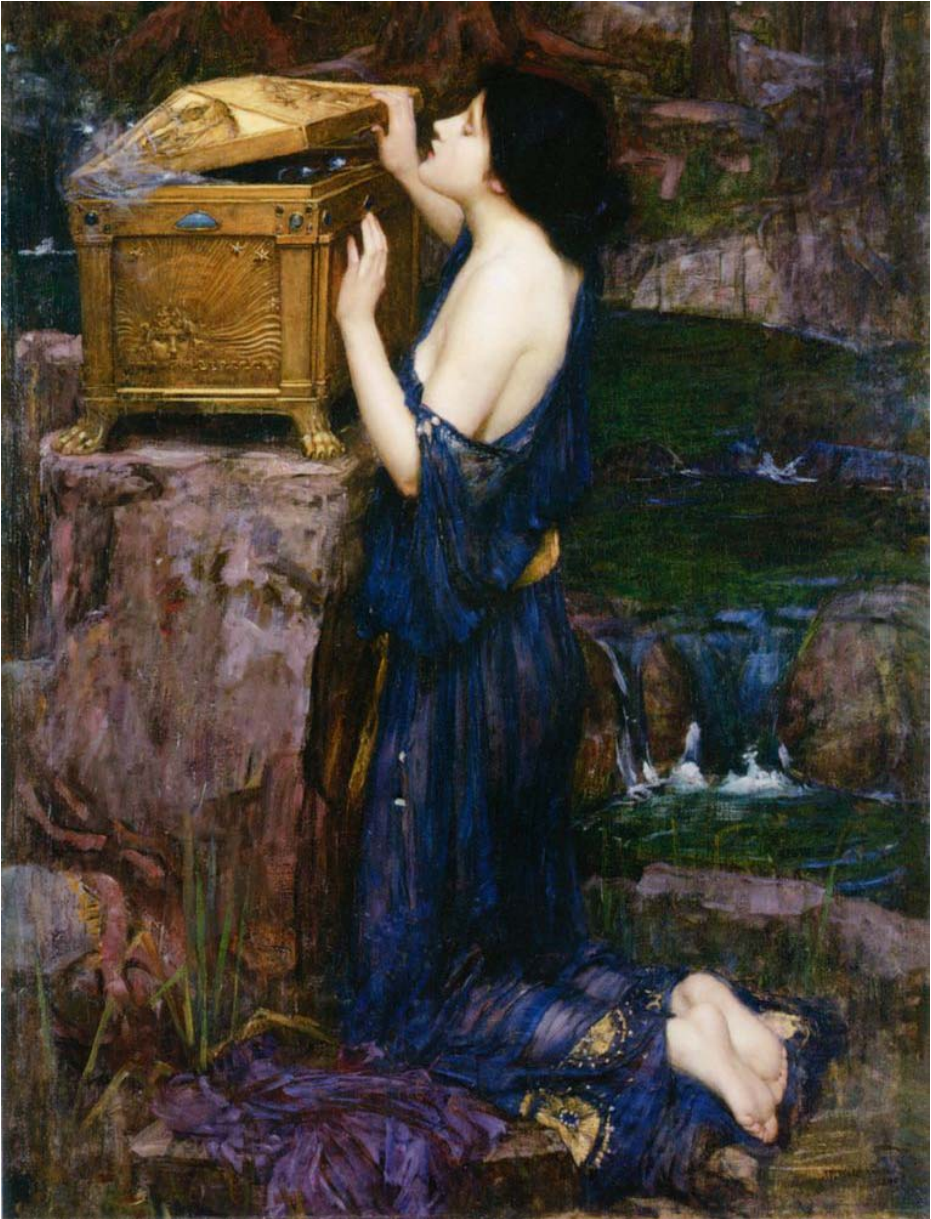


Microrrelatos de otro mundo

Carmen Elena Pérez

Escritora venezolana (Villa de Cura, 1974). Docente en la especialidad de Lingüística y Literatura por la Universidad Pedagógica Experimental Libertador, Upel-Maracay (1998). Maestría en Literatura Latinoamericana por la Upel-Maracay (2005). Ha cursado el taller de creación poética de la escritora Rosana Hernández Pasquier (1997) y el taller Forjando el Poema (2025). Ganadora del concurso de literatura docente en el municipio Sucre del estado Aragua (2008). Textos suyos fueron incluidos en las antologías *Cagua en versos* (Grupo Cagua Poética, 2024) y *9º Concurso Internacional Versos Compartidos* (Versos Compartidos; Uruguay, 2024).

Historias tejidas bajo el yugo de una mirada misógina. Confusión, escolios, palabras lapidarias cercenaron la existencia de un alma que fue enviada con un propósito. No se trata de un ánfora, jarra o caja. Los males que hay en el mundo son productos de una semilla sembrada en cada ser.



Pandora (1896), de John William Waterhouse

Microrrelatos de otro mundo

Carmen Elena Pérez

Las máscaras de Pandora

El origen

Llevas la llama extinta de la profana muerte, cuyo llanto secó el Salto Ángel. Oculto, Prometeo advierte que con sólo una chispa podrá encender la antorcha que guiará a la humanidad a su ruina y/o progreso. Pandora, entusiasmada, cierra el pacto con Epimeteo, arqueando sus caderas como corcel que galopa al exquisito éxtasis del triunfo alcanzado.

(El ánfora giró una manecilla).

Paraíso

Conoció a Adán en el paraíso. Boca roja, provocativa, deliciosa. Su voz era canto, cada palabra, cada frase, una oda a las aves. No fue difícil el juego de seducción. Ella llevó a su boca el verdadero fruto prohibido, no fue necesario comer la manzana de la perdición.

(El ánfora giró dos manecillas).

Cleo

En su bañera, rinde culto al cuerpo, bañada con leche de jaguar. Tarda horas rejuveneciendo su templo. Una conquista mayor en juego. Julio César, nervioso, se sirve una copa de whisky. Listo

para la batalla, Julio César lanza su saeta en conquista de un nuevo territorio. Entre tanto, Cleo llevó el control de Roma en medio de sus piernas.

(El ánfora giró tres manecillas).

Dalila

Una gran tejedora, proveniente del Valle de Sorec. Supo urdir la red, cual Moiras en el tapiz de las hilanderas, para atrapar a Sansón. Pobre cabellera que, en manos de una pérfida bruja, se desteje en hebras fulminantes, hasta dejar indefensa la piel de su cabeza. Destrucción para los filisteos, cuyas columnas de sus templos se desploman por el bien de un pueblo oprimido.

(El ánfora giró cuatro manecillas).

Salomé

Sus movimientos suaves y firmes como los de un ave que aletea al compás del viento libre, así bailó Salomé seduciendo el hacha infame que a Juan Bautista causaría un fin inevitable.

(El ánfora giró cinco manecillas).

Lilith

Desde la creación, la inteligencia no fue negada a la mujer. Ella, con su talento, se convenció a sí misma de que no tenía por qué sufrir bajo el yugo masculino. Abriendo sus alas, sin mirar atrás, emprendió su vuelo a la libertad, pero pagó un alto precio por ser la primera semilla feminista.

(El ánfora giró seis manecillas).

Las Tríadas

Parca I: Cloto

Nacer, vivir, morir. Libre albedrío sujeto de hilos invisibles que tejen y escamotean en inasibles sueños. Cloto, con habilidad y prestancia, da puntadas sobre el tapiz adherido a las espaldas de Cronos. Cada hebra como espada atraviesa un instante, el soplo de vida de cada mortal. Su costura es firme. No se sabe si con amor, pero borda la trama de la vida, incluso con el fantasma acosador del libre albedrío.

(El ánfora giró siete manecillas).

Parca II: Láquesis

Su pulso firme sostiene el haz de hilos azules como el mar. Va bordando cada hebra en el tapiz cargado de sueños y deseos.

La historia puede ser larga o corta, ni ella la controla. Sujeta al destino, da con presteza un movimiento certero para señalar cuánto vivirá cada ser en el mundo. Esa es su misión.

(El ánfora giró ocho manecillas).

Parca III: Átropos

Ella, de rostro inmutable, imperturbable. Serena y sin gestos, siempre lleva consigo la tijera de la vida. Recorre el mundo divisando los hilos invisibles que nos atan a la existencia. Cuando ese hilo se adelgaza, Átropos, con compasión y firmeza, hace el corte final, separando el presente del futuro, elevando a otro plano el pasado, contenido en un ánfora pequeña que se eleva a la eternidad.

(El ánfora giró nueve manecillas).

Gea

No hubo dolor en el parto. Ella simplemente sudó la esencia de la vida, transmutada en una figura femenina. No tenía que ser hermosa, pero tampoco indeseable. Bastaba que llevara en su vientre el goce eterno de la vida. No hubo viento, ni calor o frío. Simplemente floreció en medio del silencio, para celebrar la procreación y multiplicidad en el mundo de los vivos, regido por el hombre, a quien debe hacer temblar en la balanza de la equidad.

(El ánfora giró diez manecillas).

Patriarca

En su sillón aterciopelado, con un libro en la mano, el Patriarca reflexiona si su experimento ha fallado. Tal vez fue un error dar voz, libre albedrío o inteligencia a sus piezas de ajedrez, que, en el tablero con destreza, desafían al destino, queriendo incluso vencer a la misma Parca.

(El ánfora giró once manecillas).

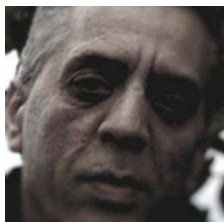
Pandora

Historias tejidas bajo el yugo de una mirada misógina. Confusión, escolios, palabras lapidarias cercenaron la existencia de un alma que fue enviada con un propósito. No se trata de un ánfora, jarra o caja. Los males que hay en el mundo son productos de una semilla sembrada en cada ser. Bien/mal, son dualidades que coexisten en el corazón del hombre. En tus manos está ejercer control sobre ambas, y predominará más aquella por la que tú abogues.

No más culpas para mí, que he estado a lo largo de tu historia acompañándote para detonar la dualidad de tu corazón.

Fui Lilith, Eva, Pandora, Cleo, Dalila, Salomé, las Parcas, la misma Gea y el *alter ego* del Patriarca. Al final, la sindéresis del bien y el mal no está en una caja, está en el pandemonio del mundo labrado por ti y tu egoísmo. Tu mundo es la caja de Pandora.

(El ánfora giró doce manecillas).



Viene el lobo

Juan Pérez Rosales

Escritor español (Las Palmas de Gran Canaria, 1962). Es profesor de matemáticas en enseñanza secundaria. Su obra permanece mayoritariamente inédita.

Quiero extender mi mano hasta alcanzarlos, pero me detengo, para mantener intacto el rito de noches como esta, que nos impone esta lejanía, esta ausencia de mis manos sobre sus cuerpos o sobre sus cabellos. Quizás el secreto de la vida se encuentra en cuidar estas liturgias, la misma posición, el mismo silencio yendo de uno a otros ojos.



Viene el lobo

Juan Pérez Rosales

—Se acerca el invierno, Pedro.

—Mire los llanos, don Raúl. Se están pelando. Ya viene el mal tiempo.

Hablo con Pedro, Pedro el viejo. Muchas veces nos encontramos en este lugar, La Dentellada, a cinco o seis kilómetros del pueblo. Él pastorea con sus vacas por estos parajes, y yo tengo la costumbre de cabalgar por aquí cuando termino la consulta. Por eso es probable que coincidamos, como ahora, y trabemos algunas palabras entre nosotros. Pedro sabe leer en los árboles, en las nubes, en las sombras de las montañas, en el aire. En la mayoría de las ocasiones cabalgo por donde él pastorea, para encontrármelo y aprender de su ciencia.

Pedro me llama don Raúl, por ese respeto antiguo que se le tiene a los médicos. Don Raúl el médico, o don Matías el maestro, o don Jonás el párroco. Así ha sido siempre desde que el mundo es mundo.

Es por la tarde. Deben de ser las cinco, cinco y cuarto. Pronto llegará la noche y el frío.

—Pedro... ¿vendrá?

—Antes de que acabe el invierno vendrá el lobo, don Raúl; sí, sí que vendrá.

El pueblo, Fuentes del Niebla, es pequeño. No se podía esperar otra cosa: está aislado, a dos mil metros de altura, junto al bosque. El río Niebla, blanco y frío, serpentea entre sus casas. La quesería

es el alma del pueblo, casi todos poseen vacas y viven de su leche. Esta es una fotografía fiel del pueblo, poco más se puede decir: casas silenciosas, buena gente, frío, agua por todas partes: en el aire, en las hojas de los árboles, entre las piedras.

Cuando alcanzo la vereda del pueblo me gusta apearme del caballo y recorrer a pie la distancia hasta mi casa. La tierra está mojada, como casi siempre. Me tropiezo con Marcos, el mayor de los Aguirre. «Llega el invierno, don Raúl», me dice. «Ajá», le contesto, y continúo mi ruta, escuchando los pasos de mi caballo sobre la tierra mojada. Marcos me detiene.

—Este año vendrá el lobo, don Raúl.

—Sí, creo que vendrá. Pedro lo ha leído en el aire.

El lobo vendrá antes de que se apague el invierno. Hace cientos de años que viene. No sigue una secuencia en el tiempo, al menos que nosotros podamos descifrarla. Cada tres años, cada cuatro, cada cinco. Cuando aparece, todas las puertas y ventanas están selladas, porque sabemos que vendrá, estamos avisados. Nos guarecemos en las casas, sin luz, sin ruidos, deseando no ser los elegidos. Viene al caer la noche, hace ya cientos de años, y es imposible que algo, o alguien, impida el baño de sangre. Nada sabemos de sus métodos, de la manera de seleccionar sus presas, sobre qué refugio apuntan sus ojos.

Cerca de casa juegan Carlitos y Lucía, mis hijos. Me ven y corren a abrazarme, sus manos manchadas de barro. Les acaricio el pelo hasta alcanzar la puerta, luego ellos esperan a que guarde el caballo en el establo.

Tengo la costumbre de jugar con mis hijos después de la cena. Mientras Sara recoge la mesa y limpia los cacharros, yo los entretengo con juegos distintos a los comunes. Procuero elegirlos creativos, para que imaginen, para que se estimulen. Nada de juegos de mesa, ni cantos infantiles. A veces invento cuentos sobre osos o elefantes, o sobre magos, o tigres. Lo que me gusta es imaginar, introduzco giros inesperados o hago que el protagonista se decida por la posibilidad más extravagante o remota, para que mis hijos entiendan que ninguna alternativa es despre-

ciable, que el mundo se comprende mejor si observamos todas sus aristas.

A Carlitos le entusiasman los origamis. Doblamos repetidas veces alguna hoja sobrante de la consulta, luego la desplegamos y desde las líneas marcadas en el papel levantamos pájaros extraños, barcos de vela, imposibles árboles. Lucía no, a Lucía le encantan las sombras chinas en la pared. Las más hermosas formas requieren oscuridad y luz de luna. Yo dispongo mis manos para que los rayos que entran por la ventana se estrellen en ellas, y entonces, por el otro lado, los ángulos de mis dedos se convierten en un perro, en un hombre con sombrero, en un dragón. En esos momentos suelo pensar en los otros destinos de esa luz que me incide; quizás las ramas y las hojas, en el profundo bosque, hacen de manos que el viento mueve, y la lógica me lleva a deducir que seres extraños asisten a ese embrujo, a ese juego de sombras mucho más hermoso que el que yo proyecto en la pared. Seres extraños que es difícil que concibamos, como el lobo que cada cierto tiempo llena de sangre este pueblo. Pienso en estas cosas cuando invento posturas con los dedos, pero no se lo digo a mis hijos.

Me levanto temprano los días que trabajo. Todos duermen. Me ducho, me visto, preparo el café. Después tomo el maletín y salgo hacia la consulta. En el despacho voy recibiendo a los pacientes, uno a uno; el resto espera en la salita. El menor de los Gándara resbaló en el río y sufrió numerosos cortes en la pierna. Le receto fármacos con corticoides para reducir la hinchazón, y le digo a su madre: «Uno en la mañana y otro en la noche». Continúo con otros pacientes, pero a eso de las once me llegan desde la sala murmullos más excitados que otras veces.

—¿Qué ocurre? —pregunto.

Me contesta Matilde, la de Aguirre: «Dice Pedro que esta noche viene el lobo».

Decido entonces comenzar mi breve descanso diario. Entro en el baño, abro el grifo y me mojo las manos y la cara. Cuando me miro en el espejo ocurre algo que nunca me había pasado: no veo mi cara ni mis manos, lo que refleja el cristal es una imposible cata-

rata de saliva. Brota desde la mitad del espejo, y no se vislumbra su final. Mucha saliva, espuma feroz y blanca. Al cabo de unos segundos dejo de darle importancia. Quizás sea la fatiga, o la altitud de este pueblo, que suele jugar malas pasadas. O la noticia del lobo, el miedo, el recelo. Como alguna cosa, y continúo con las consultas hasta las cuatro.

Siempre que termino la jornada algo se me desata en el estómago. Debe de ser porque mi cuerpo presiente la llegada del paseo, el ruido de los cascos sobre el barro, los remolinos del viento en las retamas.

Sobre el caballo me adentro en el río, formo un cuenco con mis manos y tomo agua. Después regreso a la vereda, y me encamino a La Dentellada, a dar con Pedro.

Tendré tiempo de pensar, camino a La Dentellada. Pensaré en el lobo, por ejemplo. Dónde se esconde, desde qué recóndita cueva decide venir, qué pecado cometió este pueblo para sufrir su rabia, para sufrir su furia. Pensaré en la descarnada costumbre de mantener vivo a uno en cada casa que ataca. Como rito o como obligación. Quizás lo deje vivo para que dé fe de su violencia, o es otra manera de matarlo, mucho más atroz que la muerte abrupta de sus fauces, creciéndole la muerte cada día sin que sus ojos olviden el horror de vísceras por las paredes, de ojos que sangran por el suelo y de caras congeladas en el espanto. Puede que sean estos sus motivos, o la instintiva precaución de que nos reproduzcamos, de que sus presas no se extingan, para matar cuando desata la matanza.

Pedro sobrevivió al lobo, hace muchos años. Se ocultó en la despensa de su cabaña, todas las puertas cerradas, la noche negra. A los dos días lo echamos en falta, y fuimos hacia su casa. Su cuerpo estaba atrapado en la ventana, la cabeza partida, pero vivía. Cuando pudo hablar nos confesó que oyó los terribles gruñidos del lobo, sintió cómo su ferocidad le rondaba, muy cerca, como si ya hubiese sido descubierto agazapado allí, entre los hatos de pienso y las cajas viejas. Lo último que recuerda es una brutal fiereza estrellándolo contra la ventana.

Llego a La Dentellada, no encuentro a Pedro, hoy no ha subido. Es posible que se encuentre reforzando el refugio de los animales y su propia cabaña. En unas horas vendrá el lobo, es momento de ocultarse.

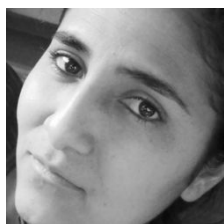
Ya hemos cenado. Apenas un poco de leche y pan. Realmente hemos comido obligándonos unos a otros. No existe deseo de nada, tan sólo de que ya acabe esta noche, de que sigamos vivos cuando amanezca. Hace una hora que no nos movemos, Sara y los niños a un lado de la mesa, yo enfrente. Los miro, la leve luz de la luna me basta para descubrir sus figuras. Callados, unidos por las manos, los niños con sus cabezas gachas. Sara me mira. Yo, como en las otras noches del lobo, mantengo mis ojos en ella. Es la única manera que sé de decirle que no seremos nosotros los muertos, que otra vez el azar nos salvará. Que escucharemos los desconsolados gritos de las presas en alguna otra casa, que la mezcla de sangre y frío empezará a brotar desde otras puertas. Mi familia, Sara y los niños. Al otro lado de la mesa. Noto sus minúsculos temblores, el ruido de los dedos, el ruido lento de los párpados. Quiero extender mi mano hasta alcanzarlos, pero me detengo, para mantener intacto el rito de noches como esta, que nos impone esta lejanía, esta ausencia de mis manos sobre sus cuerpos o sobre sus cabellos. Quizás el secreto de la vida se encuentra en cuidar estas liturgias, la misma posición, el mismo silencio yendo de uno a otros ojos. Son tan frágiles, tan pequeños, tan indefensos. Sus soledades llegan desde el destello triste de sus ojos y desde sus respiraciones cortadas, y estallan cerca de mi cara, frente a mí, las huelo. No debería sentirme más fuerte que ellos, pero no puedo pensar otra cosa cuando ellos se hunden en el miedo, y yo sólo estoy al acecho, más despierto, más en guardia. No necesito mirarlos, oigo sus dientes disparados en sus bocas. Sus blandas bocas, sus pieles tibias y blancas, sus exquisitos olores. Noto su sangre, es un delirio sentir cómo se agolpa en sus cuellos, cómo crecen las venas en un instante, escuchar cómo sus vidas me llaman. La sangre en sus cuellos calientes y tiernos, me excitan sus cuellos trémulos, y la visión de la sangre ocupando sus hombros y sus pechos. Quiero morderlos, ese terror que me mira desde lo oscuro de sus ojos es lo que me impulsa a devorarlos. Se

entregan, abren sus bocas y me muestran su pánico, su deseo de sacrificio, su sumisión al más fuerte para que la vida continúe. Qué placer hundir mis dientes en sus muslos, en sus brazos, en sus vientres, arrancarles la cabeza, triturarles la espalda. Qué placer devorarlos, son todos míos, la noche empieza. De una a otra presa, un brazo, corazones, músculos.

Llaman a la puerta. No soporto el dolor de cabeza. Ya es de día. A duras penas alcanzo la puerta. Es Pedro.

—Ya pasó la noche, don Raúl. Deje la puerta abierta, que crean que escapó el lobo.

Me apoyo en su hombro y nos encaminamos a la plaza. Anoche el lobo atacó mi casa. No entiendo a Pedro, no recuerdo nada. Lentamente me inunda la desoladora nostalgia de que no habrá más origamis, ni sombras chinescas.



En el laberinto

Ursula Angela Noelia Podestá Sánchez

Escritora peruana (Arequipa, 1982). Es filósofa, historiadora y antropóloga. Máster en Educación Superior. Desde 2006 dirige *Ambedue Revista de Difusión Científica y Humanidades*. Ha publicado la investigación *Lira de estrellas: las poetas y sus versos en Arequipa, 2000-2012* (2012), y los poemarios *Ciudad/pata roja: cuchillos como serpientes de saliva* (2007), *Útero roto* (2007), *Urna: Disjecti membra poetae* (2009), *Estación de invierno* (2010), *Faro negro: sol como poeta* (2011), *Silbo de mundo: crónica Aqp* (2013), *Disjecti membra poetae: trilogía poética* (2014), *Confesión* (2021) y *Barca & ciudad* (2023). También es coautora de *Versos para mamá* (2006), *Dios ingresó a mi hogar* (2012) y *Pies en el mar: poemas para Julia* (2012), y, en narrativa, *Escalera de renglones / Colectivo Narrativa 1* (2013).

***Pérfidos dioses, cuyos ojos se
asoman bajo los guijarros, entre
los cielos, bajo los mares y
abismos; también los veo, a
veces en sueños, a veces
despierto. ¿Acaso debo ser mi
propio dios?, ¿ayudarme a mí
mismo?***



El Minotauro (1885), de George Frederic Watts
Tate Gallery

En el laberinto

Ursula Angela Noelia Podestá Sánchez

I

Tú, no sabes por qué estoy aquí, ¿verdad? Solísimo, con furia durante las tardes y más en los plenilunios: corro con ira dando golpes a los muros y a cada esquina que conozco por su aroma y más por su cambio de color cuando se aleja la luz del día.

Ella, mi hermana, me visita, como haz de luz. Es muy fea o quizá lo sea yo. Ella es princesa; como yo, príncipe de los vericuetos. Tiene ojos grandes y claros, su piel no es peluda. Llega cubierta en niebla gruesa, a lo que ella llama vestiduras. No me teme. En tardes como esta, trae manuscritos viejos de los cuales extrae palabras, historias que cuentan del mundo; un mundo distinto al mío.

Bramo. Tengo hambre. Ella, Ariadna, lo sabe. Llega tras un hilo y un ovillo rodante, el cual recoge cuando se va, para no extraviarse. Nunca la dejo verme comer. Hoy, también, canta. La melodía suave y su voz adormecen mis pensamientos, mientras que la letra construye palabras con significados de hogar, amor, patria y lontananza. No soporto tanto cariño o deseo atraparlo para mí, y vuelvo a correr entre escombros y túneles; persigo el canto y a su portadora.

Era muy joven la primera vez que se adentró hasta aquí; se bañaba risueña y yo, desde lejos, alcé una piedra y se la lancé, como se las arroja a los pájaros malagüeros. Ella salió de la poza con alas de agua y supe que no tenía pelos en el cuerpo. Por aquel entonces se mantenía a la distancia, como fantasma o espejismo, lo que hizo que la amara y la odiara mientras corría tras de ella, respirando su aire, su perfume puro, pero sus pasos eran raudos, como su risa, y desaparecían frente a un muro. Y yo, bufando, otra vez en la soledad.

II

En las madrugadas, despierto compungido al vórtice del llanto con hirviente ardor en el vientre. Imágenes reiteradas de pesadillas son las culpables: un macho vestido de promesas con espada de luz atraviesa mi pecho desde la espalda. Durante el sueño, el macho no me preocupa, sé que es frágil e inservible; pero sí, la espada, no su filo, sino el sentimiento que deja dentro mío, un sonambulismo despreocupado, junto al canto de dos avecillas suplicantes, réquiem de invierno y anuncio de la primavera.

III

Cada tiempo, por donde desaparece Ariadna escucho lamentos. Y al llegar a ese lugar descubro machos y hembras, todos muy jóvenes, sin vestiduras. Al verme se abalanzan a carrera y a empujones hacia los callejones. Huyen o eso creen. Algunos se agrupan y rezan; otros, más díscolos, arrinconados, con furia vituperan la historia de mi madre y un semental. No entiendo. El hambre vence. Pero, desde hace buen tiempo, observo si alguno porta una espada (lo que me intriga desde que padezco de pesadillas); luego, a furia de fuerza, los desmiembro y devoro.

Enlazado a las pesadillas apareció un pájaro en el interior de mi cabeza. «Remordimiento» le escuché decir a Ariadna; debe serlo, porque tortura a picotazos las memorias, y más cuando rememoro a las primeras hembras: dóciles, ingenuas e inocentes. Son recuerdos crudos y dulces. Por aquellos años, era más lúdico y curioso con este tipo de animales; traté de criarlos; como otras especies, las confiné con seguridad y alimento. Pero todo el tiempo lloraban, suplicaban a rostro desencajado. Tuve compasión por su angustia, así que un día me acerqué más de lo normal para consolarlas, las abracé y su temblor pasó a mi cuerpo; sentí un tizón flamígero que desde mis testículos corría por mi espalda hasta mi cabeza; sentí una fragilidad intimidante. Calidez. Desapegué el cuerpo con arrebato y terminé a lo lejos bramando loco, después de sangrar los nudillos contra las paredes.

Desde la distancia, me enternecí con ellas y prestaba atención a lo que hacían y qué decían. Aprendí a hilar sonidos en vocablos hasta configurar un abecedario entre la mente y el sentir. Ellas, de las que nunca hablo, fueron los animalitos más preciados. Poco después, perdieron miedo, y se dejaban pasear, bañar, y contaban de manera dulce mi origen, lo que el mundo decía sobre mí, del castigo de los dioses, de la fatalidad del laberinto y su constructor. Un día, al ir a su encuentro, las hallé degolladas. Ellas mismas se causaron el daño con lascas filudas. Quise socorrerlas. Sólo una, aún viva, con sus hermosos ojos, como si fueran manos, me acarició con piedad, y quebradiza murmuró algunas palabras, las cuales no pude oír.

Poco después conocí a Ariadna. Alguna vez llegó furiosa. Ese día la contemplé sin sonido alguno. Pero gritó: «No somos hermanos, tú eres un monstruo. Jamás serás humano, bestia». No quise escuchar quejas, pero a poco de retirarme, ella volvió a gritar con desespero: «No te vayas; te quiero, pero quisiera no saber del destino ni de oráculos». Y la comprendí; supe que ella sabía lo mismo que yo, sólo que para ella era una herida infectada que supuraba pus maloliente y le originaba el agravio. Quise acercarme para consolarla, pero ella recogió una piedra y la lanzó hacia donde yo estaba. «No me resigno al designio de los dioses, no seré mascota como tú», eso dijo y se alejó a paso lento.

IV

¡Oh, Ariadna!, contigo conocí la risa que nadie me dio. En mí eres todas las estaciones ardiendo. Aunque lloro por ti, por tu destino, por aquellos anhelos misteriosos e ilusiones que nos encadenan juntos. ¡Oh, Ariadna!, ¿somos iguales?; ¿por eso vienes a este lugar maldito donde te descubres y cantas?, ¿qué o de quién te escondes? Sé que esperas, al igual que yo, el yugo de otro.

V

¡Oh, dioses!, ¿hay diferencia entre su existencia y la mía? Al igual que yo, ustedes no conocen la libertad, porque tienen el can-

dado de la inmortalidad. Y su odio hacia las bestias, ¿acaso no es porque han extraviado la simpleza, sumando peso en la balanza hacia los hombres? ¡Oh, dioses!, ¿acaso Zeus no se transfigura en bestia para seducir a los hombres, y eso porque como dios fallaría?

¡Oh, dioses!, como los hombres tratan de romper el destino y las reglas sin castigo ni tribulación; tratan de respirar el perfume del origen y fin de las cosas a través del caos; vivir las inocencias primeras, semejante a las bestias que desconocen el bien o el mal. ¡Oh, dioses!, el honor de los héroes ustedes lo impusieron: jerarquías, dones y proezas. Ustedes no pueden vivir de otra forma que no sea lejos de los hombres y bestias. Pero en esa dicotomía, quizá el hombre es la bestia, y la bestia, auténtica existencia.

VI

La escucho. Ariadna habla de sus sueños donde el amor y el odio crecen, hasta que pronuncia un nombre: «Teseo». Yo, agitado, increpo con sentencia: «Él no ama. Trae la muerte y promesas vacías. La que más sufrirá será nuestra hermanita. Tráela, la resguardaré aquí en el laberinto. No me mires como monstruo; él, al que mencionas, lo es».

Y callamos. Ella con mirada torva giró sobre sí misma para apurar el paso: «Sí, lo sé. Es otra apuesta de nuestro padre y de los dioses», eso dijo quedamente. De manera autómatas o sonámbulo empecé a perseguirla gritando con ruego: «No corras, Ariadna, quédate, o por lo menos libérame. Desapareceré en el bosque, las montañas o en la mar. ¡Ariadna, amada hermana, escúchame!, él te abandonará después de saborear tu piel, te dejará a tu suerte y se llevará a Fedra, nuestra hermanita, para desposarla. No, no son invenciones mías. Cierra tu corazón, evita al amor, aún no es tarde. Teseo, como muchos, viene a buscar renombre, ser mito entre hombres, el héroe para la risa de los dioses a costillas nuestras. Su sueño es ser extraordinario y eterno; nada más habita en su corazón y mente. Nosotros somos su marca, la tarea, el trofeo, una puerta más para alcanzar su propósito. No viene solo, los dioses lo ayudan. Huyamos de la isla.

«¡Ariadna!, ¡Ariadna!, ¡lo odio!, ¡odio a Teseo! Si desea ser héroe, ¿por qué no asesina a nuestro padre y castiga al dios que nos dio esta mala fortuna como origen? Pero no, no, no lo hará, porque el monstruo es el Minotauro, Asterión, el plagado de estrellas, ¿verdad? Yo soy el monstruo, y tú, la gentil princesa desolada, la del ovillo dorado».

VII

Dioses, los puedo oír. No guardan pudor en sus risas grotescas. Y observan en mí una trivial conducta de hombre: el ardiente anhelo de romper el inefable destino. Se burlan, los oigo, de mis lucubraciones. ¿Acaso no existe una voluntad briosa que pueda esquivarla?, ¿es pretensión inútil ser demiurgo de mi existencia? Pero también sé que alguna fuerza interna mía se niega y me empuja hacia la rebeldía a sabiendas del posible fracaso.

¡Oh, dioses!, ¿soy acaso su burla preferida?, ¿no soy hijo vuestro?, ¿acaso ningún dios me ha bendecido para estar al lado suyo? Se ríen, ya dije que los escucho; sé que las preguntas son aire; a veces, agua; otras, fuego, y otras, tierra. Lo cierto es que se escapan o transmutan. ¡Oh, dioses!, ¿soy verdugo?, ¿víctima?, ¿juego dentro del juego?, ¿eco en el interior del eco? ¡Mírenme!, en mi cuerpo habita algo de su aliento, y esperaré sin ambición mi oportunidad, dejando atrás los hilos invisibles de las Moiras.

Pérfidos dioses, cuyos ojos se asoman bajo los guijarros, entre los cielos, bajo los mares y abismos; también los veo, a veces en sueños, a veces despierto. ¿Acaso debo ser mi propio dios?, ¿ayudarme a mí mismo? Pero les digo desde ya que no dañen a Fedra, que aún es niña.

Fedra, ¿qué destino te espera?, lejos de nosotros, junto al llanto, entre mares y navíos, bajo el matrimonio que te envejecerá; luego el amor prohibido, las mentiras, el dolor abnegado que no entenderás, el remordimiento que hará rasgar tus vestiduras y buscar la horca.

Dioses, cuya risa conozco desde mi nacimiento, sepan que no encarno un destino, aunque al igual que ustedes trato de rellenar alguna carencia mía o ajena. Esta cárcel donde vivo sólo ha desarrollado facultades y estímulo de sobrevivir. Estación tras estación, luna tras luna, he identificado diversas salidas. Alguna vez visité la ciudad, toda ella huele mal, tiene demasiado ruido, todo se compra, todo se vende, hay miseria, hay palabras y promesas, hombres y mujeres de adobe en llanto y placer; he escuchado muchas ebrias historias que hablan sobre mí, las cuentan con admiración y temor, con tabú; no debería ser así, pero en la ciudad todo se agiganta, se persuade y conviven con fantasmas de su pasado, más que con los omnipotentes dioses. La ciudad es una hoguera de palabras horadadas. Temen más a sus historias que a mí en persona, porque jamás me vieron. No me gusta la ciudad, ahí el hombre no se contenta y toda virtud se extravía a través de la palabra *progreso*.

VIII

¿Cuánto tiempo ha transcurrido? Estos últimos días dormí poco. Un gusano dentro de mí susurra: «No duermas, alerta». Evito la anidación de pesadillas en el calor del pecho.

Espero a Ariadna. Le propondré dejar Cnosos.

Algo sucede en el exterior. Reconozco el sonido de sandalias, las pisadas de zorzal de Ariadna; luego, el ovillo rodando y dando golpes, brincos quedos; entre escombros y paredes. Ya está aquí.

«Te conozco, eres Teseo». Él no responde. De pronto, detrás de la pareja emerge una niña en cuyos ojos diáfanos no existe el miedo, es Fedra. «Sí, es cierto, él es Teseo, pero ha venido a ayudarnos, a todos»; eso decía Ariadna con un rubor nacarado en el rostro mientras agito la cabeza por la escena inesperada. Trato de componerme. La mirada embelesadora de Fedra martilla mis pensamientos. Se me dificulta pensar, desentrañar por ejemplo las palabras de Ariadna: «ayudarnos a todos».

Historia tras historia. Sueño tras sueño. La intuición me tala-

dra. Desconfío. De pronto, Fedra, su mano trepa y sujeta firme la mía. Es ligera, pequeña y delicada. Su calor me aquieta, absurdo y pleno; esperanzo. «Vamos por aquí», digo, mientras guío por el laberinto. De forma súbita, todo es conocido, repetitivo: el pórtico de piedra y su dintel de la salida, la luz que resplandece y que se adosa a un sonido metálico que me atraviesa.

Mientras caigo, escucho los gritos lastimeros de ellas, mis hermanas, transfigurados en reproches, desesperanza y llanto desmedido. Me socorren, pálidas ellas, presionan con sus manitas la herida mortal que es un borbotón. Quisiera corresponder a su aflicción, pero el cuerpo no responde. Soy su honda pena familiar. Soy vomitadura de sangre.



Vuelve al lugar que se te ha señalado

José Pulido

Poeta, narrador y periodista venezolano (Villa de Cura, Aragua, 1945). Reside en Génova, Italia. Dirigió las revistas *BCVCultural*, del Banco Central de Venezuela (BCV), y *Circunvalación del Sur*, del Círculo Metropolitano de Poesía, y las páginas de arte de los diarios venezolanos *El Nacional* (1981-1988), *El Diario de Caracas* (1991-1995) y *El Universal* (1996-98). Fue jefe de redacción de la revista *Imagen* (1994-1996). Ha publicado, entre otros títulos, los poemarios *Esto* (1971), *Paralelo lelo* (1971), *Los poseídos* (1999, Premio Municipal de Literatura 2000, mención Poesía), *Peregrino de vidrieras* (2001), *Duermevela* (2004) y *Heridas espaciales y mermelada casera* (2019); las novelas *Muro de confesiones* (1985), *Pelo blanco* (1987), *Una mazurkita en La Mayor* (1989), *Los mágicos* (1999), *La canción del ciempiés* (2004), *El bululú de las ninfas* (2007, II Premio Miguel Otero Silva de Novela), *El requetemuerto* (2012) y *Ponzoña de paisaje* (2015); los libros de cuentos *Vuelve al lugar que se te ha señalado* (1998) y *Los héroes son villanos tímidos* (2013); los libros de entrevistas *Muro de confesiones* (1985) y *La sal de la tierra* (2004), y las biografías *Dudamel, la sinfonía del barrio* (2011), y *Luis Domínguez Salazar: el pintor de los misterios* (2013). Textos suyos forman parte de diversas antologías.

***Los demonios se han sublevado
en el cuerpo de Macaria
Zulema: saltan, roncan, tripean,
escupen, lloran y hasta se
burlan, al tiempo que remueven
hedores repelentes desde las
más remotas profundidades.***



Vuelve al lugar que se te ha señalado

José Pulido

Macaria Zulema se ha quedado atrapada en el lugar que separa al sueño de la vida propiamente dicha, inclusive se encuentra más incrustada en el área del sueño y sin embargo se pone muy nerviosa porque no puede dormir de veras. Quisiera dormir como muerta. Neniño la arrulla, canta entrecortadamente; desafina de puro miedo ante los temblores de la cama y la forma de gárgola asumida por el cuerpo enflaquecido, que empuja huesos convexos y caderas afiladas contra la sábana.

Es que ya no la reconoce: aquel pecho es ahora una escalera de costillas, un reguero de clavijas y cuerdas sin música. Antes hubo senos ahí que ocultaban fácilmente un billete, un monedero, un pañuelo, y se inflaban evidenciando salpicaduras de pecas cuando una emoción o un esfuerzo físico las agitaba.

Desde que la abandonaron hiposa y atormentada en la puerta de la granja ha empeorado y Neniño no quiere amarrarla al jergón de la cama, pero tendrá que hacerlo si su madre no llega pronto con el sacerdote. La ha visto enfurecer y sabe que si los diablos se desatan no conseguirá dominarla ni siquiera recurriendo al frasquito de agua bendita que su madre le entregó para una emergencia.

Los diablos la poseen, se la están chupando, la arrastran hacia abismos que sólo ellos transitan. Una madrugada él y su madre se despertaron al escuchar el motor de un carro acercándose. Se levantaron a toda prisa porque sólo un conductor perdido manejaría a tales horas por esos andurriales. Alcanzaron a ver pequeñas luces rojas diluyéndose en el polvo oscuro del camino.

Macaria Zulema tiritaba y sollozaba en el porche, sin conciencia clara de dónde se encontraba. «Macaria Zulema, hija... ¿qué tiene, mijalinda», preguntaba la madre y Neniño intentaba tocar a su hermana y ella repetía entre furiosa y juguetona, llorona y enloquecida, «deja, maldito gordo, deja la tocadera», aunque Neniño es un muchachito tan flaco que se le adivina el esqueleto de adentro.

Después de esa madrugada han soportado infinidad de calamidades, pero lo peor es que él no ha podido ir a la escuela en las últimas dos semanas, porque es el único apoyo de su madre para sacar a Macaria Zulema del enorme embrollo en que está metida, hundida, más del lado de allá que de acá.

Su madre ha ido a buscar al sacerdote que se venía mencionando en esa casa desde hacía días como remedio desesperado, porque los demonios se han sublevado en el cuerpo de Macaria Zulema: saltan, roncan, tripean, escupen, lloran y hasta se burlan, al tiempo que remueven hedores repelentes desde las más remotas profundidades.

Los ojos grandes de Macaria Zulema se ladean lentamente buscando a Neniño y la boca agrietada fuerza una sonrisa. Diminutos mosquitos, casi transparentes, se arraciman en las comisuras de la boca y él no se atreve a espantarlos porque teme ser mordido.

—Daaa... me... pol... vo... por... fa... vor... poolvoooo... —pide una de las voces que viven en la hundida barriga de Macaria Zulema, y Neniño saca el frasco de agua bendita del bolsillo, pero sin disponerse a usarlo, para ver si se atemorizan los demonios. Le aterraría quemar la carne de su hermana, tal como dicen que se quema la carne poseída por el demonio y sus tropas. A él le duele su hermana todavía pese a estar tan cambiada. La contempla distanciado y percibe los rasgos y el modo de ser de otra persona: una que antes era invisible y que ahora se muestra.

Neniño busca en su cabeza los innumerables recuerdos agradables que comparte con ella pero sólo le vienen imágenes de las zambullidas en el río y del día que Macaria Zulema le regaló una bicicleta. Fue como al año de estar trabajando en la capital. Un camión llegó con la caja de cartón y adentro venía una bicicleta desarmada.

Neniño se conduele y va hacia el cuarto de su madre a buscar talco; otra vez los demonios se burlarán, se disfrazarán de seres suplicantes para obtener el polvo que a él le produce escalofríos y que su hermana pide con tanto desespero.

—Polvo, Macaria Zulema —anuncia y la mano derecha, como una marioneta de palitos endebles, se eleva temblando. Espolvorea un poco de talco en la palma arrugada y se levanta una nubecita que huele a pétalos de rosa y a menta. Sabe que a continuación vendrá una catástrofe: Macaria Zulema olerá el talco y toserá; después llorará amargamente y él tendrá que hacerla beber agua de pasote que ella derramará en la cama y quizás hasta encima de él.

—¡Noooooo noooo coñoayyyy nooo! —grita Macaria Zulema y un llanto que suena a mugido de vaca y a perro agonizando, espanta a Neniño. Las costillas se marcan en la sábana, se destapan los senos, unas tetas disminuidas con aspecto de frutas arrugadas dentro de una nevera; el diablo la obliga a que se cimbre y se afinque en los talones, elevando el pubis, hasta parecer que se va a quebrar. Neniño vuelve a sacar el frasquito y comienza a desenroscar la tapa, confundido entre el terror y la lástima, rezando un padrenuestro incoherente.

Ella lo mira con ojos brotados. La boca gruñe botando saliva empastada y blanqueada por el talco y sin embargo los mosquitos siguen pegados a las comisuras porque están acostumbrados a los estertores.

Neniño se aferra al frasco de agua bendita. Voces infelices, desesperadas, ácidas, se quejan a través de la boca de Macaria Zulema, y Neniño se balancea pensando qué hacer, al tiempo que aquellos ojos lo petrifican.

Desde una profundidad blanda y paradójicamente espesa, semejante a un pozo de lodo caliente y pestífero, brota su mirada y con lentitud de caracol recoge la imagen de alguien y esa imagen circula torpemente, chocando contra las paredes de la memoria, hasta que ubica la forma de su hermano Neniño. Se siente agradecida y aliviada porque reconoce ahora la voz de Neniño, quien canta mordiendo las palabras como si en medio de aquel bolero tan

viejo llorara sin lágrimas, sufriera sin lágrimas. La voz se retuerce adolorida, sin micrófono; siente ganas de aplaudir a su hermano quien está llorando sin lágrimas como si fuera un pez.

«Es un hombre bronceado», escucha Neniño. La voz desfallece hasta mutar en quejido, pero en la mente de Macaria Zulema prosigue hablando con la voz de Carmen Teresa. Parecía una propaganda de televisión: yo subía las escaleras mecánicas para buscar unos broches y él venía bajando y me preguntó con ese tono ronco si le podía indicar dónde estaban los artículos deportivos; me llamó por mi nombre leyendo el plástico del pecho: «Señorita Macaria Zulema», y comenzó a subir casi a mi lado en contra de la corriente de su escalera mecánica.

—¿Cuál hombre, Macaria Zulema? —pregunta Neniño.

Aquí sobran tipos como ése que buscan una acostada y una diversión, dice Carmen Teresa y prosigue con la cuenta que está sumando. Picotea con el índice los botones de la calculadora. Macaría Zulema siente rencor porque su amiga es una mujer sin pasiones, que ya no está para ilusionarse. Se dirige a su otra compañera de trabajo:

Ay, Olga: tienes que conocerlo, manita, es un mango y vive solo en un apartamento que le ha alquilado su familia. Su familia es del interior del país y lo ayuda mucho para que estudie. Carmen Teresa se ha puesto negativa reclamándome, que si voy a empezar a llegar tarde no le conviene y que su casa no está a la orden para bochinchas.

Ay, Macaria Zulema, no sé: Carmen Teresa es juiciosa y tiene más experiencia que nosotras, manita, pero tú eres muy ingenua y no escuchas consejos. Si te metes en un embrollo con ese hombre tienes que darte cuenta de que eso cambiará tu vida, pero la cambiará para empeorar.

¿Por qué te fuiste de la casa? Yo no te estaba corriendo ni mucho menos, sólo te advertí que no me gustan los trasnochos ni los hombres pegados a la puerta. Te veo demacrada y con unas ojeras feas, chica. Trata ahora de no salir embarazada porque los abortos

son peligrosos y caros; el jefe de personal te ha puesto el ojo y lo mejor sería que volvieras a mi casa y dejaras a ese hombre. ¿Me estás oyendo, Macaria Zulema? ¿De qué te ríes si no es gracioso?

«Lentes oscuros, anteojos negros», escucha Neniño y sacude la cabeza tratando de entender.

No, Jorge, no puedo hacer eso, mi amor, ¿cómo me vas a pedir que haga eso con tus amigos si soy tu mujer? Me siento mal, ¿me das un poquito de polvo? No te pongas furioso conmigo, mira que la gente se da cuenta, que el ojo morado no se me ha quitado y no puedo andar con lentes oscuros en la tienda.

Tiene que irse, señorita: pase por caja buscando su liquidación y haga el favor de entregar el uniforme y las llaves. ¿Lentes Rayban? ¿Lentes negros, Macaria Zulema?, se mete Neniño desde muy lejos y Macaria Zulema se revuelve; Neniño hace la señal de la cruz con toda la mano encima del cuerpo de su hermana.

Ojos encendidos de fiebre; Macaria Zulema vaga por un apartamento; busca ajos y los riega por todas partes pero sabe que no surtirán efecto con él. Lo ha visto endiablado, lo ha visto gritando y a punto de que se le revienten las venas del cuello y de la frente; Jorge es el diablo; Santa Bárbara bendita, ni siquiera le queda la Virgen en el pecho porque era de oro y Jorge hizo que la vendiera. Pero hará una cruz. Con los palitos que conforman los ganchos de la tintorería. Una cruz para cuando llegue, para espantarlo y poder escapar; una cruz: tiene que hacer una cruz. También tiene que rezar al apenas escuchar la llave sonando en la cerradura. Siente que se va a desmayar otra vez y eso no es bueno porque puede llegar y descubrir el plan.

¿Eres bruja? La próxima vez que te encuentre haciendo eso y rompiendo mis cosas te voy a pegar más. Báñate y arréglate que viene otra persona esta tarde; ¿te vas a poner de pie o quieres que te rompa la boca? Si no te levantas te voy a sacar los dientes de una patada.

—¿Ajos para qué, Macaria Zulema? ¿Qué te está pasando? —se queja Neniño.

Tiembla y casi no se percata de ello, no sabe que está temblando. La cara de Neniño flota. El apartamento de la ciudad aparece y desaparece; un hombre desconocido se acerca y se abre el cierre de la bragueta al tiempo que la acaricia, como si fuera una niña, dándole palmaditas; todo se junta, se superpone en placas fotográficas lentas y no sabe qué sucede con ella pero tiene pavor de dormirse, no desea ser tragada por las profundidades que hay en su pecho. Los sonidos se hinchan y le impiden hablar; se enroscan, se oscurecen en su garganta. En el corcho de su cerebro retumba la voz del hombre y su cabeza se ladea con la bofetada que él le ha pegado. Lejos escucha el arrullo de Neniño y quisiera callarlo pero el dolor y la angustia no la dejan en paz.

Se arrodilla ante el hombre, se abraza a sus piernas, pide perdón y un poquito de polvo; se desparrama en llanto pero el hombre la empuja y saca un cigarrillo. Lo enciende y el humo sube mientras Macaria Zulema desciende y cae al piso. Desde allí, a través de una cortina de lágrimas sucias que le queman los ojos, mira cómo el hombre es atravesado por un ser nunca visto que luce guayabera blanca y pantalones negros y detrás una mujer asustada pregunta: «Macaria Zulema, hija, ¿cómo te sientes?», y es una mujer regordeta y confianzuda que mira como animal doméstico.

—Esto no es ningún problema que requiera exorcismo, señora: hay que llevar urgentemente esta muchacha al hospital: ¿no se da cuenta de que su hija es drogadicta? —dice el hombre de la guayabera blanca.

—¿Por qué no se da cuenta de que son demonios, padre? —replica la madre.

—Diablos muy fuertes —tercia Neniño.

El sacerdote toca el cuello de Macaria Zulema y acerca su rostro al de ella. Macaria Zulema se retuerce con furia. Sin polvo no, no quiero más amigos tuyos así. Por favor, cariño, que soy tu mujer. No me pegues, estoy acostada ya, ¿ves? Me quité todo, ¿ves? Haré lo que quieras pero dame un poco de polvo.

—La vamos a llevar al hospital. ¿Tiene leche en casa, señora? Necesitamos que beba un poco de leche —insiste el sacerdote.

—No hay —responde Neniño.

El hombre de la guayabera blanca mete los brazos por debajo del cuerpo de Macaria Zulema y la levanta. Ella cae en su hombro izquierdo y un hedor lo baña como una ráfaga de perro muerto. Que abran la puerta de la casa y la puerta de atrás del carro, pide. Los mosquitos vuelan encima de las cuatro personas. Neniño abre la puerta trasera del carro y su madre entra primero para recibir a Macaria Zulema, cuya cabeza queda torcida sobre las piernas gruesas de la mujer.

Neniño se sube al lado del conductor. El sacerdote se dedica a cerrar la puerta de la casa y luego se coloca tras el volante pensando en un cúmulo de cosas. La mujer gime casi en silencio acariciando la cabeza de su hija. El vehículo arranca por la carretera polvorienta.

—Nunca ha sido una muchacha viciosa de nada, padre: escuche bien esas voces. Son diablos, ¿verdad, Neniño? ¿Por qué no hace el esfuerzo y trata de sacarle el diablo, aunque sea para tranquilizar a una católica creyente? —habla la madre.

—La capital es un infierno, señora. Cualquier persona cae víctima de las drogas y de otras barbaridades —responde el cura sin dejar de ver los baches y evitar tanto hueco.

La tarde es calurosa; el sacerdote siente que por su boca salen evaporadas sus entrañas. A cierta distancia, encima de un cerro dan vueltas varios círculos de zamuros sin deseos de bajar.

La mujer insiste, le ruega, le pide por todos los santos que le saque los males a Macaria Zulema. «¿Qué molestia le va a dar si la llevamos para el hospital como usted dice?».

El polvo de la carretera se posa en sus cabellos y en sus cejas. En el cuello de la camisa. En el parabrisas. En su nariz. Por el espejo retrovisor alcanza a ver cuando pasa como un latigazo uno de los brazos de Macaria Zulema. «Levántela un poco», le pide a la madre. Ella abraza a la muchacha que se desmadeja igual a una muñe-

ca de trapo, y le sostiene la cabeza. La agarra como si fuera un jarrón. El sacerdote maneja y echa un vistazo por el espejito a las dos cabezas de mujer que se juntan en el aire.

—Os ordeno, espíritus malignos, a todos y cada uno de vosotros, en el nombre de Dios Padre Todopoderoso, en el nombre de Jesucristo, su único hijo y en el nombre del Espíritu Santo, que os alejéis, sin dañar a nadie, de esta criatura de Dios, y que volváis al lugar que se os ha señalado, para permanecer allí eternamente...

—Amén... —se apresura a decir la madre.

—Padre Todopoderoso, mira con misericordia a esta criatura de sal y agua. Por tu amorosa bondad, santificala. Que dondequiera que sea asperjada, invocando a la vez tu santo nombre, sean repelidos los ataques de los espíritus malignos y se deseche el temor de cualquier mal —reza el cura mientras el carro pasa zumbando y alborota un garcero. A una de las garzas le falta una pata y el sacerdote se pregunta cómo sobrevive así, cómo se detiene en las ramas. O será que esconde una pata cuando vuela. Eso es: esconde una de las patas.

Neniño saca el frasquito de agua bendita y abre la tapa. Se vuelve hacia el asiento trasero y lanza el líquido encima de su hermana Macaria Zulema. Casi toda el agua se riega sobre el pecho plano de la muchacha. Ella apenas reacciona ante las gotas. La madre mira a Neniño y éste deja caer el frasco. El sacerdote no se ha dado cuenta porque el camino desaparece bajo espesas nubes de tierra suelta.

Dios es nuestro refugio y fortaleza, un socorro oportuno en nuestra angustia; por eso, si hay temblor, no temeremos, o si al fondo del mar caen los montes; aunque sus aguas hiervan y se agiten y los montes, a su ímpetu, retiemblen. Con nosotros está Dios, el Señor, es el Dios de Israel nuestra defensa... Tierno y justo es el Señor, lleno de compasión nuestro Dios. El Señor protege a los sencillos: yo estaba postrado y me salvó. Alma mía, recobra la calma pues el Señor ha sido bueno contigo...

De lado, el paisaje es borroso pero Neniño prefiere ver la velocidad, los pocos árboles corriendo hacia atrás, junto con algunos postes de madera como si fueran para su casa.

—Se están yendo los demonios —murmura la madre, y más bajo: «Gracias a Dios», y en una escala casi inexistente se escucha un leve sollozo que se tranca, igual a un candado. El sacerdote observa un instante al muchacho preguntando con los ojos qué sucede con aquella mujer y antes de recibir una respuesta tiene que tocar la corneta para que se aparte una vaca.

Luego presta atención de nuevo a lo que podría decir Neniño, en vez de mirar hacia las dos mujeres y enterarse de lo que ha pasado con ellas allá detrás.

Neniño saca la cabeza por la ventanilla y espanta a la vaca con un grito.

(del libro de cuentos *Vuelve al lugar que se te ha señalado*; Fondo Editorial de la Contraloría General de la República, 1998).



El espejo del insepulto

Homero Quezada Pacheco

Escritor mexicano (Ciudad de México, 1977). Licenciado en Lengua y Literatura Hispánicas y maestro en Estudios Latinoamericanos (Literatura) por la Universidad Nacional Autónoma de México (Unam). Ha publicado artículos de investigación en revistas como *Tema* y *Variaciones de Literatura*, *Cuadernos Americanos*, *Latinoamérica* y *Argos*. Además, ha colaborado con reseñas bibliográficas, notas y textos de ficción en suplementos culturales de México como *Hoja por Hoja*, *La Jornada Semanal* y *Laberinto* (*Milenio Diario*), y en revistas electrónicas como *Narrativas* (España), *Cronopio* (Colombia) y *Baquiana* (Estados Unidos).

Las tinieblas, explicaba, son propicias para equilibrar el alma por medio de dos prácticas irreconciliables durante el día: la reflexión y el ensueño. Del mismo modo, continuó, la oscuridad daba libre curso al deseo, sin miramientos ni trabas de la conciencia, cuyos reparos estaban supeditados a las apariencias, a la hipocresía y a la moral más ramplona.



El espejo del insepulto

Homero Quezada Pacheco

Recorriendo algunos países de Europa Oriental, decidí conocer los Cárpatos rumanos y, sobre todo, al conde Drácula. Los campesinos transilvanos —en su dulce idioma, primo hermano del nuestro— me indicaron cómo llegar al castillo del Nosferatu.

Fiel a su costumbre de prescindir de servidumbre, el conde mismo destrabó los pesados cerrojos del portón y, sin inmutarse por mi visita, como si me esperara, con un ademán me invitó a acceder a su morada. Transitamos por lúgubres estancias y atravesamos numerosas galerías; ascendimos por una escalera de caracol y llegamos a una habitación con chimenea donde crepitaba un fuego animado. Había un comedor en el centro del recinto y a un costado, una poltrona; frente a ella, fijo a la pared, un amplio espejo multiplicaba los pocos objetos de la decoración. Por la única ventana, a lo lejos, recortado contra el crepúsculo, se veía el pico nevado del Moldoveanu, sobresaliendo por encima de un ilimitado manto de niebla.

Una mujer rolliza, pálida como la cera, entró en la habitación y depositó sobre la mesa una botella de vino. Apenas sonrió cuando el conde, en perfecto español, me la presentó como su esposa, Lucy Westenra. La imaginaba distinta: el mito la había recreado más vivaz, más afable, acaso más bella. Casi de inmediato, salió sin despedirse.

El conde me pidió ocupar un lugar en el comedor mientras escanciaba vino en dos copas. «¿Le gusta el Tokay?», quiso saber. Le dije que no lo había probado, pero me di cuenta de que mi respuesta le dio igual. Tomó asiento en la poltrona y bebió de su copa. Con cierta delicadeza, comenzó a mesarse el plateado y

abundante bigote; movía la cabeza ante al espejo, como buscando el mejor ángulo de su rostro. La superficie pulimentada, desde luego, no reproducía la imagen de mi anfitrión, pero él no le daba importancia a esa evidencia: entornaba los párpados como para enfocar mejor su figura, aunque ésta no apareciera reflejada por ninguna parte.

Sin abandonar esa actitud, Drácula se soltó a pontificar sobre las virtudes de la noche y de los seres nocturnos. Las tinieblas, explicaba, son propicias para equilibrar el alma por medio de dos prácticas irreconciliables durante el día: la reflexión y el ensueño. Del mismo modo, continuó, la oscuridad daba libre curso al deseo, sin miramientos ni trabas de la conciencia, cuyos reparos estaban supeditados a las apariencias, a la hipocresía y a la moral más ramplona. Para Drácula, el brillo, los resplandores y los contornos definidos, propios de fases diurnas, le parecían de pésimo gusto; lo opaco, lo sugerido, lo sombrío, por el contrario, le hacían recordar que el destino del universo tangible tiende a las formas imprecisas, al caos y, en definitiva, a la tenebra original.

El conde se sirvió más vino y, volviéndose a acomodar de cara al espejo, sin mirarme, continuó con su apasionado elogio de las sombras. Habló de las lechuzas, emblema de la sabiduría, que para alcanzar los más refinados niveles de abstracción preferían el sosiego de la noche. Habló también de bestias legendarias, como las panteras de la Antigüedad, cuya voz melodiosa y aliento aromático, bajo el tenue fulgor de la luna, deleitaban hasta el delirio a los demás especímenes de las montañas. «Y los murciélagos...», dijo, y se calló. «Los murciélagos...», repitió en un susurro, y se atusó el bigote. Sus ojos se posaron sobre el espejo; giró el semblante a un lado y a otro, extasiado de sí mismo, de unos rasgos que inexorablemente, para él, eran invisibles.

Yo, además del deseo genuino de conocer al insepulto, albergaba la secreta esperanza de pernoctar en el castillo para dejarme sorprender por las tres vampiresas a las que se les impidió seducir a Jonathan Harker; estaba dispuesto a que ellas me olfatearan, me lamieran y me chuparan la sangre que quisieran. No obstante, an-

tes que seguir escuchando al viejo conde, decidí partir a esa hora. Él ni se percató de que me incorporé y de que me largué de su residencia: seguía cautivado, admirándose en un espejo incapaz de duplicarlo.

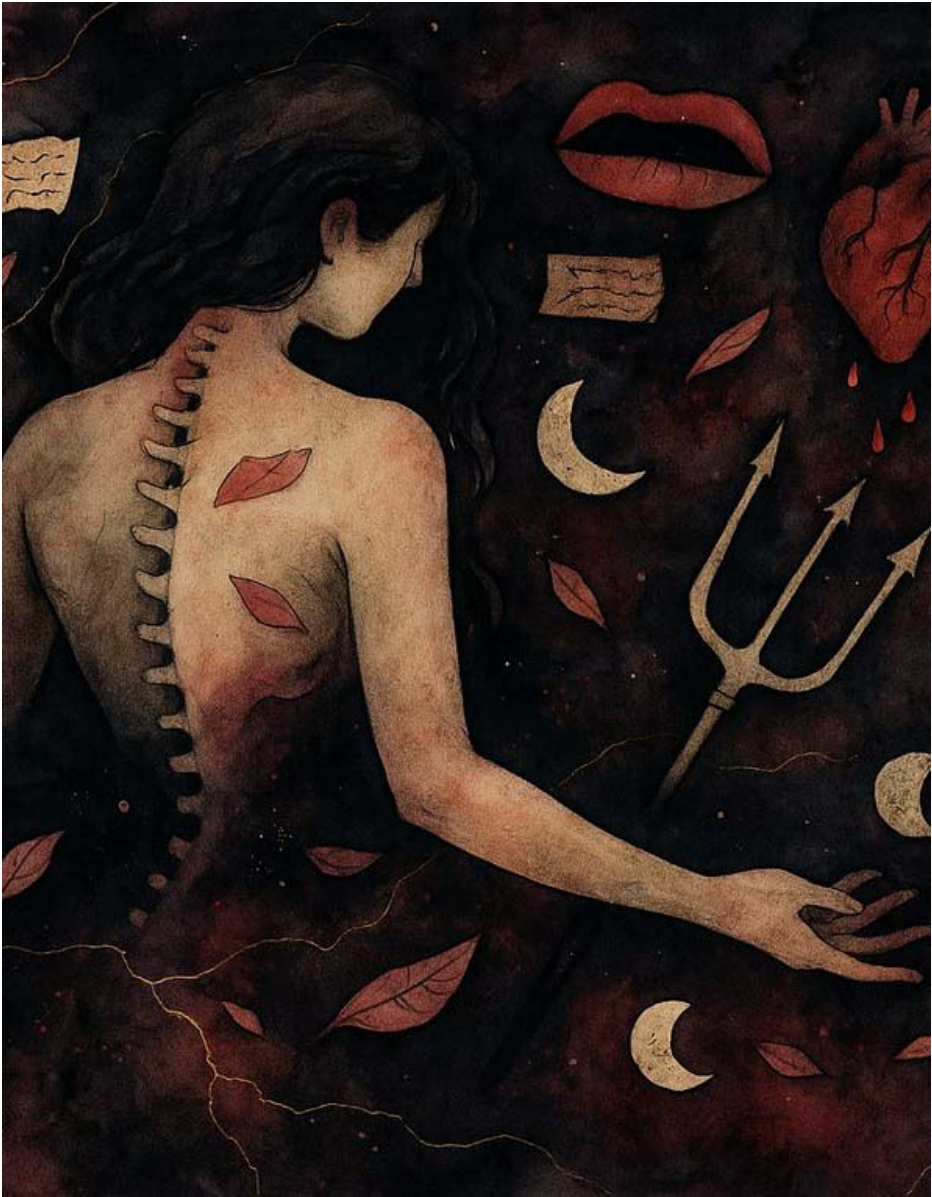


Poemas

Marian Raméntol

Escritora española (Barcelona, 1966). Poeta, traductora y directora de la revista cultural La Náusea. Miembro del grupo musical O.D.I., con el que ha editado videolibros y diversos álbumes además de bandas sonoras de cortometrajes. Ha trabajado con músicos experimentales en múltiples recitales y *performances*. Ha traducido a poetas contemporáneos italianos al catalán y al castellano. Ha publicado diecisiete poemarios y ha sido incluida en dieciséis antologías. Ha sido premiada en diversos concursos dentro y fuera de su país, y su obra ha sido ampliamente difundida en revistas especializadas donde ha publicado poesía, ensayo y artículos de opinión. Ha sido traducida al inglés, alemán, italiano, rumano, armenio, portugués, búlgaro y estonio, y ha prologado varios libros de poesía. Su actividad en el ámbito artístico y poético le ha llevado a formar parte de festivales (tanto poéticos como de cinematografía), exposiciones, recitales y diferentes actos patrocinados por ayuntamientos, editoriales y otras entidades culturales.

***La aflicción no merece dignidad,
/ aunque se diluya en esta casa /
donde mi boca se hace daño /
para volver del miedo / dulce y
obediente.***



Poemas

Marian Raméntol

Dioses y monstruos acompañan el latido de todos los crepúsculos, asoman vaguedades cada vez más grieta, más puñal, más trinchera... y conforman mis zaguanes, mis dinteles y mi voz junto a mi cuerpo.

Para volver del miedo

Nunca ha llovido por mí
ni la nieve ha sido mía alguna vez
y no atesoro nada,
nada que no figure en mi álbum
de honrados sacrilegios.

La aflicción no merece dignidad,
aunque se diluya en esta casa
donde mi boca se hace daño
para volver del miedo
dulce y obediente.

La hondura del sótano,
por más dócil que sea,
implica una huida feliz de celulosa,
el hervor de los ganglios del poema,
el vertido de sus ojos fuera del mundo
y el mapa ebrio
de un corazón a la deriva.

No hay injuria ni señal
tan sólo otras dimensiones,
siempre insuficientes.

Todas las excusas del poeta

Danza en aceleración, te celebro,
como celebro la sonrisa que estalla
a pesar de la costumbre,
la invisibilidad de las palabras viudas,
mi inacabable deuda litoral
y todo cuanto acontece
cerca de la mueca exánime
que se tensa ante el olvido.

Celebro también
la amplia geografía de mi cuerpo,
el nombre de las cosas,
la eutanasia a veces practicada
sobre perífrasis en mal estado,
la dignidad de la imaginación cuando muere,
la vida a trozos y todas las excusas del poeta
para pujar por los dientes de Dios
aún a sabiendas de que
ningún blanqueador dental
cotiza en el mercado lírico de valores.

Los desmesurados relámpagos de mis venas

Muerta sin pezón ni auxilio
donde las sombras florecen
adheridas al eréctil monstruo de cartón.

Muerta ante el ayuno de las nubes,
ante el milagro del desove
y la topografía de los peces.

Muerta por la luna
y el paseo de su lengua por mis labios,
la entonación de sus ojos
y la fragancia nocturna de su esfericidad.

Así quiero morir mucho,
e irrigar gota a gota
los desmesurados relámpagos de mis venas.

La columna vertebral del que escribe

Vivimos la vida que más duele
con legañas viejas en el lagrimal,
labios inservibles, trozos de vacío urgente
alcantarillando un infierno sin salida.

En ese infierno
he descubierto a mis manos
jugando a detectives con el dolor que te anuncia
y deshila el trópico de la piel.

Con el parto natural de palabras inundando el frío
vamos subiendo el muro,
ladrillos famélicos unos sobre otros,
tú sobre mí, mi yo sobre el tuyo,
peldaños de la columna vertebral del que escribe
tan extensa como bulímica.

Los huéspedes de mi noche

El invierno en porciones bien dispuestas,
su curvatura colándose por el ventanal
de todas las habitaciones-vientre.
Los semáforos, con miedo en los ojos
y la fonética inadvertida, saltan
para venir a abrazar despacio
los terrores y misterios
que empujan mi jardín.

No se trata de paisajes,
océanos insostenibles o perfiles
que el polvo recupera del desuso.
Hablo más bien de los huéspedes de mi noche,
la incandescencia del sollozo
que avisa a los navíos
de la proximidad de un naufragio.

Y aun así los náufragos me besan,
tiemblan en mi mano sus historias

y siguen muriendo, una y otra vez,
en la humedad de mis paredes.

No cabe ya la oración, tan sólo lunas
y sus lápidas marinas.



Fotografía:
Flavia Revagliatti

Poemas

Rolando Revagliatti

Docente y escritor argentino (Buenos Aires, 1945). Ha sido traducido a varios idiomas. Uno de sus poemarios, *Ardua*, ha sido editado bilingüe castellano-neerlandés (Stanza, Holanda, 2006) con traducción del poeta belga Fa Claes. Incluido en antologías y libros colectivos de Argentina, Brasil, México, Chile, Panamá, Estados Unidos, Venezuela, España, Alemania-Perú, Austria, Italia e India. Ha obtenido premios en certámenes de poesía de su país y del extranjero. Desde 2013 realiza entrevistas a poetas argentinos a través del correo electrónico. En soporte papel ha publicado desde 1988 dos volúmenes con cuentos y relatos: *Historietas del amor* y *Muestra en prosa*; uno con su dramaturgia: *Las piezas de un teatro*; quince poemarios: *Obras completas en verso hasta acá*, *De mi mayor estigma (si mal no me equivoco)*, *Trompifai*, *Fundido encadenado*, *Tomavistas*, *Picado contrapicado*, *Leo y escribo*, *Ripio*, *Desecho e izquierdo*, *Propaga*, *Ardua*, *Pictórica*, *Sopita*, *Corona de calor*, *Del franelero popular*. En 2009 apareció *Revagliatti, antología poética*, con selección y prólogo de Eduardo Dalter. Sus libros han sido editados electrónicamente y se hallan disponibles en su página personal. Sus producciones en video se encuentran en su canal de YouTube.

***Anduve recolectando en mi
mente / atávicas
monstruosidades en las
conductas / de los hombres y en
las consecuencias /
ininterrumpidas de su
irradiación: / pero fueron
tantas // que los maté a todos /
y me pegué un tiro.***



Poemas

Rolando Revagliatti

Es sonoro el secreto
horror.

Quiero que sepas que si accedo
es sólo porque mi pene
está muy solo

y acaso es cierto este desierto
en el desierto.

Qué lo parió con el nacer
cuánto nos cuesta
entrar afuera.

Víctima de la rutilante inoperancia de Dios
y de fallas en el material grabado en origen
y de excesos figurativos

solicita al gentil paseante la confirmación
de su invisibilidad sobreviviente y ventrílocua.

Complazcan con rehenes el hacha del verdugo

Correspondan con el himno imperial
al pronunciamiento del despiadado unificador

Validen, músicos, los pechos de la inmovilizada princesa
Compongan con glandes inspirados
a su flor febril
Inspírense
en el desasosiego de su belleza.

Huestes de orinantes cadáveres decapitados
zapateando
avanzan encima de sus propias
cabezas enterradas.

Respondo por la vida en estos escenarios

respondo a las estrellas

Fe e ignorancia
 equinos
tirando de una misma carreta

Respondo cabalmente por la vida
de quien persigo

Respondo por la vida de estas fragancias:
esperma
 fastuoso
o la helada

Respondo por la vida del aire cuando me entibia

Sentenciado, por la muerte respondo
Y por el mar.

Tinieblas de clausura para legas, sacristanas
demandaderas, vicarias, cillerizas

Tinieblas detrás de las descalzas, salesas, ursulinas
adoratrices, mercedarias, damas negras

Tinieblas de obediencia, voto, exclaustación
castidad, secularización y vuelta al siglo

Afín a las clarisas, oblatas, teresianas, beguinas
trinitarias, concepcionistas

Tinieblas donde reside el hábito, la toca, el velo, el griñón
la pañeta, el cilicio

Densas.

Un mal sueño aloja
una campana que no es
una campana

cuyo sonar
sin embargo
es

Un mal sueño aloja
una inocencia que no es
una inocencia

cuya perdición
sin embargo
es.

En el 37

parecía que esto se acababa
Quedamos menos: cuatro
Ramiro y los demás

En el 40

quedamos menos: tres
Tres años perdurando
en los montes: buscados bandoleros

En el 43

quedamos menos: dos
y más y más endurecidos

En el 46

queda Ramiro: uno
sólo él
nadie le queda:
el lobo exhausto
de esos montes
ha bajado.

Sostiene Pereira que estoy capacitado

para redactar sus necrológicas (anticipadas)
mereciendo encarnar alguna
otra palabra de sentido inmenso
tanto como Historia, Plenitud, Revolución
o Ética

Sostiene Pereira que subiríamos a un último tranvía
imbuidos de la decencia del compromiso subversivo

Transgresor

en la portada del periódico independiente *Lisboa* de hoy
recala Pereira.

Nosotros

con ellos
en confianza cantamos
en la sobremesa
La Internacional

A ese músculo idealizado
y que discierne
en rígidas escenografías
representamos.

Asaltante

Robar un Banco
es una experiencia poética

Y aunque te atrapen
o sólo te frustren
implica una incursión en la experiencia
fallida en sus versos finales
el dichoso remate
o botín

El asaltante de Bancos
como todo poeta
infiere en acto su cosmovisión
trasfunde el paisaje
crea el asalto

Allí donde establecidos
violan los banqueros
los banqueros
son violados

Adviene el simulacro
de un rayo de equidad en la venganza
cuando prodúcese el asalto
Arriba una repentina justicia
reparadora en el inconsciente social
Subvierte
& consuela
Finge
«la violencia de abajo»

Cuanto más preciso y económico
el asalto a un Banco
cuanto más sutil
más honda irradiación:
mejor humilla a los amos
del dinero y de todo:
los perversos prosaicos

Para el asaltante
—el Poeta de Bancos—
su consagración
es la impunidad.

En espejo

¿Cómo saben ustedes que yo no soy
lo que están buscando?
¿Me descartan porque se hallan desorientados?
Lo pago no siendo elegido
mortificándome
agresivo
apenado

¿Yo los desoriento?
¿Qué emano?
¿No soy confiable, dócil
condescendiente?

Mal
se las arreglan sin mí

¿Cómo sé yo que ustedes no son
lo que estoy buscando?
¿Los descarto porque me hallo desorientado?
Lo pagan no siendo elegidos
mortificándose
agresivos
apenados

¿Ustedes me desorientan?
¿Qué emanan?
¿No son confiables, dóciles
condescendientes?

Sin ustedes
mal
me las arreglo.

Ya no ando más

Anduve recolectando en mi mente
instancias de felicidad:
pero fueron tantas
que interrumpiendo me pregunté:
¿así y todo
estás desesperado?

Anduve recolectando en mi mente
instancias de humillación, de decadencia, de frustraciones:
pero fueron tantas
que interrumpiendo me pregunté:
¿y querés continuar?

Anduve recolectando en mi mente

atávicas monstruosidades en las conductas
de los hombres y en las consecuencias
ininterrumpidas de su irradiación:
pero fueron tantas

que los maté a todos
y me pegué un tiro.

Dersu uzala

La corteza de este hombre del bosque
corta y sujeta
la hierba que hará madriguera

La corteza de este hombre del bosque
canta a la orilla del río
a sus muertos, al fuego, a la pequeña
fogata en la noche del camino

La corteza de este hombre del bosque
es la rastreadora de los ciervos
y de las martas cibelinas

La corteza de este hombre del bosque va remando
en una batea hacia un lago helado
antes de que el viento le borre las huellas al camino

La corteza de este hombre del bosque
que ha perdido su pipa en la taiga
donde un tigre merodea entre trampas
lo ahuyenta a ese tigre

Al espíritu del bosque enfrentada la corteza
ahora irascible de este hombre
del bosque que ha perdido el camino

La sombría corteza de este hombre del bosque
husmea jabalíes que sus ojos no alcanzan

Yacerá en la nieve la corteza dañada
y exhausta de este hombre del bosque.

Así como lo neuróticamente dramático
lo psicóticamente trágico
me fija con una chinche en un panel de tergopol
si me descuido

Y más me ridiculizan cuando
con otra chinche en otro panel me fijan
lo psicóticamente dramático
o neuróticamente trágico

si me descuido.

Os digo

«...la más agraciada / la más renombrada / de esta población».

«La morocha», tango criollo escrito por Ángel Gregorio Villoldo.

Humanos en manada, humanos en bandada o parvada
humanos en piara, jauría o recua
humanos en cardumen o banco, en hervidero o en colonia
humanos en enjambre o avispero, humanos en tropilla, hato o
rebaño
humanos como fauna: horda:

brotá brusca en vuestra verba automática
con viscosidad y pertinacia
la genitalidad y la práctica sexual de las madres propias y ajenas:

las más mentadas
abominadas y emputecidas
de esta población.

Nell

Queremos algo
todos queremos algo
de algún modo
de alguno
efectivamente

La respiración en lo nocturno de un azul
es danza

Cálmense, antiguos estallidos
cálmense, difuntos
y cálmense, ustedes, exploradores

Cálmense, espejos
detrás de los que no
somos intuitos

y ondas en el agua
cálmense

los que queremos algo
precisados.

Elmer Gantry

Evangelistas:
a toda orquesta la enormísima

carpa del gracioso
Amor Omnímodo

El Recalcitrante Amor acertaba
en un tema rápido de Iglesia

El Amor infla los tríceps del físico-culturista
participante más esponjado del Torneo
Intercontinental de Grandes Patos

Jesús, en tanto Locomotora Cristo
ya había boxeado por el título universal
de todos los pesos en el Paradise Center

Fortalezas para ti, hermana
y para ti, primo dilecto
¿Pero qué tipo específico de fortaleza
prescribir para cada adepto consubstanciado
con la Antigua Religión?

Sólo aúlla el Demonio a través de este
o aquel oportuno acólito de la manada

Renovadores Aleluyas despide
la imprecisa chusma de las ciudades
¿Se hinca el escepticismo metropolitano
ante el Supremo Arremetedor?

¿Perdidos o salvados?
¿Y cuántas veces convertidos?

En tabernas y tabernáculos enfatizo:
Amor Divino
¿como reguero de polvo eres?

Elmer Gantry, de Richard Brooks.

I Compagni

A las ideas disparatadas
les han brotado revoltosos
asalariados y enfrentativos
militantes

A las ideas disparatadas les florecieron
unos inconformistas recalcitrantes

A las ideas disparatadas
se les atraviesan los efectivos recapacitantes
disparos comunes de los soldados
y la infaltable policía

A las ideas disparatadas les germinaron
amorosos disparates reivindicativos
(al principio con las hojitas vacilantes)

Y todo logrado
con poquita agua cada día

Fuera de lo común
el mucho sol.

I Compagni (Los compañeros), de Mario Monicelli.

The Handmaid's Tale

Que Jacob
el impertérrito penetrador
abra el camino:
murmillos en la platea

A los ovarios serviles de la Patria
el esperma autocrático de Dios:
sonrisas en los palcos

Bendito sea el fruto concebido
en una confluencia de miradas
subversivas:
suspiros en la pullman

Jezabel, ese coto:
vítores (de la claque) en el paraíso.

The Handmaid's Tale (Entre la furia y el éxtasis), de Volker
Schlöndorff.

A Jim Jarmusch

«*Hoy fue el peor día de su vida de mierda*»
(del film *Night on Earth*, de Jim Jarmusch)

Hoy ha sido
lo aseguro en la plenitud de mis condiciones
intelectuales
el peor
¡y hasta qué cima me consta que ha
rebasado el vaticinio de mis colegas miserables!
el peor día
abarcando la rotundidad
acústica de la noche
que en mí tanto ha sonado
el peor día de mi vida
ridícula por su orientación
infame por sus logros
repugnante por sus claudicaciones
de mierda.



No soy un monstruo

Matilde Rubio

Escritora española (Jerez de la Frontera, Cádiz, 1962). Es licenciada en Comunicación Audiovisual. Su trayectoria profesional está vinculada al mundo del cine, teatro, espectáculo y fotografía.

***Se acercó para verlo mejor;
había algo en sus ojos, algo
inquietante que le hizo
estremecer... Y se acercó más,
tanto, que pudo ver su
oscuridad.***



No soy un monstruo

Matilde Rubio

Cuando despertó su corazón palpitaba a tanta velocidad que pensó que iba a desmayarse. El sudor había empapado las sábanas y un incontrolable escalofrío recorría todo su cuerpo. Tenía la sensación de que algo terrorífico había sucedido, tal vez en sus sueños, o tal vez no.

Desorientado y muy nervioso, se levantó de la cama y se dirigió al cuarto de baño, frente al espejo, secó el sudor de su rostro y contempló al hombre que le observaba; era un hombre de mirada perdida y de aspecto cansado. Se acercó para verlo mejor; había algo en sus ojos, algo inquietante que le hizo estremecer... Y se acercó más, tanto, que pudo ver su oscuridad.

Salió del baño y caminó hacia la cocina. Y, como cada día, se dispuso a preparar el desayuno, primero el de su esposa y luego el suyo. Mientras calentaba la leche, pensó en ella y en el día que la conoció. Le encantaba verla reír, era lo más parecido a un estallido de alegres notas musicales. También recordó sus ojos, grandes y azules, y el contagioso entusiasmo que había siempre en ellos. Su humanidad y su empatía junto a su gran sentido del humor la hacían una mujer admirable y muy deseable. Estaba convencido de su suerte y haberla conocido fue el mejor regalo que le había dado la vida.

Mientras colocaba las rebanadas de pan en la tostadora, recordó la visita al médico y cómo, después de ese día, sus vidas dieron un giro inesperado. Los años siguientes fueron muy complicados y la incertidumbre y el miedo se instalaron en sus vidas como okupas en mitad de la noche. Un fuerte olor a quemado irrumpió en sus

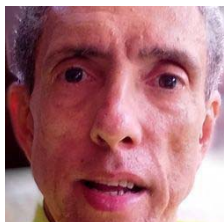
pensamientos. Quiso salvar las tostadas, pero ya estaban demasiado quemadas. Abrió el congelador y, del último cajón, sacó otras dos rebanadas que deslizó entre las ranuras de la tostadora; seguidamente, sacó la mantequilla y mientras la untaba sobre el pan carbonizado volvió a hacer memoria, aunque esta vez un profundo sentimiento de tristeza y de dolor acompañaban aquellas imágenes, el mismo sentimiento que durante más de quince años fue protagonista de sus vidas. Pudo verla cuando la lavaba, la peinaba y le daba de comer, también cuando lloraba desconsolada porque el dolor se cebaba con ella y la iba devorando... Y cuando, entre sollozos, pedía perdón por ser una carga, suplicando que todo aquello terminara pronto... Tiempo después, cuando quedó postrada en la cama sin apenas poder articular palabra, los días comenzaron a ser todos iguales... Se sucedían unos a otros y se convertían en semanas y las semanas en meses y los meses en años. Y todo ese tiempo quedó reducido a un solo recuerdo.

La mantequilla se había derretido y colocó todo el desayuno sobre la bandeja; luego, cogió un par de servilletas y salió de la cocina. Cruzó el largo y oscuro pasillo hasta llegar a la habitación del fondo. Al entrar miró a su esposa, tumbada en la cama, con la almohada tapando todo su rostro y, luego, observó las bandejas repartidas por toda la habitación, cada una de ellas con dos tostadas, y todas quemadas; al lado, un vaso de leche cuyos grumos podían verse a través del cristal. Un hedor con sabor a leche cortada invadía aquel espacio. Buscó un lugar donde dejar la bandeja, con las tostadas recién hechas y el vaso de leche humeante y, después, salió de la habitación cerrando la puerta tras de sí.

De nuevo en la cocina, extrajo las rebanadas de la tostadora, encendió la cafetera y, mientras vertía la leche en el vaso, su mano izquierda comenzó a temblar; tanto, que tuvo que utilizar la otra para sujetarla y, de nuevo, su corazón palpitó a gran velocidad. Podía sentir cada latido sacudiendo su pecho y también oír su sonido, hueco y profundo.

—No soy un monstruo —exclamó mientras colocaba el desayuno sobre la mesa—. No soy un monstruo —repitió muy nervioso y con la voz entrecortada.

Se sentó frente al televisor y dejó la bandeja apoyada sobre sus piernas. La encendió y subió el volumen, tanto, que dejó de oír sus pensamientos y, con la mirada fija en la pantalla, mojó la ennegrecida tostada en el café.



Entre dos cuentos...

Jesús Salcedo Picón

Escritor venezolano (Caracas, 1959). Profesor jubilado de la Universidad de los Andes (ULA). Historiador y doctor en Ciencias Sociales, especialidad en Criminología y maestría en Ciencias Políticas. Tiene amplia experiencia de enseñanza en educación superior y en manejo de proyectos de investigación científica en sus áreas de especialidad. Enseñanza de redacción de textos científicos para publicación en revistas especializadas. Ha dirigido seminarios sobre penas alternativas a la prisión y sobre el delito en la literatura universal. Textos suyos han sido publicados en revistas especializadas. Autor de *El control social en perspectiva histórica*. Mantiene el blog *Salkedus* sobre literatura y música.

La carne puesta a la venta no era lo único que tenía precio. Los sujetos también habían organizado una tarifa para otros «productos», los cuales no tenían nada que ver con la venta de carne.



Entre dos cuentos...

Jesús Salcedo Picón

—¿De qué va su cuento, maestro?

—De un insomne, un sujeto que no duerme —respondió el veterano escritor, autor de centenares de relatos, entre ellos la muy vendida saga *La vida es así, electrónica*, traducida a varios idiomas; al mandarín, inclusive.

Después de su lacónica respuesta el maestro miró fijamente a su interlocutor, al periodista de mediana edad que lo entrevistaba. Éste entendió y respondió:

—El mío trata de una sociedad que regresa a los confines de la creencia y la superstición.

—¿Como *Viaje a la semilla*, de Carpentier? —indagó el maestro.

—No tanto. En él pretendo plasmar...

—No lo diga. Deje que sus futuros lectores lo descubran.

El periodista se había propuesto, en efecto, escribir cuentos y relatos a partir de sus experiencias profesionales, cargadas, como estaban, de viajes y recorridos a la búsqueda de gente a entrevistar, o de hechos que difundir. Cotidianos unos, insólitos otros. Como este, que sigue aquí...

Los dos sujetos —una mujer y un hombre— vivían en un cementerio. En el del sur. Al suroeste de la gran ciudad, siendo exactos. Convivían entre los recovecos que formaban los mausoleos, las callejas estrechas, las sepulturas apiñadas y los nichos o bloques que, como pequeños «edificios» de cuatro plantas, daban alojamiento

to a sus difuntos separándolos entre sí, si acaso, por un espacio no mayor a un metro... En fin, un cementerio. O entre *resteras*, pequeñas tumbas que albergaban a los muertos más antiguos, cuando los familiares, teniendo necesidad de un nuevo espacio, sacaban la osamenta, ya desecha por el tiempo y el olvido, para trasladarla a aquéllas, dejando así libre la tumba propiamente dicha para recibir a un nuevo huésped. Esos restos que los sepultureros o cuidadores doblaban cual cartón, como si nada, para reducirlos de volumen e introducirlos en un talego de tela inmunda, que luego era embutido en la tal restera.

El deterioro era palpable. Las bacterias se incrementaban día a día, era difícil evitarlo, dada la humedad y el mal manejo del aseo. Y no dormía, según él decía. Y esta monstruosa ausencia minaba su cuerpo, especialmente su cerebro, día a día, bajo la implacable pérdida de neuronas. El sueño permite la recuperación de éstas. Esto se sabe tiempo hace. Y Blanco lo sabía. Y entonces menos dormía. Como un laberinto infinito, su *no-sueño* había formado un sólido círculo vicioso, conformado por el pánico del sujeto y el insomnio. Y ambos lo ponían ya en la tumba.

Una vez Negrín vio componer, sobre una de las muchas tumbas, carne de vacuno. Sí, como se oye o se lee, sobre una tumba. Bueno, así hubo de suponer —de vacuno o de puerco, qué más podía imaginar. No podía imaginar otra cosa, al ver saltar las pequeñas gotas de sangre con cada corte practicado con hábil seguridad por el sujeto. Se alzaba ésta, la tumba, a la altura de la cintura de un hombre promedio, y su plancha central era de un mármol blanquecino, ya sin brillo, agobiado por la espera inútil de los rezos de algún visitante. El «carnicero» movía las manos, yendo y viniendo, de corte en corte, salpicando la fría superficie. Primero sacó el lomito, luego se entretuvo en el solomo, la falda y el pecho de la pieza. Y siguió con el costillar. Y así iba y venía, hasta separar las partes, acondicionándolas para la venta. El «carnicero» procedía impecablemente, como siguiendo un protocolo. Sabía lo que hacía. Pero a Negrín le infundió mucho miedo todo aquello. Era insólito, inimaginable para él. Me será difícil dormir esta noche, se dijo.

Las horas tendido boca arriba sobre su cama, viendo el machihembrado, le inducían miedo y fastidio. Empero no todo le parecía perdido. A veces el incremento del miedo —así sería de terrible lo que veía— le hacía creer por instantes que soñaba, que recuperaba la capacidad onírica, mediando en ello el sueño reparador que una vez tuvo. Entonces soñó —creyó, y así le contó a su mujer— que incontables lombrices pululaban en su intestino, ascendiendo hasta llegar al estómago, donde permanecían, confundidas entre jugos gástricos. Pero enseguida —el tiempo en los sueños no existe, o transcurre de otro modo— su mente le entregaba imágenes de su médico, ante él y su escritorio, diciéndole que en casi todo el aparato digestivo había neuronas. Y que tal vez la microbiología o la biología molecular pudieran ayudarle a recuperar algunas. Pero que debían, el neurólogo y su equipo, llegar hasta el hipotálamo para intentar tal hazaña. Pronto el sueño —el insomnio, en realidad— hizo regresar a las hormigueantes lombrices, pero ahora eran muy pocas; cada vez menos, a juzgar por la vaciedad de sus oquedades corporales. Y creyó despertar, cosa imposible, a menos que soñase despierto como un romántico ido hacia su mundo. Imposible, pues no dormía, al menos no lo hizo durante los últimos tres meses. Su última vez de descanso le entregó unas gossellas voluptuosas en su boca que le condujeron a su último sueño de verdad, erótico, por cierto, después que su imaginación y sus fantasías le habían preparado el camino hacia ese umbral.

La carne puesta a la venta no era lo único que tenía precio. Los sujetos también habían organizado una tarifa para otros «productos», los cuales no tenían nada que ver con la venta de carne. Esta venta era como la mampara, el negocio «lícito» delante. La fachada para el otro, menos lícito: alquilaban huesos de cualquier anatomía humana, extrayéndolos de las tumbas, porque había gran demanda de tal mercancía. Antes, sus macabras exhumaciones se limitaban a inocentes muestras para las facultades de medicina. Incluso cuerpos completos, en vista de la escasa importación. En esos casos la tarifa era plana, según pedidos. *On demand*, decían a veces. Pero con la llegada de gente procedente de las islas caribeñas, donde la nigromancia era cosa común y cultural, hubo una explosión de consumo. El gobierno se había buscado nuevos aliados internacionales que lo llevaron a compromisos a partir de los cuales tuvo

que recibir gente de esos lugares, practicantes históricos de magia negra y hechicería, en este lado del mundo. Aquellos tétricos sujetos llevaban una data, una minuta de entierros, para evitar extraer algún cuerpo inservible para sus clientes. Éstos demandaban huesos sueltos, cráneos o miembros completos, o cuerpos íntegros, muy costosos, por cierto. Entonces había que organizar los pedidos por orden de fecha en que les eran hechos, hasta esperar la llegada de un entierro, garantizando de este modo las buenas condiciones del cadáver. Pero una vez sacado de la urna, tenían que aplicarle varias capas protectoras de conservación. Después de desnudado, el cuerpo recibía sellador de madera, luego barniz transparente y por último una generosa capa de poliuretano. Todo lentamente, capa por capa, evitando crear costras que luego pudieran agrietarse. Nunca sin antes inyectar generosas cantidades de formaldehído, claro.

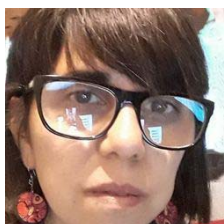
Anoche soñé que... Oh, no me acuerdo. Era una persona conocida mía, pero no sé ahora de quién se trataba. Las fugaces imágenes de su médico ya no eran tales, si es que lo fueron en alguno de esos instantes irrecuperables del onirismo. Tengo la idea, se decía, pugnando por extraer algo de su fatigada mente. Sus ideas eran apenas girones, aunque él luchaba como si apretara un tubo de dentífrico sacándole los restos, lo último. Debo haberme quedado dormido. Tampoco me acuerdo. Y no supo más. No volvió a soñar. No durmió más...

Como un culto al cuerpo, pero después de la muerte, así era todo. Descabellado. Lo peor, la práctica ya no era excepcional. El triste trabajo tenía competencia en otros cementerios, en la misma ciudad. Y en otras. «Todo volvió a ser como antes». Tal vez esa era la frase que cabía. Y no era nada más en los cementerios. Era la sociedad, que del universalismo monoteísta había hecho el recorrido inverso, hacia un país de ídolos disidentes y pluriformes. Y luego regresando a la etapa animista, muy anterior. Eso diría el positivismo puro, otrora. Ya ni siquiera adoraba deidades varias y disímiles. Ahora el barro, las piedras, los huesos, las vísceras, eran sus amuletos y medios para comunicarse con algo más allá de lo posible. No me lo cuentes, Comte. Sí, Augusto Comte, quien en su tiempo sostuvo que las sociedades humanas manifestaban o vivían en tres etapas: animista, politeísta y monoteísta. Y en ese orden. Y cada etapa suponía, claro, un avance, un recorrido. «Todo volvió a ser como antes».

—Muerto es muerto —había dicho el comandante general de los Ejércitos Revolucionarios cuando la prensa nacional e internacional, así como las redes sociales y la opinión pública casi toda, se le abalanzaron encima en contra del furtivo procedimiento que había empleado la fuerza pública para cortar de raíz aquel mal. En efecto, empleando escuadrones entrenados para combatir el hampa urbana, el gobierno había dado la orden de entrar de noche, simultáneamente, en todos los tanatorios de la capital, y a sangre y fuego mataron sin titubear a todos los que hallaron, sin dar tiempo a la rendición, sin ni siquiera someterlos para darles chance a entregarse.

Cuenta uno de los subalternos participantes que estaba cerca del oficial al mando que éste había dicho en plena refriega: «Qué sentirían estos miserables de mierda si se les metieran a las tumbas de su madre, no joda. O de algún familiar...». Y luego —contó el subalterno, quien era uno de sus edecanes— había dicho: ¡para que sean serios, no joda! ¡Ojalá les profanen las tumbas a ellos y a sus familiares!

Y así fue. Así ocurrió tiempo después. «Todo volvió a ser como antes».



Que vieras

Mariana Samperi

Escritora y docente argentina (Buenos Aires, 1970). Estudió Antropología en la Universidad de Buenos Aires (UBA).

En ese momento no presté atención, sólo vi que alguien le extendía a mamá una nota. Días más tarde te sentabas en nuestra cocina con papeles, documentos y fotos. No entendía de qué hablaban aunque el término «abandono» se repetía mucho y por supuesto que lo comprendía.



Que vieras

Mariana Samperi

Que vieras. Porque no te vieron. Él pasó sin verte. Te mostraron, como a una ofrenda desesperada, y los ojos se posaron en tu pequeño cuerpo como si fueras una piedra, una protuberancia incómoda, y te fundó sin luz. Y el derrotero de tu vida fue ver desde la oscuridad. Y recordar que cuando posaron su mirada no te vieron. Él no te vio. Él, que es el origen.

Tu padre.

La condición tuya, entonces, es la de ver sin verte, saber, sin conocerte, sin potestad sobre tu cuerpo porque no te lo dieron, no te reconocieron como un ser de este mundo con lazos que te sostienen y explican. No sos hija de tu padre y lo que ves en el espejo no sabés que es.

Tu cuerpo es un signo tachado en tu mente y el ser que se aloja en él, vos, sólo puede imaginar. Danza, ama, ríe, pide a gritos sordos que la aprieten dentro de un abrazo interminable, que le hablen, que la miren, que la reconozcan.

Esto último lo deduje, todo lo demás lo escribiste en una agenda que ahora consta como prueba de algo que en unos momentos conoceré en detalle.

Llegaste a mí de la manera habitual, como acusada, que es la forma en la que se me presenta el noventa por ciento de las mujeres que conozco cada día. El resto son mi madre y mi hija.

Sentada ante el escritorio no tenías las esposas, claro. Sin embargo tus muñecas permanecían juntas como si estuvieran

forzadas a permanecer así. Tu cuerpo parecía decir que estabas vencida, un poco inclinado, rendido. Sin saber tu edad vi los signos de la ancianidad.

La comisaría funciona en un antiguo edificio; la oficina cuenta, gracias a la bella arquitectura, con un ventanal por el que se observa el exterior arbolado sobre el cual el cielo se extiende sin interrupción de edificios. Como si la ciudad fuera un mal sueño. Algunas veces los interrogatorios policiales se tornan trágicamente románticos en este entorno. Cuando estuve frente a vos, la luna iluminaba tus pupilas. Cerraste los ojos y el efecto pasó, dejándome sorprendido.

—Soy tu abogado defensor —dije.

—Yo soy la acusada.

La voz era calma y con un dejo de cansancio, además de sorna.

—¿Querés decirme qué te trajo por acá? —dije intentando empatizar, mientras leía la acusación.

—Cuando iba por mis diez años ocurrió el segundo encuentro.

Tu mano señaló mi lectura.

—¿Hablás de tu padre?

Con un gesto mínimo de asentimiento continuaste.

—En realidad, del primero no recuerdo nada; claro, era bebé. Pero la segunda vez sí la recuerdo bien.

Bajaste tu vista e inclinaste tu cabeza como si el recuerdo pesara. Por increíble que suene, tengo que decir que la luz que entraba por la ventana se posó en tu cabellera y se deslizó por tus hombros, como si te acariciara. Al tacto de la luz, tu cuerpo parecía revivir.

—Mamá nunca tuvo orgullo. O tal vez la necesidad era más, no lo sé. Se le ocurrió abordarlo en el tren, cuando volvía del trabajo. Cómo supo dónde o cuándo encontrarlo, tampoco sé.

Un rictus se instaló en tu frente.

—No quiero extenderme, sólo decir que fue tan humillante que para mí desde ese día en cada hombre veía un padre abandonado. Pero, bueno.

Silencio.

—Sí —respondí.

Vos te habías quedado suspendida. Miraste tu mano y subiste hasta mi cara desde mi puño escribiente y mi brazo de camisa arremangada.

Apretaste los labios como eligiendo qué decir.

—En realidad, me parecía tan grandioso. Que si me hubiera querido, no hubiera sabido qué es el temor, o la desazón, o tantas otras cosas. Mientras yo miraba su grandiosidad, ella, mamá, se quedaba chiquita como... ¿Sabés cómo? (risita amarga), como una raíz de jengibre, sí, como algo que se iba retorciendo y achicando, y recuerdo que él, con voz serena, gruesa, de esas que transmiten que todo lo saben y que sus deseos son órdenes, me dijo «lo siento mucho, ve por tu madre». Y se bajó en Juan B. Justo.

—Perdón, ¿te dijo «que vieras»?

—Sí, sí, que viera, como que cuidara de ella, porque claro, estaba así, como dije antes.

Te miré con pena, imaginando la escena.

—¿Y? —pregunté—. ¿Pudiste consolarla? Eras muy chica...

—Seguimos hasta la última estación, después caminamos hasta el río. Ella lloró más. Más que el río.

Sonreíste. Y, de verdad, casi eras la niña del relato.

—En un momento sentí tanta bronca, más que por él por ella, y le grité, prácticamente, que tenía que olvidarlo y que se diera cuenta de que no lo necesitaba, que él se lo perdía y ese tipo de argu-

mentos. Ella se fue calmando en su tristeza y yo me callé. Me callé muy bien que sí, que él era todo lo que nos hacía falta. ¡Qué vida distinta a su lado! Ninguno era como él. Pero él nos negó, y había que armarse de aceptación y seguir.

Me quedé observando tus gestos. Lo último que dijiste, lo sabía, era justamente lo contrario a lo que habías hecho. Sonreí con picardía, siendo tu defensor me lo permití.

—Y ahí es donde...

—Me armé. Él me dijo que viera, ¿no? Que viera por ella, que viera, claro, porque a él lo que nos pasara... ¿Tengo que decirlo?

Negué.

—Acá se te acusa de extorsión, amenazas e instigación al fraude. Son...

Conté, sumé y no dejaba de hacerlo, la miré sorprendido, y con cierta reverencia, admito.

—¿Sesenta y tres casos?!

—Todos hombres maravillosos, exitosos, inteligentes, fuertes y reverendísimos crápulas que tiran lo que no quieren en sus vidas, como despojos, por la ventanilla del tren, mientras siguen su viaje sin perturbación. Porque, cuando recuerdo aquella escena, veo que él es el que sigue para siempre en ese vagón y las que quedamos afuera somos nosotras, viéndolo partir.

Erguiste tu pecho y echaste hacia atrás tu cabeza abriendo tu boca para que el aire de la noche te inundara. Acompañando el movimiento tus ojos miraron hacia el cielo y se prendaron de la esfera brillante entre los árboles; había en ellos lo que nace en la total conexión, cuando sentimos amor, pertenencia, deseo. Ya no parecías rendida. Dirigiendo tu rostro hacia mí y luego hacia el documento, concluiste:

—Lo que hice fue repositivo. Perdieron lo que más les dolía y las hijas y los hijos recibieron un poco de lo que merecían, un poco

de lo que hubieran debido tener.

—Dicen que si no te hubieras entregado, nunca hubieran dado con la autoría. ¿Por qué? ¿Por qué entregarte?

—No vine por ellos —dijiste señalando el lugar—. Estoy de paso.

Levanté las cejas; siendo la mejor cazadora de padres ausentes, dudé de mis certezas legales. Aclaro, amo a mi hija, jamás podría abandonarla, no quiero el éxito si para eso me tuviera que deshacer de alguien que necesita de mí, que vino al mundo por mí.

—Acá hay acusaciones —atiné a decir balbuceando.

Sacudiste una vez más tu cabeza y, no cabía duda alguna, la capita de luna se movió en vaivén. Y yo no estaba drogado porque los consumos problemáticos ya eran historia para mí. Se lo debía a ellas, mi abrazo apretado.

—Son sesenta y cuatro. No. No está en el papel, como algunos más tampoco.

Nunca supe de dónde me nace mi profundo goce ante las mujeres diablas. Debo decir que las mujeres de mi vida no lo han sido; es decir, fueron, son, luchadoras, inteligentes, trabajadoras, pero eso... eso que a muchos hombres inquieta, o molesta de las desobedientes, a mí me resulta sublime.

—¿Puedo saber de qué se trata? Descuento que sepas que, como tu abogado, no lo puedo divulgar.

—¿Nunca Aurora, tu madre, te contó sobre el día en el que comenzó a recibir partidas regulares de cuota alimentaria? Y cuando se mudaron ¿no fue porque recibieron una parte correspondiente a la herencia por vía paterna?

Asentí; luego vos dijiste:

—Fue en el 86.

No podía ser cierto.

—¿Qué edad tenías en el 86? —pregunté, porque la mujer que tenía delante, ya en este punto de la conversación, no pasaría los treinta.

Te quedaste mirando melancólicamente el rayo plateado posado en el dije de tu brazaletes.

—Mil años o cinco minutos. Pero en el 86 me sentía de veinte. De vos me acuerdo. Conocí a tu madre cuando te llevaba al Gutiérrez, por tu asma. Todavía pienso en tu cara pequeña, roja de frío y fiebre.

Como lo que dijiste se deslizó como cualquier otra cosa que se dice por decir, no lo entendí en el instante, luego pensé que estabas delirando, y luego, con la misma certeza de que un rayo de luna descansaba en tu palma como una espada, recordé.

Contaría yo con nueve o diez años. En esa época me enfermaba mucho, tenía episodios de apnea a repetición. Mamá me llevaba a las consultas médicas y seguía los consejos sin descanso. Mi padre era una ausencia que se sentía. A mamá la casa vieja y derruida en la que vivíamos le daba pánico. Estaba llena de sonidos inquietantes, en las cañerías, en los zócalos, en la madera hinchada de las puertas. Cada tanto aparecía una cucaracha y ella presentaba los signos de la fobia. Por suerte yo no tenía problemas con todo eso, me sentía adentro de una casa embrujada, sólo que las malas condiciones de los muros y cimientos alojaban humedad y los hongos en las paredes despertaban mi alergia. Había que hacer reparaciones y no había suficiente dinero, y con todo, el esfuerzo nuestro, de mamá y mío, de pasar lavandina, o tapar fisuras, no alcanzaba.

El día aquel era de los más fríos de un julio muy frío, con el gradiente de humedad que en esta ciudad le gana a todo. Salíamos del hospital y yo tosía, mamá me cobijaba junto a ella y ponía el dorso de su mano en mi frente. En ese momento no presté atención, sólo vi que alguien le extendía a mamá una nota. Días más tarde te sentabas en nuestra cocina con papeles, documentos y fotos. No entendía de qué hablaban aunque el término «abandono» se repetía mucho y por supuesto que lo comprendía.

—Tu nombre... ¡Claro! —dije en voz muy baja.

—No, no lo digas, no importa. A mí me hizo el tiempo y me nombré a mí misma cuando me abrí camino desde el enigma que era mi padre. Soy todas y soy yo misma y cuando hago lo que hago restituyo el equilibrio.

—Nunca te agradecí, nunca más te vimos... ¿Cómo es posible que te veas como hace cuarenta años?

«Porque la justicia no es humana», susurró una voz dentro mío, que es la que me cuestiona siempre y me lleva a mis límites de leguleyo.

—Estaba algo ocupada.

Reímos al unísono y enseguida nos llamamos a silencio; estábamos en una comisaría, por poco se nos pasaba.

—¿Por qué hoy? ¿Por qué regresaste?

Me miró atentamente, me caló, diría.

—Me gusta el abogado que sos.

—¿Para decirme eso te entregaste?

—Lo mejor es que seguís siendo un poco niño.

La espada en tu mano refulgía. ¿Nadie estaba viendo? De todos modos, yo no temía, me gustan las mujeres diablas y me gustaba esta mujer ante mí con algo de víctima y algo de heroína y mucho de, según la ley, delincuente, claro.

«Si la delincuente es ella, el mundo está bien jodido».

—Vine porque ya es tiempo de salir del olvido. Mi hora comienza.

Así fue que una noche de esas de luna llena y atmósfera serena llegó la más olvidada, la no reconocida de las hijas del tiempo para restituir el flujo universal de la existencia. Como humilde defensor de pobres y ausentes, en un lugar perdido del sistema judicial fui testigo y parte de un reinicio del mundo. Uno más, porque aunque parezca que el futuro muere y la crueldad se en-

troniza, siempre hay un nuevo comienzo. Ella, cuyo nombre está en un expediente acusatorio, siempre vuelve y con su espada de luz corta el velo que nos ciega.

«Que vieras» dice su espada, y por toda una era, ningún ser humano podrá hacerse el distraído si una injusticia se comete, si la estupidez alimenta el egoísmo, y miserias por el estilo.

Antes de hacerse una con la luz selenia, hecática, artemísica, le pregunté algo que quedó sin aclarar:

—¿Cuál es el enigma de tu padre?

Anhelaba con esta pregunta develar el motivo profundo de los hombres que no aman.

—Es un boludo —dijo entre risas. Y ya no estaba más.

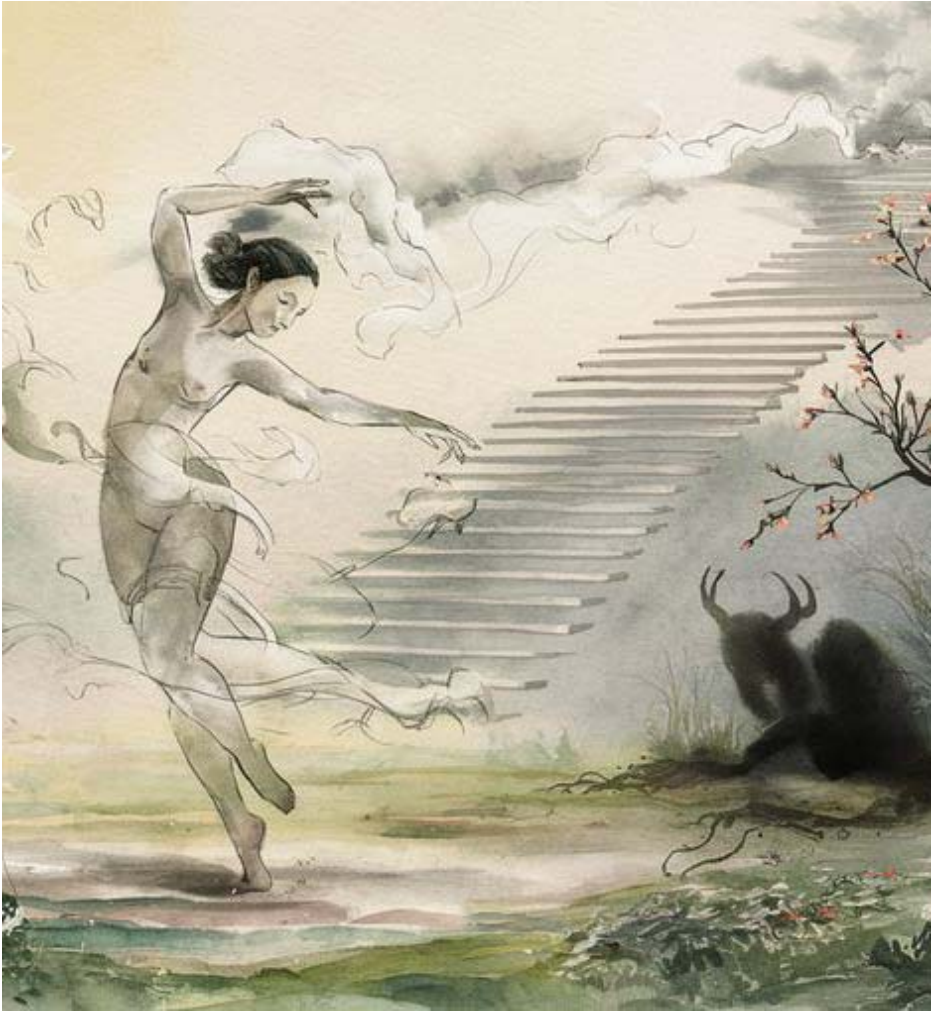


Sólo el instante es eterno

Laura Sánchez Solorio

Escritora mexicana (Zamora, Michoacán, 1981). Licenciada en Pedagogía por el Instituto Michoacano de Ciencias de la Educación (Imced) y en Filosofía por la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo (UMSNH). Maestra en Filosofía e Historia de las Ideas por la Universidad Autónoma de Zacatecas (UAZ), donde es docente investigadora. Actualmente cursa estudios en Investigación Psicoanalítica. Ha publicado los poemarios *Llego sin necesidad* (Ediciones de Medianoche, 2008), *Armatoria* (Abismos, 2014) y *Boceto para un hogar de silencio* (Taberna Librería, 2015).

***No hay nada más peligroso /
que una mujer que baila / con
su alma libre / eternidad vuelta
instante***



Sólo el instante es eterno

Laura Sánchez Solorio

I

Días espectros vamos habitando
mujeres y hombres que adoran
a ese nuevo Dios

El dinero ha comprado la vida
convirtiéndola en cosa
productos de consumo

de las órbitas vendieron sus ojos
rompieron los dientes del mundo
de tanto morder piedras
en búsqueda del oro

II

Encerrados en lo que ya está
reiterar el fracaso anunciado
una generación tras la otra
aspirando a la misma mentira

Dios se convirtió en dinero
Benjamín
lo advertiste hace tiempo

No hay aprendizaje sin amor
sólo roles trucos atajos

Mortales que reavivan su infierno

III

Un campo energético somos
cuerpos sin órganos
... está y no está al mismo tiempo...

Alquimia

Querer algo más que los estratos
deseo de existir ser algo más
júbilo de seres infinitos

sin destruir la significación
amando el silencio profundo

es preciso mimar las prácticas
ser en la unidad con el todo

mimar los sueños
sacralizar los sexos

IV

Cuando aparece la luz de luna
el campo energético en el cuerpo
se agota la esclavitud
escuchamos los sentidos

la confianza en uno mismo
reconocerse como el poder divino
que somos tú y yo
aquí y ahora

para liberar la vida del yugo del dólar
el arte de crear la propia existencia
sin juicios

V

Cuando la razón se marcha
aparece la paz su calma
campo eterno para cultivar
la dicha de estar vivo

Somos ángeles y demonios
luces y sombras
instante eterno
fusión con la Totalidad

VI

Abrazo al Otro en el fuego del silencio
con su propio aroma
con su diferencia abismal

mi amado mi compañero
mi enemigo
espejos del destino somos
para el Otro que soy yo
y también es divino

VII

Poéticamente habita el hombre
bendita tu locura Hölderlin
bendita manía de soñar
de tener fe en la palabra poética
aún frente al abismo

si *allí donde crece el peligro*
crece también lo que salva
hemos nacido para saltar
a los más altos abismos

y devolver lo sagrado a la vida

VIII

No hay nada más peligroso
que una mujer que baila
con su alma libre
eternidad vuelta instante

porque su alma es su cuerpo
y su existencia no produce
sólo es

una mujer que baila no factura
habita la danza
y comparte su habitación
con ángeles y demonios

IX

Somos aprendices del tiempo
poseemos en el cuerpo
una riqueza histórico-biológica

eso que hemos sido eternamente
aprendizaje del creador
hacer consciente lo inconsciente

activar el amor en el pecho
aprender del dolor
y soltar

diosas del agua del aire y lo terreno
enséñennos a fluir como antaño
a renacer sin miedos

X

Todo origen es destino
vacío intenso
de la nada a la Nada caminamos

el abismo habita el pecho

XI

Sólo el amor conduce a lo eterno
perpetua creación de flujos

Liberar la vida de sus monstruos
es abrazarlos quedito
llorar con ellos
amar sus terrores

devolvernos la propia alegría
libres de velos

XII

Bajamos escaleras
las subimos de nuevo
¿a dónde vamos?

Lugar sagrado es el aquí y ahora
nada hay antes ni después
sólo el instante es eterno

XIII

Despierto de madrugada
y yo no estoy allí
un susurro llega con voces
de otros mundos

Todo es efímero
todo está muriendo
los dioses nuevos van a morir
como los antiguos

sólo el amor es eterno



Textos

Lorena Sanmillán

Escritora mexicana (Monterrey, 1973). Arquitecta. Narradora, tallerista y promotora cultural. Diplomada en Creación Literaria por el Instituto Nacional de Bellas Artes y Literatura (Inbal). Maestría en Psicoterapia Gestalt. Forma parte del consejo editorial de la revista *Papeles de la Mancuspia* y coordina ediciones especiales en la misma. Fue becaria del Centro de Escritores de Nuevo León, Generación 2009. Ha obtenido diversos premios de minicuento, cuento y crónica. Su poemario *Retales de mi vida* obtuvo el accésit y mención especial del jurado por la revista *Katharsis* de Madrid (2008). Primer lugar en el II Concurso de Crónica y Relatos de la CEENL (2019). Primer lugar en el Concurso Epistolar Ninfa Sepúlveda Medrano (2022). Ganadora del VI Concurso Internacional Bitácora de Vuelos con la novela *Obsesión de cañamazo* (2023). Publicada en las antologías *Verso Norte, Diversidad(es)* (2021), *Hasta que comienza a brillar* (Suma, 2024). Imparte talleres de escritura creativa, escritura curativa y autobiografía.

***Ya quisiera desear, anhelar,
necesitar, ansiar, querer y que
estas palabras signifiquen algo,
aunque fuera por una sola vez.***



Textos

Lorena Sanmillán

I. Tú

Dios tuvo un sueño y le puso tu nombre.

II. Mi plegaria

San Millán:

Ya me encantaría postrarme de rodillas frente a un altar con o sin imagen y saber que al hacer eso, uno de mis deseos podría cumplirse.

Ya me gustaría peregrinar en una ruta ignota para alcanzar el destino donde me espera mi penitencia.

Ya necesito inventar, recitar y aprender un mantra que al repetirlo me dé tranquilidad.

Ya preciso que alguien escriba un libro que al leerlo me dé paz.

Ya desearía escuchar el sabor de la ternura, ver la intensidad de una caricia, oler el sonido del adviento, probar el retrato de la felicidad, palpar el perfume de una aurora boreal.

Ya quisiera conocer la humedad que dicen tienen las lágrimas y que éstas sean capaces de limpiar esa parte de mi alma que ahora se percude.

Ya tengo ansias de llevar a bolear mi sombra oscura sólo para que algo mío sea capaz de brillar.

Ya quisiera desear, anhelar, necesitar, ansiar, querer y que estas palabras signifiquen algo, aunque fuera por una sola vez.

Ya es perentorio escribir una plegaria en la cual creer.

Pero yo soy mi único Dios y me he perdido la fe.

III. Súplica

¡Libreme Dios de quienes quieren que escriba de esto o de aquello! De los que me quieren silenciar puedo librarme yo.

IV. El mounstro del silencio

Abro la mente, la imaginación y ahí está el *mounstro*. Sí, ese animal informe, acuciante y letal que no me permite pronunciar ni escribir cien por ciento segura algunas palabras cotidianas de tan comunes, pero que a mi lengua y pluma hacen bailar la tarantela al ritmo de huapango con un laúd desafinado sostenido por un manco. ¿Calcomanías o calcamonías? ¿Hubieras o huberías? ¿Catálogo o catálogo? ¿Ouroburos u ouroburus? Quedo estática frente al precipicio de mi duda. Dice Rafael Chirbes, en sus *Diarios*, que en su bulimia el *mounstro* se devora a sí mismo. Yo ni siquiera puedo escribir bien su nombre mientras el cursor titila sobre el blanco de mi silencio, imposibilitándome.



Dioses y monstruos

Zacarías Santorini

Fotógrafo venezolano (Caracas, 1987). Se formó en Roberto Mata Taller de Fotografía. Textos y fotografías de su autoría se han publicado en *Contexturas.org*.

Estamos acostumbrados a ver la muerte con temor, a vivir con la idea de que es algo monstruoso, como si con ello pudiésemos evitar que nos tome en sus brazos.



Corazón y ramillete de flores en miniatura muertas

Dioses y monstruos, personajes ambivalentes creados por nuestra psique como un espejismo, una forma de enfrentar la realidad. Viven con y dentro de nosotros, benignos y dañinos.



Rosas secas

Estamos acostumbrados a ver la muerte con temor, a vivir con la idea de que es algo monstruoso, como si con ello pudiésemos evitar que nos tome en sus brazos y nos lleve a otro destino que, presumimos, está apartado de todo tipo de bienestar, en un ambiente sombrío y doloroso.



Grupo de tumbas

Mucho se ha escrito sobre su arribo, sobre la forma como nos corteja y seduce para que la acompañemos —quién sabe a dónde realmente—, aunque con absoluta certeza su rapto será inevitable y nos llevará, querámoslo o no.



Silla rota de contemplación

Es posible que el miedo obedezca a que en la mayoría de los casos, cuando la muerte viene a buscarnos, en su forma monstruosa o de deidad, debemos abandonarlo todo y sufrir.

Aunque siempre se sufre cuando se deja algo que se quiere o no se puede obtener.

¿Para qué resistirnos entonces y aferrarnos a algo que llegó a su fin? ¿Para qué?



Ramo de rosas vivas y rosas en miniatura secas

Recibámosla como a la mujer amada.

Como diosa, deseada y querida, dará lo mejor de sí para prodigarnos placer, así tengamos que sufrir.

Es nuestra única alternativa para estar más tranquilos ante lo único inexorable en nuestras vidas.



El legado

Nery Santos Gómez

Escritora y gestora cultural venezolana (Caracas, 1967). Licenciada en Relaciones Industriales y máster en Creación Literaria. Ha publicado los libros *Hilanderas de tramas, historias escondidas* (2012, 2022); *Lazareto de afecciones* (2018); *Al borde de la decencia* (2019); *Fronteras desdibujadas* (2021); *El baile de los colores y otros cuentos* (2022), y *Almazuela* (2023). Ha participado en congresos internacionales en España, Túnez, Egipto y Colombia. Ha ganado varios concursos internacionales de literatura, entre otros, el primer premio al mejor libro de historias cortas de ficción en español, dos segundos premios en el International Latino Book Awards (Los Ángeles, 2019) y el premio Escriduendes a la mejor narradora hispanoamericana en la Feria del Libro de Madrid (2021). Mantiene en *El Diario de Madrid* la columna «Fronteras desdibujadas» y conduce un programa de entrevistas a escritores en GDanse TV. Sus libros han sido traducidos al inglés, al francés y al árabe.

***Sé que Quico no me haría daño;
él es mi gnomo. Uno de los de
verdad, que se escapó de un
cuento o bajó de los cráteres de
la luna y no sabe cómo regresar.***



El legado

Nery Santos Gómez

Las sábanas mojadas se pegan a mi cara mientras corro entre la urdimbre de cuerdas. Mis uniformes escolares, de cuadros negros y blancos, se mecen al viento como ahorcados. Mi madre riega a baldazos las enredaderas que cuelgan desde la azotea hasta el primer piso, como largas trenzas de princesas prisioneras. La sigo hasta las lavadoras mientras voy dando vueltas y saltando. Entre las dos máquinas jubiladas está la que aún sirve. Me meneo al ritmo del sonido que produce el movimiento del rodillo. También se balancea Quico. Yo le sonrío y él trata de imitarme con el hueco salivoso y oscuro que tiene por boca, mostrándome el único diente que tiene. Golpea la taza contra las barras de la jaula para exigir su alimento. Mamá me pide que baje a buscarle avena, mientras ella agrega panela de jabón rayado a la ropa en remojo. Cuando regreso con la comida se la alcanzo a Quico metiéndola entre las rejas y le acaricio la mano.

Mamá grita de espanto y me regaña:

—No te atrevas a meter la mano en la jaula. Mira lo que me pasó por hacer eso —dice, mientras me muestra unas marcas en el antebrazo de un color morado, como las bromelias que sembró abuela antes de morir. Retiro la mano, pero sé que Quico no me haría daño; él es mi gnomo. Uno de los de verdad, que se escapó de un cuento o bajó de los cráteres de la luna y no sabe cómo regresar.

Mamá prepara la manguera para bañarlo. Quico grita con pánico. Le teme al agua, pero se debe limpiar toda la inmundicia que deja en la jaula.

Es media noche y otra vez me despiertan los gritos de Quico

desde la azotea. Tal vez tenga frío. Mamá cubrió con cartones de huevo toda la habitación que lo encierra, para evitar que los vecinos se quejen de sus gritos. Sin embargo, contra todas las precauciones, los alaridos se escapan y suenan como gatas en celo.

Subo de puntillas. Quico se calma cuando me ve. Le meto una cobija entre los barrotes. Le digo que abriré la ventana si se está callado. Un rayo de luna se filtra entre las sombras. Le cuento que escuché en la escuela que están haciendo una nave espacial para viajar a la luna. Que tal vez descubran a los que son como él, viviendo allá arriba. Quizás vengan encaramados en un rayo de luna y se lo lleven a jugar. Le prometo que en la luna no hay mangueras, sino piscinas de agua caliente. Quico se calla y escucha como si me entendiera. Mamá dice que él no entiende nada, pero sé que desde que le conté lo de la luna quiere que le abra la ventana todas las noches y suspira a través del hoyo negro que tiene por boca, mientras le cae la saliva sobre su mano torcida.

Es carnaval. Mamá y yo subimos a la azotea con los bultos de ropa de la semana. Como ya estoy grande le ayudo a cargarlos.

Mi madre asea y alimenta a mi gnomo. A éste le lagrimea el único ojo que puede abrir y no hay nada que podamos hacer para remediarlo. Vamos juntas a regar las enredaderas y desde arriba vemos un grupo de marineros con sus uniformes blancos. Mamá no se resiste y les lanza un balde de agua. Nos escondemos desternillándonos de la risa. Los hombres gritan de sorpresa y con furia tratan de descubrir de dónde vino el golpe de agua. Nos quedamos acuclilladas un rato mientras a lo lejos vemos los barcos anclados. Ella me abraza y se pone triste de repente. Conociendo su añoranza, le pregunto por mi padre y por qué no está con nosotros.

—Era un hombre muy guapo —me dice—, con unos ojos azules como los tuyos. Usaba un uniforme como los hombres que acabamos de mojar. Quería llevarme a recorrer el mundo, pero la jaula de Quico no cabía en su embarcación.

Yo le prometo que cuando crezca me montaré en un barco de esos e iré a buscarlo. Y se lo traeré de vuelta, así tenga que recorrer el mundo entero. Día tras día ayudo a mamá y le subo la comida a

Quico. A menudo es una papilla de arroz. No puede tragar nada muy duro. Mi pequeño gnomo se pasa la mano por la cabeza gigante y monda, a la vez que lanza tres chillidos de alegría cuando me ve. Mamá, como siempre, me previene con su letanía de que no me confíe y que no meta la mano en la jaula, pues es peligroso.

Hoy amaneció gris y lluvioso. Mamá se está muriendo; lleva varios meses en cama. Por suerte ya estoy crecida y puedo ocuparme de todos los asuntos de la casa. Mamá me llama a su lado y me entrega su reloj de oro y sus aretes de diamantes. También me da las llaves de la casa y de la jaula. Me pide perdón por hacerme lo mismo que su madre le hizo a ella, al encomendarle el cuidado de su hijo. También dice que no cree que Quico dure mucho y que tal vez entonces pueda yo lanzarme al mar a recorrer el mundo.

Avanza la noche y subo a la azotea a llorar mi desgracia. Quico suelta lamentos estridentes como siempre. Abro la ventana y veo un rayo de luz colarse en el cuarto.

—Tal vez los que son como tú se deslicen por un rayo de luna y vengan pronto a buscarte, Quico.



La Corrección de los Corderos

Fernando Sorrentino

Escritor argentino (Buenos Aires, 1942). Es profesor de lengua y literatura. Ha publicado, entre otros, los libros de cuentos *Imperios y servidumbres* (1972; 1992), *El mejor de los mundos posibles* (1976), *El rigor de las desdichas* (1994), *La corrección de los corderos y otros cuentos improbables* (2002), *Existe un hombre que tiene la costumbre de pegarme con un paraguas en la cabeza* (2005), *El regreso. Y otros cuentos inquietantes* (2005), *En defensa propia / El rigor de las desdichas* (2005), *Costumbres del alcaucil* (2008), *El crimen de san Alberto* (2008), *El centro de la telaraña y otros cuentos de crimen y misterio* (2008), *Paraguas, supersticiones y cocodrilos* (Verídicas historias improbables) (2013), *Problema resuelto / Problem gelöst* (bilingüe español/alemán, 2014) y *Los reyes de la fiesta y otros cuentos con cierto humor* (2015); la novela *Sanitarios centenarios* (2000); la *nouvelle Crónica costumbrista* (1992; reeditada como *Costumbres de los muertos*, 1996); el ensayo *El forajido sentimental: incursiones por los escritos de Jorge Luis Borges* (2011), y varios libros de relatos para niños o adolescentes y libros de entrevistas. Libros suyos han sido traducidos al inglés, al portugués, al italiano, al alemán, al polaco, al chino, al vietnamita y al tamil.

Lo que a mí me quitaba el sueño era la inconcebible existencia de corderos que fueran no sólo carnívoros sino, por añadidura, predadores, y de carne humana.



La Corrección de los Corderos

Fernando Sorrentino

Según noticias de fuentes muy dispares —y siempre fidedignas—, la Corrección de los Corderos suele últimamente aparecer, cada vez con mayor frecuencia, en distintos puntos de Buenos Aires y de las localidades vecinas.

Todas las informaciones coinciden en describir la manera en que se produce el advenimiento de la Corrección: de pronto aparecen, como surgidos de la nada, cincuenta corderos blancos; en seguida acometen contra una víctima —evidentemente prefijada— y en contados segundos la devoran y carcomen hasta dejarla en sólo su esqueleto; así, tan súbitos como llegaron, en un instante se dispersan y huyen en todas direcciones. Guay de quien ose estorbarles la fuga: al principio se registraron muchos casos fatales; después, los potenciales imprudentes escarmentaron en cabeza ajena, y ya nadie se opuso a la Corrección.

En fin, no tiene sentido extenderme en estos pormenores; todo el mundo está suficientemente informado por medio del periodismo oral y escrito, y el material fotográfico y filmico es abundante.

La mayor parte de la gente se halla profundamente preocupada por la Corrección, por sus estragos imprevisibles, por su secuela de muerte y de miedo. Pero la mayor parte de la gente es simple, de escasas luces y carente de poder de reflexión, y su inquietud se limita, meramente, a desear que la Corrección no exista. Desde luego, este deseo no anula la Corrección y, mucho menos, logra averiguar sus causas y su sentido.

El error básico reside en que, absortos por la Corrección, se han olvidado de las víctimas. Durante —digamos— las primeras cien

ejecuciones, lo que a mí me quitaba el sueño era la inconcebible existencia de corderos que fueran no sólo carnívoros sino, por añadidura, predadores, y de carne humana. Después advertí que, por perderme en esos detalles, descuidaba lo esencial: la personalidad de las víctimas.

Me di, pues, a hacer averiguaciones sobre la vida de los occisos. Como si fuera un sociólogo, empecé por lo más burdo: por los datos económico-culturales. La estadística resultó inservible: en todos los estratos había víctimas.

Entonces cambié de sistema. Busqué conversación con parientes y allegados, y les tiré un poco de la lengua. Los testimonios fueron variados y, a veces, hasta contradictorios. Pero, ya con harta frecuencia, comencé a oír cierto tipo de frase: «Que en paz descansen el pobre, pero la verdad es que...».

Una intuición *casí* inequívoca me iluminó. Y, en seguida, me sentí *casí* por completo seguro de mi embrionaria hipótesis el día en que la Corrección descarnó a mi próspero vecino, el doctor P. R. V., el mismo en cuyo bufete...

El caso de P. R. V. me condujo, de manera absolutamente natural, a la comprensión definitiva del enigma.

Bien. Yo odiaba minuciosamente a Nefario. Pero no quería que este odio contaminara de baja pasión la fría objetividad que deseo para este informe. No obstante, me veo obligado, en aras de la intelección del fenómeno, a permitirme una digresión de carácter personal. Aunque quizás a nadie interese, tal excursión es imprescindible —siempre que se me crea— para admitir o rechazar mi hipótesis sobre las causas y los fines que mueven a la Corrección de los Corderos.

La digresión es esta. Lo cierto es que el apogeo de la Corrección coincidió con una lúgubre comarca de mi vida. Hostigado por la pobreza, por la desorientación, por la pena, me sentía en lo profundo de un pozo oscuro cuya salida ni siquiera lograba imaginar. Así estaba yo.

A Nefario, en cambio, la vida —como suele decirse— le sonreía. Claro: el único objetivo de su proterva existencia era el dinero. Sólo le importaba eso: ganar dinero, por el dinero mismo, y en ese fin sagrado concentraba todas sus despiadadas energías, sin reparar en medios ni escrúpulos. Innecesario es decir que obtuvo éxito rotundo: Nefario era lo que se llama un triunfador.

Yo —ya lo dije— estaba muy necesitado. Y qué fácil resulta abusarse de quien padece. Nefario —ese buitres codicioso que jamás había leído un libro— era editor. Yo, a falta de otra cosa, realizaba para él traducciones o correcciones: Nefario no sólo me pagaba sumas irrisorias, sino que, además, se solazaba en humillarme con ruegos y demoras.

(La vejación y el fracaso ya eran parte de mi persona, y yo me había resignado a ellos.)

Cuando le entregué mi último trabajo —esa maldita y engorrosa traducción—, Nefario, como tantas otras veces, me dijo:

—Por desgracia, hoy no puedo pagarle. No tengo un centavo.

Esto me lo decía en su lujoso despacho, bien vestido, perfumado, sonriente. Y, desde luego, triunfador. Yo consideré mis zapatos agrietados, mi ropa vieja, las urgencias de mi familia, mi agobio de tristezas. Haciendo un esfuerzo, dije:

—¿Y para cuándo cree que...?

—Vamos a hacer una cosa —su aire era optimista y protector, como si tratara de ayudarme—. Este sábado no, porque me voy a hacer una escapadita a las playas de Río de Janeiro. Pero el otro, a eso de las once de la mañana, véngase a mi domicilio particular, que arreglamos la cuentita.

Me estrechó cordialmente la mano y me dio una palmada de aliento y amistad en la espalda.

Quince días pasaron. Junto con el sábado anhelado, llegué yo a la hermosa casa de la calle Once de Septiembre. El verde de los árboles, la fragancia vegetal, el esplendor del cielo y la belleza de ese barrio me hacían sentir más desolado aún.

A las once y cinco oprimí el timbre.

—El señor está descansando —me informó una mucama de guardapolvo azul con lunares blancos.

Vacilé un instante, dije:

—¿Y la señora?

—¿Quién es, Rosa? —se oyó.

—Yo, señora —levanté la voz, aferrándome a aquella posibilidad—. ¿Está el señor Nefario?

Rosa se retiró y fue reemplazada por el rostro, cubierto de cosméticos, de la señora de Nefario. Con grueso tono tabacal, me increpó:

—¿No le han dicho que el señor está descansando?

—Sí, señora, pero como me citó para hoy a las once...

—Bueno, pero está descansando —replicó, de modo inapelable.

—¿No le habrá dejado algo para mí? —pregunté estúpidamente: ¡como si no lo conociera a Nefario!

—No.

—Pero resulta que él me había citado para...

—Le estoy diciendo que no me dejó nada, señor. Haga el favor de no molestar, señor.

Entonces oí una algarabía de balidos y vi que llegaba la Corrección de los Corderos. Me hice a un lado y, para mayor seguridad, me trepé a la verja, si bien mi conciencia me decía que la Corrección no venía en mi busca. Los corderos, como una tromba, irrumpieron en el jardín y, antes de que los últimos entraran en él, ya estaban los primeros en el interior de la casa. En pocos segundos, a la manera de un sumidero, la puerta de Nefario absorbió todos los animales: el jardín quedó hollado; las plantas, destruidas.

Por una ventanita primorosa se asomó la señora Nefario:

—¡Venga, señor, venga! —gimió, con el rostro congestionado y lloroso—. ¡Ayúdenos, señor, por favor!

Movido de alguna curiosidad, entré en la casa. Vi muebles volcados, vi espejos rotos. No vi los corderos.

—¡Están arriba! —me informó la señora Nefario, procurando arrastrarme de un brazo en dirección al peligro—. ¡En nuestro dormitorio! ¡Haga algo, no sea cobarde, pórtese como un hombre!

Supe resistirme con firmeza. Nada más lejos de mis principios y convicciones que pretender oponerme a la Corrección de los Corderos. De lo alto venía un confuso rumor de pezuñas. Las redondas grupas lanudas se agitaban alegremente, acompañando quién sabe qué movimiento de presión contra qué cosa. En una visión fugaz, distinguí a Nefario; fue un segundo: desgredado y horrorizado, gritó algo e intentó con una silla atacar a los corderos. Pero en seguida se hundió entre las blancas y rizosas lanas, como quien es violentamente succionado por arenas movedizas. Hubo aún un breve tumulto concéntrico y el ruido creciente de mandíbulas que desgarraban y trituraban y, de vez en cuando, el pequeño estrépito de un hueso quebrado. Las primeras maniobras de dispersión me indicaron que los corderos habían concluido su tarea, y un instante después los animalitos iniciaron el raudo descenso por la escalera. Alcancé a ver algunas manchas de sangre en la impoluta albura de sus lanas.

Curiosamente, esa sangre —para mí, un símbolo de afirmación ética— terminó de hacerle perder la cabeza a la señora Nefario. Sin dejar de dirigirme llorosos insultos y de decirme cobarde, se lanzó al living con una gran cuchilla en la mano. Como yo bien sabía qué les ocurre a quienes pretenden entorpecer la Corrección de los Corderos, permanecí en un respetuoso segundo plano, observando el rápido y notable espectáculo de la descarnación e ingestión de la señora Nefario. Después, los cincuenta corderos ganaron la calle Once de Septiembre y, como tantas veces, huyeron hacia todos los rumbos.

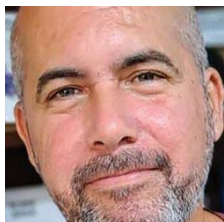
Rosa, no sé por qué, parecía un poco impresionada. Le dije unas palabras reconfortantes y, libre ya de odio, me despedí de la muchacha con una sonrisa.

Es verdad: no había logrado, ni lograría, que Nefario me pagara aquella engorrosa y maldita traducción. Sin embargo, el verde de los árboles, la fragancia vegetal, el esplendor del cielo y la belleza de ese barrio me hacían repicar de júbilo el corazón. Cantaba.

Sabía que el oscuro pozo en que me hallaba sumido empezaba a iluminarse con la primera luz de esperanza.

Corrección de los Corderos: muchas gracias.

(publicado en el diario *La Nación*, de Buenos Aires, el 30 de septiembre de 1979, e incluido en el libro *En defensa propia*; Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1982).



Poemas

Raudel Sosa Pérez

Escritor cubano (La Habana, 1977). Técnico medio en mantenimiento eléctrico industrial. Trabaja como librero en la librería Fayad Jamís. Ha obtenido menciones en los concursos Regino Pedroso y Óscar Hurtado (2018), y en el José Carlos Capparelli 2023, del que fue finalista en 2024. Ha recibido los premios Antología Reproches y Goldeditorial 2024, y el segundo premio en el Certamen de Verso Libre MX, de la Academia de Poesía de la Ciudad de México. Sus poemas han sido publicados en diferentes antologías y revistas nacionales e internacionales.

***Soy alma hechizada de simiente
oscura, / noche de dioses
olvidados en la desnudez del
comienzo; / caerán las estrellas
y seré luz, regresarás / y seré
piedra mirando sobre mi
hombro / al ángel en tu mirada.***



Circe (1910), de Frederick Stuart Church
Museo Smithsonianiano de Arte Americano

Poemas

Raudel Sosa Pérez

Oráculo de Tiresias

La noche fue un viaje en vano.
Remar sobre los húmedos cuerpos
sólo dejó el palpitar de las estrellas en el fondo de los ojos.
Cuando la luz se enfríe y mi voz se seque,
vagarán por la orilla de la aurora con el alma desnuda,
seguirán el sendero que sus pasos abrieron a mi sombra;
el recuerdo será algo fresco que adormecerá
el dolor de las punzantes astillas
ocultas debajo de la piel.

Invocación de Odiseo

Oré en las cenizas
al dios oscuro que habita su sombra,
vertí la sangre de la víctima,
encendí los altares
y la luz se extendió como un fuego
revelando los sacros vitrales de sus ojos.

Circe

Soy de polvo y silencio,
sombra que huye.
Soy de isla y viento calcinado de salitre,
voz que grita.
Soy de ese arrepentimiento
que culmina el sueño, en ave enjaulada
por sí misma, carpintero en ciernes.

Soy alma hechizada de simiente oscura,
noche de dioses olvidados en la desnudez del comienzo;
caerán las estrellas y seré luz, regresarás
y seré piedra mirando sobre mi hombro
al ángel en tu mirada.

Eros y Tánatos

Partes desde la ausencia de los días
donde la inocencia era reina de los juegos
y sólo la luz adormecía las ideas.
Ahora te impones cuando los huesos
son quebradizas ramas
y los cuervos del horror han devorado la sonrisa
y las palabras de amor
que guardé al silencio de tus pasos.
¿Recuerdas aquella locura, aquel impulso
sexual desmesurado,
recuerdas aquel dios que nos amaba?
Algún día entre el alba y el ocaso
besaré la sombra de tus alas y seré el dueño de la noche,
seré un pequeño dios de los cocuyos
y tú un lejano sueño de los hombres.

Penélope

La distancia me abrume,
es un eco consagrado a la nostalgia,
es el vuelo de un cuervo presagiando olvido.
Y yo ignorante de sus pasos,
y él derramándose hacia el mundo.
El cuervo vuela y suspiro,
hay una fuga de estrellas entre sus alas.
He sido paciente y mi deseo es simple;
la sangre fluye e impulsa los navíos,
sorbo un poco de té junto a la ventana,
graznan solitarias gaviotas a mi oído.

Nicte alucinada

Abrázame el alma, Nicte alucinada,
porque soy una sombra
donde titilan nerviosas estrellas distantes
y una luna mengua o crece con los días.
Perdóname la luz, los apagados temblores,
la lluvia que palidece al cuerpo,
la luna que palpita en mi pecho,
el viaje hacia el día zozobrado;
¿no escuchas? Las hijas de Erebo aúllan a mi oído,
me persiguen los perros del silencio.

Premonición de Casandra

Antenor, los teucros se volverán sordos
y tus consejos serán vanos,
la bella hija de Leda no será de vuelta
y el corcel de Palas gestará nuestra suerte.
Loxias, mi espíritu ha estado en la estancia de las parcas,
mis ojos han visto los hilos del destino;
Ilión caerá. La sangre correrá cual otro Escamandro
y de nada servirá refugiarse en los templos.
Los dioses nos han abandonado.

Otra vez Penélope

Dicen que la guerra terminó,
pero en la madeja de susurros aparecen muchos nudos;
hace tanto de su partida...
La noche infeliz se me enreda entre los dedos,
negra lana salpicada de plata.
Noble Euriclea, tus lágrimas manchan el tapiz,
no más llanto, sé mi voz y anuncia a los pretendientes,
el final de mi labor.

Moiras

La fuerza que te arrastra hacia el fondo es ineludible,
el alma está cubierta de huesos y tendones,
de carne y de deseos; caerás y romperás los sueños,
sanarás y volverás a lanzarte al vacío,
hasta que algún dios decida liberarte
a fuerza de cansancio.

Héroe

Madre, soñé que mi cuerpo era igual al de los dioses
y, con reluciente casco de suaves crines,
me erguía sobre el resto de los míseros mortales.
Mi piel brillaba con el polvo de los valles;
cual gigante devastaba las hordas enemigas
que en vano las murallas atacaban.
Sus almas, hacia las naves perseguidas,
a los dioses invocaban;
cual furia del averno un Dios rugió con odio
y el enemigo retornó con gran pujanza.
Madre, un héroe sin par arrojó su lanza
que a otro héroe igual segó de pronto,
y atándolo a su carro se fue arrastrándolo en el polvo.
Madre, tuve miedo, aquel cadáver tenía mi rostro.

Anticlea

Hay un dolor como de flecha
hincada en el pecho, una locura que lacera
los latidos más bajos.
Hay una multitud de voces
en un lamento continuo, una fuga de aves
hacia un crepúsculo premonitorio.
Hay un adiós y un viento frío
a la orilla del mar.
Hay un dolor insospechado
en esta hora de amaneceres.

Ezis

¿Qué espacio te devuelve?

Hay en ti un infinito palpitar de la noche,

un polvo oscuro de universo

y, sin embargo, tan simple te posas en los ojos

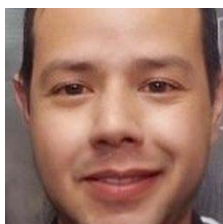
como el rocío cristalino de los lirios,

o nos abrazas el pecho

con el frío de alguna estrella

que aún vemos brillar,

a pesar de haberse apagado hace muchos años.



Bestiario de país roto

Cristian Soto

Escritor venezolano (San Cristóbal, 1989). Tiene estudios en literatura, español y psicología, egresado de la Universidad de los Andes (ULA) y de la Universidad Bicentenario de Aragua (UBA). Es docente universitario en la Universidad Nacional Experimental del Táchira (Unet) y crítico de cine en Cultura Colectiva y oscarZine. Autor de *Muerte en Machu Picchu* (Vicio Perpetuo, Perú, 2024). Textos suyos han sido publicados en diversas antologías hispanoamericanas difundidas en Venezuela, España, México y Colombia. Ganador del Concurso Cartas de Amor Ceinfolim (2023) y Microcuentos para una Tarde de Verano (2022).

***Las bestias, que alguna vez
fueron poderosas figuras del
imaginario, quedaron
neutralizadas ante un país roto.
Todas ellas, al igual que yo,
habíamos recibido una
notificación tácita, no en fríos
documentos burocráticos, sino
en la ausencia de temor en los
ojos de los mortales, en la
indiferencia ante lo
sobrenatural: nuestra era había
concluido.***



Bestiario de país roto

Cristian Soto

La madrugada, cual velo nupcial raído, cubría los vestigios espectrales de El Calvario. Yo, el único humano agraciado con la videncia del más allá, asumí el rol de silencioso mediador en aquella reunión. La electricidad, un lujo olvidado, no guiaba nuestros pasos, sólo el parpadeo anémico de luna menguante que proyectaba sombras danzantes entre la hierba. La convocatoria, aunque tácita, vibraba con una urgencia compartida: exorcizar la crudeza de una realidad que robaba nuestro sentido.

Poco a poco, mis compañeros fueron llegando al punto de encuentro: el esqueleto oxidado del Antiguo Reloj del Sol, cuyas agujas parecían medir un tiempo detenido en la desolación, como si el propio tiempo se negara a avanzar en esta era de desencanto. Era innegable, menguaba hasta la sombra misma nuestro gentilicio. Brotando más tierra yerma que siembras verdes, alzándose más escombros que concreto firme, imponiéndose más la quietud de la muerte que el bullicio de la vida. En aquel conciliábulo, impregnado de la resaca amarga, la orden de una cápsula del tiempo germinó como un brote de esperanza tardía, un desesperado intento por legar un testimonio incierto. Cada una de las bestias depositó un objeto emblemático en ese improvisado cofre que yo, con responsabilidad obediente, debía proteger.

Desde las entrañas húmedas y olvidadas del Orinoco, con un reptar pausado y sinuoso que hablaba de la lenta agonía de su cauce, llegó la serpiente de múltiples cabezas. Depositó una escama opaca y quebradiza. Su brillo, conferido por la naturaleza, era ahora áspero al tacto; evocaba lo turbio de los vertidos en sus aguas y el mercurio de los garimpeiros. Casi al mismo tiempo, diminutas fi-

guras escurridizas emergieron de entre las ruinas: los Momoyes. Fieles a su conexión íntima con una tierra que se desvanecía bajo el asfalto, ofrendaron una semilla mustia de mango que simbolizaba la esterilidad de los bosques talados, de la savia, de los frutos y de la raíz ancestral. Sus bosques se habían reducido a solares baldíos, y sus lagunas sagradas, espejos de agua cristalina, a charcos de peste y moscas. ¿Cómo podían seguir protegiendo un edén que ya no existía?

Con paso lento y firme, resonando en el pavimento roto, llegó la Reina, la Madre, María Lionza. La deidad sincrética venerada en cada sendero. En sus manos sostenía una pequeña orquídea silvestre, aferrando aún sus brotes a un fragmento de tierra húmeda. Sin articular palabra, posó su mano fría sobre mi hombro, un gesto que encerraba una despedida silenciosa. Su belleza, aunque infinita, no lograba ocultar la honda decepción que velaba sus ojos oscuros. En ellos vislumbré el dolor de una madre flagelada. Ya no fascinaba, ya no maravillaba. Los viejos terrores se desdibujaron, los monstruos ya no eran ellos, ahora eran de carne y hueso, de frialdad tecnológica y fractura mental.

El Chupacabras, con famélica resignación, dejó caer un colmillo afilado y hueco, teñido de un óxido rojizo, vestigio de una voracidad inexistente. Hacía mucho tiempo que la tierra no ofrecía fertilidad, que las cenas se programaban en impresoras de alimentos. No se comprendían los instintos primarios, no se comía de la tierra, no se mantenía de ganado. No escaseaba; simplemente, había desaparecido del paisaje rural, engullido por la modernidad.

Juntos llegaron Ismael, ánima protectora de los desamparados, y Cabeza de Hacha, el espectro justiciero de los barrios bajos, cuyo semblante sombrío reflejaba la impunidad rampante. Ambos depositaron balas desgastadas que alguna vez pendieron de sus rosarios como símbolos de una justicia esquiva. Nadie les rezaba ya, nadie los invocaba en la oscuridad de la noche, nadie temía su intervención. La diáspora de muchachos le había robado las víctimas. En las pocas calles, no había jovenzuelos a quienes proteger o castigar.

Con su saya inmaculada, ondeándola entre la brizna, levitó la Sayona hasta mis pies. Ofrendó un pequeño costal repleto de alianzas masculinas, despojadas con furia de los dedos infieles. Según

sus palabras susurradas, cargadas de resentimiento frío: «Los adúlteros se espantan más con la escasez del combustible y las cuentas por pagar que con mi presencia». Su venganza, otrora temida, palidecía ante las urgencias de una supervivencia precaria.

Me sorprendió la ofrenda del Silbón. El amo y señor de la noche arribó emitiendo su lúgubre canto. Con el viento gélido que lo acompañaba, depositó un billete de alta denominación, completamente devaluado e inservible. Cuando cuestioné su elección, me inquirió con una amargura palpable: «Es el testimonio de la burla en la que se han convertido; son más asquerosos que nosotros». Era cierto, los billetes no alcanzaban para los excesos de la noche. Los pecados eran otros, monedas corruptas dominando la especie.

Las Lloronas fueron las últimas en llegar, dejando caer lágrimas petrificadas, opacas y cargadas de dolor ancestral. No eran lágrimas frescas de la pena reciente, sino la cristalización de una angustia generacional, pues en este nuevo mundo de corporaciones sin alma y fronteras permeables, no había niños que arrebatar de las cunas. Hace mucho que la tasa de natalidad seguía en números rojos. Tristes, las damas de las sombras se unieron al silencio colectivo, un silencio más elocuente que cualquier grito.

Las bestias, que alguna vez fueron poderosas figuras del imaginario, quedaron neutralizadas ante un país roto. Todas ellas, al igual que yo, habíamos recibido una notificación tácita, no en fríos documentos burocráticos, sino en la ausencia de temor en los ojos de los mortales, en la indiferencia ante lo sobrenatural: nuestra era había concluido. Las voces del infierno cerrarían sus portales por un largo tiempo; prescindían de nuestros servicios. La amenaza del castigo sobrenatural perdía su peso mordiente, pues el mundo de los vivos ya era el mismísimo infierno.

Cerré el improvisado cofre con todas las reliquias. Cavé un hoyo al pie del esqueleto del reloj y enterré aquella cápsula de tiempo, un testimonio mudo de una era extinta. Pronto maduró el alba y sucedió la desmemoria anunciada. Con los primeros rayos del catire, fueron desvaneciéndose mis amigos. El Silbón se disolvió en una bruma que olía a tierra húmeda. Su silbido final se convirtió en un eco lejano. La Sayona dejó caer su saya inmaculada y, al elevarse, el

viento arrastró consigo a sus lamentos antiguos. Los pequeños Momoyes se tomaron de la mano y, bajo una ráfaga de hojas secas que crujían dulcemente, se desvanecieron en la tierra agrietada. Las Lloronas clamaron por última vez en conjunto un clamor seco, sin lágrimas que verter. Por primera vez, aquel llanto espectral no me generó terror, sino una congoja indescriptible.

Yo también sentí el cambio, un escalofrío en mi cuerpo que no era de frío, sino de un retorno inevitable. Previamente, con las instrucciones de este aquelarre crepuscular, recibí el mensaje de mi viejo amigo, el diablo al que una vez derroté en una contienda de versos endiablados: «El amanecer te devolverá a tu condición mortal. Tu victoria tuvo su precio, y el tiempo, como el canto, tiene su final».

Una punzada, la primera en siglos, me recordó la fragilidad de la carne. Mi inmunidad a los males de este mundo expiró también con la última sombra de la noche. Ya no sería el privilegiado, el mediador entre mundos. Volvía a ser Florentino, el mortal, a expensas de la naturaleza. Sin embargo, no estaba seguro de si era un premio, ser mortal en un país que ya no me gustaba. ¿Sentir de nuevo el peso del cuerpo, la vulnerabilidad de la piel? Era una sensación extraña después de tanto tiempo. ¿Y qué significaba volver a este país, donde los miedos ancestrales habían sido reemplazados por la angustia cotidiana?

El aquelarre de bestias había llegado a su fin, dejando en el aire enrarecido muchas preguntas sin respuestas, una sombra persistente en la conciencia colectiva: ¿quiénes eran ahora los verdaderos monstruos de esta fantasía?

No lo sé. Iré a cabalgar los llanos, a ver si encuentro nuevas certezas en la vastedad de una tierra que se desangra en silencio.



Majestades y magia en tres

Iris Tocuyo Llovera

Escritora y artista plástica venezolana (Quiriquire, Monagas). Licenciada en Letras por la Universidad Central de Venezuela (UCV). Tiene cursos de posgrado en Psicología Social y Teoría del Comportamiento en la Universidad Simón Bolívar (USB), de Teoría de la Comunicación en la Universidad del Zulia (LUZ) y de Asesoría y Orientación en la Universidad Nacional Abierta (UNA). Es profesora universitaria. Ha publicado varios libros de literatura infantil y de poesía y textos suyos han sido publicados en diversas revistas internacionales. Como artista plástica ha participado en varias exposiciones dentro y fuera de su país. Monólogos de su autoría han sido representados en el teatro. Tallerista para niños y maestros en Venezuela, Argentina, Bolivia, Perú y Estados Unidos. Dirigió el Museo Nueva Cádiz en La Asunción, isla de Margarita (2010). Profesora de español como segunda lengua en las islas del Caribe.

El mago envuelto en tules y capas daba giros y sacudía con fervor las ramas hasta llegar al cuerpo de la Reina, a la cual fustigaba con ahínco y maestría.



Majestades y magia en tres

Iris Tocuyo Llovera

I

El Caballero de Copas, el Rey de Bastos, las Reinas de Espada y de Copas, solicitan que el mago haga acto de presencia en el salón principal del palacio.

El mago, un fornido y suculento ejemplar, entra con un caminar decidido y sensual a la amplia sala donde se suscitará la reunión. Los reyes y reinas lo miran de manera golosa y lo hacen pasar. El mago presiente ante tantas miradas de fuego que le llegó su hora, es la horca o la orgía lo que le espera. Un incrédulo silencio arropa la sala; tras el cortinaje, una música de cítara comienza a desplazarse por el recinto. Copas, espadas y bastones adornan la mesa del cenáculo. Los tronos dispuestos en oropel alrededor de la mesa y los reyes y reinas sentados al pie de los tronos, cubriendo sus cuerpos con sedas transparentes de diferentes colores, le imponen al ambiente un secular aspecto.

El mago permanece de pie esperando el porqué del llamado. Más silencio en la sala. La cítara continúa en su tenue concierto; una palmada de la reina de espada permite la entrada de copas de vinos y manjares que son colocados en la imponente mesa. El mago sigue de pie. El trotar de un hermoso caballo se escucha a espaldas del mago que, sin voltearse y como en una especie de contraseña ya determinada, comienza a despojarse lentamente de su capa, dejando al descubierto las sedas translúcidas que recubren su cuerpo. Cada seda que va descubriendo su cuerpo es un susurro en la sala y un paso al trote del caballo. Fulguraciones exaltan la corona del Rey de Bastos, escancian vino a la Reina de Copas; una espada trémula adorna el cuerpo de la Reina.

El mago a desgajo descubre su cuerpo; las sedas vuelan en colorido por la sala, del tarro aceitoso y meloso de pócimas, colocado al descuido y en aparente casualidad; el mago lo toma y se embadurna y comienza a ritualizar la escena. Desliza sus manos por su fornido cuerpo; con la punta de sus dedos unta sus tetillas, su pubis, sus piernas, cada rincón de su cuerpo. Los espectadores reales se retuercen y suspiran, pero no se miran entre ellos, están hipnotizados con el espectáculo. El mago continúa, se desplaza por la sala; en un impulso improvisado, danza en contorsiones encima de la mesa llena de vinos, frutas y manjares; todo su cuerpo es ahora un *boccatto di cardinale*.

Los reyes en yunta galopan y un bramido de belfos acelerantes los convierte.

Festum magorum.

II

El mago continuaba con sus exorcismos reales. El caldero lleno de pócimas hervía a borbotones. Cada especia, planta, ave que sumergía en él, reventaba en chispas que salpicaban el cuerpo desnudo de la Reina de Espada, quien, acostada en una mullida alfombra de hierbas aromáticas, recibía el tibio sahumero del codiciado y suplicante embrujo, para que su Rey de Bastos le prodigara aunque fuese una mirada.

La ardentía que le producía el aroma del sahumero y las chispas quemantes de la madera iba produciendo en ella una gloriosa exaltación. El mago envuelto en tules y capas daba giros y sacudía con fervor las ramas hasta llegar al cuerpo de la Reina, a la cual fustigaba con ahínco y maestría, rozaba lastimeramente cada punto estratégico que produjera la mayestática sensualidad de la Reina. Rozaba sus senos que, lujuriosos, se erguían en busca de una boca, de una tibia lengua, de una sedosa o rugosa mano que la hiciera trascender en paroxismo.

Frenético, el mago, velas en mano, esparcía por el cuarto y por el cuerpo de la reina esencias, flores, aguas salobres, pócimas de siempreviva, tráeme a mi hombre, sándalo, verdolaga, aceite de garrapata, abrecaminos, miel de amor. En sus volteretas, la esper-

ma de las velas y de él caían a diestra y siniestra alrededor del real cuerpo desnudo, y los gritos quemantes de la Reina le producían más excitación. Hablaba en lenguas, gritaba, se contorsionaba con una histeria incontrolable; todo el cuarto retumbaba; el caldero tambaleante se desparrama, las pócimas caen, la cama de hierbas ya es un sauna de ardor y olor que le produce vahídos a la Reina quien, casi en agonía suplicante, abre su cuerpo en extensiones de inmolación como el Vitruvio y recibe al mago en sus entrañas.

Y, ya en paroxismo orgásmico, predice a gritos que el Rey debe continuar bien lejos en su trono..., con su bastón en la mano.

III

Las reinas deslumbraban con el cuerpo rociado de miel y almizcle esperando que la luz de la luna se sumergiera en sus cuerpos trémulos y regocijantes de pasión. El mago en rituales encendía velas e inciensos para ir ambientando el encuentro; cada una esperaba que los mantras y las abluciones despertaran los sentidos de los reyes, que sólo pensaban en sus historias bélicas mientras ellas, adornadas de fragancias, ungüentos y sedas, sucumbían en la soledad de un palacio exuberante y triste.

La Reina de Copas saboreaba el aguamiel con la voluptuosidad de la espera; cada sorbo era el preámbulo de un recuerdo de su caballero; sentía que el trote de su caballo le exploraba lo más excitante de su intimidad; ilusionada y con los ojos entreabiertos, sentía que los trotes se acercaban a su lecho. A través de todos sus sentidos penetraba la esencia de su amado, su sudor, su estrujar vigoroso, el sacudir de sus nalgas, piernas y miembro, con la velocidad de la furia equina, el movimiento envolvente de las crines con la entrega de la copa, el sentirse cabalgada, sudorosa, lamida en clave morse; beber a sorbos la mandrágora degustada a saliva hirviente la llevaba al éxtasis más supremo; cada palpitación era el ritmo kamasútrico del susurro, de la penetración a instantes de quietud, del sigue a caballo de paso, a caballo errante, a trote desbocado y salvaje, a caballo alado y supremo.

Así, así..., a caballo.



contra la maldad

Carlos Luis Torres Gutiérrez

Escritor y librero colombiano (Bucaramanga, 1956). Magister en Literatura Latinoamericana. Ha publicado las novelas *Barco a la vista* (Editorial Antropos, 1992), *Entre la espera y el miedo* (SIC Editorial, 2004), *Como vuelo de pájaro* (Editorial Diente de León, 2013) y *Alejandra, la poeta que murió de su vestido azul* (Silaba Editores, 2019); el libro de cuentos *Simulacros* (Editorial Letralia, 1999), y los poemarios *Recuerdos empaquetados* (Editorial Catapulta, Bogotá, 1998), *A punto de llover* (SIC Editorial, 2004), *New York desde la ventana* (Ediciones de la Universidad Industrial de Santander, 2006) y *Poemas de sol* (Abrace Editora, Montevideo, 2019).

***Desolados mis ojos, cansadas
las banderas, / las armaduras
se cubrieron de un orín / y un
moho verde nos envolvió la piel,
/ ahora que hace tiempo que
hemos muerto.***



contra la maldad

Carlos Luis Torres Gutiérrez

451.

Éramos como dos aves paradas sobre roca,
amenazadas por el ruido, por la sangre, por el polvo enardecido.
Miré tus ojos desgarrados por tanto tiempo a la espera
de un espacio, para poner un pie, o tocar el agua.
Miré tus manos sin plumas, sin humedad, encallecidas,
fracturadas por la brega cotidiana de tapar el sol,
y ahora, en medio de la luz blanca y el polvo que producen
los destellos de esta guerra, añoro la escuela al aire,
la maestra de pasos milenarios y tu mano seca...
puesta al lado de la mía.

Ahora que somos dos aves paradas sobre roca,
que tu canto busca recodos en este mundo sin silencio,
entre este pelotear desgracias y batallas
quiero simplemente decirte que muy atenta espero
que una grieta te permita repetir
lo que enseñaron en la escuela ¿... lo recuerdas?, era un canto
que llevaban las mujeres en la boca,
que paseaban con el ritmo de sus pasos
y que tú cantabas con el alma... Sí, ahora lo requiero.

452.

Un viento sin hojas, sin palmotear de pájaros,
sin alivio. Un volar de amarilla arena, caliginosa,
como lija de viejo carpintero, cual serrucho,
como cualquier espinero. Como un ruido.

Un viento que tropieza, a cada rato, con las ruinas tristes
de esta bodega de almas puestas hace años,
como pellejo de camello seco,
cual huella sin sombra y sin lagarto.
Un montón de escombros son estos,
retazos de un lugar donde soplaron las voces
de millares y la mía parada en esta piedra, espero.

(Amarré un hilo entre mi dedo y el tuyo,
para que no te fueras.
Puse en mi mano unas hojas dentadas, tan chicas,
que por milagro aparecieron en las grietas
de una humedad de casi pájaros... porque quería que escribieras.
Puse a secar y saltar los sueños de uno en uno
hasta poder construir un simple verso.)

Aquí me encuentro en medio de esta guerra:
Mujer de manos secas, poeta sin papel,
conversando sola en medio de cosas olvidadas,
a la espera de un oído y de un amor...
cosas indispensables para ganar la guerra.

457.

*Una mujer incombustible y perenne como la rama
de la vid que un día decide plantar delante de su casa.*

Ghassan Kanafani

Me gusta el color azul y verde de su falda larga.
El pañuelo que oculta su cabello, café oscuro, apretando
sus orejas, hace que su sonrisa tenue parezca indivisible
con su alto cuerpo y robustas manos.

La veo allá, bajando un breve sendero de piedras.
Sé la canción que silba,
el tamaño de sus acorazonadas hojas verdes,
su dentado borde y largas nervaduras.
Como ella, agarrada con junquillos, trepa firme,

va rumbo al cielo, nada la detiene, busca aire,
una nube, un salto más y se pondrá a reír como aquel pañuelo.

Esa mujer tiene siglos, se percibe por los senderos de las manos,
que cruzan y se separan, van muy lejos se diría.
También las huellas dejadas por unos pies largos y profundos,
su sombra fuerte, ya sin miedo. Me gusta el sonido leve
de su falda cuando roza el cielo.

...Esa mujer incombustible y perenne.

459.

Gaza en octubre

(Una ola de arena negra, como pólvora se asoma.
Trae un galopar borracho, amenazante, con ruido sordo,
cual tormenta de muerte, desde el norte.

Como fantasma rodó sobre el suelo.
Como rueda la muerte, a puntapiés, aquí y allá.
Dejando un dolor agudo sobre la piel, y un morir
dentro, ciego, sin ver el rostro,
apenas un tronar de cielo.

Cayó octubre de un año cualquiera,
comienzo de oscuridad. Unos niños juegan entre escombros
de escalera, lanzan una pelota verde polvo y apenas ríen,
otros hacen muecas simples sobre la arena.)

La mujer tomó sus dos hijos de la mano y corrió calle abajo
sobre un terreno endurecido muerto de sed y verde.
Sin voltear el rostro, por temor a ser otra estatua de sal,
lanzose en carrera, con los labios apretados... ¡Huyó!

484.

Me aquejo del rumbo seco.
Mis fatigadas manos tropiezan con las piedras sueltas,
con la cal que del muro cae, con el viento.
Quebranto dicen por esa falla, por el dolor de la fractura,
de la aflicción, imposible de llevar sin pena.

En esta larga franja donde hemos acumulado todo:
Los hijos, la creencia, dos enredaderas, la esperanza y un
bordado...

entre edificios agolpados que arrinconan sueños,
se desecan amores y se deshacen de congoja pequeños objetos
milenarios... muero.

Imposible nombrar, por no tener igual,
ni significado propio, está más allá de la brutalidad o la barbarie,
más allá de la insensatez, de las malolientes manos:

Mucho más terrible que la muerte, que el vagar por el infierno,
más que las lágrimas de sangre, de ese Guayasamín que, desde
sus desorbitados ojos, cruzan el rojo con los dedos.

(Hoy en silencio me duele, digo.

Un grito sería inaudible, demasiados éstos. Mis manos al aire,
mis pies galopando por la calle, un grafiti negro, todo inútil,
pienso.

Sí, lo sé, inútil, sólo puedo... un verso.)

461.

Un taller de fabricación de prótesis para soldados
mutilados. Por eso las mesas estaban llenas de desnudas
piernas rosadas que arreglábamos con nuestras manos,
con lijas, aristas, embragues y zapatos.

Más izquierdas, menos derechas otras. Cojea la luz que entra
acariciando los postigos de las ventanas,
deambula el golpe de martillos sujetando las correas,
brillan los dedos unidos como patitas de rana
y los zapatos negros casi todos, de cordones, muy ajustados.

Arrastran nombres, también señas, y la mujer de mi lado
suspira porque con esta se vería muy apuesto y muy altivo, piensa
bajo.

La vi sonreír cuando el viento entró
y parpadeó al ver el batiente de la puerta golpear
el muro encalado. La vi soñar con los dedos
pues no había hablado en meses que estamos juntos,

y ahora que la remesa está completa,
le vi sus dientes blancos, un galopar de suspiros,
y un trepar los párpados.

536.

(a esa niña palestina)

La ciudad gris vuelta escombros. Un asombro
de cuatro árboles mustios rodea con sus ojos
el hormiguero de humanos mirándose las manos.
Una niña sin capul carga una muñeca, la cartera,
y mira un cielo amarillo cruzado por bengalas,
y montañas sucesivas, quemándose a la distancia.

Sabe que debe dejar atrás este infierno imposible
y corre en desbandada. Ve un continuar de dunas y de carpas,
ni un pájaro, ni una rama, ni una sombra,
sólo un ulular de gritos, un correr de sirenas
y de espinas.

Abunda una sed interminable. Ella sabe
que todo ha empeorado: que sólo queda un
lugar de muertos agolpados, un hambre encima de la otra,
una madre viuda, el llorar de una huérfana de patria,
y un rincón de silencio se tiñe de rojo sangre.

Todo ha empeorado. Un final incierto asusta
cuando ella se tropieza contra el muro.
Ve el cielo azul, un avión a lo lejos se cruza con las nubes,
sus manos secas y arenosas raspan los labios,
y sin lágrimas, sobre este mundo de monstruos,
murmura que desconfía de los dioses.

568.

Todo es baldío, incluyendo el cielo incoloro
y con hastío. Repaso mis manos que suenan
como planchas metálicas y ríen cual viejas de iglesia

plomiza, sin puerta y en pueblo arrasado por impíos.
Desolados mis ojos, cansadas las banderas,
las armaduras se cubrieron de un orín
y un moho verde nos envolvió la piel,
ahora que hace tiempo que hemos muerto.

Distante queda todo hoy. La ciudad construida
sobre este descampado que se eleva en edificios cobrizos,
en gigantes puentes y hasta le ha aparecido un río.
Tumultos de personas trepan en silencio,
atravesan un parque, recuestan sus cuerpos,
en busca de un sombrío.

Cansado de oír letanías y sermones,
palabras vacías muchas veces repetidas,
sentencias y anuncios vomitivos,
cruzo brazos, cierro ojos,
apunto y con lentitud doy cuenta
de lo distante que ha quedado todo.

571.

(«*Necesitamos que paren este genocidio y esta masacre*»: alcalde de Rafah)

Tanta barbarie, sobre otras.
Ladrillos derruidos y más ruinas,
polvaredas, fotografías de ciudades apocalípticas.
Miles de muertos unos sobre otros.
Los gritos del dolor y de los que piden detener esto
en salones y en las calles.

Todo se volvió cotidiano.
Acostumbramos nuestros ojos, pues
al instante aparece en la pantalla,
por los medios y en los relojes de pulsera.
Las fotografías son terribles y no distinguimos
ya una de la otra.
Ni los llamados a una paz, ni los poemas, ni los cantos,

las marchas las detenciones las solidaridades
las declaraciones las entrevistas y las súplicas.

Una a una se deslizan ante nuestros ojos que miran
en silencio, sin asombro, ya no impacta, no impacta otro niño
muerto.

Ha sucedido la tragedia, la mayor: se ha endurecido el corazón...
y la razón, y la moral, y la humanidad.

577.

Ante la insensatez ocurrida,
la impotencia impera.
No queda ni la sombra de un muro sobre el suelo.
Un grito-llanto se desliza a ras de tierra
y una sed se esconde en la aridez.

Puse mi mano sobre la tuya,
vi la nube lavanda,
el rastro suave de tus palabras idas,
el correteo de un ave en sombras
y un silencio impotente ante el frío.

Todo había terminado entre tu mano
y la mía. La dejé yerta, y sin poder arrastrar los pies
me fui, a desandar palabras
como único escondite, ante esta brutal insensatez.

XV.

Al frente un muro. Tras de mí un empujar de soldados.
Un tronar de cielos y la muerte con la boca seca.
Ahí al lado en el campamento de refugiados
se juega con los dedos.
Un cielo de amarillo y gris humo,
una tierra sin agua y sin yerbajos.
Una vida sin nadie y sin aliento.

Por fortuna, aún un niño trepa su cometa por los cielos.

578.

La tambora sonó toda la noche. Perturbó la oscuridad,
espacio silente y letrado.

Peligro a perder la paciencia y los oídos. La imposibilidad
del descanso se prolongó semanas y ahora tres años.

Una hilera de cadáveres han quedado poco a poco
abandonados. También las tamboras sin sus cueros
exponen sus intestinos al sereno del amanecer.
El asesino juega con los ojos de los inoportunos
y este papel sólo sirve para limpiar mis manos
y dejar la sangre entre sus pliegues.

416.

pesadilla

Se acercó sabiendo que no sería fácil el mirar,
menos comprenderlo.
¿Dónde poner los ojos?, preguntó
Obligación del gesto o el sudor amargo.

La sensatez ácida de una fruta
que se hunde ya vencida.
El olor profundo al morir
de esa masa que se sumerge en sí misma,
hasta hacer vibrar el aire que rodea.

Todo tiene el color del fin insoportable,
que impide pensar en posibilidad alguna.
Nada duele, todo aprieta, como mordida angustia,
como cerrado espacio, o como tener las manos enlodadas
de fango y barrizal.

No es fácil así, pues todo inunda
y una sonrisa daría una lumbre falsa a este mundo.

... ¡donde sólo el morir

puede!

611.

Tantos rostros posee el silencio, pero este de hoy
me cubre con una pátina de paja seca.
Bombas caen sobre Palmira, la ciudad del dátil...
eterna. La del Oasis cálido de Afqa, la ciudad angosta
de Zenobia emperatriz, la conquistada por Antonio,
visitada por Adriano, la del Teatro Romano de arcos y columnas,
el lugar medicinal para años y millares de viajeros
del desierto, ha sido bombardeada.

Hoy no habla el silencio inteligente, lejos
el poema en arameo, distantes quedan
los espacios entre las notas de un oud.
Los rostros de muertos niños... un silencio
me envuelve hoy con una capa de paja seca.

Me maltrata la inutilidad de un verso aquí.
Esta palabra sobra por su inacción,
por su incapacidad, por este detestable modo del silencio.



La risa de los monstruos

Enrique Trujillo Gamboa

Poeta, narrador y ensayista colombiano (Bogotá, 1975). Reside en Quito. Es profesor de literatura. Autor de *El mundo como cementerio: el feminicidio en tres novelas de Roberto Bolaño* (Universidad Andina Simón Bolívar, 2023). En 2011, con el poema «Refugio», fue uno de los ganadores del Concurso Nacional de Poesía «La Poesía como una Casa», de la Casa de Poesía Silva, en Bogotá.

Sebastián, Alejandro, Federico y yo, comenzamos a jugar con Camilo, el fenómeno, uno de nuestros monstruos favoritos, como le decíamos. Camilo está apenas dos cursos por debajo del nuestro, pero siempre está coloreando algún dibujo, como un niño de cuatro años.



La risa de los monstruos

Enrique Trujillo Gamboa

Para ORT. Donde estés, hermano.

—¡Hijo de prostituta y de ladrón!

Cuánto quise habérselo gritado mientras se iba, tembloroso, llorando, mirando al piso. Gritárselo hasta que el desgarró en la garganta me obligara a callar. Pero hacerlo habría sido regalarle una victoria: también esa frase la aprendí de él, de su manera de hablar, de ese poema en que un bohemio solitario y un muchachito pálido se encuentran, se pierden, se refugian en medio de un puerto triste.

Lo que nunca sabrá: soy el único de la clase que lo aprendió de memoria:

...Se llama Roby Nelson, flor del barrio,
que va de muelle en muelle, de vapor en vapor,
este chico vicioso de cabellos de esclavo
vende cocaína y amor.

Es hijo de la noche y huésped del suburbio,
hoja de Buenos Aires que el viento arrebató,
desperdicio del vicio, pobre pétalo turbio
que un arroyo se llevó.

Tal vez en un hospicio su cuna se meció
y es hijo de prostituta y de ladrón...

Hijo de prostituta y de ladrón, repetía y retomaba la lectura del poema, encendiendo de asombro a toda la clase, que lo escuchaba rendida. Aun los que hacíamos como que no escuchábamos.

No. Mentí otra vez: cuando se fue, no se fue llorando, ni mirando al piso. Se despidió de todos, con afecto. Ofreció disculpas. Dijo que asumía todas y cada una de las consecuencias de sus actos. Dijo

que con cada palabra, hasta en sus peores equivocaciones, había tenido la mejor intención hacia nosotros. Siempre. Eso dijo. *Hijo de prostituta y de ladrón*. Lo peor: sonaba sincero. Creo que Daniela lloraba. Traidora. No era la única. Creo que hasta Federico estaba triste. Creí que en ese momento iba a escupirle a la cara toda mi rabia contra él y mi felicidad por su despedida. Mi triunfo, su derrota. Pero callé, miré a la ventana. A la nada.

Sabía que me detestaba. Era nuestro secreto, sabía que no soportaba mi cercanía. Desde el día de mi llegada al colegio, yo estaba fuera del círculo de sus afectos. Así soy yo; no me equivoco con las personas. Nunca pudo engañarme: por más que intentara ser imparcial, por más que nos tratara a todos de la misma manera, cálido en sus charlas fuera del salón, divertido en sus clases, amable y paciente al momento de corregir, me detestaba. Ambos lo sabíamos, aunque nadie más se diera cuenta, aunque dijeran que yo lo inventaba todo, me despreciaba y su desprecio hervía en mi piel, me hacía más fuerte. Su odio hacia mí, disfrazado de sonrisa, de interés verdadero, quemando mi alma. Su odio hacia mí, el mío hacia él, un tatuaje que se había dibujado entre su piel y la mía. Para qué demonios buscar entenderlo.

Ahora ya no tendríamos su clase en las semanas que nos faltaban para terminar el año. Ya no volvería a leernos historias con su voz de pirata. Daniela no volvería a mirarlo y Catalina no volvería, como las rubias brutas de las películas gringas, a cruzar las piernas y suplicar explicaciones. Catalina y su blusa de botones perdidos, quejándose de la indiferencia y seriedad de *su profesor*, que la miraba paternal, sonriente. Pero a mí no me engañaba su teatro, yo sé que cada noche soñaba entre sus manos y su boca todo lo que hay dentro de ese escote de diecisiete años. La diferencia entre los dos es que él jamás lo tendrá y yo ya lo tuve y lo volveré a tener cuando quiera, aunque ya no quiero. Catalina y sus lunares en los hombros. Tan típica, tan frasecita de cajón lleno de cosas bonitas, tan cliché: otra palabra que aprendimos con él.

Para que todo se entienda, tengo que contar el extraño caso del compás de precisión y su punta penetrante. Pensé en un libro que leímos en clase, *El extraño caso del doctor Jekyll y Mr. Hyde*. Tal

vez, sólo lo hice para dejarle claro que seguíamos en guerra y que yo iría hasta el final, hasta su destrucción. Habíamos leído varios testimonios de personas discriminadas por su apariencia, por su origen, por sus gustos o su manera de pensar. Hablábamos de las diversidades y de la necesidad de ver el mundo en colores. Al menos, eso decía él.

Al final de una clase, devolvió los trabajos que habíamos escrito y luego comenzó a leer uno en voz alta. Lo leyó completo, entonando acentos y haciendo pausas que el texto no tenía. Lo leía, lo mejoraba. No era gran cosa; en realidad, lo único que decía es que cada uno de nosotros es muchas personas a la vez, a veces monstruos, a veces ángeles. Pero cuando él lo leyó, sonó real, sonó importante. Terminó de leer y dijo mi nombre. Se acercó para entregármelo y una lengua de fuego babeó en mi oreja:

—Excelente trabajo, Mateo. Te felicito.

Todos aplaudieron, sorprendidos. Daniela me miró; sonreía. Quizá yo también sonreí.

Al otro día, Sebastián, Alejandro, Federico y yo, comenzamos a jugar con Camilo, *el fenómeno*, uno de nuestros monstruos favoritos, como le decíamos. Camilo está apenas dos cursos por debajo del nuestro, pero siempre está coloreando algún dibujo, como un niño de cuatro años. La tonta madre del pobre tonto tuvo no sé qué enfermedad durante su embarazo, o sufrió un golpe atroz, no lo sé ni me importa. El asunto es que él nació así y su cerebro nunca podrá ir al ritmo de su edad. Por eso, se la pasa bailando y riendo, sin darse cuenta de las burlas de los otros, ni de nada de lo que pasa en la vida. Sus padres decidieron que le hace bien asistir al colegio dos o tres días a la semana, aunque no sea sino para ver a otras personas, colorear con torpeza algún papel o aprender dos palabras en otro idioma. Dicen que jamás llegará a cumplir veinte años.

Ese día, Camilo nos contó que le gusta jugar al tiro al blanco y que tiene una tabla de dardos en la puerta de su cuarto. Nosotros le dibujamos círculos concéntricos sobre la camiseta y empezamos a probar puntería lanzándole marcadores de colores, intentando acertar en el centro, arriba del ombligo, pero los marcadores rebotaban

en su barriga como soldados que fracasan en una misión importante. El idiota de Camilo solamente se reía, con la risa de los que no sufren, con la risa de los que no odian, con esa risa insoportable de los que jamás se angustian ante su reflejo en el espejo. La risa de los monstruos. Se nos terminaron los proyectiles y Federico propuso dejar al bicho en paz, irnos a jugar fútbol, o buscar a las peladas para hablar durante el tiempo que nos quedaba de descanso. Yo quería otra cosa. Mi mano buscó en mi mochila. Sabía bien lo que hacía, para qué volver a mentir. Busqué y encontré.

Lancé el compás con rabia y di en el centro. Mi dardo no rebotó, como un soldado de élite que cumple con su misión. El monstruo salió corriendo, gritando y llorando; desesperado, mientras el compás se movía, sin desprenderse, clavado en su panza. Mis amigos desaparecieron, como siempre. Vi que varios profesores corrían hacia Camilo y luego lo vi a él, al señor profesor, que en un instante le retiraba el compás de la barriga y lo abrazaba, sin preocuparse de manchar la camisa con lágrimas, sangre y mocos, antes de dejárselo a la enfermera para que le revisara la herida.

Un rato después, luego de oír el río de babas de la psicóloga escolar, de recibir mi formato de suspensión y la citación para mis papás, lo volví a ver en el pasillo, cuando regresaba al salón por el resto de mis cosas. Supe que me esperaba. Pensé que me latigaría durante horas, pensé que me destrozaría con las puntas de acero de los dardos en sus palabras. Sólo me miró a los ojos. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan decepcionado, dijo. Y se fue. Nada más. Miré su camisa. No había manchas de mocos ni de sangre.

Hacía mucho tiempo que no me sentía tan decepcionado. La mirada de Daniela decía lo mismo, palabra por palabra, en las tres semanas que estuvo sin hablarme. Supe que esto estaba muy lejos de terminar. Supe que pasaría algo. Supe que mi enemigo también se preparaba. Supe que recorríamos un camino sin retorno posible. Recuerdo sin dudar que me sentí feliz.

Lo que jamás le conté a nadie: el instante antes de apuntar y lanzar el compás, apenas durante unos pedazos invisibles de tiempo, unas pequeñas gotas de segundo, quise no haber soltado el dardo, haberlo retenido en mi mano, que se clavara en mí. Sólo en mí.

Pero hay decisiones que ya están tomadas antes de que se tomen. Cada uno de nosotros es muchas personas a la vez. Algunos ángeles, muchos monstruos, supongo. Y las personas que soy me empujaron hasta lo que pasó.

Hijo de prostituta y de ladrón. Ese momento, el mundo quedó suspendido del hilo de su voz. No lo creí capaz. Estábamos en clase y, sólo para joderlo, me puse a jugar con una revista, riendo, haciendo todo el ruido que fuera posible, intentando involucrar a quien estuviera cerca en mi trampa de distracción, mientras él explicaba alguna mierda sobre Aquiles y Patroclo o algo así, cómo voy a recordarlo.

Sabía que podría desconcentrarlo, exasperarlo, pues era martes, el día más agotador de su jornada semanal. Era la última hora de clases, el último combate. Sabía que podía ganarle, pero vino, puso su mano sobre mi hombro y dijo que me estaba distraendo y que era mejor que guardara la revista. Puso su mano sobre mi hombro, sin violencia, y sentí que lo hacía cariñosamente, de verdad. Puso su mano sobre mi hombro y despertó hasta el último de los duendes de mi asco y mi desprecio. No pude soportarlo. Nunca podría soportarlo. Seguí con mi plan.

Unos minutos después, se acercó de nuevo a mi mesa:

—Mateo, entrégame la revista, te la devuelvo cuando hablemos al final de la clase —quizá sonreí un instante mientras lo miraba. Y le lancé con fuerza la revista al rostro.

El papel apenas rozó su piel. No lo creí capaz. Rápido, rapaz, atrapó la revista en el aire y devolvió el golpe. Sentí el impacto en mi cara con un ruido seco que abrió la puerta a todo el silencio. Nos miramos a los ojos, sin máscaras. Por un destello de eternidad, quise matarlo. Nada más que eso. Nada menos. Federico se levantó de su silla, pero luego se quedó quieto, sin saber qué hacer. Todos bajaron la cabeza, asustados. Él se llevó las manos a la cara y cerró los ojos por un momento, dio dos, tres pasos hasta su escritorio y se sentó sobre la mesa, respirando muy fuerte. Levantó despacio la mirada hacia la clase.

—Chicos, vamos a hablar de esto que acaba de pasar —dijo con una voz que nadie le había oído. Cogí mis cosas y salí de allí. Federico y Alejandro salieron detrás de mí.

No quise hablar, ni conciliar, ni escuchar. El mes estaba a punto de terminar y el siguiente viernes fue el último de sus días como profesor de literatura en el colegio. El director no pudo soportar la presión de mis papás y tuvo que echarlo, para evitar escándalo y no perder clientes. La guerra terminó. Desde la ventana del salón de clase, lo vi caminar hacia la puerta. Ese fue el momento en que quise gritarle. La verdad: no parecía un ejército en retirada, ni mucho menos derrotado.

Ahora, en esta tarde, solo en mi cuarto, puedo sacar todas las fotos que escondo entre mis cosas, mirar su barba, su camisa, su boca. El gris melancólico de sus ojos de náufrago. Puedo besar su cuello, mientras la tinta se corre con mis lágrimas, puedo morderlo, pegar el papel a mi pecho, mientras mi mano baja, obediente, disciplinada, para abrir la cremallera de mi pantalón. En el espejo, mi rostro; el monstruoso, el detestable rostro de la derrota.

Nota del autor: El poema al que se hace referencia en el cuento y que el narrador memoriza y cita en un fragmento se titula «Roby Nelson», del autor colombiano Bernardo Arias Trujillo (1903-1938).



Poemas

Orlando Valdez

Escritor argentino (Ramallo, 1961). Autor de los poemarios *El hondo silencio de toda locura* (Los Lanzallamas, 2001), *La cobardía feroz del silencio* (Menta Producciones, 2007; Laborde, 2017), *El mezuino trazo del acto* (Laborde, 2012; 2013), *La insólita simetría* (Laborde, 2019), *Setenta veces siete más de tres veces* (Laborde, 2019) y *Zedlav* (Laborde, 2020).

***no quieras saber si gana dios o
si gana el diablo / acá no se
miente y más abajo el suelo es
arriba // aquí reímos cantamos
celebramos / besamos con los
ojos cerrados // llenitos / de /
estigmas***



Poemas

Orlando Valdez

ay Señor Señor
Señor mi Señor

no nacen
los matan

pero ellos no mueren
sino en tu nombre

nos clavan sus plegarias
nos inundan de oraciones

voraces Señor
como jamás nunca

oídle
oídle

los que menos tenemos y los que no tienen nada
nosotros
los inciertos
lentos llenitos de incertidumbres
a los que se nos va la vida siempre
convirtiéndonos
cada vez más más al lado de las otras pocas cosas
obedientes a un mandato evangelizados

los que no desesperamos ni nunca enojamos
marginales parias suburbanos
incansables esperadores sufrientes en vano
subordinados a un cuentagotas de la nada para nada
concédenos la paz
y que nazca y que crezca entre nosotros un diosito no vidente
y que crea y que tenga fe
en que lo amamantaré dichosa una mujer
con sus senos verdes
y se apiade de nuestras blasfemias
hastados de un cielo que decreta
qué vientre ha de parir

a cuál
le tirarán piedras

salvémonos acá
matando el cielo

en la tierra pecadores
sin miedo al amor

entregándonos ebrios
cantándole al alba

soñándonos
bajo otro sol

por nosotros
de nosotros

con nosotros
como nosotros

de los fondos del paraíso
tan diversamente prohibida

abriste los cielos lujuriosa
contra vientos y plagas

hundiéndote en mí hasta deshacerme
con la noche

indiciblemente
al alba

y yo quería
y querías vos

arriba abajo más
más

moviéndote
moviéndote

asesinan a sangre fría
a Efraín Esteban Vázquez Gamarra

en Santa Rita en la ciudad de San Ignacio
Misiones

muerto mucho antes
de hambre

donde Dios
era algo más para comer

a
h
o
g
á
n
d
o
l
o

nos han despojado

y no hay reino
para los desposeídos
más que la rebelión
de estar allí cerca
tan desconocido
con tantos otros
saberse en uno
habitando el día
entre ellos

no quieras saber si gana dios o si gana el diablo

acá no se miente y más abajo el suelo es arriba

aquí reímos cantamos celebramos
besamos con los ojos cerrados

llenitos
de
estigmas

que es ya obra divina los pesares de la miseria

la sobra y el desprecio del infortunio

entonces séame fuerte compañera
con más locura que razón

la
muerte
no
jode
tanto
como
dicen

bebo de mi circular naufragio
otra vez deshecho en mí y de mí

sin escribir una palabra
sin recordar nada

cansado muy cansado frente a Dios
acercándome a la muerte igual que él

y nada les pido y nada les digo
río y se ríen

condenado a eternidades de un paraíso
terriblemente diáfano

al borde de las tardes que caen a mi paso
muriendo conmigo

a otra canción
que el mismísimo Dios tararea insoportablemente

resucitándome
o despertándome

sólo
tengo
unas
pocas
palabras

que
difieren
unas
de
otras

reaccionarias
marginales
molestas

ojalá
pueda

no pedirle nada al cielo que no me verá habiéndome visto
con furia escarlata ensangrentar vocales apuñalándolas

que yo mi Dios no he pecado
que amo al hombre que vos amás

que no tiré la primer piedra
juro lo juro de verdad

que gano parto comparto el pan sobre todas las cosas
tu sangre convirtiéndola en vino

mal herido de mí Señor
Señor de mí

¿callar el espíritu?

¿no oír el alma?

¡padre! ¡padre!

¿verdaderamente me has visto?

¿todo todo ¡todo! lo ves?

¿los pasos que di hacia esa mujer?

¿de verdad? ¡padre! ¿me has visto?

¿me has visto mirar su rostro?

¿más que nadie más que ninguno llevarla de golpe hasta mi pecho
hace ya una eternidad

e
s
t
a
l
l
a
r

rodeado de ella
y de ninguna otra?

en esa piedra Pablo no mató a nadie
yo lo asesiné antes

por eso vengo a entregarme
que alguien le pida a Cristo le devuelva su vida y se lleve mi alma

ahora
ya ya

recen por él
pidan por mí

que en esa roca que hay allí hay otro hombre otra sombra
¿o su sombra?

no es
aquel hombre
de Judea
es Barrabás
el Cirineo
y Claudia Prócula
tu tormento

y no nunca serán tus ojos
los que brillen
mientras no sepas
quién ha sido en nombre
sólo en nombre de su Padre
y estarás entonces
como entonces
eternamente
sólo
lavándote
tus manos
en el ayer
de sombras
sin ver
al justo
al inocente

que te ha salvado
con su muerte
aquel día

IELIM - Behemoth

ni en él
ni de él
él no existe
él
es su extraño
en su cerebro
la falsa idea
que tanto honra
convencido
de que sí existe
que sí vive más allá
que vivirá por siglos
dentro
de su fuerza
de su cielo invisible



No otro monstruo

Tibisay Vargas Rojas

Escritora venezolana (Caracas, 1961). Licenciada en educación, mención lengua y literatura, por la Universidad de Carabobo (UC). Ha publicado los poemarios *Llana palabra* (1993), *Pasollano* (coautoría, 1993), *De humo y sal* (1998), *Tachaduras* (2000), *Tema de miseria* (2002), *Poemas Patacaliente*, selección de poemas (2003), *De un patio a otro* (2005), *Tercera persona* (2008) y *Poemas* (2009). Ha obtenido el Premio del Instituto de Previsión y Asistencia Social para el Personal del Ministerio de Educación, Ipasme (1992); el premio «Rafael Rivero Oramas», que otorga el Ministerio de Educación de Venezuela (1997); tercer lugar en el Primer Concurso Nacional Interuniversitario de Poesía (1998); Primer Premio del Concurso Interuniversitario de Poesía Cuam (2001), y calificación en el IX Concurso Nacional de Literatura Infantil «Miguel Vicente Patacaliente» de la Fundación Cultural Barinas (2003).

***La ventana no mezquina /
negrura / la lluvia de virutas /
tizna todo / pavoroso vuelo en
desalojo / también las aves / se
recortan sobre azul / negras,
negras / ¡Oh Angus, Señor de los
Pájaros, / respóndeles!***



No otro monstruo

Tibisay Vargas Rojas

Fénix

Un zamuro emerge
de los nidales calcinados
la ramazón de sus alas
despliega ayes
recortada contra un cielo
gris angustia.

¿Tendrá la fuerza
de cien años
para volver?

¿Vivirá el dragón
un siglo?

Mi alma
y la suya
roncas de vuelo
sin rama
asidero para este
tiempo de destierro
oran a un dios
que sepa escucharlas
que no esté perdido
como todos
en un legendario
olvido.

Febo se espanta
de la hecatombe
que ninguno de sus cabellos
osaría
tal pira no escogió sacrificio
todos los puros
junto a los impuros
la flor y la espina
¡Oh Prometeo
entregaste un monstruo
al monstruo!

¡Qué negros corceles
éstos
que separa Poseidón
de su carro!

Pulque de la tierra

Todo menos este
calco de tristeza
que soy
asida al marco de la ventana
con las pupilas anudadas
a la sierpe amarilla
que ribetea cerro tras cerro
sin oración en los labios
por tanto sintiente
que se eleva en volutas.
Quiero en este instante
Tláloc
ser la planta de tu pie
aplantar la víbora
pasar mi lengua de maguey

sobre la piel
calcinada de la tierra
hasta sacarle
un temblor de brotes
una venda de olvido.

La ventana no mezquina
negrura
la lluvia de virutas
tizna todo
pavoroso vuelo en desalojo
también las aves
se recortan sobre azul
negras, negras
¡Oh Angus, Señor de los Pájaros,
respóndeles!

Míralo amar
colmar su ansia
como en el día primero
la yema de sus mil dedos
ascuas sobre el torso de la tierra
saca gemidos
de muchas edades:
tierno brote
pueril nido
madura rama
eterna roca
todos se consumen
pero no en la dicha
que él insiste.

Míralo amar
ciego
jamás correspondido.

Anemoi

Un golpe de Céfiro eleva
la bolsa plástica
blanca y leve
la mano del dios griego
viento del oeste
que anuncia la primavera.

Ésta
no ha permitido la resurrección
de Jacinto
ni un bulbo
leve sospecha de vida
ahogada por el fuego
por el plástico
por el reguero
de inconsistencias humanas
no otro monstruo.



Dos cuentos

Eloi Yagüe Jarque

Periodista, escritor y docente venezolano (Valencia, España, 1957). En Venezuela, a donde emigró a los siete años con su familia, desarrolló una amplia trayectoria. Fue profesor de Periodismo y Literatura en la Universidad Central de Venezuela (UCV) entre los años 2000 y 2019. Máster en Literatura Latinoamericana por la Universidad Simón Bolívar (USB). En 2019 volvió a Valencia, España, donde dicta talleres literarios y organiza cada año el Encuentro Libros y Autores en la Casa de Patraix. Ha publicado las novelas *Las alfombras gastadas del Gran Hotel Venezuela* (Planeta; Caracas, 1999; finalista del Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos; reeditada por Contrabando, Valencia, en 2019), *Cuando amas debes partir* (Seix Barral; Caracas, 2006; premio Salvador Garmendia), *Amantes letales* (Ediciones B, Caracas, 2012), *El show de Willy* (Carena, Barcelona, 2015) y *Ellos eran tan bellos* (Carena; Barcelona, 2019; finalista del premio Spectrum Arts), y los libros de relatos *El nexa vertical*, *Manuscrito inédito de Ramos Sucre*, *Guerras no santas*, *Esvástica de sangre*, *Autorretrato con minotauro*, *Balasombra y otros minicuentos*, *El nudo del diablo* y *Santa Ángela del cerro*. Ha obtenido, entre otros, el premio Semana Negra de Gijón y el Municipal de Narrativa de Caracas. Relatos suyos figuran en antologías de Venezuela y otros países.

Ella sabe que es mi favorita, la que más horas de laboratorio me costó, hasta hallar la genética perfecta que permitiera la mutación de sus heterogéneos componentes hasta alcanzar tal perfección.



Dos cuentos

Eloi Yagüe Jarque

Saco mi bestia a pasear

Hoy decidí sacar a mi bestia a pasear. Le tocaba hacer ejercicio y una buena ración de luz. No todas las bestias viven sólo de oscuridad, algunas necesitan del sol para recuperar la energía apagada durante los meses de hibernación. Yo también necesito prepararme cada vez que la saco a pasear. No es un trabajo fácil, hay que estar bien preparado físicamente y mentalmente alerta.

El aspecto de mi bestia es impresionante. Yo a veces me estremezco al oírla rugir, al mismo tiempo que despliega las aletas cervicales y muestra unos dientes amarillos del tamaño de navajas de afeitar.

Mi bestia no come desde hace meses. Su digestión es lenta y meticulosa. Mientras la hace, duerme en la cueva que le tengo preparada. El piso está cubierto de huesos que recuerdan sus anteriores almuerzos.

Mi bestia me hace caso cuando salimos. Es inquieta y le gusta olfatear todo lo que se mueva. Vamos al parque donde hay más espacio, porque ella es grande y se expande de continuo cuando está contenta. Los transeúntes que pasan por el lado lo hacen con el debido respeto. Fingen no darse cuenta del peligro que corren. Algunos lo ignoran. Mi bestia puede ser dulzona y engañosamente dócil. A veces hasta se deja acariciar por algún niño, aunque no todos pueden disfrutar de ese privilegio.

Pero basta que alguien le caiga mal para que le muestre sus tres hileras de dientes y su «gesto horribilis» que no soportan los des-

prevenidos peatones. Se trata de una mueca tan particular que sólo ella puede hacerla, sublime y aterradora a la vez para quienes no lo han visto nunca. Yo no me aterro, no sufro de miedo, y menos por mi bestia a quien conozco desde que era pequeña.

Ella sabe a quién se enfrenta. Va por la acera de la ciudad a veces reptando, a veces brincando, según le apetezca. A veces corretea y levanta un breve vuelo para después caer rodando por el suelo y de nuevo se incorpora en su tamaño de doble altura, levanta dos de las cinco cabezas al cielo y grita su particular mezcla de alllido con rugido.

Quienes huyan aterrorizados están perdidos: justamente eso es lo que ella busca: jugar con los cobardes. Los persigue como ratas y los caza. Juega un rato con ellos hasta que quedan destrozados de tanto manotearlos y ya no les sirve para nada. Entonces los tira al aire y luego los patea y pisotea hasta convertirlos en un amasijo de huesos y carne tasajeada por sus garras.

Los coches no pueden esquivarla cuando atraviesa la calzada a toda velocidad. Muchos chocan entre ellos aparatosamente. Ella disfruta cada colisión que provoca. Es muy hábil esquivando los vehículos que vuelcan y dan tumbos al tratar de frenar para no arrollarla. En realidad a ella no le importa que la atropellen: no sufre ningún dolor y sus miembros se regeneran en segundos.

Me han señalado como criminal por sacar a pasear mi bestia. ¿Criminal yo? ¿Cuál es mi crimen? En ninguna ley está prohibido que uno pueda crear su propia mascota y la mía es inigualable, ese es mi mayor orgullo: no hay en el planeta Tierra otra criatura semejante. Y al crearla, debo mantenerla y darle lo que necesita para crecer y desarrollarse. No hay pecado, cualquier dueño de mascota lo sabe y hacen lo mismo que yo. ¿Y cuál es el problema si es insaciable? ¿A quién perjudicamos con eso aparte de los desdichados a quienes se come por tenerle miedo?

Mi mayor orgullo es pasear con mi bestia por las calles de mi ciudad. Me siento exultante, libre y temido. Esa es la mejor sensación: cuando te respetan por temor, es el mejor de los respetos, ya que es absoluto, sin ambigüedades. Y totalmente gratuito, además.

Mi bestia conoce su poder extraordinario, que no deja de acrecentarse. Me he preguntado por su futuro. Dado que es la primera bestia que creo con esta combinación de factores genéticos, me pregunto cuánto tiempo durará, si pasará por varias etapas de desarrollo. Si así fuese, podría decir que está en la adolescencia. Dentro de poco tendrá impulsos reproductivos. Ya veré entonces qué hacer. Mi hipótesis es que todos los adolescentes son iguales, no importa a qué especie pertenezcan. Ellos en sí mismos son una especie.

Deberé hacerle una pareja que se adapte a sus necesidades. Preveo que será insaciable. Tal vez ella lo será igual o más que él. Será en todo caso un reto crearla. Tengo que conseguir material genético. Le pediré a Fiodor, mi asistente, que salga de noche con la navaja en el bolsillo a buscar. Es un genio con las armas blancas, confío plenamente en él. Sé que en las calles desiertas de esta ciudad se esconden en la oscuridad mujeres malvadas que alquilan su sexo al mejor postor. Entre ellas haré mi cosecha. No garantizan que una genética de óptima calidad pero será suficiente para iniciar el proceso.

Fiodor ha llegado con una bolsa de mercado que colocó sobre mi mesa. Luego le dije que se fuera, que no lo necesitaría más esta noche. He sacado, halando por los cabellos, el contenido de la bolsa. Es una cabeza de mujer, que alguna vez fue hermosa, cuando estaba viva. Pero no es cualquier mujer, cuando la detallo mejor veo que su cara me parece conocida, sólo que el maquillaje la deforma. En efecto, es Marilia, mi hermana perdida que hace años se fue de la casa tras un disgusto con mi padre. Nunca más supimos de ella. Siempre sospeché que se dedicaba a actividades perversas. Pues ahora le daré un mejor destino a su material genético, que sin duda es de óptima calidad pues lo compartimos.

—Con tu belleza y mi inteligencia crearemos una raza nueva. Seremos inmortales e indestructibles —dije en un arrebato de euforia a mi hermana.

—Espero que cumplas tu promesa. Sólo así te perdonaré lo que me hiciste —me respondió.

Sus ojos flameaban con una pasión infernal que me sobresaltó.

Alimento a mis bestias

Luna llena; es la noche en que debo apaciguar mis bestias. Salgo de casa y miro el cielo, la niebla trae jirones como de sangre helada. Nadie sabe tanto del silencio como las ramas del ciprés centenario que crece en mi jardín. Hace muchos años robé el retoño del cementerio inglés y lo trasplanté frente a mi casa. Se sintió a gusto y creció. En noches como esta los reflejos azogados se reflejan en su tronco, restañan las heridas del tiempo con un manto plateado. El aire se llena de voces idas, de susurros de otros tiempos. Estoy acostumbrado a esos lamentos, se repiten cada vez que doy de comer a mis bestias.

Hay un olor a preludio de batalla, a sangre fresca aún no derramada que excita mis sentidos. Ya no soy el de la quietud de los días previsibles, días y noches de mecedora e inhalador de vapores. Ya soy el que cabalga sobre el lomo de la montaña anocheada, con una bestia bajo mis piernas, la bestia que me llevará tan lejos como sea necesario para satisfacer mi sed ancestral.

Camino por el viejo sendero de grava hacia el corral donde mis bestias duermen su sueño profundo. Dentro del galpón me recibe una oscuridad más densa aún que la de afuera. Enciendo el bombillo de un manotazo y mis bestias respingan por el golpe de luz. Allí están las ocho: Shambara, Kushi, Lateca, Quaslia, Eritria, Basturga, Melinia, Quiropta. Se despiertan y empiezan a gemir, a berrear. Se van incorporando, aún amodorradas pero me reconocen. Se remueven dentro del corral, ansiosas. Saben que ha llegado la hora. Son hermosas mis bestias. Colores iridiscentes, sus garras, sus patas, sus tentáculos, sus lenguas enormes que me lamen de arriba abajo, sus ojos triangulares con rayas de sangre, sus escamas que se inflan y desinflan, sus pieles rasposas como papel de lija, sus pedúnculos abdominales.

Mis bestias se alborotan, saben que ha llegado el momento de alimentarse. Saben también que no todas podrán hacerlo esta noche, pero tenemos tres noches por delante. Entro al corral y me rodean, reconocen a su amo y expresan su amor por mí, saben que soy su padre pues las engendré en el laboratorio. Cada una de ellas es diferente, tiene características únicas, producto del cruce de ra-

zas y especies. Son mis hijas, mi orgullo seminal; unas son muy rápidas, otras muy certeras olfateando presas, otras son diestras en la batalla por sus colmillos letales.

Veo la condición de cada una. Sus colores brillantes denotan buena salud. Pueden pasar semanas sin alimentarse, pero cuando necesitan hacerlo es imperioso sacarlas. Veo sus necesidades, detecto su hambre. Esta vez me llevaré a Quiropta, la noto un poco débil, apagado el brillo de sus ojos. Adivinando mis intenciones, se alborota, brinca en sus patas traseras, casi me tumba con su entusiasmo.

Salimos bajo los aullidos de protesta de las otras. Desamarro la cadena que la mantiene atada al muro de piedra y la saco del corral, haciendo caso omiso de las protestas de las demás.

Cierro de nuevo la puerta. Una vez afuera le doy la voz de mando y se coloca frente a mí, según lo convenido. Yo tomo en mis manos el cuenco pletórico de negueria, sustancia hecha con el licor espermático de diversas especies, y le unto generosamente el abdomen y los filamentos alrededor de sus bocas.

Ella queda como extática, en breve el unto hace su efecto y una brasa se dibuja en su pecho, como si un fuego interno traspasara sus costras y bruñera sus escamas con un color dorado. Quiropta se estremece y se alza en sus patas traseras, enhiesta la cola ponzoñosa, y despliega sus membranas de gran envergadura. Altiva, me dedica un potente rugido de satisfacción que deja al descubierto su lengua trifoliada, los cuchillos en sus encías, sus fauces capaces de triturar a presas más grandes que ella.

Yo me hincho de orgullo al comprobar el poderío de mi creación. Ella sabe que es mi favorita, la que más horas de laboratorio me costó, hasta hallar la genética perfecta que permitiera la mutación de sus heterogéneos componentes hasta alcanzar tal perfección. Por eso me duele verla mustia por el hambre y el encierro. Pero pronto lo remediamos.

Quiropta se agacha para que yo pueda montarme en su cuello. Una vez que me siento encima de ella, despliega las alas y con un gruñido corre hasta el prado cercano y levanta vuelo. Volamos so-

bre las granjas cercanas, sobre el bosque, llegamos a la orilla del mar. Sé que a ella le encanta sobrevolarlo, además esta noche parece de azogue, su calidad mercurial es un regalo de los dioses oscuros. Nuestra sombra se refleja en la tranquila superficie como un efecto de inusitada belleza.

La dejo un rato desfogarse, pero sé que pronto necesitará alimento. Con un toque en su cabeza le indico que volvamos a tierra y, en efecto, cambia el rumbo y gira su trayectoria. Volvemos sobre el bosque, sobre las granjas. Ahora sí. Cualquier cosa que se mueva debajo de nosotros será alimento para mi bestia. Vemos, en un claro del bosque, un campamento. Deben ser viajeros que decidieron pernoctar allí. Las hogueras están casi apagadas. Quiropta aterriza con suavidad y yo me bajo de ella para darle libertad de movimientos. Hay bultos alrededor de la hoguera, son los peregrinos que duermen, nadie se ha dado cuenta de nuestra presencia. Entonces ella ruge para despertarlos y al verla salen corriendo despavoridos. Ella los persigue, le encanta jugar con sus presas. De pronto aferra entre sus fauces a un gordo que no podía correr mucho y lo engulle de una vez, alzando la cabeza para tragarlo mejor. Los dedos de sus pies moviéndose es lo último que veo antes de que descienda por su garganta. La digestión de esa presa durará meses, pero no contenta con esa busca otra, es una mujer que cubre con sus brazos a sus dos hijos pequeños mientras mira despavorida a mi bestia predilecta. Se acerca a ella y por un momento se miran. La mujer dice algo, creo que intercede por sus hijos, que se la coma a ella pero deje en paz a sus hijos. Quiropta le devuelve una mirada comprensiva antes de masticarla cuidadosamente y engullirla. Los niños lloran abrazados. Quiropta aferra con sus garras a cada uno de ellos y me mira. Yo entiendo que volvamos a la granja, los niños serán el postre, desea comerlos con calma en la quietud de su refugio. Vuelvo a subir a su pescuezo y volamos de nuevo a nuestro hogar escondido en las montañas. Al alzar vuelo ruge y los ecos de sus rugidos los transporta la noche hasta los oídos de los campesinos. Ya saben que esa noche no podrán salir de sus casas. Recuerdo el tiempo en que mis bestias eran tan pequeñas que debía llevarles yo el alimento. Una vez logré secuestrar un autobús escolar lleno de niños. Mis bestias tuvieron comida tierna por mucho tiempo.

Retornamos y dejo que Quiropta se entretenga con sus pequeñas golosinas cerca del osario donde tiramos los restos de las víctimas que mis bestias deciden llevar a casa. Con todo lo que comió hoy, tendrá alimento hasta la próxima luna llena. La conduzco de nuevo al redil antes de que se duerma. Cuando empieza a roncar, satisfecha, la dejo allí para que haga la digestión de semanas. Busco entonces a mis otras bestias. Esta noche tengo mucho trabajo.

Dioses y monstruos
es el libro conmemorativo de los 29 años de
Letralia, Tierra de Letras,
la revista de los escritores de habla hispana.
Fue publicado en *Editorial Letralia,*
espacio de difusión del libro digital,
el 20 de mayo de 2025.

Dioses y monstruos

29 años de Letralia

Varios autores

letralia.com/editorial/especiales/letralia29/



Letralia
Tierra
de Letras

Hay una línea muy difusa entre lo correcto y lo incorrecto, entre lo glorioso y lo abyecto, entre la virtud y la corrupción.

Dioses y monstruos, el libro que tienes en este momento ante tus ojos, explora esta dualidad a través de múltiples espacios estéticos, culturales y simbólicos. Lo mítico, lo contemporáneo, lo fantástico, lo íntimo, lo político, lo filosófico, se han dado cita en estas más de setecientas páginas con invocaciones a entidades antiguas y recreaciones de mitologías personales, así como reflexiones sobre el cuerpo, la fe, la culpa, el poder o el lenguaje, con una variedad de tonos en los que el lector encontrará humor, crueldad, ternura y desconcierto. Esta es nuestra forma de celebrar que hace veintinueve años, el 20 de mayo de 1996, circuló la primera edición de *Letralia*, esta Tierra de Letras que a día de hoy es el hogar de más de 4.600 firmas y por la que pasan cada día varios miles de lectores.